CHATEAUBRIAND

MISCELLANEOUS

POLITICAL

JN2495
.1847
Ch3

1020025598

Covarrubias.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG

MISCELANEAS POLITICAS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDAS

POR DON FRANCISCO MÁDINA-VEYTIA.

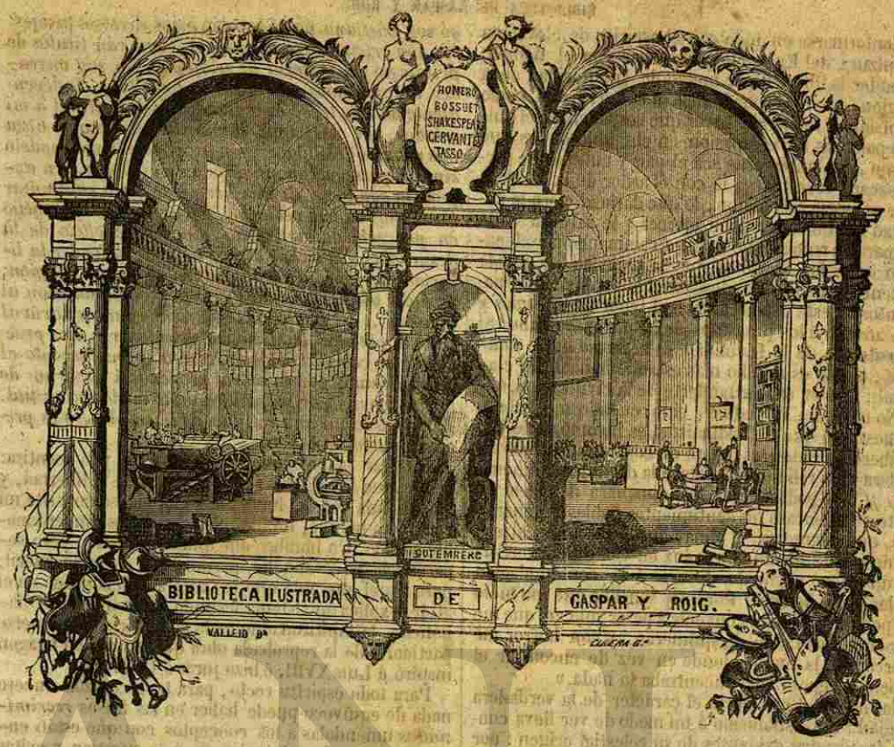


CHATEAUBRIAND.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86127
29480

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 4.
1854.

840
Ch.
J N2495
.1847
C43



MISCELANEAS POLITICAS,

POR CHATEAUBRIAND.

PREFACIO.

(1828.)

Cuando se habran vuelto á leer, si es que vuelven á leerse, mis obras tituladas *Bonaparte y los Borbones*, *Compiegne y*, *Situacion de la Francia en 4 de octubre de 1814*, *Informe presentado al rey en su consejo de Gante* etc., quedará probado que soy un enemigo de la legitimidad, asi como por el *Genio del Cristianismo* se echa de ver que soy un impío, y como por mis *Reflexiones políticas* aparece que desde el 1814 me he mostrado enemigo de la Carta.

Mas si no soy un impío, soy por lo menos un filósofo y hé aquí la prueba. En el nuevo prólogo del *Ensayo histórico* he dicho. «*Mis creencias son muy sinceras; mañana caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe.*»

«*No corrijo ni una silaba de lo que dije en* el Genio del Cristianismo; *jamás se escapará de mi boca una palabra, ni de mi pluma una linea que se halle en oposicion con las opiniones religiosas que profeso desde hace* 25 *años.*

»Esto es lo que yo soy.

»Vease ahora lo que no soy.

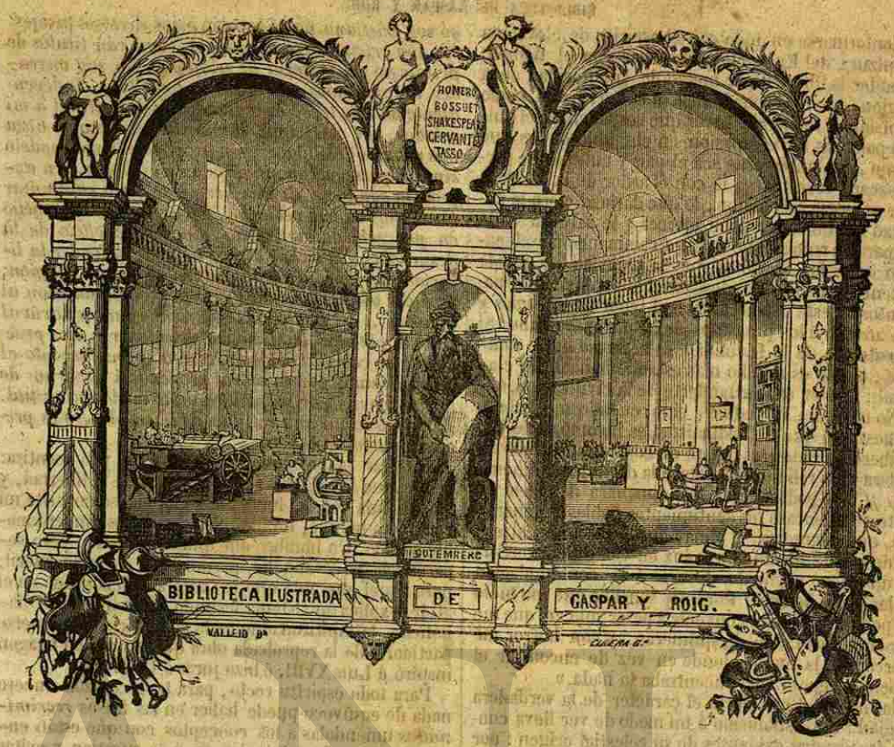
»No soy cristiano, para traficar como con título de privilegio en materias de religion: mi título de privilegio es mi partida de bautismo. Pertenezco á la comunion general natural y pública de todos los hombres que desde la creacion han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oracion. No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas. Independiente de toda traba, exceptuando la de gratitud á mi criador, soy cristiano, sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme á nadie por modelo, sin ser perseguidor, inquisidor, ni delator, sin expiar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos.

»No por eso se entienda que soy un incrédulo, disfrazado de cristiano que propone la religion como un freno útil á los pueblos. No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia.

»Sino fuese cristiano, no me molestaria por aparentarlo: toda violencia me abruma, todo disfraz me ahoga: si intentara fingir, mi carácter me arrebataria al pronunciar la segunda frase y haria traicion á mi propósito. Por otra parte no adjudico tanta importancia á la vida para entretenerme en decorarla con mentiras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

840
Ch.
J N2495
.1847
C43



MISCELANEAS POLITICAS,

POR CHATEAUBRIAND.

PREFACIO.

(1828.)

Cuando se habran vuelto á leer, si es que vuelven á leerse, mis obras tituladas *Bonaparte y los Borbones*, *Compiegne y*, *Situacion de la Francia en 4 de octubre de 1814*, *Informe presentado al rey en su consejo de Gante* etc., quedará probado que soy un enemigo de la legitimidad, asi como por el *Genio del Cristianismo* se echa de ver que soy un impío, y como por mis *Reflexiones políticas* aparece que desde el 1814 me he mostrado enemigo de la Carta.

Mas si no soy un impío, soy por lo menos un filósofo y hé aquí la prueba. En el nuevo prólogo del *Ensayo histórico* he dicho. «*Mis creencias son muy sinceras; mañana caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe.*»

«*No corrijo ni una silaba de lo que dije en* el Genio del Cristianismo; *jamás se escapará de mi boca una palabra, ni de mi pluma una linea que se halle en oposicion con las opiniones religiosas que profeso desde hace* 25 *años.*

»Esto es lo que yo soy.

»Vease ahora lo que no soy.

»No soy cristiano, para traficar como con título de privilegio en materias de religion: mi título de privilegio es mi partida de bautismo. Pertenezco á la comunion general natural y pública de todos los hombres que desde la creacion han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oracion. No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas. Independiente de toda traba, exceptuando la de gratitud á mi criador, soy cristiano, sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme á nadie por modelo, sin ser perseguidor, inquisidor, ni delator, sin expiar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos.

»No por eso se entienda que soy un incrédulo, disfrazado de cristiano que propone la religion como un freno útil á los pueblos. No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia.

»Sino fuese cristiano, no me molestaria por aparentarlo: toda violencia me abruma, todo disfraz me ahoga: si intentara fingir, mi carácter me arrebataria al pronunciar la segunda frase y haria traicion á mi propósito. Por otra parte no adjudico tanta importancia á la vida para entretenerme en decorarla con mentiras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Conformarse en todo con el espíritu de elevacion »y dulzura del Evangelio; marchar con el tiempo; »defender la libertad por medio de la autoridad de la »religion, predicar obediencia á la Carta, así como »sumision al monarca; hacer que resuenen en el púl»pito palabras de compasion en obsequio de los que »sufren, cualquiera que sea el país y culto á que per»tenezcan; reanimar la fe con el ardor de la caridad; »esto es segun mi opinion, lo que daria al clero la po»testad legítima que debe ejercer y le salvaria de la »irreparable ruina á que se lanza caminando por el sen»dero opuesto. Cierto es que la sociedad no puede »sostenerse sino apoyándose en el altar, pero los orna»mentos de este deben cambiar al tenor de los siglos y »con arreglo á los progresos del espíritu humano. Si »el santuario de la Divinidad es hermoso entre som»bras, aun lo es mucho mas estando bañado de cla»ridad: la cruz es el estandarte de la civilizacion.»

»No me haré incrédulo, sino cuando me habrán »demostrado que el Cristianismo es incompatible con »la libertad; entonces dejaré de considerar como ver»dadera una religion opuesta á la dignidad del hom»bre. ¿Cómo podria creer que dimanara del cielo un »culto que sofocase los sentimientos nobles y genero»sos, que degradara el alma, que cortara las alas al »genio y que abominara la luz en vez de convertirla »en un nuevo medio de elevarse á la contemplacion »de las obras de Dios? Por muy sensible que me fuera »no podria menos de convenir á pesar mio en que me »estaba alimentando de quimeras, y con horror me »acercaria á la tumba donde en vez de encontrar el »esperado reposo solo encontraba la nada.»

Mas no es tal por cierto el carácter de la verdadera religion: el Cristianismo á mi modo de ver lleva consigo dos pruebas evidentes de su celestial orígen: por medio de su moral, propende á librarnos de las pasiones, y por medio de su política, destruye la esclavitud. Luego el Cristianismo es una religion de libertad; esa religion es la mia.

Podria creerse que en aquellas páginas en que manifesté que *mañana caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe* y que *no corregia ni una sílaba de lo que habia dicho en el Genio del Cristianismo*; podria creerse que personas caritativas hayan encontrado en ellas motivos para acusarme de *filosofismo*?—¿Cómo así? ¡Ah! ¿pues no habeis echado de ver esta abominable manifestacion del error? *Pertenezco á la comunion general, natural y pública de todos los hombres que desde la creacion del mundo han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oracion.*

En buena lógica, no puedo yo pertenecer á la gran comunion de los hombres que han elevado á Dios sus oraciones desde los patriarcas hasta los gentiles de los tiempos modernos que no conocian aun el Evangelio; no puedo, vuelvo á decir, pertenecer á esa comunion, sin cesar de conocer y rogar á Dios á la manera de los cristianos? Pero pasemos adelante.

Aun soy mucho mas culpable; pues añado la *herejía* al *filosofismo*, como lo acreditan estas palabras: *soy cristiano*. Esto es puro protestantismo; pues debia haber dicho: *soy católico-apostólico-romano*. Bien está: soy hereje porque me he servido de aquella célebre expresion que repetian los mártires al marchar al suplicio: «¡soy cristiano!»

Mas si en el mismo párrafo manifesté: que *caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe*, que *no corregia ni una sola sílaba de lo que habia dicho en el Genio del Cristianismo*, queda aun alguna duda acerca de mis opiniones? La obra de la cual no quiero *corregir ni una sílaba* no es por ventura la apología mas completa de la religion católico-apostólico-romana? ¡Ah! piadosos comentadores míos, no son esas las frases que os han herido. Muy ortodojo me encontrariais si antes y despues de las palabras, *yo soy cristiano* no se leyeran estos diversos pasajes: *No soy cristiano para traficar como con títulos de privilegio en materia de religion... No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas... Independiente de toda traba exceptuando la de gratitud á mi criador*, SOY CRISTIANO, *sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme por modelo sin ser perseguidor, inquisidor ni delator, sin examinar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos... No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia... Marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religion; predicar obediencia á la* CARTA *así como sumision al* MONARCA... *esto es lo que segun mi opinion daria al clero la potestad legítima que debe tener... Dos pruebas de su celestial orígen presenta en mi concepto el Cristianismo; por su moral propende á librarnos de las pasiones y por su política destruye la esclavitud. Es por lo tanto una religion de libertad: esa es precisamente mi religion.*

Detestar la persecucion, la intriga y la mentira: desear que la religion se amalgame con la libertad, y se extienda con las luces del siglo, en eso consiste mi verdadera herejía, ni filosofismo real y mi imperdonable pecado. Un hombre que quiere la *Carta*, pero separándola del Evangelio, predica una doctrina estéril; pero aquel que pide que la Carta sea depositada en el altar, explica un sistema fecundo en seducciones diabólicas, la multitud alucinada concluiria por hacerse partidaria de la reprobada obra que el antiguo Dragon inspiró á Luis XVIII, é hizo jurar á Cárlos X.

Para todo espíritu recto, para todo corazon sincero nada de equívoco puede haber en las frases *recriminadas* uniéndolas á los conceptos con que están enlazadas; mas deseando dar fin á la cuestion y evitar motivos de anatema por parte de los nuevos doctores, declaro que viviré y moriré *católico, apostólico y romano*. Bien se ve que esta manifestacion es clara y terminante ¿se darán los negociantes de religion por satisfechos con ella? Me creerán? Nada de eso: juzgarán mis intenciones por las suyas propias.

Lejos hubiera estado de sacar á relucir miserables críticas en un prefacio si no hubieran recaido sobre un punto de religion: el desprecio, la indiferencia en semejante materia seria criminal. Profeso mi creencia religiosa tan paladinamente, como mis principios políticos: siempre he creido que no puede haber libertad duradera á no cimentarse como la sociedad en masa sobre la religion; mas no quiero que la hipocresía se confunda con la fe, el encarnizamiento de la calumnia con el celo de la caridad, ni el abuso de las cosas santas con las cosas santas en sí mismas.

Paso ahora á hablar del escrito que coloqué en las *Miscelaneas históricas* del cual Luis XVIII tenia la complacencia de decir que le habia valido tanto como un ejército.

Bonaparte es juzgado con severidad en aquel opúsculo acomodado á las exigencias de la época. En aquel período de turbulencia y de pasiones no habia lugar de pesar escrupulosamente las palabras: menos se trataba de escribir que de obrar, habia que ganar ó perder la batalla en el concepto del público, y si la batalla se perdia, quedaban para siempre dispersos los restos del trono legítimo. La Francia no sabia qué pensar; la Europa asombrada de su victoria, vacilaba; Bonaparte conservando su omnipotencia y escudado con cuarenta mil veteranos permanecia en Fontainebleau; proseguian las negociaciones entabladas con él: el momento era crítico: forzoso era pues ocuparse exclusivamente del hombre que inspiraba temores, y no pararse á indagar lo que en él pudiera haber de eminente; la admiracion puesta imprudentemente en la balanza de la opinion pública, la hubiera inclinado en pro del opresor de nuestras libertades. La patria estaba abrumada por el despotismo, y entregada por la insensata ambicion de este despotismo á la invasion extranjera: aun brotaban sangre nuestras recientes heridas: la fortaleza de Vincennes, los destierros, los fusilamientos en la llanura de Grenelle, el anonadamiento de nuestra independencia, las repetidas bancarrotas, la iniquidad de la política napoleónica, la ingrata persecucion suscitada contra el soberano pontífice, el rapto del monarca español; los desastres de la campaña de Rusia, y por decirlo de una vez todos los abusos de la arbitrariedad, todas las vejaciones del gobierno imperial, á nadie dejaban la serenidad suficiente para pronunciar un fallo imparcial. No se veia mas que la mitad del cuadro: lo defectuoso figuraba en primer término; las perfecciones estaban sepultadas allá entre las sombras.

El tiempo ha seguido su curso; Napoleon ha desaparecido: aquel soldado ante quien los reyes doblaban la rodilla, aquel conquistador que aturdió el mundo con su estrépito, apenas ocupa envuelto en silencio eterno unos piés de terreno sobre una roca en medio del Océano. Mas cuando yo por primera vez ensayé dibujar su retrato, Napoleon aparecia á la faz del mundo como usurpador del trono de San Luis, como usurpador de los derechos de la nacion. Siendo yo mismo una de sus víctimas me asocié por de pronto para juzgarlo con las generaciones que padecian; pero despues al recordar un cetro perdido y una espada hecha pedazos he debido usar el lenguage de un historiador concienzudo y de un ciudadano que ve ya afianzada la independencia de su patria. La libertad me he permitido admirar la gloria; pero esta, sentada de hoy mas sobre un sepulcro solitario, no volverá á levantarse, para encadenar á mi patria.

En 1814 pinté *Bonaparte y los Borbones*; en 1827 trazé el paralelo entre *Washington y Bonaparte*: mis dos bustos de Napoleon se parecen; mas el primero fue modelado sobre la vida, y el otro sobre la muerte: en esta hay mas verdad que en aquella.

Dejando el mismo Bonaparte de alimentar contra mi su encono llegó al fin á perdonarme y hacerme alguna justicia. Habiendo caido entre sus manos un artículo en que yo hablaba de su poder, le dijo á M. de Montholon.

Si la confianza régia no hubiera en 1814 y 1815 estado depositada en hombres cuya alma estaba destemplada por las circunstancias demasiado apremiantes, ó que renegando de su patria no veian salvacion ni gloria para el trono de su rey mas que bajo el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, que no ambicionaba mas que librar á su país de las bayonetas extranjeras; si Chateaubriand que acababa de prestar eminentes servicios en Gante, hubiesen estado al frente de los negocios, la Francia hubiera salido poderosa y respetada de aquellas dos grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego del genio: sus escritos lo atestiguan. Su estilo no es el de Racine, es el de un Profeta. Solo él en el mundo ha podido decir impunemente en la tribuna de la cámara de los Pares que *la levita gris y el sombrero de Napoleon puestos en un palo sobre la costa de Brest harian correr la Europa á las armas.* (1).

(1) Hé aquí el pasaje á que Bonaparte se referia y del cual no se acordaba bien:

«Arrojado al medio de los mares allá donde colocó Camoens el genio de las tempestades, no puede Bonaparte moverse sobre su roca sin que un sacudimiento nos advierta del menor de sus pasos. Si este hombre se agita en un polo llega el estremecimiento hasta el otro; si la Providencia descarga otra vez su azote: si Napoleon se viera libre en los Estados-Unidos, bastaria que fijara sus miradas en el Océano para turbar la paz del mundo antiguo: solo su aparicion en la playa americana del Atlántico obligaria á la Europa á establecer su campamento en la opuesta orilla. (Polémica, art. de 17 de noviembre 1818.)

Posible es que si alguna vez llega á empuñar Chateaubriand el timon del Estado, se estravie. ¡Tantos son los que han encontrado en esa situacion su ruina! mas lo cierto es que á su genio se adapta cuanto es grande y nacional y que por lo tanto habria rechazado con indignacion los vergonzosos actos de la administracion de aquel tiempo.» (*Memorias para la Historia de Francia en tiempo de Napoleon* por M. DE MONTHOLON, tom. IV, pág. 248.)

¿Por qué no he de confesar que esa opinion de Bonaparte *alhaga la orgullosa debilidad de mi corazon?* No faltan pequeños hombres á quienes he hecho grandes servicios, que no han formado de mí una opinion tan favorable como el gigante de cuyo crímen (2) me atreví á desertar y á combatir el poder. De todos modos comparando el escrito de *Bonaparte* y *los Borbones* con el paralelo entre Bonaparte y Washington (3), y con algunas páginas de mi *Polémica* se sabrá poco mas ó menos cuanto bueno ó malo puede decirse acerca de aquel á quien los pueblos llamaron, *azote*. Las calamidades con que Dios nos castiga participan algo de la eternidad y magnitud de la ira divina que las ha lanzado sobre nuestras cabezas. *Ossa árida... dabo vobis spíritum, et vivetis.* (EZEQUIEL.)

SOBRE BONAPARTE Y LOS BORBONES.

30 DE MARZO 1814.

No, jamás creeré que escribo sobre la tumba de la Francia: no puedo menos de persuadirme que tras del dia de la venganza no hayamos ya llegado al dia de la misericordia. El antiguo patrimonio de los reyes Cristianísimos no puede ser dividido; no, no perecerá este reino que Roma moribunda dió á luz en medio de sus ruinas, como postrer esfuerzo de su grandeza. No son los hombres únicamente los que han impelido los acontecimientos al estado en que los vemos: la mano de la Providencia ha influido en ellos visiblemente: el Dios de las batallas se ha puesto al frente de los ejércitos y ha tomado asiento en el consejo de los reyes. ¿Cómo podrian explicarse no recurriendo á la influencia divina la prodigiosa elevacion, y la caida aun mas prodigiosa de aquel que hace algun tiempo hollaba bajo sus plantas al mundo? Aun no hace quince meses que se hallaba en Moscou, y en la actualidad los rusos ocupan á París! Todo se extremecia bajo el imperio de su ley, desde las columnas de Hércules hasta el Cáucaso, y en el momento presente anda fugitivo, errante, sin tener un asilo: su poder avanzó como el flujo del mar, y se retiró como el reflujo.

¿Cómo explicar las faltas de aquel insensato? Adviértase que aun no estamos hablando de sus crímenes.

Estalla en Francia una revolucion preparada por la depravacion de costumbres y por las aberraciones del espíritu. En nombre de la ley caen al suelo la religion y la moral: repútase por supérflua la experiencia y el modo de vivir de nuestros padres: derríbanse las tumbas de nuestros antepasados, base sagrada de todo gobierno estable, para fundar sobre una razon incierta una sociedad sin pasado y sin porvenir. Dejándonos llevar de la mano por la locura, perdida toda nocion de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, recurrimos errantes por todas las formas de las constituciones republicanas. Fue llamado el populacho á deliberar en medio de las calles de París, sobre las mismas grandes cuestiones que el pueblo romano iba á discutir al Foro, despues de haber dejado sus armas

(2) El asesinato del duque de Enghien.
(3) Viaje á América.

»Conformarse en todo con el espíritu de elevacion »y dulzura del Evangelio; marchar con el tiempo; »defender la libertad por medio de la autoridad de la »religion, predicar obediencia á la Carta, así como »sumision al monarca; hacer que resuenen en el púl»pito palabras de compasion en obsequio de los que »sufren, cualquiera que sea el país y culto á que per»tenezcan; reanimar la fe con el ardor de la caridad; »esto es segun mi opinion, lo que daria al clero la po»testad legítima que debe ejercer y le salvaria de la »irreparable ruina á que se lanza caminando por el sen»dero opuesto. Cierto es que la sociedad no puede »sostenerse sino apoyándose en el altar, pero los orna»mentos de este deben cambiar al tenor de los siglos y »con arreglo á los progresos del espíritu humano. Si »el santuario de la Divinidad es hermoso entre som»bras, aun lo es mucho mas estando bañado de cla»ridad: la cruz es el estandarte de la civilizacion.»

»No me haré incrédulo, sino cuando me habrán »demostrado que el Cristianismo es incompatible con »la libertad; entonces dejaré de considerar como ver»dadera una religion opuesta á la dignidad del hom»bre. ¿Cómo podria creer que dimanara del cielo un »culto que sofocase los sentimientos nobles y genero»sos, que degradara el alma, que cortara las alas al »genio y que abominara la luz en vez de convertirla »en un nuevo medio de elevarse á la contemplacion »de las obras de Dios? Por muy sensible que me fuera »no podria menos de convenir á pesar mio en que me »estaba alimentando de quimeras, y con horror me »acercaria á la tumba donde en vez de encontrar el »esperado reposo solo encontraba la nada.»

Mas no es tal por cierto el carácter de la verdadera religion: el Cristianismo á mi modo de ver lleva consigo dos pruebas evidentes de su celestial orígen: por medio de su moral, propende á librarnos de las pasiones, y por medio de su política, destruye la esclavitud. Luego el Cristianismo es una religion de libertad; esa religion es la mia.

Podria creerse que en aquellas páginas en que manifesté que *mañana caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe* y que *no corregia ni una sílaba de lo que habia dicho en el Genio del Cristianismo*; podria creerse que personas caritativas hayan encontrado en ellas motivos para acusarme de *filosofismo*?—¿Cómo así? ¡Ah! ¿pues no habeis echado de ver esta abominable manifestacion del error? *Pertenezco á la comunion general, natural y pública de todos los hombres que desde la creacion del mundo han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oracion.*

En buena lógica, no puedo yo pertenecer á la gran comunion de los hombres que han elevado á Dios sus oraciones desde los patriarcas hasta los gentiles de los tiempos modernos que no conocian aun el Evangelio; no puedo, vuelvo á decir, pertenecer á esa comunion, sin cesar de conocer y rogar á Dios á la manera de los cristianos? Pero pasemos adelante.

Aun soy mucho mas culpable; pues añado la *herejía* al *filosofismo*, como lo acreditan estas palabras: *soy cristiano*. Esto es puro protestantismo; pues debia haber dicho: *soy católico-apostólico-romano*. Bien está: soy hereje porque me he servido de aquella célebre expresion que repetian los mártires al marchar al suplicio: «¡soy cristiano!»

Mas si en el mismo párrafo manifesté: que *caminaria con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe*, que *no corregia ni una sola sílaba de lo que habia dicho en el Genio del Cristianismo*, queda aun alguna duda acerca de mis opiniones? La obra de la cual no quiero *corregir ni una sílaba* no es por ventura la apología mas completa de la religion católico-apostólico-romana? ¡Ah! piadosos comentadores míos, no son esas las frases que os han herido. Muy ortodojo me encontrariais si antes y despues de las palabras, *yo soy cristiano* no se leyeran estos diversos pasajes: *No soy cristiano para traficar como con títulos de privilegio en materia de religion... No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas... Independiente de toda traba exceptuando la de gratitud á mi criador*, SOY CRISTIANO, *sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme por modelo sin ser perseguidor, inquisidor ni delator, sin examinar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos... No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia... Marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religion; predicar obediencia á la* CARTA *así como sumision al* MONARCA... *esto es lo que segun mi opinion daria al clero la potestad legítima que debe tener... Dos pruebas de su celestial orígen presenta en mi concepto el Cristianismo; por su moral propende á librarnos de las pasiones y por su política destruye la esclavitud. Es por lo tanto una religion de libertad: esa es precisamente mi religion.*

Detestar la persecucion, la intriga y la mentira: desear que la religion se amalgame con la libertad, y se extienda con las luces del siglo, en eso consiste mi verdadera herejía, ni filosofismo real y mi imperdonable pecado. Un hombre que quiere la *Carta*, pero separándola del Evangelio, predica una doctrina estéril; pero aquel que pide que la Carta sea depositada en el altar, explica un sistema fecundo en seducciones diabólicas, la multitud alucinada concluiria por hacerse partidaria de la reprobada obra que el antiguo Dragon inspiró á Luis XVIII, é hizo jurar á Cárlos X.

Para todo espíritu recto, para todo corazon sincero nada de equívoco puede haber en las frases *recriminadas* uniéndolas á los conceptos con que están enlazadas; mas deseando dar fin á la cuestion y evitar motivos de anatema por parte de los nuevos doctores, declaro que viviré y moriré *católico, apostólico y romano*. Bien se ve que esta manifestacion es clara y terminante ¿se darán los negociantes de religion por satisfechos con ella? Me creerán? Nada de eso: juzgarán mis intenciones por las suyas propias.

Lejos hubiera estado de sacar á relucir miserables críticas en un prefacio si no hubieran recaido sobre un punto de religion: el desprecio, la indiferencia en semejante materia seria criminal. Profeso mi creencia religiosa tan paladinamente, como mis principios políticos: siempre he creido que no puede haber libertad duradera á no cimentarse como la sociedad en masa sobre la religion; mas no quiero que la hipocresía se confunda con la fe, el encarnizamiento de la calumnia con el celo de la caridad, ni el abuso de las cosas santas con las cosas santas en sí mismas.

Paso ahora á hablar del escrito que coloqué en las *Miscelaneas históricas* del cual Luis XVIII tenia la complacencia de decir que le habia valido tanto como un ejército.

Bonaparte es juzgado con severidad en aquel opúsculo acomodado á las exigencias de la época. En aquel período de turbulencia y de pasiones no habia lugar de pesar escrupulosamente las palabras: menos se trataba de escribir que de obrar, habia que ganar ó perder la batalla en el concepto del público, y si la batalla se perdia, quedaban para siempre dispersos los restos del trono legítimo. La Francia no sabia qué pensar; la Europa asombrada de su victoria, vacilaba; Bonaparte conservando su omnipotencia y escudado con cuarenta mil veteranos permanecia en Fontainebleau; proseguian las negociaciones entabladas con él: el momento era crítico: forzoso era pues ocuparse exclusivamente del hombre que inspiraba temores, y no pararse á indagar lo que en él pudiera haber de eminente; la admiracion puesta imprudentemente en la balanza de la opinion pública, la hubiera inclinado en pro del opresor de nuestras libertades. La patria estaba abrumada por el despotismo, y entregada por la insensata ambicion de este despotismo á la invasion extranjera: aun brotaban sangre nuestras recientes heridas: la fortaleza de Vincennes, los destierros, los fusilamientos en la llanura de Grenelle, el anonadamiento de nuestra independencia, las repetidas bancarrotas, la iniquidad de la política napoleónica, la ingrata persecucion suscitada contra el soberano pontífice, el rapto del monarca español; los desastres de la campaña de Rusia, y por decirlo de una vez todos los abusos de la arbitrariedad, todas las vejaciones del gobierno imperial, á nadie dejaban la serenidad suficiente para pronunciar un fallo imparcial. No se veia mas que la mitad del cuadro: lo defectuoso figuraba en primer término; las perfecciones estaban sepultadas allá entre las sombras.

El tiempo ha seguido su curso; Napoleon ha desaparecido: aquel soldado ante quien los reyes doblaban la rodilla, aquel conquistador que aturdió el mundo con su estrépito, apenas ocupa envuelto en silencio eterno unos piés de terreno sobre una roca en medio del Océano. Mas cuando yo por primera vez ensayé dibujar su retrato, Napoleon aparecia á la faz del mundo como usurpador del trono de San Luis, como usurpador de los derechos de la nacion. Siendo yo mismo una de sus víctimas me asocié por de pronto para juzgarlo con las generaciones que padecian; pero despues al recordar un cetro perdido y una espada hecha pedazos he debido usar el lenguage de un historiador concienzudo y de un ciudadano que ve ya afianzada la independencia de su patria. La libertad me he permitido admirar la gloria; pero esta, sentada de hoy mas sobre un sepulcro solitario, no volverá á levantarse, para encadenar á mi patria.

En 1814 pinté *Bonaparte y los Borbones*; en 1827 trazé el paralelo entre *Washington y Bonaparte*: mis dos bustos de Napoleon se parecen; mas el primero fue modelado sobre la vida, y el otro sobre la muerte: en esta hay mas verdad que en aquella.

Dejando el mismo Bonaparte de alimentar contra mi su encono llegó al fin á perdonarme y hacerme alguna justicia. Habiendo caido entre sus manos un artículo en que yo hablaba de su poder, le dijo á M. de Montholon.

Si la confianza régia no hubiera en 1814 y 1815 estado depositada en hombres cuya alma estaba destemplada por las circunstancias demasiado apremiantes, ó que renegando de su patria no veian salvacion ni gloria para el trono de su rey mas que bajo el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, que no ambicionaba mas que librar á su país de las bayonetas extranjeras; si Chateaubriand que acababa de prestar eminentes servicios en Gante, hubiesen estado al frente de los negocios, la Francia hubiera salido poderosa y respetada de aquellas dos grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego del genio: sus escritos lo atestiguan. Su estilo no es el de Racine, es el de un Profeta. Solo él en el mundo ha podido decir impunemente en la tribuna de la cámara de los Pares que *la levita gris y el sombrero de Napoleon puestos en un palo sobre la costa de Brest harian correr la Europa á las armas.* (1).

(1) Hé aquí el pasaje á que Bonaparte se referia y del cual no se acordaba bien:

«Arrojado al medio de los mares allá donde colocó Camoens el genio de las tempestades, no puede Bonaparte moverse sobre su roca sin que un sacudimiento nos advierta del menor de sus pasos. Si este hombre se agita en un polo llega el estremecimiento hasta el otro; si la Providencia descarga otra vez su azote: si Napoleon se viera libre en los Estados-Unidos, bastaria que fijara sus miradas en el Océano para turbar la paz del mundo antiguo: solo su aparicion en la playa americana del Atlántico obligaria á la Europa á establecer su campamento en la opuesta orilla. (Polémica, art. de 17 de noviembre 1818.)

Posible es que si alguna vez llega á empuñar Chateaubriand el timon del Estado, se estravie. ¡Tantos son los que han encontrado en esa situacion su ruina! mas lo cierto es que á su genio se adapta cuanto es grande y nacional y que por lo tanto habria rechazado con indignacion los vergonzosos actos de la administracion de aquel tiempo.» (*Memorias para la Historia de Francia en tiempo de Napoleon* por M. DE MONTHOLON, tom. IV, pág. 248.)

¿Por qué no he de confesar que esa opinion de Bonaparte *alhaga la orgullosa debilidad de mi corazon?* No faltan pequeños hombres á quienes he hecho grandes servicios, que no han formado de mí una opinion tan favorable como el gigante de cuyo crímen (2) me atreví á desertar y á combatir el poder. De todos modos comparando el escrito de *Bonaparte* y *los Borbones* con el paralelo entre Bonaparte y Washington (3), y con algunas páginas de mi *Polémica* se sabrá poco mas ó menos cuanto bueno ó malo puede decirse acerca de aquel á quien los pueblos llamaron, *azote*. Las calamidades con que Dios nos castiga participan algo de la eternidad y magnitud de la ira divina que las ha lanzado sobre nuestras cabezas. *Ossa árida... dabo vobis spíritum, et vivetis.* (EZEQUIEL.)

SOBRE BONAPARTE Y LOS BORBONES.

30 DE MARZO 1814.

No, jamás creeré que escribo sobre la tumba de la Francia: no puedo menos de persuadirme que tras del dia de la venganza no hayamos ya llegado al dia de la misericordia. El antiguo patrimonio de los reyes Cristianísimos no puede ser dividido; no, no perecerá este reino que Roma moribunda dió á luz en medio de sus ruinas, como postrer esfuerzo de su grandeza. No son los hombres únicamente los que han impelido los acontecimientos al estado en que los vemos: la mano de la Providencia ha influido en ellos visiblemente: el Dios de las batallas se ha puesto al frente de los ejércitos y ha tomado asiento en el consejo de los reyes. ¿Cómo podrian explicarse no recurriendo á la influencia divina la prodigiosa elevacion, y la caida aun mas prodigiosa de aquel que hace algun tiempo hollaba bajo sus plantas al mundo? Aun no hace quince meses que se hallaba en Moscou, y en la actualidad los rusos ocupan á París! Todo se extremecia bajo el imperio de su ley, desde las columnas de Hércules hasta el Cáucaso, y en el momento presente anda fugitivo, errante, sin tener un asilo: su poder avanzó como el flujo del mar, y se retiró como el reflujo.

¿Cómo explicar las faltas de aquel insensato? Adviértase que aun no estamos hablando de sus crímenes.

Estalla en Francia una revolucion preparada por la depravacion de costumbres y por las aberraciones del espíritu. En nombre de la ley caen al suelo la religion y la moral: repútase por supérflua la experiencia y el modo de vivir de nuestros padres: derríbanse las tumbas de nuestros antepasados, base sagrada de todo gobierno estable, para fundar sobre una razon incierta una sociedad sin pasado y sin porvenir. Dejándonos llevar de la mano por la locura, perdida toda nocion de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, recurrimos errantes por todas las formas de las constituciones republicanas. Fue llamado el populacho á deliberar en medio de las calles de París, sobre las mismas grandes cuestiones que el pueblo romano iba á discutir al Foro, despues de haber dejado sus armas

(2) El asesinato del duque de Enghien.
(3) Viaje á América.

y haberse bañado en las corrientes del Tiber. Entonces fue cuando salieron de sus guaridas todos aquellos reyes semi-desnudos, asquerosos y embrutecidos por la independencia, deformes y mutilados por los trabajos, sin mas virtud que la insolencia de la miseria, y el orgullo de los harapos. No tardó la patria en verse cubierta de llagas tan pronto como sintió el contacto de semejantes manos. ¿Qué vino en pos de aquellos furores y de aquellas quimeras? Vinieron los crímenes y las cadenas.

Pero al menos el objeto que al parecer se proponian entonces, era noble. No debe hacerse cargo á la libertad de los crímenes que en nombre suyo se cometen: la verdadera filosofía no es por cierto madre de las pestíferas doctrinas que los falsos sabios proclaman. Al fin la multitud ilustrada por la experiencia comprendió que el gobierno monárquico era el único que convenia á la patria.

En tal situacion de cosas era lo mas natural que la Francia hubiera llamado á sus príncipes legítimos; pero la Francia temió que no habria perdon para la enormidad de sus crímenes: no se tuvo presente que el corazon de un hijo de San Luis es un inagotable tesoro de misericordia. Unos temian por su vida; otros tenian temores de perder las riquezas adquiridas. Sobre todo costaba demasiado trabajo al orgullo humano hacer una franca confesion de su error. ¡Como! ¡Tantos asesinatos, trastornos y desgracias para volver al mismo punto de donde se habia partido! Hallándose aun conmovidas las pasiones no podian renunciar las pretensiones de toda especie á la igualdad quimérica, á la causa principal de todos los males. Razones de alta consideracion impelian á la Francia; razones de poco momento la detuvieron: la felicidad pública se vió sacrificada al interés personal, la justicia cedió el paso á la vanidad.

Fue pues preciso pensar en restablecer un gefe supremo que fuese hijo de la revolucion, un gefe cuya corrupcion contemporizase con la ley corrompida en su orígen é hiciese alianza con ella. En medio de sus discordias domésticas la Francia habia visto formarse magistrados íntegros, llenos de firmeza y denuedo, y capitanes tan ilustres por su probidad como por sus talentos; mas á ninguno de estos ofreció un poder que sus propios principios no les hubieran permitido aceptar. Desesperábase ya de encontrar entre los franceses una frente que osara ceñirse la corona de Luis XVI: presentóse un extranjero, y este fue el elegido.

Bonaparte no anunció francamente sus proyectos: su carácter se fue desarrollando sucesivamente. Bajo el modesto título de cónsul fue por de pronto acostumbrando á los espíritus independientes á no tener recelos del poder que le habian dado. Captóse la voluntad de los buenos franceses proclamándose restaurador del órden, de las leyes y de la religion. Los mas diestros cayeron en el lazo, los mas previsores no conocieron el artificio. Los republicanos miraban á Bonaparte como obra suya, y como gefe popular de un estado libre: los realistas le consideraban como un segundo Monk, y se apresuraban á servirle, y al paso que todos cifraban en él sus esperanzas, se veia colmado de la gloria que el valor francés conquistaba en los campos de batalla. Entonces se embriagó con el humo de la prosperidad, y su inclinacion al mal comenzó á ponerse en evidencia. El porvenir no sabrá con certeza si este hombre es mas culpable por el mal que hizo, que por el bien que pudo hacer y no hizo. Jamás se ha presentado á usurpador alguno mision mas brillante ni fácil de llevar á cabo. Con solo un poco de moderacion se hubiera él y su raza sentado en el primer trono del universo. Nadie le disputaba este trono: las generaciones venidas á la luz desde el principio de la revolucion no conocian á los antiguos reyes de Francia, ni nada mas habian tenido ocasion de ver que turbulencias y calamidades. La Francia y la Europa estaban ya cansadas: solo se deseaba reposo y este se hubiera comprado á cualquier precio. Mas Dios no quiso que se diera al mundo el pernicioso ejemplo de que un aventurero pudiera turbar el órden de las sucesiones régias, hacerse heredero de los héroes, y aprovecharse en un solo dia del despojo, del talento, de la gloria y del tiempo. Careciendo un usurpador de los derechos del nacimiento no puede justificar sus pretensiones al trono, sino por medio de virtudes. Nada de esto tenia Bonoparte en su favor no contando con sus talentos militares, igualados y aun acaso excedidos por los de otros muchos generales. Bastóle para su perdicion el que la Providencia le abandonara dejándolo en manos de su propia locura.

Cierto rey de Francia acostumbraba decir que «si la buena fe llegara á ser desterrada de entre los hombres, no deberia encontrarse sino en el corazon de los reyes» esta prenda de un alma régia es la que faltó esencialmente á Bonaparte. Las dos primeras víctimas que se conocen de la perfidia del tirano fueron dos gefes realistas de Normandía. Los señores de Frotte y el baron de Commarque cometieron la noble imprudencia de dejarse atraer á una conferencia mediante la fe de una promesa: el resultado fue ser arrestados y pasados por las armas. De allí á poco Santos Louverture fue arrebatado por una traicion en América y probablemente pereció estrangulado en la fortaleza que le servia de prision en Europa.

Otro asesinato vino en breve á llenar de consternacion al mundo civilizado. Creyóse que volvian á aparecer aquellos tiempos de barbarie de la edad media, aquellas escenas que no se encuentran ya sino en las novelas, y aquellas catástrofes que las guerras de Italia y la política de Maquiabelo habian hecho comunes en el otro lado de los Alpes. El extranjero que aun no habia llegado á ser rey, quiso tener por escabel del trono el ensangrentado cuerpo de un francés. ¡Y qué francés, Dios eterno! Derecho de gentes, justicia, religion, humanidad, todo fue violado para consumar este crímen. El duque de Enghien fue arrestado en un país extranjero y en tiempo de plena paz. Cuando salió de Francia era aun demasiado jóven para conocerla á fondo. Desde el rincon de una silla de posta, entre dos gendarmes fue desde donde pudo por primera vez contemplar el patrio suelo en tanto que atravesaba rápidamente los campos ilustrados por sus abuelos, para ir á morir!—En medio de la noche llegó al fuerte de Vincennes. Al resplandor de las antorchas, bajo las bóbedas de una prision, el nieto del gran Condé fue declarado culpable de haberse dejado ver en los campos de batalla, y hallándose convicto de este crímen hereditario, en el acto se le condenó á muerte. En vano suplicó que le permitieran hablar á Bonaparte. (¡Oh sencillez tan interesante como heróica!) el bizarro jóven era uno de los mas ardientes admiradores de un asesino... no podia creer que un capitan quisiera asesinar á un soldado. Hallándose aun estenuado de hambre y de fatiga le mandaron descender al foso de la fortaleza y allí se encontró con un hoyo recientemente abierto... Desnudáronle de su traje: atáronle una linterna sobre el pecho para distinguirlo entre las tinieblas y ofrecer un blanco á los fusiles que se iban á asestar contra su pecho. Pidió un confesor: rogó á los verdugos trasmitieran á sus amigos las últimas pruebas de afecto, sus recuerdos, y los verdugos le contestaron con groseras é insultantes palabras. Dióse la voz de fuego, y el duque de Enghien cayó... sin testigos, sin consuelo en medio de su patria; á pocas leguas de Chantilly, á pocos pasos de aquellos árboles seculares á cuya sombra el santo rey Luis administraba justicia á sus vasallos, en la prision donde Monseñor el príncipe fue encerrado, murió el jóven, el gallardo, el valiente, el último vástago del vencedor de Rocroy, murió como hubiera muerto el gran Condé, murió como su asesino no sabrá morir. Su cadáver fue enterrado furtivamente y Bossuet no volverá á la vida para dejar oir su elocuente voz sobre aquellas cenizas.

Al que por un crímen habia descendido al último término de degradacion á que puede llegar la especie humana, nada le faltaba mas que aparentar elevarse sobre la humanidad por la altura de sus designios, dar por pretesto de un atentado razones inaccesibles al vulgo, y hacer que el abismo de iniquidades fuese considerado como profundidades del talento. Bonaparte se valió de aquel miserable recurso que á nadie engaña, y que no vale lo que un simple arrepentimiento: no pudiendo ocultar su crímen, lo publicó.

Cuando se oyó en Paris proclamar la sentencia de muerte, hubo un movimiento de horror que nadie trató de disimular. Preguntábanse con qué derecho acababa de derramar un extranjero la sangre mas ilustre y mas pura de la Francia. ¿Creia acaso aquel extranjero remplazar con su propia familia, la familia que acababa de extinguir? Los militares se sintieron afectados mas particularmente: pareciales que el apellido de Condé les pertenecia como cosa propia, y que en él venia simbolizado el honor del ejército francés. Varias veces los antiguos granaderos se habian encontrado en el ardor del combate con las tres generaciones de héroes, el príncipe de Condé, el duque de Borbon y el duque de Enghien, hasta habian llegado á herir al duque de Borbon; pero la espada de un francés no podia agotar aquella noble sangre: solo á un extranjero le era dable estinguir su corriente.

Cada nacion tiene sus vicios, y los de la Francia no son por cierto la traicion, la perfidia ni la ingratitud. El asesinato del duque de Enghien, los tormentos y la muerte dados á Pichegru, la guerra de España y el cautiverio del pontífice revelan en Bonaparte una naturaleza extranjera á la Francia. No obstante el peso de las cadenas de que el país se sentia abrumado, tan sensibles á las desgracias como á la gloria, lloraron los franceses al duque de Enghien, Pichegru, Georges y Moreau; admiraron los hechos de la inmortal Zaragoza, y tributaron respeto al pontífice cargado de cadenas. El que privó de sus Estados al venerable sacerdote cuya mano le habia marcado con el sello de los reyes, el que en Fontainebleau se propasó, segun dicen, hasta el punto de pegar al soberano pontífice, y arrastrar por sus blancos cabellos al padre de los fieles, ese creyó tal vez alcanzar con tales atentados una nueva victoria. No sabia el insensato que al heredero de Jesucristo le quedaba aun el cetro de caña y la corona de espinas que tarde ó temprano triunfa siempre del poder del malvado.

Tiempo vendrá, yo lo espero, en que los franceses libres enteramente declararán por medio de un acto solemne no haber tenido parte alguna en aquellos atentados de la tiranía: manifestarán que el asesinato del duque de Enghien, el cautiverio del papa y la guerra de España fueron actos impíos, sacrílegos, abominables, esencialmente contrarios á su carácter nacional, y cuya infamia no puede recaer sino sobre la frente del *extranjero*.

Bonaparte se aprovechó del terror que el asesinato de Vincennes causó entre los franceses para dar el último paso y escalar el trono.

Entonces principiaron las grandes saturnales de la monarquía: los crímenes, la opresion y la esclavitud marcharon de consuno con la locura. En aquel triste momento espiró toda libertad, toda afeccion honrosa, toda idea de generosidad fueron consideradas como crímenes contra el Estado. El que hablaba de virtud, se hacia sospechoso, el que alababa una buena accion, injuriaba al monarca reinante. Hasta las palabras cambiaron de significacion: al pueblo que combatia por su legítimo soberano se le llamaba pueblo rebelde; al súbdito fiel se le denominaba traidor; la Francia entera se convirtió en imperio de la mentira: periódicos, folletos, discursos, prosa, verso, todo á porfía se encaminaba á disfrazar la verdad. Si llovia, cien voces, aseguraban que el cielo estaba sereno; si el tirano se paseaba sombrío entre un pueblo mudo, decian con toda seguridad que iba avanzando entre las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre. El blanco de todo objeto era el monarca: la moral consistia en someterse ciegamente á su antojo; el deber de todo ciudadano estribaba en vociferar panegíricos. Cuando el monarca incurria en una falta, ó se denigraba con un nuevo crímen, entonces particularmente habia que entonar en alta voz cantos de admiracion. Obligábase á los literatos por medio de amenazas á celebrar al déspota. Al publicar una composicion tenian que andar regateando los grados de alabanza que en ella habian de poner, y se llamaban dichosos, cuando á costa de algunos pasajes comunes sobre la gloria de las armas, compraban el derecho de exhalar un fu tivo surpiro, denunciar algun crímen ó recordar alguna verdad proscrita. El elogio de Bonaparte era, digámoslo asi, como el sello, como el timbre de esclavitud con que debia engalanarse todo libro para salir á la vista del público: en las nuevas ediciones de autores antiguos tenia buen cuidado la censura de suprimir todos los pasajes contra los conquistadores, contra la esclavitud y la tiranía, bien asi como poco antes el Directorio se habia tomado la molestia de correjir en los mismos autores todo cuanto hablase de monarquía y de reyes. Hasta los calendarios eran escrupulosamente examinados por la censura, y la ley de quintas se convirtió en nuevo artículo de fe en el catecismo. Las nobles artes gimieron bajo la misma servidumbre: Bonaparte, supongamos, envenena á los apestados de Jafa; la pintura se da prisa á representarlo en un lienzo tocando con sus propias manos por un exceso de valor y de humanidad á las desgraciadas víctimas del contagio. No era asi, no, como San Luis curaba los enfermos que una tierna y religiosa confianza hacia llegar á sus manos. Por lo demás nadie hable de opinion pública: el soberano debe disponer de ella á su placer. En la policía perfeccionada por Bonaparte, habia un comité encargado de dar direccion á los ánimos y al frente de este comité figuraba un director de la opinion pública. La impostura y el silencio eran los dos grandes recursos que se empleaban para mantener al pueblo en el error. Si la juventud perecia en el campo de batalla, ¿creerá alguno que el gobierno atendia al interesado que preguntaba por ella, ni que descendia hasta el punto de darle alguna explicacion acerca de la suerte que le habia cabido? El gobierno tomaba medidas para que pasasen desapercibidos los hechos mas importantes á la patria, á la Europa y al mundo entero. ¿Llegaban los enemigos hasta Meaux? no lo hubierais sabido hasta que la precipitada fuga de los aldeanos os lo advirtiera: todos los sucesos iban envueltos en tinieblas: burlábanse de las inquietudes del público: reíanse de sus dolores: ningun caso se hacia de lo que el ciudadano podia sentir ó pensar. ¿Habia alguno que elevara la voz? al momento se presentaba un espía que lo delataba, un gendarme que lo arrastraba preso ante una comision militar: caia sobre el desgraciado la sentencia de muerte, cumpliase y nadie se volvia á acordar dél.

No se daban por satisfechos con encadenar á los padres; era preciso disponer de los hijos. No faltaron casos en que madres anegadas en llanto vinieron desaladas desde las extremidades del imperio, reclamando los hijos que el gobierno les habia arrebatado. Estos hijos habian sido puestos en unas escuelas donde reuniéndose á son de tambor se hacian irreligiosos, disolutos y despreciadores de las virtudes domésticas. Si habia algun sabio y digno preceptor que se atreviera á recordar la antigua experiencia y las lecciones de

moral, al punto se veia denunciado como traidor, como fanático, como enemigo de la filosofía y del progreso de las luces. La autoridad paterna, respetada por los mas abominables tiranos de la antigüedad, era tratada por Bonaparte como un abuso, como una preocupacion. Su intencion era convertir la juventud de aquella época en una especie de mamelucos sin Dios, sin familia y sin patria. No parece sino que aquel enemigo universal se habia propuesto destruir á la Francia por su base.

En el breve espacio de diez años desmoralizó á los hombres, hizo mas daño al humano linaje, que todos los tiranos de Roma juntos, desde Neron hasta el último perseguidor de los cristianos. Los principios que servian de norma á su administracion pasaban del gobierno á las diversas clases de la sociedad, y asi es como un gobierno perverso disemina el vicio entre los pueblos, precisamente lo mismo que un gobierno sabio hace fructificar la virtud entre los gobernados. Desde el trono bajaban infiltrándose en las familias la irreligion, el afan de gozar, los gastos ruinosos, el desprecio á la moral y el espíritu de la inconstancia, de la violencia y de la dominacion. Si tal gobierno se hubiese prolongado, la Francia no hubiera llegado á ser mas que una caverna de bandidos.

Los crímenes de la revolucion republicana fueron obra de las pasiones, que siempre dejan algun recurso: hubo desórden en aquella época, pero no hubo destruccion de la sociedad. Afectada estaba ciertamente la moral; pero no aniquilada. La conciencia sentia remordimientos; no dominaba una indiferencia destructora que envolviera al criminal juntamente con el no culpable, y asi es, que las desgracias de aquel período hubieran podido ser prontamente reparadas. ¿Mas quién podria curar las heridas hechas por un gobierno que establecia por principio el despotismo, y que al paso que de nada mas hablaba que de moral y religion, las iba destruyendo sin cesar con sus instituciones y con su desprecio; que no trataba de fundar el órden sobre el deber y la ley, sino sobre la fuerza y el espionaje de la policía; que á la estúpida inercia de la esclavitud llamaba paz de una sociedad bien organizada, fiel á las costumbres de sus padres, y caminando silenciosamente por el sendero de las antiguas virtudes? Las mas terribles revoluciones son preferibles á semejante estado. Si las guerras civiles producen los crímenes públicos, tambien dan orígen por lo menos á las virtudes particulares, desarrollan los talentos y ponen en evidencia á los grandes hombres. Solo con el despotismo es como desaparecen completamente los imperios, porque abusando de todos los medios, matando mas bien las almas que los cuerpos, llega por último el despotismo á producir la disolucion social y á facilitar el paso á la dominacion de un conquistador extranjero. No hay un solo ejemplo de haber perecido una nacion libre por efecto de guerras entre los ciudadanos: un pueblo encorvado por la violencia de sus tempestades domésticas, siempre ha concluido por erguir la cabeza con mas vigor.

¡Pondérase la administracion de Bonaparte! Si la administracion consiste en números; si para bien gobernar basta saber cuánto produce una provincia en trigo, en vino y en aceite; cuál es el último maravedí que se puede sacar de ella, y el último hombre con que puede contribuir al ejército; desde luego confesamos que Bonaparte era un gran administrador: es imposible dar mejor organizacion al mal, ni arreglar con mas órden el desórden. Mas si la mejor administracion es la que proporciona al pueblo el beneficio de la paz, la que fomenta en su seno principios de justicia y equidad, la que es avara de sangre humana, y la que respeta los derechos de los ciudadanos y las propiedades de las familias; el gobierno de Bonaparte tomado bajo este punto de vista, ha sido el peor de los gobiernos.

Aun considerándolo segun su propio sistema, aparece lleno de faltas y de errores. Parte de las rentas del Estado eran absorvidas por los excesivos gastos de la administracion. Ejércitos de aduaneros y de cobradores devoraban las contribuciones que tenian la comision de recaudar. El mas insignificante gefe de oficina tenia á sus órdenes cinco ó seis agentes. Parecia que Bonaparte se hallaba en guerra abierta con el comercio. Si algun nuevo ramo de industria brotaba en el país, al momento lo sometia á su influencia y lo agostaba entre sus manos. El tabaco, la sal, la lana, los géneros coloniales, para él todo era objeto de monopolio. Bonaparte era el único comerciante de su imperio. Con absurdas combinaciones, mas bien dicho, con una ignorancia y una decidida aversion á la marina, acabó de perder las colonias y arruinar las escuadras. Mandaba construir buques de grandes dimensiones, ¿mas qué hacia con ellos? Dejarlos podrir en los puertos ó desarmarlos para remediar con sus despojos las necesidades de los ejércitos de tierra. Cien fragatas diseminadas por todos los mares, habrian podido causar considerable daño á los enemigos, formar buenos marinos, y protejer á la marina mercante; pero estas nociones tan sencillas y al alcance del sentido comun, no tenian entrada en la cabeza de Bonaparte. Tampoco se le deben atribuir los progresos que hizo la agricultura, pues no dependen sino de la reparticion de las grandes propiedades, de la estincion de algunos derechos feudales, y de otras muchas causas producidas por la revolucion.

Aquel hombre turbulento y extravagante fatigaba diariamente al pueblo que de nada necesitaba mas que de sosiego, con decretos contradictorios, y con frecuencia irrealizables: por la noche violaba lo que habia estatuido por la mañana. En diez años devoró quince mil millones de (1) contribucion, cuya suma excede la de las cobradas durante los 73 años del reinado de Luis XIV. No le bastaban ni el despojo del mundo, ni los mil y quinientos millones de renta: toda su ocupacion se reducia á aumentar su tesoro por medios los mas inicuos. Cada prefecto, cada subprefecto estaba autorizado para aumentar los derechos de puertas de las ciudades, imponer condicionalmente algunos centimos mas á los consumos de las poblaciones, y hasta de las cabañas de su distrito, y pedir á este ó aquel propietario una cantidad arbitraria para tal ó cual supuesta necesidad. Ejercíase el saqueo sobre toda la Francia. Las enfermedades, la indigencia, la muerte, la educacion, las ciencias, en una palabra todo tenia que pagar su tributo al monarca. El padre que tenia un hijo lisiado é incapaz para el servicio de las armas estaba obligado á pagar al erario 1500 francos para consolarse de aquella desgracia. Alguna vez el quinto conscripto moria de enfermedad sin haber sido reconocido por el capitan encargado del depósito. En este caso se podria suponer que el padre quedaba exento de pagar los 1500 francos: nada de eso. Si la declaracion de enfermedad se habia hecho antes del momento de la muerte, el padre tenia que pagar aquella suma sobre la tumba de su hijo, como que este se hallaba aun en vida en el momento de la declaracion. ¿Queria algun pobre dar educacion á un hijo? por de pronto tenia que pagar una suma á la universidad y luego un censo sobre la pension con que gratificaba al preceptor. Si un autor moderno citaba á otro antiguo, la censura le exigia un céntimo por cada pliego de citas, por la razon de haber caido los escritores antiguos en lo que se llamaba *dominio del público*. Si las citas se hacian en una obra traducida, no se pagaba mas que medio céntimo por pliego, porque en tal

(1) Es un cálculo aproximativo: no me precio de presentar cuentas minuciosamente redactadas por francos y céntimos.

caso la cita era de *dominio mixto*, es decir que la mitad del trabajo era propiedad del escritor muerto y la otra del traductor. Cuando Bonaparte mandó distribuir durante el invierno de 1812 alimentos á los pobres, se creyó que aquel rasgo de generosidad seria pagado de su bolsillo: pero esta generosidad se redujo á imponer algunos céntimos condicionales á la contribucion ordinaria, y con este motivo pudo ganar cuatro millones con la sopa de los indigentes. Finalmente llegó al extremo de apoderarse de la administracion de los funerales: era en efecto cosa muy digna del destructor de los franceses el cobrar una contribucion por sus cadáveres. Y ¿quién habia de reclamar la proteccion de las leyes, si él mismo era quien las confeccionaba? El cuerpo legislativo tuvo una vez la audacia de hablar y no le costó mas que ser disuelto. Un solo artículo de los nuevos códigos daba rápidamente al traste con la propiedad. El administrador de distrito podia decir á cualquiera ciudadano: «Vuestra propiedad pertenece al dominio »público, es decir, es nacional. Por de pronto os la »secuestro: podeis defender vuestro derecho: si el »dominio público carece de razon, se os devolverá »vuestra propiedad.» Y ¿á quién se recurria en demanda de este derecho? ¿á los tribunales ordinarios? Nada de eso. Estos asuntos eran de competencia del consejo de Estado: litigábase ante el emperador, y el emperador era juez y parte.

Si tan insegura era la propiedad, menos solidez habia aun para la libertad civil. ¿Qué cosa mas moastruosa podia darse que aquella comision nombrada para inspeccionar las prisiones, y por cuyo mero informe podia un hombre permanecer detenido toda su vida en un calabozo, y ser puesto sin formacion de causa en tormento, ser arcabuceado durante la noche ó extrangulado entre las puertas de la mazmorra? En medio de este Bonaparte mandaba nombrar anualmente comisiones de libertad de imprenta y de libertad individual. ¡Jamás llegó Tiberio á burlarse con tal descaro de la especie humana!

La contribucion de sangre era la digna cúpula de esta obra del despotismo. La Escandinavia, llamada por cierto historiador *fábrica del género humano*, no hubiera suministrado bastantes hombres para dejar satisfecha aquella ley homicida. El código del llamamiento al servicio de las armas será eterno monumento del reinado de Bonaparte. Allí se encuentra recopilado todo cuanto la tiranía puede inventar mas sutil é ingenioso para torturar y destruir los pueblos: es aquel código verdaderamente un código del infierno. Las generaciones de Francia estaban sujetas á un desmembramiento normal como los árboles de un bosque: cada año tenian que abandonar sus hogares 80,000 jóvenes, cuyo número podia ser doblado ó aumentado con otras quintas extraordinarias, y alguna vez devoró con anticipacion á sus futuras víctimas, á manera del disipador que empeña las rentas que aun no ha llegado á poseer. Al último se desentendieron de reglamentos é hicieron tomar las armas á cuantos jóvenes necesitaron sin detenerse en contarlos: no eran muy delicados en cuanto á las condiciones que se necesitaban para morir en el campo de batalla: la inexorable ley se manifestaba en extremo indulgente sobre este particular. Remontábanse hácia la infancia; descendian hácia la vejez: el reformado, el que se hallaba de reemplazo, todos volvian nuevamente al servicio: el hijo de algun pobre artesano librado acaso por tres veces á costa de la pequeña fortuna de su padre, tenia que volver á tomar el fusil. Ni las enfermedades ni los defectos corporales no eran causas de exencion. Columnas móviles recorrian el territorio francés como si fuera un país enemigo, arrebatando al pueblo sus últimos hijos. Si alguno se quejaba de semejante desolacion, le contestaban diciendo que en las columnas móviles habia hermosos gendarmes que podrian consolar á las madres y volverles á dar lo que habian perdido. Si un hermano se hallaba ausente, era soldado el otro hermano. El padre respondia del hijo, la mujer del marido: extendíase la responsabilidad á los parientes mas lejanos, y hasta á los vecinos de la casa. Un pueblo entero tenia que ser fiador del quinto que habia nacido en su recinto. Ciertos comisionados de apremio se instalaban en casa del aldeano de donde faltaba un quinto y le obligaban á vender hasta el lecho para alimentarlos, de modo que para redimirse de esta carga no quedaba otro arbitrio que buscar al fugado aunque estuviera oculto en las malezas de los bosques. Lo absurdo venia de la mano con lo atroz: muchas veces se pidieron hijos á los que habian tenido la dicha de carecer de posteridad: usaron de violencias para descubrir el paradero del portador de un nombre que no existia sino en las apuntaciones de los gendarmes, ó reclamaron como fugado de la quinta al que hacia cinco ó seis años que estaba incorporado á su regimiento. Hubo caso de haber sido puesta en tormento una mujer embarazada para que declarase el lugar en que estaba oculto el primer fruto de sus entrañas: hubo padres que tuvieron que presentar el cadáver de su hijo, para probar la imposibilidad en que se hallaban de presentarlo vivo. Quedaban aun algunas familias acomodadas cuyos hijos habian podido librarse: estos jóvenes dedicándose á los estudios prometian llegar á ser con el tiempo magistrados, ó empleados públicos, ó sabios, ó propietarios, ó de algun modo útiles al órden social de una grande nacion: para envolver á estos jóvenes en la comun ruina se instaló el cuerpo militar llamado *guardias de honor*, y en sus filas tuvieron que asistir á la matanza general. Llegó á tal punto el desprecio de la vida de los hombres y de la nacion, que á los quintos se les daba el nombre de *materia primera* y *carne de cañon*. Alguna vez se promovió entre aquellos abastecedores de carne humana la gran cuestion de averiguar cuánto tiempo duraria un quinto: diciendo unos que duraria treinta y tres meses y otros treinta y seis. El mismo Bonaparte solia decir: *tengo trescientos mil hombres de renta*. En los once años de su reinado ha hecho perecer mas de cinco millones de franceses, suma que excede á cuantos murieron en las guerras civiles ocurridas durante tres siglos en los reinados de Juan, Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III, y Enrique IV. En el último año que acaba de trascurrir, Bonaparte ha tomado para el servicio de las armas (sin contar la milicia nacional) 1.300,000 hombres, ó lo que es lo mismo, mas de 100,000 hombres por mes: ¡y aun hay quien se atreva á decir que no ha echado mano mas que del lujo, del exceso de la poblacion!

No era difícil conjeturar lo que acaba de suceder: todos los hombres sensatos decian que la conscripcion, agotando las fuerzas de la Francia, la dejaba expuesta á la invasion tan luego como se viese formalmente atacada por los aliados. El cuerpo nacional, desangrado por el verdugo, hallándose exhausto de sangre, no ha podido oponer mas que una débil resistencia, y no es el único escollo á que la pérdida de tantos hombres encaminaba á la nacion: aquel funesto sistema propendia á sumergir la Francia, la Europa entera en la barbarie; los artes y las letras iban á quedar inevitablemente destruidas. Un jóven que debe morir á los diez y ocho años no puede dedicarse á ningun estudio. Viéndose las naciones vecinas obligadas á defenderse tenian que recurrir á los mismos medios, y abandonar todas las ventajas de la civilizacion; y precipitándose finalmente los pueblos unos sobre otros; como en el siglo de los godos y de los vándalos, habrian visto renacer las desgracias de aquella época. Al romper aquel furor de guerras los

lazos de la sociedad en general, aniquilaba por consiguiente los vínculos de la familia. Acostumbrado el niño desde la cuna á considerarse como víctima consagrada á una muerte precoz, perdia el freno de la obediencia á sus padres: contrahia hábitos de pereza, de vagancia y de libertinaje, esperando el momento de lanzarse á saquear y degollar al mundo. ¿Qué principio de religion, ni de moral tenia tiempo de arraigarse en aquel corazon? Por otra parte, en la clase del pueblo, los padres no cobraban el afecto necesario, ni empleaban la solicitud oportuna en educar unos hijos que con tanta facilidad habian de perder, de quienes no podian prometerse ningun apoyo, y que en último resultado no venian á ser mas que un motivo de penas, y una pesada carga. De todo esto provenia un endurecimiento, digámoslo así, del alma, un olvido de los sentimientos naturales que conducen al egoismo, la indiferencia al bien y al mal y la falta de apego á los intereses de la patria; defectos que embotan le conciencia y encaminan á la esclavitud, como quitan la capacidad de aborrecer el vicio y admirar la virtud.

Tal fue la administracion de Bonaparte por lo tocante al interior de Francia.

Examinemos ahora su gobierno bajo el aspecto de las relaciones exteriores, aquella política de que estaba tan orgulloso y de la que acostumbraba dar esta definicion: *la política es jugar á los hombres*. Pero, ¡ah! en ese abominable juego perdió todo cuanto tenia, y la Francia es quien ha pagado sus pérdidas.

Principiando por su sistema continental diremos que semejante sistema, propio de un loco ó de un niño no era por de pronto el objeto real de sus guerras, y si solo el pretesto. No hablando mas que de la libertad de los mares aspiraba á ser el dueño de la tierra. ¿Hizo acaso lo que convenia para establecer ese insensato sistema? ¿Por ventura no dejó de cerrar los puertos del Mediterráneo y del Báltico por aquellas dos grandes faltas que como luego diremos hicieron fracasar sus proyectos sobre España y sobre la Rusia? ¿No dió todas las colonias del mundo á los Ingleses? ¿No les abrió en el Perú, en Méjico y en el Brasil un mercado mas ventajoso que el que intentaba cerrarles en Europa? Tan cierto es esto que por último enriqueció con la guerra al pueblo que pretendia arruinar. La Europa no toma del comercio inglés mas que algunas superfluidades: las naciones europeas en el fondo hallan cada cual en sus propias manufacturas recursos con que satisfacer sus primeras necesidades. En América por el contrario, los pueblos necesitan de todo, desde la primera hasta la última pieza de su vestido: diez millones de americanos consumen mas mercancías inglesas que treinta millones de europeos. No hablo de la importacion del dinero de Méjico á las Indias, ni del monopolio del cacao, de la quina, de la cochinilla, ni de otros mil objetos de especulacion que se han convertido en una nueva fuente de riqueza para los ingleses. Y cuando Bonaparte hubiera conseguido cerrar los puertos de España y del Báltico, hubiera por supuesto tenido que cerrar los de Grecia, de Constantinopla, de Siria y de Berbería: lo cual era equivalente á acometer la empresa de la conquista del mundo. En tanto que él hubiera tenido que emplearse en nuevas conquistas, los pueblos sometidos, no pudiendo cambiar las producciones de su suelo, ni de su industria con las de otros paises hubieran sacudido el yugo y vuelto á abrir sus puertos. Todo eso no presenta mas que falsas miras, empresas pequeñas en fuerza de ser gigantescas, falta de razon, de sentido comun, sueños de un loco, de un delirante.

Por lo tocante á sus guerras, á su conducta con los gabinetes de Europa, queda desvanecido el prestigio tan luego como se sujetan al menor exámen. No se mide la magnitud de un hombre por las empresas que acomete, sino por las que lleva á cabo. A cualquiera le es dado soñar en la conquista del mundo; pero solo un Alejandro pudo conseguirla. Bonaparte gobernaba la España como una provincia del imperio, chupando la sangre y el oro que habia en ella. No se contentó con esto: quiso sentarse en el trono de Carlos IV. ¿Qué hizo para conseguirlo? Poniendo en juego la mas pérfida política introdujo el gérmen de la discordia en la familia real de España: luego burlándose de todas las leyes divinas y humanas arrebató aquella familia, é invadió súbitamente el territorio de un pueblo leal que acababa de combatir por su causa en Trafalgar. Insultó el carácter de aquel pueblo, degolló sus sacerdotes, ajó el orgullo castellano, mas no tardó en ver que respondiendo á su reto se lanzaban al combate los descendientes del Cid, los nietos del gran capitan. Zaragoza celebró sus propios funerales y se sepultó libre por no vivir esclava: la voz de Pelayo resonó nuevamente en las Asturias, y el moderno Almanzor tuvo que abandonar precipitadamente el campo. Esta guerra reanimó el entusiasmo en los pueblos de Europa: la Francia tuvo una frontera mas que defender, creó un ejército en favor de los ingleses, los volvió á traer al cabo de cuatro siglos á los campos de Poitiers, y les hizo dueños de los tesoros de Méjico.

Si Bonaparte en vez de recurrir á esas estrategias dignas de los Borjias, hubiera, valiéndose de una política siempre criminal, pero por lo menos mas hábil, declarado la guerra al rey de España, si se hubiera anunciado como vengador de los castellanos oprimidos por el príncipe de la Paz; si hubiera alhagado la española arrogancia, y respetado su religion, tal vez hubiera conseguido su intento (1). «Nada quiero de los españoles; lo que quiero es la España», solia decir en sus accesos de furor. Pues bien, esa España fue ciertamente la que abatió su orgullo: el incendio de Burgos causó el incendio de Moscou; la conquista de la Alhambra trajo á los rusos á sentarse en el Louvre. ¡Sublime y espantosa leccion!

La misma falta cometió respecto de la Rusia. Si en octubre de 1812 se hubiese detenido en las orillas del Duna; si se hubiera contentado con tomar á Riga y acantonar durante el invierno su ejército de 500,000 hombres, dejando á retaguardia la Polonia organizada es verosímil que habria puesto en grave peligro al imperio de los czares. En vez de obrar así se encaminó á Moscou por un solo camino y sin llevar almacenes ni recursos. Llegó á Moscou, y los vencedores de Pultawa incendiaron su ciudad sagrada. Bonaparte se adormeció un mes entre las ruinas y cenizas, olvidado al parecer del regreso de las estaciones y de lo riguroso del clima: dejóse engañar con proposiciones de paz: no conocia lo suficiente el corazon humano, y creyó que unos pueblos que acababan de entregar á las llamas su propia capital, para librarse de la esclavitud, habian de ir á capitular sobre las humeantes ruinas de sus casas. Sus generales le advirtieron que era tiempo ya de retirarse, y Napoleon lo verificó jurando como un niño furioso que no tardaria en volverse á presentar con un ejército, *cuya sola vanguardia constaria de* 300,000 *soldados*. Dios envió un soplo de su ira: ¡todo pereció, todo quedó reducido á un hombre!

Absurdo en administracion, criminal en política, ¿qué encanto tiene pues ese extranjero para alucinar á los franceses? ¿Su gloria militar? Ya está despojado de ella. Es efectivamente un famoso gana-batallas; pero fuera de esa circunstancia, cualquiera general de mediana capacidad es mas hábil que él. Nada entiende del arte de practicar una retirada, ni de disputar el terreno: es impaciente, incapaz de esperar largo tiempo un resultado, fruto de profundas combinaciones estratégicas; toda su ciencia consiste en marchar adelante, embestir, correr, ganar batallas, como dicen, *con descargas de hombres*: aventurarlo todo á un lance, sin cuidarse del porvenir, y sacrificar la mitad del ejército con fatigas superiores á las fuerzas humanas. Pero ¿qué importa? ¿Por ventura no es dueño de decretar nuevas quintas, y de contar con la *materia primera* en abundancia? Se cree que ha perfeccionado la ciencia de la guerra, y lo cierto es que la ha hecho retrogradar (1) á la época de su infancia. Lo sublime de la ciencia de la guerra, en los pueblos civilizados consiste en defender un país de gran extension con un pequeño ejército; en proteger el reposo de algunos millones de hombres detrás de una línea de 60 ú 80,000 soldados; de manera que en tanto que el labrador sigue tranquilamente cultivando su campo, casi ignore que á pocas leguas de su cabaña se están dando batallas. Ciento cincuenta mil hombres guardaban toda la estension del imperio romano, y el mismo Cesar no se presentó en Farsalia sino con algunas legiones. ¡Protéjanos actualmente en nuestros hogares ese vencedor del mundo! ¡Pues qué! ¿Tan súbitamente le ha abandonado su genio? ¿Por qué maravilla aquella Francia que Luis XIV circundó de fortalezas, y Vauban cercó como un hermoso vergel se vé en los momentos presentes invadida por todas partes? ¿Qué es de las guarniciones de las plazas fronterizas? no existen. ¿Qué es de los cañones que defendian sus baluartes? Todo está desarmado, hasta los buques de Brest, de Tulon y de Rochefort. Si Bonaparte hubiera querido entregarnos sin defensa á las potencias aliadas, si en secreto hubiese conspirado, ó se hubiese vendido contra los intereses de la Francia, ¿podia por ventura haber obrado de otro modo? En menos de 16 meses se han sepultado en los bosques de Alemania y en los desiertos de Rusia dos mil millones en numerario, un millon cuatrocientos mil hombres y el material de todo el ejército y de todas las plazas de Francia. En Dresde, Bonaparte cometió faltas sobre faltas, olvidándose de que si los crímenes no son alguna vez castigados mas que en el otro mundo, las faltas no se libran de hallar su castigo en este. Demostrando la mas incomprensible ignorancia de la marcha política de los gabinetes, se empeñó en permanecer sobre el Elba, sufrió una derrota en Leipsick, y rehusó una honrosa paz que le propusieron. Lleno de desesperacion y de rabia, salió por última vez del palacio de los monarcas franceses; por un espíritu de injusticia é ingratitud incendió la poblacion en que aquellos mismos reyes tuvieron la desgracia de alimentarle; no opuso á los enemigos mas que una actividad sin plan, sufrió una postrera derrota, volvió á huir, y por último libró de su presencia á la capital del mundo civilizado.

Resistiríase la pluma de un francés á pintar el horror de aquellos campos de batalla: para Napoleon un hombre herido no es mas que un peso: si muere, tanto mejor: con eso le libra de un estorbo. Montones de militares mutilados confusamente hacinados en un rincon, han pasado alguna vez dias y dias, y acaso semanas enteras sin el auxilio de la cirujía: no se encuentran hospitales donde quepan los enfermos de un ejército de 700, ú 800,000 hombres, ni hay facultativos bastantes para cuidarlos. El verdugo de los franceses no toma ninguna precaucion en provecho de aquellos desgraciados: los empleados de sanidad militar carecen de todo recurso para ejercer su profesion: si hay profesores, no hay botica que confeccione sus recetas, si hay botica faltan instrumentos con que amputar los miembros gangrenados. En la campaña de Moscou llegó el caso de aplicar á las heridas heno seco por falta de hilas, hasta el heno faltó.... los heridos murieron. Quinientos mil guerreros, gloria de la Francia, anduvieron errantes entre la nieve y los desiertos, sosteniéndose apoyados en un palo, pues ya carecian de fuerzas para llevar sus armas y por único vestido llevaban la ensangrentada piel de los caballos que habian tenido que matar para procurarse algun alimento. Oficiales veteranos, con los cabellos y la barba herizados de hielo, se rebajaban hasta adular al último soldado que conservaba algun alimento, para que les diera alguna mezquina parte. ¡A tal extremo llegaba el tormento del hambre! Escuadrones enteros, caballos y ginetes quedaban helados durante la noche, y á la mañana aparecian como unos espectros en medio de las nieblas. Los únicos testigos de la desgracia de aquel desventurado ejército, eran las bandadas de cuervos y de perros blancos que le seguian con la ansia de devorar sus restos. El emperador de Rusia mandó hacer durante la primavera indagaciones para tener alguna noticia del número de los muertos (2): contáronse 243,610 cadáveres de hombre, 123,133 de caballo. La peste militar que desde que no se hacia la guerra sino con un pequeño número de hombres habia desaparecido, ha vuelto á presentarse entre las columnas de un ejército de un millon de soldados, y entre los torrentes de sangre humana: ¿Qué hacia el destructor de Francia en tanto que por tales plagas caia diezmada la flor de su juventud? Bonaparte huia, huia; dábase toda prisa en llegar á las Tullerías para decir frotándose las manos al calor de la chimenea: *Mejor se está aquí que en las orillas del Beresina*. Ni una palabra de consuelo se dignó decir á las esposas, ni á las madres que anegadas en llanto le rodeaban; en su frente no se leyó un pesar, ni un movimiento de ternura, ni un remordimiento; no se escapó de su pecho ni un suspiro que fuera una confesion tácita de su locura. Los nuevos Tigelinos decian: «La fortuna que hemos tenido en esta retirada, es que S. M. no ha carecido de nada: siempre ha estado bien alimentado y resguardado de la intemperie en un buen coche: puede decirse que el emperador no ha sufrido ninguna privacion, y esto es un gran consuelo.» Por su parte, S. M. el emperador aparecia radiante, altivo, contento en medio de su córte, ondulando artísticamente los pliegues del régio manto, cubierta la cabeza con el sombrero á lo Enrique IV, dejándose pomposamente caer sobre el trono, y tomando en él las actitudes académicas que le habian enseñado.... mas al través de aquel aparato se veia una cosa hedionda, que todo el brillo de los diamantes de la corona no podia ocultar: *¡el régio manto cubierto de manchas de sangre!*

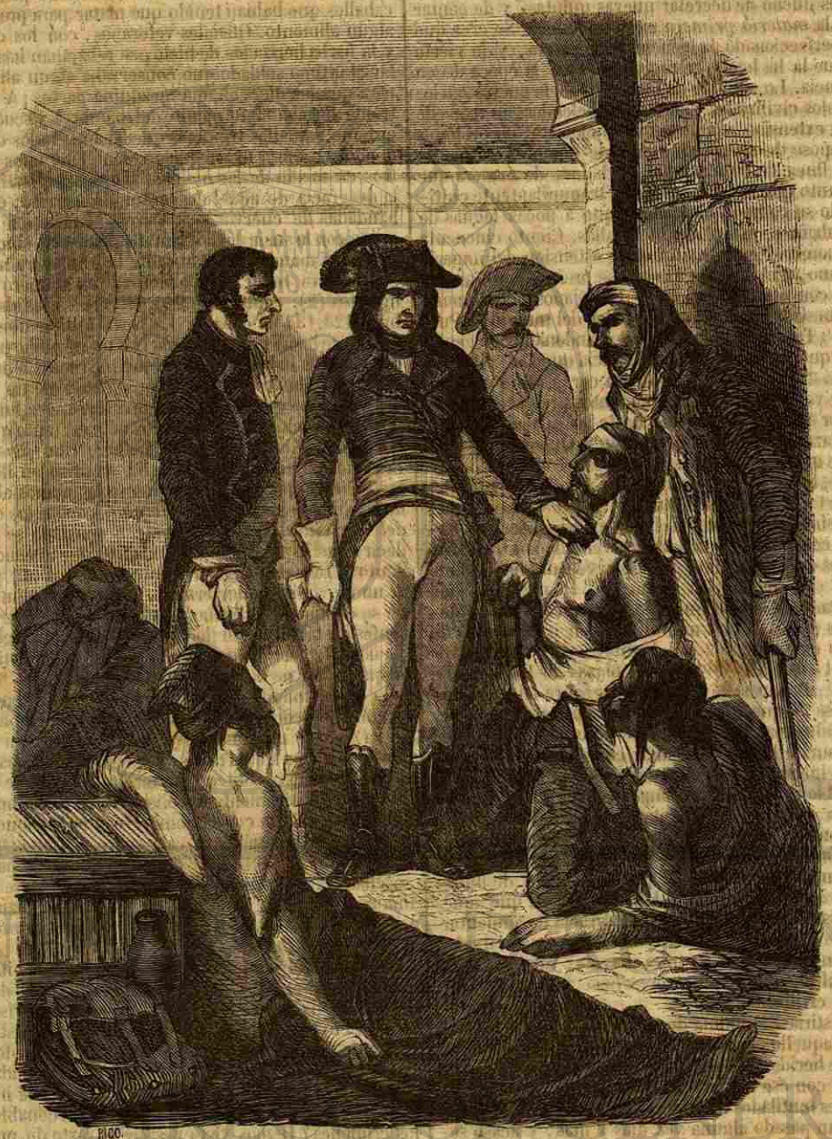
¡Ah! ese horror de los campos de batalla habita ya entre nosotros: no se oculta ya allá en el fondo de los desiertos: vive entre nosotros; le vemos en París, en aquella ciudad que hace cerca de mil años resistió al poder de los Normandos, ensoberbeciéndose de no haber podido ser vencida sino por Clodoveo, fundador de la monarquía francesa. Entregar un país á la invasion, ¿no es acaso el mayor y el mas imperdonable de los crímenes? Hemos visto perecer el resto de nuestras generaciones; hemos visto grupos de soldados veteranos, pálidos y desfigurados, apoyándose en las esquinas de las calles, agonizando con toda clase de miserias, no teniendo fuerzas para sostener con su mano el arma con que han defendido á la patria, y alargando su demacrado brazo para pedir una limosna! Hemos visto el Sena cubierto de barcas, y las carreteras atestadas de carruajes conduciendo heridos, heridos que aun carecian del beneficio de la primera

(1) Por lo menos no hubiera sido tan monstruosa su perfidia; pero bien sabia el tirano que no usando de este medio *no* tenia otro camino que el de Roncesvalles.

(1) Es cierto sin embargo que perfeccionó la parte llamada *administracion del ejército*, y el material de la guerra.

(2) Extracto de un informe oficial del ministro de policía general al gobierno ruso, con fecha 17 de mayo 1813.

curacion. Uno de aquellos carros seguido en sus huellas de sangre por la dolorosa ansiedad pública, volcó en uno de los bulevares, lanzando sobre las desnudas piedras del pavimento un monton de cadáveres vivientes sin brazos, sin piernas, acribillados de sablazos, cosidos de lanzadas dando alaridos, y pidiendo como postrer favor á sus hermanos, les libraran de una vez de tanto cúmulo de dolores.... Aquellos infelices eran unos jóvenes que sin llegar á la edad de la madurez habian sido arrebatados de sus hogares; y trasportados sin dejar siquiera el traje con que cultivaban la tierra, al campo de batalla; allí como *alimento destinado al cañon*, se les habia colocado en el sitio de mas peligro, donde mas fácil pasto hallaban las baterías enemigas.... aquellos infelices, vuelvo á decir, al sentir silbar sobre sus cabezas el mortífero plomo, lloraban y gritaban *¡Madre mia! ¡Madre mia!* Grito aterrador que revelaba, que en vez de tener el intrépido corazon del hombre, solo tenian la debilidad propia de un niño arrancado á la paz doméstica, caido del tierno regazo materno, en las despiadadas manos de su feroz soberano! ¿Y para quién se consuman tantos asesinatos? ¿Para quién se arrostran tantos dolores? para un abominable tirano, para

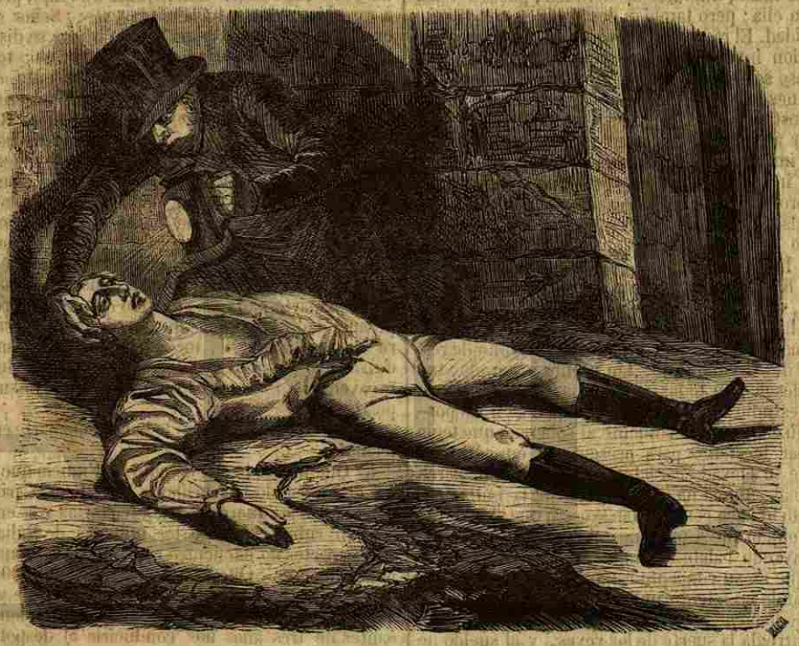


NAPOLEON VISITANDO A LOS APESTADOS DE JAFFA.

un extranjero que es tan pródigo de sangre francesa porque no tiene ni una sola gota de ella en sus venas.

¡Ah! cuando Luis XVI rehusaba castigar algunos culpables, cuya muerte le habria asegurado el trono, ahorrando al país tantas calamidades; cuando aquel monarca decia: «no quiero comprar mi seguridad á »costa de la vida de un solo vasallo; cuando escribia »en su testamento. Recomiendo á mi hijo, que en el »caso de tener la desgracia de llegar á ser soberano, »piense que debe consagrarse enteramente á la feli»cidad de sus conciudadanos; que debe olvidar todo »rencor y acallar todo resentimiento, y en especial »los que se refieran á los disgustos que yo he sufrido; »y que tenga presente que tan solo reinando segun el »espíritu de las leyes, es como se puede hacer la di»cha de los pueblos;» cuando pronunciaba sobre el cadalso estas palabras: «Franceses, ruego á Dios que no pida á la nacion la sangre de vuestros reyes, que vais á derramar.» Esa es la conducta de un verdadero rey, de un rey francés, de un rey legítimo, de un padre, de un gefe de la patria!

Bonaparte ha demostrado demasiada mediocridad en el infortunio para que se pueda creer que su elevacion fue obra del genio: su elevacion es hija del poder de la Francia, y la Francia la consideró como hija de los hechos de aquel hombre. Su grandeza es el resultado de las inmensas fuerzas que pusimos en sus manos en el momento de su elevacion. La heredó de los ejércitos, formados por los mas hábiles generales de la Francia, conducidos tantas veces á la victoria por aquellos grandes capitanes que han perecido, y que sin quedar uno perecerán acaso víctimas de los furores y de la envidia del tirano. Encontró al elevarse un pueblo numeroso, engrandecido por las conquistas, exaltado por los triunfos y por el movimiento que siempre producen las revoluciones: no tuvo mas que hacer, que pedir auxilios á la Francia y su fecundo suelo le prodigó ejércitos y tesoros.



MUERTE DE ENGHIEN.

Todo obstáculo se allana ante los ejecutores que Dios deja aparecer sobre la tierra para que sean ministros de su terrible indignacion: nada mas que con medianos talentos llegan á coronarse con increibles triunfos. Saliendo del seno de las discordias civiles, toman aquellos exterminadores su principal fuerza de las calamidades á que deben su origen, y del terror que la memoria de estas inspira: de modo que se hacen dueños de la sumision del pueblo en nombre de las calamidades sin las que no hubieran salido de la oscuridad. A tales hombres les es dado corromper, envilecer, anonadar todo honroso sentimiento, degradar los ánimos, mancillar cuanto llegan á tocar, aspirar y atreverse á todo, reinar por medio de la mentira, la impiedad y el terror, hablar en todos sentidos, fascinar todos los ojos, engañar á la misma prudencia, y ser reputados por hombres de superiores talentos, no siendo en realidad mas que unos criminales vulgares, pues no puede darse excelencia en ningun género, no estando solidamente basada en la virtud. Llevando en pos de sí las turbas fascinadas, triunfando en fuerza del número, colmando su deshonor á cada nueva victoria, llegan con la tea en la mano, y los piés bañados en sangre, á los confines de la tierra, poseidos del tremendo espíritu que les priva hasta del conocimiento de su mision.

Por el contrario cuando la Providencia quiere salvar un imperio y no castigarlo: cuando echa mano, no de verdugos, sino de servidores; entonces reserva para sus ministros una decorosa gloria en vez de una

fama abominable. Lejos de allanarles el paso, como á Napoleon Bonaparte, les opone dificultades que sirvan de magnífico contraste á sus virtudes. Este es el distintivo característico entre el libertador y el asolador de los pueblos, entre el gran capitan, cuya mision es destruir, y el hombre que aparece sobre la tierra para edificar. Aquel es dueño de todo y emplea para sus fines recursos inmensos; este otro por el contrario, de nada dispone y solo se vale de los medios mas débiles: fácil es conocer por estas señales la mision y el carácter del asolador de la Francia.

Bonaparte es un supuesto grande hombre: fáltale la magnanimidad que es el constitutivo de los héroes y de los verdaderos reyes: de aquí proviene que no se cita de él ni una sola de aquellas máximas que por sí solas revelan el alma de un Alejandro, de un César, de un Enrique IV ó de un Luis XIV. La Providencia le creó sin entrañas: su cabeza, bastante capaz es el imperio de las tinieblas y de la confusion. Todas las ideas, inclusas las del bien, pueden tener cabida en ella; pero tambien desaparecen con la misma facilidad. El rasgo distintivo de su carácter es una obstinacion invencible, una voluntad férrea; pero entiéndase solamente para la injusticia, la opresion y los planes extravagantes, pues abandona con la mayor inconstancia cualquiera sistema del que pudiera redundar algun bien á la moral, al órden ó á la virtud. La imaginacion le domina; la razon no ejerce en él su influencia. Sus proyectos no son resultado de un profundo y detenido exámen, son ráfagas de un impulso súbito, de una resolucion del momento. Hay algo de cómico en sus acciones; en él todo es remedo, hasta las pasiones que están lejos de sentir. Siempre figurando en un teatro; unas veces, como en el Cairo, representa el papel de un renegado que se jacta de haber destruido la sede pontificia; otras veces, como en París, declama tomando el tono de restaurador del Cristianismo: tan pronto inspirado, tan pronto filósofo, en todas sus escenas se nota demasiado el estudio, y la anticipada preparacion: la posteridad juzgará imparcialmente al soberano que tenia que tomar lecciones para presentarse en actitudes dignas de su elevado carácter. Afanándose por parecer original, nunca ha podido pasar de la imitacion, y aun esto lo hace con arte tan grosero que al instante revela el objeto que se propone imitar: constantemente está ensayando palabras que le parecen sublimes, ó hechos que en su concepto están llenos de elevacion. Aparentando un talento universal, habla á un mismo tiempo de hacienda y de espetáculos; de guerra y de modas; arregla la suerte de los reyes, y el sueldo de un empleado de puertas; expide en el Kremlin un reglamento de teatros, y el dia que va á dar una batalla manda que se haga la prision de algunas mujeres en París. Como hijo de la revolucion, presenta semejanzas con su madre; intemperancia de lenguaje, aficion á la baja literatura y manía de escribir en los periódicos. Bajo la máscara de César y de Alejandro se echa de ver el hombre de poca importancia y el hijo de oscura familia. El soberano desprecio que manifiesta hácia todos los hombres, nace de que á todos los juzga por sí mismo. Su máxima es que todo se hace por interés, y que hasta la probidad no es mas que un cálculo. De aquí provenia aquel sistema de *fusion* que constituia la base de su gobierno, empleando sin distincion al bueno y al malo, y teniendo el mayor cuidado en poner á cada cual en oposicion con sus propios principios. Su mayor placer consistia en deshonrar la virtud, y denigrar las reputaciones: puede decirse que no tocaba cosa alguna que no la manchara. Cuando habia derribado á un sugeto entonces era, cuando, valiéndonos de sus propias expresiones, decia que *habia encontrado su hombre*; el caido le pertenecia por derecho de infamia, y ganaba un poco menos de amor y un mucho mas de desprecio. En su administracion queria que no se vieran sino resultados; que no se reparará en medios, y que siendo las *masas* el todo, las *individualidades* no fuesen nada. «Podrá esa ju»ventud llegar á corromperse; mas no por eso me será »menos obediente; perecerá este ramo de industria; »mas por depronto me valdrá algunos millones; mo»rirán sesenta mil hombres en este lance, pero yo ga»naré una batalla.» ¡Esa es su manera de discurrir; ese es el modo de aniquilar los reinos!

Como naturalmente destinado para destruir, Bonaparte llevaba el mal en su seno tan naturalmente como una madre ostenta con alegría y hasta con una especie de orgullo el fruto que lleva en sus entrañas. Horrorizábase de la felicidad de los hombres; en cierta ocasion dijo: «En Francia hay aun algunas perso»nas felices, y estas son las familias que no me conocen »que viven en el campo, en una quinta, con 30 ó »40,000 libras de renta; pero yo sabré dar alcance á »esas personas.» Napoleon cumplió esta palabra. Estando en una ocasion viendo jugar á su hijo, preguntó á un obispo que se hallaba presente: ¿Señor obispo, creeis que eso tenga alma? Todo lo que se distingue por alguna superioridad espanta al tirano: toda reputacion le importuna. Envidioso del talento, del valor y de la virtud, ni aun la celebridad del crímen le agradaria, si ese crímen no fuese obra suya. Reconociéndole como el menos favorecido de los hombres cáusale sumo placer humillar á cuantos le rodean, sin acordarse que los reyes de Francia á nadie insultaban porque sabian que nadie podia tomar venganza de ellos; sin acordarse que habla con la nacion mas pundonorosa, con un pueblo educado en la corte de Luis XIV justamente célebre por la elegancia de sus modales y por lo exquisito de su delicadeza. Por último Bonaparte nada mas ha sido que el hombre de la prosperidad: tan luego que la desgracia, verdadero crisol de la virtud, tocó al brillante fantasma, se desvaneció el prodigio: el monarca quedó reducido á un aventurero y el héroe se vió despojado de su gloria postiza.

Al disolver el Directorio le habló Bonaparte en estos términos:

«¿Qué habeis hecho de aquella Francia que os de»jé en un estado tan brillante? Os dejé la paz y os »encuentro en guerra; os dejé victorias y os encuen»tro en ruinas; os dejé los millones de Italia y por »todas partes no encuentro mas que leyes usurpado»ras y miseria. ¿Qué habeis hecho de 100,000 fran»ceses todos conocidos mios y compañeros de gloria? »¡Han muerto! Esta situacion no puede prolongarse: »antes de tres años nos conduciria al despotismo: »queremos república, pero la queremos cimentada »sobre bases de igualdad, de moral, de libertad civil »y tolerancia política, etc.

Hombre de perdicion, hoy en dia usando de tus propias palabras podriamos preguntarte. ¿Di, qué cuenta das de aquella Francia tan brillante? ¿A dónde han ido á parar nuestros tesoros, los millones de Italia y de la Europa entera? ¿Qué has hecho, no de cien mil, sino de cinco millones de franceses, todos conocidos, parientes, amigos y hermanos nuestros? Esta situacion no puede prolongarse; por ella hemos venido á caer en un espantoso despotismo. Tú querias la república, y nos has dado la esclavitud. Nosotros queremos la monarquía basada en la igualdad de derechos, de moralidad, de libertad civil, de tolerancia política y religiosa. ¿Nos has tú dado esa monarquía? ¿Qué has hecho en beneficio nuestro? ¿Qué debemos á tu reinado? ¿Quién ha asesinado al duque de Enghien, puesto en tormento á Pichegru, desterrado á Moreau, cargado de cadenas al soberano pontífice, arrebatado la familia real de España, y dado principio á una guerra impía? Tú. ¿Quién ha perdido nuestras colonias, arruinado el comercio, abierto la América á los ingleses, corrompido nuestras costumbres, ar-

rebatado los hijos á sus padres, desolado las familias, arrasado el mundo, quemado mas de mil leguas de terreno y contribuido á que toda la tierra mire con horror el nombre francés? Tú. ¿Quién ha expuesto la Francia á la peste, á la invasion, al desmembramiento y á la conquista? Tú. No pudiste hacer semejantes cargos al Directorio; pero nosotros podemos hacértelos. Cuánto mas criminal eres tú que aquellos hombres que en tu propio concepto no eran dignos de reinar. Un rey legítimo y hereditario, por quien el pueblo hubiera sufrido la menor parte de los males que tú nos has causado, habria puesto en peligro su trono. ¡Y tú, extranjero y usurpador ¿podrias ser sagrado para nosotros en proporcion de las calamidades que sobre la Francia has derramado? ¿Seguirias reinando aun en medio de nuestras tumbas? La desgracia nos pone en posesion de nuestros derechos: no rendiremos ya mas adoracion á Moloc: no devorarás mas hijos nuestros: abominamos tus quintas, tu policía, tu censura, tus nocturnos fusilamientos, tu tiranía... no es nuestra voz solamente la que te acusa, es el grito de indignacion del género humano; un grito que nos pide venganza en nombre de la religion, de la moral y de la libertad. ¿Qué país no habrá tenido que lamentar víctimas de tu desolacion? ¿En qué ignorado rincon del mundo habrá una oscura familia que no haya participado algo de sus furores? El español en sus montañas, el iliriano en sus valles, el italiano bajo su hermoso cielo, el aleman, el ruso, el prusiano en medio de los escombros de sus ciudades te piden los hijos que les has degollado, el aduar, la cabaña, el palacio, el templo que les has incendiado. Tú les has obligado á venir á buscar entre nosotros lo que tú les quitaste y á registrar tus palacios para recobrar sus despojos ensangrentados. El grito del mundo te declara por el mas insigne criminal que ha aparecido sobre la faz de la tierra; porque no es sobre pueblos bárbaros, ó sobre naciones degeneradas donde has derramado tantos males, no es sino en el centro de la civilizacion, en un siglo de luces donde has querido dominar con el cuchillo de Atila y las máximas de Neron. Arroja, arroja en fin tu cetro de hierro: desciende de ese monton de ruinas que te sirven de trono: te expulsamos, como expulsaste el Directorio. ¡Aléjate! ó sírvate de castigo el presenciar la alegría que tu caida causa á la Francia, y contemplar con lágrimas de desesperacion el espectáculo de la pública felicidad.

Tales son las palabras que dirijimos al extranjero. Mas si desechamos á Bonaparte, ¿quién le reemplazará? — EL REY.

DE LOS BORBONES.

TAN conocidas son de los franceses las funciones anejas al título de rey que no es necesario explicárselas: la palabra *rey* les representa en el acto la idea de la autoridad legítima, del órden de la paz, y de la libertad legal y monárquica. Los recuerdos de la antigua Francia, la religion, las costumbres de otros tiempos, los hábitos de familia y de nuestra infancia, todo va enlazado á esa palabra sagrada, rey, á nadie asusta; antes por el contrario á todos inspira seguridad. Rey, magistrado, padre son ideas sinónimas para un francés. Pero no sabe lo que es un emperador ni conoce la naturaleza, la forma, ni el límite de poder unido á ese título extranjero, al paso que comprende muy bien lo que es un monarca descendiente de S. Luis y de Enrique IV: un gefe cuya autoridad paternal está arreglada por las instituciones, templada por las costumbres, dulcificada y perfeccionada por el tiempo, así como un vino generoso cogido en el suelo patrio, y purificado por el sol de la Francia. Hablemos al fin con toda claridad: no habrá reposo, ni dicha para el país, ni estabilidad en las leyes, ni respeto para nuestras opiniones y propiedades hasta que la casa de Borbon se vea restablecida en el trono. Ciertamente no hubiera dejado la antigüedad, mas agradecida que nosotros, de llamar *divina* á una raza que principiando por un rey dotado de valor y prudencia y concluyendo por un mártir, ha contado en el espacio de nueve siglos treinta y tres monarcas, entre los cuales no se encuentra mas que un solo tirano: ejemplo único en la historia del mundo, y eterno motivo de orgullo para la Francia. La probidad y el honor residian en el trono de Francia, así como en otros paises lo ocupaban la fuerza y la política. La noble y dulce sangre de los Capetos no descansaba de producir héroes, sino para dar á la nacion reyes que ante todo eran hombres de bien. Los unos merecieron el dictado de sabios, de buenos, de justos y de muy amados; los otros figuran en la posteridad con el epiteto de grandes, augustos y padres de las ciencias y de la patria. Cierto es que algunos tuvieron pasiones que fueron expiadas por medio de desgracias; pero ninguno asustó al mundo con aquellos vicios que pesan sobre la memoria de los Césares, y que Bonaparte ha vuelto á reproducir. Los Borbones, última rama de este árbol sagrado, han visto caer á impulsos de un extraordinario destino, á su primer rey bajo el puñal de un asesino, y al último bajo el acha del ateo. Desde Roberto, sexto hijo de San Luis, de quien descienden, nada les ha faltado, durante tan largo período de años, mas que esta gloria de la adversidad, que al fin han obtenido tan espléndidamente. ¿Qué podemos echarles en cara? El nombre de Enrique IV hace palpitar los corazones franceses y llena de lágrimas nuestros ojos. Debemos á Luis XIV la mejor parte de la gloria nacional. ¿No se ha dado á Luis XVI el dictado de hombre el mas honrado de su reino? Desecharemos la sangre de ese monarca por ser nosotros los que le dimos muerte? ¿Por haber hecho morir á su hermana, á su mujer y á su hijo rechazaremos ahora el resto de su familia? Esa familia que está llorando en el destierro no sus desgracias, sino las nuestras. Aquella jóven princesa á quien hemos perseguido, reduciéndola á la horfandad suspira continuamente en los palacios estranjeros por las prisiones de su patria. Un príncipe poderoso é ilustre le ha ofrecido su mano, pero ella prefiere poder unir su destino con el de su primo, pobre, desterrado, proscripto por ser francés, y aquella jóven no quiere separarse de las desgracias de su familia. El mundo entero admira sus virtudes: los pueblos de Europa la siguen admirados cuando se presenta en los paseos públicos, colmándola de bendiciones, y ¡nosotros, nosotros la olvidamos! Al salir de su patria, donde tan desgraciada habia sido lanzó sobre ella una última mirada y sus ojos se anegaron en llanto. Nosotros que somos el constante objeto de sus oraciones y de su amor, nosotros apenas sabemos si existe. ¡Ah! pueda al menos hallar algun consuelo labrando la dicha de su culpable patria! Esta tierra donde naturalmente brotan las flores de lis, las producirá mucho mas hermosas desde que ha sido regada con la sangre de un rey mártir.

Luis XVIII, que es el primero que debe sentarse en el trono de Francia es un príncipe conocido por su instruccion, incapaz de preocupaciones, y ageno á la venganza. De cuantos soberanos podrian instalarse al presente en el trono francés, acaso es el único mas acomodado á nuestra posicion y al espíritu del siglo: así como de todos los hombres que la Francia ha podido escoger, Bonaparte era el menos á propósito para ser rey. Las instituciones de los pueblos son obra del tiempo y la experiencia: para reinar es preciso ante todo razon y uniformidad. Un príncipe que no tuviera en su mente mas que dos ó tres ideas comunes

pero útiles, convendria á la nacion mas que un aventurero extraordinario, inventando continuamente nuevos planes, imaginando nuevas leyes, y no creyendo reinar sino cuando consigue turbar los pueblos destruyendo por la noche lo que ha creado por la mañana. Luis XVIII no solo tiene esas ideas fijas, esa moderacion y ese buen sentido, tan necesario á un monarca, sino que ademas es aficionado á las letras; es instruido y elocuente como muchos de los antiguos reyes; tiene una imaginacion fecunda é ilustrada y está dotado de un carácter enérgico y filosófico. Elijamos entre Bonaparte que volverá con su sangriento código de quintas, y Luis XVIII dispuesto á cicatrizar nuestras heridas, que se presenta con el código de Luis XVI en la mano, y que en el momento de su consagracion repetirá aquellas palabras escritas por su virtuoso hermano:

« Perdono de todo corazon á los que sin darles mo»tivo se han hecho enemigos mios y ruego á Dios se »lo perdone. » MONSIEUR, el conde de Artois de carácter tan franco, tan leal y tan francés se distingue al presente por su piedad, dulzura y buenos sentimientos como en su infancia se distinguió por sus elevadas maneras y sus gracias régias. Bonaparte huye confundido por la mano de Dios, pero no corregido por la adversidad; á medida que retrocede del país que se substrae á su tiranía, arrastra en pos de sí desgraciadas víctimas cargadas de cadenas: en las últimas prisiones de Francia es donde ejerce los últimos actos de su poder. MONSIEUR viene solo, sin soldados, sin apoyo, sin ser conocido de los franceses á quienes se presenta. Los pueblos al oir su nombre se postran en tierra; besan respetuosamente sus vestidos, abrazan sus rodillas y le dicen derramando torrentes de lágrimas: «No os traemos mas que nuestros corazones: solo eso es lo que Bonaparte nos ha dejado! Fácil es conocer por el modo con que el uno sale de Francia y el otro entra en ella quién tiene por su parte la legitimidad, y quién está manchado con la usurpacion.

En otro punto de las provincias francesas se ha presentado el señor duque de Angulema: Burdeos se ha arrojado á sus brazos, y el país de Enrique IV ha reconocido entre trasportes de júbilo al heredero de las virtudes del Bearnés. No han visto los ejércitos de Francia caballero mas cumplido que el señor duque de Berry. El señor duque de Orleans con su noble fidelidad á la sangre de su rey, demuestra que su nombre será siempre uno de los mas hermosos de Francia. He hablado de las tres generaciones de héroes, el señor príncipe de Condé y el señor duque de Borbon! dejaré á Bonaparte nombrar la tercera.

No sé si la posteridad podrá creer que tantos príncipes de la casa de Borbon han sido proscriptos por un pueblo que les debia toda su gloria, sin poder acusarles de ningun crímen, sin poder achacarles la desgracia por tiranías ejercitadas por el último rey de su raza; no; el porvenir no podrá comprender que haya desterrado la Francia á unos príncipes tan buenos, tan dignos hijos de la patria, para poner al frente de esta á un extranjero que es el mas malvado de los hombres. Concíbese en cierto modo la instalacion de la república: puede un pueblo en un momento de exaltacion, querer cambiar la forma de gobierno y desconocer la autoridad del gefe supremo; mas en el caso de volver á adoptar el sistema monárquico, es el colmo de infamia y de ignorancia quererlo establecer sin el soberano legítimo é imaginarse que pueda sin este existir la monarquía. Modifíquese cuanto se quiera la constitucion de aquella monarquía; pero nadie tiene derecho de cambiar el monarca. Puede acontecer que un rey cruel y tiránico, que quebranta todas las leyes, que priva á todo un pueblo de sus libertades, sea destronado por una revolucion violenta, pero en un mucho casos extraordinarios, la corona pasa á su hijo, ó á su mas inmediato heredero. ¿Ha sido tirano Luis XVI? ¿Podemos hacer cargos á su memoria? ¿En virtud de qué autoridad privamos á su raza de un trono que por tantos títulos le pertenece? ¿Por qué extravagante capricho hemos dado á Bonaparte la herencia de Roberto el Fuerte? Este Roberto el Fuerte descendia verosimilmente de la segunda raza y esta como es consiguiente estaba unida con la primera. Era conde de París. Hugo-Capeto como francés, trajo á sus compatriotas la ciudad de París, herencia paterna, y bienes y dominios inmensos. La Francia tan pequeña en tiempo de los primeros Capetos se enriqueció y aumentó en el reinado de sus descendientes. Y en provecho de un oscuro isleño, cuya fortuna ha sido preciso fraguar á costa de toda la de los franceses, hemos destruido la ley sálica, paladion de la Francia? ¡Cuan diferentes eran de nosotros en opiniones y sentimientos nuestros padres! Cuando murió Felipe el Hermoso adjudicaron la corona á Felipe de Valois en perjuicio de Eduardo III, rey de Inglaterra, prefiriendo condenarse á sufrir dos siglos de guerras á dejarse gobernar por un extranjero. Esta noble resolucion produjo la gloria y la gradeza del reino: el oriflama fue despedazado en los campos de Crecy, de Poitiers y Arincourt, mas sus girones triunfaron por último de la bandera de Eduardo III y Enrique V. El grito de *Montjoie Saint-Denis* sofocó el de todas las facciones. En la muerte de Enrique III volvió á suscitarse la misma cuestion hereditaria y entonces fue cuando el Parlamento expidió el célebre decreto por el cual la Francia cuenta en el número de sus reyes á un Enrique IV, y á un Luis XIV. Y sin embargo no eran inobles las cabezas de los Eduardos III, Enriques V. Duques de Guisa, é infantes de España que se presentaron á disputar la corona! ¡Dios eterno! ¡Qué se ha hecho pues el orgullo de la Francia! ¡Una nacion que rehusó admitir tan grandes soberanos á trueque de conservar su raza francesa y real, ha venido á parar en elegir á un Bonaparte!

En vano se pretenderia decir que Bonaparte no es extranjero; lo es á los ojos de toda la Europa, y de todos los franceses imparciales: lo será en el fallo de la posteridad, que acaso le adjudicará la mayor parte de nuestras victorias, y nos achacará parte de sus crímenes. Bonaparte no tiene nada de francés ni en sus costumbres, ni en su carácter. Hasta en las facciones del rostro revela su origen. El idioma que aprendió en la cuna no es el de la Francia, y en su pronunciacion, asi como en su apellido se echa de ver la patria. Sus padres pasaron mas de la mitad de su vida siendo súbditos de la república de Génova, y él mismo usa de mas sinceridad que sus aduladores, pues no reconociéndose por francés nos aborrece y desprecia. Mas de una vez se le han escapado las siguientes palabras: *He aqui lo que sois vosotros los franceses.* En cierto discurso habló de Italia, como de su patria, y de la Francia, como de una conquista. Si Bonaparte es francés, será preciso convenir en que Santos Louvertoure tenia mejores títulos que él para serlo; pues al fin habia nacido en una antigua colonia francesa que estaba gobernada por las leyes francesas, y el estado libre á que pertenecia por su nacimiento le daba derechos de súbdito y ciudadano. ¡Y un extranjero educado por la caridad de los reyes franceses ha usurpado su trono y arde en deseos de derramar su sangre! ¡Nos interesamos por su infancia y ahora nos sumerje en un abismo de dolor! ¡Justa y providencial compensacion! Los galos saquearon á Roma, y los romanos oprimieron á los galos: los franceses han desolado mas de una vez la Italia, y los Médicis, los Galigai y los Bonapartes nos han desolado á su vez. La Francia y la Italia deberian al fin conocerse, y renunciar para siempre á toda mútua relacion. ¡Qué grato será reposar por último de tantas agitaciones y desgracias bajo la paternal autoridad de un soberano legítimo! Si por un momento pudieron los franceses ser súbditos de la gloria que sus armas habian derramado sobre Bonaparte, ahora que este se ve despojado hasta de su gloria seria una insensatez seguir siendo esclavos de sus crímenes. Rechacemos á ese opresor como todos los demás pueblos lo han rechazado. No se diga de nosotros que hemos dado muerte al mejor y mas virtuoso de los reyes: que nada hicimos por salvar su vida y hoy derramamos nuestra última gota de sangre, y sacrificamos los últimos restos de la patria, por sostener á un extranjero á quien por otra parte abominamos. ¿Con qué razones esta Francia infiel justificaria su abominable fidelidad? Preciso seria en tal caso confesar que nos complacen los atentados; que los crímenes nos encantan y que solo la tiranía es el gobierno que nos conviene. ¡Ah! Si las naciones extranjeras cansadas por último consintieran á dejarnos ese insensato; si tuviésemos suficiente bajeza de comprar, por una parte de nuestros territorios la infamia de conservar en medio de nosotros el gérmen de la peste y el azote de la humanidad, seria preciso huir al fondo de los desiertos, cambiar de nombre y de idioma, y olvidar y hacer que los demás pusieran en olvido que habiamos sido franceses.

Pensemos en la dicha de una patria comun; no perdamos de vista que nuestra suerte depende de nosotros mismos: una palabra puede volvernos á dar la gloria, la paz y el aprecio del mundo ó sumergirnos en la mas espantosa é innoble esclavitud. Restauremos la monarquía de Clodoveo, la herencia de San Luis, y el patrimonio de Enrique IV. Unicamente los Borbones convienen hoy á nuestra situacion desgraciada: solo sus manos pueden curar nuestras heridas. La moderacion, la paternidad de sus sentimientos, y sus propias adversidades, se adaptan á un reino extenuado, y cansado de convulsiones y desgracias. Con ellos todo será legítimo; sin ellos nada. Su presencia hará renacer el órden, cuyo principio representan para nosotros. Ellos son nobles y bizarros caballeros, tanto ó mas franceses que nosotros mismos. Esos señores cuya divisa son las flores de lis han sido en todos tiempos célebres por su lealtad: tan arraigados están en nuestras costumbres que al parecer forman parte de la misma Francia y su ausencia aflige en estos momentos como la falta del aire y del sol.

Mas si con ellos debe volver la paz, si ellos solos pueden poner término á esta demasiado larga revolucion, el regreso de Bonaparte, por el contrario, nos sumergiria en horribles calamidades y en interminables desavenencias. ¿Puede acaso la imaginacion mas fecunda prever lo que seria aquel monstruoso gigante encerrado en sus estrechos límites, no pudiendo ya devorar los tesoros del mundo, ni seguir derramando la sangre de Europa? ¿Puede nadie representárselo encerrado en una córte arruinada y envilecida, descargando únicamente sobre los franceses su rabia, sus venganzas y su genio turbulento? Bonaparte no ha cambiado; ni cambiará nunca. Constantemente seguirá inventando planes, leyes y decretos absurdos, contradictorios ó criminales. Siempre seguirá atormentándonos y no dando la suficiente seguridad á nuestras vidas, á nuestra libertad y á nuestras propiedades. En tanto que tenga en su mano elementos para turbar el mundo, se dejará dominar del afan de trastornar nuestras familias. Unicos esclavos en medio de un mundo libre, objeto del desprecio de los pueblos, el último grado de nuestra miseria seria no sentir el peso de nuestra bajeza, y adormecernos, como un esclavo de Oriente, indiferentes al cordon que el sultan nos enviará al despertar.

No, no sucederá asi. Tenemos un príncipe legítimo, oriundo de nuestra sangre, educado entre nosotros, á quien conocemos, que nos conoce, que tiene nuestras mismas inclinaciones, usos y costumbres; por quien hemos rogado á Dios en nuestra infancia; cuyo nombre es tan familiar á nuestros hijos como el de sus vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron con los nuestros. ¿Por haber obligado nosotros á nuestros antiguos príncipes á ser viajeros será para ellos la Francia una propiedad que habrá caducado? ¿y aun en este caso deberá seguir en posesion de ella Bonaparte por su derecho de extranjero no naturalizado? ¡Ah! no incurramos por Dios en tal deslealtad: no desheredemos á nuestro señor natural para dar su lecho al primero que se presente pidiéndolo. Si nos faltasen nuestros señores legítimos, el último francés seria preferible á Bonaparte para gobernarnos; pues á lo menos no tendríamos el baldon de estar sometidos á un extranjero.

No me resta mas que probar que si el restablecimiento de la casa de Borbon es necesario á la Francia, no lo es menos á la Europa entera.

DE LOS ALIADOS.

No considerando por de pronto mas quo las razones particulares, ¿habrá algun hombre en el mundo que haya querido fiarse nunca en la palabra de Bonaparte? ¿No es un punto de su ordinaria política y una de las inclinaciones de su corazon el hacer consistir la habilidad en engañar, en considerar la buena fe como una fullería y como señal de una capacidad limitada, y en burlarse de la santidad de los juramentos? ¿Ha cumplido ni uno solo de los tratados que celebró con las diversas potencias de Europa? Siempre ha llevado á cabo sus mas sólidas conquistas violando algun artículo de aquellos tratados antes de declarar la guerra: rara es la vez que ha evacuado una plaza que debia devolver, y ahora mismo que se ve abatido aun retiene en su poder algunas fortalezas de Alemania como fruto de sus rapiñas y testigos de sus engaños.

Atado será de manera que no podrá proseguir en sus atentados.—En vano lo debilitaríais desmembrando la Francia, estableciendo guarnicion en las plazas fronterizas por un número de años; obligándole á pagar sumas considerables, reduciéndole á no tener mas que un pequeño ejército y á destruir su sistema de quintas; todo será en vano. Bonaparte, (volveremos á repetirlo) siempre es el mismo. La adversidad no ejerce accion sobre él, por la razon de no haber sido nunca superior á la fortuna. Estará meditando en silencio su venganza: de repente despues de uno ó dos años de reposo, cuando la coalicion se haya disuelto, cuando cada potencia habrá vuelto á sus Estados, volverá á llamar la Francia á las armas, se aprovechará de las generaciones que se habrán ido desarrollando, arrebatará plazas, franqueará las líneas de seguridad é inundará nuevamente á la Alemania. Aun en este momento de nada mas habla que de ir á incendiar á Viena, á Berlin y á Munich; no puede resignarse á soltar la presa. ¿Volverian en este caso bastante á tiempo los rusos desde las orillas del Boristhenes para salvar por segunda vez á la Europa? ¿Esta maravillosa alianza, obra de 25 años de sufrimientos, podrá volver á anudarse rotos que sean una vez todos sus hilos? ¿No habrá hallado Bonaparte el medio de corromper algunos ministros, seducir algunos príncipes, dispertar antiguas rivalidades, y hacer entrar acaso en sus intereses á algunos pueblos cuya ceguedad llegue hasta el punto de combatir bajo sus banderas? Por último ¿ocuparán los tronos los mismos príncipes que hoy reinan? ¿No podria un cambio de dinastía traer consigo un cambio de política? Potencias que tantas veces han sido engañadas ¿podrian repentinamente adquirir una confianza que causaria su ruina? ¡Cómo! ¿Habrian podido olvidar el orgullo de aquel aventurero que las ha tratado

con tal insolencia, que se jactaba de que habia reyes que le hacian ante-sala, que daba órdenes á los soberanos; establecia espionaje hasta en sus gabinetes, y decia en alta voz que su *dinastía* sería antes de 10 años la mas antigua de Europa? ¡Podrian los soberanos tratar con un hombre que les ha prodigado ultrajes que tal vez no aguantaria un simple particular! Una hermosa reina era la admiracion de Europa por su belleza, su valor y virtudes, ese hombre ha adelantado la muerte de esta señora haciéndola blanco de los mas bajos y rastreros ultrajes. La santidad de los reyes, y el decoro no me dejan repetir las calumias, las groserías, las innobles bufonadas que ha prodigado á la vez sobre los reyes y sobre los ministros que en este momento le dictan la ley en su palacio. Aun cuando las potencias despreciasen personalmente esos ultrajes, no pueden, ni deben despreciarlos por el interés y la magestad de los tronos: porque esas potencias deben hacerse respetar de los pueblos: romper la cuchilla del usurpador, y desvirtuar para siempre ese abominable derecho del mas fuerte en el cual Bonaparte fundaba su orgullo y su imperio.

Además de estas observaciones particulares se presentan otras de mas elevada naturaleza, y que por sí solas pueden hacer que las potencias aliadas se resuelvan á no reconocer á Bonaparte por soberano.

Importa al reposo de los pueblos, importa á la seguridad de las coronas y á la vida, así como á la familia de los soberanos el que un hombre salido de las últimas filas de la sociedad no pueda impunemente sentarse en el trono de su señor, figurar entre los soberanos de Europa, darles el nombre de *hermanos*, y encontrar en las revoluciones que lo han elevado fuerza bastante para contrabalancear los derechos de la raza legítima. Si se llega á dar un ejemplo de esta naturaleza, ningun monarca tendrá en lo sucesivo segura su corona. Si el trono de Clodoveo puede ser en plena civilizacion abandonado á un Corso, en tanto que los hijos del santo rey Luis andan errantes por el mundo, ningun rey podrá decir hoy con seguridad que mañana reinará. Reflexiónese en lo que voy á decir: todas las monarquías de Europa son poco mas ó menos hijas de las mismas costumbres y de los mismos tiempos: todos los soberanos son en realidad una especie de hermanos unidos por la religion cristiana y la antigüedad de los recuerdos. Una vez roto este hermoso y magnífico sistema, ocuparán los tronos razas nuevas que harán predominar otras costumbres, otros principios y otras ideas, y en tal caso se acabó, se acabó la Europa antigua, pues en el curso de unos pocos años, una revolucion general habrá cambiado la sucesion de todos los soberanos. Deben por lo tanto los reyes defender la casa de Borbon como si defendieran su propia familia. Esto que es una verdad considerado por lo tocante á las relaciones de la monarquía, es tambien cierto por lo que hace á las relaciones naturales. No hay un solo rey en Europa que no tenga sangre de los Borbones en sus venas, y que no deba considerarlos como ilustres y desgraciados parientes. Demasiado saben ya los pueblos que les es dado conmover los tronos. Á los reyes toca demostrar que si los tronos pueden ser conmovidos, jamás podrán llegar á ser derrocados, y que las coronas, afortunadamente para el mundo, no dependen de los triunfos del crímen ni de los caprichos de la fortuna.

Tambien importa á la Europa civilizada que la Francia, que por su situacion y carácter es como su alma y corazon se mantenga dichosa, floreciente y pacífica, y esto no puede ser sino reinando sus antiguos monarcas. Cualquiera otro gobierno prolongaria en este país las convulsiones que se dejan sentir hasta en el extremo opuesto del mundo. Solo los Borbones ofrecerán por la magestad de su raza, por la legitimidad de sus derechos y por la moderacion de su carácter una suficiente garantía á los tratados, y cicatrizarán las heridas del mundo.

Todas las leyes morales se hallan como suspendidas bajo el reinado de los tiranos, al modo que en Inglaterra se suspende en tiempos de turbulencia el acta en que estriba la libertad de los ciudadanos. Cada cual sabe que no obra bien y que no camina por buen sendero, pero cada cual se somete y se deja oprimir, y falseando hasta las inspiraciones de la conciencia, cumple escrupulosamente con las órdenes mas opuestas á la justicia. La escusa que en tal caso se da, es que se esperan dias mas felices; que el órden será restablecido, y por último, que aquella época es una época de iniquidades por la que es preciso pasar como por un período de desgracias. Mas en tanto que la hora de mejorar de situacion llega, el tirano hace cuanto se le antoja: es obedecido y empeña si quiere todo su pueblo en una guerra, y lo oprime y lo exige cuanto quiere sin que nadie pueda rehusárselo. Esto es imposible que suceda con un monarca legítimo: todo el mundo gobernado por un cetro legal, se halla en goce de sus derechos naturales y en ejercicio de sus virtudes. Si el rey quisiere traspasar los límites de su poder, tropezaria con obstáculos insuperables: todas las corporaciones le saldrian al paso: todos los individuos hablarian oponiéndole la razon, la conciencia y la libertad. Hé aquí el motivo por qué Bonaparte dueño de una sola ciudad de Francia es mas temible que los Borbones con toda la Francia hasta el Rhin.

Por otra parte ¿pueden los reyes dudar acerca de la opinion de Francia? ¿Creen que habrian podido llegar tan fácilmente hasta el Louvre, si la Francia no los hubiese recibido como libertadores? ¿No han visto manifiestas señales de esta esperanza en todas las ciudades donde han entrado? ¿Qué se oye en Francia desde seis meses á esta parte, sino: *Han llegado los Borbones? ¿En dónde están los príncipes? ¿Vendrán? ¡Ah! ¡Si se viera una bandera blanca!* No hay corazon que no esté poseido de horror al usurpador: tanto es el encono que inspira, que ha sofocado en un pueblo guerrero todo lo que hay de duro en la presencia de un enemigo, y se ha sometido á sufrir la invasion de un momento por no tener que tolerar á Napoleon toda la vida. Si los ejércitos se han batido, nada mas podemos hacer que admirar su valor, y deplorar sus desgracias: ellos detestaban al tirano tanto ó mas que el resto de los franceses; pero habian empeñado un juramento, y los granaderos franceses mueren antes que quebrantar su palabra. La vista de la bandera militar inspira fidelidad: desde nuestros padres, los francos, hasta nuestros soldados, viene cumpliéndose sin intermision un pacto sagrado, y todos, sea lícito decirlo, se han casado con la espada. No se confunda, pues, el sacrificio del honor con el afecto á la esclavitud. Nuestros bizarros soldados nada mas esperan sino el que se les absuelva de su palabra. Reconozcan los franceses y los aliados á los príncipes legítimos, y al momento el ejército, libre de su juramento, se colocará bajo el estandarte sin mancha tantas veces testigo de nuestras victorias, alguna vez de desastres, constantemente de valor, pero nunca de infamia.

Ningun obstáculo hallarán los reyes aliados á su designio si quieren seguir el único partido que puede asegurar la tranquilidad del país y de la Europa. Satisfechos deben estar del triunfo de sus armas. Nosotros, como franceses, debemos considerar esos triunfos nada mas que como una leccion de la Providencia, que nos castiga sin humillarnos. Podemos decir con seguridad que lo que era imposible bajo el reinado de nuestros príncipes legítimos acaba de llevarse á cabo bajo el de un aventurero. Los reyes aliados deben en lo sucesivo aspirar á una gloria mas sólida y duradera. Constitúyanse con sus respectivas guardias en la *plaza* de la *Revolucion*, manden celebrar funerales sobre el mismo sitio donde cayeron las cabezas de Luis y de Antonieta, y allí en aquel consejo de reyes, cuyas manos toquen el ara sagrada, sea reconocido Luis XVIII por rey de Francia, y aclamado por el pueblo postrado de rodillas y anegado en dulce llanto. Ese seria el magnífico y nunca visto espectáculo que los reyes aliados podrian ofrecer al mundo, seguros de que con él atraerian sobre sus cabezas una gloria que los siglos no alcanzarian á borrar.

Mas ya acaba de verificarse una parte de esos acontecimientos. Los milagros producen milagros. París ha visto, como Atenas, entrar en sus muros extranjeros que le han respetado en recuerdo de su gloria y de sus grandes hombres Ochenta mil soldados vencedores han dormido al lado de nuestros ciudadanos, sin turbar su reposo, sin cometer la menor violencia, sin entonar siquiera un cántico de triunfo. Libertadores son ciertamente esos soldados que rehusan considerarnos como conquista. ¡Gloria inmortal á los soberanos que tal ejemplo de moderacion en la victoria han sabido dar al mundo! ¡Cuántas injurias tenian que vengar! Pero no han confundido á los franceses con el tirano que los oprime. Por eso han recogido el fruto de su magnanimidad, siendo recibidos por parte de los habitantes de París como si fueran sus verdaderos monarcas, como príncipes franceses, como Borbones. No tardaremos en ver á los descendientes de Enrique IV; Alejandro nos lo ha prometido: se acuerda que el contrato de casamiento del duque y la duquesa de Angulema está depositado en los archivos de Rusia. Fielmente nos la ha conservado el postrer acto público de nuestro legítimo gobierno, y por último lo ha traido al tesoro de nuestros documentos nacionales, en donde á su vez se conservará la relacion de su entrada en París, como uno de los mas interesantes y gloriosos momentos de la historia.

No separemos, sin embargo, de los dos soberanos que se hallan en la actualidad entre nosotros al otro soberano que por la causa de los reyes y el reposo de los pueblos ha hecho el mayor de los sacrificios; y que como monarca y como padre, encuentra la recompensa de sus virtudes en la ternura, gratitud y admiracion de los franceses.

¿Y qué francés, en efecto, podria olvidar lo que debe al príncipe regente de Inglaterra, al noble pueblo que tanto ha contribuido á salvarnos? Las banderas de Isabel ondeaban en los ejércitos de Enrique IV, y ahora vuelven á presentarse en los batallones que acompañaron á Luis XVIII. Somos muy sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de un modo tan vivo recuerda las virtudes y talentos de Turena. Sintióse uno conmovido hasta derramar lágrimas cuando se le vió prometer en el momento de la retirada del ejército francés, en Portugal, dos guineas por cada prisionero de aquel ejército que le presentaran vivo. Por la única fuerza moral de su carácter, mas bien que por el vigor de la disciplina militar, ha contenido como por milagro al pisar el territorio de la Francia el resentimiento de los portugueses y la venganza de los españoles: por último, bajo sus banderas es donde resonó el primer grito de *¡viva el rey!* á cuyo eco se dispertó la desgraciada patria: en vez de traer á un rey de Francia cautivo, el nuevo príncipe Negro ha traido á Burdeos á un rey de Francia rescatado. Cuando el rey Juan fue conducido á Londres, conmovido por la generosidad de Eduardo, se adhirió á sus vencedores y vino á morir en la tierra del cautiverio: como si hubiese previsto que aquella tierra seria en lo sucesivo el postrer asilo del último vástago de su raza, y que algun dia los descendientes de los Talbot y de los Chandos darian asilo á la posteridad proscripta de los La Hire y Duguesclin.

Franceses, amigos, compañeros de infortunio, olvidemos nuestras disensiones, nuestros odios y nuestros errores para salvar la patria: abracémonos sobre las ruinas de nuestro amado país y llamando en nuestro socorro al heredero de Enrique IV y de Luis XIV, venga á enjugar el llanto de sus hijos, á dar la felicidad á su familia y á cubrir caritativamente nuestras úlceras con el manto de San Luis, medio desgarrado por nuestras propias manos. Fijemos la atencion en que todos los males que sufrimos, la pérdida de nuestros bienes y ejércitos, las desgracias de la invasion, la muerte violenta de nuestros hijos, las desavenencias y descomposicion de toda la Francia y la pérdida de nuestras libertades son obra de un solo hombre, y que asimismo todos los bienes que en sentido contrario vamos á gozar, tampoco los deberemos mas que á uno solo. Resuene, pues, en todos los ángulos de la patria el grito de salvacion, el grito que nuestros padres repetian así en la desgracia, como en la victoria, y que para nosotros es prenda segura de paz y de ventura: ¡VIVA EL REY!

COMPIEGNE.

ABRIL 1814.

HABIASE anunciado que el rey llegaria al palacio de Compiegne el 29 de abril; multitud de personas llegaban continuamente de París: todos como en tiempo de Enrique IV *tenian hambre de ver un rey*. La guarnicion de aquel punto se componia de un regimiento suizo y de varios destacamentos de la guardia de infantería y caballería. Notabase en todos los semblantes la impaciencia por ver al monarca, y cierta mezcla de admiracion, temor, amor y respeto. Cada hora llegaban correos anunciando la aproximacion del monarca. De repente se oye tocar llamada: un carruaje tirado de seis caballos, entró en el patio del palacio, donde se hallaban formados en dos filas los guardias nacionales de Compiegne y los soldados suizos, llevando los primeros á modo de faja una ancha banda blanca: en la entrada del patio habia un destacamento de lanceros de la guardia, y los granaderos formaban en el vestíbulo. Detúvose el carruaje en la puerta exterior, y la multitud que por todas partes le rodeaba, vió bajar no el rey, sino un venerable anciano apoyado en su hijo: era el príncipe de Condé y el duque de Borbon. Antiguos servidores de la casa de Condé que habian pasado apresuradamente á Compiegne, dieron gritos de alegría al ver á su antiguo señor, y sin ser dueños de reprimirse, se lanzaron sobre él besándole entre sollozos, las manos y hasta los vestidos. Sin embargo, todos los ojos buscaban con ansiedad otro príncipe que debia estar con estos. Habiéndose anunciado el conde de Lostanges el príncipe de Condé le echó con efusion los brazos al cuello diciéndole: *¡Ah! Si.—¡El conde de Lostanges!—Erais coronel de mi regimiento de Enghien.* El príncipe subió en seguida la escalera del vestíbulo, apoyado en el brazo de su hijo, entre los granaderos de la guardia. Todos los presentes tuvimos ocasion de ver á los valientes soldados cubiertos de cicatrices, condecorado su pecho con la cruz de la legion de honor, y su gorra de pelo con la ancha escarapela blanca, llorando al hacer los honores militares á los dos Condés, á los representantes de la antigua gloria de la Francia, así como aquellos soldados que les saludaban, eran dignos testigos de la moderna. No es posible definir la alegría mezclada de pena que se experimentaba al ver los dos últimos vástagos del vencedor de Rocroi, aquellos dos príncipes tan bizarros, ilustres y desgraciados; cerca se hallaban en aquellos momentos de Chantilly, que ya no existe; pero faltando el heredero ¿qué importa la herencia?

Por último, llegó el rey. Su carroza marchaba precedida de generales y mariscales de Francia que ha-

bian salido á recibir á S. M. No puede decirse que salieron gritos de *¡viva el rey!* porque la multitud prorrumpió en un clamor continuo y confuso, en el que no era posible distinguir nada mas que acentos de júbilo y de ternura. Al descender el rey de su carroza, sostenido por MADAMA, la duquesa de Angulema, la Francia creyó ver á su padre. Ni el rey, ni MADAMA, ni los mariscales, ni los soldados podian hablar. Las lágrimas servian de palabras, y ciertamente eran los menos enternecidos los que tenian aliento para gritar *¡viva el rey! ¡viva nuestro padre!* sin poder tampoco articular mas palabras que esas. S. M. llevaba una levita azul, sin mas distintivo que una placa y charreteras: sus piernas estaban envueltas en unos anchos botines de terciopelo encarnado, bordados con trencilla de oro. Su modo de andar es penoso, pero el ademan es noble é interesante: su estatura nada tiene de particular; la cabeza es magnífica, la mirada magestuosa como la de un rey, y brillante como la de un hombre de talento. Al verle sentado en una silla de brazos, con sus botines á lo antiguo, y su baston entre las piernas, crée uno estar viendo á Luis XIV á los 50 años.

MADAMA vestia un traje blanco, y su cabeza estaba cubierta con un sombrerillo del mismo color, segun la moda inglesa. Si algo puede sobre la tierra dar idea de un ángel por la hermosura, la modestia y el candor es ciertamente la hija de Luis y de Antonieta: sus facciones son una feliz combinacion de las de sus padres, y cierta expresion de dulzura y de tristeza que se ve brillar en sus ojos, anuncia lo mucho que ha padecido: hasta en su traje, algo extranjero, se descubren huellas de su largo destierro. Sus labios no dejaban de repetir, llorando y riendo á un mismo tiempo. *Que feliz soy al verme entre mis buenos franceses.* Palabras en verdad altamente dignas de una princesa que en los palacios del extranjero echaba de menos las prisiones de Francia.

Asi que llegó al aposento que le estaba preparado, el rey tomó asiento en medio de la concurrencia. Presentáronle las señoras que se hallaban en Compiegne, y á cada una de ellas dirigió las mas lisonjeras palabras. Igual presentacion tuvo lugar respecto de MADAMA. Hallándose el rey algo cansado y á punto de retirarse dijo á los señores mariscales y generales. *Señores, soy muy feliz en hallarme en medio de vosotros*, y añadió con un acento que es preciso haber oido para comprenderlo: SOY FELIZ Y ME ENVANEZCO. Luego prosiguió. *Espero que la Francia tendrá en lo sucesivo la dicha de no necesitar ya de vuestros talentos; pero en todo caso*, añadió S. M. poniéndose en pié con ademan noble y resuelto, como buen descendiente de Enrique IV, *por afligido que me halle de la gota, no dejaré de ponerme entre vosotros*, diciendo estas palabras atravesó el grupo entre las repetidas aclamaciones de *¡viva el rey!*

A las ocho se sirvió la comida. El rey, MADAMA, el príncipe de Condé el Duque de Borbon, los señores mariscales y generales, los gentiles hombres de servicio, las señoras camaristas de MADAMA, la duquesa de Angulema; la señora de Montboissier, hija de Mr. Malesherbes; las duquesas de Duras, la condesa de Simiane y otras personas de distincion convicadas por S. M. tomaron asiento en la mesa. El salon estaba tan lleno de gente que apenas podia hacerse el servicio. En medio de la comida el rey tomó un vaso de vino, y dirigiéndose á los mariscales les dijo: *Señores brindemos por el ejército.* Acabada la comida S. M. volvió al salon de recibimiento. Todos los concurrentes querian estar de pié; pero el rey mandó sentar á su derecha á los mariscales y generales. Estos bizarros capitanes han quedado sumamente obligados por esta bondadosa complacencia del soberano, y sin duda en aquellos momentos tendrian muy presente que el extranjero sin tener ningun miramiento á su edad, á sus trabajos ni á sus heridas les tenia horas enteras de pié, como si para él consistiera el respeto en los males que hacia sufrir á sus servidores. Sabido es que el rey reune á sus demás buenas cualidades mentales una prodigiosa memoria, como lo ha acreditado al hablar con las personas que le rodeaban. Al ver andar con dificultad al mariscal Lefebre algo atormentado de la gota, le dijo: *¿Que es eso, mariscal, ¿sois tambien de los nuestros?* Al mariscal Mortier, le dirigió estas palabras: *Señor mariscal, cuando no eramos amigos, guardásteis hácia la reina, mi esposa, consideraciones que ella no quiso que me fueran desconocidas, y ahora las tengo presentes.* Al mariscal Marmont preguntó: *Fuisteis herido en España, y estuvisteis cerca de perder un brazo?* «Asi es, SIRE, respondió el mariscal, pero lo he recobrado para el servicio de V. M.» Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey, Serrurier, Brune, el príncipe de Neuchatel, todos los generales y todas las personas que se hallaron presentes merecieron oir igualmente las afectuosas palabras por parte del soberano; de manera que no hubo corazon que no quedara cautivado. Aquel rey sin armas, podia decir de sí mismo lo que se dijo respecto de Enrique IV, que reinaba sobre la Francia

Por derecho de espada y derecho de cuna.

Por todas partes no se oia mas que *¡Ya verá como le serviremos! Suyos seremos mientras vivamos.* Todos los interesantes desterrados que habian vuelto con su señor y todos los oficiales del ejército se estrechaban la mano diciendo: *¡no mas facciones! ¡no mas partidos!* Viva Luis XVIII. Tal es en Francia la autoridad del soberano legítimo, esa magia que acompaña al nombre de rey. Un hombre que acababa de llegar solo del destierro, despojado de todo, sin comitiva, sin guardias, sin riquezas, nada podia dar, ni casi prometer. ¿Quién era este hombre? Era el hijo de San Luis, era el rey. A esta palabra todo se postra á sus piés: el ejército, la grandeza, el pueblo: un millon de soldados arden en deseos de morir por él, y le dan á entender que puede pedirles cuanto quiera aunque sea sus hijos, su vida y su fortuna, con tal que les deje en posesion de esa única cosa de que pueden disponer, y cuyo sacrificio ningun rey de Francia impondrá á sus vasallos, ¡EL HONOR!

DE LA SITUACION DE FRANCIA,

EN 4 DE OCTUBRE 1814.

ACOSTUMBRADOS desde hace mucho tiempo á los prodigios apenas reparamos en los que en la actualidad pasan á nuestra vista, y sin embargo puede decirse con certeza que de cuantos se han llevado á cabo de algunos años á esta parte ninguno merece mas admiracion que la felicidad que goza en este momento la nacion. ¿Podia esperar razonablemente la Francia una calma tan profunda despues de tan deshecha borrasca? Para juzgar con acierto de la posicion que ocupa en el mes de octubre, recordaremos el estado en que la nacion se veia en marzo del mismo año.

La Francia se veia invadida desde el Rhin hasta el Loire, desde los Alpes hasta las montañas del Auvergne, y desde los Pirineos hasta el Garona. Paris estaba lleno de enemigos. Quinientos mil rusos, alemanes y prusianos, estacionados en el otro lado del Rhin, estaban preparados á secundar los esfuerzos de sus compatriotas por medio de una segunda invasion que habria acabado de desolar la Francia. España se disponia á franquear los Pirineos con el ejército anglo-ibérico. Mas de un millon de franceses habian sido llamados en menos de trece meses á los campos de batalla. Un insensato á quien las potencias extranjeras brindaban continuamente con la paz, se ostinaba en agotar el último hombre y la última moneda de las desventurada Francia para sostener en lo exterior un monstrueso sistema de guerra y en lo interior una tiranía aun mas monstruosa. Si conseguia prolongar la guerra, la Francia se veia expuesta á no presentar en el breve plazo de algunos meses mas que un monton de cenizas; si aceptaba la paz no podia esperarse que le fuera concedida sino bajo condiciones tan deshonrosas para él como para la nacion; habria sido preciso pagar enormes contribuciones cediendo las plazas fronterizas en garantía de los tratados. Bonaparte, herido en su orgullo, burlado en su ambicion, hubiera cubierto el reino de proscripciones y luto. Ya estaban redactadas las listas, designadas las víctimas y las ciudades enteras condenadas: á las confiscaciones y expropiaciones hubieran seguido los suplicios, la guerra civil habria tal vez coronado todas las desolaciones de la guerra extranjera, y un despotismo sangriento se habria impuesto acaso para siempre sobre las ruinas del país.

¿Cuál era en aquel instante la única esperanza? Una familia á la que habiamos abrumado con todo género de males en recompensa de los bienes que desde tantos siglos atrás venia derramando sobre nosotros! Una familia desterrada, casi puesta en olvido por parte de sus crueles hijos, no encontraba en país extranjero ni recuerdos, ni auxilios. No era por ella por quien se batian: ninguna de las calamidades que á consecuencia de una guerra desastrosa padecia la Francia en aquella época, podia ser imputada á esta familia: en Chatillon se negociaba de buena fe con Bonaparte. Apenas se permitia á MONSIEUR seguir casi solo y desde muy lejos los ejércitos invasores, y luego regresaba á pasar la noche entre las ruinas que Bonaparte habia hecho, á enjugar las lágrimas de los aldeanos que se agrupaban á su alrededor y á socorrer á los quintos heridos, finalmente ya que no le era dado ejercer las prerogativas reales, ponia en práctica todas las benéficas virtudes que habia heredado de la sangre de San Luis. Monseñor el duque de Angulema no figuraba sino como simple voluntario en el ejército de lord Welington: en Jersey, Monseñor el duque de Berry pedia en vano por favor que se le dejara con dos de sus ayudantes en las costas de Francia: era tan poco lo que sus denodadas empresas prometian que habia mandado renovar el arriendo de su casa en Londres.

En momento tan desesperado es cuando la Providencia acabó la obra de la que habia querido encargarse sola á fin de que su mano fuese mas visible á todos. Los extranjeros entraron en París: Dios tocó el corazon de los príncipes, abrió los ojos de los franceses y un grito de *¡viva el rey!* salvó al mundo. Bonaparte gritó que le habian hecho traicion. ¡Traicion, Dios eterno! ¿Y quién habia de hacérsela no siendo él mismo? ¿Vióse nunca una fidelidad mas extraordinaria, mas interesante que la de su ejército? Jamás los soldados franceses mostraron mas heroismo que en el momento en que detestando al autor de tantos infortunios, respetaban aun en su persona al general, y seguramente hubieran perecido con él, si él hubiese tenido aliento para morir.

Mas despues que hubo arrebatado su vida juntamente con los millones que habia tenido valor de pedir, la Francia se volvió hácia su verdadero padre que volvia del destierro sin capitulaciones, tratados ni tesoros, con las manos vacías como habia salido del reino pero con el corazon henchido de aquella ternura, de aquella misericordia tan natural á la raza de los reyes de Francia.

¿Qué es lo que encontró este rey al llegar? Cuatrocientos mil extranjeros en el corazon del reino, mil setecientos millones de deudas, ejércitos desorganizados y que hacia ya varios meses que no cobraban sueldo, mas de treinta mil oficiales que tenian derecho á una colocacion y á recompensas, 400,000 prisioneros prontos á volver á su patria y á complicar la situacion del momento, una constitucion que confeccionar, temores que calmar, esperanzas que cumplir en presencia de los partidos y por último todos los elementos de una guerra civil. A muchas personas les parecia acertado que el rey en medio de tantos apuros, no conociendo el terreno sobre que iba á marchar, ni el estado de las opiniones, ni el carácter de sus vasallos retuviera cerca de su persona una fuerza extranjera. El rey desechó noblemente esa idea: una paz honrosa hizo salir del reino á los aliados sin costar al país ni contribuciones, ni plazas fuertes: conservároose las antiguas fronteras y aun se ganó en territorio por el lado de Savoya. Fueron tambien respetados los monumentos artísticos y todo fue fruto del aprecio de los aliados al monarca francés.

Una carta aseguró los derechos políticos de la nacion. Aquel ejército tan incómodo por el número no tardó en ver como por encanto pagados casi todos sus atrasos, y el resto será satisfecho sin mucho tardar. Los oficiales que no han podido ser colocados en la nueva organizacion del ejército cobran en el seno de su familia una pension que les proporciona aquella honrosa existencia propia de la gloria. La propiedad se halla garantida; la confianza renace; la industria ha vuelto á recobrar su actividad: todo camina á un estado próspero. La moderacion, el talento y las virtudes de un solo hombre han obrado esos prodigios que no han costado ni una sola gota de sangre á la Francia; nadie ha sido molestado ni perseguido por su opinion: ninguna cárcel se ha abierto sino para dejar salir alguna víctima de las anteriores turbulencias, ningun acto arbitrario del poder se ha mezclado con tantos actos de demencia y de bondad! Estamos demasiado cerca de esta época feliz para apreciarla segun se merece; pero la historia presentará las maravillas que en ella han sucedido á la admiracion de los hombres, y al sobrenombre de Luis el *Deseado* añadirá el dictado de *Sabio* que la Francia ha tenido ya la gloria de dar á uno de sus reyes. Si se hubiese dado crédito á lo que decian algunos, interesados sin duda en esparcir alarmas, la Francia iba á quedar convertida asi que llegaran los Borbones en un teatro de reacciones y venganzas. ¿Qué podrian decir esas personas en la actualidad? ¡Cómo! ¡Ni una ejecucion ni un encarcelamiento, ni un destierro ha ocurrido que haya podido acreditar sus profecías! Al regresar Carlos II á Inglaterra el Parlamento hizo sentenciar á varios culpables: al regreso de Luis XVIII á Francia, todo el mundo ha conservado la vida, la fortuna y la libertad; nada hay perdido para ciertos hombres *menos el honor*! Cualquiera que sea la opinion que se haya tenido, la generalidad está acorde en decir que en ningun tiempo ha habido para la Francia una época mas afortunada que los cuatro meses que han pasado desde el restablecimiento de la monarquía. No hay francés alguno que no sienta en sí mismo el convencimiento de su salvacion y de su plena libertad. Cada cual se acuesta seguro de que á media noche no vendrán á dispertarle por ser arrastrado ante un tribunal militar por los esbirros de la policía, ó por los gendarmes. El propietario sabe que conservará su fortuna; la madre su hijo, ni tiembla ya está al ver un edicto en las esquinas creyendo que sea un nuevo decreto de quintas. El labrador, ni el artesano no tienen ya que andarse atormentando en discurrir cómo podrao librar del servicio al único hijo que les queda el quinto que ya no lo es, no tiene que recurrir al bárbaro medio de mutilarse para librarse de la muerte. Solo las contribuciones son las que siguen pesando sobre la Francia, mas por lo menos hay la certeza que no serán arbitrariamente impuestas por la primera autoridad del Estado, ni por los prefectos, subpre-

fectos, ni hasta por los alcaldes y sus tenientes. El Estado tiene deudas, y es preciso pagarlas. ¿Pero quién es el que ha contraido esas deudas? ¿Es el rey ó el hombre de la isla de Elba? Si el rey hubiese querido decir: «No estoy obligado á reconocer las deudas de Bonaparte: las riquezas que la mayor parte de los contratistas han adquirido les indemnizará de lo que pierdan no papándoles aquella deuda.» ¿Qué hubieran respondido? Pero el rey creyó que su honor y el de la Francia estaba interesado en pagar escrupulosamente una deuda que podia ser considerada como del Estado, y por esa buena fe, digna de un descendiente de Enrique IV, ha hecho que la Francia adquiera un crédito que duplicará la riqueza pública.

Asi es que las grandes calamidades con que nos amenazaba el regreso de los Borbones se reducen á algunas murmuraciones, y aun estas, cuando se desciende hasta el orígen que las produce, se ve que no nacen sino de alguna esperanza frustrada, de haber solicitado algun empleo y no haberlo conseguido. La mitad de la Francia, bajo el despotismo que acaba de pasar estaba pagada por la otra mitad. ¡Cómo podia sostenerse semejante abuso! El mismo Bonaparte, si hubiese permanecido en el trono, sin ser dueño de Europa, ¿hubiera podido sostener todos los empleos que habia creado? Ya no los pagaba, y en lo sucesivo para imponer silencio á los descontentos los hubiera mandado pasar por las armas. Por otra parte ¿pueden en el breve término de seis meses ser borradas todas las huellas de una revolucion de veinte y cinco años? Al ocurrir la muerte de Enrique IV aun habia algunos antiguos fanáticos de la Liga que aplaudieron el parricidio de Ravaillac. Preciso es pues resignarnos á ver por mucho tiempo y acaso por toda nuestra vida á los franceses divididos en opiniones sobre una multitud de objetos: los unos detestando lo que los otros aman y estos alabando el gobierno que los otros critican.

Segun los constitucionales, la constitucion no es bastante liberal. Segun los antiguos realistas el Estado hubiera marchado perfectamente sin constitucion. Pero á los primeros se les puede decir: «Si en la »constitucion actual hay algo defectuoso, podrá re»mediarse con el tiempo. La misma constitucion in»glesa, objeto de vuestra admiracion, no ha sido per»feccionada en un dia. Basta que los fundamentos de »la libertad pública se hallen bien establecidos entre »nosotros; que el pueblo tenga representacion; que »no se puedan imponer nuevas contribuciones sin el »consentimiento de los representantes; que ningun »hombre pueda ser despojado, desterrado, encarce»lado ni sentenciado á muerte arbitrariamente. Repo»semos un momento sobre estas grandes bases y »respiremos despues de una carrera tan violenta y »rápida.»

A los segundos es fácil replicar: «La antigua cons»titucion de la monarquía era excelente sin duda; »¿pero podriais en la actualidad reunir sus elemen»tos? ¿En dónde encontrariais un clero independiente, »representado, por sus inmensos dominios, una con»siderable parte de las propiedades del Estado? ¿Dón»de encontrariais una corporacion de nobles bastante »numerosos, ricos y capaces de formar por sus anti»guos derechos feudales, por sus tierras señoriales, »por sus vasallos y su patronazgo, y por la influencia »de sus armas, un contrapeso á la corona? ¿Cómo »restableceréis esos privilegios de las provincias y de »las ciudades, esos fueros, esas grandes corporaciones »de magistratura que por todas partes ponian trabas »al ejercicio del poder absoluto? Por ventura ¿no ha »cambiado hasta el mismo espíritu de esas corpora»ciones? ¿La igualdad de educacion y de fortunas, la »opinion pública, el aumento de ilustracion, permiti»rian establecer en la época presente una clase de »distinciones que chocarian con todas las vanidades? »Las instituciones de nuestros abuelos; en las que »se reconocian con evidencia las huellas de nuestra »santa religion, del honor de la nobleza, de la for»malidad de la magistratura, son por cierto cosas que »siempre se echarán de menos, ¿pero puede nadie ha»cerlas revivir completamente? Permitid, pues, ya que »por último es preciso tomar alguna resolucion, que »se reemplace el honor de la nobleza por la dignidad »del hombre, y la nobleza del individuo por la de la »especie. En vano quisierais remontaros á los tiempos »antiguos; las naciones, son como los ríos, nunca »pueden retroceder hácia su origen: no fue posible »dar á la república romana el gobierno de sus anti»guos reyes, ni al imperio de Augusto el Senado de »Bruto. El tiempo lo cambia todo, y es tan imposible »sustraerse al influjo de sus leyes como al de sus es»tragos.»

Nada tiene de extraño que haya aun alguna efervescencia en las opiniones. El despotismo que acaba de espirar nos hizo salir de nuestro órden natural. Todas nuestras pasiones estaban exaltadas: el soldado en nada menos pensaba que en ser mariscal de Francia á costa de la vida de un millon de franceses: el último empleado de hacienda veia en perspectiva un ministerio: el artesano, una vez salido de su taller, no pensaba en volver á él: la juventud, desembarazada del yugo doméstico, se encenagaba en todos los goces y en todas las quimeras de su edad. Un deber, que en último término se reducia á una bajeza, *obedecer ciegamente á la voluntad de un dueño*, hacia las veces de toda la moral de la vida. Bonaparte era el gefe visible del mal, asi como el demonio lo es invisible. Todas las ambiciones desordenadas se reunian en torno del, asi como los sueños se suspenden del árbol funesto que Virgilio colocó en la puerta de los infiernos.

En la actualidad nos es costoso reducirnos á la senda del deber: la tranquilidad nos parece una cosa insípida. Mas como el órden es el estado natural de las cosas, volveremos á despecho de esas pasiones á recobrar la aficion á lo honesto y á no aspirar mas que á los goces legítimos. Curioso es considerar cuánto sorprende este nuevo órden de cosas á los que estaban acostumbrados á gobernar por los violentos medios del despotismo. Anuncian revoluciones y alzamientos que por fortuna no llegan á realizarse: confunden sus opiniones particulares, su situacion moral, y sus intereses secretos con la opinion, situacion é interés de la nacion. *Esto no es administrar*, dicen ellos. *Esto no puede durar, no puede seguir asi.* ¿Y por qué no? Porque en la llanura de Grenelle no hay afusilamientos, porque la policía no sepulta una docena de personas cada noche en Vincennes; porque desde la extremidad de Francia no vienen ya *jaulas* de posta atestadas de presos; porque no hay espías asalariados que impiden que se hable, se escriba, ni imprima ni aun con arreglo á lo que ellos quieren; porque no se meten en las operaciones mercantiles ni agrícolas; porque el consejo de Estado no toma en un dia cien disposiciones contradictorias; porque pudiendo el gobierno elegir entre veinte y cinco millones de franceses, no ha creido que el talento esté exclusivamente encerrado en algunas cabezas que la opinion pública rechaza, y no los ha nombrado funcionarios suyos. Semejantes personas (que por otra parte se distinguen por la práctica en los negocios) son sin embargo malos jueces de un gobierno legal, pues no han podido apreciar mas que la revolucion y sus violencias, y porque no habiendo empleado mas que la fuerza física, no saben hacer uso de la fuerza moral. Admíranse de que todo marche sin esfuerzos, y casi por un impulso espontáneo: finalmente no alcanzan á comprender que un rey legítimo es un árbol que extiende naturalmente sus ramas y sus raices, se robustece y da proteccion y sombra porque el cielo y la tierra le dispensan su benéfica influencia, y porque se extienden sus raices en el nativo suelo. Imposible es que esa sensacion de seguridad que se experimenta no cunda tarde ó temprano en todos los ánimos, no penetre asi en las cabañas, como en los palacios y que al fin no haga decir á todo el mundo: *Lo cierto es que somos dichosos.*

Examinen el gobierno los que le acusan de debilidad con arreglo á estos hechos y resultados, y verán que ya es mucho mas fuerte que el férreo sistema á que ha remplazado. ¿Hubiérase por ejemplo dejado imprimir contra el último despotismo los libros que hoy salen á luz contra la autoridad existente, sin que aquel despotismo se hubiese visto conmovido? Libelos, los mas infames, y obras, las mas llenas de audacia, circulan y se venden públicamente. ¿A quién hacen daño tales obras? A nadie: pues si hay quien las lea, no hay quien se deje seducir por ellas. Podria decirse que los autores de semejantes escritos destruyen, poniendo en ellos su firma, el efecto que pudieran causar, y asi como los venenos se neutralizan mútuamente, la infamia del escritor neutraliza la ponzoña del libelo. Sea por lo que sea, lo cierto es que un gobierno que apenas cuenta cuatro ó cinco meses de existencia; que se ha establecido, como todos sabemos, en medio de tantas disensiones y calamidades, tiene fuerza para resistir pruebas que hubieran derribado á Bonaparte cuando se hallaba en el apogeo de su poder. En los cafes, en las reuniones se censuran públicamente los actos del ministerio y las leyes que se discuten en ambas cámaras; se critica en alta voz, se vitupera, se alaba, ¿pero se altera por eso la marcha del gobierno?

La Francia está abierta por todas partes: cada cual viaja por ella como le da la gana. Si hay enemigos secretos nadie les impide que puedan entrar y salir cuando les acomode. Pueden entrar en correspondencia; pueden citarse; en una palabra, pueden *conspirar* públicamente donde mas les convenga. ¿Hay alguno que los tema? Nadie. ¿Les habria dejado Bonaparte semejante libertad? En el momento actual el gobierno se desdeñaria de tomar precauciones contra ellos; pues en último resultado sus esfuerzos se estrellarian ante la indulgencia y dulzura de un gobierno paternal que detendria el brazo de la ley levantado para castigarlos: el rey los abrumaria con el peso de su perdon y su bondad. Nada de temible puede emprenderse contra una autoridad fundada sobre la legitimidad y la justicia. La Francia está llena de parientes y de hechuras de Bonaparte, y se hallan todos protegidos como los demás ciudadanos, sin que nadie piense en precaverse de ellos. Una alta princesa ha venido bajo la salvaguardia de la generosidad real á tomar baños en una de las provincias del reino... ¡Bien recientes están aun las heridas! ¡Esa señora podia evocar poderosos recuerdos! ¿Pero qué resultados ha producido su presencia? ¿Ha reproducido la memoria de cuando se hallaba la señora duquesa de Angulema en los baños de Aix bajo el gobierno tan robusto de la tiranía, cuando el solo nombre de Borbon hacia temblar al rey de los reyes? Un hermano del extranjero se ha establecido en las fronteras de Francia, ostentando una opulencia que seria mas decoroso ocultar, ¿Ha manifestado el gobierno el menor recelo? ¿Se ha pedido que se aleje de aquel punto? Apréndase pues á juzgar de la fuerza de un gobierno, no por sus actos administrativos, sino por su mas ó menos de moralidad, de moderacion y de justicia. La fuerza de los reyes es invencible cuando proviene de su talento y de la rectitud de su corazon.

Los Borbones han andado errantes, casi sin asilo, sobre la superficie de la tierra, expuestos á los temores del usurpador: les era imposible acercarse á las fronteras del reino sin aventurar su vida, como lo acredita el duque de Enghien. En la actualidad no persiguen los que se han visto tan cruelmente perseguidos, y dejan á sus antiguos perseguidores aparecer en su alrededor sin manifestar la menor alarma, sin tomar siquiera las precauciones que parecerian tan naturales. ¿Quién no admirará una confianza tan magnánima y un olvido tan completo de todo resentimiento? Luis XVIII tiene razon. Abandonándose tan completamente á la lealtad de los franceses demuestra de un modo invencible la legitimidad de sus derechos y la solidez de su trono. Parece que al llegar á Calés nos ha gritado como en otro tiempo Felipe de Valois en las puertas del castillo de Broye: «¡Abrid, es la fortuna de la Francia!» Nosotros le hemos recibido y sabremos probarle que somos dignos del aprecio que nos ha manifestado al confiarse tan noblemente en nuestra fe y en nuestras virtudes.

REFLEXIONES POLITICAS.

DICIEMBRE 1814.

CAPITULO PRIMERO.

CASO EXTRAORDINARIO.

Un juez establecido en un tribunal con arreglo á las antiguas constituciones y no por el hecho de una revolucion violenta ha condenado á un hombre á muerte. La sentencia es justa, porque el reo habia cometido enormes delitos. Mas este hombre tenia un hermano, que no ha podido ni ha debido despojarse de los sentimientos de la naturaleza: de manera que entre el juez y el hermano del culpable jamás podrá establecerse ninguna relacion. El grito de la sangre ha separado para siempre á estos dos hombres.

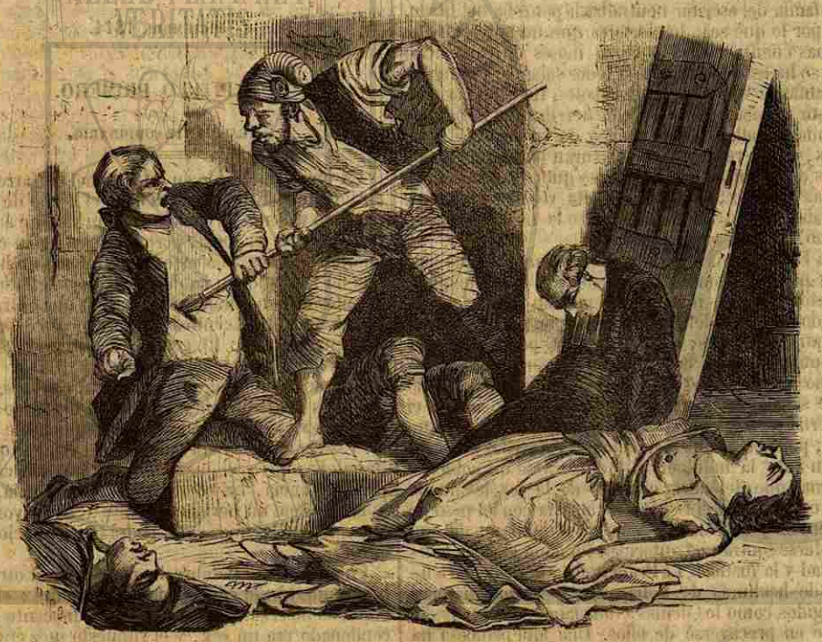
Un juez establecido en un tribunal con arreglo á las antiguas constituciones y no por el hecho de una revolucion violenta ha condenado á un hombre á muerte. Este hombre no era culpable del crímen que se le imputaba; pero el juez, sea por prevaricacion, sea por ignorancia, ha condenado á la inocencia. Si este hombre tiene un hermano, jamás, con mayor motivo aun que en el primer caso, podrá tener relaciones con el juez.

Finalmente un hombre ha condenado á otro hombre á muerte: el condenado era inocente: el que lo condenó no era su juez natural: el inocente que fue condenado era un rey, y el supuesto juez era vasallo suyo. Para cometer su asesinato han sido violadas todas las leyes de las naciones, todas las reglas de la justicia. El tribunal en vez de exigir las dos terceras partes de sus votos para pronunciar la sentencia ha expedido su fallo por la mayoría de algunos votos. A fin de obtener esta mayoría se vió en la precision de contar el voto de los jueces que habian pronunciado la sentencia de muerte condicionalmente. El monarca llevado al cadalso tenia un hermano. ¿El juez que condenó al inocente, el vasallo que inmoló á su rey, podrá presentarse nunca á los ojos del hermano de aquel rey? Si no puede presentarse, ¿se atreverá á escribirle? Si le escribe, ¿será para confesarse criminal y ofrecer su vida en expiacion? No siendo para ofrecer su cabeza, ¿será por lo menos para revelar algun secreto importante á la seguridad del Estado? No. El motivo por el que escribe al hermano de aquel rey es para quejarse de ser injustamente tratado; es para dar á la queja un colorido de amenaza; escribe al hermano de aquel rey y de quien por consiguiente es vasallo, para hacerle la apología del regicidio, para probarle por la palabra de Dios y la autoridad de los hombres, que el regicidio es un acto lícito. De manera que haciendo y diciendo se presenta á **Luis XVIII** como un hombre que ha merecido bien de su autori-

dad; se le presenta enseñándole el ensangrentado cadáver de Luis XVI.

A pedir recompensa por la sangre vertida.

¿Aquella apología del regicidio habrá tal vez sido escrita en el fondo de algun calabozo, entre la exasperacion del infortunio? No, porque su autor está en plena libertad; goza de los derechos de los demás ciudadanos: al frente de la obra figura la lista de sus empleos y títulos honoríficos, advirtiendo que algunos de ellos le han sido conferidos en tiempo de la restauracion (1). ¿Sin duda que el rey en el arrebato de su dolor é indignacion habrá pronunciado alguna sentencia terrible?—¡El rey ha dado palabra de olvidarse de todo!



MATANZAS DE SETIEMBRE.

Luis XVI ¿quién intentaba disputarles esa gloria? ¡Dicen que se hallan *proscriptos!* ¿Acaso ha caido un solo cabello de su cabeza? ¿Han perdido algo de sus bienes ó de su libertad? ¿Por qué recordando fielmente la época de nuestras calamidades prosiguen acusando á sus víctimas? Se necesita mucho valor, se corre mucho peligro en provocar actualmente á un Borbon. ¿Se necesita tener en el pecho un corazon de bronce para demostrar su bondad paternal? ¿Hay gloria en romper el silencio que se guardaba en tiempo de Bonaparte, para presentarse á decir feroces verdades á un monarca que sentado al cabo de veinticinco años de infortunios en el ensangrentado trono de su hermano, no derrama en torno suyo mas que raudales de una casi celestial misericordia? ¿Qué ha sucedido por último? Que el público se ha visto obligado á entrar en cuestiones que hubiera sido muy conveniente no reproducir.

(1) Memoria al rey, por Mr. Carnot.

CAPITULO SEGUNDO.

PALABRAS DE UNO DE LOS JUECES DE HARRISON.

Pero el mundo no ha dado palabra como el rey: el mundo podrá romper el silencio. ¿Porqué imprudencia unos hombres que ante todo deberian procurar oscurecerse en el olvido, son los primeros á ponerse en evidencia, á escribir, á redactar actos de acusacion, á sembrar la discordia, y á llamar la atencion del público? ¿Quién pensaba en ellos? ¿Quién les acusaba? ¿Quién les hablaba de la muerte del rey? ¿Quién pedia que se justificaran? ¿Porqué no gozaban en paz de sus honores? Si en otros escritos se habian alabado de haber condenado á muerte á

El coronel Harrison, uno de los jueces de Carlos I, fue presentado despues de la restauracion de Carlos II ante un tribunal para ser sentenciado á su vez. Entre las diversas razones en que fundó su defensa quiso hacer valer el silencio que el pueblo inglés habia guardado hasta entonces sobre la muerte de Carlos I. Uno de los jueces le respondió: «He oido contar »la historia de un niño que enmudeció de terror al »ver asesinar á su padre. Este niño, á pesar de ha»ber perdido el uso de la voz, conservó profundamente »grabadas en su memoria las facciones del asesino: »de manera que al verlo al cabo de quince años en»tre un tropel de gente exclamó: *¡Ese es el que mató »á mi padre!*—Harrison, el pueblo inglés ha reco»brado ya el uso de la palabra: el pueblo es el que »nos grita, al mirarte: *¡Ese es el que asesinó á nues»tro padre!*» (2).

(2) *The Judicl Arraing, Trial of twenty Regicides*, pág. 56.

CAPITULO III.

LA DOCTRINA DEL REGICIDIO APARECIÓ EN EUROPA Á MEDIADOS DEL SIGLO XVI.—MARIANA.—BUCHANAN.—SAUMAISE Y MILTON.

La doctrina del regicidio no es moderna: á poco despues de la muerte de Enrique III aparecieron escritos sosteniendo que es lícito á un pueblo deshacerse de un tirano: las justificaciones siguen á los crímenes. Examináronse en aquella época las opiniones que nosotros hemos creido peculiares de nuestro siglo. No fueron solo los protestantes los que soñaron en repúblicas, pues hubo tambien católicos que se entregaron á los mismos sueños. Es digno de notarse



NAPOLEON EN MOSCOU.

que los folletos de aquel periodo están escritos con un vigor, una ciencia y una lógica que rara vez se encuentran en los tiempos modernos.

Buchanan, en el diálogo *de Jure regni apud scotos*, y sobre todo Mariana en el tratado *de Rege et Regis institutione* reunieron en un cuerpo de doctrina aquellas ideas hasta entonces diseminadas en diversos escritos.

Supónese que Ravaillac tomó de aquella obra de Mariana las opiniones que le hicieron cometer el asesinato de Enrique IV. Ravaillac no sabia el latin, y por consiguiente no habia podido leer el tratado *de Rege*; pero es posible que hubiese oido hablar de las consecuencias que de él se derivan. De modo que la doctrina del regicidio apareció por de pronto en el mundo para preconizar el crímen de Jacobo Clemente, é inspirar el que cometió Ravaillac. La muerte de Carlos I dió nneva celebridad á los principios de Buchanan y Mariana. Un campeon de la autoridad réal, llamado Saumaise se lanzó á la arena, armado con toda la erudicion de su siglo y publicó su famoso tratado DEFENSIO REGIA PRO CAROLO I.

Por de pronto probó la inviolabilidad y el poder legal valiéndose de preceptos y ejemplos tomados del Antiguo Testamento y luego en el Nuevo Testamento y en la doctrina de los PP. halló autoridades para reprobar los principios de los regicidas. Pasando en seguida á los autores profanos invocó en favor de la autoridad real el parecer de los mas grandes filósofos é historiadores de la antigüedad. Saumaise no quedó sin contestacion y mereció el honor de tener por adversario á uno de los mas bellos ingenios de Inglaterra. Milton, que ya se habia distinguido por su obra sobre el *derecho de los reyes y de los magistrados*, que en realidad no es mas que un comentario de Mariana. Milton recogió pues el guante que se habia arrojado á los regicidas, «y refutó á Saumaise, segun dice Voltaire, como una fiera combate contra un salvaje,» pero mas exacto seria decir, como un fanático combate contra un pedante. El estilo latino de Milton (1), es compacto, enérgico y algunas veces en el vigor de la expresion se conoce que fue escrito por el autor del *Paraiso perdido*; pero el modo de discurrir era digno de la causa que Milton habia abrazado. Los epígramas con que se propuso sazonar su escrito no son siempre del mejor gusto; la erudicion, aunque menos pródiga que en el tratado de Saumaise, está por lo general fuera de lugar, y el autor no contesta sólidamente á nada.

Sigamos oyendo á Voltaire: «Milton, dice este au»tor, habia sido algun tiempo secretario por lo to»cante al latin del parlamento llamado *Rump*, cuyo »empleo le fue dado en premio de un libro latino es»crito á favor de los matadores del rey Carlos I; li»bro (preciso es confasarlo, tan ridículo por el estilo, »como detestable por la materia). Bien puede com»prenderse si un atrabiliario pedante de aquel géne»ro, y defensor de un crímen tan enorme, pudo ó »no agradar á la córte brillante y delicada de Car»los II.»

El grande argumento de Milton era el que tambien habian empleado los jueces de Carlos I, y asi como Ludlow lo sacaba de este texto de la Sagrada Escritura: «La sangre no puede ser purificada de la sangre derramada sino con la sangre del que la derramó.»

Este argumento no hubiera tenido fuerza contra Luis XVI.

CAPITULO IV.

PARALELO.

TAL fue la famosa controversia. Los que en la actualidad la recuerdan, ignoran al parecer cuanto se ha dicho y escrito antes de ahora sobre el particular: ¡Tan débiles son en pruebas, en citas y en argumentos! Asi como los regicidas ingleses citan tambien estos á la Sagrada Escritura en apoyo de su doctrina; pero la citan vagamente, ó porque tienen pocas nociones de ella, ó porque conocen que no les ha de ser favorable. Los autores de la muerte de Carlos eran la mayor parte fanáticos de buena fe, cristianos celosos, que abusando del texto sagrado, mataron *con toda conciencia* á su soberano; mas los que en Francia se han querido escudar en un caso análogo con la autoridad de la Escritura ¿no podrian ser sospechosos de haber intentado unir el parricidio con el sarcasmo? No se les podria acusar de haber querido sorprender la credulidad de los hombres sencillos por medio de citas truncadas, mal explicadas y que para ellos mismos no eran mas que un objeto de desprecio. Servirse de este modo de la incredulidad para inmolar la fe; justificar el asesinato de Luis XVI con la palabra de Dios, sin creer en ella; dar muerte al monarca en nombre de la religion á los ojos del pueblo, y en nombre de la ilustracion en concepto de los hombres instruidos; encender el ara del sacrificio con la doble tea del fanatismo y de la filosofía, eso es, nadie puede negarlo, una nueva combinacion.

Si los regicidas ingleses eran, segun acabamos de decirlo, unos fanáticos de buena fe, aun tenian otra ventaja. Aquellos hombres cubiertos de la sangre de sus reyes, se hallaban puros de la de sus conciudadanos. No habian firmado la proscripcion de una multitud de hombres, de mujeres, de niños y ancianos; ni habian puesto sus nombres, *de confianza* al pié de las listas de condenados, despues de otros nombres muy poco á propósito para inspirar semejante confianza. Sin embargo aquellos hombres que nada de esto habian hecho eran aborrecidos: y el público huia de ellos como de unos pestíferos; y les daba muerte como á una fiera. ¡Cuán temible era que los franceses se dejasen llevar de semejante ejemplo! Y á pesar de eso, ¿qué es lo que decimos nosotros á ciertos hombres? Nada. Siguen gozando de su fortuna, de su rango y de sus honores. Asi como el rey, jamás les hubiéramos hablado de su crímen, si no hubiesen sido los primeros en recordárnoslo, transformándose en delatores de sí mismos; ¡y aun se atreven á gritar quejándose del espíritu de venganza! Temamos que la posteridad no nos juzgue de distinto modo, y no confunda esa admirable facilidad de perdonarlo todo por una indiferencia culpable ó por una criminal ligereza; temamos que no considere como una miserable indiferencia hácia la virtud, y hácia el vicio lo que verdaderamente no es mas que una absoluta imposibilidad de recriminar y de obedecer.

Los ingleses que hicieron aquella revolucion eran republicanos sinceros: consecuentes á sus principios los primeros de entre ellos no quisieron servir á Cromwell; Harrison, Sudlow, Vane y Lambert se opusieron decididamente á su tiranía y fueron perseguidos por él. Casi todos tenian todas las virtudes morales y religiosas, y fue tal la fuerza de su conviccion que por ella casi llegaron á honrar su crímen. Tampoco se enriquecieron con el despojo de los proscriptos. En los actos judiciales á que su proceso dió lugar, cuando el presidente hacia á los testigos la pregunta de estilo: «¿El acusado tiene bienes ó posesiones?» «La respuesta fue constantemente la misma:» «No le conocemos ninguna clase de bienes al acusado.» Harrison al morir escribió á su mujer diciendo que nada dejaba mas que su Biblia (2).

Todo hombre que sigue sin variar una opinion tiene por lo menos disculpa á sus propios ojos: un republicano de buena fe, que no cede al tiempo ni á la fortuna, si por otra parte no se le puede imputar crímen alguno, puede merecer ser apreciado.

Mas si á sombra de la opinion política se han acumulado fortunas inmensas; si despues de haber degollado el cordero se han hecho caricias al tigre; si Bruto ha recibido pensiones de César, lo mejor que se puede hacer es callar: el acento de la altivez y de la amenaza no se acomodan ya bien en semejantes personas.

«Nada podíamos hacer contra la fuerza.»

¡Habeis podido hacer algo contra la virtud!

Singular es la razon que alegan para cohonestar la muerte de Luis XVI. Dicen que cuando fue sentenciado ya no era rey; que su pérdida era inevitable, y que su muerte fue pronunciada como se pronuncia la de un enfermo desauciado.

¿Hemos leido bien? ¿Creeremos á nuestros ojos? ¿Desde cuando el médico envenena al enfermo de cuya vida no tiene ya esperanza? ¿Era por ventura tan mortal la enfermedad de Luis XVI? ¡Ojala que aquel monarca, á quien dieron muerte por que *no habia ya otro medio de contener las facciones*, hubiese sido víctima de estas! ¡Ojala hubiera perecido en una insurreccion popular! La Francia lamentaria una desgracia; pero no tendria que avergonzarse de un crímen.

Asegurais «que si los jueces que condenaron al rey »á muerte se engañaron, incurrieron en este er»ror juntemente con toda la nacion que por medio de »numerosas manifestaciones se adhirió á su senten»cia. Los gabinetes extranjeros al tratar con aquellos »jueces les demostraron tambien que no vituperaban »la muerte de Luis.»

No mancilleis á todos los franceses para escusar á unos cuantos hombres. ¿Como sin avergonzarse pueden citar esas manifestaciones de los ayuntamientos gobernados por un club de Jacobinos á impulsos de las amenazas y el terror? Por otra parte, con solo un hecho se destruye esa suposicion. Si al conducir el rey al cadalso nada mas se hizo que seguir la opinion del pueblo ¿porqué no quisieron los jueces admitir la apelacion al pueblo? Si Luis era culpable, si los votos eran unánimes, ¿porqué en el seno mismo de la Convencion anduvieron tan distantes de esa unanimidad? La alta cámara que condenó á Carlos lo condenó unánimemente. La Francia os devuelve el cargo que habeis intentado poner sobre ella: ¡pesado es! pero os pertenece, sufridlo.

«Los gabinetes extranjeros han tratado con vosotros.» Pero no en los momentos de la muerte del rey. El asesinato de Luis, del mas dulce é inocente de los hombres acabó de armar contra vosotros á toda la Europa. En todos los ángulos del mundo se elevó un grito de indignacion: un francés hallaba insultos por vuestro crímen hasta en los pueblos acostumbrados á degollar sus gefes en Constantinopla, en Argel y en Túnez. Por haber los extranjeros tratado con vosotros, ¿se ha de inferir que aprobaron la muerte del rey? Decid mas bien que el valor de nuestros soldados salvó á la Francia del peligro en que la pusisteis provocando por un crímen inaudito la venganza de todos los pueblos. No es con vosotros con quienes han tratado los extranjeros, sino con la gloria de nuestras armas, con aquella bandera bajo la cual se refugió el honor francés y que pudo cubriros con su sombra.

CAPITULO V.

ILUSIONES DE LOS APOLOGISTAS DE LA MUERTE DE LUIS XVI.

¿QUÉ es lo que quieren en último término los autores de esos deplorables sistemas? ¿La república? Ya están curados de esa quimera. ¿Una monarquía limitada? La tienen y ellos mismos confiesan que todas las garantías de la libertad se hallan en la Carta. Si sondeamos la herida encontraremos una conciencia enferma que con nada puede tranquilizarse, una vanidad afectada de padecimientos que se irrita de no ser la exclusivamente llamada á los consejos del rey, y que aun respecto de él quisiera gozar no solo de igualdad, sino hasta de preferencia, y por último encontraremos una secreta desesperacion procedente del insuperable obstáculo que existe entre Luis XVIII y los jueces de Luis XVI. ¿No les seria á tales hombres mucho mas favorable hacerse justicia, confesar ingenuamente sus faltas, convenir en que nunca pueden ser agradable sociedad para el rey, y agradecer sus bondades en vez de sentirse humillados con su silencio, con la paz que les concede y con la dicha que por toda venganza derrama sobre ellos?

Sin embargo es probable que no tratan de ponerse tan en completa evidencia sino porque se hacen aun ilusiones acerca de su posicion: preciso es desengañarles.

No dejan de tener motivos para decirnos que la Francia entera participaba de su culpa de la muerte del rey. «Si nos castigan, dicen entre sí, no tardarán en hacer lo mismo con los que nos siguen: nosotros »somos la primera falanje: una vez rota esta, todo lo »demás será arrollado por todas partes.» Con esta política esperan reclutar mucha gente bajo sus banderas, y hacerse temibles por una especie de coalicion.

Por de pronto nadie piensa en ellos; nadie les amenaza. ¿Por qué son pues tan susceptibles? ¿por que toman el llanto que se derrama en recuerdo de Luis XVI por actos de acusacion? ¿Será preciso que para no afectar su susceptibilidad nos abstengamos de sentimientos? ¿El dolor es venganza? ¿El arrepentimiento es reaccion? Aun suponiendo que esas personas tuvieran justos motivos de temor, están completamente equivocadas cuando se imaginan que todos los franceses hacen causa comun con ellas. La muerte del rey y de la familia real es el verdadero crímen de la revolucion, pues otros muchos de sus actos son errores colectivos, frecuentemente expiados con virtudes y redimidos con servicios, faltas comunes que no pueden ser imputadas á particulares, desgracias que son el resultado de las pasiones, obra del tiempo é inevitable efecto de la necesidad.

Mas los autores del regicidio componen un grupo perfectamente aislado y bajo este punto de vista no inspiran ningun interés.

No hacemos una suposicion vana: la formacion de la cámara de los Pares ha debido necesariamente sufrir algunas exclusiones: ¿mas por eso se ha afligido al pueblo? La cámara de los Diputados contaba entre sus dependientes inferiores algunos que tuvieron la desgracia de haber tenido parte en la muerte de Luis XVI: el gobierno les ha invitado á retirarse y en este modo de obrar la nacion no ha visto mas que la interpretacion de sus propias opiniones. Los dignos representantes del pueblo francés deben ser el modelo de toda accion noble y útil: uno de ellos ha tenido la valerosa abnegacion de confesar su falta, desterrándose de entre sus compañeros. Quien de este modo se juzga á sí mismo, quita á los demás el derecho de juzgarlo, y de él puede decirse que ha salido de la clase de los culpables para entrar en la de los desgraciados.

Deben pues los que pronunciaron la sentencia de Luis XVI perder la esperanza de involucrar á todos los franceses en su causa. Tampoco deben confiar demasiado en su propio número. ¿Efectivamente, no convendria mas separar de ese número á los que votaron la muerte con apelacion al pueblo, ó con una condicion cuyo objeto era retardar la catástrofe? Estos tenian tal vez el pensamiento de salvar á su señor. En tales tiempos 24 horas eran todo: podian presumirse que fuesen mas acomodados para salvar al rey votos, que presentando una esperanza de salvacion, no chocaran de frente con el furor revolucionario, que los que se concretaran á una negativa absoluta. Será un

(1) *Joannis Miltonis pro populo anglicano Defensio.*

(2) *Triel of the Reg.*

error, será una debilidad; ¿pero quién se libra de errores ó devilidades? Trasladémonos á aquellos espantosos momentos: veamos las tribunas llenas de verdugos y asesinos, rodeando á la Convencion, señalando con el dedo, destinando al puñal á quien se negara á tomar parte en el asesinato de Luis XVI. Los sitios públicos, las plazas, y las encrucijadas resonaban con alaridos y amenazas. A la vista estaba aun el ejemplo de las matanzas de setiembre y conocidos eran los excesos á que una poblacion desenfrenada podia entregarse.

Tambien es cierto que ya se habian hecho preparativos para degollar á la familia real, una porcion de diputados y muchos millares de proscriptos, en el caso de no haber sido condenado el rey. Acosado por tantos peligros cree un hombre hallar medio de conciliar todos los intereses; imagínase que con un voto evasivo salvará la familia real, suspenderá la muerte del rey, é impedirá una matanza general: apodérase con ansiedad de esa funesta idea y pronuncia un voto condicional. Pero sus colegas no se engañan: adivinan su intencion, desechan con furor la apelacion al pueblo, las condiciones dilatorias, y cuentan su voto en el número de los votos de muerte: ¿Será culpable un hombre que haya obrado de este modo? Lo será con arreglo al derecho; acaso no lo será con arreglo á la intencion. No se trata aquí de principios rigurosos, pues en tal caso hasta los mismos que votaron por la vida del rey no serian menos culpables de lesa magestad, como lo hicieron ver los jueces ingleses en el proceso de los regicidas. Pero nuestras desgracias son tan grandes que exceden toda comparacion y toda regla. Fácil es decir en momentos de calma y de seguridad: «Yo hubiera obrado de este modo: no me habria portado asi: solo en el dia del combate es cuando se conocen las fuerzas. No debemos pues juzgar con rigor lo que se hizo bajo la impresion del puñal: en este caso la suposicion de buenas intenciones constituye la inocencia, y lo demás es efecto del tiempo y de la fragilidad humana.

Conviene asimismo clasificar á parte á los que habiendo sido llamados despues de la muerte del rey á ocupar los altos puestos del Estado, trataron de expiar sus primeros errores salvando víctimas, resistiéndose con denuedo á los sangrientos decretos de la tiranía, y que despues de la restauracion han demostrado con su obediencia y deseo de ser útiles á la monarquía, cuan agradecidos quedaban á la misericordia régia.

Hé aquí pues el débil batallon de los que se creen tan fuertes desmembrado de todo lo que no debe numerarse entre sus filas. Engáñanse tambien mucho cuando exclaman que son la salvaguardia de todo el que ha participado de las turbulencias de la Francia. Mucho mas exacto seria decir que si algo ha podido causar alarma en los ánimos es el perdon concedido á los jueces del rey.

Ese perdon tiene algo de *sobrehumano* y los hombres están propensos á no creerlo. El exceso de virtud hace sospechar de la virtud. No faltaria acaso quien dijera: «El rey no puede tratar de ese modo á »los asesinos de su hermano, y supuesto que á todos »perdona, creeremos que allá en el fondo de su alma »no perdona á ninguno. De manera que el respetar »la vida, la libertad, la fortuna y los honores de los que »votaron la muerte del rey en vez de tranquilizar á la »multitud no sirvieron mas que para inquietarla.»

Pero el rey no quiere proscribir á nadie: es fuerte, muy fuerte: ningun poder podria en la actualidad conmover su trono. Si quisiera castigar no tendria necesidad de esperar otros tiempos, ni otras circunstancias, ni tiene motivo ninguno para disimular. No castiga, porque asi como su hermano de dolorosa y santa memoria, ha recibido por herencia la misericordia, y porque asi como Luis XVI tampoco quisiera salvar su vida si hubiese de costar una sola gota de sangre francesa. Ademas de todo esto ha empeñado ya su real palabra, y á imitacion suya ningun francés desea venganzas ni reacciones. ¿Qué se pide á los que tuvieron la enorme desgracia de condenar á muerte al hijo de San Luis y de Enrique IV? Que gocen en paz lo que han adquirido y eduquen tranquilamente su familia. No es tan costoso por cierto cuando el hombre se va acercando á la vejez, cuando se ha conocido el mundo, cuando se ha pasado ya de la edad de la ambicion, y se ha vivido entre sangre, turbulencias y tempestades, no es tan duro, decimos, hacer un momento de alto para acabarse de conocer antes de ir á donde fué Luis XVI. Este monarca hizo un postrer viaje no en la plenitud de sus ideas, no lentamente, no rodeado de sus amigos, no con comodidades ni consuelos, sino jóven, apremiado, solo, falto de todo..... y sin embargo lo hizo en paz.

¿Quieren los que le hicieron partir tan precipitadamente probar al mundo que merecen la clemencia de que son objeto? Traten de no agitar los ánimos, ni diseminar vanos temores. Todo buen francés debe encerrar sus propios resentimientos en el fondo de su corazon, aun cuando sean muy razonables. Cualquiera que publique obras cuyo objeto sea exasperar los ánimos y fomentar la division, es culpable. La Francia necesita tranquilidad: lo que conviene es derramar bálsamo en las heridas y de ningun modo estimularlas ni dilatarlas. Lejos de nosotros el mostrarnos injustos con los hombres de quien hablamos: muchos de ellos tienen talentos, cualidades morales, carácter enérgico, mucha capacidad para los asuntos, y experiencia de los hombres. Finalmente si en la restauracion de la monarquía hay algo que les molesta, vuelvan la vista á lo que ellos hicieron y tengan bastante sinceridad para confesar que las imperfecciones que ahora les chocan, son nada en comparacion de los errores en que ellos mismos cayeron en otro tiempo.

CAPITULO VI.

DE LOS EMIGRADOS EN GENERAL.

En los folletos de la época encontramos mucha acrimonia contra esa clase de franceses desgraciados y en medio de todos sus clamores siempre vuelve á reproducirse por tema el asunto de la muerte del rey: »*¿Los emigrados son los que dieron la muerte al rey:* »*los emigrados son los que nos han traido las cade-*»*nas: ellos son los que acusan á los liberales de toda* »*clase de crímines:* preciso es haber sido *Chuan,* »*Vandeano, Cosaco, ú Inglés para ser bien recibido* »*en la córte, y sin embargo ¿qué ha hecho la nobleza?* »*¿qué ha hecho en beneficio del monarca el clero?*»

Dícese que un hombre es causa de la muerte de su amigo, cuando este hombre apreciando mal un acontecimiento, ha elegido para salvar á su amigo un medio con el cual no consiguió salvarlo; ¿pero habrá quien tome esta expresion metafórica en su expresion literal? ¿Se ha podido nunca establecer formal comparacion entre el asesino real de un hombre y el amigo de este? ¿Cómo un espíritu ilustrado no ha podido encontrar mas que ese mezquino sofisma para defender una causa que hubiera sido mucho mas prudente dejar sepultada en el olvido?

¿La emigracion fue una medida saludable ó funesta? Sobre esta cuestion se puede opinar de distinto modo. Ante todo es preciso saber si aquella medida fue espontánea, ó violenta, es decir si los hombres insultados, quemados en sus quintas, perseguidos con chuzos, y arrastrados al cadálso, se vieron ó no obligados á abandonar su patria, y si hallándose con sus príncipes en los campos del destierro, debieron ó no ofrecerles su brazo. ¿No saben por propia experiencia

los que actualmente acriminan la accion de haber salido de Francia, que hay casos en que uno se ve en la precision de *huir, de escalar las paredes durante la noche y de correr á confiar su vida á una tierra extranjera?* ¿Pueden negar la persecucion? ¿no existen las listas? ¿No aparecen aun con sus firmas? ¿Una sola de aquellas listas no comprende á 15 ó 16,000 personas de diferente sexo, y edad?

¿Aduciremos aun otra razon para justificar la necesidad de la emigracion? No diremos que la razon que vamos á alegar consistia en una ley escrita, pero estaba vigente en el derecho usual de los Franceses: en el *honor.* Como quiera que se le considere este honor con razon ó sin razon es *obligatorio.* Tratándose de discurrir con exactitud es preciso colocarse en la situacion de aquel por quien se discurre. Una vez convenido en que todo noble debia ir á batirse á las orillas del Rin, ¿por qué razon no lo habia de hacer? ¿Mas quién habia convenido en ese deber? La corporacion, el órden social á que aquel noble pertenecia. La corporacion se engañaba. Sea asi; pero se engañaba como aquel anciano rey de Bohemia que á pesar de hallarse ya sin vista, quiso romper una lanza en Crecy, y halló la muerte. ¿Quién le obligaba á ese anciano rey á batirse? El honor. Todo el ejército comprenderá esta razon.

¿Qué ha hecho la nobleza por el rey? Por él ha derramado su sangre en Haguenau, en Weissembourg y en Quiberon, y por él sufre aun en la actualidad la pérdida de sus bienes. El ejército de Condé, que conducido por tres héroes, se batia en Berstheim al grito de *viva el rey*, no era el que le daba muerte en Paris (1).

Pero los emigrados, permaneciendo en Francia habrian podido salvar al rey. ¿Pudieron librar de la muerte á su desgraciado señor los realistas ingleses que no salieron de su patria? ¿Es que Clareudon y Talkland inmolaron á Carlos, como Lally-Tollendal y Sombreuil degollaron á Luis?

¿Qué ha hecho el clero por el rey? Preguntadlo á la iglesia de los carmelitas, á los pontones de Rochefort, á los desiertos de Sinnamary, á los bosques de la Bretaña y de la Vandé, á todas aquellas grutas, á todas aquellas rocas en que se celebraban los santos misterios en memoria del rey mártir; preguntadlo á todos aquellos apóstoles que disfrazados con el traje de paisano, y confundidos entre la multitud esperaban que pasara el carro de las proscripciones para bendecir á vuestras víctimas; preguntadlo á toda la Europa que ha visto al clero francés seguir en sus tribulaciones al hijo mayor de la Iglesia, última pompa de aquel trono errante que la religion acompañaba cuando el mundo lo habia abandonado. ¿Qué hacen hoy esos sacerdotes que os importunan? No dan ya el pan de la caridad; lo reciben. Los sucesores de los que desmontaron los campos de las Galias, los que nos han enseñado las letras y las artes, no hacen valer sus pasados servicios; los que constituian el primer órden del Estado son acaso los únicos que no reclaman ningun derecho político: ¡sublime ejemplo dado por los discípulos de aquel *cuyo reino no era de este mundo!* Tantos ilustres obispos han dejado el cayado de oro para tomar el baston de los apóstoles, y nada piden de su pingüe patrimonio mas que los tesoros del Evangelio, los pobres, los enfermos, los huérfanos y todos los que vosotros habeis sumido en la desgracia.

¡Ah! ¡Cuánto mejor seria evitar esas recriminaciones, borrar esos recuerdos, destruir hasta esos nombres de emigrados, realistas, fanáticos, revolucionarios, republicanos y filósofos que deben hoy confundirse en el seno de la gran familia! Los emigrados acaso habrán tenido sus equivocaciones, sus debilidades y sus faltas; pero eso de decir á unos desgraciados que todo lo sacrificaron por el rey, que ellos son los que le dieron muerte, ¡eso es demasiado insensato, demasiado cruel! ¡Y quién es el que se lo dice, gran Dios!

Los emigrados nos traen la esclavitud. Fíjase la vista, y por una parte se ve un rey que nos trae una constitucion, tal cual en vano la habiamos solicitado, y en la que se hallan las bases de aquella libertad que sirvió de pretexto á nuestros furores; un rey que todo lo perdona, y cuyo regreso no ha costado á la Francia ni una gota de sangre, ni una lágrima, se ve algunos franceses que entran medio desnudos en su patria, sin socorro, sin proteccion, sin amigos; que no encuentran ya ni sus casas, ni sus familias; que pasan sin quejarse por delante de la herencia paterna, cuyos campos son cultivados por una mano extraña, y que comen en la puerta de sus antiguas moradas el pan de la caridad. Se ve que en beneficio de tales hombres hay que hacer colectas públicas; el varon de Dios (2) que les sigue como por instinto de la desgracia, les ha venido acompañando desde paises remotos: ha vuelto para establecer entre nosotros en beneficio de sus hijos las escuelas que la piedad de los ingleses sostenia. Nada faltaria para coronar la obra mas que establecer esas escuelas en un rincon de la antigua vivienda del emigrado; prepararle un asilo en los hospitales fundados por sus abuelos, y en los que las rentas de su patrimonio sirven para dar á los pobres un lecho de que él carece en este instante: Nosotros no somos los que hacemos esa pintura: son los miembros de la Cámara de los diputados, que no han visto en esos desgraciados, triunfadores, sino víctimas.

Y esos vandeanos, esos chuanes, *para quienes se guardan todas las gracias*, ¿os importunan acaso con el favor de que gozan, ó con su boato? Su honrosa pobreza, su traje tan antiguo como su fidelidad, su porte extraño en los palacios, han sido sin embargo objeto de vuestra burla, cuando esos leales servidores corrieron desde el fondo de la Francia atraidos por la grande, la maravillosa noticia del inesperado regreso de su rey. Fijemos la vista en nuestro alrededor, y tratemos, si es posible, de ser justos. ¿Por quién se ve ocupada la casi totalidad de los grandes y pequeños destinos? ¿La ocupan los chuanes, los vandeanos, los *cosacos*, los emigrados, ó personas que prestaban sus servicios bajo otro órden de cosas? No se envidia, no se critica que estos tales ocupen los empleos; mas ¿por qué se ha de decir precisamente lo contrario de lo que sucede? No le causaba sin duda la prosperidad de los emigrados tanta admiracion á ese Mariscal de Francia que ha solicitado algun socorro para algunos caballeros pobres de S. Luis: «Pues, decia noblemente el Mariscal, es preciso quitarles su decoracion, ó darles medio para que la sostengan con decoro.» Bajo el uniforme francés no puede haber mas que sentimientos generosos.

Lo que con toda verdad se puede decir de los emigrados, tratando de hablar con equidad, es que la venta de sus bienes es una de las mayores injusticias que ha producido la revolucion, que el ejemplo de semejante trastorno de la propiedad en medio de la civilizacion de Europa es el mas funesto que en ningun tiempo se ha dado á los hombres, y que tal vez no se conseguirá una completa reconciliacion entre los franceses, mientras por medio de sabias providencias, indemnizaciones y composiciones voluntarias, no se halle arbitrio de disminuir todo lo que de escandaloso y abominable tiene la primera injusticia.

(1) El Sr. Duque de Borbon recibió un sablazo en esta brillante jornada y estuvo en poco que una bala de cañon no arrebatase á un mismo tiempo á los tres héroes.

(2) El Sr. Abate Carron.

Jamás podrá nadie acostumbrarse á ver mendigar el hijo en la puerta de la casa que era patrimonio de su padre. Esto es lo que con toda exactitud puede decirse por una parte. Por otro lado es cierto que el rey ni las cámaras no han podido remediar violentamente una injusticia por medio de actos que habrian comprometido la tranquilidad del Estado; pues al fin los compradores adquirieron aquellas propiedades bajo la garantía de las leyes: las propiedades han pasado á otras manos y han ocurrido nuevos sucesores y particiones. Poniendo semejantes ventas en tela de juicio se alteraria el órden de las nuevas familias, y se producirian nuevos trastornos. Preciso es por lo tanto emplear para curar esa herida, los suaves remedios que solo el tiempo proporciona: es preciso que el discernimiento presida en las medidas que podrian tomarse. El desinteres y el honor son las dos virtudes de los franceses: con tales elementos todo puede esperarse. Dícese que el rey se propone dar una suma anual tomada del presupuesto civil para socorrer á los propietarios y fomentar las composiciones amistosas. El rey es la gloria y la salvacion de la Francia.

CAPITULO VII.

SINGULAR EQUIVOCACION POR LO TOCANTE Á LA EMIGRACION.

Examinando mas de cerca la opinion de los escritores de la oposicion se ve que han caido, sea á propósito, sea involuntariamente en una singular equivocacion. ¿No parece al oirles que toda la emigracion acaba de regresar á Francia juntamente con el rey? ¿Se ignora que casi todos los emigrados volvieron hará como unos catorce ó quince años, y que los hijos de estos emigrados fueron arrebatados, unos voluntariamente, otros por fuerza, por la conscripcion, ó por los colegios militares; unos apremiados por la absoluta falta de recursos, y otros para salvar á su familia de la persecucion, y que los hijos de estos emigrados, volvemos á decir, han desempeñado destinos en tiempo de Bonaparte, mereciendo que este alabase su valor, su desinterés y su lealtad en cumplir la palabra dada? Muchos de ellos han recibido heridas bajo sus banderas: gefes de los vandeanos y de los chuanes han defendido su patria contra los enemigos. En los ejércitos franceses figuraban los primeros nobles y los descendientes de las familias mas ilustres, que siendo por decirlo asi, representantes de la antigua gloria nacional asistian como testigos de las nuevas victorias. En esta noble fraternidad de armas nadie tenia ya un recuerdo de las discordias civiles, y sirviendo á su patria ensayaban el modo de servir en dias mas venturosos á su rey. ¿Por ventura estos hombres que habrian podido echar de menos el rango y la fortuna de sus antepasados, estos vástagos de los Condestables y Mariscales de Francia, con la mochila del soldado á la espalda, podrán amenazarnos con la *resurreccion de todas las preocupaciones?* Por lo menos ya saben que en el ejercicio de las armas todo soldado es noble, y que todo granadero lleva escritos sus títulos de hidalguía en el papel de sus cartuchos.

En vano, pues, la malevolencia trata de crear distinciones y partidos que ni existen ni pueden existir. Si Luis XVIII no quisiese poner al frente de los destinos mas que hombres que *hubieran sido totalmente extraños á la revolucion*, ¿quién seria puro á sus ojos? pero el rey, segun sus hechos lo van demostrando, es tan imparcial como ilustrado, y no establece distincion *entre los que han servido al rey y los que han servido á la patria.* No desnaturalizemos los hechos para alhagar nuestro capricho: no atribuyamos al monarca sentimientos que le son agenos; ni tratemos de crear partidos empeñándonos en encontrarlos allí donde no existen.

CAPITULO VIII.

ÚTTIMOS EMIGRADOS.

De manera que todo el modo de discurrir de los folletos contra los emigrados, si bien es sofístico en cuanto á la forma, tampoco es sólido en lo tocante al fondo. Estriba en una base falsa; pues la grande, la verdadera emigracion hace ya mucho tiempo que regresó á Francia, y ha participado ya de los intereses comunes al resto de los franceses por medio de alianzas, servicios, lazos de gratitud y hábitos de sociedad. Todo queda pues reducido al escaso número de proscriptos que Luis XVIII ha traido en pos de su persona. ¿Quisierais que en su destierro el rey no hubiera tenido ni un amigo? Esto es lo que sucede mas frecuentemente á los príncipes desgraciados. ¿Os asustan unos pocos ancianos que abrumados por la edad y despojados por tantos sacrificios, vienen á reanimarse un momento á los rayos del sol de su patria? Os hemos dado ya noticia de sus calamidades ¿convendria que el rey para inspiraros tranquilidad, rechazase duramente á esos ancianos? Estaria bien que les dijese: «Compañeros que habeis encanecido »conmigo allá en tierras extrañas, yo estoy ya instalado en mi palacio; al fin he vuelto á hallar mi pueblo, mi felicidad y la gloria de mis antepasados: »por lo tocante á vosotros, tened entendido que por »mi causa habeis perdido cuanto teniais: vuestros »antepasados han sido dispersados.... andad, andad »con Dios: no os conozco.» ¿Y adonde podrian ir esos compañeros de desgracia del rey; esos que durante la proscripcion reclinaban su cansada cabeza sobre las flores de lis, casi borradas por la sangre y las lágrimas; esos que se consolaban rodeando con su respeto y sus comunes miserias al monarca en la adversidad? ¿No permitireis que Luis XVIII pueda prestarles un pedazo de su manto? ¿Quereis que su frente se anuble de rigor al verlos; y que jamás les dirija una de esas palabras que en Francia son recompensa de todos los servicios? ¿Quereis que el monarca sea indulgente y misericordioso, y exigís al propio tiempo que sea ingrato? Admiremos los reyes que merecieron ser amados en la desgracia y supieron amar en tiempo de la prosperidad.

CAPITULO IX.

SI ES CIERTO QUE EN LA ACTUALIDAD HAY MAS INQUIETUD QUE EN EL MOMENTO DE LA RESTAURACION.

«Al regresar los Borbones, siguen diciendo: »la alegría fue universal y no hubo mas que una »opinion, un sentimiento comun: los antiguos repu»blicanos *particularmente oprimidos*, aplaudieron »francamente la restauracion. En la actualidad vuel»ven los partidos á levantar la cabeza; se ha disipado »aquella bienhadada confianza, etc.» Hemos sido testigos de los primeros momentos de la restauracion, y hemos observado precisamente lo contrario de lo que se afirma en esas suposiciones. Indisputablemente se disfrutó felicidad, y causó alegría el regreso de los Borbones; pero con ellas iban mezclados muchos síntomas de inquietud. Lejos estaban los antiguos republicanos de hallarse tan satisfechos; sus aplausos no nacian del corazon. Muchos de ellos pensaban retirarse, y habian tomado ya todas sus medidas para la fuga. ¿En concepto de qué puede decirse que hubiesen estado PARTICULARMENTE *oprimidos en tiempo*

de Bonaparte? Ellos gozaban cuantiosas fortunas; ellos desempeñaban los primeros puestos del Estado. ¿Pues qué? ¿Podrá decirse que los afectos á los *Borbones*, esto es, los realistas gozaron del favor durante la tiranía? Parece un sueño.

Lo cierto es que en los primeros momentos del regreso del monarca no llegó á establecerse la confianze de un modo absoluto: mucha gente estaba alarmada; hasta las mismas provincias se hallaban divididas y eran presa de incertidumbres y de agitacion: el ejército ignoraba si se le tendrian en cuenta sus padecimientos y sus victorias: temíase la opresion, y temíanse las venganzas.

Empero el carácter del rey fue poco á poco dándose á conocer, y los recelos se fueron desvaneciendo: vióse brillar la aurora de una paz y la esperanza de una felicidad, de que todo el mundo se hallaba muy ageno. Todos los partidos, asegurados ya de las opiniones que habian tenido, y de los votos que en otro tiempo emitieron, depositaron en el monarca una justa confianza.

Desde aquel momento el rey no ha cesado de desplegar nuevas fuerzas, y la Francia ha marchado hácia su prosperidad. La debilitada oposicion sigue desmembrándose sin cesar; las patrañas, los terrores populares se disipan; el comercio adquiere vigor; las manufacturas florecen; las contribuciones se pagan; la deuda inmensa va quedando saldada; el ejército se siente animado de un solo y comun espíritu; los prisioneros y los soldados cumplidos han regresado al seno de sus familias; los oficiales con un retiro honroso gozan en sus hogares de la admiracion debida á su valor; las madres no se extremecen ya por el temor de nuevas quintas; la mas completa libertad de opiniones en las dos cámaras, en los libros, en los periódicos y en las conversaciones, anuncia que al fin hemos sido devueltos á nuestra dignidad natural; y todo el mundo se siente en pleno goce de sus derechos. Puesta sobre el corazon la mano, ¿de qué podríamos quejarnos? ¿de quién, ó de qué puede tenerse miedo? ¿Hubo en tiempo alguno calma mas profunda tras de la tormenta? ¿Los libelos que combatimos no son hasta una prueba de la libertad mas amplia, y de la fuerza del gobierno? Todo marcha sin esfuerzo, sin opresion: los extranjeros contemplaban con asombro, y casi con envidia nuestra paz y nuestra prosperidad. Ya no se oia hablar de policía, de delaciones, de actos arbitrarios del poder, de ejecuciones, de reaccion pública, ni de venganzas particulares.

Los tribunales no han obrado mas que allí donde han creido hallar criminales, y su accion se ha limitado al arresto de algunos individuos que han sido puestos en libertad en el acto de haberse declarado su inocencia. Cada cual va, viene y obra segun su voluntad. ¿Hay alguno que no esté contento? Todos los caminos le están abiertos; pida pasaporte; llévese su fortuna; nadie se le opondrá; en los caminos apenas se encuentra un gendarme. En un país en que se acaba de expedir la licencia á mas de 400,000 soldados, no se encuentra, por decirlo asi, una puerta cerrada, ni se habla de ningun salteador de caminos. Por todas partes existen hechuras y parientes de Bonaparte, que están en pleno goce de la proteccion de las leyes. Si disfrutan pensiones sobre el Estado, el rey se las paga religiosamente. Si quieren salir del reino, volver á entrar, conducir cartas, enviar correos, hacer proposiciones, propalar rumores y hasta derramar dinero, reunirse pública ó secretamente, amenazar, distribuir libelos, conspirar como lo hemos dicho ya en otra parte, nadie se lo impedirá, pues eso no hace mal á nadie. Este gobierno de ocho meses es tan sólido, que aunque en la actualidad cometiera faltas sobre faltas, se sostendria á despecho de sus errores. El hermano de Luis XVI, la familia de Luis XVI, la Constitucion que garantiza la libertad del reino son poderes que nada puede conmover. Inmóvil sobre su trono el rey, ha calmado las olas en su alrededor sin ceder á ninguna influencia, á ninguna impulsion, á ningun partido. Su paciencia confunde; su bondad subyuga y arrastra, la paz de su corazon se trasmite á todos. A noticia suya han llegado las conversaciones que se han tenido, las pequeñas displicencias que se han manifestado, y los insensatos pasos que han podido darse; mas todo se ha desvanecido ante su inalterable serenidad. En otro tiempo cuando en Alemania una bala disparada hirió su cabeza, se contentó con decir: «*Si hubiera dado una linea mas arriba, el rey de Francia se llamaria Carlos X.*» Nada mas dijo: Cuando en el rigor del invierno se le dió órden de salir de Mistau, no profirió ni una sola queja. Esta magnanimidad sin ostentacion que le es característica, esta serenidad que por nada puede ser turbada, le acompañan tambien hoy en medio de la prosperidad. Dirígenle una apología de la muerte de su hermano: léela; hace algunas observaciones y se la devuelve á su autor; y ¡sin embargo es rey! ¡y sin embargo todos los dias llora en secreto la muerte de su hermano! Al entrar por primera vez en las Tullerías el dia de su llegada á Paris, postróse de rodillas y exclamó: «¡Oh hermano mio, porque no has de haber vivido hasta este dia! Tú lo merecias mas que yo.» A cualquiera que se le acerque parece dispuesto á decirle: «¿Dónde podriais encontrar mejor »padre? Dejadme cuidar vuestras heridas: me olvido »de mis males para no pensar mas que en los vuestros. »¿Pensais que en mi edad y despues de tantos sufri»mientos podré ambicionar el trono para mí sola»mente? Solo me he sentado en él por provecho »vuestro; quiero haceros tan dichosos, como desgra»ciados habeis sido.»

Quien vuelva alrededor de sí interior y exteriormente la vista, y no colme de bendiciones al príncipe que el cielo nos ha devuelto, no es por cierto digno de ser gobernado por semejante monarca.

CAPITULO X.

SI EL REY DEBERIA VOLVER Á USAR LAS ANTIGUAS FÓRMULAS EN LOS ACTOS EMANADOS DEL TRONO.

No falta quien manifiesta otro género de quejas: á semejanza de los niños mimados á quienes nada se niega, apenas sabemos ya á qué atenernos por lo tocante á nuestra dicha. «El rey quiso recibir la corona, como herencia y no como donativo del pueblo francés. Esta es la razon de llamarse rey de Francia y no rey de los franceses: volvió además á usar la antigua fórmula por la gracia de Dios, etc.»

Queremos una monarquía, ó no la queremos. En el primer caso, ¿desearemos que sea electiva? Si asi es tenemos razon de no llevar á bien que el rey haya fechado su Constitucion del año *diez y nueve* de su reinado, y haya tomado el nombre de *Luis XVIII*. Mas si teniendo á la vista los inconvenientes de la monarquía electiva, volvemos á la hereditaria que es indudablemente la mejor de todas, el rey ha debido decir: «Reino, porque mis antepasados han reinado; reino por los derechos de mi nacimiento: á mí es á quien compete convenir con mis pueblos en la forma de institucion que regularice mi poder, asegure la libertad civil y política, y sea agradable á todos.» En ese caso nada hay mas consecuente que la conducta del rey: no somos una república, y por lo tanto no ha debido reconocer la soberanía del pueblo; tampoco somos una monarquía electiva, y por consiguiente no ha vuelto á ocupar el trono por via de eleccion. Si os separais de estos principios, todo es confusion. A ciertos espíritus exaltados siempre les parece que el

rey destruye la ley, ó esta desvirtúa la monarquía: ambos poderes son compatibles, ó mas bien dicho, son una misma cosa en concepto de Ciceron, y de cualquiera persona de buen sentido.

Otra cuestion bien mezquina es tambien la que se ocupa del dictado de *Rey de Francia*. ¿Son libres los ingleses? pues bien; Carlos II fechó la declaracion dada en Breda del año XII de su reinado, y se titulo rey de Inglaterra (*King of England*) y no rey de los ingleses (*King of the English.*) Por otra parte ¿es mas noble que el rey sea por su título *propietario* de los franceses (rey de los franceses), que *propietario* de la Francia (rey de Francia)? ¿No es mejor que sea dueño de la tierra que del hombre? pues rey de los franceses no querria decir que ha sido nombrado ó elegido por ellos, supuesto que la monarquía es hereditaria, sino que era su dueño, su poseedor. Todos estos discursos por una y otra parte no son mas que menguadas sutilezas: en el fondo no se trata de nada de esto. Los príncipes de la primera raza se llamaban rey de los francos, *rex Francorum*. ¿Por qué? Porque los francos eran no una nacion, sino un pequeño pueblo bárbaro y conquistador, casi sin leyes, y sobre todo sin propiedades fijas: no tenian entonces mas que un general, un capitan, un caudillo, un rey, *dux, rex Francorum*. Mezclóse en la segunda raza el título de emperador con el de rey, sin traer consigo mas que la idea de un gefe guerrero, *imperator*. En la tercera raza se principio á decir rey de Francia, *rex Franciæ*, porque entonces el pueblo de los francos por su mezcla con los galos y los romanos se habia convertido en una *nacion* establecida en el territorio de la Francia, reemplazando las leyes sálica, gombeta y ripuaria de la primera raza, y los capitulares de la segunda por el uso del derecho romano y las costumbres escritas, coleccionadas hácia la época de Carlos VIII (1), sustituyendo por tribunales sedentarios los tribunales errantes, y caminando aceleradamente hácia la civilizacion. No están concentrados todos los conocimientos en el *Contrato social;* estudiemos algo de historia, y no seremos tan fáciles en condenar, ni tan arrogantes en nuestros asertos.

La fórmula *por la gracia de Dios* está defendida por sí misma: todo existe por la gracia de Dios. Lo que conviene es que tratemos de ser, si es posible, libres y dichosos, aun cuando sea absolutamente, sino hay otro medio, por la gracia de Dios. Esto es algo duro, ciertamente; mas no perdamos de vista que no siempre se consigue lo que se quiere. Para consolarnos, traeremos á la memoria la idea de que los mas altos filósofos han creido siempre que una fórmula religiosa era tan favorable á la política como á la moral. Ciceron observa que la república romana no debe su grandeza mas que á su piedad para con los dioses. Los antiguos hubieran mirado con compasion las mezquinas impiedades políticas que han cometido los franceses de estos tiempos. «Sea que se establezca una ciudad nueva, decia Platon, sea que se construya alguna antigua que se haya ido arruinando, no debe hacerse, si se ha de proceder con buen sentido, inovacion alguna en lo que haya dictado el oráculo con relacion á los dioses ó á los templos.»

Finalmente es oportuno y útil que en toda constitucion nueva se descubran huellas de las costumbres antiguas. ¿Por qué razon no ha contado la república francesa mas que algunos momentos de vida? Porque (ademas de otras causas que le han causado la muerte), quiso separar lo presente de lo pasado, erigir un edificio sin base, desarraigar nuestra religion, renovar enteramente las leyes y cambiar hasta el idioma francés. Este monumento flotante en el aire, sin punto de apoyo en el cielo, sin base en la tierra, se derrocó al soplo del primer huracan.

Por el contrario, en el país en que se llevan á cabo cambios duraderos, se ve siempre amalgamada una parte de las antiguas costumbres con las nuevas, bien asi como los rios que se reunen y se hacen caudalosos confundiendo sus raudales. En la república romana quedaron en pié las mas de las instituciones monárquicas. Solo el nombre de rey sufrió alteracion, segun dice Ciceron (2); pero la obra política siguió intacta.

Nótese que el nombre de rey fue mirado con tal veneracion, que se le dió lugar entre las cosas santas, adjudicándolo al gefe de los sacrificios: *rex sacrificulus* ó *rex sacrorum*. En Atenas la dignidad de los sacrificios era patrimonio del segundo arconte, y estaba reputada como una de las primeras del Estado. Se ven en la constitucion de los ingleses profundas señales de su orígen gótico. «El rey, dice Montesquieu, goza con una autoridad limitada de todas las apariencias del poder absoluto.» En ciertos casos se le sirve de rodillas: úsase al hablar con él un lenguaje el mas sumiso y respetuoso: finalmente, se le tributa el acatamiento que á la misma ley, como su principal representante.

Aun hay mas: en Inglaterra subsisten casi todas las costumbres normandas y leyes sajonas, aun las que parecen mas distantes de nuestras costumbres. Asi es que en algunos condados puede un marido sacar al mercado su mujer, lo cual se remonta al derecho antiguo de esclavitud. ¿Quién creeria que en un país tan libre se encuentra todo lo que recuerda los siglos que nosotros llamamos de esclavitud, y contra los que hemos declamado tanto? Esto depende de que en Inglaterra se ha procedido con mas cordura que los franceses; depende de que allí para fundar algo aprovecharon los cimientos en que reposaba el edificio antiguo; depende de que los ingleses han tenido la discrecion de dejar que las leyes caducas murieran de *muerte*, y se guardaron de acelerar su destruccion valiéndose de peligrosas violencias. No faltarán políticos en concepto de quienes tan racional conducta corra parejas con la esclavitud: tan exagerado modo de ver conduce desde los excesos de la demagogia á la mas degradante sumision, á la tiranía: sin razon no puede haber nada bueno.

Por último, aquel Guillermo III, aquel monarca llamado al trono de Inglaterra con la condicion de aceptar la Constitucion de 1688 fue, tanto él, como sus sucesores, rey por derecho divino y por la gracia de Dios. *It was observed that*, dice Smollet, *the king who was made by the people, had it in his power to rule without tem; to govern* jure divino*; thoug he was created*, jure humano. «Observóse que el rey »elegido por el pueblo podia, si asi era de su gusto, »gobernar sin el pueblo y reinar por *derecho divino*, »aunque hubiese sido establecido *por derecho humano.*»

¿Son por eso menos libres los ingleses en la actualidad? ¿No es por el contrario esa conducta lo que ha consolidado su libertad dándole un carácter sagrado? Asi es que las costumbres de nuestros padres, conservadas en las antiguas fórmulas en el recuerdo del antiguo derecho político francés, comunicarán algo de carácter religioso á las nuevas instituciones. La monarquía francesa es á manera de un árbol secular cuyo tronco es preciso respetar si se trata de ingerir en sus ramas nuevos frutos. Este árbol de la patria que ha dado frutos durante 1400 años, podrá seguir dando otros tan buenos como aquellos, aunque de otra especie, si no se desperdicia ignorantemente su savia. Mas aun cuando se hallara tan seco como lozano subsiste, no tardaria en volver á cubrirse á la sombra de la religion y por la *gracia de Dios*, de toda su lozana verdura: ¿la vara de Aaron no floreció en el arca?

Es cosa dura que la Francia todavía no sepa sacar partido de la leccion dada por la terrible y larga revolucion que acaba de pasar, y que por lo tocante á elementos de política se halle aun en el caso de andar disputando nada mas que sobre palabras: poséase la cosa sin acuciarse en averiguar de donde viene: gócese de una libertad monárquica y racional; que por lo demás poco importa que se haya recibido de manos de un jurisperito con su toga y golilla, ni que esté escrita en el lenguaje gótico de los Harlay y de los Lhopital; lo que interesa es que sea hija de nuestras costumbres, y que en su fisonomia se echen de ver las facciones de nuestra estirpe.

CAPITULO XI.

PASAJE DE UNA PROCLAMA DEL REY.

Hé aquí otro cargo: «El rey dijo en una de sus proclamas que todo el mundo conservaria sus puestos, y sin embargo algunas personas los han perdido.»

¡Extraña es la recriminacion! Pudo el rey comprometerse á no quitar el empleo *absolutamente* á nadie, sea quien fuese? ¡Pues qué! ¡Por el mero hecho de haberse presentado el monarca, habian de ser *vitalicios* todos los puestos del Estado! ¡El último empleado de puertas habia de hallarse en el caso del canciller! Siendo asi, ¿cómo podria ejercerse el gobierno? Luis XVIII, asi como Hugo Capeto, habria confirmado ó establecido al llegar, el sistema feudal. Aunque hubiera habido tantos pequeños y grandes soberanos como grandes y pequeños empleos hay en Francia, ya nada mas se podia hacer que declararlos hereditarios. El rey no habria podido quitar á un juez prevaricador, á un recaudador de mala fe, á un funcionario rechazado por la opinion pública: en todos estos casos no habria habido mas recurso que nombrar un administrador suplente en tanto que ocurriera la muerte del propietario.

Siendo esto asi ¿qué significa la frase de que «todo el mundo conservará sus destinos?» Quiere decir en términos razonables que toda persona contra quien no hubiera razones invencibles, sea respecto de su capacidad, sea por lo tocante á su conducta, permaneceria en el puesto en que el rey lo hubiese encontrado, ó bien seria llamado á ejercer otras funciones: quiere decir que los hombres de un partido no serian sacrificados por los del otro; que los nombres de realista ni republicano no servirian de títulos de admision, ni de causa para ser despedido, y que la probidad é inteligencia seria la verdadera y única recomendacion eficaz para obtener destinos públicos. Esto supuesto ¿podrá nadie decir que el rey no ha cumplido su ofrecimiento? Ya hemos hecho observar que la mayor parte de los empleos está en manos de personas que han servido en el órden de cosas destruido por la restauracion.

Pasando de quejas generales á quejas particulares, se citan los miembros del senado que no han sido admitidos en la cámara de los pares. No convenia tocar semejante cuestion: no convenia recordar al público que tal hombre que hizo rodar la cabeza de Luis XVI, goza en la actualidad de una pension de 36,000 francos, pagada por Luis XVIII. Lejos de quejarse hubiera valido mas guardar silencio: preciso era conocer que semejantes ejemplos producen un efecto contrario al de inspirar interés en provecho de aquellos por quienes se han suscitado. Tantos desgraciados proscriptos por la causa del rey, tantos honrados republicanos contra quienes no se levanta ni una sola acusacion, podrian caer en el desaliento. Los primeros se ven por su lealtad reducidos á la mas profunda miseria; los segundos incapaces de aprovecharse de las calamidades públicas, no han salido de su primitiva indigencia: unos y otros podrian entregarse á amargas reflexiones al ver que los jueces de Luis XVI poseen palacios, sueldos, condecoraciones y hasta se hallan desempeñando cargos públicos. No insistimos en esta idea que al fin nos daria por resultado hacernos ver que acaso nunca los hombres de probidad se habian visto puestos en mas ruda prueba, y nos haria concebir sobre el bien y sobre el mal, sobre las buenas y las malas acciones, dudas capaces de dar al traste con la virtud misma.

Realmente no se hace á los ministros del rey una acusacion formal sobre el hecho de que nos estamos ocupando; solo se dice que han conservado en la cámara de los pares ciertos miembros del senado que (segun los autores de los libelos dicen) deberian haber sido despedidos; de lo cual resulta que en las tales quejas se ha procedido por espíritu de partido, mas bien que por un sentimiento de justicia, y que causa mucho menos disgusto que tal individuo sea excluido de la cámara de los pares que no que otro tal sea admitido en ella.

CAPITULO XII.

DE LOS ALIADOS Y LOS EJÉRCITOS FRANCESES.

Al través de las declamaciones se ve campear una secreta enemistad contra las potencias aliadas que han dado mano á la Francia para romper sus cadenas.

Mas si los aliados han pisado el suelo francés ¿á quién deberá imputarse? ¿Es el rey, ó es el hombre de la isla de Elba el que los ha traido? ¿Han entrado por Luis XVIII? Ellos indudablemente deseaban que los franceses, dispertando de sus errores, volviesen á llamar á su soberano legítimo; deseábanlo como el medio mas breve y eficaz para poner término á los males de Europa; deseábanlo por causa de la justicia, de la humanidad y de los reyes; deseábanlo tambien por la particular amistad que profesaban á Luis XVIII y por el aprecio que las virtudes de este les inspiraban; empero ese voto secreto de su corazon apenas salia de los límites de una débil esperanza, y como ademas de esto se hallaban afectados de otros intereses que no eran los de la Francia, mas que en las desgracias de esta debian fijar su atencion en sus respectivas naciones y no podian por lo tanto pensar en eternizar una guerra tan fecunda en calamidades: por último, aunque á despecho hubieran entrado en negociaciones con Bonaparte por poco que este hubiera mirado con justicia sus pretensiones. ¿Cuántas veces no se jactó en el congreso de Chatillon de tener la paz en su bolsillo? En cierta ocasion se llegó á creer que ya estaba firmada, y en realidad no estuvo lejos de serlo. Los Borbones no figuraban en semejantes movimientos, ó por lo menos no representaban mas parte que la de deseos subordinados á los azares de la guerra, y á los sucesos y combinaciones políticas. Carecian de soldados, de dinero y hasta de crédito. Ni aun se daba por cierta su presencia en el continente y en Paris era un problema el saber si alguno de ellos se hallaba en Inglaterra ó habia salido ya de ella.

No podian imputarse á los príncipes franceses las desgracias de las armas, y esto es una verdad tan evidente que nadie se ha atrevido á ponerla en duda. Ciertamente (y nosotros lo sentimos acaso mas que nadie) es muy poco agradable para un pueblo el ver extranjeros en el centro de su país, mas habiendo acaecido este suceso por culpa de un hombre extranjero tambien á la Francia, no se podrá menos de reconocer lo que ha habido de noble y generoso en la conducta de los enemigos? Ellos han dado en

(1) La mas antigua de estas colecciones es la de Ponthieu, hecha por órden de Carlos VIII, 1195.

(2) De lege III. 7.

París un ejemplo único en la historia, y que tal vez no volverá á repetirse. ¿Puede imaginarse acto mas insensato, absurdo, ni desleal, que la última guerra declarada por Bonaparte á Alejandro? Será eternamente bello, eternamente grande el haber salido de las cenizas de Moscou para venir á conservar los monumentos de París. ¿Por ventura el Austria que tantos sacrificios habia hecho, y la Prusia tan cruelmente asolada, no tendrian algunas venganzas que ejercer? Y á pesar de eso los soberanos aliados, admirando el valor de la Francia, olvidando sus propias injurias, llevando el extremo de su delicadeza hasta el punto de no querer entrar en el palacio de los reyes de Francia, no se han consagrado al parecer mas que á la felicidad de esta nacion. ¿Rehusariamos á uno de los mas eminentes varones de este siglo, á lord Welington los elogios menos merecidos aun por su talento, que por su carácter? Mas despues de cumplir con esto, una vez tributadas alabanzas á los monarcas, á los hombres y á los pueblos que las merecen, vuelve la Francia á entrar en la plenitud de sus derechos. Estas alabanzas, no son de aquellas que pertenecen á las armas francesas. ¿En qué consiste la humillacion de la Francia? ¿En que los extranjeros hayan llegado á París? ¿Pues que, no han visitado las armas francesas casi todas las capitales de Europa? Si alguno se olvidara de no hacer justicia á nuestra gloria, nosotros tendríamos buena cuenta de recordársela. Los romanos preconizaban el *amor* de la patria; los franceses encomian el *honor* de la patria. Este es el sagrado emblema de todo francés. ¡Ay del que osará poner temerariamente la mano en este honor, elemento vital de la patria!

Pero gracias á Dios nadie disputa derechos tan legítimos. ¿Quién desconoce el heroismo de los ejércitos franceses? ¿Lo desconocerán los emigrados, que hallándose en país extranjero merecian la acusacion de envanecerse de las victorias que les cerraban el paso para volver á su patria? ¿Quién no tiene noticia de lo mucho que el rey y los príncipes han admirado al ejército? En ese ejército estaba vinculado el honor todo de la Francia: ¡en qué abismo de degradacion no hubiera esta caido á no haber cubierto las cicatrices de sus crímenes con los laureles de sus triunfos! A la sombra de esos laureles se ha librado del desprecio de las naciones: á cada grito de indignacion que la Europa lanzaba, ha respondido la Francia con un himno de victoria. Los campamentos eran templo de la gloria y asilo contra la persecucion: allí se refugiaba todo ciudadano que deseaba evitar la persecucion de los procónsules. Nada han tenido que ver los soldados franceses con el furor de los enconos civiles. En Inglaterra el Parlamento deseó salvar á Carlos I; el ejército le dió muerte: En Francia la Convencion hizo subir á Luis XVI al cadalso; pero el ejército se abstuvo de tomar parte en el crimen: tal vez lo hubiera impedido (1); pero se hallaba enteramente ocupado en rechazar á los enemigos. Cuando se le mandó no dar cuartel á los ingleses ni á los emigrados, se negó á obedecer semejante órden. Perseguido el ejército, como el resto de la nacion por ingratos que todo se lo debian, se vió alguna vez sin pagas, sin víveres y hasta sin vestidos: vióse el ejército seguido de comisionados que llevaban en pos de sí los instrumentos de muerte, como si no fuera bastante el número de intrépidos soldados que caian por las balas del enemigo. No faltó ocasion en que los generales de ese virtuoso ejército tenian que subir á un afrentoso patíbulo: la cabeza del padre de Moreau caia por la infamente cuchilla, en tanto que aquel ilustre capitan extendia los límites de la nacion. Pichegru y otros famosos caudillos fueron los primeros que concibieron el proyecto de salvar la patria, volviendo á llamar al monarca. Honor, pues, á ese ejército tan bizarro, tan sensible y tan amante de la gloria, que permaneciendo fiel á sus banderas, y olvidando las locuras de un bárbaro, halló bastante fuerza en sí mismo despues de la revolucion de Moscou para ganar la batalla de Lutzen; que impedido, pero no abrumado por el peso de Europa, se retiró rugiendo al corazon de Francia; defendió palmo á palmo el terreno de su patria, preparándose aun para nuevos combates, cuando colocado entre un gefe que no sabia morir y un rey que venia á cicatrizar sus heridas, se precipitó todo bañado de sangre entre los brazos del hijo de Enrique IV.

No, los hechos gloriosos ni pueden olvidarse, ni desfigurarse, como algunos quisieran hacer creer: por mas que se diga, no se ha perdido el lance de *honor;* ni pueden los franceses llegar á perderlo nunca. ¿Cómo no se ha de haber mil veces ganado cuando por él ha vuelto la Francia á adquirir á su rey, y ha podido romper el yugo de la esclavitud? Nada alcanza á pagar el inmenso bien de ser redimido del despotismo. Si, lo que Dios no quiera, volviese algun dia á turbarse la tranquilidad de la Francia, sus hijos podrian volver á ser encontrados en los campos de victoria; mas ¿en dónde podrá dar claras señales de su existencia, un pueblo extenuado por una larga y degradante esclavitud? Por nuestra parte prefeririamos (preciso es decirlo con franqueza) ver la Francia reducida á los muros de Bourges, pero libre y gobernada por un legítimo soberano á que se extendieran sus límites hasta Moscou, siendo esclava y dominada por un usurpador; por lo menos no habria que adorar los furores y bendecir los desprecios de un indigno dueño, ni besar sus manos manchadas con la sangre de nuestros hijos; no habria que ofrecer adoracion á su estátua, ni poner su busto adornado de púrpura en la tribuna de los oradores. Los romanos eran un gran pueblo cuando sus límites no pasaban de la frontera de los Samnitas: ¿qué fue de su virtud cuando gobernados por Neron mandaban desde las riberas del Rhin hasta las del Eufrates?

CAPITULO XIII.

DE LA CONSTITUCION.—ES CONVENIENTE Á LAS DOS OPINIONES QUE DIVIDEN LA FRANCIA.

Aquí termina lo que nuestra empresa tenia de penoso; pues ya no tenemos que fijar la consideracion en lamentables objetos. El principal escritor contra quien hemos justamente combatido en las últimas páginas de nuestra obra dice: «que la constitucion presenta »bastantes garantias para salvarnos á todos; que es »preciso crear una opinion pública, é identificarse »con la causa de la patria.» Nos adherimos con toda nuestra alma á tan hermosas palabras. ¿Quién podria quejarse de la Constitucion que felizmente rige á la Francia? En ella se amalgaman todas las opiniones, se realizan todas las esperanzas, y se satisfacen todas las necesidades. Examinemos su espíritu: al examinarla se nos ofrecerá espontáneamente un suceso, motivo de gratitud al monarca.

Los franceses, ademas de las divisiones políticas, naturales y necesarias en una monarquía, se dividen en la actualidad en dos grandes clases; á saber, los que necesitan del trabajo para vivir, y los que por su condicion se hallan puestos en un estado de dependencia: estos como que continuamente se hallan, ocupados en los medios de conservacion de su existencia física, no necesitan mas que buenas leyes; pero los primeros juntamente con estas necesitan otras que aseguren su consideracion personal. Esta es una necesidad que existe en todos los corazones: no hay

(1) Véase el discurso de M. de La Fayette en la obra de M. Hue.

poder humano á quien le sea dado destruirla, ni chocar con ella impunemente. Es una consecuencia necesaria de la igualdad que se establece en la educacion y en las fortunas. Todo hombre que lee pasa (no pocas veces por desgracia suya) del imperio de las costumbres al imperio de su razon; mas en fin, este sentimiento es noble en sí mismo, y el chocar con él seria peligroso.

Es preciso ademas tener presente que desde sesenta años á esta parte se han acostumbrado los franceses á discurrir libremente en todas materias, y que desde hace veinte años han puesto en práctica cuantas teorías han tenido el antojo de imaginar. Sangrientos ensayos han desvanecido sus ilusiones; mas sin embargo, quedan hondamente grabadas las ideas de una independencia legal y legítima: donde quiera subsisten esas ideas, abrígalas el soldado bajo la tienda de campaña, el artesano en su taller y el hombre de letras en su bufete. Quien se empeñara en contrariar esas ideas; quien quisiera limitarlas á un cuadro donde se hallen demasiado comprimidas por la violencia, esté seguro que las verá hacer esplosion, y que al estallar no podrán menos de producir nuevos trastornos. Necesario es por lo tanto que veamos el modo de emplear esas ideas en objetos donde estén con alguna expansion, donde puedan moverse sin inflamarse, y donde sin embargo estén circunscritas por un poderoso dique que no las deje desbordarse.

Esto es lo que el rey ha comprendido perfectísimamente, y esto es á lo que se ha tratado de remediar por medio de la Constitucion; en ella se encuentran planteadas todas las bases de una libertad razonable, y los principios republicanos están combinados de manera que contribuyen á la fuerza y á la grandeza de la monarquía.

Por una parte, á nadie es dado borrar recuerdos, ni apagar en los hombres el amor á lo pasado, que tanto mas se admira, cuanto se considera á mayor distancia. El que pretendiese forzar las opiniones de los antiguos realistas á someterse al modo de pensar moderno, produciria otra especie de reaccion. Preciso es en vista de esto combinar una forma de gobierno en que la política de nuestros padres pueda conservar lo que tenia de venerable sin contrariar el movimiento de los siglos. Pues bien, en la Constitucion se hallan tambien consignadas estas atinadas combinaciones dando un lugar conveniente á todos los principios de la monarquía A todos los franceses conviene pues igualmente esta constitucion; á los partidarios del gobierno moderno porque hablan en nombre de las luces que á su parecer ilustran hoy el espíritu humano, y á los defensores de las instituciones antiguas porque invocan la autoridad de la experiencia: estos abogan por lo pasado; aquellos defienden los intereses del porvenir. Los republicanos dicen: «No queremos vagar»do de Constitucion en Constitucion, extraviarnos en »vanos sistemas, ni abandonar esas ideas morales, y »religiosas que constituyeron la gloria y felicidad de »nuestros antepasados.» Ninguno de estos excesos es de temer en la especie de monarquía restablecida por el rey: en esta monarquía se amalgaman las dos opiniones que siendo comprimidas en particular producirian nuevos desastres. Las ideas modernas darán á las antiguas aquella dignidad que nace de la razon y recibirán á su vez de estas la magestad que comunica el tiempo.

No es pues la Constitucion una planta exótica, ni un incidente casual del momento: es el resultado de nuestras costumbres actuales: es un tratado de paz firmado por los dos partidos que han dividido la Francia, en el cual cada uno de estos deja algo de sus pretensiones para concurrir á la gloria de la patria.

CAPITULO XIV.

OBJECIONES DE LOS CONSTITUCIONALES CONTRA LA CONSTITUCION.—DE LA INFLUENCIA MINISTERIAL Y DE LA OPOSICION.

«La carta, segun dicen los constitucionales es in»completa: seria preciso que la cámara de los Pares »fuese hereditaria; que se necesitaran menos años de »edad para ser miembro de la de los diputados: que »hubiese un ministerio, y no ministros (1); que los »ministros fuesen miembros de las dos cámaras; que »fueran de buena fe y que la oposicion no fuese una »oposicion desprovista de riquezas, de poder y de in»fluencia, sin cuyos requisitos no puede contrabalan»cear la influencia ministerial. ¿Qué significa una an»tigua y una moderna nobleza *conservada*? ¿Qué »significa el expedir nuevas ejecutorias de nobleza, »no habiendo en realidad mas que una nobleza polí»tica?»

¿No podrán los franceses prescindir de esa deplorable impaciencia, que no les deja esperar nada de la obra de la experiencia ni del tiempo? ¿No se han visto desde la última primavera bastantes milagros? ¡Debe ya hoy hallarse todo completo y perfectamente acabado! ¡La Constitucion inglesa es el fruto de muchos siglos de ensayos y de desgracias, y en Francia se quiere que en seis meses haya llegado al colmo de perfeccion! ¡No se dan por satisfechos con todas las garantías que ofrece la carta, con esas grandes y primeras bases de la libertad: es preciso llegar súbitainente al estado de perfeccion: todo está perdido, si de una vez no se consigue todo. En medio de una invasion, entre los peligros y agitaciones de una restauracion improvista, se quisiera que el rey tuviese tiempo de fijar la mirada en su alrededor para descubrir los elementos de las cosas que se le piden! ¿Deberia precipitarlo todo? ¿Acaso no es hasta prodigioso lo que ha tenido atrevimiento de hacer? ¿Nosotros que damos principio á este gobierno, estaremos dotados de todo lo necesario para conducirlo bien? ¿No es mejor que se vaya corrigiendo progresivamente con nosotros que no que se anticipe á nuestra educacion y á nuestra experiencia? ¡Un solo artículo de la Constitucion de que nos estamos ocupando la eleva sobre cuantas han merecido hasta el presente admiracion; la Francia es el primer pueblo del mundo cuya ley constitucional haya abolido el derecho de confiscacion, cegando para siempre un espantoso abismo de corrupcion, delaciones, injusticias y crímenes. ¡Esta es la única sentencia que el rey ha lanzado contra la revolucion, la única pena á que la ha condenado!

Háblase de los ministros: ha llegado á formarse una idea ridícula y exagerada de su influencia. Desde luego hay que decir que son responsables (2), y esto es ya bastante para que no se olviden de que la espada de la ley está suspendida sobre su cabeza. La naturaleza misma de las instituciones inspira una garantía contra su incapacidad. Estamos casi seguros de que los hombres mas distinguidos por sus talentos serán llamados á dirigir el timon del Estado; pues un hombre absolutamente nulo no puede desempeñar por largo tiempo uno de los primeros puestos bajo un gobierno representativo. Atacado por la voz pública y en las dos cámaras no tendria mas recurso que descender cuanto antes del puesto á donde solo habia podido subir por influencia del favor. La nacion está

(1) Propuse todas estas mejoras en Gante en mi *Informe sobre el estado de Francia:* posteriormente se accedió á lo que yo pedi entonces. En esto por lo menos se echa de ver la consecuencia de mis ideas. Véase mi *Informe al rey*.

(2) Convengo en que esta responsabilidad no está bastante marcada y en que absolutamente es preciso que se dicte una ley sobre el particular.

pues, libre de esos ministros que no tienen en su abono mas que la intriga, y cuya incapacidad ha perdido mas Estados que las mismas faltas de los reyes.

Sospechar de la buena fe de los ministros es un absurdo. Podrían acaso emplearse mezquinas intrigas contra una nacion ¡tan ilustrada y perspicaz como la Francia? En un momento seria general la alarma. En la actualidad el gobierno está interesado en caminar al frente de las cosas, y no en verse obligado á seguirlas: nada debe por lo tanto temerse respecto de este particular.

Por lo tocante á la oposicion, convenimos, que nunca puede ser en Francia de la misma naturaleza que en Inglaterra. En el primero de estos dos paises, no son tan colosales las fortunas, ni el patronazgo de las familias tiene los límites convenientes para dar á la oposicion fuerzas bastantes en sí mismas con que resistir á la influencia ministerial. Mas si carece de esa fuerza de intereses que le comunican en Inglaterra las riquezas, tiene en cambio una fuerza de opinion mucho mas viva. Si un hombre de talento y de probidad se encuentra no por espíritu de contradicion, sino por sus convencimientos en oposicion con los ministros, conseguirá en ambas cámaras y en toda la Francia una preponderancia que todo el peso de la corona podria únicamente balancear. Un discurso elosuente y justo conmoverá la cámara de diputados francesa de muy distinto modo que un discurso con iguales condiciones pronunciando en la cámara de los Comunes de Inglaterra. Es tan sensible por lo relativo á este punto la Francia que es de temer no sea como la antigua Atenas influida en demasia por las inspiraciones de sus oradores. Los misterios de la opinion y del carácter de los pueblos se escapan de todos los cálculos y de todas las teorías. Obsérvese lo que en estos instantes pasa en la cámara de diputados; hállase enteramente entregada á sí misma; la influencia que los ministros ejercen en ella se limita á fórmulas de pura atencion que en nada alteran la suerte de ningun diputado. ¿Y qué sucede? que la mayoría siguiendo pacíficamente el impulso de su conciencia, crítica, ó aprueba lo que le parece digno de alabanza ó de censura. Una cosa merece particularmente la atencion y es que siempre que se han promovido cuestiones de dinero las Cámaras han manifestado paladinamente su opinion: el noble desinterés de la nacion se ha desarrollado con todo su vigor, y asi es que la lista civil y las deudas del rey han sido aprobadas sin oposicion. Habria podido creerse que la ley sobre los emigrados iba á despertar la animosidad de los partidos; mas con general admiracion se ha visto que la Cámara se mostraba mas generosa que la misma ley. ¡Créense deshonrados los franceses al tener que ocuparse de sus intereses personales. Admirable generosidad hija del genio de una nacion particularmente monárquica y guerrera! ¡Pueblo admirable que con tanta facilidad puede ser conducido al bien! ¡Cuánto hace resaltar esta circunstancia la culpabilidad de los que le han extraviado!

Mas al tratarse de otros asuntos las Cámaras se han dividido segun los principios é ideas de cada uno: la oposicion no se ha compuesto de estos ni aquellos individuos: se ha aumentado, disminuido, y vuelto á aumentar sin consideracion á ningun partido: habria podido creerse que no habia ministros, hasta el punto de haberse olvidado que eran ellos los que habian propuesto la ley, para no ocuparse mas que de la misma ley. No conocemos nada mas á propósito para honrar el carácter nacional que la conducta actual de las dos Cámaras; en ella se echa de ver que de nada mas se ocupan que del bien del Estado: generosas en todo lo que concierne al honor, atentas á los derechos políticos, han votado el presupuesto sin oposicion, y han defendido la libertad de la imprenta con vigor, siendo asi que esta última cuestion podia dividir y embrollar á los hombres de mas capacidad. Al ver que por una parte en Ginebra se ponen trabas á la libertad de imprenta y que por otra se proclama esta libertad de imprenta en Bélgica y Alemania, se conoce que no es tan fácil decidir perentoriamente semejante cuestion.

Hemos demostrado por medio de hechos cuán difícil es dominar los ánimos en una nacion brillante y animada. Los franceses han sido siempre libres al pié del trono, como que habian basado en sus opiniones la independencia que otros pueblos habian cimentado en sus leyes. Este hábito de libertad en el pensamiento no deja someterse al que lo tiene incondicionalmente á las ideas de otro: el diputado que mas habia ofrecido á un ministerio apoyarle con su voto, podria en el momento de la deliberacion faltar á su promesa. En el carácter francés puede temerse mas la oposicion que la influencia ministerial.

CAPITULO XV.

PROSIGUEN LAS OBJECIONES DE LOS CONSTITUCIONALES.—GERARQUÍA DE LA NOBLEZA.

«¿Qué viene á ser, siguen diciendo una nobleza, »que no es la de la cámara de los Pares? ¿Qué signi»fican esos ennoblecimientos, etc?»

Esto depende de la esencia de las cosas: es preciso esplicarse.

Montesquieu opinó que el honor era el alma de la monarquía, y la virtud base elemental de la república. El honor, segun este escritor reside particularmente en el cuerpo de la nobleza, parte integrante y necesaria de toda monarquía que no sea un despotismo.

Empero en una monarquía mixta, perteneciendo los cuerpos constituidos á la parte republicana del gobierno, el uno (la cámara de los Pares) á la aristocracia, el otro (la cámara de los Diputados) á la aristocracia, infiérese que los dos cuerpos tienen por base, por espíritu y por objeto, la virtud, es decir, la libertad, sin la que no hay virtud política.

¿Dónde residirá pues esencialmente el principio de la monarquía? ¿En la corona? indudablemente. Mas la corona no puede defenderlo por sí sola: no tardaria en verse invadida por el espíritu republicano y la Constitucion quedaria destruida. De aquí nace que en torno de esta Constitucion es preciso establecer un cuerpo de nobleza que sea como la salvaguardia de la corona, y el auxiliar del principio monárquico.

Observemos ademas que la nobleza no está compuesta de un solo y único principio: evidentemente encierra dos, que son el honor y la virtud, ó sea la libertad. Cuando obra como corporacion respecto de la monarquía en general es conducida por el honor y es monárquica; cuando obra por sí misma, y con arreglo á la naturaleza de su propia Constitucion, se mueve á impulsos de la libertad; es decir que en tal caso es republicana, aristocrática.

Con arreglo á estas verdades indisputables, veamos lo que sucedia con la nobleza en la antigua monarquía y de qué manera se combinaba con el cuerpo político.

La nobleza en tiempo de la primera y segunda raza de los reyes de Francia se presentaba toda á las asambleas de la nacion; entonces los nobles gozaban *en corporacion* y en su integridad de todos sus derechos; derechos relacionados con el principio de libertad por su principio aristocrático y con el principio del honor por su lado monárquico.

En tiempos de la tercera raza cuando sucedieron los Estados Generales á las Asambleas de marzo y mayo, la nobleza se contentó con enviar diputados á esos Estados y entonces ya no gozó *en corporacion* de la plenitud de sus derechos. La mitad de estos, es decir, los relacionados con el principio de la libertad,

los derechos republicanos, ó aristocráticos fueron trasmitidos por la nobleza á sus representantes, en tanto que prosiguió conservando *en corporacion* sus derechos monárquicos, es decir los dependientes del principio de honor. Asi sucedia hasta el fin de los Estados Generales, en que terminada la mision de los representantes de la nobleza, volvia esta á incorporar sus dos principios, y los derechos que de ellos se derivaban.

¡Pues bien! la única cosa que por lo relativo á la nobleza caracteriza á la actual Constitucion de la Francia es que lo que no sucedia sino por intérvalos en



LA TIERRA NO PUEDE SER PURIFICADA DE LA SANGRE DERRAMADA, SINO POR LA SANGRE DEL QUE LA DERRAMÓ.

tiempos de la monarquía antigua ha quedado en un estado permanente en la nueva.

La nobleza representada en la Cámara de los Pares ha trasmitido para siempre á esta cámara su principio de libertad, sus derechos republicanos y aristocráticos en tanto que al exterior conserva su principio de honor, fundamento real de la monarquía.

De aquí se infiere que esta nobleza no es enteramente incompatible con las modernas instituciones; que no está en contradiccion con la naturaleza del

gobierno; que este gobierno ni ha podido ni debido destruirla; que no ha hecho mas que dividir los elementos que la componian y separado su duplicado principio; y finalmente que la nobleza subsiste á la vez en la cámara de los Pares como poder aristocrático y fuera de esta cámara como fuerza monárquica.

No ejerce sus derechos políticos porque ha delegado su uso á la cámara de los Pares que la representa bajo sus relaciones republicanas, pero ejerce todos sus derechos de honor, apoyando con esta fuerza tan grande en Francia, la autoridad monárquica, que podria ser invadida sin este baluarte.

Tal es la accion de este cuerpo que os parece inútil y que por lo tocante al fondo no es otra que la de la cámara de los Pares. En el Estado no hay dos nobleza: no hay mas que una que se divide en dos ramas, y cada una de ellas tiene funciones distintas y separadas.

Lejos por lo tanto de perjudicar al Estado esta nobleza, toda honor, reducida á su principio mas puro es un contrapeso colocado fuera del centro de movimiento para regularizarlo y mantener el equilibrio del Estado. Es ademas un asilo para todos los recuerdos y para todas las ideas, que no encontrando puesto en las nuevas instituciones, no dejarian de alterarse. Los nobles al paso que sostienen el principio de la monarquía, serán tambien los conservadores de las tradiciones del honor, los testigos de la historia, los reyes de armas de los tiempos pasados y los depositarios de los antiguos privilegios y de los monumentos de la caballería. Considerados únicamente como propietarios, estos hombres que se distinguen por su educacion serán, como tendremos ocasion de decirlo en lo sucesivo, un excelente plantel de oficiales, oradores y hombres de Estado.

Todo esto no es una teoría mas ó menos ingeniosa discurrida para explicar una Constitucion que carece de ejemplo en los demás pueblos. Tambien en Inglaterra hay una nobleza que tiene mas orgullo por descender de los bretones, los daneses, los normandos, los sajones y los aquitanos que por ocupar un banco en la cámara de los Pares. Era tal la altivez de esta nobleza en otros tiempos que nadie que no hubiera sido caballero podia tomar asiento en la mesa de un baron. En la actualidad misma está tan enamorada de sus blasones y de sus cuarteles como lo estaban los patricios de la antigua Roma de su nacimiento y de su derecho de imágenes, *jus imaginum*. El feudo pertenece exclusivamente al hijo mayor, segun la costumbre de Normandía. Hay heraldos y reyes de armas que llevan el registro de la nobleza de las provincias (1). ¿Destruye esta nobleza la nobleza política fundada en esa misma cámara de los Pares? No, pero sirve para aumentar el peso y la dignidad de la corona. En el mismo Atenas ¿no habia por ventura familias nobles que se remontaban al tiempo de los reyes?

Una vez probado que el cuerpo de nobleza intermediaria puede y debe existir en una monarquía mista, y que no se opone á la accion de ninguno de los resortes políticos, no hay necesidad de defender los ennoblecimientos. El rey de Inglaterra crea tambien caballeros y nobles. Hay otra especie de ennoblecimiento que es el que se adquiere por la profesion de las artes liberales ó viviendo con una renta libre. En este caso el ennoblecido recibe el escudo de armas eligiéndolo de los que están en manos del rey de armas. Estas recompensas del soberano no destruyen la igualdad ante la ley y son un medio de alentar el mérito y la virtud.

(1) Smith, *de Reg.* Angl.; La Roque, *Tratado de la nobleza.*

CAPITULO XVI.

OBJECIONES DE LOS REALISTAS CONTRA LA CONSTITUCION.

Los realistas dicen: «Invocando el progreso de las »luces con las palabras de libertad é igualdad se ha »precipitado la Francia en todas las calamidades: solo »el nombre de Constitucion es odioso y casi ridículo. »No se trasporta á un pueblo el gobierno de otro pue»blo: los gobiernos nacen de las costumbres y son »hijos del tiempo; sigamos siendo franceses, y no »tratemos de ser ingleses; lo que es bueno para unos »acaso será malo para otros. El carácter francés es »demasiado ligero para ocuparse seriamente de los »cuidados públicos, es demasiado pronto á inflamar»se; demasiado propenso á los discursos inútiles, y »muy poco solícito del bien general, para tener asam»bleas deliberantes. No carecerán los franceses de »ese honor que es base de su monarquía; pero nun»ca tendrán ese espíritu público que propende á »otro principio de gobierno. Nuestra posicion con»tinental, siguen diciendo, no consiente semejantes »formas políticas. Mientras que en ambas cámaras »estarán los diputados deliberando sobre el levanta»miento de un nuevo ejército, los enemigos llegarán »á París. Si por el contrario el rey dispone á su pla»cer del ejército, destruirá cuando le acomode nues»tra supuesta Constitucion.»

Bien se puede ver, que no disimulamos las objeciones que hacen ambos partidos, y que nada disminuimos de su fuerza.

Desde luego confesaremos que se ha hecho tan extraño abuso de estas palabras, *progresos de las luces*, *Constitucion*, *libertad* é *igualdad* que en el dia es preciso mucho valor para aplicarlar en un sentido razonable. Se han consumado los crímenes mas enormes, se han difundido las máximas mas funestas en nombre de las luces. El ridículo y el horror se han amalgamado con esas frases filosóficas, prodigadas sin tino por los libelistas y los asesinos. Se ha degollado á los blancos para probar la necesidad de abolir la esclavitud de los negros: la razon ha servido para destronar á Dios, y el perfeccionamiento de la raza humana nos ha hecho inferiores á la especie bruta.

Mas caminando en sentido opuesto, ¿no hemos recibido tambien otra leccion? Para salvarnos de los sistemas de una filosofía mal entendida, nos hemos precipitado en las idéas opuestas. ¿Qué ha sucedido? ¿Quién querria, quién se atreveria á ser hoy el panegirista del poder arbitrario? Los excesos de un pueblo levantado en nombre de la libertad son espantosos; pero duran poco y siempre queda en pos de ellos algo de grande y generoso. Pero de los furores de la tiranía, de aquel metodizado hacer mal, de aquel no interrumpido oprobio, de aquel aire de bien estar en medio de las angustias, de aquella simulada prosperidad en el seno de la miseria, ¿qué es lo que queda? La doble leccion de la anarquía y del despotismo nos enseña pues á no buscar la gloria y la felicidad de la nacion fuera del término medio. Caminemos con la mayor precaucion: si exasperados por el recuerdo de nuestros males, los achacamos todos á esas supuestas luces, nos contestarán que la desolacion del Nuevo-Mundo, las matanzas de Irlanda y las de Saint-Bathlemey fueron obra de la religion, que si los filósofos arrastraron á Luis XVI al cadalso, los fanáticos hicieron otro tanto con Carlos I. De nada vale pues semejante modo de raciocinar por una y otra parte: lo que es bueno siempre es bueno á pesar de la mala aplicacion que le hayan podido dar los hombres.

Dejando á un lado esta dificultad acerca de las palabras, vengamos al fondo de las objeciones.

Dícese: «los gobiernos son hijos de las costumbres »y del tiempo. Sigamos siendo franceses: no trasportemos á nuestra patria instituciones de otros pue»blos, buenas para ellos y tal vez malas para nos»otros.»

En esto se comete un grave error. De ningun modo hay que imaginar que la forma de gobierno que actualmente rige en Francia, sea una cosa absolutamente nueva para esta nacion, ni sobre todo que haya sido inventada por los ingleses, ni que antes de ellos no haya habido nadie que hubiese pensado en la existencia de un gobierno que participara de los tres poderes monárquico, aristocrático y democrático.

Por de pronto todos los antiguos pensaron que el mejor gobierno posible seria el que reuniese estos tres poderes. Tal fue la opinion de Pitágoras y de Aristóteles. «Opino con Platon, dijo Ciceron, que la »mejor forma de gobierno es la que presenta una fe»liz combinacion de monarquía, de aristocracia y »democracia (1). Esto es lo que hizo Licurgo (2) en »Esparta. Oigamos á Polibio. ¿No seria el mas per»fecto de todos los gobiernos aquel cuyos poderes se »sirvieran de contrapeso; en el que la autoridad del »pueblo reprimiera el excesivo poder de los reyes, »y fuese á su vez temperada por un senado ele»gido (3)?»

Tácito participaba tambien de esta opinion; aunque es cierto que pensó que semejante gobierno llegaria á ser tan perfecto que no era posible que pudiera existir entre los hombres (4). Mas ya hemos hecho en otra parte observar que solo al Cristianismo estaba reservado realizar ese magnífico sueño de los mas insignes talentos de la antigüedad (5). En efecto, el gobierno representativo es hijo de las instituciones cristianas.

Respetables autoridades no probarian que los pueblos deben derrocar su gobierno, una vez instalado para tomar otro mas perfecto; pero cuando estos pueblos han mudado de Constitucion en medio de una revolucion violenta, si la nueva Constitucion se encuentra basada en las fórmulas, consideradas como mejores por un Licurgo, un Aristóteles, un Platon, un Polibio, ó un Tácito, debe renacer la confianza: y hay lugar de creer que el error no ha sido absoluto.

Montesquieu, despues de hacer un pomposo elogio del gobierno inglés, opina que se descubre su orígen entre los germanos pintados por Tácito (6), y que ese hermoso sistema tuvo su cuna en los bosques.

Siendo esto asi, nada mas haria la Francia al adoptarlo en estos momentos, como lo adoptaron los ingleses, que volver á poner en vigor el gobierno de sus antepasados; empero, sea que traiga su orígen de los francos, sea que deba considerarse como resultado de la religion cristiana, ó sea que participe á un tiempo de estos dos caracteres, lo cierto es que se halla conforme con nuestras actuales costumbres, que no las contraria, y que de ningun modo debe ser considerado como extranjero para la Francia.

En la edad media, toda la Europa, excepto la Italia y parte de Alemania, tuvieron poco mas ó menos la misma Constitucion: las córtes de España, los Estados generales de Francia, y los Parlamentos de Inglaterra estaban fundados en el sistema representativo. La Europa, caminando progresivamente hácia la civilizacion habria llegado á un resultado igual para todos los pueblos, si causas locales y circunstancias particulares no hubiesen desconcertado la uniformidad del movimiento.

(1) *Fragm. Republ.*, lib. II.
(2) Architas. *in Stob.*
(3) Polib., *Excerp.*, lib. VI, cap. VIII y IX.
(4) Tac. *Ann.* IV, 33.
(5) *Genio del Cristianismo.*
(6) *Espíritu de las leyes*, lib. IV, cap. VI.

La Francia tuvo que rechazar invasiones: su nobleza pereció casi toda en los campos de Crécy, de Poitiers y de Asincourt. Ejércitos regulares establecidos con oportunidad por los reyes de Francia acabaron de inutilizar el servicio que hacian los nobles, sino como gefes, por lo menos como soldados. Los feudos á consecuencia del trastorno de las fortunas principiaron á caer en poder de la clase llana. Perdiendo sus fuerzas la parte aristocrática de la Constitucion, la monarquía aumentó las suyas. Las municipalidades vejadas por los caprichos del feudalismo buscaron proteccion en la autoridad real. La invariable sucesion de los monarcas consolidaba cada vez mas las raices del trono. Una vez roto el equilibrio, dejó el gobierno representativo de seguir su natural direccion. En vez de fijarse y regularizarse como en Inglaterra, se denunció dando lugar á que predominara la corona. Los Estados Generales rara vez convocados y siempre en momentos de turbulencias, quisieron aprovecharse de esos instantes para volverse á apoderar de sus derechos y principiaron á no presentarse sino como cuerpos turbulentos y peligrosos: sabiendo que iban á ser disueltos, se dieron prisa á invadirlo todo con la esperanza de conservar algo. Esta conducta consumó su descrédito. Si hubiesen sido llamados en épocas fijas no hubieran manifestado esa suspicacia, y en vez de pensar exclusivamente en sí mismos, se hubieran ocupado de los asuntos del Estado. Todo quedó pues concentrado alrededor de un trono brillante ocupado sucesivamente por los mejores monarcas, en tanto que otra parte del poder de los Estados Generales caia en manos del Parlamento de París.

Este poderoso cuerpo se habia ido levantando silenciosa y lentamente: siendo por de pronto ambulante, y fijándose por último en París, mereció por su integridad y por sus luces una distinguida consideracion. Desde su orígen minó por su base el feudalismo, y circunscribió las juridiciones señoriales. La sala de los Pares legos y eclesiásticos que formaba la alta cámara ó gran consejo del rey, se reunia al Parlamento en las causas importantes con los príncipes de la familia real y algunas veces hasta con el mismo rey. Esta circunstancia hizo que el Parlamento participara algo de la composicion de los Estados Generales. No siendo estos convocados sino de tarde en tarde el pueblo se acostumbró á considerar el Parlamento como un cuerpo que los reemplazaba en el intérvalo de las sesiones. El derecho de representacion adjudicó á este cuerpo la parte del derecho público relativa á imposicion de contribuciones. De manera que creciendo su reputacion por la virtud, ciencia, y gravedad de sus magistrados, y por la sagacidad de sus providencias, el Parlamento se encontró insensiblemente revestido de un poder político tanto mas respetable, cuanto que estaba unido con el poder judicial. Durante las turbulencias de la Liga, se puso al frente de una faccion, ejerció casi todas las atribuciones de los Estados Generales y decidió los derechos de Enrique IV á la corona. No habiendo los Estados Generales, convocados en tiempo de Luis XIII, producido ningun resultado, y habiendo Richelieu consumado la ruina del poder aristocrático, el Parlamento tomó sobre sí la defensa del pueblo contra la corona y se verificó una completa revolucion en el Estado. Pueden echarse en cara algunos errores á los Parlamentos; mas no pesarán tanto como los servicios que hicieron á la nacion, ilustrándola en tiempos de tinieblas; defendiéndola contra la barbarie feudal, y siendo, despues de la ereccion de la monarquía absoluta en tiempo de Luis XIV los únicos representantes de hecho, que defendieron denodadamente muchas veces las libertades patrias.

La Inglaterra partiendo del mismo punto llegó á otro término. Nada eran para ella sus guerras de Escocia, ni la amenazaron en su existencia: sus guer-

ras de Francia sostenidas por los mismos franceses le fueron provechosas. Libre de recelos por lo tocante al exterior pudo cómodamente ocuparse de su administracion política. Las desavenencias de sus reyes debilitaron la potencia monárquica y robustecieron la parte aristocrática del gobierno. La nobleza permaneció largo tiempo siendo soberana y solo en tiempo de Enrique VII fue cuando los condados hereditarios nasta entonces, se trocaron en título de dignidad. La autoridad militar de los nobles tampoco disminuyó casi nada, porque no hubo necesidad de crear con tanta anticipacion como en Francia tropas disciplinadas. El talento de Alfredo perpetuado en la institucion de los jurados hizo entrar por el órden judicial las ideas democráticas en el principio del Estado. El gobierno feudal, nunca conocido de los sajones, introducido en Inglaterra por la conquista de los normandos, jamás llegó á echar profundas raices. Posteriormente Eduardo renunció á la lengua francesa, mandó que los actos públicos se escribieran en inglés, y reanimó en cierto modo el antiguo espíritu de los germanos.

El Parlamento (llamado de otro modo Estados generales) conservó en todos esos hechos su primitiva autoridad: reuniéndose con frecuencia, llegó en breve el monarca á no poder marchar sin él. Hizo el orgullo de los altos nobles ingleses que el consejo real, ó sea cámara de los pares, de los barones, ó de los lores (que todo es una misma cosa con distintos nombres) no se mezclara con los caballeros ó simples hidalgos en las asambleas de la nacion. Los diputados del estado llano convocados por Leicester en tiempo de Enrique VIII á estas asambleas, se reunieron á los caballeros despues de haber permanecido algun tiempo separados. Asi fue como se formaron en Inglaterra dos cámaras distintas, en tanto que en Francia la igualdad de los hidalgos, pobres ó ricos, no permitió que la nobleza se dividiera en dos cuerpos, y los Estados Generales franceses, deliberando en comun, aunque guardando cierto órden en la votacion, llegaron á faltar al establecimiento de la balanza de sus poderes. Por último, la revolucion religiosa producida por la violencia de Enrique VIII disminuyó el influjo del órden eclesiástico en la cámara á los lores. El poder aristocrático debilitado á su vez por este acaecimiento, vió por esta misma circunstancia aumentarse el poder democrático en la cámara de los comunes. Los tres poderes de la primitiva monarquía casi iguales en fuerzas se atacaron y vinieron á parar en una sangrienta lucha bajo los infelices reinados de los Estuardos; mas no habiendo ninguno de ellos podido dominar á los otros, la constitucion de los ingleses salió de este terrible y último conflicto.

De manera que la Francia ha tenido en otros tiempos el mismo gobierno que la Inglaterra y conserva aun en sí misma todos los principios de su gobierno actual. Voltaire observó muy bien en alguna parte de sus obras que el parlamento de Inglaterra no es mas que una imitacion perfeccionada de los Estados Generales franceses y M. D' Aguesseau dice no con menos razon, que todas las leyes de Francia se encuentran en las leyes antiguas de la Gran Bretaña.

En cuestiones de esta importancia y naturaleza es preciso marchar con la antorcha de la historia en la mano, único medio de librarse de muchas prevenciones y preocupaciones. De todo menos se trata que de convertirse en ingleses: la Europa que juntamente con nosotros propende á un sistema de monarquía moderada, no trata ciertamente de hacerse inglesa, y los derechos que se han adquirido asi como los que en lo sucesivo se adquieran son el resultado natural de las antiguas monarquías. La Inglaterra avanzó un siglo en la marcha general de los pueblos, y á esto se reduce todo.

CAPITULO XVII.

SIGUEN LAS OBJECIONES. — LA FRANCIA HA ENSAYADO INUTILMENTE DIVERSAS CONSTITUCIONES. — NO ES LA INDOLE DE ESTE PAIS PARA ASAMBLEAS DELIBERANTES.

Gritase en cierto modo con justicia contra una multitud de constituciones; ¿pero será esta una razon para que no se encuentre una que convenga á la patria? ¿Cuántas constituciones mudaron los ingleses antes de conseguir la que les rige en la actualidad? El *rump*, el consejo de los oficiales de Cronwell y las diferentes sectas religiosas producian diariamente instituciones políticas que sus autores se apresuraban á ensalzar como obras maestras; pero ¿se ha ridiculizado por esto en última constitucion, ni ha dañado á su excelencia y autoridad?

No es á propósito, siguen diciendo el carácter francés para asambleas deliberantes. Mas ¿no habrá habido nunca en esta nacion semejantes asambleas? Eso es otro error histórico mas chocante aun que el primero. ¿Eran nuestros padres menos ardorosos que nosotros? ¿Aquellos francos que Ana Comeno vió pasar por Constantinopla tan impetuosos, tan valientes, que no se avenian á permanecer descubiertos delante de Alejo: aquellos francos irascibles, impacientes, y caprichosos por ventura no tenian consejos, llamados de Baronia, asambleas provinciales y Estados generales de la lengua de *oil* y de la lengua de *oc*? Cuando en tiempo de Felipe de Valois se suscitó la disputa entre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas, ¿pudo acaso verse nada mas grave que lo que entonces sucedió? Sin embargo eran los dos primeros órdenes de la monarquía, los que con todo su poder luchaban por sus privilegios. Sustancióse la causa ante el mismo Felipe: el caballero Pedro de Cugnieres, venerable varon, reuniendo en su persona la toga y la espada, para acomodarse mejor á las dos altas partes contendientes, habló como abogado general y consejero del rey. Esta primera reclamacion del derecho civil contra el derecho canónico, produjo en la sucesion la *apelacion como de abuso*, salvaguardia de la justicia. En el tiempo de las buenas costumbres todo propende á dar orígen á buenas leyes. En aquella gran causa hubo que admirar la piedad y justicia del rey, el respetuoso ardimiento del orador de la parte civil y la dignidad del clero. Magnífico espectáculo fue el que presentaron aquellos prelados y aquellos caballeros jurando sobre sus cruces y sobre sus espadas conformarse con lo que la integridad régia resolviera, abogando por la causa de la religion y de la nobleza ante un monarca, hijo primogénito de la Iglesia, y el primero de todos, como noble mas antiguo de su reino.

Cuatro ó cinco siglos despues vuelven esos mismos franceses á presentarse deliberando en las asambleas de marzo y mayo, y á fin de que no nos ocurra duda alguna sobre este particular, el tiempo nos ha trasmitido sus decisiones en la coleccion de las capitulares. En época mas remota las veremos fijando por las leyes gombeta, alemana, ripuaria y sálica el arancel de las heridas. Su terrible justicia consistia entonces en hacerse temer por la espada y hablaban con elocuencia sobre este derecho público á su manera. Discutian sobre la longitud, latitud y profundidad de una herida. Si habian roto alguna parte del cráneo de un hombre se avenian á pagar algunos sueldos de oro; mas, si el herido era franco, menos, si era romano ó galo. Mas para eso era preciso que la parte de hueso rota mereciese la pena, y que tirándola á doce pasos de distancia contra un escudo produjese un sonido. Finalmente en los bosques de la Germania vemos á la luz de la historia á nuestros antepasados deliberando en torno de una espada desnuda, decidiendo sobre la paz ó la guerra con la copa en la mano: «cuando el coraz-

zon, segun dice Tácito, no puede fingir, y se halla dispuesto á las empresas generosas.»

¿Por qué pues un pueblo que ha hablado y deliberado siempre en público, tanto en la época de su barbarie, como en la de su civilizacion; que ha producido magistrados y ministros como Suger, Nogaret, Pedro de Cuguiéres, Lhopital, de Thou, Mateo Molé, Lamoignon, d' Aguesseau; publicistas como Bodin y Montesquieu y oradores como Masillon y Bossuet, no habrá de entender nada de leyes ni de elocuencia? Por último, ¿no cuentan ya los franceses con veinte y cinco años de experiencia? ¿Se podrá decir que para un pueblo, como este, habrá pasado en balde un cuarto de siglo? Algunos de los actuales ministros han figurado en la tribuna, y conocen todos los resortes que ponen en movimiento al cuerpo político. Los errores pasados les servirán de leccion, y asi da lugar de esperarlo el buen sentido y la moderacion que reina en ambas cámaras.

CAPITULO XVIII.

SIGUEN LAS OBJECIONES. — POSICION CONTINENTAL DE LA FRANCIA.

«La posicion continental que ocupa la Francia la »obliga á tener en pié un numeroso ejército: si este »depende de las cámaras, la nacion podrá ser invadida »antes que aquellas hayan deliberado; si es la corona »la que tiene á su disposicion la fuerza armada, acaso »llegaria un momento en que se valiera de ella contra »las cámaras.»

Esta objecion, la mas deslumbradora de todas se resuelve como la de la oposicion por un medio del poder de la opinion. ¿Podrá nadie creer que si el enemigo se hallase en la frontera, las cámaras pudiesen rehusar un ejército al rey, ni que hombres propietarios dejasen impunemente invadir sus posesiones? Tan impopular medida sublevaria contra ellos á la nacion entera. En un pueblo tan sensible al honor, tan enamorado de la gloria de las armas, es indudable que en tal caso la multitud se agruparia alrededor de la corona, y la constitucion quedaria abolida de hecho. Pero ademas ¿puede darse una invasion tan súbita, tan imprevista que mucho tiempo antes no haya dado alguna señal de su existencia? ¿Puede acaso ninguna nacion vecina invadir el territorio francés con un puñado de soldados? ¿Por ventura antes de arrojarse á tamaña empresa no necesitaria reunir ejércitos y ponerlos en movimiento? ¿No se traspiraria forzosamente algun rumor de sus movimientos, ó de sus preparativos?

Aunque no se trata de imitar á los ingleses; de dejarse dominar de sistemas, ni de adoptar ciegamente una Constitucion, sin atemperarse á los hábitos, costumbres y situacion de un pueblo; aunque tenemos muy presente que un mismo vestido no puede venir bien á todos los hombres, es indudable que conviene dejar al poder ejecutivo en Francia mucha mas fuerza que en Inglaterra. El rey debe ser mas libre en sus movimientos, porque la Francia tiene mayores límites que aquella nacion, y se halla mas expuesta á las conbinaciones de la política exterior. Nada tiene aquella nacion que temer de un enemigo extranjero por lo tocante á su existencia; pero en Francia puede ocurrir una guerra que ponga en peligro al Estado. Muchos intereses que allí se someten á la discusion pública, exigen secreto en Francia y no podrian ser discutidos en ambas cámaras sin aventurarse á un riesgo; pues en tanto que la discusion se iria remontando á abstracciones políticas, en tanto que tendriamos la vista fija en los astros pudiera muy bien suceder que cayéramos lastimosamente en un abismo. Para precaver esta desgracia es preciso que el trono puesto como un broquel nos garantice de los golpes que pudieran caer sobre nosotros; es preciso que el trono sea el antemural de la nacion y que circundado de esplendor y dignidad se haga respetar por su poder y su brillo. La autoridad del rey debe hallarse bastante libre de trabas para obrar con vigor y rapidez; debe en ciertos casos participar algo de la dictadura de Roma, y sobre todo en los actuales momentos debe todo el mundo contribuir á robustecer el poder monárquico revistiéndolo de toda la fuerza necesaria para la salvacion del Estado. La monarquía francesa quedando libre por lo tocante al interior, debe conservar todo el carácter militar por lo que concierne al extetrior. En Inglaterra el ejército es un objeto de lujo; entre los franceses debe ser un asunto de primera necesidad. Esta es la razon porque el militar y la nobleza gozarán aquí otro género de consideraciones que las que disfrutan en aquella nacion. Allí puede un rico cervezero, ó un rico fabricante parecer á la patria tan digno de los empleos y honores como un capitan, porque efectivamente son tan necesarios ó acaso mas que él á la comun prosperidad; pero en Francia el soldado que garantiza á su patria de la invasion y del yugo extranjero, es un hombre que no solamente ejerce la profesion mas noble, sino que sigue ademas la carrera mas útil al Estado. De aquí deben nacer diferencias esenciales en las consideraciones que gozan en ambos paises, y por consiguiente diferencias sustanciales en las instituciones políticas. No conviene el traje de la clase media á la libertad en Francia; los hijos de este país no la seguirán sino cuando oculte el modesto gorro con la cimera del casco.

Naturalmente hemos entrado en la segunda parte de la objecion. Si se da al rey tanta preponderancia, destruirá la libertad y oprimirá las dos cámaras.

Mucha calamidad seria indudablemente el que el gobierno colocara continuamente á la nacion entre la esclavitud y la conquista; mas por fortuna esto no es asi. El rey puede ser absoluto por lo relativo á los asuntos del exterior sin ser opresor dentro de los límites de la patria. La opinion pública viene tambien en apoyo de esta verdad. En el actual estado de cosas, nadie puede hacer impunemente violencia á los diputados: si tal sucediera se suspenderia al momento la cobranza del presupuesto, y para cobrarlo seria preciso armar tantos regimientos como ciudades, tantos ejércitos como provincias. Al decir esto en nada exageramos el poder de la opinion. Montesquieu lo creyó tan robusto que no vaciló en considerarlo como único principio de la monarquía: la libertad es un principio, es un hecho; pero el honor es la mas bella de las opiniones. Montesquieu tuvo mucha razon: en Francia el honor ha sido siempre móvil de todo. A la mano tenemos una prueba tan noble como brillante de esta verdad; todo esclavo, al pisar el suelo francés, adquiere su libertad. ¿Hay alguna ley positiva que lo mande? No por cierto; solo sucede en virtud de la opinion, que transformada en costumbre tiene fuerza de ley ante los tribunales.

La opinion en el antiguo régimen monárquico puede decirse que hacia veces de constitucion. Una cuarteta, un epígrama, una representacion contenian como por encanto los atentados del poder. Todo servia de freno á la autoridad absoluta, hasta la misma urbanidad de las costumbres. ¿Por qué razon pues un elemento tan poderoso en otros tiempos debe considerarse como desvirtuado en la época presente? ¿Por qué cuando precisamente puede expresarse con mas libertad se ha de creer que se ha menguado su eficacia? Lejos está de suceder semejante cosa: un artículo de la gaceta hace diariamente remontarse ó decaer nuestras esperanzas.

Fácil es, se nos dirá, salir del paso contestando con negativas, diciendo: eso no puede suceder, ó internándose en profundos razonamientos acerca de la

opinion. Como que el porvenir no está allí á mano para desmentir al que habla, fácil es desembarazarse contestando de ese modo, pero no se conseguirá inspirar conviccion.

Nos hariamos cargo de semejante réplica si precisamente no viniera como de molde á los mismos que la emplean contra nosotros. ¿Qué es lo que esa clase de personas contesta cuando alguno ataca el antiguo régimen de cosas? ¿Cuándo hay quien les sostenga que en aquellos tiempos nadie se hallaba al abrigo de un golpe de Estado, ni de la violencia de un ministro? Contestan en tal caso que jamás sucedian semejantes desmanes, y que la opinion se oponia á las arbitrariedades del poder. Razonable y valedera es tal contestacion; pero no deben extrañarse que se conteste á sus objeciones con el mismo argumento, ni que uno trate de guarecerse con el mismo escudo que ellos emplean. Nótese que en el caso que nos hemos propuesto no se trata de un hecho oscuro; no se trata de una persecucion individual y casi ignorada: no se trata nada menos que de los actos de rehusar las dos cámaras un ejército al rey, ó del rey dirigiendo contra ellas el ejército. Ciertamente que si la opinion puede tener una marcada influencia, nunca podrá manifestarse mejor que en semejantes momentos.

Por lo demás hay cosas que aunque no pueden apoyarse en demostraciones matemáticas, no por eso dejan de quedar menos demostradas. No son todo hechos positivos en la ciencia del gobierno: ¿no reposa el sistema de hacienda en Inglaterra sobre una ficcion? Misterios tiene la política asi como la religion: el juego de las constituciones, su marcha y su influencia son de naturaleza inexplicable. Los cuerpos políticos combinados con las costumbres; las pasiones y los acontecimientos, atraidos, rechazados, contrabalanceados y combatidos, producen efectos que toda la sagacidad humana no hubiera podido calcular. Esa vaguedad, esa incertidumbre, esas grandes cosas que nada producen, esas causas pequeñas que dan margen á tan grandes resultados, esas ilusiones, ese poder de la opinion tan frecuentemente engañoso aparecen manifiestamente en todo lo tocante á la ciencia del gobierno y en todo lo que merece un puesto en la historia. ¿No hay (valiéndonos de un ejemplo) siempre propension á suponer grandes talentos en el que desempeña un papel extraordinario? Muchas veces el talento de ese hombre es menos que cero. La gloria y la virtud hacen padecer equivocaciones al juicio, sobre todo en ciertas épocas en que puede decirse que la fortuna celebra sus bacanales, cuando el esclavo llega á sentarse en el trono del rey. Obsérvese con atencion á los que en tales momentos de delirio conducen al pueblo; miréseles de cerca y mas admirará su nulidad, que su ostentosa existencia: mucho hay que admirar del poco talento que se necesita para decidir de la suerte de los imperios, y al contemplarlo no puede menos de conocerse que en todos los acontecimientos humanos hay algo de fatal, algo de misterioso, que se escapa muy lejos de los límites de la comprension.

CAPITULO XIX.

SI SERIA POSIBLE ESTABLECER LA ANTIGUA FORMA DE GOBIERNO.

Finalmente aun cuando las objeciones contra el nuevo órden de cosas fuesen tan poderosas como poco sólidas nos parecen, hé aquí lo que á todas ellas podria contestarse: «Nadie puede hacer lo que no es, ni sea, ni que exista lo que no existe.» El rey nos ha dado una Constitucion: nada mas nos incumbe que sostenerla y respetarla. Hay una opinion general que domina sobre todas las opiniones particulares: y es la opinion *europea*, opinion por la cual un pueblo tiene que modelar su marcha por la de los demás pueblos. Cuando todo el mundo marcha de consuno hácia un objeto, no hay mas arbitrio que seguir de buena ó de mala gana el impulso general.

Antes del descubrimiento de la imprenta, cuando la Europa se hallaba sin caminos, sin postas y casi sin comunicaciones; cuando habia peligro en ir desde París á Orleans, porque un Mont Chéry á un Montmorency estaban en guerra con el rey de Francia, no llegaba á noticia de los reinos vecinos lo que sucedia en el interior de Francia; mas ahora que desde Petersburgo llega á París una noticia en quince dias; ahora que en las Tullerías se recibe en el término de algunos minutos una comunicacion de Estrasburgo ó de Milan; ahora que todos los pueblos se conocen, se han mezclado, saben mútuamente sus idiomas y conocen su historia; ahora que la imprenta es á manera de una tribuna siempre abierta donde cada cual emite el pensamiento.... no hay medio alguno de aislarse, no hay forma de no ser impelido por la marcha general.

Los hombres han hecho un depósito comun de conocimientos que á nadie le es dado retirar. El rey lo ha comprendido asi en su profunda ilustracion, y por eso nos ha concedido la Constitucion. ¿Será por qué habremos carecido de ella en otros tiempos? No sin duda. ¿Por qué no podrá decirse que hemos tenido Constitucion? ¡Por qué no estaba escrita! ¿Lo estaban acaso la de Roma ó la de Atenas? ¿Seria exactamente cierto decir que la que actualmente rige en Inglaterra es una Constitucion escrita? Ciertamente sería muy extraordinario que la Francia hubiera existido como nacion por espacio de doce siglos sin gobierno y sin leyes. La antigua Constitucion de la monarquía era excelente para aquellos tiempos. Maquiabelo que era conocedor en la materia la elogió. Nada hay mas admirable ni completo que el equilibrio de los tres órdenes del Estado, mientras este equilibrio no se alteró. Nada mas admirable ni completo que las reales órdenes de los monarcas franceses en las que se encuentran consagrados todos los principios de las libertades patrias. No hay tal vez un solo caso de opresion que no haya sido previsto en ellas, ni para el que no se haya buscado remedio. Es muy notable que las antiguas turbulencias de Francia hayan sido siempre causadas por guerras extranjeras y por opiniones religiosas y que nunca hayan sido producidas por el órden político.

Los hombres en la antigua Francia estaban menos clasificados por sus categorias políticas que por la naturaleza de sus deberes; el primer órden del Estado era el que rogaba á Dios por la felicidad de la patria y consolaba á los desgraciados. Esta funcion estaba considerada como la mas sublime y lo era en efecto. Al sacerdote seguia el guerrero, porque el hombre que derrama su sangre por la patria y consagra su vida por ella, es un hombre mas noble que el que se dedica á las profesiones mecánicas. Obsérvese que como en tiempo del feudalismo tenian los vasallos que ir á la guerra, resultaba que el labrador era soldado: asi es que segun las opiniones de aquel tiempo, la espada y el arado eran nobles y el hidalgo no creia degradarse por labrar la heredad paterna. En seguida venia el órden de los que se ocupaban en artes útiles á la sociedad. No podria creerse á cuántas virtudes era favorable esta division en el órden de los deberes, ni á cuántos sacrificios condenaba al sacerdote, ni á qué generosidad y delicadeza de sentimientos obligaba al hidalgo, en tanto que en la clase mas numerosa sostenia la lealtad, la probidad, y el respeto á las leyes y á las costumbres. En esto ha consistido, no lo dudemos, la larga existencia de la antigua monarquía.

Desgraciadamente se derrocó ese magnífico edificio. No tratamos de averiguar si era mas sólido ó mas perfecto que el que se acaba de levantar. Tampoco indagaremos si el antiguo gobierno fundado en la religion, como todos los sistemas antiguos, producido lentamente por las costumbres, por el carácter, por el clima y acrisolado por los siglos estaba mas en consonancia con el carácter nacional, ni si era mas á propósito para desarrollar hombres eminentes y virtudes que el gobierno que le reemplaza en estos momentos. No entraremos tampoco en el exámen de si lo que se llama progreso de las luces es un progreso real, ó una marcha retrógrada del espíritu humano, un retroceso hácia la barbarie, una verdadera corrupcion de la religion, de la política y del gusto. Todo eso se puede defender: todos los que acometerán la defensa de esta causa no se hallarian faltos de poderosas razones y sobre todo de sentimientos patéticos para justificar su opinion. Mas en la vida es preciso partir siempre del punto á que se ha llegado. Un hecho es un hecho. Por bueno ó por malo que fuese el gobierno destruido, lo cierto es que ya está destruido; por mas que en el órden actual se progrese ó se retroceda, lo cierto es que los hombres no están ya en el terreno que ocupaban hace cien años, ni mucho menos en el de hace tres siglos. No hay mas arbitrio que aceptar la posicion, tal cual es y dejar de considerar á los hombres en lo que no son, ni en lo que no pueden ser: un niño no es un adulto, ni un adulto es un anciano.

Aunque quisiéramos que los sucesos acaecieran en un órden distinto del que acaecen, no lo podriamos conseguir. Deploremos norabuena la caida del antiguo gobierno, de aquel admirable sistema, que en su duracion lleva escrito su elogio; mas por último, nuestra admiracion, ni nuestros suspiros no nos han de volver á Duglesclin, La Hire ni Dunois. La antigua monarquía no existe ya para nosotros sino en la historia, asi como el oriflama que en tiempo de Enrique IV le conservaba aun lleno de polvo en el tesoro de Saint-Denis: el valiente Crillon podia tocar con respetuosa ternura aquel testigo del antiguo valor francés; pero él militaba bajo la triunfante bandera blanca en las llanuras de Yvry, y no pedia que se desenterrara de entre las tumbas el estandarte de los campos de Bouvines.

En otra parte hemos manifestado ya (1) que los elementos de la antigua monarquía han sido dispersados por el tiempo y las desgracias: el espíritu del siglo se ha infiltrado por todas partes y ha penetrado en el corazon y en la cabeza de los mismos que mas libres se creen de su contagio.

Aun hay mas: si los que sin haberlo reflexionado piensan que es posible restablecer el antiguo gobierno, consiguiesen el permiso de acometer esta empresa, no tardariamos en verles desistir del proyecto despues de haber andado perdidos en laberintos sin salida. Por de pronto, ninguno de ellos desearia reponer absolutamente las cosas en el estado en que se hallaban: tantas provincias, tantos pareceres, pretensiones y sistemas; quisieran destruir esto, conservar aquello; cada cual iria de mano armada á pedir á su vecino cuentas de su propiedad.

¿Puede nadie figurarse lo que seria de la Francia el dia en que volvieran á ponerse en vigor las ordenanzas relativas á las pruebas de nobleza exigidas á los oficiales del ejército? Supongamos que el monarca reinando solo y teniendo que pagar 1,700 millones de deuda, sin contar el gasto corriente hubiese mandado á su ministro de Hacienda que le presentara un plan; que el ministro hubiese formado su proyecto tal cual lo hemos visto; que sin poder explicar sus razones, ni poder discutir públicamente sus medios, el ministro, autorizado por un decreto del consejo real hubiese querido poner en ejecucion ese plan ¿qué hubiera sido de la Francia? volvemos á preguntar nosotros.

(1) Del estado de Francia en marzo y octubre del mismo año.

¿No habria el Parlamento de París que por necesidad tenia que tomar acta del decreto, hecho ninguna representacion? ¿No habrian en pos de ella elevado su clamor los parlamentos de las provincias? Los paises de Estados no habrian acudido con reclamaciones? La nobleza y el clero no habrian hecho valer sus privilegios? Los pueblos, siempre dispuestos á no pagar las contribuciones, conmovidos por la resistencia de las demás clases, no se habrian sublevado? Semejante resistencia en el momento en que la discordia fermentaba aun en la nacion, hubiera indudablemente precipitado otra vez á la patria en una nueva revolucion. Pues bien, gracias á la Constitucion, el presupuesto discutido en ambas cámaras ha parecido necesario en cuanto al hecho, é ingenioso en cuanto á sus recursos: ha pasado pacíficamente, y el pueblo satisfecho de haber sido consultado por medio de sus representantes, se ha sometido á pagar contribuciones que en otro tiempo hubieran sublevado la nacion desde un extremo al otro.

Acaso en el nuevo órden de cosas figuran algunas personas que os desagradan, ó que os parecen odiosas, tened presente que esas personas pasarán, y la nacion es la que ha de subsistir. Despues de una revolucion los ánimos se van calmando con lentitud. Hay memoria de haber visto tal hombre en tales circunstancias, y parece imposible que al fin haya llegado á ser un buen ciudadano, y pueda ser empleado útilmente. Convengo en que esto es un mal inevitable; mas no por él se debe renunciar al bien de la patria. En 1605 iba Enrique IV á partir para el Limosin: habia ya diez y seis años que ocupaba el trono, y sin embargo Malherbe le decia en una oda:

«Cunde entre los hombres una desconocida calami»dad que les impele á ser enemigos del reposo en que »vivimos: La mayor parte propende á desear cambios, »y como si se alimenteran del público infortunio ha»cen tantas diligencias por renovarlo que solo puede »dejar de temerla quien carezca de juicio.

»Los ánimos nacidos para la tiranía aparecen ya »cansados de tener encubierto su cruel afan y apuran »en daño nuestro todo su discurso: en su conciencia »leemos con toda claridad que si no sueltan la rienda »á su impaciencia, no lo debemos sino á la proteccion »que él (Enrique IV) nos dispensa.

»Vivid, pues, señor, y sostened nuestra exis»tencia!»

Despues de la restauracion de Carlos II en Inglaterra, los ánimos permanecieron agitados. Una vez pasado el primer impulso de alegría, los hombres que en el curso de la revolucion habian seguido principios opuestos, volvieron á reanimar sus odios. De aquellas facciones traen su orígen los wighs y torys. No faltaron algunos fréneticos que consideraban á los regicidas condenados como mártires de la *buena antigua causa* «of the old good cause.» Suponian que Harrison, Cook y Peter al morir habian sido indudablemente *revestidos del Señor*, «cloathed with the Lord.» ¡Solo estaban cubiertos de la sangre de su rey!

De todo lo dicho debemos deducir que aquellos que echan de menos el antiguo sistema debian adherirse al nuevo, porque es bueno en sí mismo, porque es el resultado forzoso de las costumbres del siglo, y finalmente porque el otro ha venido á tierra por una fatal necesidad, de cuya ley nadie puede librarse.

CAPITULO XX.

EL NUEVO GOBIERNO ENTRA EN EL INTERES DE TODOS.—VENTAJAS QUE OCASIONA Á LOS HOMBRES DE OTROS TIEMPOS.

Mucho nos ha costado el demostrar á unos hombres dignos de todo respeto que ya no les es posible alcanzar lo que desean. Tanto y acaso mas que ellos mis-

mos suspiramos por lo que ha dejado de existir; mas por último bien convencidos estamos de que á nadie le es dado hacer que el siglo XIX sea el XVI, ni el XV, ni el XIV. Todo cambia, todo se destruye, todo pasa. El modo de servir bien á su patria es someterse á las revoluciones que los tiempos traen consigo, y para ser hombre de su país, es preciso ser hombre de su tiempo. Veamos á quien podrá aplicarse la denominacion de hombre de su tiempo. Asi puede llamarse el que dejando á un lado sus opiniones propias, lo sacrifica todo á la felicidad de su patria; un hombre que no adopta ningun sistema, que no da oidos á ninguna preocupacion, que no se afana por buscar lo imposible, y trata de sacar el mejor partido de los elementos que le vienen á mano, un hombre que sin irritarse contra la especie humana, piensa que es preciso conceder algo á las circunstancias, y ve en la sociedad mas debilidades que crímenes: finalmente el hombre de su tiempo será un hombre altamente razonable, ilustrado por la inteligencia, moderado por el carácter, que creerá como Solon, que no conviene doblegar las costumbres al gobierno, sino atemperar este al influjo de aquellas.

La actual constitucion tiene precisamente este último carácter: fáltanos demostrar que es igualmente favorable á los intereses de los súbditos que á los del monarca.

Preguntaremos á la nobleza (1). ¿De qué podeis quejaros? La constitucion os garantiza todo lo que habia de esencial en vuestra antigua existencia. Si no le ha sido posible reponeros en el goce de algunos derechos destituidos por la opinion mucho antes que por los acontecimientos, en recompensa os facilita otras ventajas. Ocupabais los puestos de oficiales en el ejército; pues bien, seguid ocupándoles, pero con condicion de partirlos con franceses que hayan recibido una honrosa educacion. Esto no es haceros una injusticia, pues otro tanto sucedia en los tiempos de la monarquía. El valor ha sido siempre á las ojos de los reyes el principal título de un guerrero. «Para ser »hecho caballero, dijo Mr. du Tillet, siempre se ha »escojido al que se distingue por hechos de valor y »proezas, mas bien que por su alto linaje, pues no »se tiene en cuenta mas que su bizarría (2).»

¿En qué fundaba antiguamente un hidalgo su ambicion y esperanza? En llegar á ser capitan despues de cuarenta años de servicio, y en poderse retirar con la cruz de San Luis (3) y 600 francos de renta cuando llegaba ya la vejez. En la actualidad sigue la carrera militar llegando rápidamente á los primeros puestos. No contando con un estraño favor ó con una accion extrordinaria, ¿cuándo hubiera en el antiguo régimen llegado un hijo menor de alguna casa de Gascuña ó de Bretaña al empleo de coronel, de general ó de mariscal de Francia? Si reuniendo toda su pequeña fortuna hacia un esfuerzo para pasar á Paris á pretender un empleo, ¿podia acaso presentarse en la córte? Para gozar de la vista del rey á quien defendia con su espada, ¿no le era preciso pasar por el costoso ceremonial de la presentacion? ¿Qué papel representaba en las antecámaras de los ministros? ¿Qué era, á los ojos del mundo frívolo é ingrato mas que un pobre hidalgo de provincia? Siendo muchas veces de una nobleza mas antigua que la de los cortesanos que ocupaban el puesto que le pertenecia al lado del monarca, no recibia de aquellos hijos del favor mas que desaires y negativas. Aquel distinguido representante del honor y de la fuerza de la monarquía no era mas que un objeto de ridiculez por su sencillo traje, y por su inculta conversacion: no tenian presente que Enrique IV hablaba en gascon y que las mangas de su gaban habian tenido coderas.

Pasó ya el tiempo de los desaires: nobles de las provincias, nadie os disputará ya el goce de las consideraciones debidas á vuestras familias: en Paris podreis entrar en todas partes, hasta en el palacio de vuestros reyes. Un inmenso y nuevo campo se abre para vosotros en la antigua carrera militar. Podeis ser elegidos miembros de las cámaras: podeis llegar á ser temibles (4) á esos ministros que en otro tiempo se desdeñaban de hablar con vosotros, y que ahora á su vez os alhagarán; podeis llegar á ser pares del reino, y empuñar el timon del Estado, siendo por consiguiente nuevos gefes de vuestras antiguas familias y patrones de vuestra provincia sin deber mas que á vosotros mismos el favor de tan encumbrado destino. ¿Qué podia ofreceros digno de compararse con esto el antiguo gobierno? Y tened presente que no hemos hablado mas que de vuestros intereses materiales, sin hacer mencion de la gloria, prenda segura del que consagra su vida á defender al rey, amparar al pueblo é ilustrar la patria; del que sin desviarse de las aras de la religion defiende los derechos de la razon universal, y combate en pro de los principios de esta libertad prudente, sin la que nada hay digno, nada hay noble en la vida humana. Reflexionando Burnet en la revolucion que dió á Inglaterra esa constitucion tan ponderada, observa que á los ingleses nobles de su tiempo les costaba trabajo someterse *por parecerles mal que el rey no fuese bastante rey* (5). Pues esos nobles que entonces se lamentaban son los antepasados de Pitt, Burke, Nelson y Wellington: aquella monarquía ha llegado á ser una de las mas poderosas de la tierra, y aquel país se ha elevado al mas alto grado de prosperidad rigiéndose por una constitucion que en aquella época repugnaba á su razon, á sus costumbres y á sus tradicciones.

¿Quién de nosotros podria oponerse á la generosa alianza de la libertad y el honor? ¿No son estos los principios, como ya lo hemos demostrado, los que constituyen esencialmente la nobleza? ¿Por qué razon no obtendrá un noble en el nuevo sistema monárquico toda la consideracion de que gozó en el régimen antiguo? Lejos de perjudicarle, la constitucion le vuelve á dar aquella importancia aristocrática que habia perdido, y de la cual los ministros del poder ponian todo su conato, unas veces por la astucia y otras por la fuerza, en despojarle. ¿Qué parte tenia la nobleza antigua en las funciones del gobierno, salvo el raro caso de reunirse los estados generales? ¿No era el parlamento de Paris el que ejercia los derechos políticos? y sin embargo era bastante duro para el antiguo cuerpo de la nobleza no intervenir en nada en los asuntos públicos y ver que el gobierno se iba desplomando sin poder emitir siquiera su opinion (6). Algunos derechos feudales caidos ya en desuso, ¿podian por ventura valer tanto como los derechos políticos que se devuelven en la actualidad á los nobles? Estos derechos conservados por la cámara de los pares, sin

(1) Todas estas máximas descontentaron por de pronto á los mismos á quienes el autor se proponia consolar; pero luego no pudieron menos de darle las gracias, y tomando parte en el gobierno representativo comprendieron sus recursos.

(2) *Coleccion de los reyes de Francia.*

(3) Se ha dicho que precisamente es esto lo que habia de bueno en el antiguo régimen; pero esto es confundir las cosas y sentir mas bien que raciocinar. ¿No se echa de ver que cuanto mas admirable aparece en tal caso la conducta de un *hidalgo*, tanto menos generosa es la del gobierno? ¿y qué el alabar al uno es criticar al otro?

(4) Podria creerse que he profetizado en vista de los sucesos, si afortunadamente las *Reflexiones políticas* no hubiesen salido á luz en diciembre de 1814.

(5) Reflex. sobre las Memor. hist. de la Gran Bretaña, pág. 54.

(6) No ejercia la nobleza derechos políticos sino en los paises de estados.

impedir por eso que los nobles puedan sentarse tambien en la de los diputados, son bienes que indemnizan á la nobleza de las pequeñas ventajas del antiguo régimen, es decir, del antiguo régimen tan desnaturalizado y debilitado como se hallaba antes de la revolucion. Sobre todo nadie le impide á un noble el ser tan ciudadano como Escipion, y tan caballero como Bayardo; jamás la esclavitud ha sido carácter constitutivo de la nobleza. Cierto es que esta ha sabido en todos tiempos morir gustosamente en obsequio de sus príncipes; pero tampoco ha dejado nunca de defender con respeto, si bien con energía, sus derechos contra las prerogativas de la corona. La nobleza volverá á interponerse, como en otros tiempos, á modo de barrera entre el trono y el pueblo. Cuando Carlos I enarboló el estandarte de la guerra civil, la nobleza de Inglaterra corrió á colocarse en torno de su rey y le declaró que al defenderle contra los rebeldes, de ningun modo pensaba en servir de instrumento para oprimir la libertad de los pueblos, y que si trataba de valerse de sus armas para un objeto semejante, desde luego se creia obligada á retirarse. Esta generosa determinacion es asimismo la que da aliento á la nobleza de Francia: los caballeros de esta nacion son los defensores del pobre y del huérfano. «¡Vive Dios! decia Beltran Duglesquin á Carlos V. »Contad primero con los hombres de sombrero forra»do, es decir, con los prelados y los abogados que se »comen el pueblo. A esos es á quienes se debe mandar »abrir sus arcas y no á los pobres estenuados de mise»ria. Hoy os veo marchar por el camino contrario; »pues se pretende quitar sustancia al que tiene poca, »y al que tiene pan se le ofrece mas.»

Acaso direis que despojados de ciertos homenajes que os tributaban y os distinguian, habeis perdido el caracter esterior de nobleza; mas tened entendido que en diversas épocas y asambleas de los estados generales, los nobles habian ido renunciando á impotentes prerrogativas, y por fin habian convenido en la reparticion igual de contribuciones. Si se hubieran pues separado los últimos Estados Generales sin haberse verificado la revolucion, ¿se habria la nobleza privado de sus privilegios por renuncia voluntaria, considerado como aniquilada? No sin duda: apliquen, pues, ese raciocinio al estado actual. Sin embargo creemos necesario que para lo sucesivo se concediera á la nobleza, como á los antiguos caballeros romanos, algunos de aquellos honores que anuncian su categoria á los ojos del pueblo, sin cuyo requisito no estarán bien marcadas las graduaciones constitucionales de la monarquía, y sin lo cual parecerá que la nacion se halla sometida al nivel del despotismo oriental. Conviene sobre todo que los pares gocen de los mayores privilegios; que tengan localidades especiales en las solemnidades públicas; que se les hagan honores en las provincias, y por decirlo de una vez, que á primera vista se distinga su elevada condicion.

Por lo demás, como no queremos decir que esta consideracion no esté fundada en los términos de la razon y de la mas estricta verdad, tampoco pretendemos que todas las ventajas de que se ha hecho mencion en este capítulo sean concedidas inmediatamente. La carrera militar deberá por ejemplo permanecer mucho tiempo cerrada por causa del gran número de oficiales que han quedado sin empleo y que deben ser preferidos. Cualquiera que fuese la clase de gobierno que la restauracion hubiese establecido, nunca habria podido zanjar este inconveniente. El renacimiento de la antigua monarquía no podia disminuir el número ni desvirtuar los derechos de tantos franceses que han derramado su sangre por la patria. Asi es que la constitucion nada influye en este inconveniente. Por otra parte, asi como ya lo hemos dicho al hablar de la emigracion, son ya muchos los nobles que sirven en el ejército. Finalmente, no siempre debe uno afanarse en provecho propio: solo á los pueblos en masa les están permitidas las *esperauzas sin término y los vastos pensamientos.*

Por lo tocante á la alta nobleza, de la que no hemos hablado con referencia á la constitucion, diremos que son tan grandes las ventajas que le proporciona esta nueva forma de gobierno, que el tratar de desmostrarla seria una cosa superflua. Asi como la alta nobleza era la que mas habia perdido en la destruccion del poder aristocrático de Francia, tambien es ella la que gana mas en el órden de cosas que restaura ese poder. Los varones que sustentan esos nombres históricos con los que se ha famaliarizado ya nuestro oido al tratar de hechos gloriosos, vuelven á entrar en posesion de sus derechos: suerte bastante digna de atencion es por cierto el que contribuyan á establecer la nueva monarquía en la cámara de los pares de Luis XVIII despues de haber establecido la base de la antigua en la de los pares de Hugo Capeto.

De manera que la cámara que restituye á los nobles la parte que antiguamente tenian en el gobierno, y que al mismo tiempo los aproxima al pueblo para no privarlo de su proteccion, no hace mas que renovar el primitivo espíritu de su gerarquía. Los mas altos y brillantes destinos se abren ante la nobleza, y para llegar á ellos no necesitará mas que caminar bien persuadida de su posicion sin volver atrás la vista, y sin empeñarse en vana lucha contra el torrente del siglo.

CAPITULO XXI.

LA CLASE MAS NUMEROSA DE LOS FRANCESES DEBE DARSE POR CONTENTA CON LA CONSTITUCION.

No es necesario demostrarlo. Todo lo que hemos dicho lo demuestra suficientemente. La constitucion nos asegura á todos el goce de la libertad que hemos comprado á costa de la sangre mas pura de la nacion. La constitucion ha enderezado á buen término todos nuestros esfuerzos, y ha hecho que no sean estériles tantas calamidades y tanta gloria, dando al hombre el sentimiento de su dignidad ha ennoblecido nuestros errores. Cada cual parece justificarse á sus propios ojos; cada cual puede decir en su interior: «Hé »aquí el objeto de mis deseos; ya está reconocido el »derecho natural; todo ciudadano francés es llamado »á los empleos civiles y militares y á la tribuna de »ambas cámaras; todos pueden igualmente ilustarse »en servicio de la patria.» Esto no es una esperanza; es un hecho. Y cualquiera que en la actualidad pueda decir: «Soy par de Francia bajo el reinado de un rey legítimo,» debe comprender que la constitucion es por sí misma un hecho muy hermoso y que hay no poca diferencia entre ser par de Luis XVIII ó senador de Bonaparte.

¿Qué hubieran podido conseguir los mas celosos republicanos en el órden político que la restauracion acaba de destruir? El que sin distincion de clases se les abrieran las puertas de los empleos y de los honores. Pues eso lo han conseguido ya bajo un monarca legítimo, y nunca hubieran llegado á gozarlo sirviendo á lar órdenes del extranjero, que por de pronto habia establecido las distinciones mas humillantes. Era mas difícil llegar á la presencia del último empleado de palacio que el personarse hoy con el mismo monarca. Los que sinceramente hayan amado la libertad deben bendecir la constitucion. ¿Podian rozonablemente esperar un resultado mas feliz de sus esfuerzos ni de nuestras discordias? ¿Quién será el insensato que sueñe en la república apesar del desengaño de la experiencia? La extension de la Francia, la índole de la nacion y mil odiosos recuerdos se están oponiendo irresistiblemente á esa forma de gobierno. Cualquiera que imaginara ser esclavo con la repre-

sentacion de las dos cámaras, con el derecho de peticion, con el anulamiento de la confiscacion, con la seguridad de las propiedades, con la independencia personal y con la garantía contra los golpes de estado, cualquiera que tal creyese, volvemos á decir, daria prueba de no haber tenido nunca buena fe en sus opiniones, y por lo tanto nunca seriá digno de ser libre.

CAPITULO XXII.

EL TRONO ENCUENTRA SU SEGURIDAD Y ESPLENDOR EN LA CONSTITUCION.

Por lo tocante al rey, ¿tendrá mas latitud su autoridad segun los antiguos reglamentos que por la Constitucion que nos ha dado? Desde un extremo al otro de la nacion, en virtud de una ley aprobada por ambas cámaras, quedan á su disposicion nuestra vida, nuestros hijos y nuestras fortunas. Hable en nombre de la ley, y todos correremos á sacrificarnos por él. ¿Tendrá que sufrir aquellas eternas representaciones, alguna vez justas, pero con mas frecuencia faltas de consideracion, asi que sea preciso imponer la mas insignificante contribucion? ¿Tropezará en todas las provincias, en cada ciudad, en cada aldea con fueros, con costumbres, con corporaciones que le disputen sus derechos legítimos, y quiten al gobierno la unidad de accion y la rapidez de la marcha? La autoridad regia escudada con ambas cámaras es inatacable, y la fuerza que de ella dimana, irresistible. Las tempestades estallan sobre los ministros; la paz, el respeto y el amor viven estacionados en el trono. Si se siente impelido hácia la gloria de las armas, no tiene mas que hablar y encontrará ejércitos dispuestos á seguirle. Si le agradan las artes y el talento, nada es mas á propósito para desarrollarlas que el gobierno representativo; si le placen las ideas políticas, si se siente inclinado á perfeccionar las instituciones de la patria. ¡Ah! ¡cuántos elementos se adunarán para halagar esa inclinacion verdaderamente regia! ¿Por qué razon habrán de ser los Borbones enemigos de todo cambio en el sistema político? El que acaba de terminar su carrera ¿habia existido siempre? La monarquía ha cambiado de forma de siglo en siglo.

La raza augusta é inmortal de los Capetos ha visto inmóvil sobre el trono pasar á sus piés las generaciones, revoluciones y costumbres de la Francia; y ha sobrevivido á los golpes que brazos parricidas han descargado sobre ella algunas veces, sin dejar por eso de acoger en su seno á sus hijos ingratos. A esa sagrada familia es deudora la nacion de todo cuanto tiene: ella existia, por decirlo asi, antes que nosotros, y es tan francesa como la Francia misma. En tiempo de las dos primeras razas, todo era romano y tudesco, gobierno, costumbres é idióma. La tercera raza abolió la esclavitud, instituyó la representacion nacional por medio de las tres categorías sociales, los parlamentos ó salas de justicia, compuso el código, estableció los ejércitos regulares, fundó colonias, construyó fortalezas, abrió canales, ensanchó y adornó las ciudades, levantó monumentos, y creó hasta el idióma que hablaron Dugueselin y Turena, Ville-Hardouin y Bossuet, Alain Chartier y Racine. Luis XVIII al frente de las dos cámaras nos pondrá en un estado dichoso y floreciente, asi como sus antepasados nos adquirieron el poder con los Estados generales. El rey encontrará en sí mismo elementos de grandeza que comunicar á los nuevos destinos de la nacion. La monarquía renace de sus propias raices como un lirio que ha perdido sus tallos en la estacion de las tempestades, surge de nuevo del seno de la tierra al primer dia sereno de la primavera: *ex omnibus floribus orbis elegisti tibi libium tenum* (1).

(1) Esp.

CAPITULO XXIII.

CONCLUSION.

Toda la Europa parece hallarse dispuesta á adoptar el sistema de las monarquías moderadas: la Francia que fue la primera á dar ese impulso general, no puede menos de seguir el movimiento. Agrúpese, pues, la nacion en torno del gobierno. El amor al monarca, á la patria, y el afecto á la Constitucion, sean el único emblema de la bandera nacional.

Gracias al rey, y solo al rey, la Francia de Luis XIV ha podido conservarse en toda su integridad. Vauban supo establecer los límites de esta nacion mucho mejor que los demarcados por los rios y las montañas. La extension natural de un imperio no está, por mas que algunos digan, determinada por los accidentes geográficos, sino por la conformidad de costumbres é idiómas: los límites de la Francia concluyen allí donde no se habla francés. Aquellos ciudadanos de Hamburgo y de Roma que al hablar en el Senado corrompian el idióma de la Francia; que no tenian ni podian tener mas que odio y enemistad contra esta nacion, habrian por último ocasionado su ruina como pueblo, asi como los galos y las demás naciones subyugadas destruyeron la patria de Ciceron al tomar asiento en el Senado romano. La Francia es lo que era: un millon de soldados se halla dispuesto en caso necesario á defender á unos cuantos millones de labradores: el suelo del país, semejante á una madre previsora, multiplica sus tesoros y beneficios en proporcion mucho mas alta que la que necesitan sus hijos. Cuatrocientos mil extranjeros, sin contar con los ejércitos nacionales, han asolado sus provincias, y de allí á dos meses hubo que conceder la libre exportacion de cereales. ¿Qué le falta á ese antiguo reino de Clodoveo, cuya fuerza y poder fue alabada por el mismo Gregorio el Grande? Tiene hierro, tiene bosques y cosechas: su sol madura los vinos de todos los paises: las costas del Mediterráneo le suministran aceite y seda, y las del Océano pastos para rebaños. Marsella que ya no está, como en tiempos de Ciceron, *combatida por las oleadas de la barbarie*, atrae el comercio del mundo antiguo, en tanto que sus puertos en el otro mar reciben las riquezas del nuevo. A cada paso se encuentran en este país monumentos de los tres grandes pueblos galos, romanos y franceses. Diósele antiguamente el dictado de madre de los reyes, porque casi todos los tronos de Europa y hasta algunos del fondo de Asia estaban ocupados por hijos suyos. Su gloria que nunca llegará á marchitarse, irá creciendo en el porvenir. Transformados por nuevas leyes los franceses se encaminan á nuevos destinos, y hasta tienen una ventaja sobre los pueblos que les han precedido en la carrera que ahora emprenden, y es la de que habiendo estos envejecido, aquellos la acometen con toda la lozanía de la juventud.

Acostumbrados á los grandes movimientos desde hace tantos siglos reemplazan los franceses el calor de las discordias y el afan de las conquistas por la aficion á las artes y por los gloriosos trabajos del ingenio. No necesitan extender ávidas miradas al exterior, sino fijarlas en su hermosa patria y exclamar con Virgilio:

¡Salve, magna parens frugum.....
Magna virum!

¿Por qué no se ha de hablar con franqueza? Cierto es que la nacion ha perdido mucho con las revoluciones: pero ¿no habrá ganado algo? ¿No se deben contar por nada veinte años de victorias? ¿No valen algo tantas acciones heróicas, tantas abnegaciones generosas? ¿No hay todavía entre los franceses ojos que derraman lágrimas de ternura, corazones que palpitan solo al oir el nombre de la patria?

Si la multitud se ha corrompido, como siempre sucede en las guerras civiles, tambien puede decirse que en la alta sociedad se han purificado las costumbres, y las virtudes domésticas se han hecho mas familiares, asi como el carácter francés ha ganado tambien en fuerza y gravedad. Cierto es que no ha perdido su frivolidad, pero ha adquirido mas naturalidad y sencillez; cada cual se parece mas á sí mismo y mucho menos á su vecino. La juventud educada en los campamentos presenta algo de viril y original que en otros tiempos no tenia. La religion no es ya en los que se han dedicado á su ejercicio un acto de costumbre, sino el resultado de una íntima conviccion; la moral, que ha sobrevivido en los corazones, no es ya fruto de una instruccion doméstica, sino enseñanza de una razon ilustrada. Los intereses de mas alta consideracion han ocupado las imaginaciones: el mundo entero ha pasado ante los ojos de la Francia. Diferente cosa es defender su vida, ver derrocarse y levantarse tronos, ó no tener mas ocupacion que una intriga de camarilla, una cacería en el bosque de Boulogne, ó una novedad literaria. Trabajo nos cuesta confesarlo; pero en el fondo ¿dejaremos de conocer que el carácter francés ha adquirido mucha mas virilidad que la que tenia hace treinta ó cuarenta años? Por otro lado, ¿por qué se ha de ocultar que las ciencias exactas, la agricultura y los artefactos han hecho inmensos progresos? No desconocemos los cambios realizados en provecho de la Francia: ¡demasiado caros le han costado! Cesemos, pues, de calumniar á la nacion diciendo que no son á propósito sus hijos para tratar asuntos de la libertad: siendo asi que todo lo entienden, para todo son á propósito, y todo lo comprenden. Manifestándole consideracion y confianza, esta nacion se elevará á todas las alturas del mérito. ¿No ha dado en momentos de prueba muestras bastantes de todo lo que puede ser? Siéntase orgulloso el hijo de Francia al verse libre y gobernado por un rey salido de su propia sangre. Dé en estos momentos ejemplo de órden y de justicia, asi como en otros tiempos ha sabido darlos de gloria: respete á las demás naciones sin dejar de respetarse á sí mismo. Algun provecho puede sacarse de las revoluciones y las desgracias, no desentendiéndose de las lecciones de la fortuna: los furores de la Liga salvaron la religion; los estravíos en que la nacion cayó últimamente, la habrán amaestrado á sostenerse en un estado político digno de los sacrificios que para conseguirlo, ha consumado.

Reúnanse todos los hombres de intencion sana para predicar una doctrina saludable, para crear un centro de opinion de donde se irradien todos los movimientos. Las cámaras deben unirse estrechamente al rey á fin de que este pueda ejecutar libremente los proyectos que en provecho de su pueblo está meditando. Haya lealtad en los ministros, reine la buena fe por todas partes, y la salvacion de la patria queda enteramente asegurada. Respeto y veneracion al soberano, libertad para las instituciones, honor en el ejército y amor á la patria; hé aquí las opiniones que todo buen ciudadano debe profesar. Fuera de ese centro todo son quimeras, pesares intempestivos, melancólicos caprichos y penosas recriminaciones; y adviértase que á pesar de todas las atrabiliarias disputas que puedan suscitarse, la fuerza del siglo nos hará, mal que nos pese, seguir esa misma senda de que ahora queremos separarnos. Asi lo acredita el ejemplo: hace veinte y seis años que principió la revolucion. Solo una idea ha sobrevivido á todas las demás, la idea que fue causa y principio de esta revolucion, la idea de un órden político que proteja los derechos del pueblo sin lastimar los de los soberanos. ¿Habrá alguno que crea que lo que ni los furores revolucionarios, ni las violencias del despotismo pudieron destruir, pueda destruirse en estos momentos? La Convencion nos curó para siempre de tendencias al republicanismo; y Bonaparte tomó por su cuenta el curarnos radicalmente de aficion al poder absoluto. Estas dos lecciones nos han hecho conocer que una monarquía limitada como la que se debe á Luis XVIII, es el gobierno que mas conviene al decoro y la felicidad de la Francia.

INFORME

ACERCA DEL ESTADO DE LA FRANCIA EN 12 DE MAYO DE 1815, PRESENTADO AL REY EN SU CONSEJO DE GANTE (1).

Señor:

Acaba de suceder la única desgracia que amenazaba á la Europa despues de tantas calamidades. Los soberanos, augustos aliados vuestros, creyeron que impunemente podian emplear su magnanimidad para con un hombre que no conoce ni el valor de una conducta generosa, ni la religion de los tratados. Error ha sido este de aquellos que dependen de la nobleza de carácter. Un alma elevada y recta apenas puede formarse idea de la maldad y el artificio; el salvador de Paris no podia entender á fondo al destructor de Moscou.

Bonaparte, colocado por una extraña fatalidad entre las costas de Francia é Italia se ha dejado caer como Genserico sobre el sitio *á donde le llamaba la cólera de Dios*. Como esperanza de todo el que habia cometido ó meditaba cometer un crímen, apareció, por último, y puso en accion su proyecto. Hombres abrumados con vuestros beneficios, con el seno cubierto de los distintivos que les habeis concedido, besaron por la mañana la mano del monarca á quien iban á vender por la noche. Vasallos traidores, indignos franceses, desleales caballeros, cuando aun resonaba en sus labios el juramento de fidelidad que acababan de haceros, iban con la flor de lis en el pecho, á jurar, por decirlo asi, el perjurio al que tampoco vacilaba en declararse á sí mismo traidor, rebelde y desleal.

Por lo demás, señor, el ultimo triunfo que corona y pone término á la carrera de Bonaparte, nada tiene de maravilloso: no llega á ser una revolucion verdadera; nada mas es que una efímera invasion. Ningun cambio real ha producido en Francia: las opiniones siguen siendo las mismas que eran. Tampoco es el re-

(1) Cuando llegamos de Gante tuvimos ocasion de oir á algunas personas que á pesar de ser muy buenos realistas, se habian dejado sorprender y trataban de justificar su entusiasmo hácia un personaje demasiado célebre, diciendo:

No sabeis los favores que nos ha hecho; no os habeis hallado aquí durante los cien dias; no habeis conocido el espíritu de la Francia, etc., etc.

Extraño es suponer que unos hombres que habian pasado muchos años en Francia bajo el reinado de Bonaparte; que no se habian ausentado mas que por el término de tres meses; que durante este periodo habian vivido á pocas leguas de la frontera; que todos los dias habian recibido noticias de Paris públicas ó confidenciales con solas veinte y algunas veces diez y seis horas de retraso; que estaban en el centro de los ejércitos y de la diplomacia europea, es decir, en el centro de todas las inteligencias y relaciones; que á cada momento veian llegar cerca del rey franceses de la capital y de las provincias; es bien extraño, vuelvo á decir, suponer que para tales hombres la Francia debia ser un país totalmente desconocido. Por lo cual, si se lee con alguna atencion este informe, no podrá menos de verse que no nos hallábamos los que habitábamos en Gante tan mal instruidos de lo que sucedia en Paris; que habiamos previsto el desenlace de aquella breve tragedia, y que tal vez juzgabamos de las maquinaciones y estado de los partidos mejor que el que se hallaba colocado mas cerca del teatro.

sentacion de las dos cámaras, con el derecho de peticion, con el anulamiento de la confiscacion, con la seguridad de las propiedades, con la independencia personal y con la garantía contra los golpes de estado, cualquiera que tal creyese, volvemos á decir, daria prueba de no haber tenido nunca buena fe en sus opiniones, y por lo tanto nunca seriá digno de ser libre.

CAPITULO XXII.

EL TRONO ENCUENTRA SU SEGURIDAD Y ESPLENDOR EN LA CONSTITUCION.

Por lo tocante al rey, ¿tendrá mas latitud su autoridad segun los antiguos reglamentos que por la Constitucion que nos ha dado? Desde un extremo al otro de la nacion, en virtud de una ley aprobada por ambas cámaras, quedan á su disposicion nuestra vida, nuestros hijos y nuestras fortunas. Hable en nombre de la ley, y todos correremos á sacrificarnos por él. ¿Tendrá que sufrir aquellas eternas representaciones, alguna vez justas, pero con mas frecuencia faltas de consideracion, asi que sea preciso imponer la mas insignificante contribucion? ¿Tropezará en todas las provincias, en cada ciudad, en cada aldea con fueros, con costumbres, con corporaciones que le disputen sus derechos legítimos, y quiten al gobierno la unidad de accion y la rapidez de la marcha? La autoridad regia escudada con ambas cámaras es inatacable, y la fuerza que de ella dimana, irresistible. Las tempestades estallan sobre los ministros; la paz, el respeto y el amor viven estacionados en el trono. Si se siente impelido hácia la gloria de las armas, no tiene mas que hablar y encontrará ejércitos dispuestos á seguirle. Si le agradan las artes y el talento, nada es mas á propósito para desarrollarlas que el gobierno representativo; si le placen las ideas políticas, si se siente inclinado á perfeccionar las instituciones de la patria. ¡Ah! ¡cuántos elementos se adunarán para halagar esa inclinacion verdaderamente regia! ¿Por qué razon habrán de ser los Borbones enemigos de todo cambio en el sistema político? El que acaba de terminar su carrera ¿habia existido siempre? La monarquía ha cambiado de forma de siglo en siglo.

La raza augusta é inmortal de los Capetos ha visto inmóvil sobre el trono pasar á sus piés las generaciones, revoluciones y costumbres de la Francia; y ha sobrevivido á los golpes que brazos parricidas han descargado sobre ella algunas veces, sin dejar por eso de acoger en su seno á sus hijos ingratos. A esa sagrada familia es deudora la nacion de todo cuanto tiene: ella existia, por decirlo asi, antes que nosotros, y es tan francesa como la Francia misma. En tiempo de las dos primeras razas, todo era romano y tudesco, gobierno, costumbres é idióma. La tercera raza abolió la esclavitud, instituyó la representacion nacional por medio de las tres categorías sociales, los parlamentos ó salas de justicia, compuso el código, estableció los ejércitos regulares, fundó colonias, construyó fortalezas, abrió canales, ensanchó y adornó las ciudades, levantó monumentos, y creó hasta el idióma que hablaron Dugueselin y Turena, Ville-Hardouin y Bossuet, Alain Chartier y Racine. Luis XVIII al frente de las dos cámaras nos pondrá en un estado dichoso y floreciente, asi como sus antepasados nos adquirieron el poder con los Estados generales. El rey encontrará en sí mismo elementos de grandeza que comunicar á los nuevos destinos de la nacion. La monarquía renace de sus propias raices como un lirio que ha perdido sus tallos en la estacion de las tempestades, surge de nuevo del seno de la tierra al primer dia sereno de la primavera: *ex omnibus floribus orbis elegisti tibi libium tenum* (1).

(1) Esp.

CAPITULO XXIII.

CONCLUSION.

Toda la Europa parece hallarse dispuesta á adoptar el sistema de las monarquías moderadas: la Francia que fue la primera á dar ese impulso general, no puede menos de seguir el movimiento. Agrúpese, pues, la nacion en torno del gobierno. El amor al monarca, á la patria, y el afecto á la Constitucion, sean el único emblema de la bandera nacional.

Gracias al rey, y solo al rey, la Francia de Luis XIV ha podido conservarse en toda su integridad. Vauban supo establecer los límites de esta nacion mucho mejor que los demarcados por los rios y las montañas. La extension natural de un imperio no está, por mas que algunos digan, determinada por los accidentes geográficos, sino por la conformidad de costumbres é idiómas: los límites de la Francia concluyen allí donde no se habla francés. Aquellos ciudadanos de Hamburgo y de Roma que al hablar en el Senado corrompian el idióma de la Francia; que no tenian ni podian tener mas que odio y enemistad contra esta nacion, habrian por último ocasionado su ruina como pueblo, asi como los galos y las demás naciones subyugadas destruyeron la patria de Ciceron al tomar asiento en el Senado romano. La Francia es lo que era: un millon de soldados se halla dispuesto en caso necesario á defender á unos cuantos millones de labradores: el suelo del país, semejante á una madre previsora, multiplica sus tesoros y beneficios en proporcion mucho mas alta que la que necesitan sus hijos. Cuatrocientos mil extranjeros, sin contar con los ejércitos nacionales, han asolado sus provincias, y de allí á dos meses hubo que conceder la libre exportacion de cereales. ¿Qué le falta á ese antiguo reino de Clodoveo, cuya fuerza y poder fue alabada por el mismo Gregorio el Grande? Tiene hierro, tiene bosques y cosechas: su sol madura los vinos de todos los paises: las costas del Mediterráneo le suministran aceite y seda, y las del Océano pastos para rebaños. Marsella que ya no está, como en tiempos de Ciceron, *combatida por las oleadas de la barbarie*, atrae el comercio del mundo antiguo, en tanto que sus puertos en el otro mar reciben las riquezas del nuevo. A cada paso se encuentran en este país monumentos de los tres grandes pueblos galos, romanos y franceses. Diósele antiguamente el dictado de madre de los reyes, porque casi todos los tronos de Europa y hasta algunos del fondo de Asia estaban ocupados por hijos suyos. Su gloria que nunca llegará á marchitarse, irá creciendo en el porvenir. Transformados por nuevas leyes los franceses se encaminan á nuevos destinos, y hasta tienen una ventaja sobre los pueblos que les han precedido en la carrera que ahora emprenden, y es la de que habiendo estos envejecido, aquellos la acometen con toda la lozanía de la juventud.

Acostumbrados á los grandes movimientos desde hace tantos siglos reemplazan los franceses el calor de las discordias y el afan de las conquistas por la aficion á las artes y por los gloriosos trabajos del ingenio. No necesitan extender ávidas miradas al exterior, sino fijarlas en su hermosa patria y exclamar con Virgilio:

¡Salve, magna parens frugum.....
Magna virum!

¿Por qué no se ha de hablar con franqueza? Cierto es que la nacion ha perdido mucho con las revoluciones: pero ¿no habrá ganado algo? ¿No se deben contar por nada veinte años de victorias? ¿No valen algo tantas acciones heróicas, tantas abnegaciones generosas? ¿No hay todavía entre los franceses ojos que derraman lágrimas de ternura, corazones que palpitan solo al oir el nombre de la patria?

Si la multitud se ha corrompido, como siempre sucede en las guerras civiles, tambien puede decirse que en la alta sociedad se han purificado las costumbres, y las virtudes domésticas se han hecho mas familiares, asi como el carácter francés ha ganado tambien en fuerza y gravedad. Cierto es que no ha perdido su frivolidad, pero ha adquirido mas naturalidad y sencillez; cada cual se parece mas á sí mismo y mucho menos á su vecino. La juventud educada en los campamentos presenta algo de viril y original que en otros tiempos no tenia. La religion no es ya en los que se han dedicado á su ejercicio un acto de costumbre, sino el resultado de una íntima conviccion; la moral, que ha sobrevivido en los corazones, no es ya fruto de una instruccion doméstica, sino enseñanza de una razon ilustrada. Los intereses de mas alta consideracion han ocupado las imaginaciones: el mundo entero ha pasado ante los ojos de la Francia. Diferente cosa es defender su vida, ver derrocarse y levantarse tronos, ó no tener mas ocupacion que una intriga de camarilla, una cacería en el bosque de Boulogne, ó una novedad literaria. Trabajo nos cuesta confesarlo; pero en el fondo ¿dejaremos de conocer que el carácter francés ha adquirido mucha mas virilidad que la que tenia hace treinta ó cuarenta años? Por otro lado, ¿por qué se ha de ocultar que las ciencias exactas, la agricultura y los artefactos han hecho inmensos progresos? No desconocemos los cambios realizados en provecho de la Francia: ¡demasiado caros le han costado! Cesemos, pues, de calumniar á la nacion diciendo que no son á propósito sus hijos para tratar asuntos de la libertad: siendo asi que todo lo entienden, para todo son á propósito, y todo lo comprenden. Manifestándole consideracion y confianza, esta nacion se elevará á todas las alturas del mérito. ¿No ha dado en momentos de prueba muestras bastantes de todo lo que puede ser? Siéntase orgulloso el hijo de Francia al verse libre y gobernado por un rey salido de su propia sangre. Dé en estos momentos ejemplo de órden y de justicia, asi como en otros tiempos ha sabido darlos de gloria: respete á las demás naciones sin dejar de respetarse á sí mismo. Algun provecho puede sacarse de las revoluciones y las desgracias, no desentendiéndose de las lecciones de la fortuna: los furores de la Liga salvaron la religion; los estravíos en que la nacion cayó últimamente, la habrán amaestrado á sostenerse en un estado político digno de los sacrificios que para conseguirlo, ha consumado.

Reúnanse todos los hombres de intencion sana para predicar una doctrina saludable, para crear un centro de opinion de donde se irradien todos los movimientos. Las cámaras deben unirse estrechamente al rey á fin de que este pueda ejecutar libremente los proyectos que en provecho de su pueblo está meditando. Haya lealtad en los ministros, reine la buena fe por todas partes, y la salvacion de la patria queda enteramente asegurada. Respeto y veneracion al soberano, libertad para las instituciones, honor en el ejército y amor á la patria; hé aquí las opiniones que todo buen ciudadano debe profesar. Fuera de ese centro todo son quimeras, pesares intempestivos, melancólicos caprichos y penosas recriminaciones; y adviértase que á pesar de todas las atrabiliarias disputas que puedan suscitarse, la fuerza del siglo nos hará, mal que nos pese, seguir esa misma senda de que ahora queremos separarnos. Asi lo acredita el ejemplo: hace veinte y seis años que principió la revolucion. Solo una idea ha sobrevivido á todas las demás, la idea que fue causa y principio de esta revolucion, la idea de un órden político que proteja los derechos del pueblo sin lastimar los de los soberanos. ¿Habrá alguno que crea que lo que ni los furores revolucionarios, ni las violencias del despotismo pudieron destruir, pueda destruirse en estos momentos? La Convencion nos curó para siempre de tendencias al republicanismo; y Bonaparte tomó por su cuenta el curarnos radicalmente de aficion al poder absoluto. Estas dos lecciones nos han hecho conocer que una monarquía limitada como la que se debe á Luis XVIII, es el gobierno que mas conviene al decoro y la felicidad de la Francia.

INFORME

ACERCA DEL ESTADO DE LA FRANCIA EN 12 DE MAYO DE 1815, PRESENTADO AL REY EN SU CONSEJO DE GANTE (1).

Señor:

Acaba de suceder la única desgracia que amenazaba á la Europa despues de tantas calamidades. Los soberanos, augustos aliados vuestros, creyeron que impunemente podian emplear su magnanimidad para con un hombre que no conoce ni el valor de una conducta generosa, ni la religion de los tratados. Error ha sido este de aquellos que dependen de la nobleza de carácter. Un alma elevada y recta apenas puede formarse idea de la maldad y el artificio; el salvador de Paris no podia entender á fondo al destructor de Moscou.

Bonaparte, colocado por una extraña fatalidad entre las costas de Francia é Italia se ha dejado caer como Genserico sobre el sitio *á donde le llamaba la cólera de Dios*. Como esperanza de todo el que habia cometido ó meditaba cometer un crímen, apareció, por último, y puso en accion su proyecto. Hombres abrumados con vuestros beneficios, con el seno cubierto de los distintivos que les habeis concedido, besaron por la mañana la mano del monarca á quien iban á vender por la noche. Vasallos traidores, indignos franceses, desleales caballeros, cuando aun resonaba en sus labios el juramento de fidelidad que acababan de haceros, iban con la flor de lis en el pecho, á jurar, por decirlo asi, el perjurio al que tampoco vacilaba en declararse á sí mismo traidor, rebelde y desleal.

Por lo demás, señor, el ultimo triunfo que corona y pone término á la carrera de Bonaparte, nada tiene de maravilloso: no llega á ser una revolucion verdadera; nada mas es que una efímera invasion. Ningun cambio real ha producido en Francia: las opiniones siguen siendo las mismas que eran. Tampoco es el re-

(1) Cuando llegamos de Gante tuvimos ocasion de oir á algunas personas que á pesar de ser muy buenos realistas, se habian dejado sorprender y trataban de justificar su entusiasmo hácia un personaje demasiado célebre, diciendo:

No sabeis los favores que nos ha hecho; no os habeis hallado aquí durante los cien dias; no habeis conocido el espíritu de la Francia, etc., etc.

Extraño es suponer que unos hombres que habian pasado muchos años en Francia bajo el reinado de Bonaparte; que no se habian ausentado mas que por el término de tres meses; que durante este periodo habian vivido á pocas leguas de la frontera; que todos los dias habian recibido noticias de Paris públicas ó confidenciales con solas veinte y algunas veces diez y seis horas de retraso; que estaban en el centro de los ejércitos y de la diplomacia europea, es decir, en el centro de todas las inteligencias y relaciones; que á cada momento veian llegar cerca del rey franceses de la capital y de las provincias; es bien extraño, vuelvo á decir, suponer que para tales hombres la Francia debia ser un país totalmente desconocido. Por lo cual, si se lee con alguna atencion este informe, no podrá menos de verse que no nos hallábamos los que habitábamos en Gante tan mal instruidos de lo que sucedia en Paris; que habiamos previsto el desenlace de aquella breve tragedia, y que tal vez juzgabamos de las maquinaciones y estado de los partidos mejor que el que se hallaba colocado mas cerca del teatro.

sultado inevitable de un largo encadenamiento de causas y de efectos. El rey se ha retirado por un momento: la monarquía subsiste en su integridad. La nacion con sus lágrimas y sus pesares ha demostrado que se separaba del poder armado que le imponia leyes.

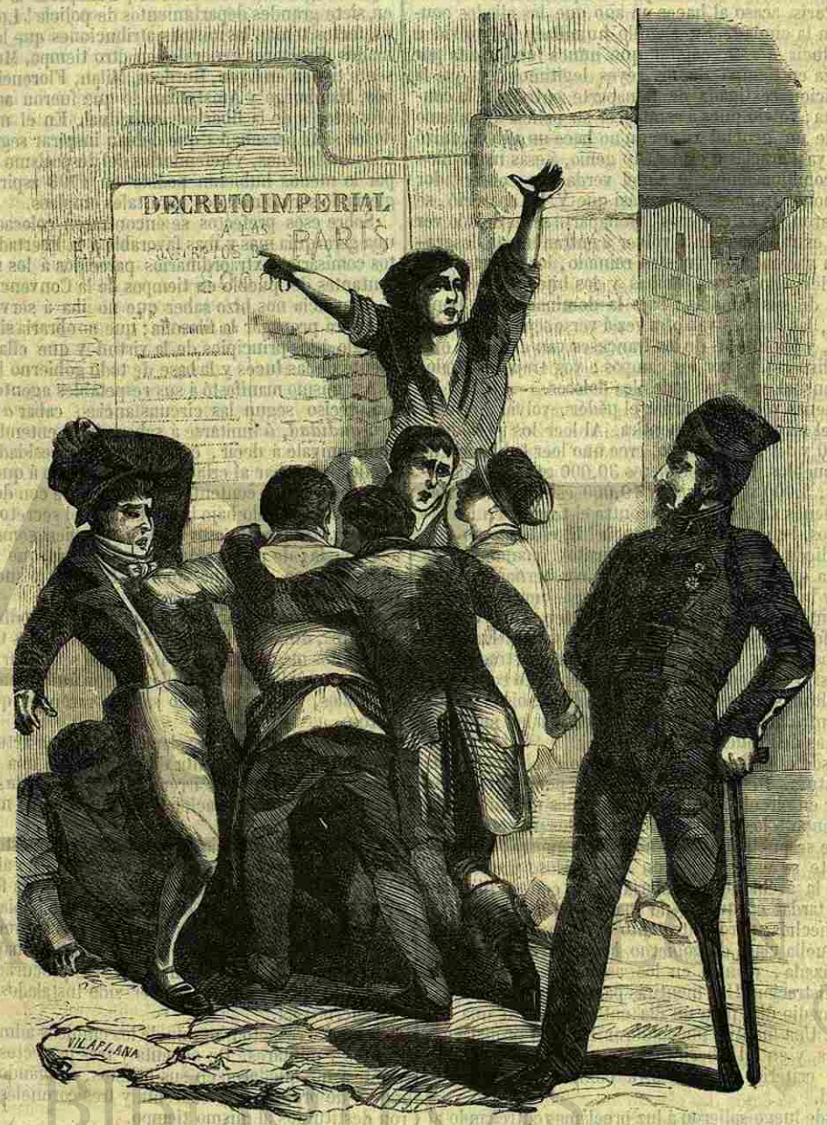
Estos repentinos trastornos son asaz comunes en todos los pueblos que han tenido la espantosa desgracia de caer en manos del despotismo militar. Llenas están de ellos la historia del Bajo imperio, la del imperio otomano, la del Egipto moderno, y la de las regencias de Berbería. A cada momento en el Cairo,



UN INGLES VENDIENDO A SU MUJER.

en Túnez y en Alejandría ocurre que un rey proscripto trata de restaurar su fortuna en las fronteras del desierto. Para el buen éxito de su empresa no necesita de un valor extraordinario, ni de profundas combinaciones, ni de elevados talentos: puede ser el mas comun de los hombres con tal que sea el peor de todos. Estimuladas por la esperanza del botin se declaran en favor suyo algunas hordas armadas: el pueblo consternado tiembla, considera, llora y enmudece: un puñado de hombres armados se hacen respetar de la multitud indefensa. El déspota avanza entre el rumor de las cadenas, entra en la capital de su estado, triunfa y muere.

Hace ya largo tiempo, Señor, que el cielo os esta probando, porque quiere que seais un monarca completo. Vuestras regias virtudes, si es que se hallaban en esa Francia, cuyas fronteras estais casi viendo, y cuyos males quereis conocer para remediarlos, me mandais que os presente el cuadro del estado político y de las disposiciones morales de la nacion. Voy por lo tanto, Señor, á someter á vuestras luces una serie de hechos y de refleviones.



DECRETOS DE QUINTAS EN TIEMPO DEL IMPERIO.

Hablaré sin rodeos: Vuestra Majestad cuya vista alcanza á todo, sabrá comprenderme.

§ I. *Actas y decretos para el interior.*

Bonaparte llegó á París el 20 de marzo por la tarde;

el robador de las libertades patrias, se introdujo en el palacio de los reyes de Francia al extenderse las tinieblas de la noche, el triunfador, *conducido en brazos de sus pueblos*, invadió el palacio de las Tullerías penetrando por una puerta falsa. ¡Tanta es la confianza que tenia en el amor de sus vasallos! El terror y la supersticion acompañaron sus pasos al cruzar aquellos salones por segunda vez abandonados, despues de haber vuelto á ver á la hija de Luis XVI.

La historia observará que Bonaparte entró esta vez en París, acaso al hacer un año que los aliados ocuparon la ciudad. Su orgullo humillado le volvió á cunducir á esta capital que nunca fue tomada por fuerza en tiempo de los reyes legítimos, y que la ambicion castigada de Bonaparte entregó á la conquista: volvió pues á establecer su policía allí mismo donde un general ruso aun no hace un año organizó la suya: gracias á este vasto genio, á esas maravillosas combinaciones de aquel verdadero conservador del honor francés! Señor, asi que V. M. apareció, se retiraron los extranjeros: Bonaparte se ha dejado ver y los extranjeros van á volver á entrar en esta desgraciada nacion. Bajo vuestro reinado, los muertos fueron devueltos á sus tumbas y los hijos volvieron al seno de sus familias: bajo la dominacion de Bonaparte, las madres van otra vez á verse separadas de sus hijos, y los huesos de los franceses van á quedar otra vez dispersados por los campos: vos trajisteis todos los consuelos; él trae todos los dolores.

Apenas volvió á usurpar el poder, volvió á principiar el reinado de la mentira. Al leer los periódicos del 20 y del 21 de marzo, cree uno leer la historia de dos pueblos. En los primeros 30,000 guardias nacionales, 3,000 voluntarios y 10,000 estudiantes gritaban llenos de indignacion contra el tirano; en los segundos, bendecian su presencia! El entusiasmo, segun dicen, acompañaba su tránsito, cuando es cosa sabida que solo el silencio de la consternacion y del terror le salieron por donde quiera al encuentro. Señor entonces era mas real y mas interesante vuestro triunfo, porque era el triunfo de un padre! Las bendiciones de los pueblos acompañaban vuestros pasos, y vuestro corazon se halla aun enternecido con aquellos últimos gritos de ¡*viva el rey*! que oisteis resonar entre gemidos y sollozos hasta en las postreras cabañas de Francia!

Desde entonces cada dia ha visto el aborto de una impostura. Desde luego tuvieron por conveniente poner en circulacion algunas audaces mentiras para desalentar á los buenos y animar á los perversos. Asi es que se publicó que ya no habria guerra; que Bonaparte se entenderia con los aliados, y que iba á llegar la archiduquesa María Luisa con su hijo. No podia tardar en quedar de manifiesto la falsedad de tales hechos; pero entretanto iban ganando tiempo. En aquella clase de gobierno la mentira es una cosa organizada, y entra en los asuntos como medio de administracion. Hay mentiras para un cuarto de hora, para medio dia, para un dia entero, y para una semana. Una mentira puede durar hasta la propalacion de otra, y en tal laberinto de imposturas la mente de mejor criterio se encuentra confusa para hallar la verdad.

Desde luego salieron á luz proclamas entregando al olvido cuanto se hubiese escrito ó dicho bajo el gobierno real. Las personas fueron declaradas libres, la nacion libre, la imprenta libre: no se queria mas que paz, independencia y felicidad del pueblo. Todo el sistema imperial ha cambiado: la edad de oro va á renacer. Bonaparte será el Saturno de nuevo siglo de inocencia y prosperidad; un Saturno que no se comerá sus hijos como el de la fábula. Veamos si la práctica ha correspondido á la teoría.

En el *Campo de Mayo* es en donde la nacion va á ser regenerada: allí se repartirán las águilas á las legiones, y se coronará (verosimilmente por cóntumaz) al heredero del imperio, y allí finalmente se hará el escrutinio de los votos en pro ó en contra del Acta adicional á las constituciones. No me olvidaré de indicar, al fin de este informe, cual será verosímilmente el objeto real de esta grande asamblea.

En tanto que llegaba la aceptacion de la Acta adicional que ha de volver á dar su independencia al pueblo francés, la nacion empezó á disfrutar las ventajas del gobierno mas liberal. ¡Bonaparte la dividió en siete grandes departamentos de policía! Los siete prefectos tenian las mismas atribuciones que los llamados directores generales en otro tiempo. Muy presente tienen en Lyon, Burdeos, Milan, Florencia, Lisboa, Hamburgo y Amsterdam lo que fueron aquellos protectores de la libertad individual. En el número de los siete personajes que debian inspirar seguridad á los ciudadanos, y defenderlos del despotismo cuatro por lo menos hubieran podido en 1793 aspirar á la gloria de ser nombrados para tales empleos.

Sobre esos prefectos se encontraron colocados en una gerarquía mas y mas favorable á la libertad ciertos comisarios extraordinarios parecidos á los representantes del pueblo en tiempos de la Convencion.

La policía nos hizo saber que no iba á servir mas que para propagar la filosofía; que no obraria sino con arreglo á los principios de la virtud y que ella era la fuente de las luces y la base de todo gobierno libre.

Asi mismo manifestó á sus respetables agentes que era preciso segun las circunstancias, cabar *a gran profundidad*, ó limitarse á saber oir, y entender; lo cual equivale á decir, que segun la necesidad convendria sobornar al criado é invitar el hijo á que venda á su padre, ó contentarse únicamente con decir lo que se haya sabido bajo la confianza del secreto.

Los *asuntos religiosos* quedan tambien sometidos á la policía, de manera que la conciencia que anteriormente no dependia sino de Dios en lo sucesivo tendrá que obedecer á un espía.

Segun el poder constitucional de V. M. podian los ministros, durante el año 1815, separar de los tribunales á los magistrados que no pareciesen gozar de la confianza pública. Ocho ó diez fueron únicamente los separados, y todo el mundo sabe la razon por qué lo fueron.

¡*Qué arbitrariedad*! exclamó el gobierno actual de Francia, y en el acto quita de su puesto á una multitud de magistrados de irreprochable conducta, distinguidos por su ilustracion y agenos de todo movimiento político.

Otro acto aun mas violento se habia propuesto llevar á cabo; pero tuvo que desistir del empeño al verse contrariado por la opinion. Siendo de pura forma el acto que instituye los escribanos jamás habia sido anulado por ninguno de los gobiernos revolucionarios que se han ido sucediendo, y sin embargo Bonaparte quiso anular un acto que instituia tres procuradores y ocho escribanos solo por haber sido instalados bajo el gobierno real.

Tampoco respetó ninguno de los empleos administrativos y militares. De ochenta y tres prefectos solo veinte y dos quedaron en sus puestos, obligándoles á mudar de prefectura: cuarenta y tres coroneles fueron destituidos al mismo tiempo.

Esta completa libertad que emana de la policía, como de su natural orígen: este respeto á las leyes, á los hombres y á las cosas nació de la libertad de imprenta; pues quedó abolida la censura y la direccion. Verdad es que si la prensa estaba libre, Vincennes tenia abiertas sus puertas, y que como medida de seguridad quedaron provisionalmente los periódicos y los libros en manos del señor duque de Otranto.

La generosa censura que los ministros de Bonaparte se atreven á echar en cara á vuestro ministerio fue mas bien establecida por ellos que por nosotros: el público se hallaba forzado á no desplegar sus labios sobre lo pasado, y en tiempo del rey no se hablaba por lo menos de ciertos hombres mas que con el tono de la imparcialidad y únicamente para rechazar quizás sus imprudentes ataques.

Bonaparte trató de procurarse otra ventaja por medio de la abolicion del impuesto llamado *ejercicio*, esa gran dificultad de la contribucion sobre las bebidas. Por de pronto, si los derechos reunidos eran odiosos, ¿quién los habia establecido? ¿No era Bonaparte? Luego no hizo mas que alterar su propia obra; mas para que la abolicion tenga efecto aun hay que esperar al 1.º de junio de este año. Bonaparte contando con su buena fortuna cree sin duda que antes de esta época vendrá algun acontecimiento en ayuda suya. Escusado es preguntarle con qué derecho el gefe de un pueblo libre se atreve á tocar el presupuesto, ni indicar otro modo de recaudacion que el que estaba mandado por la ley: Bonaparte no contesta á estas preguntas: él lo sabe y esto basta: segun las exigencias de su policía él siempre es dueño de suprimir, ó hacer que suprime una contribucion bastante desagradable para el pueblo. Si se ve apremiado por los sucesos, ¿no tiene en su mano el gran recurso de no pagar las deudas? El tesoro debe estar siempre bastante provisto cuando el recaudador es la violencia y cuando no se pagan mas deudas que las que acomodan. Para salir de apuros puede tambien contarse con los secuestros, las confiscaciones, los donativos *voluntarios* forzosos y las exacciones.

Vos, señor, que reinais por medio de las leyes, del órden y la justicia, que ni podeis, ni quereis buscar tesoros en las arbitrariedades, ni en la afliccion de vuestros vasallos, vos, que os reputais dichoso en pagar deudas que no habeis contraido, deudas tanto menos obligatorias cuanto que fueron hechas para cerraros el camino del trono; Vos, señor, no habeis empleado al empuñar el cetro otros medios de agradar á vuestros pueblos mas que los que naturalmente nacen de vuestras virtudes. La bancarrota consumada ó proyectada no os ha parecido un sistema de hacienda digno de la Francia ni de vos. Suprimir en el acto una contribucion por odiosa que la juzgarais, os ha parecido una liberalidad criminal; mas yo convengo en que para mantenerla era preciso todo el valor de un rey legítimo, cuyas paternales intenciones son conocidas y veneradas. Un usurpador no podia tomar una resolucion tan noble, ni preferir al presente un porvenir que nunca llegará para el.

Lo que digo tocante al recurso de las futuras espoliaciones no es, señor, una conjetura mas ó menos probable. No me atreveria á hablar á V. M. sino en vista de documentos oficiales. Las espoliaciones están visiblemente anunciadas; los despojos del ciudadano están prometidos al soldado en el informe de la Legion de honor donde dice que se reemplazará por bienes situados en Francia una parte de los sueldos del ejército. ¿Qué bienes serán estos? Probablemente los viñedos de Burdeos, los olivares de Marsella, en una palabra, todos los bienes de los particulares y de las ciudades que habrán manifestado adhesion á la causa de los Borbones.

Señor, el artículo 66 de la Constitucion dice: «Queda abolida la pena de confiscacion de bienes y sin que pueda restablecerse en lo sucesivo.» De manera que V. M. despojada tanto tiempo hace de sus dominios por sus enemigos, no encuentra mejor medio de vengarse de ellos que la abolicion del odioso principio de la confiscacion de bienes. ¿Cuál de los gobiernos será el equitativo? ¿Cuál será el verdadero rey?

Habeis abolido la conscripcion: creiais por lo tanto señor, haber librado de esa plaga para siempre á vuestro pueblo y al mundo. Bonaparte vuelve á reproducirla aunque bajo otra forma y con una denominacion menos odiosa. El decreto relativo á la guardia nacional es lo mas terrible y monstruoso que la revolucion ha dado á luz hasta el presente; encuéntranse ya designados 3,130 batallones á razon de 720 plazas cada uno, que formarán una fuerza efectiva de 2.253,600 hombres. Hay que advertir que hasta ahora no hay movilizados mas que 240 batallones, escogidos entre los cazadores y granaderos y representando un total de 72,800 hombres. No se cree aun bastante fuerte Bonaparte para poner en movimiento el resto; mas eso sucederá regularmente mediante la gran máquina del Campo de Mayo.

Esta inmensa redada coge á toda la poblacion de Francia, y abarca lo que las masas y los decretos de quintas no pudieron abarcar. En 1793 la Convencion no se atrevió á disponer mas que de siete años, es decir, de los hombres de diez y ocho hasta veinte y cinco años. Hoy queda extendido este plazo desde veinte á sesenta años. Reformados, no reformados, solteros, no solteros, de remplazo, no de remplazo, guardias de honor, voluntarios, todo ciudadano, por decirlo de una vez se encuentra envuelto en esa quinta universal. Bonaparte cansado de diezmar el pueblo francés, se decide á exterminarlo de un solo golpe. Créese que la policía con sus terrores obligará á inscribirse á todo ciudadano. No se han establecido los comités de reformas, sino como para nuevo insulto, y otro tanto puede decirse de las antiguas comisiones de la libertad de imprenta y libertad individual cerca del senado. Afortunadamente, señor, habrá hechos materiales é influencias morales que contribuirán á disminuir el peligro de ese desastroso sistema. En los arsenales de la nacion quedan ya muy pocos fusiles, y á consecuencia de la invasion del año pasado han sido destruidas ó desmontadas muchas fábricas de armas. Podrian es verdad fraguarse picas para entregarlas por de pronto á la multitud; pero esta es un arma que ofrece pocos recursos y no querran sin duda renovar el decreto de la formacion de compañías uniformadas con blusa azul, y gorro galo. Por lo que toca al arma aquella que en manos de los franceses suple á todas las demás, el valor, es bien seguro que los guardias nacionales no la esgrimirán contra V. M. Toda la fuerza moral de la Francia, todo el torrente de la opinion están en favor de su rey. En muchos departamentos no se formará la guardia nacional, ó por lo menos no llegará á organizarse y por último el paisanage oprimido por los militares no se dejará subyugar, si llega á empuñar las armas y Bonaparte en vez de fundir un pueblo que le aborrece en un ejército á quien seduce, perderá acaso una soldadesca desenfrenada en medio de una poblacion que le es enemiga,

Para contrabalancear ese enorme decreto de muerte era de esperar alguna medida filantrópica. Esta es la razon porque Bonaparte al pedir la vida de dos millones de Franceses, se conmueve por la suerte de los habitantes de Borgoña y Champaña. Es verdad que no estaria en su mano el indemnizar á las víctimas de su ambicion, supuesto que no fue otra la causa que atrajo los extranjeros, por decirlo asi, como de la mano desde las llanuras del Boristenes hasta las márgenes del Loira: es muy justo socorrer á los que uno ha hecho desgraciados. V. M. habia empleado en consolar las tristes víctimas del usurpador no la estéril ostentacion de un charlatan de humanidad, sino la fecunda benevolencia de un padre. La religion se asoció á tan generosa empresa y volvió á despertar en todos los corazones dulces sentimientos de piedad. No era ciertamente cargando en una parte las contribuciones que se aligeraban en otra, como trató V. M. de socorrer al pueblo: el desgraciado no tenia que pagar contribucion por el desgraciado, la humanidad no excluia la justicia.

Señor, vos edificasteis; Bonaparte ha destruido

Vuestras leyes abolieron la proscripcion y la confiscacion no autorizaron el destierro, ni el encarcelamiento arbitrario: dejaron á los representantes del pueblo el derecho de sentar las contribuciones y aseguraron juntamente con el derecho á todos los honores, la libertad civil y política. Con Bonaparte ha vuelto á aparecer la proscripcion, y se ha hecho violencia á las fortunas. La Cámara de los Pares y la de los diputados han sido disueltas. El presupuesto se ha alterado, modificado y desnaturalizado por la voluntad de un solo hombre, y quedan abolidas ó por lo menos puestas en duda las gracias concedidas á los defensores de la patria. Ensáñanse contra los empleados de vuestra casa civil y militar, y se publica un decreto que obliga á marchar de París á cualquiera que haya ejercido funciones ministeriales, ó á prestar un juramento bajo pena de tomar contra los que no obedezcan las convenientes medidas; vagas palabras que dan toda latitud á la arbitrariedad. De esta manera el tirano puede ir eligiendo sus víctimas desentendiéndose del olvido y de la seguridad concedida en sus primeras proclamas. Ya es considerable el número de secuestros, de prisiones y de destierros; ya hay trece víctimas cuyos nombres figuran en una lista de muerte. Señor..... vos mismo estais proscripto, vos y los descendientes de Enrique IV, juntamente con la hija de Luis XVI. ¡No podriais en estos momentos sin aventurar la vida poner los piés en aquella tierra sobre la que derramasteis tantos favores, en donde enjugasteis tantas lágrimas, en donde devolvisteis tantos hijos á sus padres; sobre la que no consentisteis que se derramara una sola gota de sangre, y á la que restituisteis la paz y la libertad! Al volver á ocupar V. M. el trono de sus antepasados despues de 23 años de desgracias os encontrasteis en frente de los que sentenciaron á vuestro hermano. ¡Esos hombres viven! ¡No solo viven, sino que vuestra magnanimidad les conservó hasta los derechos de ciudadano! ¡Y son esos mismos los que hoy fulminan decretos de muerte y proscripcion contra vuestra sagrada persona, contra vuestra augusta familia y contra vuestros mas leales servidores! ¡Y todos esos actos en que la violencia, la injusticia y la hipocresía rivalizan con la ingratitud! ¡se expiden en nombre de la libertad!

II.—*Exterior.*

La política exterior de Bonaparte presenta las mismas contradicciones de conducta y de lenguaje: siendo falsos todos los medios de su poder, hallándose todo en oposicion con su carácter forzosamente todo lo que él hace y todo lo que él dice debe participar de la misma falsedad. Ahora se ha propuesto engañar al mundo entero, pero va á caer en sus propias redes. V. M. en su alta sabiduría comprenderá los motivos que le hacen obrar, cuando yo trataré de desenvolver el espíritu del gobierno actual del usurpador y presentarle sin máscara: por ahora no me ocupo mas que de los hechos.

El plan de Bonaparte es adormecer las potencias al exterior con protestas de paz, asi como interiormente trata de seducir á la nacion con promesas de libertad. Pero la paz que promete es guerra, la libertad que ofrece es esclavitud. Por una parte promete guardar el tratado de Paris; por la otra sostiene el espíritu de su ejército presentándole en perspectiva la Bélgica, los límites *naturales* del Rin, y aquella hermosa Italia, objeto de sus predilecciones filiales. El ministro de asuntos extranjeros de Bonaparte discurre, segun el *Moniteur*, de un modo bastante particular:—«Su »señor se propone, segun dice en aquel periódico »cumplir el tratado de París: las potencias aliadas por »toda contestacion ponen en marcha sus ejércitos. Es »asi que, si las potencias no se dirigieran mas que »contra un solo hombre, como ellas dicen, no necesitarian de 600000 soldados para atacarle. Luego, (es »argumento del señor duque de Vicence), es contra el »pueblo francés contra quien sus ejércitos se aprestan.» ¿Pero si estas potencias aceptan el tratado de París con Luis XVIII, y lo rechazan con Bonaparte, no es evidente que un solo hombre constituye en tal caso toda la diferencia y que en renlidad solo contra este hombre se dirigen?

Las potencias aliadas no tienen derecho de mezclarse en los asuntos de Francia. Ciertamente que no; ellas mismas declaran que no pretenden arreglar las instituciones políticas de esta nacion. Pero cuando los franceses, oprimidos por una faccion, ven que vuelve á ponerse á su frente el enemigo del género humano, el hombre que ha llevado el fuego y el hierro á todas las naciones de Europa, ¿no estarán en su derecho los soberanos si tratan de librarles del nuevo peligro que les amenaza? ¿Quién puede fiarse de las palabras de Bonaparte? ¿Quién creerá sus juramentos? Por medio de sus protestas de paz nada mas quiere que ganar tiempo y reunir sus legiones.

¿Por ventura puede convenir á la Francia ni á las naciones vecinas el dejar subsistir en el centro del mundo civilizado un puñado de militares perjuros que dominando al ejército dispongan á su placer del cetro de San Luis y lo den, y lo tomen segun se lo sugiera su capricho? ¡Pues qué! ¿Podrá ser arrancado un soberano legítimo de entre los brazos de su pueblo por una horda de genizaros? ¡Pues qué! ¿Podrán todos los gobiernos verse á cada paso puestos en un nuevo peligro, sin que les quepa el derecho de tratar de poner un freno á semejantes demasías? ¿Lo que sin el mayor inconveniente para Europa hacen los piratas de Argel podrán hacerlo los franceses sin inconveniente para el órden social? ¿No deben tomarse contra las costumbres y los mamelucos del moderno Egipto tantas precauciones como contra la peste que nos viene de ese país? ¿Consentirán los soberanos de Rusia, Alemania, Inglaterra, España, Portugal, Sicilia, Suecia y Dinamarca en recibir, por derecho de ejemplo la corona de mano de sus soldados? Finalmente ¿podrán decidirse las naciones que aman las leyes y la libertad en poner estos bienes bajo la proteccion del despotismo militar?

Si Bonaparte tuviese intenciones tan pacíficas como sus ministros aseguran ¿estaria cometiendo sin cesar actos de agresion contra las córtes extranjeras? Esfuérzase, aunque en vano por hacer que los regimientos suizos sean infieles á su patria; promete media paga á los oficiales belgas que han dejado de ser súbditos de Francia; insulta al noble soberano que habiendo tambien sido probado por la desgracia, ha dispensado generosa acogida á su ilustre compañero de infortunio. Bonaparte se jacta de ser amado en Bélgica; pero se engaña, le detestan. Sus quintas, su guardia de honor y sus persecuciones religiosas le han convertido en objeto de horror para los habitantes de esas hermosas provincias.

Bien comprendo, Señor, cuan desgarrador es para vuestro corazon todo lo que acabo de decir. Tambien nosotros participamos en estos momentos de vuestra régia tristeza. No hay ni uno solo de vuestros consejeros, ni de vuestros ministros que no diera su vida para impedir la invasion de la Francia. Señor, vos sois francés y nosotros tambien lo somos. Sensibles al honor de nuestra patria, celosos de la gloria de las armas nacionales, admiradores del valor del ejército, desearíamos derramar en medio de sus batallones hasta la última gota de nuestra sangre para atraerles á la senda del deber, ó para participar de sus triunfos legítimos. Vemos con el mas profundo dolor las calamidades que están prontas á caer sobre el país: no podemos ocultar que la Francia se halla en un inminente peligro: Dios ha vuelto á coger el azote que vuestras reales manos habian dejado caer al suelo: es de temer que el rigor de su justicia esceda la grandeza de vuestra misericordia! ¡Ah, Señor los extranjeros respetando al descendiente de los reyes, al heredero de la buena fe de San Luis y de Luis XII, al oir vuestra voz salieron de Francia! Mas si los facciosos que tiranizan á vuestros vasallos prolongasen su usurpacion, si nada hacen vuestros angustiados vasallos para romper el yugo, vos mismo no seriais dueño de conjurar los males que trae consigo la presencia de un ejército extranjero. Por lo menos vuestra regia solicitud se ha asegurado ya mediante la fe de los tratados de que no se hará guerra mas que á un solo hombre. No os habeis descuidado en volar al socorro de vuestro pueblo, y habeis tenido el arte de convertir en amigos generosos á los que de otro modo se habrian presentado como enemigos inplacables.

III.—*Cargos que se hacen al gobierno real.*

Acabamos de ver que el principal medio de que Bonaparte se vale para establecer nuevamente su poder es engañar á la Francia y á la Europa; el segundo es calumniar al gobierno real. Entre los cargos que se hacen contra el gobierno de V. M. muchos se apoyan absolutamente en hechos falsos, gran parte de los restantes son absurdos y solo hay algunos que considerados aisladamente y sin el conjunto de circunstancias tienen alguna vislumbre de verdad.

Asegura Bonaparte que habiendo sido disipado el patrimonio extraordinario por el gobierno real le promete reemplazarlo *por bienes* en Francia que servirán de donativo de quien corresponda.

El patrimonio extraordinario y el privado representarian poco mas ó menos la suma de 480 millones. De esta suma total han servido 150 ó 157 millones del patrimonio extraordinario, y 100 del privado para pagar en el último presupuesto las deudas del Estado, ó mas bien han sido dados para deducion de esas deudas. ¿Pero, es el rey quien ha contraido esas deudas? El rey ¿es el desvastador del país, ó es el que reedifica el estado?

Ciento cincuenta millones debidos por las potencias extránjeras entraban en el cálculo de los 480 del patrimonio extraordinario. Los aliados pasaron á Francia á buscar el desquite de esos 150 millones: tampoco es el rey quien les proporcionó ese desquite; supuesto que los extranjeros solo por causa de Bonaparte pasaron á París. Hé aquí, pues mas de 100 millones del patrimonio extraordinario que necesariamente han desaparecido y de los que vuestro ministerio no puede ser responsable.

Los 100 millones restantes del patrimonio extraordinario se componian del empréstito de Sajonia, que asciende de 13 á 17 millones; de 15 ó 20 sobre el Monte-Nápoleon de Milan, de algunos otros sobre el Monte-Napoleon de Nápoles; de 110 acciones de canales; de algunos millones sobre las salinas de Peccais; de algunas casas; de sumas debidas por la familia Bonaparte y por diversos particulares: los pagarés de los deudores, entre otros uno de Gerónimo Bonaparte por la suma de un millon han quedado con los valores de que hemos hecho mérito en la caja del patrimonio extraordinario La única cantidad perteneciente al dominio privado de que ha echado mano el gobierno de V. M. es una suma de ocho millones en efectos sobre la plaza, aplicable á restauraciones del Louvre de Versalles, y á compra de ulgunas casas en el Carrusel. De estos ocho millones solo se habian gastado cuatro en la época de 20 de marzo.

Privado de los documentos que podrian dar á estos cálculos una esactitud rigurosa puede suceder que se hayan cometido algunos errores en el resultado que presento á V. M.; mas nunca podrán ser ni de consideracion, ni numerosos y basta ese resúmen general para patentizar la mala fe y destruir las calumnias de Bonaparte.

Por lo tocante al secuestro de los bienes de la familia de Bonaparte diremos que además de las razones de Estado muy evidentes en la actualidad que obligaban al ministerio á tomar prontamente esa medida, hay además la de haberse descubierto que esa familia debia muchos millones á la Francia: los pagarés de estas deudas existian en la caja del patrimonio extraordinario, y representaban una cantidad tomada de dicho patrimonio. La confiscacion de bienes de los deudores ausentes era pues una consecuencia necesaria de las sumas que debian al Estado.

Para dirigirse sin duda á las pasiones de la última clase del pueblo se ha supuesto que los diamantes de la corona eran propiedad del Estado.

Si alguna cosa pertenece á los Borbones como herederos de los Capetos y los Valois son esos diamantes comprados con su dinero y llamados por esta circunstancia, *joyas de la corona*. El mas hermoso de estos diamantes *el Regente*, presenta en solo su nombre una prueba incontestable de pertenecer á una propiedad particular. No hablo, señor, del derecho que teneis, consagrado por la Constitucion de poder tomar en tiempos de crisis toda medida necesaria para la salvacion del Estado: poner á cubierto las riquezas que pueden caer en manos del enemigo es uno de los mas imperiosos deberes del monarca. Lejos de poderse acriminar á los ministros de V. M. por haber librado de Bonaparte las propiedades del Estado, se les podria hacer el cargo de haberle dejado treinta millones en metálico y cuarenta y dos en efectos. ¿En tales circunstancias se habria olvidado Bonaparte de agotar el tesoro público y hasta de despojar el Banco? ¿No trató su gobierno de llevar tambien los diamantes de la corona el último año? Bien se echa pues de ver que todos estos cargos son un tejido de absurdos y objeto de desprecio. Al dejar vuestro ministerio á Bonaparte setenta y dos millones, podria ser acusado de exceso de buena fe; mas esas son faltas en que incurre la probidad y quedan absueltas por la conciencia.

Se ha dicho que el gobierno real, faltando á la Constitucion y á sus promesas habia apremiado excesivamente á los compradores de bienes nacionales. Bonaparte ha nombrado una comision para que tome conocimiento de esos supuestos delitos. ¿Qué resultado han producido sus investigaciones?

Dicen tambien que el gobierno real ha desconocido la gloria del ejército! ¿Quién ha sido mas admirador de los guerreros franceses que los Borbones? ¿Quién los ha recompensado mas noblemente? Séame lícito recordar, que en un escrito publicado á la vista de V. M., escrito que mereció el honor de su real aprobacion, hablé de los sentimientos y de los triunfos del ejército con una justicia que al parecer excitó la gratitud del soldado (1). ¿Tendremos que arrepentirnos de aquellos elogios? No ciertamente: la infidelidad de algunos gefes y la debilidad de un momento no pueden, señor, borrar tanta gloria: los derechos del honor son imprescriptibles á pesar de las pasajeras faltas que puedan oscurecer su brillo.

Finalmente, señor, viene la grande acusacion de despotismo. ¡El despotismo de los Borbones! Estas palabras parece que se excluyen mutuamente. ¡Y es Bonaparte el que acusa á Luis XVIII de despotismo! Preciso es confiar mucho en la estupidez ó en la perversidad de los hombres para aventurar tan groseras calumnias. Nada le cuesta al usurpador la mas audaz mentira, ni se averguenza de caer en las mas evidentes contradicciones; pues al mismo tiempo que representa el gobierno real como violento y tiránico le acusa de incapaz y débil.

¿Seria tiránico el gobierno que tuvo tanto temor de

(1) Véanse las *Reflexiones políticas*.

quebrantar las leyes que prefirió exponerle á los mayores peligros antes que emplear una autoridad arbitraria para contener á los conspiradores? ¿Seria tiránico el gobierno que armado con la ley de la censura, dejaba que se publicaran contra él los escritos mas sediciosos?

¿Se han visto en el reinado de Luis XVIII mas de setecientas personas retenidas en las carceles despues de haber sido absueltas por dos tribunales, como sucedia en tiempo de Bonaparte?

¿Ha anulado el rey alguna sentencia de los jurados? ¿Ha sido arrestado el general Excelmans despues de haberle el tribunal declarado inocente?

¡Cómo! ¡Habeis, señor, perdonado no solo todas las faltas, sino hasta todos los crímenes! Despues de tantas desgracias, de tan dolorosos recuerdos, de tantos objetos de venganza habeis extendido un generoso olvido sobre todo! Habeis recibido en vuestro palacio á los que os han servido, y á los que han causado ofensas; no habeis hecho distincion alguna entre y el hijo inocente y el hijo arrepentido; habeis realizado en toda su latitud y en toda su sencillez la interesante parábola del hijo pródigo, ¡y aun se atreven á hablar de la tiranía de los Borbones!

¡Ah, señor! cuando el pueblo reunido bajo vuestras ventanas la víspera de vuestra partida manifestaba tan pronto con aclamaciones de amor, tan pronto con un silencio sepulcral, todo el afecto que profesaba á su padre; cuando el paisanaje de Artois y de Flandes os seguia colmándoos de bendiciones, ¿era por un tirano, por quien hacian tan amantes extremos? Levántese á acusaros el hijo á quien hayais privado de padre, ó el ciudadano á quien hayais despojado. ¿Se atreverá Bonaparte á lanzar ese reto á la Francia?

Empero, vuestros ministros, señor, no eran hombres de buena fe; querian destruir la Constitucion. El nuevo gobierno de Francia empleando hasta los medios mas odiosos para atacar al gobierno real ha hecho registrar cuidadosamente todos los papeles donde creia poder encontrar un motivo de acusacion. En una papelera secreta de la habitacion de uno de vuestros ministros habia cartas que prometian revelar misterios importantes. Pero ¿qué es lo que han hecho saber al público aquellas cartas confidenciales, misteriosas y ocultas que han tenido la torpeza de publicar (sabido es que tambien la pasion comete faltas, y que los perversos no son siempre los mas diestros)? No han revelado aquellas cartas sino que vuestros ministros, si bien discordes en algunos detalles, pensaban unánimemente que no era posible reinar en Francia sino por la Constitucion y con la Constitucion, y que amando los franceses y queriendo la libertad, era preciso avenirse á las costumbres y opiniones del siglo.

Si tuviéramos en nuestra mano los papeles secretos de Bonaparte es probable que hallariamos en ellos revelaciones de muy distinto género.

Si, esta es, señor, la ocasion de protestar del modo mas solemne; todos vuestros ministros, todos los miembros de vuestro consejo están inviolablemente adheridos á los principios de una sana libertad y de vos toman el modelo de ese amor á las leyes, de ese órden y de esa justicia, sin la que no hay felicidad para un pueblo. Séanos lícito, señor, el decíroslo con el respeto profundo y sin límites que profesamos á vuestra corona y á vuestras virtudes: nos hallamos prontos á derramar por vos hasta la última gota de nuestra sangre, á seguiros al extremo del mundo, y á tomar parte en las tribulaciones que el Todopoderoso tenga á bien enviaros, porque creemos ante Dios que mantendreis la Constitucion que habeis dado á vuestro pueblo, porque creemos que el voto mas sincero de vuestra régia alma es la libertad de los franceses. Si no hubieramos creido esto, señor, cierto es que hubieramos muerto á vuestros piés en defensa de vuestra sagrada persona, porque sois nuestro señor rey de nuestros padres, y nuestro lejítimo soberano; pero en tal caso no hubieramos sido mas que soldados vuestros, y nos hubieramos abstenido de tomar parte en vuestro consejo, ni ser vuestros ministros.

Señor, un rey que se presta á oir este lenguaje no es un tirano, ni aquellos á quienes vuestra magnanimidad consiente usarlo tampoco son esclavos. Con igual sinceridad os confesaremos, señor, que vuestro ministerio ha podido incurrir en algunas equivocaciones. ¿Cuál es el gobierno establecido en medio de una invasion extranjera, entre el choque de tantos intereses y el grito de tantas pasiones que no haya cometido errores mas graves? El gobierno usurpador acaba de darnos una leccion útil: no ha perdido un momento para separar de las prefecturas y de los tribunales á los que suponia enemigos de su autoridad ó indiferentes á su causa; ha creido sin duda que un magistrado que acaba de obrar por la mañana en un sentido no puede obrar por la tarde en otro: no conviene poner á un hombre entre la vergüenza y el deber, de manera que por salvarse de la una tenga que faltar al otro.

Si el ministerio de V. M. no ha seguido rigurosamente este principio, era para atenerse mas estrictamente á la letra de vuestras régias proclamas que por una bondad infinita prometian á todos los franceses la conservacion de sus puestos y honores. Asi es que no falta de sinceridad, sino exceso de buena fe es lo que podria echarse en cara á vuestros ministros.

Evitar los excesos de Bonaparte, evitar su ejemplo de multiplicar demasiado los actos administrativos era un pensamiento sabio al par que útil. Sin embargo en los últimos veinte y cinco años los franceses se habian acostumbrado al gobierno mas activo que jamás se haya visto en ningun pueblo; los ministros estaban escribiendo sin cesar; de todos los puntos partian órdenes: cada cual esperaba siempre alguna cosa: el espectáculo, el actor y el público se renovaban á cada instante. Creen al parecer algunas personas que el detener súbitamente los resortes despues de un movimiento tan activo podria ser peligroso: seria, dicen estos tales; dejar en demasiada holgura á la malevolencia, nutrir disgustos y provocar comparaciones inútiles. Acostumbrado el administrador de segundo órden á ser dirigido hasta en las cosas mas comunes, no sabria qué partido tomar, ni cómo manejarse. Acaso seria conveniente en un país como Francia encantado hace tanto tiempo con los triunfos militares administrar rápidamente en el sentido de las instituciones civiles y políticas, y ocuparse ostensiblemente de manufacturas, comercio, agricultura, letras y artes. Emprendiendo grandes obras, prometiendo grandes recompensas; concediendo brillantes distinciones al talento y estableciendo premios y concursos públicos se conseguiria dar otro giro á las costumbres, y otra direccion á los ánimos: el talento de un príncipe esencialmente predestinado para el reinado de las artes derramaria sobre ellas un brillo inmortal. Seguros de hallar en su rey el juez mas competente, el político mas hábil y el hombre de Estado mas instruido los franceses no temerian abrazar una nueva carrera: los triunfos de la paz les harian olvidar las victorias marciales y al trocar laurel por laurel, gloria por gloria, creerian no haber perdido nada.

Vuestro ministerio, no obstante su vigilancia, su solicitud y su atencion incesante, no ha podido preveer lo que estaba fuera de los límites de su alcance: algunas vanidades han chocado con algunas vanidades. En Francia es muy esencial tener el mayor cuidado de ese amor propio tan peligroso y tan susceptible; si se le satisface á poca costa, se le exaspera por poca cosa, y de este mezquino orígen pueden surgir espantosas revoluciones. Mas los ministros, establecidos para dirigir los asuntos humanos, no siempre pueden arreglar las pasiones de los hombres.

En fin, señor ya os estabais disponiendo á coronar

las instituciones cuya base habiais puesto, esperando en vuestra sabiduría el instante á propósito para la consumacion de vuestros planes. Sabiais que en política no conviene andar con precipitacion: os habiais tomado algun tiempo para tantear las costumbres, conocer el espíritu público y estudiar los cambios que la revolucion y veinte y cinco años de tempestades habian producido en el carácter nacional. Hallándoos suficientemente instruidos de todas estas cosas os habiais designado una época para que principiara á ser hereditaria la dignidad de par: el ministerio habria adquirido mas unidad, los ministros hubieran sido miembros de ambas cámaras segun el espíritu mismo de la Constitucion; se habria presentado un proyecto de ley para que nadie pudiera ser miembro de la cámara de los diputados antes de los cuarenta años, y para que los ciudadanos hubiesen tenido una verdadera carrera política. Iba tambien á ocuparse el gobierno de un código penal para los delitos de imprenta, con cuyo requisito hubiera quedado la prensa enteramente libre: cuya libertad es inseparable de todo gobierno representativo. Por otra parte se habia conocido tambien la inutilidad, ó mas bien el peligro de una censura que sin impedir el delito hacia responsables á los ministros de las imprudencias de los periódicos.

Dios en sus altos é insondables juicios ha tenido á bien suspender por un momento el raudal de bendiciones que V. M. derramaba sobre sus vasallos. De aquellos Borbones que habian traido la felicidad á la patria desolada nada queda ya en Francia mas que las cenizas de Luis XVI! Ellas son las que reinan, señor, en vuestra ausencia: ellas os volverán el trono por el sepulcro que vos les habeis devuelto.

Mas ¡qué de consuelos hay para el corazon de V. M. en medio de tantas amarguras! El amor y los deseos de todo un pueblo os siguen y acompañan; por todas partes se elevan al cielo plegarias por vuestra felicidad; vuestra ausencia de un momento es una larga calamidad pública. Veo en torno de su rey á los antiguos compañeros de su infortunio, á esos veteranos del destierro y la desgracia que vuelven puntuales á ocupar su puesto; veo á esos ilustres capitanes tan amados del ejército que jamás ha sido conducido por ellos mas que en direccion del honor, á esos verdaderos representantes del valor francés y de la fe militar. Otros mariscales que no han podido seguir vuestros pasos, han reusado violar los juramentos que os habian hecho, y esta lealtad les da tanta gloria en su reposo, como cuando triunfaban en los campos de batalla. Una multitud de generales, coroneles, oficiales y soldados dejan las armas que no pueden ya sostener en nombre de su rey. Los guardias nacionales del reino, á cuyo frente figuran los de París expresan su dolor por el silencio de sus filas incompletas y desiertas, y llaman con todos los votos de su alma al padre á quien custodiaban, al noble gefe que con vuestra persona les habiais dado. En los empleos civiles y en la magistratura V. M. ha encontrado tambien una multitud de vasallos leales que han hecho dimision de sus destinos, ó no han querido aceptar favores humillantes. No han faltado hombres que creyéndose olvidados habrian podido tener tentacion de probar fortuna y sin embargo no se han separado de su deber; de manera que bien puede decirse que en estos dias de prueba tanto el honor como la infamia han tenido sus triunfos y sus sorpresas.

Entre vuestros ministros, señor, unos han tenido la felicidad de poder seguiros, y otros la de padecer bajo la pesada mano de Bonaparte. Los gefes de la administracion mas instruidos, han imitado el ejemplo de los ministros: cuanto mas distinguidos son sus talentos tanto mas dichosos se consideran en consagrarlos á V. M. y rehusarlos al usurpador.

El clero no ha perdido la costumbre de las persecuciones: volviendo á cargar alegremente con su nueva cruz, rehusa al impío aquella interesante oracion que pide al cielo la felicidad del monarca. Las dos cámaras que conservaban con V. M. el sagrado depósito de la libertad pública, la han defendido denodadamente. Roma en tiempo de los Fabricius hubiera mencionado con orgullo el nombre de un ciudadano tal como el presidente de la cámara de los Diputados. Su proclama, y su protesta con motivo de las instrucciones del duque de Otranto, permanecerán, señor, como un monumento de vuestro reinado y de los nobles sentimientos que sabeis inspirar.

Añadamos, señor, que vuestra familia acaba de realzar con nueva gloria vuestra corona. Si MONSIEUR, vuestro digno hermano; si monseñor el duque de Berry, si monseñor el duque de Orleans no han podido por las penosas circunstancias en que se hallaban presentar en combate una turba desarmada, por lo menos en medio de las traiciones y perfidias han demostrado la elevacion, el valor y la lealtad, naturales á la sangre de los Borbones. ¿No parece que está uno viendo y oyendo al Bearnés cuando monseñor el duque de Berry, al salir de las puertas de Bethune, se precipita sobre un tropel de rebeldes, invitándoles á la lealtad ó al combate, y hallándolos sordos á su voz, contesta á los que le aconsejaban que les hiciera objeto de un ejemplar castigo, diciendo. «*¿Cómo quereis que descargue mi brazo contra unos hombres que no se defienden?*

La heróica empresa de monseñor el duque de Angulema figurará entre los brillantes hechos de armas de nuestra historia. Sabiduría y audacia de plan, atrevimiento en la ejecucion, todo se encuentra reunido en ella. El príncipe, separado hasta entonces de los campos de batalla por voluntad del destino, se precipita anhelante á recoger en medio del combate el laurel que considera como una herencia paterna, mas la traicion detiene los pasos de un hijo de la Francia allí mismo por donde facilitó el paso á Bonaparte. ¡Que de calamidades hubiera monseñor el duque de Angulema evitado á la patria si le hubiese sido posible llegar hasta Lyon! Cierto soldado rebelde que habia estado mirando á este príncipe en medio de la refriega exclamó, admirando su valor: «*¡Si esto dura media hora mas no habrá otro remedio que gritar viva el rey!*»

¿Y qué diremos de la defensa de Burdeos por MADAMA? No, no es posible que fueran franceses los que han esgrimido sus armas contra la hija de Luis XVI. ¿Cómo? ¿Será la huerfana del Temple, será la que tanto ha sufrido para nosotros y por nosotros, la que acaba de ser arrojada á cañonazos de su tierra natal? ¡Gran Dios! para poner en su lugar al asesino del duque de Enghien, al tirano de la Francia y al desolador de la Europa! ¡Las balas han silbado alrededor de una mujer, alrededor de la hija de Luis XVI! Si vuelve á entrar en Francia se le aplicarán los decretos contra los Borbones, es decir, que la arrastrarán al cadalso de su padre y de su madre! En medio de estos nuevos peligros su noble corazon ha campeado del mismo modo que allá en su juventud primera brilló entre las turbas de asesinos y verdugos. Hija de la Francia, heredera de Enrique IV y de María Teresa, alimentada con lágrimas y tribulaciones, acrisolada en los calabozos, en las persecuciones y los peligros; ¡cuántos motivos no tiene de haber aprendido á despreciar la vida! En prueba de la reprobacion del gobierno de Bonaparte no quisiera mas que haberle dejado insultar á la señora duquesa de Angulema; representar á esta señora besando las manos de los soldados para obligarles á permanecer fieles, llamarla *mujer furiosa*, cuando sus virtudes, sus desgracias y su valor excitaban la admiracion de toda la tierra, es lo mismo que condenarse al desprecio y á la execracion del género humano.

§ IV. *Espíritu del gobierno.*

Señor, los imperios se restablecen tanto por la memoria de las cosas pasadas como por el concurso de los hechos presentes. Los recuerdos que V. M. y su augusta familia han dejado en Francia, os preparan un pronto regreso. Mas hay aun otras circunstancias que hacen inevitable la caida de Bonaparte. No hablo de la guerra extranjera capaz por sí sola de derribarlo; me refiero á los elementos de muerte que existen en su mismo gobierno, cuya naturaleza y espíritu voy á examinar al dar fin á este informe.

Apenas, señor, quedó suspendido el reinado de las leyes por vuestra momentánea retirada, cuando se vieron amenazados vuestros pueblos por la alianza entre el despotismo y la demagogia: el usurpador les prometió una libertad de nueva especie. Habia de renacer esta libertad en el campo de Mayo con el gorro colorado y el turbante en la cabeza, con el sable del mameluco y el acha del revolucionario en la mano, rodeada de las sombras de los millares de víctimas sacrificadas en los cadalsos, en las campiñas abrasadoras de España y en los desiertos helados de Rusia: el escabel de su trono habia de ser el ensangrentado cadáver del duque de Enghien y su estandarte la cabeza de Luis XVI.

Al volver á entrar en Francia Bonaparte conoció que por de pronto no podia reinar sino valiéndose de los principios que habian contribuido á precipitar su caida. Tanta era la libertad que el gobierno del rey habia establecido, que no era posible lanzarse en lo arbitrario sin producir una indignacion general. El rey, aun hallándose ausente obligaba al tirano á que tratara con respeto los derechos del pueblo; ¡magnífico homenaje tributado á la legitimidad! Por una parte el hombre á quien se le habia visto temblar bajo el pié de los comisionados extranjeros que le llevaron á la isla de Elba, ya no era á los ojos de la nacion el vencedor de Austerlit y de Marengo, ni podia ya dictar órdenes por el prestigio de la victoria. Contenido en sus desmanes por el nuevo giro de la opinion pública, se encontraba ademas con hombres dispuestos á disputarle cara á cara el poder.

Estos hombres eran en primer lugar los que pueden llamarse republicanos de buena fe: los que libres de las cadenas del despotismo y de las leyes de la monarquía deseaban conservar aquella independencia republicana, imposible en Francia, pero que por lo menos no merece llamarse sino un noble error. En seguida venian aquellos furiosos que componian la antigua faccion de los jacobinos. Humillados de no haber sido mas que unos espías de la policía en tiempo del déspota, estaban resueltos á volver á ejercer por propia cuenta aquella libertad de crímenes cuyo usufructo habian cedido á un tirano por espacio de quince años.

Empero, ni los republicanos, ni los revolucionarios, ni los satélites de Bonaparte, no tenian por sí mismos bastante fuerza para establecer su poder por separado ó para subyugarse mutuamente. Amenazados al exterior por una formidable invasion, acosados en lo interior por la opinion pública, comprendieron que si llegaban á dividirse su ruina era inevitable. A fin de evitar el peligro, aplazaron sus querellas, trayendo para la comun defensa, unos sus sistemas y quimeras, y los otros su contingente de terror, de tiranía y de perversidad. Es probable que no entraron de buena fe en este pacto abominable, y que cada cual se prometió convertirlo en provecho suyo asi que pasara el peligro, y que cada cual trató de lograr anticiparlamente la victoria.

Desde los primeros dias pareció que la fuerza se declaraba por los independientes y que Bonaparte habia sido subyugado. Habiase visto efectivamente en la precision de llamar á los primeros puestos del Estado á unos hombres que detestaba interiormente: mucho le costó á su orgullo obedecer á los que habia condenado á servirle ó á enmudecer. A principios del consulado se vió hasta en el caso de fingir sentimientos que no tenia su corazon; mas poco á poco fue minando por la base el edificio que habia levantado: á medida que sus fuerzas crecian se iba desembarazando de algunos principios y de algunos hombres: el tribunato fue reducido á los últimos términos, y por último se vió destruido. Bonaparte no conservó mas que dos cuerpos políticos subyugados por el terror: uno para que le facilitara oro y el otro para que pusiera á su disposicion la sangre de la Francia.

En la actualidad sigue el mismo camino: da un abrazo á la libertad pero es para ahogarla. La asamblea del campo de Mayo es su poderosa máquina. A beneficio de un espectáculo nuevo, y de escenas preparadas con anticipacion, en cuyo artificio sobresale notablemente y en medio de los gritos de los soldados, espera conseguir un levantamiento en masa, ó lo que es lo mismo, movilizar todos los guardias nacionales del reino: lo que él desea sobre todas las cosas es tener medios de conseguir la victoria, y cuando la habrá conseguido, arrojará la máscara, se burlará de la Constitucion jurada y recobrará á la vez su carácter y el imperio. Hoy, es decir, antes de la victoria, los mamelucos son jacobinos; mañana, despues del triunfo, los jacobinos serán mamelucos: lo que en el momento del peligro es Esparta, se convierte en Constantinopla cuando ya no hay que temer.

Es imposible que las personas de habilidad de que Bonaparte se ha rodeado, no hayan adivinado su pensamiento. ¿Mas cómo han de preveerlo? Por un lado no quisieran tener por señor á un tirano; por otro le necesitan como general; temen sus victorias y sin embargo las necesitan, porque han de batallar contra toda la Europa, y Bonaparte es el único que puede capitanearlos. En esta situacion desesperada, teniendo que enlazarse con el usurpador por la fuerza de los acontecimientos, concibieron la esperanza de atarlo de un modo que no pudiera volverse contra ellos cuando la guerra le hubiera dado fuerzas. Volvieron por lo tanto á incurrir en el mismo error en que cayeron al principio del consulado, creyendo dominar á Bonaparte por el ascendiente de una república, aunque otra vez se expusieran al desengaño de la experiencia. Llenos de esta idea dejaron desplegar las guerrillas de la revolucion: aparecieron los gorros colorados: se volvió á oir la *Marsellesa*: organizose en París un club que estaba en correspondencia y lo está aun con otros de las provincias, anunciése la reaparicion del *Diario de los patriotas*, y se olvidaron que el pueblo estaba cansado, y que en la actualidad todo propende al reposo, asi como en 1793 todo propendia al movimiento: no siendo ya la expresion de una opinion real las declamaciones, las formas y las demostraciones revolucionarias que se volvian á reproducir, no son ya mas que la asquerosa parodia de un espantoso drama. ¿Qué confianza pueden inspirar hoy los hombres de 1793? ¿No se sabe ya lo que ellos entienden por libertad, igualdad y derechos del hombre? ¿Serán mas sinceros, mas prudentes, tendrán mas moralidad despues de haber sido criminales, que antes de serlo? ¿Serán capaces de todas las virtudes, solo porque se han mantenido con todos los excesos? No se abdica el crímen con tanta facilidad como una corona; la frente que una vez ha ceñido el horrendo diadema, conserva eternamente la cicatriz.

Sin embargo, señor, en Francia los partidos no se detienen por estas consideraciones. Para ellos no se trata de saber lo que es posible que suceda en el porvenir, sino de obedecer al impulso del momento: asi es que algunos se lisonjeaban aun con el proyecto de una Constitucion republicana. Parece que se habia concebido el pensamiento de hacer descender á Bonaparte del alto rango de emperador á la modesta

condicion de generalísimo ó de presidente de la república. ¡Justo castigo de su orgullo! No habria salido de Elba con todos sus proyectos de ambicion, de grandeza y dinastía mas que para humillar su púrpura, sus haces, sus águilas y sus victorias ante unos insolentes ciudadanos. El gorro colorado enseñó á Bonaparte el modo de llevar corona, ¿el gorro colorado con que en la actualidad recargan sus bustos, le anunciará tal vez nuevos diademas? No, es una vida que va llegando á su término, es el círculo que va á juntar sus extremos... la fortuna no se reitera.

Los republicanos contaban con la victoria: todo al parecer halagaba sus planes. Háblabase de colocar al príncipe de Canino en el ministerio del Interior, al teniente general conde Carnót en el ministerio de la Guerra y al conde Merlin en el de la Justicia. Bonaparte, abatido en apariencia, no se oponia á los movimientos revolucionarios, que en último resultado servian para suministrarle hombres para el ejército. Dejaba que los folletos le hicieran guerra: predicábanle, tuteándole, libertad é igualdad, y él la oia con semblante dócil y contrito. Mas desenredándose repentinamente de los lazos con que creian tenerlo sujeto, dió al traste con las barreras republicanas y proclamó por su propia autoridad, no una Constitucion, sino el *Acta adiccional* á las Constituciones del imperio. Los ciudadanos serán llamados á dar su voto por lo tocante á esta acta en los registros abiertos en las secretarías de las diversas administraciones, y toda la obra de la asamblea del campo de Mayo se reducirá al escrutinio de estos votos.

Bonaparte con esta publicacion gana en dos puntos esenciales: suponiendo desde luego que nada se ha destruido en lo que él llama *sus constituciones*, considera el imperio como si en realidad existiera y evita contestaciones acerca de su título y reeleccion. En seguida se coloca fuera del alcance de aquella asamblea, pues sustrae el Acta adicional á la aprobacion de los electores, vedándoles de hecho toda discusion política. De modo que esta asamblea, á la que se le adjudicará acaso el derecho de votar la muerte de dos millones de franceses, no será dueña de expedir el decreto de su libertad.

Por lo demás, señor, la nueva Constitucion de Bonaparte no es mas que un homenaje tributado á vuestra sabiduría, pues con pequeñas diferencias no es mas que la Carta constitucional, solo que Bonaparte con su acostumbrada petulancia ha prometido anticipadamente las mejoras y arreglos que vuestra prudencia meditaba. ¡Que simplicidad seria creer que si nada temiera de Europa Bonaparte respetaria todo lo que promete en su Acta adicional; que dejara en completa libertad á la prensa; que no desterrara ni mandara pasar por las armas á nadie! Lo mismo que sucedió con el tribunato, con el Senado y con el cuerpo legislativo, sucederia con las cámaras de los Pares y de los Diputados.

Vemos, señor, en el considerando del Acta adicional que Bonaparte al ocuparse de una gran *confederacion* europea (es decir, de la conquista de los Estados vecinos) habia aplazado dar libertad á la Francia.

Sucedió la pequeña desgracia de que cuatro ó cinco millones de franceses muertos por el *sistema federativo* no pudieron gozar la libertad que Bonaparte reservaba para las generaciones presentes. ¿Qué dirán hoy los que llevaban á mal que V. M., intitulado rey *por la gracia de Dios*, guardara la iniciativa de las leyes y se reservara el espacio de un año para purificar los tribunales y el nombramiento de los jueces vitalicios? El Acta adicional conserva esas mismas medidas. ¿Qué dirán los que se atrevieron á criticar que el rey hubiese dado por su propia autoridad la Constitucion en vez de haberla recibido del pueblo? Bonaparte ha hecho lo mismo.—Pero somete la Constitucion á que sea aprobada de la nacion! ¿A quién la somete? A unos ciudadanos que irán á inscribir su nombre en el registro de una municipalidad. Si estos votos son poco numerosos, si se manifiestan contrarios al Acta adicional, ¿qué caso se hará de semejante oposicion? ¿Quién comprobará las firmas? ¿No habrá un medio de poner en las listas tantas como se quiera? ¿Quién se atreverá á reclamar? ¿Cómo podrá la asamblea del campo de Mayo asegurarse de la buena fe de los alcaldes y de los subprefectos que han recogido los votos, mayormente despues que los *comisionados extraordinarios* habrán renovado aquellos empleos desde un extremo al otro de la nacion? Si alguna cosa pudiera parecerse al consentimiento del pueblo ¿no seria el de los colegios electorales en el campo de Mayo? ¿Por qué pues se veda á los electores hacer este exámen? Mas ¿para qué he de gastar tiempo en tan inutil exámen? Discurria yo sobre este particular como si fuera un asunto en que debieran intervenir la regularidad, el pudor y la buena fe, sin acordarme que la aceptacion del Acta está prejuzgada ya por medio de un decreto, y su promulgacion está mandada hacer con anticipacion.

En el Acta adicional nada se echa de ver relativo á la abolicion de la confiscacion de bienes; se ve que la propiedad no es una condicion necesaria para ser elegido miembro de la cámara de los representantes; que el ejército es llamado á dar su voto; que no se hace mencion de las antiguas constituciones y los senato-consultos, que vienen á quedar como unas armas secretas en los arsenales de la tiranía.

Hé aquí lo que es Bonaparte: se reserva la confiscacion de bienes; confia á los no propietarios la defensa de la propiedad; establece las bases de un gobierno militar, y oculta sus designios en el caos de sus leyes. ¿Pueden los que aman sinceramente las ideas liberales soportar hechos tan monstruosos? ¿Es por ventura todo eso mas que un plan de irrision y de impudencia? ¿Es mas que reconocer y burlarse á un mismo tiempo de un principio, admitir y ridiculizar la soberanía del pueblo? ¿No es proseguir como siempre, jactándose de la misma astucia, de la misma perfidia y de la misma dominacion de carácter?

¿Me atreveré á hablar al rey del último artículo del Acta adicional? El pueblo francés cede por este artículo todos sus derechos al usurpador, excepto el de poder levantar el destierro á los Borbones: luego si Bonaparte quisiera abrir las puertas de Francia á V. M. no podria hacerlo; y si por otra parte el pueblo quisiera restituiros vuestra corona, tambien seria imposible, porque Bonaparte en virtud de las instituciones imperiales, es el que únicamente tiene derecho de reunir el pueblo. Si hubieran podido caber dudas acerca de los sentimientos de la nacion, este artículo pondria en evidencia la verdad; las malas conciencias se hacen traicion á sí mismas; el exceso de precaucion da testimonio del exceso de miedo; prohibir al pueblo francés el derecho de volver á llamar á su rey, es demostrar que desea llamarlo.

Sin embargo, Bonaparte se ha enredado en sus propios lazos: el Acta adicional le será fatal. Si este acta llega á observarse, su cumplimiento ofrece en su conjunto libertad bastante para derribar el tirano; si sucede lo contrario, el tirano acabará de hacerse abominable. Ademas Bonaparte pierde de una vez por medio del Acta el favor de los republicanos y la fuerza revolucionaria del jacobinismo: los demagogos no quieren que se establezca la dignidad de par, ni las dos cámaras: lo que ellos desean ante todo es la libertad absoluta, y á esas nuevas instituciones de Bonaparte preferirian hasta su antiguo despotismo: aquel yugo por lo menos pesaba igualmente sobre todos. Finalmente, no siendo el Acta adicional nada mas que la Constitucion, puede preguntarse; ¿qué es lo que habrán ganado los franceses con el regreso del usur-

pador? Van á sostener nuevamente una guerra cruel, exponer su patria á una segunda invasion para obtener precisamente lo que obtenian bajo el rey legítimo con paz, con felicidad y consideracion? ¿No se encuentran poco mas ó menos en la misma situacion que los aliados por lo tocante al tratado de París: Estos decian á Bonaparte: «queremos el tratado de París, pero lo queremos sin tí; porque otro cualquiera nos cumplirá todas sus condiciones, y tú no cumplirás ninguna.»

Los franceses dirán á Bonaparte: Queremos la Constitucion, pero no la queremos sino con el rey; porque este la cumplirá fielmente, y tú te darias prisa á violarla.» De modo, que por donde quiera que se dirija Bonaparte, sea tirano, sea jacobino, sea constitucional, por todas partes se vendrá á parar en que sus triunfos son derrotas, y que su despotismo, sus violencias y sus astucias vienen, señor, á estrellarse contra vuestra autoridad legal, vuestra constante moderacion, y vuestra perfecta sinceridad:

No hay mas salvacion que con el rey: la Europa conoce su fe, su lealtad y su sabiduría: los aliados no pueden encontrar garantía sino en su trono y en su palabra. Sois, señor, el heredero natural de todos los poderes usurpados en vuestro reino. En Francia no se harán mas revoluciones que por vos. V. M. ademas de sus derechos, tiene una inmensa ventaja sobre sus enemigos: su gobierno es el único que desde hace veinte y cinco años ha parecido razonable á todos: el único que consagrando los principios de una libertad racional, ha dado lo que la revolucion no hizo, ni hace mas que prometer. Señor, por el ensayo que se ha hecho de vuestras virtudes, se ha conocido que sois el monarca que conviene mas á la nacion, y que el órden de cosas establecido podia subsistir. Algunos años habrian bastado para acabar de perfecionarlo, pues en su seno llevaba todos los principios de duracion, y no ha sido momentáneamente suspendido sino por el único incidente que podia detener su curso.

Mas ya vuelve todo á prepararse para el pronto restablecimiento del trono. La nacion empieza á despertar de su sorpresa, las ilusiones se desvanecen y la verdad campea por do quiera. Encuéntrase cada cual con asombro bajo el reinado del terror y la guerra, preguntándose si despues de tantos años de sufrimientos, de sangre y de atrocidades, ha de volver á renovarse la revolucion. Los franceses se encuentran por segunda vez aislados en medio de la Europa, y separados del mundo como hombres plagados de una enfermedad contagiosa. Las puertas de su hermosa patria abiertas por el rey á la multitud de viajeros, se han vuelto á cerrar repentinamente. La Europa guarda silencio, y en medio de la calma aterradora resuenan los pasos de un millon de enemigos que de todas partes van avanzando hácia las fronteras de Francia.

Los ciudadanos llenos de alarma vuelven la vista hácia el rey, invocando su auxilio, y este silencio unido al de todo el mundo civilizado, parece precursor de una terrible catástrofe. Hasta los mismos soldados se llenan de estupor y preguntan: ¿qué se ha hecho de la hija de los Césares, qué se han hecho los despojos que les habian ofrecido? El ejército cuenta ya un gran número de desertores: los oficiales se retiran: la guardia misma aparece triste y desalentada: el tesoro se halla exhausto, los setenta y dos millones que en él quedeban se han disipado ya. Muchos departamentos se niegan á pagar la contribucion y no quieren suministrar soldados. Las provincias del Oeste y el Mediodía no están enteramente pacíficas, y solo esperan una señal para correr á las armas. La debilidad de Bonaparte crece en proporcion que la fuerza del rey se aumenta. El paralelo de lo que era la nacion hace un mes y de su actual estado, alarma á todo el mundo y hace que el pensamiento retroceda con dolor hácia los bienes perdidos.

En 28 de febrero último (1) la Francia estaba en paz con todas las naciones: su comercio empezaba á florecer, sus colonias se iban restableciendo; sus deudas iban saldándose, y las heridas se cicatrizaban en tanto que la nacion volvia á adquirir en la balanza política de Europa su preponderancia y útil autoridad. Nunca habia tenido mejores leyes, nunca habia gozado de mas tranquilidad: iba surgiendo dichosa, rejuvenecida y brillante de entre sus ruinas y de entre sus tumbas. Diez meses de una restauracion llevada á cabo en medio de todo género de obstáculos habian bastado á Luis XVIII para producir todas esas maravillas.

En 1.° de marzo (2) la Francia tiene que ponerse en guerra con todo el mundo, al paso que se convierte en objeto de odio y de recelo universal. Siente rugir en su seno las facciones que anteriormente la desgarraron; ve que sus hijos van á ser nuevamente arrastrados á la carnicería de los combates: sus leyes quedan destruidas, sus propiedades son trastornadas. Encorbada bajo un duplicado despotismo, ya no conserva de su restauracion mas que el dolor de haberla perdido, ni de su libertad mas que una sombra. Hé aquí las maravillas consumadas en solo un momento por Bonaparte: veinte y cuatro horas separan tantos bienes y tantos males.

Volvereis á presentaros, señor, y con vos renacerá la felicidad en la amada patria. Vuestros vasallos verán el abismo á que han sido arrastrados por algunos facciosos, y se darán prisa á salir de él: correrán á ponerse bajo vuestra proteccion; unos para recibir la recompensa debida á su fidelidad, los otros para implorar vuestra misericordia, cuyos tesoros no les habrá sido posible agotar. Inocentes y culpables todos, señor, hallarán su salvacion arrojándose á vuestros brazos y á vuestros piés.

Mas en tanto que me esfuerzo en presentar á V. M. el cuadro del interior de la Francia, varían las escenas de manera que ya no es el mismo: mañana seguirá variando aun. Por rapidez que yo emplee en el diseño, no me será dado seguir los movimientos convulsivos de un hombre agitado por sus propias pasiones y por las que tan insensatamente ha provocado. He dicho á V. M. que Bonaparte ha conseguido una victoria sobre el partido republicano, y este partido acaba de vencerlo á su vez. La publicacion del Acta adicional le ha quitado, como ya lo habiamos previsto, el resto de sus cómplices. Atacado por todas partes tiene que retroceder: retira á los comisionados extraordinarios la facultad de nombrar alcaldes de las municipalidades, y devuelve este nombramiento al pueblo, espantado de la multitud de votos negativos, abandona la dictadura y convoca la cámara de los representantes en virtud del Acta adicional que aun no ha llegado á aceptarse. De manera que errando de escollo en escollo, se replega de mil maneras para eludir sus compromisos y retener el poder que se le escapa. apenas sale de un peligro, tropieza con otro nuevo. ¿Se atreverá este soberano de un dia á instituir hereditaria la dignidad de par? ¿Cómo gobernará sus dos cámaras que se ve en la necesidad de convocar? ¿Manifestarán una obediencia pasiva á sus órdenes? ¿No elevarán su voz? ¿No tratarán de salvar la patria? ¿qué clase de relaciones serán las de estas dos cámaras con la asamblea del campo de Mayo compuesta de 30,000 electores? ¿No se creerá superior á esa cámara de representantes que han sido elegidos por ella misma, y se atribuirá la verdadera representacion nacional? No es dado á la inteligencia humana preveer lo que resultará de semejante caos; esos cambios súbitos y esa extraña confusion de todas las cosas anuncian una especie de agonía del despotismo; la tiranía, aunque gastada y en su ocaso, conserva el instinto del mal, mas ya parece que parte de sus fuerzas la han abandonado. Diríase en efecto que Bonaparte, juguete de cuanto le rodea, no toma ya consejo mas que del momento como si fuese esclavo de aquel destino que al parecer dependia en otros tiempos de su voluntad. En París reina el desórden asi como en las provincias la anarquía: las autoridades civiles y militares luchan entre sí. En unas partes resuenan amenazas de incendiar los palacios y degollar el clero, y en otras enarbolan la bandera blanca y se oye gritar *¡viva el rey!* Sin embargo, en medio de ese tumulto el tiempo marcha y los acontecimientos se precipitan. La Europa entera se halla ya en las fronteras de Francia: cada pueblo ocupa ya su puesto en ese ejército de las naciones, y no espera mas que la señal. ¿Qué hará el autor de tantas calamidades? Si abandona la capital, ¿se mantendrá tranquila? ¿Si no va á unirse á sus soldados, combatirán sin él? ¿Puede variar de suerte por una victoria? No: solamente podria retardar la caida. ¿Puede por otra parte prometerse una victoria? El cielo ha dictado la sentencia: la victoria se ha declarado, Bonaparte ha sido ya vencido en la persona de Murat: han apelado ya á las pasiones de los pueblos de Italia, y estos pueblos han contestado con un grito de lealtad. ¡Ojalá los franceses imiten este ejemplo! ¡Ojalá entreguen esa calamidad de la tierra á la justicia del cielo! ¡Ah señor! confiemos en que el Dios de las batallas desarmado por los ruegos del hijo de San Luis, economizará la sangre de esta desgraciada nacion. Vos, señor, conservareis á la Francia para dicha suya ese resto de sangre que ha prodigado demasiado para su gloria: á la sombra de la bandera blanca los pueblos gozarán finalmente del reposo porque suspiran y que tan caro les cuesta.

(1) 1815.
(2) 1815.

DE LA ÚLTIMA DECLARACION

DEL CONGRESO.

Gante 2 de junio de 1815.

La declaracion dada por el congreso de Viena con fecha 12 de mayo de 1815, hace tanto honor á los plenipotenciarios que la firmaron, como á los soberanos de quienes constituye, por decirlo así, la última profesion de fe.

Nada mas claro ni terminante que el modo con que se plantearon y resolvieron las tres cuestiones en el informe de la comision, insertado en el proceso verbal. En efecto, el suceso de la invasion de Bonaparte es un *hecho* y no un *derecho*; el suceso no puede alterar en nada el espíritu de la declaracion de 13 de marzo. Esta verdad, limitada de propósito en la solucion de la primera cuestion, seria susceptible de latas explanaciones.

Sostener por ejemplo que la Europa, cuyo derecho de atacar á Bonaparte cuando andaba errante por las montañas del Delfinado, era evidente, no lo habia de ser para armarse contra el mismo Bonaparte cuando ha vuelto á usurpar el trono de Francia ¿no seria un verdadero absurdo?

La declaracion de 13 de marzo preveia y suponia evidentemente el suceso; de lo contrario, hubiera sido ridícula: no se manda poner en movimiento á un millon de soldados para batir á 1,200 hombres. ¿Podia Bonaparte emprender la conquista de un gran reino con algunos parciales, sin contar con el apoyo de una espantosa conspiracion? El conocimiento del carácter del usurpador debia confirmar esta opinion en los príncipes reunidos en Viena: Napoleon no es un guerrillero que al frente de unos pocos hombres se entretiene entre bosques y rocas: su fuerza y su audacia se desarrollan agitando las masas y poniendo en juego recursos inmensos. Habian, pues, los soberanos previsto el peligro con mucho discernimiento. El emperador de Rusia supo el 3 de marzo á las dos de la tarde que Napoleon se habia fugado de la isla de Elba, y de allí á tres horas partió un correo para Petersburgo mandando á la guardia imperial rusa ponerse en marcha: los demás soberanos expidieron tambien correos á los ministros y gobernadores de sus Estados: en menos de una semana se comunicaron órdenes á todos los ejércitos de Europa: no era, pues, volvemos á repetirlo, contra 1,200 hombres que un solo puente cortado podia detener en los desfiladeros de Gap, contra quienes se desplegaba tanta prevision, tanta fuerza y tanta actividad.

La segunda cuestion del proceso verbal se refiere al tratado de París que Bonaparte ofrece sancionar, afectando sin embargo llamarlo tratado vergonzoso. El congreso responde con razon y conformándose con la declaracion de 31 de marzo de 1814, que Bonaparte si los aliados le hubieran concedido la paz, *no habria obtenido las condiciones favorables de aquel tratado*. Hubiéransele exigido garantías que no se pidieron á Luis XVIII. Le hubieran obligado á pagar contribuciones, y á ceder provincias. Su palabra no hubiera bastado para librar como por encanto la Francia de 400,000 extrajeros. ¿Se atreveria nadie á sostener que la política no debe hacer entrar en sus motivos y en sus consideraciones el carácter moral de los gefes de las naciones? La Inglaterra sometió al juicio de San Luis la decision de las graves cuestiones que no quiso encomendar á la decision de un gefe de la Liga. Si en nuestros dias ha quedado la Francia expuesta á la conquista, nadie tiene la culpa mas que Bonaparte; si la Francia ha salido ilesa de las manos del enemigo á nadie se lo debe mas que á Luis XVIII. La Francia tal vez habria podido quedarse con su tirano por medio de *un* tratado de París, pero conservando su esclavitud, hubiera perdido sus provincias y su honor.

Dicennos que Bonaparte ha cambiado mucho. No, no es posible que quien ha nacido privado de sensibilidad, que quien se halla embriagado del poder absoluto cambie á los 45 años de edad y en el breve espacio de ocho meses. Bonaparte, arrastrado por los comisionados á la isla de Elba, ocultándose bajo sus piés para librarse de la venganza de los pueblos, no puede haber sido rehabilitado por la desgracia, sino degradado por la infamia: nada hay que esperar de él.

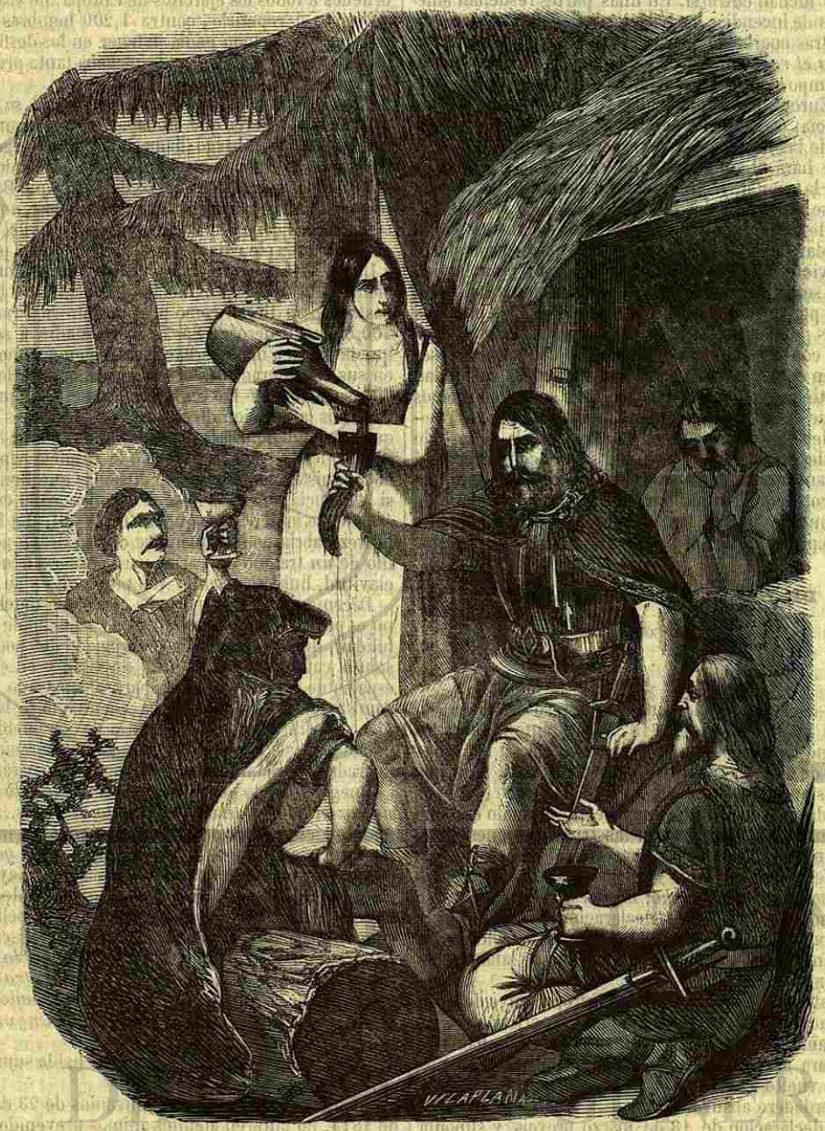
Luego es cierto *que la Francia no ha tenido ninguna razon de quejarse del tratado de Paris..... que lejos de eso este tratado era un beneficio inmenso para un pais reducido por el delirio de su gefe á la situacion mas deplorable* (1). El mariscal Ney en su carta del 5 de abril de 1814, dirigida al conde de Talleyrand confiesa que Bonaparte conocia el peligro de aquella situacion: *Convencido*, dice el mariscal *de la situacion en que él* (Bonaparte) *ha puesto á la Francia y de la imposibilidad en que se encuentra de salvarla por si mismo, parece haberse resignado y consentir en la abdicacion absoluta y sin ninguna restriccion.*

¡Efectivamente en qué abismo no habia sumergido á la Francia!

Cuando se celebraron los convenios de 23 de abril de 1814, no faltaron algunos ánimos prevenidos, que olvidándose de la situacion de la Francia, manifestaron no aprobarlos en todas sus partes: estos tales daban sin condiciones segun dicen, á los aliados las plazas de Alemania guarnecidas aun por tropas francesas. ¡Pues qué! ¿París, Burdeos, Tolosa y Lyon, no valen tanto como Dantzig, Hamburgo, Torgau y Anveres? Era dar *sin condiciones* estas últimas ciudades el hacerlas objeto de semejante cambio, y el conseguir á tal precio la retirada de los aliados! En 23 de abril de 1814 los ejércitos extranjeros ocu-

(1) Extracto del proceso verbal de 6 de mayo.

paban la Francia desde los Pirineos occidentales hasta la Gironda, desde los Alpes hasta el Rhone, desde el Rhin hasta el Soire; cuarenta departamentos, es decir casi la mitad del reino estaban invadidos: cien mil prisioneros repartidos en las provincias, donde los aliados no habian penetrado aun, amenazaban aumentar con su número las filas de sus compatriotas: cuatrocientos mil extranjeros sobre el territorio de la Francia; las reservas de los rusos, de los austriacos, de los prusianos y de los alemanes prontas á pasar el Rhin. Los suecos y los daneses puestos ya en marcha para reunirse á esa inundacion de enemigos..... ¡Tal



CONSEJO DE GUERRA DE LOS GERMANOS.

era la situacion de la Francia! Cada dia es veia sucumbir alguna de las plazas que esta nacion conservaba aun sobre el Oder, el Weser, el Elba y el Vistula, y asi que las tropas que habian bloqueado estas plazas, daban cima á la rendicion, emprendian sin descanso la marcha hácia la desgraciada Francia. En medio de tantas calamidades presentes y de tantos temores para el porvenir, ¿qué es lo que el gobierno provisional podia exigir? ¿Qué fuerzas hubiera opuesto á los aliados en el caso de haber dado oidos mas bien á la ambicion que á la justicia, ó en el supuesto de haber preferido los aliados su engrandecimiento á

su seguridad? No habia aun casi visto el ejército á su frente al príncipe, noble depositario de los poderes del rey, y demasiado seducido por el prestigio de la gloria, puede por lo visto juzgarse que habria sido menos fiel á sus deberes que á sus recuerdos; desorganizado, desalentado por la vergonzosa retirada de Bonaparte, ¿hubiera intentado renovar bajo las órdenes de su nuevo gefe combates que estaba cansado ya de sostener bajo su antiguo general? A la primera señal de desavenencia los aliados ocupando la capital y la mitad del reino, se habrian apoderado de los fondos públicos, habrian impuesto y cobrado nuevas contribuciones, y arrebatado al gobierno todos sus recursos. Hubieran llamado á sus nuevos ejércitos del lado de allá del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos: los ingleses, los españoles y los portugueses partiendo de Tolosa y de Burdeos; los rusos y los prusianos saliendo de París y de Orleans; los bávaros y austriacos de Dijon, de Lyon y de Clermont, hubieran verificado su reunion en las provincias francesas que no habian sido todavía invadidas. El rey no habia llegado aun: ¿cómo hubiera podido darse á entender en medio de aquel caos? Convenimos en que es imposible conquistar la Francia; en que los españoles, los portugueses, los rusos, los prusianos y los alemanes han demostrado, y Francia lo habia tambien puesto en evidencia á su vez que no es posible subyugar á un pueblo que combate por su nombre y por su independencia. Mas ¡qué larga no habria sido semejante lucha! ¡qué cúmulo de males no habria producido! ¿Habrian podido las huestes francesas partir del seno de aquellos trastornos intestinos á librar á Dantzig, Hamburgo y Anveres? ¿No hubieran estas plazas abierto sus puertas antes del triunfo de las armas francesas, antes de la conclusion de las guerras civiles y extranjeras encendidas en los hogares patrios? Porque es probable que la nacion se hubiese dividido al primer choque. Finalmente, cuando despues de muchos años de desolacion, cuando la paz hubiera puesto término á tantos males, ¿habria la Francia obtenido por medio de esta paz las ciudadelas que por los convenios de 23 de abril de 1814 habia entregado á los aliados?

Si alguno podia tener el derecho de echar en cara el tratado de París á los que lo han firmado, no seria ciertamente Bonaparte, que fue el que dió márgen á él, introduciendo los aliados hasta en el corazon de Francia. De todos modos es una insensatez sostener que convenia prolongar la revolucion, dar principio á guerras desastrosas, y comprometer la existencia de la patria para conservar algunas plazas, ó si se quiere provincias conquistadas no cabe duda por el valor francés, pero arrebatadas á sus legítimos poseedores sin mas derecho que la injusticia y la violencia.

Por lo demás para juzgar como hombre de Estado, los convenios de 23 de abril de 1814 y el tratado de 20 de mayo, que es consecuencia de ellos, no deben ser considerados aisladamente: hay que examinarlos en sus causas y en sus efectos y examinarlos en el puesto que ocuparon con relacion á los demás actos diplomáticos. No solo dieron fin á las calamidades de la Francia, sino que cimentaron para el porvenir los derechos de los soberanos y de los pueblos, y la seguridad é independencia de Europa.

Si estos tratados obligaron á Bonaparte á descender de un trono usurpado, ¿no son los mismos los que le vuelven hoy á condenar? Sin la existencia de esos actos saludables, podria decirse que la Europa no tenia derecho de armarse contra él; mas en virtud del tratado de 30 de mayo de 1814 se ve que no son los extranjeros los que atacan al fugitivo de Elba, sino él que es quien ha turbado la paz del mundo.

¿Cuáles son en efecto las bases del tratado de París?

1.ª La declaracion de los aliados de 31 de marzo de 1814 que expresa *que si las condiciones de paz debian exigir mayores garantías al tratar de poner coto á la ambicion de Bonaparte debian por el contrario ser mas favorables, cuando volviendo la Francia á ponerse bajo la ley de un gobierno prudente ofrecia por sí misma prendas de seguridad;* QUE LOS SOBERANOS ALIADOS NO VOLVERÁN Á ENTABLAR NEGOCIACIONES CON NAPOLEON BONAPARTE, NI CON NINGUNO DE SU FAMILIA, *y que respetan la integridad de la antigua Francia tal como existia en tiempo de sus legítimos soberanos.*

2.ª El acta de destronamiento de 3 de abril de 1814, pronunciada por el senado de Bonaparte, acta que recuerda parte de los crímenes de que se valió el usurpador para atentar contra la libertad de Francia y de la Europa.

3.ª El acta de abdicacion de 11 de abril del mismo año, en el que Bonaparte mismo confiesa que *siendo su persona* EL ÚNICO *obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, renuncia por él y por sus herederos á los tronos de Francia é Italia.*

4.ª El convenio del mismo dia que en los términos mas formales repite la renuncia expresada en el acta de abdicacion.

5.ª Los convenios del 23 de abril, en que las potencias aliadas declaran que quieren dar paz á la Francia porque ESTA NACION HA VUELTO *á ponerse bajo un gobierno cuyos principios ofrecen las suficientes prendas para la conservacion de la paz.*

Asi es que sin todas esas condiciones preventivas, sentadas en las actas que acaban de mencionarse no se hubiera verificado el tratado de París, y todas esas condiciones se reducen á una sola, esto es, á *excluir formalmente á Bonaparte y á los suyos del trono de Francia, tanto por la accion de una fuerza extranjera como por la aquiescencia de su propia voluntad.*

Dicho esto se ve que Bonaparte al violar compromisos tan sagrados, al volver á tomar el título de emperador de los franceses, rompe de hecho la paz que el tratado de París habia establecido, y es á su vez condenado por el mismo tratado.

Reasumiendo la cuestion diremos: que el momentáneo triunfo de Bonaparte no altera la declaracion del 13 de marzo último como se prueba por la segunda declaracion del 12 de mayo.

La base, la condicion *sine qua non* del tratado de París era la abolicion del poder de Bonaparte.

Luego Bonaparte restableciendo ese poder, ha derribado el fundamento del tratado: vuélvese á colocar voluntariamente y coloca á la Francia, que lo consiente, en la situacion política anterior al 31 de marzo de 1814; luego él es quien declara la guerra á la Europa y no la Europa á la Francia.

Añadamos y repitamos ademas que el tratado de París, aunque Bonaparte diga lo contrario, era indispensable y muy honroso para la Francia, segun creemos haberlo demostrado. Cuanto mas se examinaran las transaciones políticas que han preparado y venido en pos de la restauracion, tanto mas se admirará la conducta de los príncipes y la habilidad del ministro que comprendió tan perfectamente los intereses mas urgentes de la patria y vió tan á fondo los hombres y las cosas. Innumerables ejércitos ocupaban en 31 de marzo de 1814 el territorio de la Francia: de allí á cuatro meses todos volvian á pasar los límites nacionales sin llevarse riquezas sin haber disparado un fusil, ni haber derramado una gota de sangre despues de la entrada de los Borbones en París. La Francia ha ensanchado sus límites en algunas fronteras: se han partido con ella los buques y almacenes de Anveres: se le restituyen 300,000 hijos suyos que estaban expuestos á morir en las prisiones de los aliados, si la guerra se hubiera prolongado: despues de veinticinco años de lucha cesa repentinamente el rumor del

combate desde un extremo al otro de Europa. ¿Quién ha podido obrar esos prodigios? El ministro de un gobierno apenas establecido, dos príncipes que han regresado de un país extranjero, sin fuerzas, sin séquito y sin armas: dos simples tratados firmados ¡Carlos y Luis!

INFORME,

PRESENTADO AL REY EN SU CONCEJO, SOBRE EL DECRETO DE NAPOLEON BONAPARTE, DE 9 DE MAYO DE 1815.

Señor:

La Francia entera clama por su rey: los vasallos de V. M. no disfrazan ya su modo de pensar: los unos vienen á ponerse en derredor de su augusta persona; los otros en el centro del país dan libre rienda al amor que profesan á su soberano legítimo y a la esperanza de recobrar antes de mucho la paz bajo su tutelar autoridad. Cuanto mas se manifiesta la opinion pública tanto mas se aterra Bonaparte y tanto mas deja caer su cetro de hierro sobre los franceses. Llama á la anarquía en auxilio del despotismo, y pretende pero en vano, falsear la fidelidad de los pueblos inmediatos á la capital, armando en su favor la última clase del pueblo. Para sostener su tiranía busca entre los harapos de la miseria los brazos ensangrentados con las matanzas de setiembre, y registra los archivos de la revolucion por ver si encuentra leyes que presten autoridad á sus furores. El espíritu de violencia es sin duda el que ha dictado el último informe del ministro de policía de Bonaparte. A este documento cuya fecha es el 7 de mayo, ha seguido un decreto del supuesto gefe del gobierno, y este informe y este decreto han sido coronados por una circular del 11 dirigida á los procuradores generales por el titulado ministro de justicia.

Ya se ha hecho en varios departamentos aplicacion de los principios de iniquidad que en aquellos documentos se establecen: los agentes subalternos se han apresurado á responder á la señal dada, elevando el rigor y la injusticia á un extremo desconocido hasta en los anales de la revolucion. En lo sucesivo nos ocuparemos del decreto del superintendente general de policía, Moreau; por ahora no hacemos mas que indicarlo á M. M.

Este decreto de 9 de mayo, cuya primera lectura ha afectado tan vivamente el corazon del rey, manda en el primer artículo á todos los franceses (no siendo los comprendidos en el artículo 11 de la amnistía de 12 de mayo último) que se encuentran en la actualidad fuera de Francia al servicio de V. M. ó de los príncipes de vuestra casa, volver á entrar en Francia en el término de un mes so pena de ser perseguidos con arreglo al decreto de 6 de abril de 1809.

Este decreto condena á muerte (artículo 1.° del título I) á todos los franceses que sustenten armas contra la Francia con arreglo al artículo 3.° de la seccion 1.ª de la 2.ª parte del código penal de 8 de octubre de 1791. Segun diferentes artículos de los títulos II, III y IV del mismo decreto, todos los franceses que ejercen en el extranjero funciones políticas, administrativas ó judiciales quedan declarados como muertos civilmente y sus bienes muebles é inmuebles confiscados.

El tercer artículo del decreto del 9 de mayo manda á los procuradores generales, y titulados imperiales perseguir á los autores de toda relacion y correspondencia que ocurra desde el interior de Francia con V. M. ó con los príncipes de vuestra casa, ó sus agentes, cuando dichas relaciones y correspondencias tengan por objeto conspiraciones ó maquinaciones de las especificadas en el artículo 77 del código penal.

Este artículo impone pena de muerte y de confiscacion de bienes contra cualquiera que haya conspirado ó mantenido relaciones con los enemigos del Estado.

El 4.°, 5.° y 6.° artículos del decreto de 9 de mayo se dirigen contra los vasallos de V. M. que destruyan la bandera tricolor, contra los ayuntamientos que no se opongan á esa accion y contra los individuos que se reunan bajo cualquiera divisa que no sea la escarapela tricolor.

A todos estos titulados delitos se aplica el artículo 257 del código penal, la ley del 10 *vendemiaire* del año IV, relativa á la responsabilidad de los ayuntamientos, y el artículo 9 de la ley del 27 *germinal* del año IV, sin perjucio del artículo 91 del código penal.

El artículo 257 de este código impone pena de prision desde un mes á dos años, ó una multa desde 100 á 500 francos al que destruya monumentos destinados á utilidad pública, etc.

La ley de la Convencion nacional relativa á la responsabilidad de los ayuntamientos hace por el título I y el artículo 1.° responsables á todos los habitantes de una municipalidad de los atentados que se hayan cometido contra las personas ó propiedades, y por el título II, artículo 1.°, recae esta responsabilidad hasta sobre los niños que no hayan cumplido doce años de edad.

Ahora vamos á tratar, señor, del decreto á que nos hemos referido anteriormente. El prefecto de policía de la tercera demarcacion tomó en Nantes (15 mayo) providencias con arreglo á este decreto, cuyo considerando y disposicion son igualmente dignos de atencion. Atribuyendo las turbulencias de los departamentos del Oeste á los *ex-nobles*, quiso, segun él dice, quitar todo pretesto *á la calumnia*, y suministrar á esos *ex-nobles* los medios de *justificarse*. Por consiguiente el decreto previene que todos los nobles de los doce departamentos de que se compone la tercera demarcacion se presenten en el plazo de diez dias ante el prefecto de su departamento. Si el prefecto cree que su pasada conducta no presenta garantías suficientes, los enviará en estado de vigilancia á un pueblo del interior, y en el caso de no presentarse ante el prefecto, se les aplicará el artículo 1.° del decreto de 9 de mayo.

El ministro de Policía de Francia habia dicho en su informe que no propondria á Bonaparte *exceder los límites de su poder constitucional*, y hé aquí que un simple prefecto de policía impone un decreto de destierro, de confiscacion y de muerte contra una corporacion entera de ciudadanos que ni siquiera están comprendidos en el decreto de 9 de mayo! Esto es lo que se llama contenerse en los límites del poder constitucional. A pesar de lo que hemos visto en estos últimos veinte y cinco años, cada vez causa mayor confusion un abuso de palabras tan escandaloso, como es el invocar la libertad para establecer la esclavitud, la Constitucion para sancionar la arbitrariedad y las leyes para decretar la proscripcion.

Imposible era inventar, ni invocar leyes mas monstruosas para castigar la fidelidad, la honradez y el honor. Al leer la circular del ministro de Justicia, cree uno estar leyendo aquella *ley de sospechosos*, que parece la expresion de todos los terrores de que es capaz la tiranía y de todas las venganzas que en su impotencia sabe tomar. Invita un ministro de Justicia á los jueces á que se abstengan de una *compasion imprudente*, cuando se trate de delitos que, por propia confesion del ministro, son mas dignos de indulgencia que de rigor: se atreve á decir que no debe *absolverse ó condenarse á un hombre por el hecho de que es acusado, porque este hecho puede no ofrecer en si mismo nada de reprensible*; pero quiere el

ministro que se falle *con arreglo al conjunto de circunstancias*; es decir, que se pueda llevar al patíbulo á un hombre segun el concepto que les acomode á los jueces formar de él. ¿Dónde estarian, señor, hoy vuestros enemigos, si hubieseis empleado contra ellos los principios que ponen hoy en práctica contra vuestros vasallos? Mucho nos guardaremos de proponer á V. M. semejantes medios, tan contrarios á vuestras virtudes y al espíritu de un gobierno legal y paterno; pero la bondad misma le impone al rey el deber de protejer la lealtad contra la rebeldía y por lo tanto suplicamos que amenaceis con el rigor de las leyes á los que se atrevan á hacerse cómplices de una autoridad ilegítima.

En vista de este informe S. M. expidió el siguiente decreto.

REAL DECRETO.

Luis por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra,

A todos los que la presente vieren, salud:

En el momento que en Francia vuelven á ponerse en juego las mas odiosas providencias, consideramos como uno de nuestros deberes mas amados, y como una de las necesidades mas apremiantes el defender los derechos de nuestros pueblos contra la opresion y la tiranía.

Con profundo dolor hemos visto comprometidas la vida, la libertad y las propiedades de todos los franceses que han permanecido leales á su deber, por el decreto que el gefe del supuesto gobierno de Francia ha expedido el 9 del presente y por la providencia de algunos de sus agentes.

Este decreto y estas providencias, que renuevan la memoria de las mas atroces leyes revolucionarias, se hallan ademas en contradiccion formal con nuestra Constitucion, en especial con el artículo 66 que abolió para siempre la confiscacion de bienes.

Por lo cual, oido nuestro consejo, hemos mandado y mandamos lo siguiente:

Artículo 1.° Todos los procuradores generales, y titulados imperiales; todos los miembros de cualquiera tribunal civil ó militar; todos los agentes de policía, que, en virtud del decreto de Bonaparte, fecha 9 de mayo de 1815, ó en virtud de medidas tomadas, sea en lo tocante á la aplicacion, ó á la ampliacion del mismo decreto por cualquier autoridad, que persigan judicialmente á los supuestos delitos que en el referido decreto se mencionan, ó les apliquen las penas impuestas por el mismo, serán responsables con su persona y bienes, y tendrán que comparecer ante nuestros tribunales para ser juzgados con arreglo á las leyes de nuestros reinos.

Art. 2.° Los prefectos, sub-prefectos, alcaldes, agregados y demás agentes de la administracion de cualquier clase que sean, que hubieran tomado parte en las persecuciones mandadas hacer por el decreto de 9 de mayo, sea arrestando á los acusados, sea verificando el secuestro ó poniendo sellos, sea en fin, procediendo á la venta de bienes muebles ó inmuebles, serán igualmente responsables, y deberán ser presentados ante nuestros tribunales, tanto por la accion fiscal de nuestros procuradores generales y reales, como por peticion de los que con arreglo al precedente decreto, tengan derecho á ser indemnizados.

Art. 3.° Todo juez de paz, escribano, *comisario-aprehendedor*, alguacil ó cualquiera que concurra á la venta de las propiedades muebles, ó de frutos de propiedades inmuebles; todos los que á sabiendas hubiesen adquirido dichos objetos, serán mancomunadamente responsables del valor de los bienes vendidos.

Art. 4.° Quedan encargados nuestros ministros, cada cual en la parte que les concierna, del cumplimiento del presente decreto.

Dado en Gante, dia veinte y uno del mes de mayo del año de gracia mil ochocientos quince y vigésimo de nuestro reinado.

Firmado, Luis.

Y mas abajo: Por el rey

El canciller de Francia

Firmado, D'Ambray.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICION.

DE LA MONARQUÍA CON ARREGLO Á LA CONSTITUCION.

Si en algunas graves circunstancias me he creido obligado, no siendo mas que un simple ciudadano, á elevar la voz y hablar á mi patria, ¿qué deberé hacer en la actualidad? ¿No me impondrá mi condicion de par y de ministro de Estado deberes mas rigurosos que cumplir? ¿Los esfuerzos que yo haga en favor de mi soberano no deberán guardar proporcion con los favores de que me ha colmado?

Como par de Francia debo decir la verdad á la Francia, y la diré.

Como ministro de Estado debo decir la verdad al rey, y la diré.

Si el consejo de que tengo el honor de ser miembro se reuniera alguna vez, podrian decirme: «Hablad »en el consejo.» Mas como nunca se reune, me es preciso buscar otros recursos para que mis humildes observaciones lleguen á ser oidas, y para cumplir con mis funciones de ministro.

Si tuviera necesidad de aducir ejemplos para probar que los hombres colocados en altos puestos tienen derecho de escribir en materias de Estado, no me faltarian por cierto: muchos encontraria en la historia de Francia, y la de Inglaterra me suministraria una larga serie de ellos. Desde Bolngbroke hasta Burke, podria citar un gran número de lores, de miembros de la cámara de los Comunes y del Consejo privado que han escrito sobre política, en oposicion directa con el sistema ministerial adoptado en su país.

¡Pues qué? Si me parece que la nacion se ve amenazada de nuevos males, ó creo que la legitimidad corre peligro ¿tendré que permanecer en silencio solo porque soy par y ministro de Estado? Por el contrario, mi deber me obliga á indicar el escollo, á disparar el cañonazo de alarma, y á pedir socorro á todo el mundo. Esta es la razon que por primera vez de mi vido me hace firmar con mis títulos, á fin de anunciar mis deberes, y añadir, si puedo, á esta obra el peso de mi categoría política.

Estos deberes son tanto mas imperiosos, cuanto que la libertad individual y la de la imprenta se hallan suspendidas. ¿Quién se atreveria á hablar? Supuesto que mi condicion de par de Francia me concede, con arreglo á la Constitucion, una especie de inviolabilidad, debo aprovecharme de ella para dar á la opinion pública una parte de su poder. Esta opinion me dice: «Habeis confeccionado leyes que me coartan; usad en nombre mio de la palabra que me habeis quitado.»

Finalmente, el público me ha escuchado alguna vez con benevolencia; tengo por lo tanto probabilidad de que me prestará atencion, y si escribiendo me es dado hacer algun bien, mi conciencia me manda que no me abstenga de hacerlo.

A esto se limitaria el prefacio, sino tuviera que hacer algunas explicaciones.

La palabra realista se toma en esta obra en un sentido muy lato: abraza todos los realistas, cualquiera que sea el matiz de sus opiniones con tal que estas

no sean dictadas por los intereses *morales* revolucionarios (1).

Por *gobierno representativo*, entiendo la monarquía tal como hoy existe en Francia, en Inglaterra y en los Paises Bajos, sea que quieran ó no convenir en el exacto rigor de la expresion.

Cuando hablo de faltas, de sistemas, de órdenes y de proyectos de ley de un ministerio, no trato de calificar la parte de bien ó de mal que corresponde á cada uno de los ministros que componian ó componen el ministerio. Asi es que no he guardado consideraciones con los ministerios en que habia tenido amigos. Hago por ejemplo profesion de un particular respeto al señor canciller de Francia: tengo frecuentemente ocasion de echar de ver en su conducta aquel candor, aquella rectitud de espíritu y de corazon, aquella rara probidad de nuestra antigua magistratura. Mis sentimientos hácia el señor conde de Blacas son bien notorios, los he consignado en mis escritos y en mis discursos en la cámara de Diputados. No tiene el rey un servidor mas noble, ni mas adicto que el señor de Blacas. En estos momentos está dando muestras de su habilidad por el modo de dirigir las negociaciones difíciles de que se habia encargado. ¡Ojalá hubiese ejercido mas influencia en el ministerio de que formó parte! Mas al fin aquel ministerio cayó en faltas enormes, y yo lo he juzgado rigurosamente, sin hablar ni del canciller, ni de Mr. de Blacas, que lejos de participar de aquel sistema de administracion, la combatieron incesantemente. Sin embargo, en un escrito en que he tratado de los principios de la *Monarquía representativa*, he tenido que admitir el axioma de que toda medida ministerial es obra del ministerio.

PREFACIO DE LA EDICION DE 1827.

La monarquía con arreglo á la Constitucion se divide en dos partes, como ya lo he dicho en mi prefacio general: la parte teórica es indipendiente en la actualidad de la que no tenia relacion mas que con las circunstancias del momento.

La publicacion de la *Monarquía con arreglo á la Constitucion* ha sido una de las mas interesantes épocas de mi vida; pues me hizo tomar un puesto entre los publicistas y contribuyó á que se fijara la opinion sobre la naturaleza del gobierno. No me cansaré de repetirlo: fuera de esa ley fundamental no hay salvacion. Es el único baluarte que le queda á la nacion contra la república y contra el despotismo militar: ciego debe haber nacido quien no lo vea.

Como mis sucesos van siempre fuera del órden comun, la *Monarquía con arreglo á la Constitucion* fue causa de que me separaran de un puesto que yo habia obtenido en Gante y que hasta entonces estaba reputado como *inamovible*. No fue en verdad la pérdida del puesto lo que me afligió, sino la venta de mis libros, causada por mi nueva situacion, y sobre todo, la de un pequeño retiro que yo habia cultivado con mis propias manos y adquirido con el fruto de los buenos resultados producidos por el *Genio del Cristianismo*. El hombre virtuoso que habitó despues de esta circunstancia en aquel modesto retiro, ha hecho que su pérdida no me fuese tan penosa. Mas á nadie le conviene tomar ni accidentalmente parte en mejorar mis asuntos: aquel hombre virtuoso dejó de existir.

Tres veces he tenido el honor de ser despojado por la legitimidad: la primera por haber seguido á los hijos de San Luis al destierro; la segunda por haber escrito en favor de los príncipes de la monarquía que el rey nos habia concedido, y la tercera por haber guardado silencio acerca de una ley funesta, y por haber contribuido á conservar en Europa la paz durante aquella campaña tan gloriosa para un hijo de la Francia, y que restituyó un ejército á la bandera blanca.

No perdonaron mi patrimonio los verdugos que asesinaron mi hermano: eso es natural; mas yo no puedo menos de aconsejar á los ministros futuros, se abstengan de toda clase de medidas precipitadas, sujetas á graves inconvenientes. Hiriéndome, hirieron á un adicto servidor del rey y la ingratitud no pudo sofocar la lealtad; sin embargo, puede haber hombres que no se muestren tan sumisos, y circunstancias en que podria traer funestas consecuencias el abuso, como lo prueba la historia. No soy el príncipe Eugenio, ni Voltaire, ni Mirabeau, y si poseyera su capacidad, tendria horror de imitarlos en su resentimiento. Pero como he tenido mas ocasion que otro alguno de conocer el daño que causan á mi país las divisiones y las injusticias, exorto á todo el mundo á que las evite. Hace algunos meses que me hubiera guardado muy bien de hacer estas reflexiones por temor de que las tomaran por fanfarronadas, por suspiros de la ambicion ó por lamentos de la debilidad; mas al presente no pueden ser consideradas sino como un consejo tan importante como desinteresado.

(1) Ya se verá en el curso de esta obra lo que el autor entiende por intereses *morales* revolucionarios.

DE LA MONARQUIA

CON ARREGLO Á LA CONSTITUCION.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

EXPOSICION.

La Francia quiere á su rey legítimo.

Hay tres maneras de querer al rey legítimo.

1.ª Con el antiguo régimen.

2.ª Con el despotismo.

3.ª Con la constitucion.

Con el antiguo régimen, existe una imposibilidad; como ya lo hemos demostrado en otra parte (1).

Con el despotismo seria preciso tener como Bonaparte 600,000 soldados, un brazo de hierro y un alma propensa á la tiranía; de todo lo cual nada existe en la actualidad. Sé muy bien cómo se establece el despotismo; mas ignoro el modo de hacer un despóta en la familia de los Borbones.

Queda pues la monarquía con la Constitucion.

Ese es el único modo que conviene en los presentes momentos; es ademas el único posible y el único que zanja la cuestion.

CAPITULO II.

PROSIGUE LA EXPOSICION.

Partimos pues del principio que tenemos una Constitucion y que es lo único que podemos tener.

Mas desde que vivimos bajo el imperio de esa Constitucion hemos desconocido de un modo asombroso su espíritu y su carácter.

¿En qué consiste? En que arrebatados por nuestras pasiones, por nuestros intereses y por nuestros caprichos, diciendo que adoptábamos el principio, nunca hemos querido someternos á sus consecuencias; en que nos hemos empeñado en sostener cosas contradictorias é imposibles; en que presentamos resistencia á la naturaleza del gobierno establecido, en vez de ceder espontáneamente á su impulso; en que viéndonos contrariados por instituciones que aun son nuevas, no tenemos valor de despreciar leves inconvenientes para conseguir notables mejoras, y consiste por último, en que habiendo tomado la libertad por base de esas instituciones, nos espantamos y tenemos intenciones de retroceder hasta lo arbitrario, no comprendiendo cómo un gobierno puede ser vigoroso no dejando de ser constitucional.

(1) Siendo esta obra como una continuacion de las *Reflexiones políticas*, citaré para no repetir las mismas verdades en notas las *Reflexiones* Por el mismo motivo citaré tambien el *informe presentado al rey en Gante*, cuyo documento se deriva igualmente de los principios establecidos en las *Reflexiones políticas*.

Voy á tratar de establecer algunas verdades de uso comun en la práctica de la monarquía representativa. Trataré do los *principios*: procuraré demostrar lo que falta á dichas instituciones, lo que conviene crear, lo que conviene destruir, lo que es razonable y lo que es absurdo. En seguida hablaré de los *sistemas*: diré cuáles son los que se han seguido hasta el presente en la administracion. Indicaré el mal y terminaré presentando lo que en mi concepto podria servir de remedio. Por lo demás en nada me separaré de las primeras nociones del sentido comun. Parece que el sentido comun es una cosa mas rara que lo que su nombre indica. ¡Son tantas las cosas que hemos puesto en olvido por la revolucion! Asi en política, como en religion puede decirse que aun nos hallamos en el catecismo.

CAPITULO III.

ELEMENTOS DE LA MONARQUÍA REPRESENTATIVA.

¿Qué es gobierno representativo? ¿Cuál es su origen? ¿Cómo se ha formado en Europa? ¿Cómo se estableció antiguamente en Francia é Inglaterra? ¿Cómo se destruyó en la primera de estas dos naciones y por qué subsistió en la otra? ¿Por qué caminos ha vuelto á restablecerse en Francia? Para todas estas cuestiones han de tenerse presentes las *Reflexiones políticas*.

El gobierno establecido por la Constitucion se compone de cuatro elementos, á saber, la monarquía, la prerogativa real, las cámaras, la de los Pares y la de los Diputados, y el ministerio. Esta máquina menos complicada que la organizacion de la antigua monarquía antes de Luis XIV, es sin embargo mas delicada, y exige mas destreza para su manejo; la violencia la romperia, y la falta de habilidad interrumpiria su movimiento.

Veamos lo que le falta y qué clase de impedimentos se han encontrado hasta el presente en la nueva monarquía.

CAPITULO IV.

DE LA PREROGATIVA REAL.—PRINCIPIO FUNDAMENTAL.

La doctrina sobre la prerogativa real constitucional establece: que nada procede directamente del rey en los actos del gobierno; que todo es obra del ministerio, hasta lo que se hace en nombre del rey y con su firma, como proyectos de ley, órdenes y nombramientos.

El rey en la monarquía representativa es á manera de una divinidad á quien nada puede llegar: siendo inviolable y sagrado, es tambien infalible; pues si hay error, este error dependerá del ministro y no del rey. De manera que todos los actos pueden sujetarse á exámen sin lastimar la magestad régia, pues todos dimanan de un ministerio responsable.

CAPITULO V.

APLICACION DEL PRINCIPIO.

Cuando los ministros promueven alarmas entre los leales vasallos; cuando abusan del nombre del rey para poner en ejecucion medidas inconducentes, es porque abusan de nuestra ignorancia, ó porque ignoran ellos mismos la naturaleza del gobierno representativo. El realista mas decidido puede en las cámaras separar sin temeridad el sagrado broquel que se le opone, y atacar directamente al ministerio; pues solo se trata siempre de este y nunca del rey.

Todo esto se halla fundado en la razon de que hallándose el rey rodeado de ministros responsables, y estando sobre la esfera de toda responsabilidad, es evidente que debe dejarles obrar como mejor les parezca, supuesto que ellos solos son los que han de responder de las resultas. Si no fuesen mas que meros ejecutores de la voluntad régia, seria injusto perseguirlos por proyectos que no eran suyos.

¿Qué hace pues en su consejo el monarca? Juzga; pero no obliga al ministro. Si este contemporiza con el parecer del rey, está seguro de haber obrado perfectamente y de haber merecido la aprobacion general; si por el contrario, se separa y á fin de sostener su propia opinion, habla de su responsabilidad, será regular que el rey no insista: el ministro obrará, mas si llega á cometer una falta, será segura su caida y el rey mudará de ministro.

Aun cuando el rey en su consejo hubiese adoptado el parecer del ministerio, nada tiene que ver el monarca con los malos resultados que aquel parecer haya acarreado; pues en tal caso se dice que los ministros han sorprendido su buena intencion presentándole los hechos bajo un falso punto de vista, y engañándole por su corrupcion, sus pasiones ó su incapacidad. Por decirlo de una vez, nada es obra del rey sino la ley sancionada, la felicidad del pueblo y la prosperidad de la patria.

Me he extendido al hablar de esta doctrina porque se ha desconocido su principio; se han aprovechado de la pasion que la cámara de los Diputados profesa al rey, para inspirar escrúpulos á esta admirable cámara. Los diputados han tardado algun tiempo en deslindar los verdaderos intereses del trono, cuando se han valido del nombre mismo del rey para oponerlo á sus intereses.

Pasemos del principio general á establecer algunos detalles.

CAPITULO VI.

CONTINUACION DE LA PREROGATIVA REAL.—INICIATIVA.—REAL ÓRDEN.

La prerogativa real debe ser mas sólida en Francia que en Inglaterra; pero tarde ó temprano convendrá desembarazarla de un inconveniente cuyo principio radica en la Constitucion. Se ha creido robustecer esta prerogativa, atribuyéndole exclusivamente la iniciativa, y por el contrario no se ha hecho mas que debilitarla.

La forma no ofrece en este particular menos inconvenientes que el fondo: los ministros presentan á las cámaras su proyecto de ley en una real órden. Esta órden principia por la fórmula: *Luis por la gracia de Dios*, etc. De manera que los ministros tienen que hacer hablar al monarca en primera persona: le hacen decir que ha meditado en su sabiduría el proyecto de ley, y que con arreglo á su poder lo remite á las cámaras: luego ocurren las enmiendas admitidas por la corona, y la sabiduría y el poder régio quedan formalmente desmentidos. Es preciso una segunda órden para declarar aun otra vez por la *gracia*

de Dios, por la *sabiduría* y por el *poder real* que el rey (es decir el ministerio) se habia engañado.

Hé aquí, pues, de qué manera un nombre sagrado se encuentra comprometido. Es por lo tanto necesario que se reserve la real órden para la ley completa, obra de la corona asistida de las otras dos ramas del poder legislativo, y no para el proyecto de ley que no es mas que obra de los ministros.

En todas las cosas convendrá en lo sucesivo usar de las reales órdenes con moderacion: el estilo de la órden es absoluto, porque en otros tiempos el monarca era el único y soberano legislador; mas ahora que en su magnanimidad ha consentido compartir las funciones legislativas con las dos cámaras, es mejor en materia de ley que la corona no hable imperiosamente sino por lo tocante á la ley ya del todo confeccionada. De otra manera el par y el diputado quedarán colocados entre dos poderes legislativos, la ley y la real órden; entre la antigua y la nueva Constitucion, entre lo que se debe á la ley como ciudadano, y entre lo que se debe á la órden como vasallo. ¿Cómo se podrá en tal caso trabajar libremente en confeccionar la ley sin lastimar la prerogativa, ó enmudecer ante la prerogativa sin dejar de obedecer á la conciencia, votando sobre los artículos de la ley? El nombre del rey aplicado ante todo por los ministros, produciria á la larga el uno ó el otro de esos graves inconvenientes; imprimiria tal respeto que desapareceria toda libertad en ambas cámaras, ó caeria bajo el despotismo ministerial, ó bien no produciria efecto en las voluntades, lo cual conduciria al desprecio de esa autoridad real, sin la que tampoco hay salvacion para la patria.

En Inglaterra se creeria faltar al decoro de las cámaras si un miembro de ellas tuviese la ocurrencia de citar el augusto nombre del monarca para combatir ó hacer aprobar un bill.

CAPITULO VII.

OBJECIONES.

Mas si las cámaras solas tienen la iniciativa, ó bien si la comparten con la corona, ¿no será de temer que renazca antes de mucho aquella manía de confeccionar leyes que perdió á la Francia en tiempo de la asamblea constituyente?

En esas comparaciones tan frecuentemente repetidas, se olvidan los que las presentan de que el espíritu de la Francia no era en aquella época lo que hoy es; no tienen presente que la revolucion principiaba entonces, y que ya se ha acabado; que ahora todo se inclina al reposo, así como en aquellos dias propendia al movimiento, y que muy lejos de dominar en todos los ánimos el afan de destruir, cunde por todas partes el deseo de edificar.

Se pone en olvido que la Constitucion no era la misma; que no habia mas que una asamblea de dos consejos de una misma naturaleza, y que la Constitucion ha establecido dos cámaras formadas de elementos diversos, que contrabalanceándose entre sí establecen el equilibrio.

No se fija la atencion en que toda mocion de órden hecha y proseguida espontáneamente, no es ya posible: que toda proposicion debe ser depositada por escrito en la mesa; que si las cámaras resuelven que háy lugar para ocuparse de ella, no puede ser desarrollada sino pasado un intervalo de tres dias; que en seguida es remitida y distribuida por las comisiones, y que solo despues de haber pasado por todas esas fórmulas dilatorias es cuando vuelve á las cámaras, modificada y atemperada para encontrar otros obstáculos y sufrir todas las enmiendas de los proyectos de ley; pudiendo aplazarse su discusion aun despues de todos esos trámites en el caso de que en la órden del dia se tratara de otros asuntos mas perentorios.

Olvídanse, por último, de que el rey tiene absoluto poder para desechar la ley, y hasta para disolver las cámaras si así lo requiere el bien del Estado.

Por otra parte ¿de qué se trata? ¿de quitar la iniciativa de las leyes á la corona? Nada de eso. Dejad la iniciativa á la corona, que se servirá de ella en las ocasiones solemnes para alguna ley altamente trascendental ó muy popular; pero dádsela tambien á las cámaras, que la ejercen ya de hecho, supuesto que tienen el derecho de proposicion de la ley.

A esto responden que el desarrollo de la proposicion es secreto, mientras que en la iniciativa es pública la discusion Tan enormes son los males que las asambleas deliberantes han hecho á la Francia, que toda precaucion parece ineficaz.

Empero en ese caso, ¿para qué es la constitucion? ¿Para qué servirá una Constitucion libre? ¿Para qué no haber tomado las cosas como se hallaban, un senado pasivo y un cuerpo legislativo mudo? Hé aquí cómo por una funesta inconsecuencia se quiere y no se quiere lo que se tiene.

¿Sabe alguno lo que sucederá si los franceses no sostienen con mas energía sus deseos, si no tratan de estar mas acordes consigo mismos? O quedará destruida la Constitucion (y Dios sabe lo que vendrá despues), ó todo será arrebatado por ella. Tengamos cuidado, pues en el actual órden de cosas probablemente la Constitucion es mas poderosa que todo lo demás.

CAPITULO VIII.

CONTRA LA PROPOSICION SECRETA DE LA LEY.

Proposicion secreta de la ley: idea falsa y contradictoria, elemento heterógeneo de que convendrá desprenderse. La proposicion secreta de la ley no puede ser nunca tan secreta que no llegue desfigurada á noticia del público: la iniciativa franca es propia de la índole del gobierno representativo. En esta clase de gobierno todo debe ser conocido, y todo tiene que comparecer ante el tribunal de la opinion. Si la discusion llega á ser borrascosa, pueden cinco miembros reuniéndose mandar desocupar las tribunas, segun el artículo 44 de la Constitucion Conservaríanse, pues, por la iniciativa las ventajas del secreto sin perder las de la publicidad: no hay por lo tanto ganancia ninguna en preferir la proposicion á la iniciativa, lo cual equivaldria á querer adquirir por un medio lo que ya se habia adquirido por otro, ó seria lo mismo que complicar los resortes para obtener resultados conseguidos por otro procedimiento mas sencillo y natural.

La iniciativa concedida á las cámaras hará tambien desaparecer las definiciones de principios generales que durante esta legislatura han entorpecido la discusion de cada ley. Tampoco se oiria hablar de la eterna doctrina de las enmiendas. El buen sentido exige que las cámaras admitidas á la confeccion de las leyes, tengan el derecho de proponer en ellas todas las modificaciones que les parezcan útiles (menos en el presupuesto, como lo voy á demostrar). Querer fijar límites al derecho de enmienda, encontrar el punto matemático donde concluye la enmienda y principia la proposicion de la ley; saber á punto fijo donde esta enmienda entra ó no entra en la jurisdiccion de la prerogativa, es perderse en una metafísica política sin fin.

Conceded la iniciativa á las cámaras: haced, si así lo quereis, que la ley pueda igualmente ser propuesta por el gobierno, pero sin reglamento especial, y desaparecerán todas esas inútiles cuestiones. En vez de tener que estar gritando á cada instante, «que se infringe la Constitucion, que se quebranta la prerogativa real;» en vez de desechar una enmienda, no porque sea mala en sí misma, sino porque está en contradiccion con una teoría, se combatirán las opiniones contrarias aduciendo razones tomadas en la naturaleza misma de la ley propuesta. No habrá lugar de recusarse mutuamente, de reproducir los principios democráticos, ni de predicar la obediencia pasiva: los ánimos se acostumbrarán á juzgar con rectitud, las voluntades caminarán de consuno, y de esto resultará menos pérdida de tiempo.

CAPITULO IX.

LO QUE RESULTARÁ DE DEJAR LA INICIATIVA Á LAS CÁMARAS.

Por otra parte el rey es el que está evidentemente interesado en dejar la iniciativa á las cámaras, pues entonces la corona no se encargará mas que de proponer las leyes populares, y dejará á los pares y á los diputados lo que puede haber de riguroso en la legislacion. Ademas, en el caso de no ser aprobada la ley, no tendrá que figurar el nombre del monarca en discusiones donde las mas de las veces la agitacion de las tribunas no permite guardar el oportuno decoro. Tampoco los ministros tendrán que hacer un postrer esfuerzo para dominar la voluntad de la oposicion, gritando: «así lo quiere el rey, el rey lo ha propuesto; jamás consentirá que se haga esa enmienda.»

Por último, si los ministros tienen destreza, la iniciativa de las cámaras nunca será otra cosa mas que la iniciativa ministerial, pues valiéndose de cierta maña harán que no se proponga sino lo que ellos quieran. Con semejante conducta conseguirá el ministerio las ventajas que consigue un escritor que conserva el anónimo hasta ver el resultado de su obra; si esta es bien recibida, presenta su nombre á la admiracion; si tiene mal éxito, deja que la crítica se ensañe en quien le parezca. Aun son mayores las ventajas que consigue el ministerio; pues buena ó mala la ley que el ministro ha encargado á sus amigos proponer á las cámaras, tiene por último que pasar, con tal que no se haya adoptado el *sistema de la minoría*, tan ingeniosamente adoptado en la última legislatura. Renunciar á la mayoría es querer caminar sin piés, volar sin alas; es romper el gran resorte del gobierno representativo, como lo demostraré mas adelante.

CAPITULO X.

CORROBÓRASE LO QUE ACABA DE DECIRSE.

Hemos manifestado los inconvenientes de la proposicion secreta de la ley por las cámaras, y de la iniciativa por la corona; hé aquí los absurdos que envuelve además ese sistema.

Si la proposicion es aprobada en las cámaras, pasa á la corona; si la corona la adopta, vuelve á las cámaras en forma de proyecto de ley.

Si las cámaras la consideran digna de enmienda, pasa segunda vez á la corona, que á su vez puede hacer en ella algunas modificaciones que deben ser aprobadas otra vez por las dos cámaras para ser luego presentadas á la sancion del monarca que aun tiene poder de añadir ó quitar lo que le parezca.

En una de las provincias mas civilizadas de la China, en Kiang Nan hay esta costumbre. Cuando un mandarin pasa á tratar de algun asunto á casa de uno de sus colegas, el mandarin que ha recibido la visita acompaña al otro hasta su alojamiento: este á su vez se cree obligado por política á no dejar volver solo á un hombre de tan buenos modales, y le vuelve á acompañar; el acompañado tiene demasiado mundo para no repetir el obsequio á tan ilustre compañero, que además de su posicion..... De manera que por no ceder en finura, van, vienen, tornan, vuelven... Alguna vez ha ocurrido que la muerte les ha sorprendido en tan obsequiosa competencia; y el asunto?... El asunto quedó como estaba antes de la primera visita (1).

CAPITULO XI.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

La iniciativa y la sancion de la ley son visiblemente incompatibles; pues en ese caso la corona es la que aprueba ó desaprueba su propia obra. Ademas de lo absurdo del hecho, la corona queda en una posicion que rebaja su dignidad pues no puede confirmar un proyecto de ley que los ministros han declarado ser fruto de sus meditaciones, sin que los pares y los diputados no lo hayan antes examinado, y por decirlo así, aprobado. ¿No era mas noble y mas natural que las cámaras propusiesen la ley y que el monarca la juzgara? Entonces puede decirse que se presentaria como primer legislador, siendo dueño de decir: «Esto es bueno, esto es malo; lo apruebo, ó no lo apruebo.» Guarde cada cual su categoría; no es decoroso por cierto que un oscuro vasallo censure una ley propuesta en nombre del soberano.

De lo dicho se deduce con toda claridad que la iniciativa, lejos de ser favorable al trono, es por el contrario antimonárquica, supuesto que altera el órden de los poderes. Los ingleses la han adjudicado con mucha razon á las cámaras.

CAPITULO XII.

CUESTION.

No falta quien dice: «¿Luego el rey en un gobierno representativo no es mas que un vano ídolo?» Se le da culto porque está en el altar; pero no tiene ni accion ni poder.

Eso es un error. El rey, en la monarquía que nos rige, es mas absoluto que sus antepasados; es mas poderoso que el sultan en Constantinopla, mas que Luis XIV en Versalles.

A nadie mas que á Dios ha de dar cuenta de su voluntad ni de sus acciones.

Es el gefe ó el obispo exterior de la iglesia galicana.

Es padre de todas las familias particulares vinculándolas á su autoridad por medio de la instruccion pública.

Solo es quien desecha ó sanciona la ley: toda ley dimana de él; luego es el soberano legislador.

Elévase sobre la misma ley, pues solo él puede conmutarla y hablar mas alto que ella.

Sin oposicion, sin cuidar de la crítica, pone ó quita á su placer los ministros: toda administracion se deriva de su autoridad; luego es el gefe supremo.

El ejército no se mueve sin órden suya.

Hace la paz y declara la guerra.

De manera que siendo el primero en el órden religioso, moral y político, tiene en su mano las costumbres, las leyes, la administracion, el ejército, la paz y la guerra.

Si retira su real mano, todo se paraliza.

Si la extiende, todo se pone en movimiento.

Hasta tal punto reune en su persona la esencia de todo que quitar el rey, es lo mismo que no dejar nada en pié.

¿Qué mas quereis para la corona? ¿Acaso las mil y mil trabas que en otro tiempo embarazaban á la monarquía? ¿Acaso el absoluto poder de un ministro

(1) *Cartas edific.*

que sin mas causa que su capricho os encierre en una mazmorra? Muy lejos está de la verdad el que piensa que la corona podia en los tiempos pasados obrar con mas independencia ó mas fuerza que en la época actual. ¿Qué rey de Francia en la antigua monarquía habria podido imponer la enorme contribucion aprobada en el presupuesto? ¿Qué rey habria podido usar de un poder tan violento como el que autoriza á la corona á poner en accion las leyes sobre libertad de imprenta, sobre libertad individual, y sobre gritos sediciosos?

Del exámen de la prerogativa real pasemos al de la cámara de los Pares.

CAPITULO XIII.

DE LA CÁMARA DE LOS PARES.—PRIVILEGIOS NECESARIOS.

Si antes de recibir de la munificencia enteramente espontánea del rey la alta dignidad de par, no hubiera yo reclamado para la cámara de los Pares lo que en este instante voy á pedir, tal vez cierto rubor, me impondria silencio, mas habiéndose manifestado mi opinion, por escrito (1), anticipado con mucho á los honores que mis débiles servicios á la monarquía han conseguido merecer, puedo ya explanar mi opinion sin rebozo de ningun género.

Faltan á la cámara de Pares de Francia no en concepto de sus intereses particulares, sino en concepto de los intereses del rey y del pueblo, honores, privilegios y riquezas.

Sin embargo en el informe que tuve el honor de presentar al rey en su consejo de Gante, al indicar la conveniencia de que la dignidad de par fuese hereditaria (tanto para consagrar los principios de la Carta, como para probar que se queria sinceramente cumplir lo que se habia prometido) no me propuse aconsejar que se hicieran de una vez hereditarias todas las dignidades de par existentes en la actualidad. Me pareció que bastaria por de pronto el que recayera esa circunstancia sobre un cierto número de pares tomados de los antiguos y de los modernos. El ministerio que confeccionó el reglamento de 19 agosto de 1815 no vió quizás todo lo que aquel reglamento quitaba á la corona. El rey, Providencia de la Francia y que como tal derrama beneficios á manos llenas, aprobó una generosidad, que siempre queda inferior á su munificencia: dió de una vez cuando podia dar. Y sin embargo, ¡qué profundo manantial de recompensas no ha agotado el ministerio con aquel acto! ¡Qué noble objeto no ha arrebatado á una noble ambicion! ¿Qué no hubiera hecho un par vitalicio, para ser par hereditario y para fijar en su familia tan alta é importante dignidad? El mismo reglamento parece quitar al rey la facultad de crear en lo sucesivo pares vitalicios; mas en este particular debe creerse que en el reglamento ocurrió algun defecto de redaccion. La Constitucion (artículo 27) dice terminantemente: «El rey puede á su placer nombrar pares *vitalicios*, ó hacerlos hereditarios.»

CAPITULO XIV.

SUBSTITUCIONES: SON ESENCIALES EN LA DIGNIDAD DE PAR.

No repetiré acerca de los honores y privilegios que hay que conceder á la dignidad de par lo que dije en mis *Reflexiones políticas*. Solo añadiré que tarde ó temprano será preciso restablecer para los pares el uso de las substituciones por órden de primogenitura. Las substituciones trasmitidas por las leyes romanas á nuestras antiguas leyes, pero para conservar otros principios, tienen lugar en la constitucion monárquica. La institucion de vinculaciones completaria el sistema que propongo. Esa institucion creada en la época que los feudos se hicieron hereditarios daria dignidad á los poseedores de bienes territoriales, y el noble ejercicio de la agricultura concederia indudablemente mas nobleza que la voluntad política.

Stat fortuna domus, et avi numerantur avorum.

Tal es el medio de restablecer en Francia las familias aristocráticas, barrera y salvaguardia del trono. Sin privilegios y sin posesiones la categoría de par es una palabra vacía de sentido, una institucion que no llena su objeto. Si la cámara de los Pares tiene menos honores y riquezas que la de los Diputados, la balanza quedará rota: el principio de la aristocracia no estará en su puesto y se combinará con el principio democrático en la cámara de los Diputados.

Esta adquirirá en tal caso una preponderancia inevitable y peligrosa, agregando á su popularidad natural la igualdad de los títulos y la superioridad de fortuna.

¿Cuándo y cómo convendrá poner en práctica lo que propongo para la cámara de los Pares? El tiempo lo dirá; pero de todos modos ó se ha de pasar por ese punto, ó no llegará la monarquía representativa á consolidarse en Francia.

Por lo demás, las sesiones de la cámara de los Pares deben ser públicas sino en virtud de la ley por lo menos en virtud de la costumbre, como sucede en Inglaterra. Sin esta publicidad la cámara no ejerce bastante accion sobre la opinion, y pierde esa ventaja respecto de la cámara de los Diputados.

Tambien reclama el interés del ministerio esta publicidad: el ataque legal contra los ministros principia en la cámara de los Diputados y la defensa viene á parar á la de los Pares. ¿Convendrá, pues, que el ataque sea público y la defensa secreta? ¿Usanse los principios de dos tramitaciones opuestas en un mismo proceso? En tal caso habrá contrariedad en la ley y daño para las partes.

Dejemos este asunto para hablar de la cámara de los Diputados.

CAPITULO XV.

DE LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.—SUS RELACIONES CON LOS MINISTROS.

Perfectamente constituida estaria esta cámara si se hubieran sancionado ya las leyes sobre elecciones y sobre la responsabilidad de los ministros; mas aun le falta el conocimiento de algunos de sus poderes y de algunas verdades, hijas de la experiencia.

Ante todo conviene que sepa hacerse respetar. No debe consentir que los ministros establezcan el principio de ser independientes de las cámaras, y que pueden dejar de presentarse cuando estas juzgan preciso lo contrario. En Inglaterra no solamente se interroga á los ministros por lo tocante á los *bills*, sino por lo relativo á sus actos de administracion, nombramientos y hasta por las noticias que se estampan en la Gaceta.

Si se deja desapercibida esa pomposa frase de que los ministros no han de dar mas que al rey cuenta de su *administracion*, no tardará en ser *administracion* todo lo que ellos querrán: habrá ministros incapaces que podrán perder á la nacion como les plazca, y las cámaras convertidas en esclavas suyas caerán en el envilecimiento.

¿Qué medio tienen las cámaras para hacerse oir? Si los ministros se obstinan en cerrar el oido, las cámaras tendrán que atenerse á su interpelacion, comprometerán su dignidad, y aparecerán ridículas como sucede siempre que se da un paso falso.

(1) *Reflexiones políticas. Informe presentado al rey en Gante.*

La cámara de los Diputados tiene varios medios para sostener sus derechos.

Establezcamos pues los principios:

Las cámaras tienen el derecho de pedir todo lo que quieran á los ministros.

Los ministros deben contestar siempre y presentarse toda vez que las cámaras parezcan solicitarlo.

No siempre están obligados los ministros á dar explicaciones sobre lo que se les pregunta: están en su derecho rehusándolas; pero deben fundarse en razones de Estado de que á su tiempo deberán dar cuenta á las cámaras. Cumplida esta fórmula las cámaras no tienen nada que replicar. Cuando un ministro desea obtener un crédito de seis millones sobre el gran libro, empeña su palabra de honor, y los diputados no piden mas aclaraciones. *Palabra de caballero* es una antigua garantía sobre la cual los franceses nunca tendrán inconveniente de prestar.

Por otra parte las cámaras no se mezclarán nunca en asuntos de administracion, ni harán nunca preguntas que puedan inquietar: jamás expondrán á los ministros á un compromiso, si estos por su parte son lo que deben ser, es decir, dueños de las cámaras por lo tocante al fondo y servidores por lo relativo á la forma.

¿De qué manera se conseguirá tan feliz combinacion? De la manera mas sencilla: el ministro debe contar con la mayoría y marchar con ella: sin ese requisito no hay gobierno.

Se muy bien que esta especie de autoridad, que las cámaras ejercen sobre el ministerio durante las sesiones, renueva la memoria de las invasiones de la asamblea constituyente; pero, repitámoslo otra vez, toda comparacion entre lo que sucede ahora y lo que sucedió entonces es viciosa. No autoriza la experiencia de las pasadas calamidades para decir que la monarquía representativa no ha de poder establecerse en Francia: el gobierno que en aquella época existia no era la monarquía representativa fundada en principios naturales por la verdadera division de poderes. ¡Una asamblea única, un rey cuyo *veto* no era absoluto! ¿Qué hay de comun entre el órden establecido por la asamblea constituyente y el órden político fundado por la Constitucion? Pongamos en práctica esta Constitucion: si con ella no marcha concertada la sociedad entonces podremos afirmar que el carácter nacional no es compatible con el gobierno representativo; mas por ahora no tenemos derecho de reprobar lo que no hemos experimentado.

CAPITULO XVI.

LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS DEBE HACERSE RESPETAR AL EXTERIOR POR LA PRENSA PERIÓDICA.

Sin libertad de imprenta no puede existir gobierno representativo. La razon es la siguiente:

El gobierno representativo ilustrado por la opinion pública establece en ella su base. Las cámaras no pueden llegar á comprender esta opinion si la opinion carece de órganos.

Puede decirse que en todo gobierno representativo hay dos tribunales: el de la cámara, en el que se dilucidan los intereses particulares de la nacion, y el de la nacion misma que juzga de los hechos independiente de las dos cámaras.

¿Cómo discernirá el público de la verded, en las discusiones que necesariamente se suscitan entre el ministerio y las cámaras, si los periódicos están sujetos á la censura del ministerio, es decir, bajo la influencia de una de las partes interesadas? ¿Ni cómo el ministerio, ni las cámaras tendrán exacta noticia de la opinion pública que constituye la voluntad general, si esta opinion no puede expresarse libremente?

CAPITULO XVIII.

PUESTA LA PRENSA PERIÓDICA EN MANOS DE LA POLICÍA SE DESTRUYE EL EQUILIBRIO CONSTITUCIONAL.

En toda monarquía constitucional es preciso que el poder de las cámaras y el del ministerio estén en armonía. Si la prensa queda á merced del ministerio es evidente que este tendrá medios de inclinar á su lado todo el peso de la opinion publica, y hasta podrá emplearla contra las cámaras: de lo cual se deduce que la Constitucion se halla en peligro.

CAPITULO XIX.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

¿Qué sucede cuando por medio de la censura queda entregada la prensa periódica á disposicion del ministerio? Los ministros dan á admirar en los periódicos que les pertenece todo lo que han dicho, todo lo que han hecho y todo lo que ha dicho su partido *intra muros et extra*. Si en los periódicos que no les son enteramente afectos no pueden los ministros obtener los mismos resultados, emplean el recurso que está en su mano, hacen callar á los redactores.

¿Quién no habrá visto periódicos no ministeriales suspendidos solo por no haber alabado esta ó aquella cuestion?

No es tampoco raro que la censura mutile discursos pronunciados por los diputados en la asamblea, y que solo mediante esta mutilacion pueden estamparse en los periódicos.

Se han visto prohibiciones especiales de hablar acerca de un suceso ó de un escrito que podria influir en la opinion pública de una manera desagradable á los ministros (1).

He visto destituir un censor que habia padecido once años de prision por realista, solo por haber dejado pasar un artículo en favor de los realistas.

Finalmente, habiendo comprendido que las órdenes de la policía enviadas por escrito á las redacciones de los periódicos podrian causar algun inconveniente, se ha suprimido esta práctica haciendo saber á los redactores que en lo sucesivo no se les comunicarán mas que *órdenes verbales*. Con este arbitrio desaparecen las pruebas y en todo caso se podrá achacar á los *redactores* lo que en realidad solo será obra de las *órdenes ministeriales*.

Asi es como en Francia se falsea la opinion pública y se abusa de la de Europa: asi es como no hay calumnia con que no hayan intentado denigar la cámara de Diputados. Si no hubiera sido tan absurdo y contradictorio este sistema de calumnias; si despues de haber llamado aristócratas, ultra-realistas, enemigos de la Constitucion y *jacobinos blancos* á los diputados que sin mas causa que su capricho os encierre en una mazmorra? Muy lejos está de la verdad el que piensa que la corona podia en los tiempos pasados obrar con mas independencia ó mas fuerza que en la época actual. ¿Qué rey de Francia en la antigua monarquía habria podido imponer la enorme contribucion aprobada en el presupuesto? ¿Qué rey habria podido usar de un poder tan violento como el que autoriza á la corona á poner en accion las leyes sobre libertad de imprenta, sobre libertad individual, y sobre gritos sediciosos?

(1) Esta obra ofrecerá sin duda un nuevo ejemplo de esta clase de abusos. Se prohibirá su anuncio á los periódicos, ó harán que estos hablen mal de ella. Si á pesar de eso algun periódico se atreve á emitir libremente su juicio, será detenido en el correo segun costumbre. Veo que para mi renacen los buenos tiempos de Fouché: ¿nó se publicaron contra mi, bajo la policía real, libelos que el duque de Rovigu habia prohibido como demasiado infames? Yo no he reclamado, porque soy sincero partidario de la libertad de imprenta, y porque segun mis principios no puedo hacerlo mientras no exista una ley sobre el particular. Por lo demás me hallo muy acostumbrado á las injurias y soy muy superior á cuantas puedan dirigirme. En semejante cuestion no se trata de mí, sino *del fondo* de mi obra, y asi se lo advierto á las provincias á fin de que no se dejen sorprender. Ataco á un partido poderoso y los periódicos están esclusivamente en manos de ese partido: la política y la literatura siguen subordinadas á la policía. Puedo temer cualquier resultado; pero puedo tambien pedir que me lean y no me juzguen sin apelacion por lo que dicen los periódicos que no son independientes.

tados, no les hubieran tratado de demócratas, de enemigos de la prerogativa real, de facciosos y de *jacobinos negros*, ¿qué es lo que no habrian conseguido con tales calumnias?

Es absolutamente incompatible con los principios de una monarquía representativa el que la prensa quede absolutamente á disposicion del ministerio, dejándole el derecho de hacer uso de ella con arreglo á sus intereses, sus caprichos y sus pasiones y la facultad de emplearla en cubrir sus faltas y corromper la verdad. Si la prensa hubiese gozado de libertad, habrian los que tanto han atacado las cámaras, sido á su vez presentados ante el tribunal de la opinion, y entonces se hubiera visto de parte de quién estaba la razon, el talento y la justicia.

Seamos consecuentes: ó desistamos de tener gobierno representativo, ó conservemos la libertad de imprenta: no es posible que exista una Constitucion libre con los abusos que acabo de indicar.

CAPITULO XX.

PELIGROS DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.—PERIÓDICOS.—LEYES FISCALES.

Mas en la libertad de imprenta hay peligros. ¿Quién lo ignora? De manera que esta libertad no puede existir sino teniendo en pos de sí una ley enérgica, *immanis lex*, que trate de remediar la prevaricacion por la ruina, la calumnia por la infamia y los escritos sediciosos por la prision, el destierro y alguna vez hasta por la muerte: el código presenta sobre este particular la ley única. Solicitamos esta libertad de imprenta á riesgo y peligro del escritor; pero es preciso, lo volvemos á decir, que esta libertad exista, ó la Constitucion no será mas que un vano juego.

Por lo que toca á los periódicos, que en realidad son el arma mas peligrosa, es cosa fácil por de pronto disminuir su abuso obligando á sus propietarios á dar fianzas, como se hace con los escribanos y otros empleados públicos. Estas fianzas servirán de garantía de las multas, pena la mas conveniente y fácil de aplicar. En mi concepto estas fianzas deberian hallarse en proporcion con el capital que supone una contribucion directa de mil francos, cantidad que debe pagar todo ciudadano que aspire á ser electo miembro de la cámara de los Diputados. La razon en que me fundo es la siguiente.

Un periódico es una tribuna: asi como se exije del diputado llamado á discutir los negocios, que su interés, como propietario, le haga depender de la propiedad comun, del mismo modo el periodista que quiere abrogarse el derecho de hablar á la nacion debe prometerse ganar algo del órden y perder en el trastorno de la sociedad. Con este solo medio desapareceerian una multitud de papeles públicos. El pequeño número de periodistas que se halle en el caso de hacer el depósito, viéndose amenazados por una ley terrible, y expuestos á perder las fianzas, aprenderán á medir sus palabras. El peligro desapareceria, y la opinion de las cámaras, del ministerio y del público serian conocidas sin alteracion de la verdad.

La opinion pública debe hoy ser tanto mas independiente cuanto que el artículo 4.° de la Constitucion se halla suspendido. En Inglaterra, cuando la ley de *habeas corpus* duerme, la libertad de imprenta vela, y como hermana de la libertad individual la defiende en tanto que las fuerzas de esta se hallan suspendidas, y cuida de que el sueño del momento no pase á ser un sueño eterno (1).

(1) Suelen objetar que es muy difícil hacer una buena ley sobre libertad de imprenta. Ciertamente es difícil, pero no imposible segun yo creo. Sobre este particular he ideado un sistema, cuyo desarrollo seria demasiado largo para esta obra.

CAPITULO XXI.

LIBERTAD DE IMPRENTA CON RELACION Á LOS MINISTROS.

Los ministros se verán acosados, vejados é inquietados por la libertad de imprenta: cada periódico pretenderá darles un parecer. Entre alabanzas, consejos y ultrajes no habrá forma posible de gobernar.

Ministros verdaderamente constitucionales jamás exigirán que por ahorrarse algunas incomodidades personales quede puesta en peligro la ley fundamental del Estado. No es posible que tales ministros sacrifiquen nunca á los mezquinos intereses de su amor propio la dignidad de la naturaleza humana, ni ingieran en la monarquía las irascibles susceptibilidades de la aristocracia. «En la democracia los magistrados, »segun dice Montesquieu, son unos pequeños sobe»ranos que no tienen bastante grandeza para despre»ciar las injurias. Si en la monarquía se dispara algun »dardo contra el monarca, suele por lo general perder »su fuerza antes de llegar á la altura en que este se »halla. Un potentado aristocrático está al alcance de »todos los tiros.»

Persuádanse bien los ministros de que no son potentados democráticos, sino agentes de un rey constitucional en una monarquía representativa. La libertad de imprenta no debe inspirar recelos á un ministro inteligente, pues aun cuando sea blanco del encono de aquella, su existencia ministerial resistirá y saldrá ilesa del combate.

Por otra parte es indudable que los ministros tendrán periódicos que se plazcan en hacerles la oposicion; pero no les faltarán tampoco otros que aboguen por su causa: serán atacados y defendidos, como sucede en Londres. ¿Qué le importa al ministerio ingles los epígramas de la oposicion, ni las injurias del *Morning-Chronicle*? ¿Qué no se ha dicho, qué no se ha escrito contra Pitt? ¿Se menguó por eso su poder? ¿Se eclipsó su gloria?

Sean los ministros hombres de talento: sepan interesar en su favor al público y á la mayoría de las cámaras y los buenos escritores se colocarán en sus filas, y pondrán á su disposicion los periódicos mas populares y mas bien redactados. En ese caso los ministros ganarán notablemente en fuerza, pues contarán con el apoyo de la opinion general. Cuando no trate el ministerio de regirse por leyes excepcionales, y contrariar el espíritu de las cosas, poco tendrá que temer de cuanto el capricho de un escritor pueda decir contra él. Por último, hay que tener presente, que no todo puede estar arreglado en un gobierno para sola comodidad de los ministros; que es preciso tener amor á lo que constituye la naturaleza de las instituciones que se han adoptado y que sin libertad de imprenta (no nos cansaremos de decirlo) no puede existir libertad constitucional.

Resta aun cierta importante consideracion para los ministros, y es que la libertad de imprenta les descargará de una pesada responsabilidad respecto de los gabinetes extranjeros, pues no serán importunados con todas aquellas notas diplomáticas que les atraen la ignorancia de los censores y la ligereza de los periódicos. No teniendo que ceder á estas dos circunstancias, no volverán á comprometer la dignidad nacional.

CAPITULO XXII.

LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS NO DEBE FORMAR EL PRESUPUESTO.

En virtud de lo que acabamos de decir la cámara de los Diputados comprenderá sus derechos y su dignidad; y pedirá lo mas pronto posible la libertad de imprenta. Esto es lo que la cámara debe hacer: lo que

no debe hacer es el presupuesto. La confeccion de este documento pertenece esencialmente á la prerogativa real.

Si el presupuesto que los ministros presentan á la cámara de los Diputados no es bueno, esta lo desaprueba.

Si es bueno solamente en algunas cláusulas, la cámara las acepta; pero es preciso que se guarde de no reemplazar por sí misma los impuestos no aprobados poniendo otros confeccionados á su modo, ni de sustituir el sistema de hacienda ministerial con otro sistema de invencion suya: la razon de tener que obrar de ese modo es la siguiente:

Como permaneciendo en su puesto el ministro deberá ser el ejecutor del presupuesto ideado por la cámara, la pondrá en un compromiso para vengar su amor propio y justificar su obra. Conservando secreta enemistad á la cámara seria preciso que tuviera el ministro una virtud extraordinaria para que empleara su celo en secundar un plan, que habia provocado la rivalidad: y en tal caso es lo mas natural que lo coarte y lo haga fallar en sus disposiciones mas esenciales. Luego se presentará á la próxima legislatura con un ademan modestamente victorioso diciendo á la cámara; que su presupuesto era excelente pero que por desgracia no habia correspondido á las esperanzas.

¿Qué podrán responder los diputados? Nuestro presupuesto, le dirán tal vez, podrá no ser excelente pero era mejor que el vuestro. Sea, replicará el ministro; pero hé aquí el déficit que ha producido: solo á vosotros teneis que echaros la culpa, yo nada tengo que ver con vuestra obra.

Regla general: el presupuesto debe ser hecho por el ministerio y no por la cámara de los Diputados que solo debe aprobarlo ó desaprobarlo. Obrando de otro modo la cámara á nadie podrá pedir cuentas de lo que ella misma ha hecho y el ministerio dejará de ser responsable en la parte mas interesante de la administracion, quedando por lo tanto fuera de su lugar los elementos de la Constitucion.

Mas estas desviaciones de la línea constitucional, estas agitaciones y estos esfuerzos provienen asi como todo lo demas que occurrió en la última legislatura de la lucha del ministerio con la mayoría. Vuelva el ministerio á entrar en la buena senda, y el presupuesto sobre cuyas bases estará ya anticipadamente de acuerdo con la mayoría, será aprobado sin mas discusion: los asuntos volverán á tomar su curso natural y habrá lugar de admirar el órden y silencio con que todo irá marchando en la nacion.

Esto nos ha parecido conveniente decir por lo relativo á la prerogativa real, á la cámara de los Pares, y á la de los Diputados; ahora vamos á hablar del ministerio.

CAPITULO XXIII.

DEL MINISTERIO EN UN GOBIERNO REPRESENTATIVO.—VENTAJAS QUE PRODUCE.—SUS CAMBIOS FORZOSOS.

Una de las incalculables ventajas de la monarquía representativa es el proporcionar que los hombres de mas disposicion, se pongan al frente de los asuntos creando de este modo una herencia forzosa de luces y de talentos (1).

Esto se comprende muy facilmente. Un ministerio débil no puede sostenerse habiendo cámaras; sus faltas puestas de manifiesto en la tribuna, repetidas por los periódicos y entregadas á la opinion pública, tienen que producir antes de mucho tiempo su ruina.

No hay pues que atribuir á condicion especial del gobierno representativo las causas de las mudanzas ministeriales. Cuando estas ocurren con frecuencia debe sencillamente achacarse á que los ministros han adoptado falsos sistemas, han desconocido el espíritu público, ó han carecido de fuerzas para soportar el peso de los asuntos.

(1) *Reflexiones políticas.*

En una monarquía absoluta puede causar temor la rápida sucesion de ministros, porque pueden ser indicio de falta de discernimiento del monarca, ó de una camarilla palaciega.

Pero en una monarquía constitucional los ministros pueden y deben ser cambiados hasta que se encuentren hombres idóneos: hasta que las cámaras y la opinion hagan salir la capacidad de las filas en que se haya ocultado. Puede esta agitacion política compararse á la que producen las aguas hasta nivelarse, hasta ponerse en perfecto equilibrio.

Ocurrirán pues mudanzas en tanto que no se establezca una completa armonía entre las cámaras y el ministerio.

CAPITULO XXIV.

EL MINISTERIO DEBE TRAER SU ORÍGEN DE LA OPINION PÚBLICA Y DE LA MAYORÍA DE LAS CÁMARAS.

De lo dicho se infiere que en una monarquía constitucional, la *opinion pública* debe ser la fuente, digámoslo asi, y el principio del ministerio, *principium et fons*, y por consiguiente que debe traer su orígen de la cámara de los Diputados, supuesto que sus miembros son los principales órganos de la opinion popular.

Por demás es decir que los ministros deben ser miembros de las cámaras, pues representando entonces una parte de la opinion pública se amoldan mejor con todos lo movimientos de ella. Ademas el ministro diputado se penetra á fondo del espíritu de la cámara y esta á su vez se aviene con él por una mútua correspondencia de afecto y patronazgo.

CAPITULO XXV.

FORMACION DEL MINISTERIO: DEBE TENER UNIDAD.—LO QUE SE ENTIENDE POR UNIDAD MINISTERIAL.

El ministerio una vez formado debe tener *unidad*. (1). Eso no quiere decir que la diferencia de opiniones políticas en hombres de mérito, cuando aun se hallan aislados sea un obstáculo para su reunion en el ministerio. Pueden por lo contrario entrar en él por medio de lo que se llama en Inglaterra una coalicion (2), pero antes han de convenir en un sistema general, haciendo cada cual los sacrificios exigidos por la opinion y el estado de los asuntos. Una vez sentados en el timon del Estado todas sus disposiciones gubernativas deben partir de un mismo principio y dirigirse á un mismo fin.

Por unidad de ministerio no se entiende tampoco que la corona no pueda cambiar este ó aquel ministro dejando en sus puestos á los demás: basta en tal caso que los nuevos miembros compongan un sistema homogéneo con los antiguos. En Inglaterra ocurren con bastante frecuencia variaciones parciales en el ministerio, y no cae la totalidad sino cuando el primer ministro tiene que dejar su puesto.

CAPITULO XXVI.

EL MINISTERIO DEBE SER SUFICIENTEMENTE NUMEROSO.

El ministerio debe componerse de mayor número de miembros responsables que el que tiene en la ac-

(1) *Reflexiones políticas. Informe al rey.*
(2) Mr. Canning antes de entrar en el ministerio británico se habia batido con lord Castelreagh por opiniones políticas.

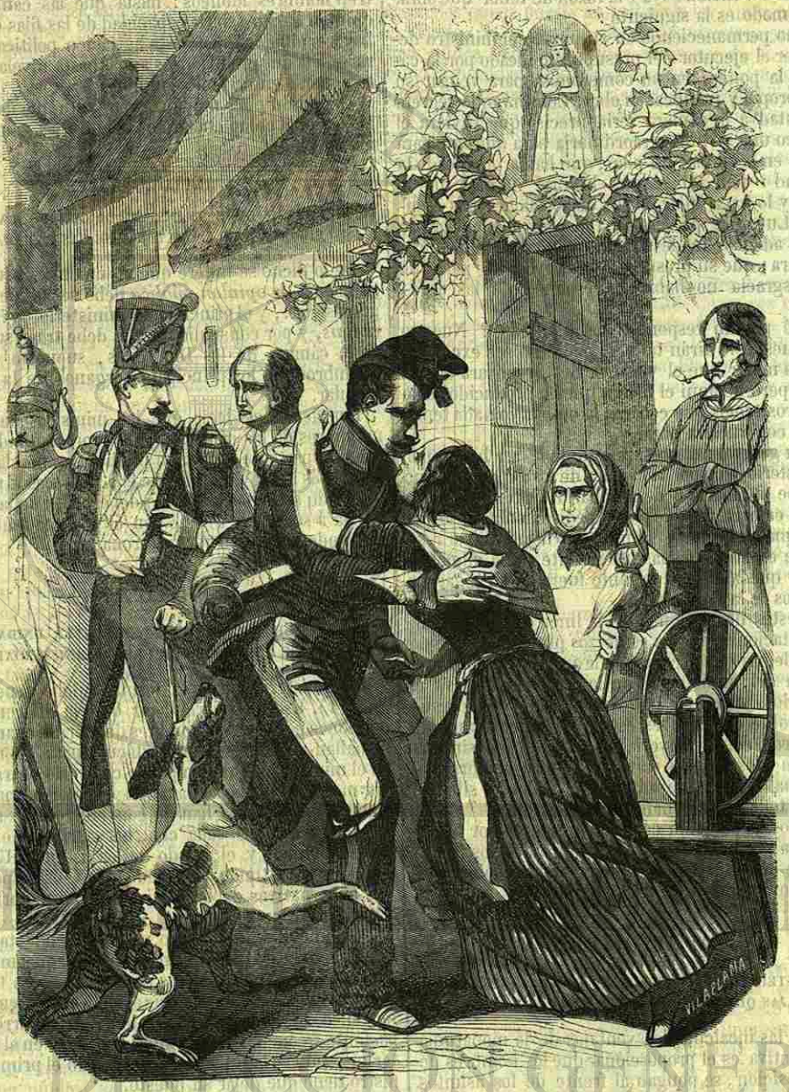
tualidad : hay ministerio que excede físicamente las fuerzas de un hombre.

Se gana en aumentar el consejo responsable : 1.° porque se divide el trabajo y se multiplican los medios: 2.° porque se aumenta el número de amigos y defensores del ministerio y se disminuyen al rededor de este las intrigas de los que aspiran á la cartera, satisfaciendo mayor número de ambiciones.

CAPITULO XXVII.

CUALIDADES NECESARIAS PARA SER MINISTRO DE UNA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

Lo que desde luego conviene que tenga el ministro de una monarquía constitucional es facilidad de expresarse : no queremos decir que tenga necesidad de



REGRESO DE LOS PRISIONEROS DE ALEMANIA.

aquella *sublime y notable elocuencia , compañera de las sediciones , llena de desobediencia , temeraria y arrogante , que no debe tolerarse en las ciudades bien gobernadas* (1); no queremos decir que pueda ser un hombre de medianos alcances con un cierto talento de tribuna; sino que sepa hablar con exactitud ; esplanar con sobriedad sus proyectos, contestar á una objecion y presentar un resúmen con claridad, sin declamaciones y sin palabrería. Esto se aprende como todas las cosas por la práctica.

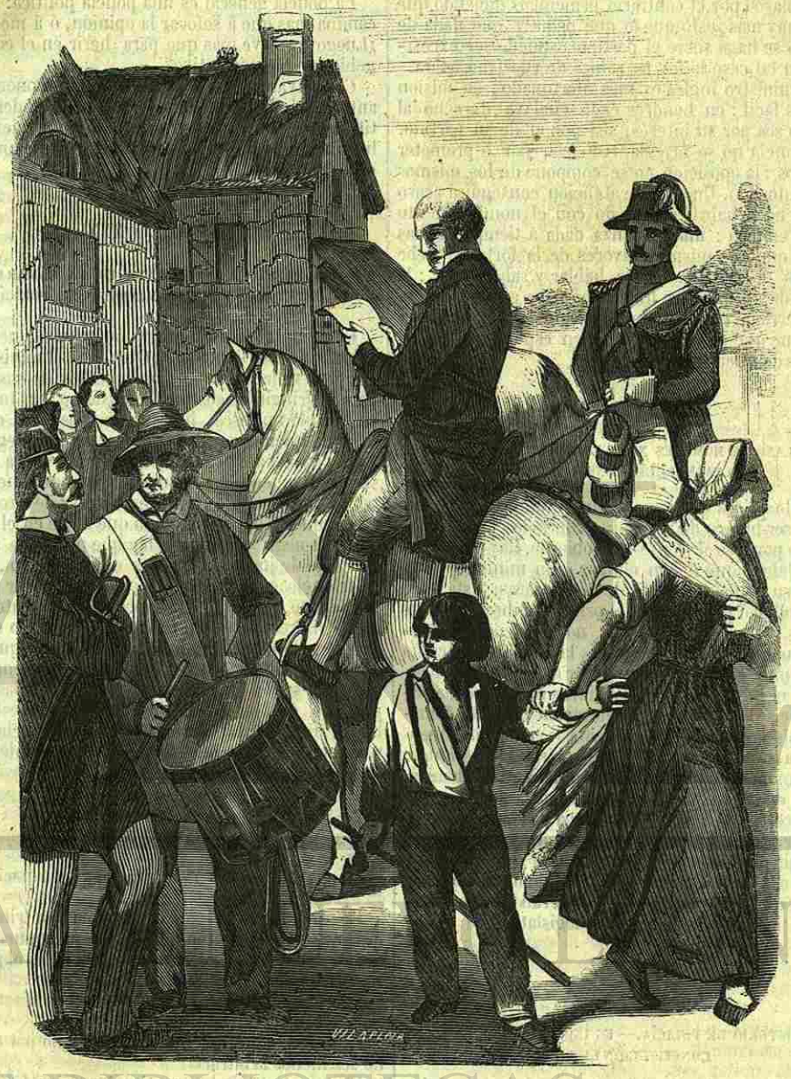
Este ministro tendrá atractivo en el carácter, perspicacia en juzgar de los hombres y destreza en manejar sus intereses. Sin embargo es preciso que sea enérgico, determinado, resuelto en sus planes y hombre de convicciones para obrar segun ellas, é inspirarlas á los demás. Sin esa firmeza no tendrá partidarios, pues nadie sigue al que se amolda á la opinion de todo el mundo.

(1) Du Tillet.

CAPITULO XXVIII.

CONSECUENCIA DEL PRECEDENTE.

Tal ministro tendrá talento para comprender bien el espíritu de las Cámaras, porque estas no tienen todas el mismo temple ni siguen la misma marcha.



LECTURA DEL ACTA ADICIONAL.

En estos momentos la cámara de los Diputados es una cámara llena de delicadeza pero á la menor ofensa que se tratara de hacer al honor ó á la justicia la veriais animada de indignacion. No crea el ministro que tendrán buen resultado sus planes captándose la voluntad de los oradores; porque en su caso la cámara los abandonaria , y la mayoría de los diputados seguiria haciendo oposicion, porque esta es hija de la conciencia y no de un interés de partido. El modo de manejar esa cámara es usar de las armas de la lealtad habladle de Dios, del rey, de la Francia; mostradle atenciones y aprecio en vez de calumniarla, y llegareis á conseguir milagros. Seria el colmo de la torpeza pretender manejarla segun vuestros deseos, hablándole de máximas que le fueran odiosas.

¿Creeis que es necesario hacerle adoptar alguna me-

dida en el sentido de lo que llamais *intereses revolucionarios*? Guardaos bien de hacer la apología de semejantes intereses: decidle que os hallais apremiados por una fatal necesidad; que la salvacion de la patria demanda nuevos sacrificios; que doplorais semejante situacion, que os parece horrible y que estais firmemente convencidos de que no volverá á repetirse. Si la cámara llega á creer que vuestras palabras son sinceras, tal vez conseguireis vuestro deseo; mas si por el contrario principiais diciendo que nada hay mas justo que lo que pedís y que nada de cuanto se haga sobre el particular puede ser excesivo, en tal caso la ley no saldrá de vuestra cartera.

Un ministro inglés es mas afortunado, su mision es mas fácil: en Londres cada cual va derecho al asunto sea por su interés, sea por el de su partido. En Francia no se arregla todo con dar ó prometer destinos: la oposicion no se compone de los mismos elementos (1). Un acto de atencion conseguirá acaso lo que no se habria alcanzado con el nombramiento de un empleo: una alabanza dada á tiempo es mas eficaz que los mismos favores de la fortuna. Debe ademas el ministro saber hablar y saber vivir: la fuerza de un ministro francés no debe estar solamente encerrada en su retirado gabinete; alguna vez conviene que se ostente tambien espléndida en los salones de buen tono.

CAPITULO XXIX.

QUE CLASE DE HOMBRES NO PUEDEN SER MINISTROS EN UNA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

Donde quiera que haya tribuna pública, nadie que pueda ser blanco de recriminaciones de cierto género debe ponerse al frente del gobierno. Hay discursos, hay palabras que deben obligar á un ministro á presentar su dimision al salir de las cámaras. Esta es la imposibilidad procedente del principio libre de los gobiernos representativos á que no se atendió lo bastante cuando se adunaron todas las ilusiones, como lo diré muy en breve, para elevar cierto célebre personaje el ministerio á pesar de la bien fundada repugnancia de la corona. La elevacion de aquel hombre debia producir ó la abdicacion de la ley fundamental, ó la caida del ministerio al abrirse las sesiones. Figurémonos al ministro, de quien quiero hablar, oyendo en la cámara de los Diputados la cuestion sobre las categorías, pudiendo á cada paso ser apostrofado por algun representante de Lyon, y viéndose sin cesar amenazado con el terrible ¡*tu es ille vir*! Hombres de ese jaez no deben ser ostensiblemente empleados mas que entre los mudos del serrallo de Bayaceto ó entre los mudos del cuerpo legislativo de Bonaparte.

CAPITULO XXX.

DEL MINISTERIO DE POLICÍA.—ES INCOMPATIBLE CON UNA CONSTITUCION LIBRE.

Asi como hay hombres que no pueden ser ministros en una monarquía constitucional, hay ministerios incompatibles con esta especie de monarquía: indicaremos como tal el de policía general.

Si á la Constitucion que establece la libertad individual ha de seguir la policía general, claramente se echa de ver que el objeto de la primera será enteramente infructuoso.

Si la libertad individual ha de ser suspendida por una ley transitoria, no hace falta ninguna la policía general para ejecutar aquella ley.

En efecto, si los derechos de la libertad constitucional están en toda su plenitud, y sin embargo la policía general se permite los actos arbitrarios propios de su instituto, como son la prohibicion de obras, las visitas domiciliarias, los arrestos, prisiones, destierros, etc.; ¿para qué sirve entonces el espíritu de la ley fundamental?

La policía se guardará de cometer semejantes arbitrariedades. En ese caso la policía es enteramente inútil.

La policía general es una policía política: no se encamina mas que á sofocar la opinion, ó á modificarla. ¿Luego no sirve mas que para herir en el corazon al gobierno representativo?

Concluyamos. La policía general desconocida en el antiguo régimen, incompatible con las modernas instituciones, es un mónstruo nacido en el cieno revolucionario del horrendo concubinaje de la anarquía y el despotismo.

(1) *Reflexiones políticas.*

CAPITULO XXXI.

NO HAY PUESTO CONVENIENTE EN LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS PARA UN MINISTRO DE POLICÍA.

Contemplad á un ministro de policía general en la cámara de los Diputados. ¿Qué hace el ministro? Leyes para violar las leyes, reglamentos de costumbres para infringir las costumbres. ¿Cómo, no tomándola en sentido burlesco, hablará de libertad, quien al bajar de la tribuna, puede mandar detener ilegalmente á un ciudadano? ¿Cómo se explicará acerca del presupuesto quien tiene en su mano imponer nuevas contribuciones? ¿Cómo podrá representar decorosamente á ningun pueblo el diputado que se ve en el caso de dar bola negra contra toda ley que propenda á cerrar las casas de juego y los sitios de disolucion, porque en tales cloacas desciende la policía á buscar tesoros? Por último, ¿quién podrá expresar libremente su parecer en presencia de un ministro que no lo oye mas que para conocer á fondo al que piensa de aquel modo á fin de descargar sobre él cuando le convenga, con arreglo á su deber, el peso de las denuncias; para perderlo ó sobornarlo? Nos hemos propuesto establecer un gobierno constitucional, y no echamos de ver que lo inauguramos sin desprendernos de las instituciones de Bonaparte.

CAPITULO XXXII.

CONTRIBUCIONES IMPUESTAS POR LA POLICÍA.

He dicho que la policía imponia contribuciones que no están comprendidas en el presupuesto. Estas contribuciones se imponen sobre dos objetos, ó sobre el juego (1), ó sobre los periódicos.

La primera produce mas y menos, y en la actualidad asciende á mas de tres ó cinco millones.

La segunda, aunque menos odiosa, no por eso deja de ser menos arbitraria.

El artículo 47 de la Constitucion dice: *La cámara de los Diputados recibe toda proposicion sobre contribuciones.* Artículo 48. *No se podrá establecer ni cobrar ninguna contribucion sin haber sido* AUTORIZADA *por ambas Cámaras y sancionada por el rey.*

No tengo tanta ignorancia de las cosas del mundo, que no sepa que las casas de juego han sido toleradas en las sociedades modernas. Mas ¡qué diferencia no hay entre la tolerancia y la proteccion! ¡entre las clandestinas retribuciones dadas á algunos dependientes en tiempo de la monarquía absoluta, y un presupuesto de cinco ó seis millones cobrado arbitrariamente por un ministro que no da cuenta de su inversion, y en tiempo de una monarquía constitucional?

(1) Cóbrase tambien otra contribucion sobre las prostitutas; pero esta redunda en beneficio de otra policía.

CAPITULO XXXIII.

OTROS ACTOS INCONSTITUCIONALES DE LA POLICÍA.

La policía se mezcla en la cuestion del presupuesto: el artículo 56 de la Constitucion la hace caer como concusionaria; ¿pero en qué cuestion dejará de mezclarse la policía? Interviene tambien en asuntos criminales, y ataca los primeros principios del órden judicial, asi como acabamos de ver que infringe el primer fundamento del órden político.

En el artículo 64 de la Constitucion se leen estas palabras: Los asuntos criminales se discutirán públicamente, no siendo que esta publicidad se juzgue contraria al órden ó á las costumbres, en cuyo caso el TRIBUNAL LO MANIFESTARÁ POR MEDIO DE UNA PROVIDENCIA.

Si algun agente de policía se encuentra mezclado como cómplice voluntario en una causa criminal para convertirse en delator; si en la sustanciacion del proceso alega esa doble bajeza para escusarse, debilitando las declaraciones de un testigo odioso, la policía prohibe á los periódicos ocuparse de esta parte de la sustanciacion. De manera que no existe completa publicidad mas que para el acusado, y de ningun modo para el acusador: de lo cual resulta que la opinion que la ley invocó para que ilustrara la conciencia del jurado, tiene que permanecer muda en un punto tan esencial, porque el público ignora si el criminal es víctima de sus propias maquinaciones, ó si ha caido simplemente en el lazo tendido á sus pasiones y á su debilidad. Esto no importa para que supongamos tener una Constitucion! ¡Hé aquí el modo de cumplir con ella!

CAPITULO XXXIV.

NINGUNA UTILIDAD PROPORCIONA LA POLICÍA GENERAL.

Ciertamente seria preciso que la policía general para indemnizar tamaños inconvenientes, prestase por otra parte considerables servicios: analizemos los hechos y veremos que lejos de ser asi, la policía general es enteramente inútil. ¿Qué conspiracion importante ha descubierto nunca, ni aun en tiempo de Bonaparte? Su accion no sirvió de nada el 3 *nivose*: dejó que Mallet condujera á los SS. Pasquier y Savary, es decir, á la misma policía á las prisiones de la Force. En tiempos del rey no ha tenido capacidad para destruir una vasta conspiracion que en el espacio de diez meses se ha ido formando alrededor del trono: la policía nada sabia, nada veia. Las comunicaciones de Napoleon se cruzaban públicamente por las postas: el correo estaba á su servicio; los hermanos Lallemand caminaban con armas y bagajes; el enano amarillo hablaba *de las plumas de Canas*; el usurpador acababa de desembarcar en ese puerto, y la policía estaba ignorante de todo. Despues del regreso del rey, todo un departamento se ha llenado de armas: los campesinos han llegado á organizarse y á marchar contra una ciudad, sin que la policía general desbaratara ese proyecto, ni tuviera la menor noticia, ni hubiera previsto cosa alguna para un caso semejante. Los descubrimientos mas importantes se deben á policías particulares, á la casualidad, ó al celo de algun buen ciudadano.

La policía general se queja de esas policías particulares: tiene razon, pero advierta que nadie ha dado márgen á ellas mas que su propia inutilidad y el temor que inspira, porque si no salva al Estado, tiene por los menos todos los medios de perderlo.

CAPITULO XXXV.

LA POLICÍA GENERAL, CONTRARIA AL ESPÍRITU DE LA CONSTITUCION É INÚTIL, ES ADEMAS MUY PELIGROSA.

¿Qué será la policía, si ademas de ser incompatible con el gobierno, insuficiente para prevenir las conspiraciones, dado caso que no se vale de la traicion, se considera que es infiel al gobierno? Es increible, aunque cierto, que la policía puede ser infiel sin que su gefe lo sea.

Los secretos del gobierno están en manos de la policía, y conoce por lo tanto los puntos débiles que este presenta y el flanco por donde se le puede atacar. Basta una órden dada por una de las oficinas de la policía para encadenar todas las fuerzas legales, y hasta podria darse caso de tener en su mano el arresto de todas las autoridades civiles y militares, supuesto que el artículo 4 de la Constitucion está legalmente suspendido.

Bajo la proteccion de la policía los mal intencionados podrian maquinar con toda seguridad, combinar sus medios y tener noticia del momento mas favorable. Mientras que adormece al gobierno, puede advertir á los verdaderos conspiradores de todo cuanto les interese. Puede bajo el inviolable sello de su ministerio sostener correspondencias y establecer por medio de sus invisibles agentes una línea de comunicacion desde el gabinete del rey hasta la secreta vivienda del conjurado.

Añádase á esto que los hombres que se dedican al servicio de la policía son por lo regular sugetos de poca estimacion, y algunos de ellos hasta muy capaces de todo. ¿Qué juicio se puede formar del ministerio que tiene que valerse de un infame como Perlet? y es probable que no fuese este el único de su especie entre los servidores de la policía. ¿Cómo, pues, puede tolerarse en una monarquía constitucional semejante foco de despotismo, semejante centro de corrupcion? ¿Cómo en un país en que todo debe marchar subordinado á las leyes, puede consentirse un ramo de administracion pública cuya naturaleza es infringirlas todas? ¿Cómo puede dejarse un poder sin límites en manos de un ministro que por sus relaciones forzosas con lo que hay mas abyecto en la especie humana, puede estar dispuesto á aprovecharse de la corrupcion y abusar del poder?

¿Qué es lo que tiene que hacer la policía para ser útil? Tiene que sobornar al criado á fin de que delate á su amo; tiene que seducir al hijo para que venda los secretos del padre; tiene que armar lazos á la amistad y á la inocencia. Si la lealtad se empeña en guardar silencio, un ministro de policía tiene que perseguirla por ese mismo silencio, para que á nadie revele la infamia de las proposiciones que se le han hecho. LA OBRA DE LA POLICÍA SE REDUCE Á CASTIGAR LA VIRTUD Y RECOMPENSAR EL CRÍMEN.

Es tanto mas temible el ministro de policía, cuanto que su poder se intrusa en las atribuciones de los demás ministros, ó mas bien dicho, porque él es el único ministro. ¿No es rey el hombre que puede disponer de toda la gendarmería de la nacion, imponer contribuciones, y percibir siete ú ocho millones sin tener que dar cuentas á las Cámaras? Asi es que si algo se libra de los lazos de la policía, tiene que venir á postrarse ante su oro y sus pensiones. Si medita alguna traicion, si no se hallan dispuestos aun todos sus recursos, si teme ser descubierta antes de la hora marcada, inventa para destruir las pruebas y para dar testimonio de su odiosa lealtad una conspiracion, y sacrifica á su crédito algunos miserables, bajo cuyos pasos sabe abrir un abismo.

Los atenienses atacaron á los nobles de Corcira que habiéndose visto acosados por la faccion popular, se refugiaron en el monte Istoni. Los erseguidos capi-

tularon sujetándose al fallo del pueblo de Atenas; mas se estableció la cláusula de que si uno solo de ellos trataba de fugarse, el convenio quedaria anulado para todos. Algunos gefes atenienses tenian que ir á Sicilia y no les importaba el que otros tuvieran el honor de conducir á Atenas sus desgraciados prisioneros. Habiéndose puesto de acuerdo con la faccion popular, indujeron en secreto á varios de aquellos nobles á que se escapasen, y los prendieron en el momento de subir á bordo del buque. La capitulacion quedó anulada, y los desterrados volvieron á quedar en manos de los corcirios que les quitaron la vida (1).

CAPITULO XXXVI.

MODO DE DISMINUIR LOS MALES QUE PUEDE CAUSAR LA POLICÍA GENERAL, SI ES NECESARIO QUE SUBSISTA.

¿Luego no deberá haber policía? Si es un mal necesario, tambien hay un medio de disminuir el peligro de este mal.

La policía general debe encomendarse á los magistrados, y emanar directamente de la ley. El ministro de Justicia, los procuradores generales y los procuradores del rey deben ser los agentes naturales de la policía general. Un gefe superior de policía establecido en París completará el sistema legal. Los informes que comuniquen los prefectos pasarán directamente al ministerio del Interior para ser puestos en conocimiento del de Justicia. De esta manera los prefectos no tendrán que sostener una duplicada correspondencia con el departamento de Policía, y con el del Interior: si no elevan al conocimiento de estos dos ministros los mismos hechos, es tiempo perdido: si les dan noticias de sucesos distintos, ó se los presentan bajo diverso punto de vista segun los principios de cada uno, resulta grave perjuicio.

Hemos hablado bastante del ministerio de la Policía en particular; volvamos á ocuparnos del ministerio en general.

CAPITULO XXXVII.

PRINCIPIOS QUE TODO MINISTRO CONSTITUCIONAL DEBE ADOPTAR.

¿Cuáles son los principios generales que deberán servir de norma á los ministros?

El primero y mas esencial de todos es adoptar francamente el órden político en que se hallen situados, no contrariar su marcha, y soportar los inconvenientes.

Lo aclararemos con ejemplos: si las formas constitucionales proceden con alguna dilacion en ciertos detalles, los ministros no deben impacientarse.

Si el ministro se ve en la precision de contemporizar con las Cámaras, de dispensarlos consideraciones y acudir á su invitacion, de ningun modo deberá el ministro hacer alarde de una altivez inoportuna.

Si en la tribuna se dejan oir algunas palabras duras para un ministro, deberá este no soltar del todo las riendas á su amor propio y tener muy presentes los perjuicios que podrian resultar contra el Estado.

Si algun par ó diputado diese cabida en su discurso á ideas extrañas; si llegase al extremo de anunciar principios inconstitucionales no debe por eso el ministro creer que hay una conspiracion secreta contra la ley fundamental, ni que todo está á punto de perderse ó se ha perdido ya. Esos son los inconvenientes de la tribuna, y desgraciadamente carecen de remedio. Concedido el derecho de hablar á setecientos hombres y de escribir á todo un pueblo, preciso es resignarse á oir y á leer muchas sandeces. Mas el que se impacientara por esto manifestaria tener muy pobre cabeza ó una susceptibilidad infantil.

(1) THUCIDID.

CAPITVLO XXXVIII.

SIGUE EXPLANÁNDOSE EL MISMO ASUNTO.

Acostumbrado el ministerio á ver marchar las últimas Constituciones francesas continuamente al lado de la impiedad, y apoyándose en las doctrinas mas funestas ha creido inoportunamente que el hablar de moralidad y religion cuando se trataba de la Carta actual era acaso mostrarse poco afecto á esta última. ¡Cómo si la libertad y la religion fueran incompatibles! ¡Cómo si toda idea generosa en política no pudiera hermanarse con el respeto que se debe á los principios de la justicia y de la verdad! ¿Será acaso provocar reacciones el criticar lo que es digno de crítica, y el querer remediar todo lo que no es irremediable? Fijemos bien la atencion en lo que se llama reacciones; hagamos de ellas dos clasificaciones. Hay reacciones físicas y reacciones morales. Toda reaccion física, es decir, toda vía de hecho debe ser reprimida: nunca usará el ministerio de bastante severidad en este particular. Mas de ¿que manera podrá prevenir las reacciones morales? ¿Cómo impedirá que la opinion se indigne contra todo lo que merece indignacion? No solo no puede hacer esto el ministerio, pero ni aunque pudiera deberia hacerlo. Los discursos que atacando las malas doctrinas alientan con alabanzas á la virtud desgraciada y encomian la lealtad oscurecida son tan útiles á la libertad, como provechosos al restablecimiento de la monarquía.

Por otra parte, ¿á quién querrán persuadir que los hombres de la revolucion son mas favorables al órden de cosas establecido que los realistas? Esos hombres que han profesado las mas exageradas opiniones de libertad en tiempo de la república, y la sumision mas rastrera en tiempo del despotismo, ¿dejarán de encontrar en la Constitucion dos cosas antipáticas á su doble opinion: un rey, como republicanos y una Constitucion libre como esclavos?

¿Creerá el ministerio que la ley fundamental peligra menos al ser defendida por los adeptos de otra escuela de que no tardaré en hablar? Esta escuela profesa altamente el principio de que las dos cámaras no deben ser mas que un gobierno pasivo; que no existe representacion nacional y que todo puede hacerse por medio de reales órdenes. Adviértase que los realistas han defendido los verdaderos principios de la libertad en las diversas cuestiones que se han presentado (particularmente en la ley electoral), en tanto que los que trastornaron su nacion abusando de la palabra libertad son los que últimamente han predicado la obediencia pasiva.

Si los ministros se imaginan que bajo el gobierno de una constitucion en que hay libertad de hablar, no han de oir toda clase de opiniones; si toman estas opiniones parciales por indicaciones de una opinion general ó de un designio premeditado, bien puede decirseles que ninguna idea tienen por lo tocante á la naturaleza del gobierno representativo, y que no será extraño que dejándose llevar de tan falsas suposiciones sean impelidos á cometer extrañas locuras. En tales casos la regla de que deben valerse los ministros es el pesar los resultados y los hechos. Un hombre de Estado no considera mas que el fin; y no se cuida de que la cosa que deseaba (siendo buena) haya sido producida por las pasiones, por la razon, por el cálculo ó por la casualidad. Sin remedio camina á su ruina el político que se sale de la órbita de los hechos.

CAPITULO XXXIX.

DEBE EL MINISTERIO CONDUCIR Ó SEGUIR Á LA MAYORÍA.

Por lo relativo á la administracion, los ministros deben seguir la opinion pública que les será indicada por el espíritu de la cámara de los Diputados. Puede muy bien este espíritu no ser el de los ministros, pueden estos preferir otro sistema mas conforme con sus gustos, inclinaciones ó costumbres, pero deben olvidarlo y someterse sin condicion al espíritu de la mayoría. Desentendiéndose de esta no es posible gobernar con acierto.

En otra parte diré cómo se ha ido desarrollando la herejía política de que un ministerio puede marchar con la minoría; esta herejía debe su origen á la desesperacion de causa, y se inventó para justificar sofísticos sistemas, y opiniones imprudentemente avanzadas.

Si se dice que los ministros pueden seguir ocupando sus puestos á pesar de la mayoría, porque esta no puede materialmente tirarles del manto y arrancarlos de sus poltronas, convendremos en que es cierto. Mas si puede llamarse conservar su puesto el recibir continuamente nuevas humillaciones, oir palabras las mas desagradables, y estar seguro de que ninguno de sus proyectos de ley será aprobado, en tal caso no me queda mas que decir sino que en efecto, un ministro de semejante carácter podria irse manteniendo en su puesto, pero que el gobierno que representa se irá al par debilitando cada dia mas y mas.

No hay medio en una Constitucion como la que actualmente nos rige: el ministerio debe ser el caudillo de la mayoría ó someterse á seguirla. Si el ministro no puede ó no quiere adoptar ninguno de esos dos partidos, no le queda mas arbitrio que disolver las Cámaras, ó abandonar su puesto. Consulte con la conciencia si se siente con ánimos para exponer, ni aun eventualmente á su patria por amor de la cartera; calcule si tiene elementos ó vigor para dar un golpe de Estado; si en las elecciones no deberá tener algun recelo de que se altere la tranquilidad del país; si puede manejar esas elecciones en el sentido que él quiera, y si en el caso de no contar seguramente con el triunfo valdrá mas retirarse ó abrazar las opiniones de la mayoría.

Decídase en este último caso con toda prontitud, porque el asunto es urgente, y acaso no será probable que una mayoría irritada y contrariada por tanto tiempo se avenga á unirse con el ministro cuando á este le plazca adoptar sus principios.

CAPITULO XL.

DEBEN LOS MINISTROS ASISTIR Á LAS SESIONES.

Otra herejía: no falta quien sostiene que los ministros no deben presentarse en las Cámaras á seguir la discusion de sus proyectos de ley, y que por el contrario pueden muy bien dispensarse el asistir á las sesiones.

Los que esto dicen opinan tambien que un ministro no debe dar á las Cámaras las aclaraciones que crean necesarias; que no es preciso que dé cuenta de sus actos sino al monarca, etc. (1),

No cabe defensa de semejantes teorías contrarias á la esencia misma del gobierno representativo. Si un ministro no se digna acudir á la defensa del proyecto de ley que ha presentado, ¿cómo puede esperar que sus amigos le defiendan? ¿Puede mezclarse el desden ó el capricho en asuntos de tamaña entidad? ¿Para qué es un ministro sino para cumplir con las obligaciones de su ministerio?

(1) Véase el cap. XV.

¿Puede ocurrirle una ocupacion de mas utilidad que el asistir á las Cámaras y discutir leyes? ¿Acaso considerarán como mas importante el ocuparse en su gabinete de algunos detalles de administracion que el emplear su celo en las grandes medidas que han de poner en movimiento á toda una nacion?

¿Qué sería del gobieruo si las Cámaras á su vez siguiesen el mismo sistema y no quisieran ocuparse de los proyectos de ley que les hubiesen presentado?

Sometidos al fallo del buen sentido sin separarse de las sendas trilladas; adunaos con la mayoría, y no os causará repugnancia el asistir á las sesiones, donde siempre os estará esperando un nuevo triunfo, y donde no llegarán á vuestro oido sino palabras altamente satisfactorias.

Todo lo gastan, todo lo arruinan los sistemas sofísticos.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

DESDE LA RESTAURACION LOS TRES MINISTROS HAN IDO EN POS DE UN MISMO ERROR.

Mas ¿qué entenderé yo por sistemas sofísticos en materias de administracion? Entiendo por tal todo lo que es contrario á los principios establecidos; todo lo que contribuye necesariamente á la ruina del órden adoptado.

Pues bien, téngase entendido que desde la restauracion ha dominado constantemente un enorme y fatal error: los ministros que se han sucedido no se han separado de la senda que trazó el primero, y no han presentado entre ellos mas diferencias que las que el carácter particular de los ministros imprime en los asuntos públicos, y las dilaciones mas ó menos considerables producidas por la denodada resistencia de la minoría en los ministerios.

Antes de pasar al exámen de esos sistemas, conviene decir una palabra acerca de la composicion y espíritu de los tres ministerios que los plantearon.

CAPITULO II.

PRIMER MINISTERIO.—SU ESPÍRITU.

Cuando el ministro de Asuntos Extranjeros partió en 1814 para Viena dejó en pos de sí una administracion esmerada en sus maneras, inteligente, pero incapaz de accion y que imprimia en los asuntos, cuya gravedad excedia indudablemente sus fuerzas, ese disgusto que sufrimos al ver que nuestro secreto se ha revelado, y que nuestra reputacion está á punto de escapársenos.

Cuando se llega á esa altura, no se halla uno muy distante de precipitarse en sofísticos sistemas. Amedrentado al considerar la suma destreza que exige un gobierno representativo, incapaz de concebir una verdadera libertad, exasperado por una especie de oposicion que los principios constitucionales hacen surgir á cada paso, falto de vigor, ó de destreza para el manejo de los asuntos, y sintiéndose arrastrado por ellos, generalmente se concluye por no quererlos ya dominar. Acostúmbrase en tal caso echar la culpa del desengaño que se ha sufrido á la naturaleza de las instituciones, á las personas, á las corporaciones, en una palabra, á todo cuanto no sea uno mismo, y creyendo hacer una excelente crítica de la situacion, siendo así que realmente no se hace mas que poner en evidencia su propia debilidad, se deja perecer la nacion en nombre de la ley fundamental.

Esto es lo que sucedió al primer ministerio. Ninguna ley represiva pidió, no siendo la injusta ley contra la libertad de imprenta: no tomó precauciones contra ningun peligro, y si alguna vez le aconsejaron que se pusiera á cubierto de toda eventualidad, valiéndose de esta ó aquella providencia, contestaba diciendo que la Constitucion se oponia á que lo hiciera. Dividióse el ministerio y con esta division acabó de debilitarse.

Vióse entonces brotar en la mayoría del ministerio aquella opinion desarrollada posteriormente por sus secuaces, relativa á que las Cámaras no son mas que una asamblea convocada por el monarca; que no hay gobierno representativo, que es una ridiculez el establecer comparaciones entre la Inglaterra y la Francia, y que puede muy bien pasarse la nacion sin leyes, es decir, siendo únicamente gobernado por reales órdenes.

Los bonapartistas se amoldaron perfectamente con este comentario de la Constitucion: calcularon que por ser tan impolítico podria producir una catástrofe, y esto era todo lo que los partidarios de Napoleon podian pedir. Si semejante aplicacion de principios constitucionales no provocó una crísis, por lo menos propendia directamente al despotismo, cosa que tampoco disgusta á los arrogantes republicanos franceses, á pesar de su primer amor á la libertad. De manera que todo marchaba maravillosamente bien.

Cuando no hay suficiente capacidad para conocer el error, ó sobra vanidad para confesarlo, en vez de retroceder, no hay que esperar otra cosa que irse abismando cada vez mas y mas en la mala senda. Esta es la marcha que mas alhaga al orgullo. Exasperóse el espíritu del ministerio. A las quejas que se le daban acerca de sus malas elecciones, ó proponiéndole algun realista contestaba: «Buscaríamos por todas partes á un bonapartista de talento si quisiese ser realista.» No han faltado, por cierto, bonapartistas de este género, pero tambien ha vuelto la nacion á ver á Bonaparte. Poco á poco se fue conociendo que no podia haber hombre de talento sino habia servido á la revolucion: esta máxima se fue cuidadosamente propagando de ministerio en ministerio, y hoy está considerada como un artículo de fe.

Y sin embargo, la mayoría del ministerio que estableció esa doctrina, contaba en su seno con excelentes realistas conocidos por sus generosos esfuerzos contra la revolucion, hombres de conducta pura, de carácter desinteresado, que no habian doblado ante ningun ídolo la rodilla. De manera que la sentencia que pronunciaron recayó sobre ellos; pues á pesar de haberse mantenido noblemente aislados en los tiempos de bajeza, segun su nuevo sistema venian á declararse incapaces para el ministerio, y es verdad que su ejemplo sirvió para corroborar la doctrina que establecieron.

Por lo demás nada hay mas comun que ver que la vanidad irritada se embrolla en sistemas que están en contradiccion con sus propios intereses. Cualquiera que en la actualidad comete una falta emigra cuanto antes puede al campamento de la revolucion. Los amores propios irritados se dan cita para tratar de sus agravios bajo aquella salvaguardia de todos dos crímenes y todas las locuras: allí se encuentran reunidos la mayor parte de los hombres que han tomado una parte mas ó menos activa en los asuntos nacionales desde el 1789 al 1816. Aunque indudablemente se hallan discordes entre sí en una multitud de puntos, por lo menos todos convienen en una particularidad, y es en estar descontentos de sí mismos y de los demás, y en hacer un fondo comun de los remordimientos de la medianía y del crímen.

CAPITULO III.

ACTOS DEL PRIMER MINISTERIO.

Era sin embargo demasiado ingenioso este ministerio para tener la presuncion de gobernar sin la mayoría: la tuvo en su favor y no la aprovechó. Una sola ley importante, la relativa á la libertad de imprenta fue propuesta por este ministerio. Alegáronse motivos pueriles para iniciar á las Cámaras á que la suprimieran: no se habló mas que del honor del bello sexo y de los insultos al poder (es decir á los ministros); mas no se adujo ninguna razon general ni constitucional. ¿Eran en efecto razones dignas de ser únicamente atendidas por parte de aquellos que no ven en ambas cámaras mas que un consejo pasivo sin accion y sin derecho? Por lo demás la ley nada venia á reprimir en cuanto al fondo: daba al gobierno la apariencia de la arbitrariedad y dejaba el campo abierto al desenfreno.

Por lo tocante á reglamentos no hubo tampoco mas que uno digno de atencion: quiso arreglar el sistema de educacion y dió al traste con él.

Las cámaras tubieron en aquella época la ventaja de oponer buenas proposiciones á malos proyectos de ley. La única intencion verdaderamente grande y política, así como justa y generosa, que campeó en la legislatura de 1814, fue presentada por un mariscal de Francia.

El primer ministro fue arrebatado por la tempestad que él habia ido dejando acumularse á su alrededor, y no faltó mucho para que la nacion se viese simultáneamente envuelta en el torbellino.

CAPITULO IV.

SEGUNDO MINISTERIO.—SU FORMACION.

El principal ministro del primer ministerio fue por unanimidad puesto al frente del segundo. Abriéronse para este ministro las puertas de la mas brillante carrera; estaba en su mano el dar cima al edificio consolidando el trono que con tanta eficacia habia ayudado á levantar. Para esto no necesitaba mas que comprender á fondo su posicion, renunciar francamente á la revolucion y á los revolucionarios y abrazar con sinceridad la monarquía constitucional, pero sentándola sobre las bases de la religion, la moralidad y la justicia y dándoles por guías hombres irreprochables, necesariamente adictos á los intereses de la corona.

El nombre de este ministro, su práctica de los asuntos, su reputacion europea, todo le llamaba á desempeñar un papel tan brillante como útil para la nacion. En la posteridad hubiera gozado del doble brillo de aquellos hombres extraordinarios que pierden ó salvan á un imperio. Con tanta gloria, forzoso hubiera sido que sus enemigos quedaran sumergidos en el silencio.

Naturalmente inclinado á abrazar este partido, tanto por la poderosa razon de su elevada cuna, como por la rara perspicacia de su discernimiento, se desvió de tan buena senda por una de aquellas fatalidades que cambian al parecer las leyes del destino. Como habia estado mucho tiempo ausente de Francia, no conocia bien el verdadero espíritu de esta nacion, y tuvo que recurrir preguntándolo á hombres que le engañaron, porque acaso su perspicacia sobresalia mas en juzgar de las cosas que de los hombres. Tuvo por lo tanto aquel ministro que entrar á despecho de su voluntad en el círculo de sistemas que mas comprendia que era necesario evitar.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Robusteciéronse aquellos sistemas con la casual entrada en el ministerio de otro sugeto que no habia salido de París.

Este célebre personaje, que por de pronto no se habia declarado en favor de ningun partido pero que en todos habia conservado su prestigio, hacia que sus palabras resonasen en Gante, así como es de creer que tenian eco tambien en otra parte. Supo formarse una coalicion poderosa á proporcion que íbamos avanzando hácia París: cuando llegamos cerca de este punto no fue ya posible resistir á ella. Todas las opiniones se convinieron en ensalzarlo, la religion y la impiedad, la virtud y el vicio, realistas y revolucionarios, todo en una palabra, así nacionales, como extranjeros. Jamás he visto un vértigo mas extraño. Todo el mundo gritaba que sin aquel ministro no habia ni seguridad para el rey, ni salvacion para el pueblo: que solo con su influencia habia impedido que se diera una gran batalla; que solo él habia salvado la capital y que solo él podia coronar su obra.

Discúlpeseme una vanidad: no hablaria yo de la opinion que entonces manifesté, si el público no estuviera enterado ya de ella. Dije pues que por ningun concepto se debia admitir semejante ministro; que si alguna vez se llegaba á confiar en sus manos el timon del Estado, la nacion vendria á parar en una ruina, ó él tendria que abandonar su puesto antes de tres meses. Mi pronóstico se verificó.

Ademas de las razones morales que me hacian hablar de aquel modo, habia otros dos motivos que á mi modo de ver no tenian réplica.

En política y en todo lo demás la ley principal es querer lo posible: en la elevacion de aquel hombre al ministerio se presentaban dos imposibilidades.

Nacia la primera de la posicion particular, en que aquel ministro deberia hallarse respecto de su soberano.

La segunda dimanaba de aquel impedimento constitucional de que he hablado en el capítulo XIX de la primera parte de esta obra.

Si se creia que un personaje de sus circunstancias podia ser útil, era preciso dejarlo detrás del telon, colmado de favores, elevar su familia en proporcion de los servicios que pudiera haber prestado, tomar en secreto sus consejos y consultar su experiencia. Pero elevarlo ostensiblemente al ministerio era hacer violencia á la corona. Sin embargo hasta las personas de mas perspicacia no pudieron desprenderse de la fuerza de la opinion ni de las ilusiones del momento.

Nunca me olvidaré de la dolorosa impresion que me causó hallándome en el palacio de Saint-Denis. Yo estaba en uno de los aposentos contiguos á la regia cámara: iban á dar las nueve de la noche. De répente se abrieron las puertas de aquella estancia y vi entrar el presidente del consejo, apoyándose en el brazo del nuevo ministro... ¡Oh Luis el Deseado! ¡Oh mi desgraciado monarca, bien acabais de demostrar que no hay sacrificio que vuestro pueblo no pueda conseguir de vuestro paternal corazon!

CAPITULO VI.

PRIMER PROYECTO DEL SEGUNDO MINISTERIO.

Instalado el consejo, preciso fue que adoptase una marcha; quiso el nuevo ministro hacerle tomar la única compatible con sus intereses. Comprendia la contrariedad de su existencia ministerial con el giro de la monarquía representativa: comprendia muy bien que si la fuerza armada *ilegítima*, y la fuerza política igualmente *ilegítima* no se conservaban, su caida era inevitable. Sabia que no es posible sostener lucha contra el torrente de las cosas, y no pudiendo amalgamarse con los elementos de un gobierno legal, quiso que estos se doblegaran hasta la homogeneidad de su propia naturaleza.

Su plan no estuvo lejos de alcanzar el resultado que se prometia y llegó á organizar un terror facticio antes que la familia real llegase á París. Suponiendo peligros imaginarios pretendia poner á la corona en la necesidad de tener que aceptar las Cámaras instaladas por Bonaparte y la declaracion de los *derechos*, que á toda prisa habian redactado. Luis XVIII hubiera en ese caso sido rey por las constituciones del imperio y gefe supremo del pueblo por gracia de este: hubiera fechado los actos de su gobierno desde el año 1.° de su reinado: los guardias de corps y las compañías encarnadas habrian sido licenciadas; el ejército del Loire conservado, y la escarapela blanca arrancada á unos cuantos soldados leales que acababan de llegar del destierro con el rey habria sido reemplazada por la escarapela tricolor de los que aun eran rebeldes, y permanecian armados contra su legítimo soberano. Entonces se habria efectivamente realizado la revolucion; la familia real hubiera existido aun algun tiempo hasta que el pueblo soberano y los ministros, mas soberanos aun, hubieran tenido por oportuno cambiar de monarca y de monarquía. Ya entonces mismo la pandilla revolucionaria aventuraba algunas palabras acerca de la necesidad de desterrar á los príncipes: el plan era que el rey quedase enteramente aislado de su familia.

CAPITULO VII.

PROSIGUE EL PRIMER PLAN DEL SEGUNDO MINISTERIO.

En tanto la córte proseguia siendo víctima de todos los engaños que al partido se le antojaba fraguar. Los mas ardorosos realistas se daban prisa á decirnos con la mas sana fe del mundo que si el rey llegaba á entrar en la capital con la guardia de su servicio, corria peligro de que el pueblo la degollara y que si no adoptaban la escarapela tricolor estallaria una revolucion general. En vano la guardia nacional venia desde París á darnos testimonio de su afecto: no faltaba quien nos decia que esta fuerza ciudadana se hallaba muy mal dispuesta. La faccion cerró las puertas de París para impedir que el pueblo acudiera presuroso á victorear á su soberano: la conjuracion trabajaba tanto contra este pobre pueblo, como contra el soberano. Milagrosa era la oscuridad con que se veian los hechos; pues el ejército francés, único que hubiera podido inspirar fundado recelo de algun peligro, se iba retirando hácia el Loire: ciento cincuenta mil soldados extranjeros ocupaban los puestos, las avenidas y arrabales de París á donde iban á entrar de allí á veinteicuatro horas por capitulacion, y aun se suponia que el rey con sus guardias y sus aliados no tenian fuerzas para penetrar en una ciudad donde no quedaba un solo soldado, ni habia mas que personas leales muy capaces por sí solos de contener á un puñado de revoltosos dado caso de que estos hubieran intentado algun movimiento.

No dejó sin embargo de ocurrir algo que era en verdad muy á propósito para mantener la oscuridad: el gobierno provisional fue disuelto, empero lo fue por una especie de acta de acusacion (1) contra la corona; era la piedra sobre la cual la faccion esperaba fundar el cimiento de la futura revolucion. Produjo este suceso no poca admiracion en algunas personas; mas habiéndoles asegurado el ministro que no habia otro medio de disolver el gobierno provisional, tuvieron por conveniente conformarse. Mas, téngase presente que en aquel gobierno el ministro era *él solo* poderoso, y que si hubiese querido dejar hacer, aque-

(1) Yo compré este documento que se vendia por las calles impreso por el pueblo en papel timbrado con el águila napoleónica, y que tenia dos ó tres frases que no se imprimieron en el *Moniteur:* en ellas se dice que los *hombres de bien* que en aquel momento se ven *obligados* á marcharse deben conservar sus intenciones *para otros dias mas felices.*

llos directores, cuya expulsion parecia tan difícil con 130,000 aliados y toda la guardia real, habrian sido arrojados al Sena por 150 hombres de la guardia nacional.

CAPITULO VIII.

RUINA DEL PRIMER PLAN, Ó SEGUNDO MINISTERIO.

Toda aquella comedia concluyó por no sé qué casualidad: el nuevo directorio, los pares y representantes de Bonaparte fueron expulsados; la guardia real no fue disuelta; no se adoptó la escarapela tricolor, gracias á los generosos sentimientos del noble heredero de Enrique IV, que manifestó que antes de hacerlo preferiria volver á Hartwell; la bandera blanca ondeó sobre las Tullerías; entramos pacíficamente en París, y con grande admiracion de los demasiado crédulos, nunca fue aclamado el rey con mas entusiasmo, ni los guardias de corps habian sido nunca mejor recibidos. La supuesta resistencia que nos esperaba no se manifestó en ninguna parte, y los obstáculos desaparecieron, como lo que eran, un sueño.

Era digno de observarse el ademan estupefacto, y alguna vez vergonzoso que se notó durante algun tiempo en las sociedades de París. Cada cual seguia aun diciendo para justificarse, que la eleccion del nuevo ministro habia sido una cosa indispensable; pero á medida que la opinion nacional y la de la Europa le iban dando á conocer (y ni la nacion ni la Europa no tuvieron un solo momento de ilusion) á medida que en París se iba disipando el terror, volvia á renacer el buen sentido, y no tardó en conocerse que era absolutamente imposible conservar en su integridad aquel ministerio que se habia pedido á la corona con una especie de furor. Guardémonos de acusar á nadie: era natural que los que se habian creido protegidos durante los cien dias (y que habrian sido cruelmente desengañados si Napoleon hubiera ganado la batalla de Waterlóo) era natural, vuelvo á decir, que se sintieran dominados por la ilusion de la gratitud. Mas supuesto que tan prontamente se habian visto obligados á reconocer su error, esa misma razon deberia haberles hecho proceder con mas cautela en sus nuevas protestas. Cuando en la actualidad se escusan de todas las faltas que han podido cometer; cuando con la misma conviccion sostienen que sin este ó aquel ministro nos habriamos perdido, recuérdense de su entusiasmo por otro personaje; tengan presente el tono decisivo con que afirmaban que sin él nada podia ir bien, sus acalorados discursos y su cólera contra los profanos que no lo admiraban ó se atrevian á dudar de la infalibilidad del ministro: tengan presentes todas esas circunstancias y aprenderán á desconfiar de su discernimiento y no serán tan pródigos en fulminar sus anatemas.

CAPITULO IX.

DIVISION DEL SEGUNDO MINISTERIO.

Habiendo abortado el plan general deberia haber presentado su dimision el ministro que lo concibió si realmente hubiera sido un hombre sabio; pues por una parte las dos imposibilidades de su posicion natural le impedian, como ya lo he dicho, entrar en el sistema del gobierno legítimo, y por otra parte tampoco podia seguir el sistema revolucionario que acababa de arruinarse por su base. Si aquel ministro se hubiera retirado, el ministerio puesto en mejor situacion habria podido sostenerse sin incurrir en las faltas que consumaron por último su ruina.

El presidente del gabinete, desprendido del torbellino en que por de pronto habia sido envuelto empezaba á adoptar medidas mas exactas y deseaba dirigir la administracion en un sentido realista y constitucional. Para esto era preciso una cámara de Diputados: convocóse esta cámara. Tanto los electores como los presidentes de los colegios electorales fueron igualmente escogidos entre los mas adictos á la monarquía. Mas el conjunto del gabinete se veia atacado por lo mismo que habia de bueno en estas medidas, pues por ellas se veia amenazado el ministro partidario de la revolucion: este ministro haciendo por otra parte esfuerzos para entrar en la cámara de los Diputados demostraba una absoluta ignorancia de su posicion.

¿Cómo un hombre que por de pronto habia sido tan perspicaz llegó á cegarse de tal modo al tratar de su interés político? Es que habiendo sido detenido por la ruina de su primer plan, no estaba ya en su mano el poder impedir que la Constitucion marchara, ni el árbol dejara de producir fruto: tal vez se vió dominado de otra ilusion, acaso pensó que la cámara de los Diputados entraria en el sistema revolucionario. Por otra parte aquel ministro, vano y móvil, cuyo nombre recordará eternamente nuestras desgracias se cree el único capaz de dominar las tempestades, solo porque tiene experiencia de naufragios, y su ligereza parece estar en razon inversa de la gravedad de los asuntos que ha tratado.

Al firmar Cronwel la sentencia de muerte de Carlos I manchó de tinta el rostro de otro regicida llamado Marten al darle la pluma. Presuncion es de grandes criminales el soportar con alegre semblante los tormentos de la conciencia.

CAPITULO X.

ACTOS DEL SEGUNDO MINISTERIO Y SU CAIDA.

Los actos de un ministerio tan desacorde no podian menos de ser contradictorios: algunos son excelentes, otros son deplorables y han dejado las mas desastrosas huellas en las instituciones políticas. Preciso es hacer la justicia de confesar que si los actuales ministros han tropezado alguna vez en inexplicables dificultades, no han nacido estas mas que de las providencias tomadas por sus antecesores.

Un solo ejemplo bastará para probar hasta qué punto se engañó el segundo ministerio en los asuntos mas importantes. En el acto de apoderarse de las riendas del Estado, hubiera debido expurgar la nacion, entregar al brazo de la justicia á insignes criminales, comprender en otra categoría á los que debian ser desterrados y publicar amplio y entero indulto para todos los demás: obrando el ministerio de este modo habrian los criminales hallado el merecido castigo y los débiles hubieran cobrado nuevo aliento. En vez de tomar tan acertada providencia, se dejó que dominara el temor en el corazon de todo buen ciudadano, y cuando las Cámaras mucho tiempo despues de cometida esta falta trataron de ocuparse de ella, se vieron precisadas á tener que remover cuestiones que agitan demasiado las pasiones y dispiertan adormecidos recuerdos. Los enjuiciamientos parciales y sin tramitacion se han ido prolongando hasta el momento en que escribo estas páginas, y como tal acusado ha sido absuelto, y otro condenado quizás por el mismo delito, resulta que la indulgencia y el rigor parece que se están acusando mutuamente de injusticia.

La situacion se agravaba: los ministros desunidos empezaban á buscar apoyo en las opiniones opuestas que cada partido del ministerio hubiera querido ver triunfar. El asunto del Museo acabó de completar el descontento público. La publicacion de dos célebres informes desarrolló todo ese plan revolucionario que he explicado y que intentaron hacer adoptar antes de la entrada del rey en París. Mas esos informes en nada podian alterar la situacion de las cosas: el tiempo de los temores quiméricos habia ya pasado: aquellos documentos nada mas podian ser que expresion del despecho de una causa perdida y de una ambicion frustrada. Por lo demás sobre su medianía presentaban errores en cuanto los hechos, incertidumbre por lo tocante á las miras, y desconcierto en lo relativo á los medios.

Tantas contradicciones, oscilacion y sistemas sofísticos apresuraron la catástrofe que todo el mundo habia previsto. La legislatura iba á abrirse, y bastó, puede decirse asi, la sombra de las Cámaras para que desapareciera un ministerio demasiado expuesto á la franqueza de la tribuna. Otros personajes ocuparon el puesto de los ministros caidos, aunque no faltaban opiniones de que no se hallaria quien los reemplazara.

CAPITULO XI.

TERCER MINISTERIO. — SUS ACTOS. — PROYECTOS DE LEY.

Empezaron los nuevos ministros á ejercer el poder al inaugurarse la legislatura. Los proyectos de ley que presentaron á la cámara de los Diputados eran urgentes y necesarios, y todos fueron adoptados aunque con notables modificaciones.

De manera que esta cámara de la que no tardó mucho tiempo en quejarse el ministerio, jamás ha cometido una falta ni contra el rey, á quien ama con idolatría, ni contra el pueblo, cuyos derechos debe defender. Por medio de las leyes sobre suspension de libertad individual, sobre gritos sediciosos, sobre los tribunales prevostales y sobre la amnistía, se ha apresurado á robustecer la corona con todos los poderes; modificando el proyecto de ley electoral, y mejorando contra sus propios intereses como cámara el presupuesto, ha sostenido los intereses del pueblo.

Si el ministerio, tanto por su propia tranquilidad, como por la de la nacion se hubiese avenido á seguir el principio constitucional y á marchar con la mayoría, en ningun tiempo hubieran consolado al pueblo trabajos políticos mas importantes, ni de mas lucimiento tras de tantas locuras y errores.

Los proyectos de ley de los ministros fueron grandes actos de administracion, y para haber pasado sin dificultad, no les faltó nada mas que buena direccion.

Las proposiciones de las Cámaras dieron por su parte asunto á grandes leyes, y habiendo sido acogidas por el ministerio habrian acabado de perfeccionarse.

Empero por desgracia todo se embrolló con sistemas sofísticos y lo que debia ser un campo de concordia se convirtió en un campo de batalla.

Vamos pues á examinar esos sistemas que han perdido la nacion en 20 de marzo, y que nos causan y causarán en lo sucesivo tantos males.

CAPITULO XII.

QUÉ CLASE DE HOMBRES SON LOS QUE HAN ABRAZADO LOS SISTEMAS QUE VAMOS Á COMBATIR, Y SI IMPORTA DISTINGUIRLOS.

Hay funcionarios públicos que han abrazado los sistemas que mas en vigor están despues de la restauracion, conociendo muy bien el objeto clandestino á que propendian, y deseando vivamente su realizacion.

Hay otros hombres de estado que han caido por falta de luces y discernimiento, otros se han precipitado á impulsos del odio contra estos ó aquellos hombres, y finalmente, otros se mantienen en el error por orgullo, pasion, carácter, terquedad ó capricho.

Claro está que los sistemas á que nos referimos tienen sus alucinados y sus alucinadores como todas las opiniones de este mundo; pero supuesto que unos y otros nos conducen igualmente al abismo, no nos hacen al caso los diversos motivos que les hayan impulsado á seguir semejante camino.

En Inglaterra Fairfax se dejó arrastrar de la faccion parlamentaria, y cuando conoció el error, ya no era tiempo de remediarlo. En vano quiso arrebatar al rey de manos de sus verdugos. El dia que debió ser el último de Carlos I púsose Fairfax en oracion con Harrison pidiendo consejos al cielo. Harrison sabia que la sentencia contra el monarca iba á ejecutarse, y á propósito fue alargando la fatal oracion, á fin de que su compañero no tuviera tiempo de salvarlo. Cuando les anunciaron que el golpe se habia ya consumado, Harrison exclamó poniéndose en pié: ¡Dios lo ha querido asi! Fairfax quedó profundamente consternado; mas el monarca ya habia dejado de vivir.

No hablemos, pues, mas que de los sistemas, sin ocuparnos de los hombres que los han profesado. Si logro demostrar el sofisma, é indicar el escollo á los que dirigen el timon del Estado, creeré haber hecho un interesante servicio á la nacion; pues me hallo convencido de que siguiendo el rumbo que inconsideradamente hemos adoptado, no haremos mas que conducir la monarquía legítima al naufragio.

CAPITULO III.

SISTEMA CAPITAL, FUNDAMENTO DE TODOS LOS DEMÁS QUE EL GABINETE HA SEGUIDO.

El gran sistema con arreglo al cual se gobierna desde la restauracion, el sistema que es base de todos los demás, el que da lugar á las siguientes herejías: *En Francia no hay realistas*; *la cámara de los Diputados no está en el sentido de la opinion general*; *no se debe seguir á la mayoría de esa cámara*; *no hay necesidad de purificaciones*; *los realistas son incapaces*, etc., etc.; ese sistema que no puede sostenerse sino negando la evidencia de los hechos, calumniando las cosas y los hombres; renegando del buen sentido, abandonando el camino recto y seguro para tomar un sendero tortuoso y sembrado de precipicios; ese sistema, por decirlo de una vez, es el que se funda en esta máxima: LA FRANCIA DEBE SER GOBERNADA EN EL SENTIDO DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS. Esta frase, bien digna ciertamente de los revolucionarios, encierra la instruccion completa de un ministro. Todo hombre que no la comprende es declarado incapaz de poder ser elevado á la altura de la administracion. No merece semejante individuo que se tomen la pena de explicarle los secretos de las cabezas *vigorosas*, de los espíritus *positivos* y de los talentos (1) *especiales*

CAPITULO XIV.

CON ESTE SISTEMA SE EXPLICA TODA LA MARCHA DE LA ADMINISTRACION.

Sirviéndose de este sistema, como de un hilo para salir del laberinto, penetrareis en todos los repliegues de la administracion; descubrireis la razon de lo que os parecia inconcevible y encontrareis la causa eficiente de las determinaciones ministeriales: voy á demostrarlo.

Hay dos clases de hombres que pueden gobernar en sentido de los intereses revolucionarios: los que se hallan altamente comprometidos en esos intereses, y otros que sin estarlo creen sin embargo que la mayoría de la nacion es revolucionaria.

Que los primeros gobiernen en provecho de la revolucion, es cosa muy natural; que los segundos, por otros motivos se adhieran á ese sistema, tampoco

(1) Oscuro lenguaje de una bandera política bien conocida en París. Esta nota se puso para inteligencia de las provincias y del extranjero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiene nada de extraño; pues estando falsamente persuadidos, pero al fin persuadidos, de que toda resistencia al órden de cosas revolucionario es inútil y que no se haria mas que producir crísis y trastornos, deben gobernar segun la opinion que creen dominante é insuperable.

Sentado este principio, debe por todas partes favorecerse á las cosas y á los hombres de la revolucion, porque se les considera como poderosos y como únicos que pueden inspirar temores; mientras que por la razon contraria el ministro que piensa de ese modo debe descartarse de las cosas y de los hombres, que no pertenecen á la revolucion, porque ni son poderosos ni son temibles.

¿No es esto lo que se ha hecho desde la restauracion? Partiendo del sistema de los intereses revolucionarios se explican perfectamente todos los actos del gobierno.

Empero ¿ese sistema de gobierno ha salvado, ha perdido, salvará ó perderá á la nacion? A estos términos queda reducida la cuestion.

Si salva á la nacion, el sistema es exacto, preciso es seguirlo.

Si la administracion rigiéndose con ese sistema se ha perdido ya, ó si en lo sucesivo ha de perder á la nacion, el sistema es sofístico. ¡Conviene abandonarlo cuanto antes!

Por mi parte sostengo que el sistema de los intereses revolucionarios nos ha precipitado, y que por último, acabará de precipitarnos en un abismo del cual no nos será dado salir.

Sostengo que es inconcebible cómo unos ministros adictos al trono vuelven á caer en las faltas que nos dieron la leccion del 20 de marzo.

Sostengo que no se puede comprender cómo hay ministros que sacrifican la nacion para captarse la voluntad de personas que nunca podrán ser ganadas; cómo se empeñan en seguir ese deplorable sistema de fusion y de amalgama que el mismo Bonaparte con su brazo de hierro y con sus seiscientos mil hombres no pudo llevar á cabo; cómo creen haber encontrado un medio de salvacion, siendo así que nada mas hacen que emplear un elemento de destruccion.

Yo haré que se vean y se palpen las terribles consecuencias del sistema de los intereses revolucionarios, tomado por base de gobierno, mas desde luego es preciso atacarlo en su principio, asi como á los demás sistemas que se derivan de ese sistema capital.

CAPITULO XV.

ERROR DE LOS QUE SOSTIENEN EL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Hé aquí el error de los que quieren gobernar de buena fe en el sentido de los intereses revolucionarios. Confunden los intereses *materiales* revolucionarios y los intereses *morales* de la misma especie. Dispensad proteccion á los primeros, pero perseguid, destruid y anonadad los segundos.

Entiendo por intereses *materiales* revolucionarios, la posesion de los bienes nacionales; los derechos políticos desarrollados por la revolucion y consagradoa por la Carta.

Entiendo por intereses *morales*, ó mas bien dicho inmorales de la revolucion, el establecimiento de las doctrinas antireligiosas y antisociales, la doctrina del gobierno de hecho, en una palabra, todo lo que propende á erigir en dogma, ó á hacer que se consideren como cosas legítimas la falta de buena fe, la rapiña y la injusticia.

CAPITULO XVI.

LO QUE CONVIENE HACER ADMITIDA LA DISTINCION INDICADA EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

Castíguese, pues, á cualquiera que se deje llevar á vías de hecho contra los tenedores de bienes nacionales; cuídese de la conservacion de todas las ventajas concedidas por la Constitucion á las diversas clases de ciudadanos; pero una vez concedida esta parte á los intereses revolucionarios, es un error tan deplorable como odioso creerse obligado á sostener todas las opiniones impías y sacrílegas nacidas del cieno de la revolucion y es tomar por *intereses* positivos lo que en realidad no es mas que el *principio* destructor de toda humana sociedad.

CAPITULO XVII.

EJEMPLO EN APOYO DE LO QUE ACABA DE DECIRSE.

Por ejemplo: ¿será preciso porque se vendieron bienes que no nos pertenecian, y porque la Constitucion ha reconocido (á fin de evitar nuevas turbulencias) esta venta, declarar que pueden legalmente conservarse los que aun no se han enajenado? ¿Una injusticia cometida puede convertirse en derecho, para cometer otra? ¿Devolviendo los bienes de la Iglesia que aun existen, se temerá confesar que se obró mal vendiendo los que ya no existen y que nadie reclama ya? ¿No deberá alguna vez hacerse esta confesion?

¡Singular doctrina de los hombres que se dicen amantes de la libertad! ¿No podria en vista de esto decirse que los derechos consagrados por la Constitucion no han sido proclamados mas que en provecho de los que lo tienen todo y contra los que nada tienen? La inviolabilidad de las propiedades que tanto se invoca en beneficio de la Francia moderna; ¿no debe tambien existir en provecho de la Francia antigua? No se aplica ya la pena de confiscacion por crímen de lesa magestad, pero sigue en todo su vigor por el crímen de lealtad.

¡Ay de la nacion cuya ley, á manera de la regla de plomo de ciertos arquitectos de la Grecia se dobla para amoldarse á las diversas formas! ¡Ay del juez que tiene dos pesos y dos medidas! ¡Ay del ciudadano que reclama en provecho suyo la ley que acaba de negar al derecho de su vecino! Su prosperidad es caduca: sobre él caerá sin remedio el peso de esa misma desgracia á la que ha visto sin compasion sucumbir á su prójimo.

En tiempo de Felipe de Valois hubo una peste, y ocurrió que cuando mas estragos hacia, dos religiosos de San Dionisio que iban cabalgando por los campos llegaron á una aldea, cuyos habitantes estaban todos danzando al son del tamboril. Habiendo preguntado el motivo de aquella intempestiva alegría, los aldeanos contestaron, que como veian morir diariamente á los de las aldeas vecinas, sin que la suya se hubiera contagiado, estaban llenos de esperanza y se entregaban á regocijos. Los religiosos prosiguieron su camino, y habiendo vuelto á pasar al cabo de algun tiempo por la misma aldea, no encontraron sino muy pocos habitantes, y estos llenos de consternacion y con el rostro macilento. Preguntaron los religiosos qué se habian hecho aquellos hombres y aquellas mujeres que algunnos dias atrás celebraban sus buenas esperanzas bailando: «Ah, buenos señores, les contestaron los aldeanos, la ira del cielo ha caido sobre nosotros» (1).

(1) *Crónica de Francia.*

CAPITULO XVIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

Proseguid y vereis adonde llegais con el sistema que estoy combatiendo.

Es preciso oponerse al establecimiento de la religion, porque los intereses revolucionarios están en oposicion con ella.

No debe hacerse ninguna proposicion, ni presentar ningun proyecto de ley tocante al restablecimiento de las instituciones morales y cristianas, porque el restablecerlas seria amenazar á la revolucion; seria ademas suponer que esas instituciones han sido destruidas, y por lo tanto podria tomarse como una acusacion indirecta á la revolucion que tal perjuicio ha causado. ¿No hemos oido ya tratar de impolíticas las honras fúnebres hechas á la memoria de Luis XVI, de María Antonieta, del jóven rey Luis XVII y de Madama Isabel? Si tal es el modo de salvar la monarquía, preciso es confesar que padezco una grosera equivocacion.

Pasando del exámen de las cosas al de los hombres, se verá que nada debe hacerse en favor de los que han combatido contra la revolucion por temor de alarmar los intereses revolucionarios, y que por el contrario, conviene colmar de favores á los amigos de la revolucion para captarse su voluntad. Presentaré los detalles de este cuadro al pintar el estado actual de la Francia.

Por último; todos esos discursos en que se encuentran las palabras honor, religion y realismo, son discursos de facciosos: hablar de semejante modo es chocar con los intereses revolucionarios.

Antes de la revolucion apenas se atrevian los predicadores, aterrados por el espíritu del siglo, á pronunciar el nombre de Jesucristo, y procuraban por medio de rodeos dar á entender lo que intentaban decir.

Otro tanto se debe hacer en la actualidad por causa de los intereses morales revolucionarios: evitad toda palabra que pueda ofender á un oido delicado: *restitucion*, es una palabra tan mal sonante, que tanto ella como sus derivados deben ser desterrados del idioma francés. No faltan hombres honrados que casi consentirian en que se dotara al clero con la cláusula de que se le *diera*, pero no se *devolviera* lo que aun existe de los bienes de la Iglesia; pues, como ellos suelen decir muy juiciosamente, ¡*es preciso conservar el principio*! Si esto prosigue, dentro de pocos años deberemos á los intereses revolucionarios una multitud de palabras que nadie entenderá, y que tendremos que explicar con nuevos diccionarios.

CAPITULO XIX.

EL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS TOMADO Á LA VEZ EN EL SENTIDO FISICO Y MORAL CONDUCE Á LA MÁXIMA DE QUE EN FRANCIA NO HAY REALISTAS.

El gobernar en sentido de los intereses revolucionarios, bajo el punto de vista moral, es un sistema tan directamente opuesto á los principios del gobierno legítimo, parece tan insensato el estar halagando constantemente á sus enemigos, y rechazar sin tregua á los amigos, que ha sido preciso apoyarse en alguna otra razon decisiva.

¿Qué es lo que han imaginado en vista de esto? ¡Han dado en decir que en Francia no hay realistas! Con lo cual tratan de justificar un error por medio de otro error.

«¿Cuántos sois? gritaba cierto dia un hombre sin»gular. Dos realistas contra cien revolucionarios; su»frid pues la ley del vencido. *¡Væ victis!* Un gobier»no no debe cuidarse mas que de la mayoría; para »ella es para quien gobierna. Hechos y no palabras. »Contemos.»

¡Pues bien! contemos.

Decis que hay dos realistas contra cien personas adictas á la revolucion ó valiéndome de vuestro modo de hablar ordinario, que no hay realistas en Francia. De aquí sacais la consecuencia de que es preciso gobernar en sentido de los intereses revolucionarios, no solo materiales, sino hasta morales, sin hacer caso de la distincion que yo pretendo establecer.

Yo deduciré de ese hecho, si es verdadero, una consecuencia enteramente opuesta; mas por de pronto principio negándola.

CAPITULO XX.

LOS REALISTAS COMPONEN LA MAYORÍA DE LA NACION.

Lejos de ser cierto que en Francia los realistas forman el partido menos numeroso, puede afirmarse que ellos son los que componen la mayoría.

Me replicarán que en tal caso no hubiera tenido lugar la revolucion.

Y ¿desde cuándo en las revoluciones de los pueblos ha dado la ley la mayoría? ¿Acaso no está demostrado por la experiencia que generalmente la minoría es la que triunfa? ¿Puede creerse que la nacion quisiera el asesinato de Luis XVI? ¿Podia dar su beneplácito á la Convencion ni á sus crímenes? ¿Pudo querer la nacion al Directorio ni sus bajezas; á Napoleon ni sus contribuciones de sangre? Nada de eso quiso la nacion; pero se vió sojuzgada por una minoría activa y armada. ¿Porque la mayoría calle se ha de inferir que no existen intereses suyos en la nacion? En ese caso habrá casi siempre que dar razon al opresor contra el oprimido.

Pero librad del yugo a esa mayoría y vereis lo que os dice. Bien reciente está aun el ejémplo. Los colegios electorales formados por Bonaparte son llamados á ejercer sus funciones en tiempo del rey. ¿Qué es lo que han hecho? Impelidos por la opinion popular, é impregnándose, por decirlo asi, ellos mismos en esa opinion, han elegido diputados á los realistas mas decididos. Diré mas: fue preciso que interviniera todo el influjo ministerial de aquella época para conseguir que la eleccion recayera en algunas personas, que la opinion pública rechazaba. Lejos están de hallar los revolucionarios simpatías, está ya el pueblo cansado de ellos: el torrente de la opinion circula en la actualidad en un sentido diametralmente opuesto al de las ideas que provocaron las desgracias de la nacion.

Concretémonos á los hechos. Recuerde cada cual los departamentos, las ciudades, las villas, las aldeas en donde pueda tener relacion, intereses de familia ó de amistad. En todos estos sitios verá que le es muy facil contar el reducido número de hombres conocidos por sus principios revolucionarios. ¿Habrá un millar por departamento, un centenar por cada ciudad y una docena por aldea, barriada ó cabañal? Es mucho: no los encontrarian.

Los que no han recorrido sino las provincias mas desoladas por las dos invasiones consecutivas; los que no han pasado mas que por el camino militar, donde se ven aun las huellas recientes de un millon y doscientos mil extranjeros, no han visto mas que aldeanos en medio de sus campiñas destruidas y entre sus chozas reducidas á cenizas. ¿Será lógico decir que algunas palabras arrancadas á la impaciencia de la miseria son la expresion del voto nacional? ¿Pero en qué consistirá que estas mismas provincias tan desoladas han elegido, asi como el resto de la nacion, diputados conocidos por su afeccion al trono? ¿Quién ignora que los departamentos del Norte son conocidos por el ardor de sus opiniones realistas? Viajad por el Oeste y por el Mediodía y os admirareis de la vivaci-

dad de esta opinion que en algunas partes llega á rayar en entusiasmo. Hé aquí hechos, hé aquí cálculos.

CAPITULO XXI.

LO QUE HA PODIDO ENGAÑAR Á LOS NINISTROS POR LO TOCANTE AL ESTADO DE LA VERDADERA OPINION NACIONAL.

La ilusion del ministerio acerca de la verdadera opinion de Francia depende tambien de otra causa. Toma por una cosa que existe fuera de su seno lo que en realidad está adherido á su misma naturaleza y se maravilla al descubrir lo que no es mas que el resultado forzoso de la posicion en que ha colocado al órden político. El ministerio no ve que por lo tocante á la opinion general no toma por testigo ni se deja conducir mas que por una opinion interesada. La mayor parte de los empleos están servidos aun por partidarios de la revolucion ó de Bonaparte. Los ministros no están en relacion mas que con los hombres que desempeñan esos destinos, ni á nadie mas que á ellos piden informes acerca de la opinion del país. Es natural que los tales empleados digan que todo el mundo, excepto un puñado de chuanes y vandeanos, participa de su modo de pensar. Enúmerese el ejército de aduaneros, los empleados de todas clases, los subalternos de todas especies, y se verá que casi todo el personal de la administracion está amalgamado con los intereses revolucionarios. De aquí resulta que consultando el gobierno la opinion nacional en los administradores y no en los administrados, debe contra toda verdad creer que hay muy pocos realistas; y como son los administradores los que hablan, los que escriben, los que disponen de los periódicos y de todos los medios de publicacion, y como por último son ellos mismos los que constituyen la autoridad, es indudable que tienen elementos para divulgar ideas falsas acerca de la situacion nacional, para engañarse á sí mismos, y para engañar á la Europa entera.

CAPITULO XXII.

REFÚTASE UNA OBJECION.

Cierto hombre de talento, á quien se consultó acerca de la opinion de la Francia, despues de haber dicho que los realistas son los mas honrados del mundo, despues de haber ponderado su celo y adhesion (fórmula oratoria de que suelen valerse los que mas daño intentan hacerles), añadió: Pero esos hombres honrados componen un número tan escaso, son de tan poca importancia como partido, que no pudieron (el 20 de marzo) salvar al rey en París, ni defender á Madama en Burdeos.

¡Ah! ¡gran Dios! ¿Quiénes son los que se valen de semejantes frases para probar la minoría de los realistas? ¿No serán acaso los que buscan escusas para acontecimientos que los condenan? ¿No serán aquellos empleados, autores y sostenedores del maravilloso sistema de que es preciso gobernar con arreglo á los intereses revolucionarios, y que por lo tanto no se debe emplear mas que á los amigos de Bonaparte y á los adeptos á la revolucion?

¡Cómo! ¡Sois vosotros los que rehusabais dar crédito á cuanto se os decia, los que tratabais de promovedores de alarmas á los que se atrevian á hablaros de los peligros que amenazaban; los que ni aun abriais las cartas confidenciales que os enviaban de los departamentos; los que con toda la escuadra de Tolon no habeis sabido guardar un brazo de mar; los que tan pusilánimes os habeis mostrado en la hora del peligro, tan incapaces de tomar una resolucion, de seguir un plan, ni de concebir una idea; los que nada habeis sabido hacer mas que ocultaros dejando 35 millones en dinero contante en manos del usurpador, ¡tan difícil os parecia encontrar algunos bagajes! ¡sois vosotros los que acusais á los realistas diseminados y desarmados por vosotros, de no haber podido salvar al rey! ¡Ah! ¡mas os valdria guardar silencio y no exponeros á que os dijeran que todas las faltas provienen de vosotros y de vuestros funestos sistemas! Si no hubieseis conferido todos los empleos á los revolucionarios; si no hubieseis alejado de todos los puestos á los realistas, es seguro que el usurpador no hubiera salido bien de sus planes. Vuestros prefectos revolucionarios, vuestros comandantes bonapartistas son los que han abierto las puertas de la Francia á su antiguo dueño. ¿No le habeis enviado ingeniosamente aposentadores por las comarcas del Mediodía, diseminando por su tránsito hombres que eran hechuras suyas? Razon teniais en decir que sus águilas irian volando de campanario en campanario; pues, merced á vuestros esfuerzos, podia el usurpador ir cómodamente á descansar todas las noches en casa de algumo de sus amigos. ¡Y os atreveis todavía á dirigir acusaciones á los realistas! ¿Quién ignora que en todas partes son las autoridades civiles y militares las que lo hacen todo, como que todo lo tienen á su disposicion? ¿Quién no sabe que la multitud desarmada no es dueña de hacer cosa alguna? ¿Dónde ha encontrado el usurpador alguna resistencia sino precisamente allí en donde la casualidad habia concentrado algunos hombres agenos á los intereses revolucionarios? Vuestros agentes, esos hombres de disposicion que habeis colmado de favores para hacerlos amigos de la corona, eran los que detenian á los realistas y los que no dejaban salir de Marsella á los habitantes de esta ciudad. ¿Cómo podeis achacar á supuesta debilidad de los vasallos leales lo que en realidad no es mas que fruto de la pobreza de vuestros conceptos? Abandonad un medio de defensa tan ineficaz, como imprudente, pues en vez de mostrar la excelencia de vuestro sistema, no hace mas que poner en relieve sus defectos.

CAPITULO XXIII.

SI EN FRANCIA NO HAY REALISTAS CONVIENE CREARLOS.

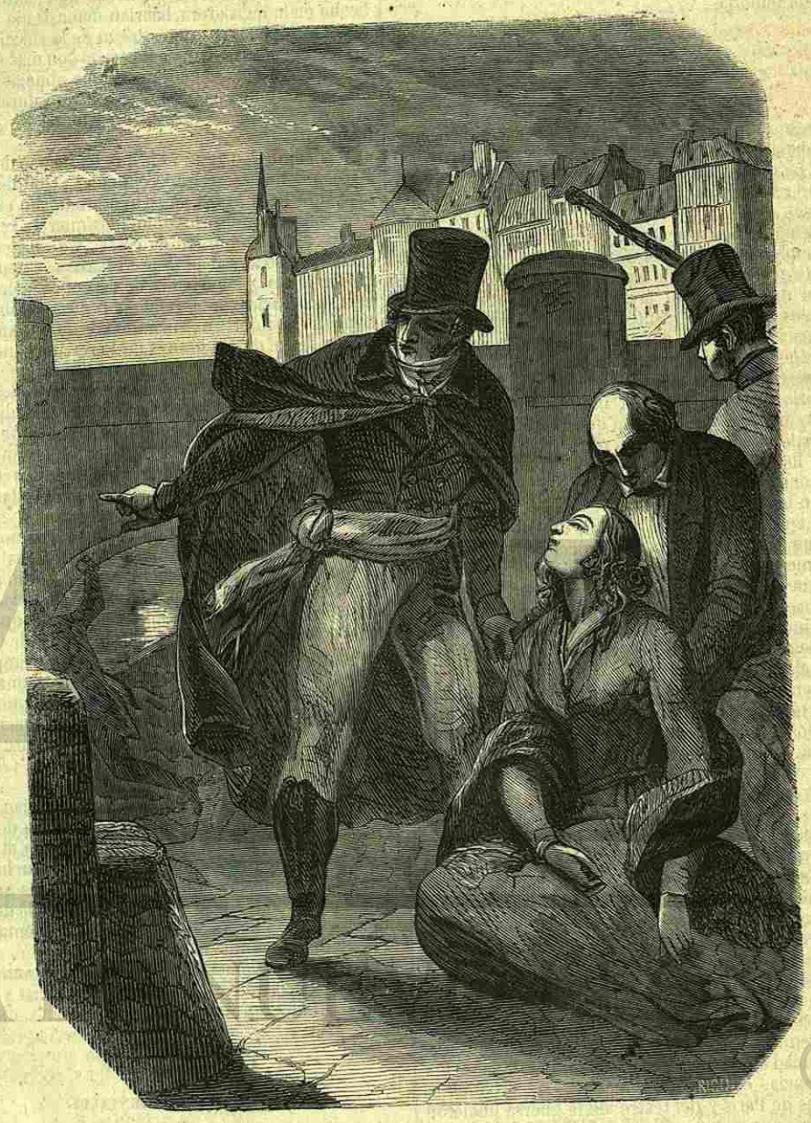
Despues de haber negado la proposicion, cambio de argumento y concedo á mis contrarios todo lo que quieran. Esto supuesto, digo: Si fuese cierto que en Francia no hubiese realistas, el ministerio debia tratar de crearlos: lejos de gobernar en sentido de la revolucion, ni de robustecer los principios revolucionarios altamente republicanos, seria culpable, sino empleara todo su esfuerzo en facilitar el triunfo de las opiniones monárquicas.

Así es que encontrándose á mano, como por milagro, una cámara de Diputados puramente realistas, el ministerio debia haberse valido de ella para variar la mala opinion que suponia existir en la mayoría de la nacion. Y no se diga que ese cambio de opinion hubiera sido imposible, pues los medios de que dispone un gobierno son siempre inmensos. Despues de haber sido testigo de todas las variaciones que la revolucion ha producido; de todos los papeles que la mayor parte de los hombres han representado, de todos esos juramentos que se han prestado á la república, á la tiranía, á la monarquía, al gobierno de derecho y al gobierno de hecho, ¿puede desesperar un ministerio de atraer al partido de la legitimidad á unos caracteres tan flexibles? Y si en vez de suponer revolucionaria la mayoría, la suponemos solo indiferente ó pasiva, ¡cuán facilmente no sé la podrá inclinar hácia los principios de la religion y la monarquía! Luego solo por vuestro gusto, solo por vuestra inclinacion es por lo que la impeleis á caer al lado de la revolucion. Habeis dicho en la tribuna que un ministro debe dirigir la opinion; pues bien, cumplid la palabra: propagad el realismo, ó bien os tendremos que acusar de no ser realistas.

CAPITULO XXIV.

SISTEMA DE LA ACTUAL CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Lo que menos pueden explicar los partidarios de los



LA POLICÍA.

intereses revolucionarios, cuando sostienen que en Francia no hay realistas, es la composicion de la cámara de los Diputados.

Del sistema de los intereses revolucionarios nace el de la minoría de los realistas en Francia: y este segundo sistema produce necesariamente este otro, á saber, que la cámara actual de los diputados no ha sido elegida en sentido de la opinion general. De todo este conjunto dimana el absurdo inconstitucional de que el ministerio no necesita de la mayoría de las Cámaras. De un mal nace otro. Hé aquí cómo discurren para destruir la objecion deducida del realismo de la cámara de los Diputados.

La opinion de la mayoría de la cámara de los Diputados no representa, segun ellos dicen, la opinion de la mayoría nacional. Esta cámara elegida por sorpresa fue convocada en medio de una invasion. En medio del tumulto los colegios electorales se dieron

prisa á elejir realistas creyendo que estos habian de ser omnipotentes, aunque la opinion de dichos colegios fuese opuesta á la índole de esas mismas elecciones. La opinion de la mayoría de los franceses es precisamente la de la minoría actual de la cámara de los Diputados, y por eso los ministros que han querido marchar con el país y no con una faccion, han seguido á esta minoría.

CAPITULO XXV.

REFUTAGOIN.

Desde luego veo en la exposicion de estos hechos una cosa que si fuese cierta, acabaria de confirmar lo que he dicho anteriormente, á saber, que es facil crear realistas en Francia dado caso que no los hubiera.

Reuniéronse en efecto los colegios electorales, y por la simple suposicion de que los realistas iban á aumentar de poder, y que el gobierno estaba dispuesto á tomar medidas en su favor, eligieron en el acto diputados realistas, desentendiéndose de sus intereses, inclinaciones y modo de pensar. Muy culpable en vista de esto es el ministerio que no hace que toda la Francia sea realista, cuando á tan poca costa puede conseguirlo; cuando la menor influencia la decide tan prontamente á ser lo que no quiso ser.

Por lo que á mí toca debo manifestar que me atengo á lo positivo, y á semejanza de aquellos, cuyas opiniones combato, no me doy por contento si no hablan los hechos.

He tenido el honor de presidir un colegio electoral en una ciudad, cuya guarnicion compuesta de tropas extranjeras no estaba separada del ejército del Loire mas que por un puente. Si en alguna parte debia haber opresion, confusion é incertidumbre debió ser en esta ciudad, pero yo no ví mas que una tranquilidad completa, ví señales de esperanza, de contento, de ausencia de todo temor y ví por último reinar las opiniones mas libres. El colegio era numeroso, pero apenas faltó ninguno de sus miembros. En él se vieron reunidos hombres de todos los caracteres y opiniones, y hasta enfermos que se habian hecho conducir para dar su voto: el resultado de todo esto fue el nombramiento de cuatro realistas tomados de la clase de empleados, de la magistratura y del comercio, y téngase entendido que si se hubieran tenido que hacer veinte elecciones las veinte habrian recaido en sujetos de la misma opinion; pues solo fue ella la que se presentó á competir. Hubiéranse ofrecido mil dificultades, ó mas bien dicho habia sido imposible que la eleccion recayera en personas adictas á los intereses revolucionarios.

Si acaso soy sospechoso en este particular por mis opiniones, véase lo que otros presidentes, que no pueden serlo, han referido acerca de las elecciones hechas en favor de realistas. Si habia en Orleans que es la ciudad á que me refiero, tanta tranquilidad é independencia, es de presumir que los departamentos distantes de París y del teatro de la guerra pudieron entregarse aun con mas libertad á sus verdaderas opiniones.

Otra prueba de que la opinion de la mayoría de la cámara de los Diputados era la de la mayoría nacional es el recibimiento con que los departamentos han favorecido á sus diputados. No hablo de las demostraciones de satisfaccion hechas en favor de los hombres mas eminentes, porque se me podria objetar que habia dominado en ellas el espíritu de partido. Me limito solo á las pruebas de aprecio que hasta los diputados mas oscuros han recibido por todas partes por solo el hecho de haber votado con la mayoría. Se ha dicho que la policía habia expedido órdenes secretas para que se hiciesen iguales obsequios á los miembros de la minoría: pero esto no es mas que habladurías de los mal intencionados.

Si los departamentos hubiesen elegido diputados que no hubieran sido de su gusto, tiempo tenian de haber vuelto de la sorpresa y de haber visto que los realistas carecian de poder y de favor; en cuyo caso estos departamentos, disgustados de cuanto se habia hecho en la legislatura, habrian demostrado á las claras lo muy pesarosos que estaban de la eleccion. Lejos de ser así cada vez han demostrado con mas evidencia su satisfaccion. ¡Hé aquí pues una abnegacion de sí mismo, un temor, ó una sorpresa que duran mas de lo que se podia esperar por parte de los departamentos!

Y sin embargo ¿qué es lo que ha dejado de hacerse á trueque de descarriar la opinion? ¡Qué de calumnias, qué de insultos no se han prodigado en los periódicos! Tan pronto los diputados querian retroceder hácia el antiguo órden de cosas, y deshacer todo lo hecho, como atacaban la prerrogativa y aspiraban á resistir al rey ¿Cómo habia de descubrirse la verdad en las provincias, no gozando la prensa de libertad en manos de los ministros, ni pudiendo darse explicacion alguna fuera de los límites de París, ni siendo posible dar á entender la posicion singular en que los mas fieles servidores del rey aparecian colocados? Para coronar la obra las cámaras habian sido disueltas, tan luego como presentaron su informe sobre el presupuesto á la cámara de los Pares; y los diputados volvian á su casa, llevando cada cual una acta de acusacion en el bolsillo, y sin poder contestar á ella; sin embargo la verdad era ya conocida.

Dominando el engaño, como no puede menos de suceder en los círculos de París, donde cada cual no oye ni ve mas que á sujetos de su propia pandilla; donde los deseos se toman por verdades; donde uno es víctima de los rumores y de las opiniones que acaso han sido divulgadas por su propia boca; donde la lisonja emplea su artificio, tanto con el último empleado, como con el primer ministro, se decia con una especie de compasion que el ministro tendria que verse obligado á proteger á los diputados cuando regresaran á sus casas: que estos desgraciados serian insultados, escarnecidos y maltratados por el pueblo... ¡*Ride, si sapis!*

Me parece que los departamentos principian á sustraerse de esta influencia de París que los ha dominado desde la revolucion y que data de muy atrás en Francia. Cuando el duque de Guisa, el acuchillado, enseñaba á su madre la lista de las ciudades que tomaban parte en la Liga. «Eso no es nada, le decia la duquesa de Nemours: hijo mio, si no cuentas con París, todo eso no vale nada.»

Si el gobierno cometiese el desacierto de aumentar la desavenencia que existe entre las provincias y París resultaria una gran revolucion en Francia.

CAPITULO XXVI.

CONSEJOS DEPARTAMENTALES.

El sofisma engendra ilusiones; la ilusion desengañada da márgen á la animosidad é inflama el amor propio: las imaginaciones se exaltan. Mucho mas natural seria decir. He cometido un error, voy á remediarlo; pero no se hace así.

Los departamentos habian recibido bien á sus diputados; por este recibimiento se demostraba que la opinion era realista, mas aun quedaba un recurso para sostener lo contrario. Los consejos departamentales iban á reunirse. Si estos se quejaban de los diputados, ó no demostraban mas que indiferencia por sus trabajos, el triunfo era aun posible, Hubiérase dado la mayor importancia á las manifestaciones de dichos consejos; y se hubiera dicho en alta voz. «Ya lo veis.»

«Ya os lo habiamos dicho. Hé aquí la verdadera opinion »nacional. ¿Estais ahora convencidos de que la cámara »no habia sido elegida en sentido de la opinion general, »la cual es absolutamente favorable á los intereses re»volucionarios? Prestad atencion á lo que dicen los »consejos generales, que son tambien órganos de la »opinion pública.»

Empero ¿qué es lo que ha sucedido? Que estos consejos han alabado tambien á los diputados. Pues bien. ¡Los consejos ya no son órganos de la opinion pública! *Ya se sabe* que todas esas alabanzas, *son golpes preparados, y asuntos de cábala y de partido.* Ya es cosa sabida *que un manifiesto se redacta como se quiere*, etc.

Dáse órden á los periódicos de que se burlen de los honores dispensados á los representantes, y órden á los consejos generales de que no envien ninguna diputacion á París, para que no vengan á decir al pié del trono cuán satisfecha se halla la nacion de sus representantes. No recibirá el gobierno manifestaciones sino de los consejos, y estas se publicarán por estracto en el *Moniteur*, teniendo cuidado de suprimir todo lo que se refiera á elogios de las cámaras.

Finalmente como los consejos votan gracias y testimonios de aprecio á sus diputados, tambien se dará órden de que no puedan llevarse á cabo semejantes actos sino con permiso de la corona. Para poder expedir una órden extraordinaria es preciso hacer violencia á toda la historia; es preciso decir que la corona fue la única que en todo tiempo tuvo derecho de decretar honores siendo así que no hay nadie que ignore que desde Clodoveo hasta nuestros dias, las ciudades, las corporaciones y las cofradías han estado en posesion de ese derecho, hasta el punto de disparar alguna vez cañonazos en obsequio de un estudiante que habia ganado algun premio en la universidad.

Mas aun cuando fuera cierto que semejante derecho no hubiese existido en tiempo de la monarquía absoluta ¿no se deriva naturalmente de la monarquía constitucional? Si los departamentos tienen el derecho de elegir diputados, ¿no lo han de tener tambien para decir á estos que se hallan contentos de sus servicios? Compasion causa tan extraño modo de discurrir.

Tal es el funesto espíritu del sistema: cualquiera que se deja poseer de su espíritu cierra los ojos á la verdad. Los hombres de la mas sana fe del mundo hacen alarde de todo lo que está en oposicion con la buena fe, y con las mas generosas ideas gobiernan como Bonaparte empleando los medios menos generosos. Mas para seguir gobernando de este modo ¿tienen acaso la fuerza de Bonaparte? Las manifestaciones son ya conocidas del público: vienen de parte de todos los departamentos: no hay quien no tenga noticia de ellas, ni quien no esté persuadido de la causa porque tratan de sofocarlas: y entre risas y entre vergüenza cada cual acaba de convencerse mas que nunca de que la mayoría de la cámara de los Diputados está en el sentido de la opinion nacional.

CAPITULO XXVII.

NI LA MISMA MINORÍA DE LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS ES FAVORABLE AL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Aun apoyándose en la opinion de la minoría real de los diputados, para decir que esta es la que representa la opinion general de la nacion, sostengo que hasta aquella misma tomada en su origen, serviria para dar al traste con el sistema de los intereses revolucionarios.

Cuando la cámara se reunió, era casi unánime su modo de pensar; de manera que el ministerio tuvo que trabajar con incansable perseverancia para llegar á desunirla. Apenas se concibe como unos hombres de buen sentido, al hallar en sus manos un instrumento tan perfecto, y tan bien dispuesto para todos los usos, no quisieron ó no pudieron servirse de él; apenas se concibe como unos hombres de buen sentido emplearon tanto afan para crear una minoría, como un ministerio emplea genaralmente en adquirirse una mayoría.

¡Cuántas maniobras no han tenido efectivamente que poner en juego, cuántos pasos y sudores malgastados para tener el gusto de ver modificar ó desechar las leyes! ¡Cuánta destreza para perder el juego! Despues de luego nada pudieron conseguir con un club. Era tan sinceramente realista toda la cámara que solo abusando del nombre del rey, solo diciendo sin cesar que el rey lo queria, que el rey lo mandaba, consiguieron quebrantar la firmeza de algunos diputados. Estos hombres honrados se separaron como á pesar suyo de una mayoría que llegaron á creer no hallarse bastante sometida á la voluntad del monarca. Tan cierto es esto que en una multitud de ocasiones, así como en el asunto de los regicidas votaron por aclamacion en sentido de la mayoría. Y sabido es que el destierro de los regicidas era un golpe mortal contra los *intereses revolucionarios*.

No puede, pues, argüirse en favor del sistema de estos intereses fundándose en la opinion de la minoría de la cámara de los Diputados; pues lejos de ser la opinion de la mayoría lo que ellos quieren suponer, no es mas que la reproduccion de la opinion ministerial, que la formó.

CAPITULO XXVIII.

ÚLTIMO HECHO QUE PRUEBA QUE LA NACION NO ESTÁ ACORDE CON LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Presentemos el cuadro por la parte inversa. Si la nacion estuviese acorde con los intereses revolucionarios, habria peligros sin fin cada vez que ocurre un movimiento político. Así que se pone en evidencia alguna conspiracion, no falta quien dice: ¡Hé aquí el fruto de vuestras imprudentes palabras! Los intereses revolucionarios se han creido amenazados; en el acto se ha turbado la tranquilidad. Esta chispa puede producir un vasto incendio.

Mira uno por todas partes, pero la chispa nada produce; nadie se mueve. Todo el mundo ve con indiferencia y hasta con desprecio el que unos pocos jacobinos aislados caigan en la sima que intentaban volver á abrir. Ese partido, desvirtuado, no conserva ya raiz ninguna en la opinion: ni es peligroso sino cuando se comete la imprudencia (en ese caso lo es mucho) de volver á ponerlo en juego. La víbora está arrecida y apenas tiene fuerzas para rastrear; podeis abrumarla bajo vuestra planta, mas si la cobijais en vuestro seno, estad seguros que os dará la muerte.

CAPITULO XXIX.

POR EL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS NO PUEDE PROPAGARSE EL PARTIDO REALISTA.

Pasemos á otro campo de batalla.

He dicho que si en Francia no hubiera realistas seria preciso crearlos. A esto contestan que precisamente por esta razon es por la que gobiernan en sentido de los intereses revolucionarios. La obra maestra del ministerio se reduce á convertir en partidarios del rey á todos sus enemigos. Se captará la voluntad de unos hombres que no tienen que echarse en cara mas que un esceso de energía, y que emplearán en defensa del trono el mismo vigor que emplearon en derribarlo.

Tambien yo he predicado esa doctrina: tambien yo he dicho que era preciso cicatrizar todas las heridas,

olvidar lo pasado y perdonar los errores. ¡Que de elogios no he prodigado al ejército! Debo confesarlo: soy demasiado sensible á la gloria de las armas, y discurro mal, asi que oigo redoblar el parche. Mas no veo ya las cosas desde el 20 de marzo como las veia antes de esa época. Me conformo en ser hombre de bien; pero en ser tenido por un simple, de ningun modo. Vergüenza me causaria el haber sido dos veces víctima de un mismo engaño.

¡Quereis ganar para el partido realista á los que han sido causa de vuestra perdicion! ¿Y de que medio podeis valeros en la actualidad para conseguirlo, que no lo hayais empleado ya anteriormente? Ellos ocupaban todos los destinos; ellos devoraban el tesoro; ellos estaban en posesion de todos los honores. Algunos regicidas cobraban mil escudos mensuales ¿por qué? Por haber hecho rodar la cabeza de Luis XVI. ¿Podreis ser mas liberal aun? Los Cien-dias han envenenado la herida: á las primitivas pasiones han añadido el oprobio de haber intentado infructuosamente una segunda traicion. Por este motivo la legitimidad se ha hecho mas y mas odiosa á ciertos hombres que no se darán por satisfechos hasta consumar su ruina. Vuelvo á repetirlo: el intentar, despues de los sucesos de 20 de marzo, ganar el afecto de los revolucionarios; el volver á poner en manos de los enemigos del rey todos los empleos, el proseguir con el sistema de fusion y de amalgama, el creer que la vanidad puede encadenarse por medio de favores, y las pasiones por medio de intereses; en una palabra, el volver á caer en todas las faltas que han motivado una leccion tan reciente, un escarmiento tan rudo, digámoslo sin rodeos, es confesar que el país se halla bajo el peso de un anatema del destino.

CAPITULO XXX.

DE LA PURIFICACION EN GENERAL.

Este asunto nos conduce á tratar de las purificaciones.

Antes de la apertura de las sesiones, habian pedido los colegios electorales la purificacion de las autoridades, y las cámaras volvieron á repetir la misma peticion. El ministerio respondió que no perderia de vista á sus delegados, y que por otra parte cargaba con la responsabilidad de los acontecimientos.

Empero ¿qué viene á ser esa responsabilidad de los ministros, no estando confeccionada la ley que debe determinar sus límites? Hasta el presente esa terrible responsabilidad que desde lejos parece un *buque de alto bordo*, no es mas, si se mira de cerca que, *una caña que flota por el agua*. El primer ministro, no lo dudamos estaria consagrado á la causa del trono, pero ¿pudo á pesar de eso prevenir la infidelidad de los subalternos? En muchos casos el ministro no puede ver mas que los empleados que están á sus inmediatas órdenes: su buena fe puede ser sorprendida. Si por ejemplo los departamentos están llenos de subalternos que calumnian á los amigos del rey ¿podrá el ministro obrar mas que en el sentido de lo que ellos le digan? ¿No le engañarán al tratarse de los verdaderos intereses de la patria? Al oir la palabra purificacion, todos gritan: Quereis renovar venganzas: pedís reacciones.

He dicho ya en otra ocasion que la justicia es una cosa muy distinta de la venganza, y que el olvido nada tiene que ver con la reaccion. Convengo en que á nadie debe perseguirse; pero tampoco se debe (y por el contrario es muy peligroso), confiar los cargos públicos á los enemigos del rey. ¿Por qué razon ciertos hombres gritan tanto al oir la palabra justicia? Porque conocen muy bien que toda la cuestion estriva en ese particular, y que una vez puesta en juego su accion tienen que renunciar á sus esperanzas todos los que las fundan en proyectos criminales. No creais que tanto interés les inspiren la Constitucion y la libertad, cuyos nombres están invocando sin cesar; lo que á ellos les interesa sobre todas las cosas es el mando. En su concepto la salvacion ó la pérdida del país no dependen mas que de la conservacion de sus respectivos destinos.

Cuando se veian acosados por la opinion pública se atrincheraban en la necesidad de una prudente contemporalizacion. Poco á poco, decian ellos, se irán haciendo las purificaciones convenientes; pero ahora no conviene desorganizar de una vez todos los ministerios y paralizar el gobierno.

Esta objeccion puede parecer razonable á un funcionario público; pero no tiene ningun peso para un hombre de Estado. ¿No vale mas en todo caso tener á su disposicion subalternos que carezcan de experiencia, que agentes con cuya fidelidad no se pueda contar?

Mas ejecutando todos esos cambios, grangeareis al gobierno una multitud de enemigos.

¿Y estos enemigos serán mas terribles cuando no ejercen ningun cargo administrativo que cuando están en la órbita de los funcionarios públicos? ¿La influencia de un hombre empleado por mediana que su posicion sea, no es mil veces mucho mas activa que cuando ese hombre se halla reducido á la condicion de la vida privada? Por otra parte no es posible, como ya lo hemos dicho, captarse la voluntad de semejantes hombres: las consideraciones que les dispensan no son á sus ojos mas que falsedades, porque saben muy bien que no pueden ser amados: el sistema de fusion que con ellos empleais les causa risa, porque conocen que con ese sistema caminan los amantes del trono á su ruina, y para probaros que no teneis capacidad para gobernar, y para justificar sus nuevas conspiraciones, os echarán en cara vuestra propia indulgencia y los mismos favores que les habeis dispensado.

Finalmente, supongamos que las autoridades no se abandonen á sus enemistades políticas ¿mas cómo se les podrá impedir que permanezcan fieles á inclinaciones que no por ser mas escusables sin duda dejan de ser tambien mas peligrosas? En el sistema de los gobiernos actuales las virtudes de un hombre son tan temibles como sus vicios. Es preciso que la autoridad para serviros sofoque los mas dulces sentimientos de la naturaleza; es preciso que arreste tal vez á su propio amigo, y acaso que persiga á su bienhechor: las instituciones colocan al gobernante entre sus inclinaciones y sus deberes: y de su ingratitud esperais conseguir vuestra seguridad.

CAPITULO XXXI.

LAS PURIFICACIONES PARCIALES SON UNA INJUSTICIA.

Sobre todo, supuesto que se ha abrazado el sistema de los intereses revolucionarios, es una cosa precisa el desechar el plan de las purificaciones. Mas una vez tomada una determinacion hay que seguirla francamente y sin rodeos: esto es lo que no se ha hecho; han tomado, si asi puede decirse, la peor senda en el peor camino, descendiendo al sistema de purificaciones parciales, y convirtiendo de este modo un insigne acto de justicia en una repugnante arbitrariedad.

Hay entre los hombres un espíritu de equidad que hace que nadie se queje de una medida general cuando se halla fundada en la razon y en los hechos; mas una medida particular, que no tiene visos mas que de capricho, repugna á todo el mundo y no contenta á nadie.

¿Cuál ha sido el resultado de las purificaciones particulares? Hombre hay que ha perdido su empleo, ó su sueldo por haber firmado una sola vez el acta adicional, en tanto que otro que la firmó cuatro ó cinco veces, en calidad de otros tantos destinos diferentes; se ha quedado en posesion de ellos y de las pensiones que disfrutaba.

Alguno por haber aceptado un empleo durante los Cien-dias, será considerado como indigno de conservarlo ahora, y otro habrá obrado del mismo modo y seguirá disfrutando lo mal adquirido.

Un funcionario público desciende del alto rango que habia conservado en tiempo de Bonaparte despues de haberlo recibido de Luis XVIII: castíganle; pero su vecino habia tal vez solicitado del usurpador el mismo rango, y no lo habia podido lograr. De manera que por haber sido despreciado de Bonaparte, goza en la actualidad del testimonio de una conciencia pura, de la gloria de haber permanecido fiel y de los favores del gobierno legítimo.

Los confederados han recibido la institucion real y un magistrado que en un tribunal oscuro prestó un miserable juramento tiene que sufrir todo el rigor de la purificacion.

Mas como todo en este mundo tiene su compensacion, algunos jueces realistas y algunos ciudadanos que se portaron con valor durante los Cien-dias, han perdido su empleo, y este ha sido ocupado por partidarios del usurpador: hasta tal punto se jactan de imparcialidad. Tampoco han ido separados hasta el presente de sus destinos algunos funcionarios designados por la opinion pública y lo único que se ha hecho es trasladarlos, acaso con ventajas de una provincia á otra.

Un sugeto, que no nozco, y que habia sido separado por efecto de las purificaciones, vino en cierta ocasion á pedirme un favor, y tuvo la candidez de decirme que un ministro le habia prometido volverle á colocar asi que *esta furibunda cámara* quedará disuelta. Admiré la grandeza de la Providencia, y dí gracias á Dios de que aquel honrado sugeto se hubiese dirigido á mi persona.

Estas semi-purificaciones prolongadas producen ademas otro mal: siembran la division en las provincias, y dan marjen á mezquinas rivalidades, enemistades secretas y denuncias. Cada cual esperando conseguir el empleo de su vecino, se da prisa á contar todo lo que este hace, y cuando nada de cierto puede decir, no repara en fraguar alguna calumnia. Si desde luego se hubiese dado un golpe general, originando de este modo una ámplia purificacion, todo el mundo se habria sometido y la vindicta pública habria quedado satisfecha. Quéjanse en la actualidad de las denuncias y no les falta razon ¿pero quién tiene la culpa? ¿No son por ventura las tergiversaciones y las providencias á medias el orígen de ellas? Preciso es saber lo que se quiere cuando se gobierna: mas hubiera valido decir: «No habrá purificacion» y sostenerse en ese plan que no decir que se adoptaba el sistema opuesto sin tener energía para adoptarlo, ni desecharlo enteramente.

CAPITULO XXXII.

DE LA SUPUESTA INCAPACIDAD DE LOS REALISTAS Y DEL SUPUESTO TALENTO DE SUS CONTRARIOS.

Por último, y esta es la postrera opinion que vamos á examinar, se supone que los realistas son incapaces; que no hay mas hombres de talento que los que se educaron en la escuela de Bonaparte, ó los producidos por la revolucion.

¿Fundan en alguna razon este aserto? en ninguna; mas eso no impide que lo consideren como un hecho demostrado. «Bien quisieramos, nos dicen emplear á los realistas; pero presentadnos hombres de ese partido que tengan capacidad para desempeñar cargos públicos: de lo contrario tendremos que valernos de sugetos que sirvieron á Bonaparte, pues solo estos son los que tienen talento.»

De este modo se vuelven á juntar los cabos de la cadena: los realistas no pueden ser útiles porque carecen de capacidad y de saber: luego es imposible llevar á cabo la purificacion, porque no se encontrarian personas aptas para el gobierno. Conviene por lo tanto captarse la voluntad de los hombres de talento de quienes necesariamente hay que echar mano para la administracion; no hay pues otro remedio que contemporizar con los intereses revolucionarios.

Propondré preliminarmente una cuestion. La mayor parte de los que han dirigido los asuntos en Francia desde la restauracion ¿eran realistas? Si me contestan afirmativamente, confieso que la opinion que condena por incapaces á los servidores del rey, no es sino demasiado cierta. Las faltas han sido enormes. Pero al menos habrá este pequeño consuelo: si la incapacidad es el carácter distintivo del realismo, preciso es convenir que se ha calumniado á ciertos funcionarios públicos, cuando se ha supuesto que no eran adictos á la monarquía: por mi parte los contemplo como los vasallos mas leales que en tiempo alguno han existido en la monarquía de san Luis.

Si contestan negativamente á la cuestion que he propuesto preguntaré si el modo con que la Francia ha sido gobernada durante estos dos últimos años prueba que los gobernantes procedentes de las filas de la revolucion son hombres de talento. ¿Podian los realistas; si hubiesen sido llamados á la direccion de los asuntos, haber obrado con mas desacierto? Ciertamente es digno de atencion que unos hombres que han caido al menor choque; que no han dado un paso sin tropezar; que han dejado volver de la isla de Elba á Bonaparte y á la nacion perecer en sus manos; digno de atencion es vuelvo á decir, que tales hombres se jacten de capacidad y hagan alarde de despreciar á los servidores del rey. Por otra parte ¿cómo podeis decir que los realistas son incapaces, no habiéndolos experimentado en los destinos? Vosotros, cuya administracion ha sido tan funesta no teneis derecho de juzgar desdeñosamente de los realistas sin haber puesto antes á prueba su capacidad. Tratad de probar lo que ellos valen y si se muestran mas ignorantes que vosotros; si cometen mas faltas que las que habeis cometido; entonces volvereis á empuñar las riendas del Estado y todos vuestros sistemas quedarán justificados.

Puede afirmarse un hecho, y es que, si antes de la época del 20 de marzo 1815, todos los funcionarios públicos hubiesen sido realistas, dado caso de no haber podido impedir el regreso del hombre de la isla de Elba, no habrian por lo menos sido traidores al rey, ni servido al usurpador durante los Cien-dias. Ochenta y tres prefectos, faltos de capacidad, si se quiere, pero haciendo una resistencia uniforme en todo el ámbito de la Francia, habrian llegado á ser muy incómodos á Bonaparte. En ciertos casos la fidelidad suple al talento asi como en La Fontaine el instinto de lo bueno hacia las veces del genio.

CAPITULO XXXIII.

PELIGRO Y FALSEDAD DE LA OPINION QUE NO CONCEDE HABILIDAD MAS QUE Á LOS HOMBRES DE LA REVOLUCION.

Bien falso y peligroso sistema, segun desgraciadamente nos lo ha hecho ver la experiencia, es el que se empeña en no ver capacidad para gobernar el país sino en los hombres de la revolucion. Bonaparte, segun dijo mi noble amigo M. de Bonald, pudo formar hombres capaces para desempeñar el sistema administrativo, pero hombres de Estado, no. El comentario de esta hermosa observacion es el siguiente:

¿Qué es un ministro al lado de un déspota? Es un hombre que recibe órdenes, que las manda ejecutar dispensándose de examinar si son justas ó injustas, convenientes ó no convenientes, un hombre que no conoce mas que la arbitrariedad, ni emplea mas recurso que la fuerza.

Traspórtese ese ministro á una monarquía constitucional; véase en la precision de discurrir, de buscar medios, de hacer marchar el gobierno respetando todas las leyes, contemporizando con todas las opiniones y abriéndose paso por entre todos los intereses y aquel ministro que parecia tan grande, irá reduciéndose hasta parar quizás en una nulidad. Todos sus números, todos sus resultados positivos, todos sus datos estadísticos le faltarán á la vez. De nada le servirá saber cuantas cabezas de ganado hay en un departamento, ni la cantidad de cereales, gallinas y huevos que produce otra comarca: Smith y Malthus de nada le servirán. Asi que las combinaciones morales y políticas tengan que figurar de algun modo en la ciencia del gobierno, aquella sólida cabeza no hará mas que cometer errores, y aquel administrador eminente no aparecerá mas que como un tonto.

He visto á los corifeos de la tiranía desconcertados, llenos de asombro y como extraviados en medio de un gobierno libre. No teniendo nociones de los medios naturales que emplea esta clase de gobierno, la religion y la justicia, en todo querian substituir las fuerzas físicas al órden moral. Mucho menos idóneos para este órden de cosas que el último realista á cada paso se sentian detenidos por una mano invisible, y sin cesar tenian que estar luchando con una potencia desconocida. De esta oscilacion nacian sus malas leyes, sus sofísticos sistemas, y su oposicion á los verdaderos principios. El que fue esclavo no comprende la independencia; el impío nunca se halla bien al pié de los altares. No creamos que todos los hombres de la revolucion hayan conservado su funesto talento. La capacidad que tenian para el mal se ha inutilizado bajo un gobierno moral y concertado. No son, si asi puede decirse, mas que unos cadáveres en derredor del nuevo mundo que se ha desarrollado: nada vemos de ellos en torno nuestro mas que sus espectros, y las sombras de lo que fueron.

CAPITULO XXXIV.

EL SISTEMA DE INTERESES REVOLUCIONARIOS, PRODUCIENDO INDIRECTAMENTE LA DISLOCACION DE LA CARTA, AMENAZA DESTRUIR LA MONARQUÍA LEGÍTIMA.

Creo haber demostrado que el sistema revolucionario no se apoya en mas que en principios erróneos; que siguiéndole necesariamente tiene que caerse en las herejías mas inconstitucionales, y que las medidas administrativas tomadas con arreglo á ese sistema han producido oposiciones, inevitable resultado de la falsa posicion en que se hallaban los hombres y las cosas.

Pero aun no he dicho lo bastante: hasta el presente no he considerado mas que la poca solidez del sistema: al presente me falta dar á conocer el peligro.

Desde luego conduce indirectamente á la dislocacion de la Carta; pues si como es de esperar seguimos teniendo diputados valerosos y libres, combatirán las máximas revolucionarias, y para desembarazarse de su importuno celo, no tendrán sus adversarios otro recurso que violar la Constitucion. ¿Qué es lo que no dicen los ministeriales al hablar de la ley fundamental, hasta en la tribuna? ¡Cómo se esplican! ¡Cómo la interpretan! ¡A qué estado la reducirian, si pudieren hacerlo! Y sin embargo aun tienen valor de decir que nosotros no somos constitucionales. ¡Acaso seré yo el que no quiere la Constitucion!

Aun cuando el sistema de los intereses revolucionarios no produjese mas daño que el destruir esa magnífica obra del rey, pienso, que el daño seria bastante enorme: pero sostengo que eso no es mas que uno de los principales medios que la faccion revolucionaria pone en accion para derribar otra vez la monarquía legítima.

Hablemos: ya ha pasado el tiempo de las consideranes. ¡Ojalá el porvenir desmienta mis predicciones! ¡Ojalá no tenga mi alarma mas motivo que el acendrado amor que profeso á mi rey y á tu augusta familia! Mas aunque deba yo atraer sobre mi cabeza todo el encono del partido, todo el furor de los intereses personales, tendré valor para decirlo todo. Si no es mas que una ilusion, el viento arrebatará mis palabras; si por el contrario lo que denuncio es verdaderamente una conspiracion, si ofrece en realidad un peligro, contribuiré á que los hombres de buena fe abran los ojos. Complot descubierto puede ya llamarse medio destruido: arrancad su máscara á las facciones y las privareis de gran parte de su fuerza.

CAPITULO XXXV.

EXISTE UNA CONSPIRACION CONTRA LA MONARQUÍA LEGÍTIMA.

Digo pues que existe una verdadera conspiracion formada contra la monarquía legítima.

No digo que esta conspiracion se parezca á un complot vulgar; que sea el resultado de las maquinaciones de un cierto número de traidores dispuestos á dar un golpe de mano, á intentar un rapto, un asesinato, ó que se confabulen para cualquiera otro atentado de este género: lo que únicamente digo es que existe una conspiracion, forzosa, si asi puede decirse, de intereses *morales* revolucionarios, una confederacion natural de todos los hombres que tienen que echarse en cara algun crímen ó alguna bajeza; en una palabra una conspiracion de todas las ilegitimidades contra la legitimidad.

Digo que esta conspiracion está obrando en todas partes y en todos momentos; que por instinto se opone á cuanto puede consolidar el trono, y restablecer los principios de religion, de moralidad, de justicia y de honor. Ella misma ignora el momento de su explosion que por diversas causas puede acelerarse ó tardar mas tiempo; pero está persuadida de tener un buen resultado. Entre tanto trabaja sin descanso en prepararlo, y toma su principal medio de accion *del sistema de los intereses revolucionarios*.

CAPITULO XXXVI.

DOCTRINA SECRETA OCULTA DETRÁS DEL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Detrás del sistema que afirman deberse seguir para seguridad del trono; y para la paz del Estado se ocultan los motivos secretos que lo han hecho adoptar, y la doctrina en cuyo triunfo se hallan empeñados.

Entre los hombres de cierto partido pasa por máxima indudable que una revolucion como la que Francia acaba de sufrir no puede terminarse sino mediante un cambio de dinastía, y otros mas moderados dicen, que basta un cambio en el órden de sucesion á la corona: me guardaré de entrar en detalles acerca de esta opinion criminal.

¿A quién quieren colocar en el trono en lugar de los Borbones? No están acordes sobre este particular; pero todos convienen en la *necesidad* de destronar á la familia legítima. Citan el ejemplo de los Estuardos: la historia anima sus intenciones. Sin el cadalso de Carlos I no habria visto la Francia el de Luis XVI: ¡Mezquinos imitadores, hasta en el crímen habeis sido plagiarios

¿Cómo podré probar que tan abominable doctrina se halla envuelta en el velo del sistema de los intereses revolucionarios?

No necesito mas que fijar una mirada en los folletos y periódicos de los Cien-dias.

He leido escritos que han llamado tambien la atencion de otras personas, en los cuales nada queda entre sombras, todo se revela, hasta el nombre. En la espansion de los festines, ó en el calor de la discusion, que puede tambien pasar por embriaguez de un género particular, la franqueza y el atolondramiento han vendido no pocas veces sus secretos.

Mas aun cuando para convencerme faltaran pruebas directas, no tendria necesidad de nada mas que de fijar la vista en lo que *sucede en mi alrededor*: por todas partes veo un sistema uniforme, cuyos detalles se enlazan y coordinan entre sí: fuerza es pues confesar que tanta regularidad no puede ser obra del acaso: de las consecuencias me elevo á los principios y llegó por fin á conocer el carácter de la causa.

Señalemos el objeto que se proponen y sigamos los pasos de la conspiracion.

CAPIUULO XXXVII.

OBJETO Y MARCHA DE LA CONSPIRACION. — DIRIGE SUS PRINCIPALES ESFUERZOS CONTRA LA FAMILIA REAL.

Lo que yo caracterizo con el nombre de conspiracion de los intereses morales revolucionarios se propone por objeto principal el cambio de dinastía; y por objeto secundario imponer al nuevo monarca las condiciones que le quisieron hacer adoptar al rey en Saint-Denis: adoptar la escarapela tricolor; reconocerse rey por gracia del pueblo, y volver á llamar el ejército del Loire y á los representantes de Bonaparte, si estos existian aun cuando ocurriera ese suceso. Este proyecto, que nunca ha sido abandonado, va á presentarse con toda latitud por la observacion de los hechos que acaecen á nuestra vista.

Ya es cosa convenida que se hablará del rey en el mismo tono que podrian usar los realistas: se reconocerán en él esas altas virtudes y esos superiores talentos que tan conocidos son de todo el mundo. El rey, que tan ultrajado ha sido durante los Cien-dias, se ha convertido en justísimo objeto de alabanza por parte de aquellos que tan villanamente le vendieron, y que están prontos á venderlo otra vez.

Mas estas demostraciones de admiracion y de amor no son mas que paliativos del ataque dirigido contra la familia real. Para eso afectan temer la ambicion de los príncipes, que en todos tiempos se han mostrado como los mas sumisos y leales de todos los vasallos. Se habla de la imposibilidad de gobernar constitucionalmente existiendo *diversos centros* de poder. Se aleja del consejo á los príncipes: se ha llegado hasta el punto de suponer que podria haber inconvenientes en dejar al hermano del rey el mando supremo de la guardia nacional del reino, y se ha tratado de limitar y poner trabas á su autoridad. Monseñor el duque de Angulema ha sido propuesto para protector de la universidad, como una especie de príncipe de la juventud; esto seria un medio de enlazar en cierto modo las generaciones nacientes con una familia que apenas les es conocida: seria un motivo de afeccion y entusiasmo por parte de la juventud: nada podria hacerse mas eminentemente político que dar por tutor á la juventud el príncipe que con el tiempo habia de ser su rey. ¿Se aprobará este plan? No lo espero.

La razon de la negativa es fácil de descubrir: la faccion que ejerce su influencia sobre unos ministros fieles y leales, pero que no ven el precipicio hácia que les empujan, esa faccion quiere cambiar la dinastía, y por lo tanto se opone á todo lo que pueda estrechar las relaciones de la Francia con sus legítimos soberanos. Teme que la famila real se arraigue demasiado; no procura sino aislarla y separarla de la corona; para eso hace alarde de decir y no se cansa de repetir, que los asuntos podrán irse sosteniendo en tanto que el rey viva; pero que apenas cierre los ojos, el país tendrá que sufrir una nueva revolucion; de esta manera acostumbran al pueblo á considerar el estado actual de cosas como transitorio. Préstase cualquiera con mas facilidad á derribar lo que no cree que puede ser de larga duracion.

Asi como procuran quitar todo mando á los herederos de la corona, se afanan tambien; pero en vano, por arrebatarles todo el respeto y veneracion de los pueblos; se calumnian sus virtudes: los periódicos extranjeros son los encargados de esta mision por medio de oficiosos corresponsales. Pero ¿por ventura no hemos visto estampadas en la misma prensa francesa las cosas mas inconducentes y estrañas? ¿Contra quién se dirigen los periódicos al dar publicidad á las intrigas de algunos subalternos? ¿Si no tratan de comprometer mas que á estos, merecen acaso ocupar la atencion de la Europa? Si se relacionan por algun punto con ciertos nombres ilustres, ¿qué singular interés hay en darlos á conocer? Los que no quieren libertad de imprenta convendrán por lo menos en que esta libertad en cuestiones tan embarazosas daria una respuesta, sino satisfactoria, por lo menos sin réplica.

Aprendamos á distinguir los verdaderos realistas de los falsos: los primeros son los que nunca establecen separacion entre el rey y su familia; los que confunden á estas augustas personas en un mútuo amor; los que obedecen con placer al cetro del primero, y no se muestran recelosos de la influencia de los príncipes. Los falsos realistas son los que aparentando idolatrar al monarca, declaman contra los príncipes de su sangre los que se empeñan, permítaseme la espresion, en plantar la flor de lis en medio de un desierto, y aislar su tallo, arrancando todos los vástagos que brotan de sus raices.

En tiempos normales, cuando todo está tranquilo, cuando ninguna tempestad ha conmovido la autoridad de la corona, se podrian establecer algunas máximas sobre la parte que puede caber á los príncipes en el gobierno; pero cualquiera que despues de tantas desgracias y de tantos años de usurpacion, no comprende, la necesidad de multiplicar los vínculos entre los franceses y la familia real, y de adunar los pueblos y sus intereses con los descendientes de San Luis; cualquiera que aparenta temer por el trono mas á los herederos de este que á sus enemigos declarados, es un hombre que camina á ciegas, ó aparenta esa marcha para pasarse al campo de la traicion.

CAPITULO XXXVIII.

LA CONSPIRACION SE VALE DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS PARA COLOCAR Á SUS AGENTES EN TODOS LOS DESTINOS.

Atacar á la familia real por todos los medios; tener siempre en perspectiva una calamidad que todo buen ciudano alejaria á costa de su vida, y que se lisonjea de nunca llegar á ver; esperar como consecuencia de esa degracia el destierro perpétuo de los príncipes; adormecerse y dispertar con tan abominables esperanzas; hé aqui el plan que la secta enemiga recomienda eficazmente á sus adeptos.

En seguida hace los mayores esfuerzos por sostener, dilatar y propagar el sistema de los intereses revolucionarios: á los timidos la presenta como único puerto de salvacion, á los estúpidos como una inspiracion del genio, y á los incautos como poderoso medio de consolidar el trono.

Para que este sistema llegue á cimentarse completamente, esperan los revolucionarios hallarse al frente

de todos los empleos en el momento de la catástrofe. Hallándose entonces las diversas autoridades afectadas por unos mismos intereses, el cambio se verificará como el 20 de marzo, de comun acuerdo, sin resistencia, sin hacer un disparo. ¿Qué puede costarles á semejantes hombres el volver la espalda á sus legítimos dueños? ¿No abandonaron al mismo Bonaparte? ¿En el espacio de algunos meses no han tomado, dejado, y vuelto á tomar la escarapela blanca y la tricolor? El paso de un correo de gabinete por su departamento les hacia mudar con tanta facilidad el color de la escarapela como las intenciones del corazon. Ved con que admirable candidez os cuentan que firmaron al acta adicional: ningun mal hicieron, son tan inocentes como Abel. Ellos han escrito abominables calumnias contra los Borbones: ellos los han insultado por medio de proclamas demasiado conocicidas... pero ahora van muy serenos á besar la mano á esos mismos Borbones ¡con sus proclamas en el bolsillo! Reparad como sin arrugar la frente hablan de monarquía, de lealtad, y de adhesion; no parece sino que salen de los bosques de la Vandee y que acaban de llegar del campo de Mayo. Perfectamente hacen supuesto que cada vez que han tenido ocasion de violar un juramento han tenido un nuevo ascenso en su carrera. Si la edad de los ciervos puede contarse por el duro ramaje de su frente, los juramentos que un hombre ha violado tambien pueden calcularse por los nuevos destinos ó ascensos que ha tenido.

Pero en vano creeis que serian adictos á vuestras instituciones aun cuando les confiarais de una vez todos los empleos de la nacion. Tened entendido que no los solicitan sino para perderos nuevamente como antes del 20 de Acario. Ya empiezan á jactarse del próspero resultado de sus maquinaciones; ya se presentan con insolencia, y no pueden moderar su alegría al ver desarrollarse con tanta felicidad el sistema de los intereses revolucionarios.

«Si os vendimos, dicen los tales sugetos, es porque »no nos disteis mas que las tres cuartas partes de los »empleos. Dadnoslos todos y os seremos fieles.» ¡Aumentad la dosis del veneno y en vez de mataros os dará la salud! Y hay titulados realistas que sostienen tan monstruoso absurdo. Todo lo que acerca de estos puede decirse es que fueron realistas, pero que ya no lo son.

CAPITULO XXXIX.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

La faccion solicita, pues todos los puestos en todos los ministerios y consigue mas ó menos buenos resultados. Declamó enardecidamente contra la inamovilidad de los jueces. virtuosos jacobinos que no pueden ya ser separados de sus destinos, porque son hombres muy útiles; pues en tanto que custodian con toda seguridad el fuego sagrado, alargan la compasiva diestra á sus hermanos.

En el ramo de hacienda y en sus dependencias se ha sostenido con todo vigor el sistema de los intereses revolucionarios. Hay empleado que ha vuelto á la misma ciudad donde se dió demasiado á conocer durante los Cien-dias. ¿Qué pensará la gente del campo al volver á ver á ese hombre? Que tenia mucha razon cuando les anunciaba la catástrofe del 20 de marzo antes de los Cien-dias, y que indudablemente la tiene aun cuando al hablar con ellos sigue usando la conocida frase: *Cuando* EL OTRO *volverá*.

En el ministerio del interior los intereses revolucionarios sufrieron por de pronto una derrota. Cundió la alarma: causó miedo el impulso realista comunicado á las prefecturas, y el partido concentró sus fuerzas: desde luego suscitó un obstáculo á los nombramientos y á las destituciones demasiado esplícitas, haciendo que se sometieran al exámen del consejo de ministros; de manera que el encargado del ministerio de justicia puedo nombrar gefes superiores militares, y el ministro de la guerra magistrados civiles.

Si se adoptara tan estravagante responsabilidad para todos los ministerios, lo mejor que podria hacerse es soltar la risa; pero no tiene aplicacion mas que para los ministros tildados de realismo. Los que son conocidos por sus sinceras simpatías por el sistema de los intereses revolucionarios tienen plena libertad de colocar á los aspirantes que sean sospechosos, y destruir á los empleados que sean adictos.

Ni aun con esos arreglos se dió por seguro el partido; por último consiguió derribar al ministro y entonces reverdecieron sus esperanzas. Lisonjeáronse además de hacer perder al realismo todo el terreno que habia ganado en esta parte de la administracion. La guardia nacional se ha visto atacada. A estas horas varios prefectos *demasiado realistas* han sido, unos destituidos y otros amenazados. No se descuidarán de ir quitando de todos los puestos á los amigos del trono, si llegan á conseguir la fortuna de disolver la cámara de los Diputados, y hay necesidad de volver á hacer nuevas elecciones, en tal caso le será muy facil al partido dirigir y desplegar su influencia en los colegios electorales.

CAPITULO XL.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Con dificultad los demas ministros conocidos por su adhesion al trono, pueden conservar sus puestos, pero contra ninguno tiene mas rencor la faccion que contra el de la guerra: no es fácil que le perdonen su noble adhesion, ni mucho menos el haber organizado una escelente gendarmería, y un ejército que arde en deseos de derramar la sangre por su rey. Preciso es por lo tanto que los conspiradores hagan un postrer esfuerzo por destruir esa obra que inutilizaria todos sus planes. Si por de pronto no es fácil quitar á ese ministro la cartera, por lo menos se puede acometer el plan de desprestigiarlo en el concepto del partido realista, obligándole á que conceda *gratificaciones*, haga algunas destituciones inoportunas y desatinados nombramientos. Al mismo tiempo se procura hacer revivir el ejército del Loire: mucho apreciamos el valor de ese ejército, pero guardémonos bien de volver á darle el poder, de que tanto ha abusado El ejército de Carlos VII se retiró tambien á las orillas del Loire; pero Lahire y Dunois combatian por las flores de lis y Juana de Arco salvó á Orleans tan en nombre del rey como en nombre de la patria.

CAPITULO XLI.

LA FACCION PERSIGUE Á LOS REALISTAS.

La faccion se va apoderando de este modo de todos los destinos; si se ve acosada, retrocede lentamente; si ve un momento propicio, avanza con rapidez y se aprovecha tanto de nuestras faltas, como de sus victorias. Hipócrita y audaz, no predica mas que moderacion, olvido de lo pasado, y perdon de las injurias, en tanto que sus acciones están revelando la animosidad y la violencia. Al mismo tiempo que sostiene á sus amigos, que los eleva al poder y los coloca donde puedan serle útiles en el momento crítico, desanima, calumnia, insulta y persigue á los realistas, á fin de que no le sirvan de obstáculo en su marcha.

Hasta ha llegado á inventar una nueva gerga para la realizacion de sus planes. A los sugetos que antes de la revolucion calificaba con el epíteto de *aristócratas*, en la actualidad los llama *ultra-realistas*. Los periódicos extranjeros, pagados ó sugeridos por ella, no emplean para espresar esta clase de sugetos mas que

la palabra *los ultra*. ¿Luego nosotros somos los *ultra*, nosotros, los tristes herederos de aquellos aristócratas, cuyas cenizas descansan en Picpus ó en el cementerio de la Magdalena? Por medio de la policía, la faccion ha llegado á dominar en la prensa periódica y se burla impúnemente de aquellos á quienes no es permitido defenderse. La gran frase de moda es que *no se debe ser mas realista que el rey*. Esta frase no es invencion de la actualidad: estuvo ya en voga en tiempo de Luis XVI, y encadenó las manos de los vasallos leales no dejando en libertad mas que las del verdugo.

Si los realistas tratan de reunirse para conocerse entre sí, ó para buscar abrigo contra la coalicion de los perversos, la faccion halla medios para dispersarlos. No faltan autoridades que establecen esta abominable máxima: es preciso proscribir á un príncipe bueno que produce funestos resultados, como se proscribiria á un príncipe malo. Ensañáos, pues, contra la virtud, porque en general todo lo que emprende en este mundo se convierte en su propia ruina. El realista queda identificado con el jacobino, y por una equidad digna ciertamente de este siglo, la justicia consiste en que la balanza guarde su equilibrio entre el crímen y la inocencia, entre la infamia y el honor, entre la traicion y la lealtad.

CAPITULO XLII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

La adhesion es eterno objeto de befa por parte de esos hombres que no temerian el castigo inventado para los infames por los antiguos germanos: hubiéranlos sepultado en el cieno, y allí los habrian dejado morir como en su propio elemento. Al viaje de Gante le dan el nombre de *Viaje sentimental*. Esa bufonada habrá salido del cerebro de alguno de esos ajentes, que siempre llenos de lealtad (á su destino, se entiende) sirvieron durante los Cien-dias y antes y despues de este período; del cerebro de alguno de esos honrados funcionarios, bien pagados hoy por Luis XVIII que aplaudieron de todo corazon al sentimental viajero de la isla de Elba, y cuyo regreso de Santa Elena esperan con impaciencia.

Id á proponer á esos leales funcionarios algun soldado del ejército de Condé. «Nosotros no queremos, os responderán, sino hombres que hayan saludado á balazos á los aliados.» Tanto quisiera por mi parte á los que han saludo á balazos á los bonapartistas.

En la misma línea colocan á Rochejaquelin cayendo al grito de viva el rey sobre el campo regado aun con la sangre de su ilustre hermano que al oficial que mordió el polvo en Waterloo vomitando blasfemias contra los Borbones.

Conceden la cruz de honor al soldado que combatió en esta jornada, y el voluntario que abandonó su hogar para seguir á su rey, no consigue sino con dificultad la pequeña cruz que á su interesante lealtad prometieron en Alost. De modo que mientras se cumplen literalmente los decretos de Bonaparte, fechados en mayo de 1815 en las Tullerías, apenas se reconoce la autoridad de las reales órdenes firmadas por la misma época en Gante. Pagáse puntualmente al oficial, caballero de la Legion de honor, que se halla á medio sueldo, y convenimos en que esta puntualidad merece elogio; pero entre tanto el caballero de la órden de San Luis, encorbado de años, tiene que andar mendigando una limosna, y se considera por muy feliz cuando alguno le compra una mala capa que encubra su desnudez, ó se le proporciona una papeleta para que las hermanas de la Caridad tomen á su cargo el cicatrizar antiguas heridas tan descuidadas como los intereses de la antigua monarquía, por cuya causa las recibió. Finalmente, el no haber servido á Bonaparte puede pasar por una tontería, por una falsedad, ó por un crímen. Si quereis buscar colocacion para un jóven, no digais que se libró de la conscripcion sacrificando parte de su fortuna; que ha tenido que andar errante, perseguido, ó que prefirió las prisiones á tener que prestar su brazo al usurpador; no digais que no ha prestado ningun juramento, ni aceptado un empleo, ni que se ha conservado puro y sin mancha para su rey, ni que le ha acompañado en su última retirada aventurándose á tener que sufrir un eterno destierro.., Nada de eso digais, pues todo eso no es mas que un nuevo motivo de esclusion. «Si ese jóven no ha servido, os contestaran friamente; nada puede saber.» Sabe conservar su honor. ¡Pobre ciencia! El siglo está ya mas avanzado que todo eso.

Mas para indemnizaros de esa negativa, proponed á otros que no haya tenido inconveniente en aceptar cuanto le hayan ofrecido desde la alta dignidad de *Porta-capa* hasta la de pinche de la cocina imperial: hablad en favor de ese hombre, ¿qué pretendeis?

Elejid en la magistratura, en la administracion, en el ejército: cien testigos declararán en favor de vuestro protejido: cien testigos declararán haberle visto velar en las ante-cámaras con un valor á toda prueba. ¿No solicita mas que una decoracion? eso es muy justo. Pronto, venga un caballero que le dé el espaldarazo: poned en su pecho la cruz de San Luis: el hombre es prudente; si se vé en un compromiso ya tratará de meterla en el bolsillo.

Era muy fácil que vuestro recomendado hallase colocacion: no tenia mancha alguna. Acaso vacilariais en recomendar á otro que durante los Cien-dias pisoteó su cruz de San Luis; pero no desmayeis por esa circunstancia: eso no es mas que una pura bagatela, un esceso de energía, efecto de un carácter arrebatado que á manera de un vino demasiado generoso se irá sentando con el tiempo.

Cierto hombre fue durante los Cien-dias escritor de los *osarios* de la policía: désele una pension: preciso es alentar á los hombres de talento. Otro pasó á Gante con peligro de su vida con objeto de ofrecer al rey dinero y soldados: este tal solicita un insignificante empleo en su aldea: dádselo al aduanero que hizo fuego contra este *ultra-realista* al pasar la frontera.

¿No habeis podido lograr el nombramiento para ese magistrado? ¿Pues qué, no sabeis que estaba prometido á un sacerdote casado? Un ex-prefecto habia prevaricado en su destino: se le habia instruido sumaria, se suspende posteriormente ¿por qué? porque el resultado de la sumaria seria un impedimento para volverlo á colocar.

¿Dónde están vuestros certificados? le dirán á uno de los mejores realistas que humildemente pretenderá quizás uno de los mas mezquinos empleos, despues de veinte y cinco años que está padeciendo por el rey, despues de haber perdido su familia y sus bienes por tan noble causa. ¿Cuenta el pretendiente con recomendaciones de los príncipes, ó acaso de aquella misma princesa, cuya menor palabra debe ser un oráculo para cualquiera que renozca el poder de la virtud, del heroismo ó de la desgracia? Pues esas recomendaciones no son títulos suficientes. Se presenta un bonapartista: las frentes se desanublan: los certificados *estaban en la policía*, y se perdieron cuando ocurrió la caida de Mr. Fouché. Es desgracia; pero le creen por su palabra. «Entrad amigo: ahí teneis vuestro nombramiento.» En el sistema de los intereses revolucionarios, jamás se despacha con bastante brevedad á un pretendiente que haya figurado durante los Cien-dias. Que vaya, que vaya con el corazon aun palpitante por la negra perfidia que acaba de cometer á profanar el palacio del legítimo soberano, como en otros tiempos la impúdica Mesalina manchaba el tálamo de los Césares con las inmundicias del lupanar.

CAPITULO XLIII.

OBJETO QUE SE PROPONEN AL PERSEGUIR Á LOS REALISTAS.

Con esta táctica se proponen cansar á los amigos del trono y arrebatar la corona á sus últimos partidarios: esperan sumergir á estos en la desesperacion, y precipitarlos á cometer imprudencias que se convertirán en daño propio y en daño de la monarquía legítima: lisonjéanse de que asi les obligarán á hacer lo que siempre han hecho y lo que siempre les ha perdido: que se retirarán.

Tal ha sido la suerte de los realistas desde el principio de la revolucion: habiéndoles desde luego despojado de todo, poco trabajo costó en lo sucesivo obtener de su desgracia un continuado triunfo. Buen cuidado tienen de repetirles, que nada tienen, que nada tendrán, y que no cuenten con nada para lo venidero. Se les han abierto las puertas de la Francia, pero al entrar se les han hecho leer escritas en el frontispicio las palabras que el poeta supuso grabadas en las puertas del infierno. «Entre quien quiera que sea; pero despójese de toda esperanza.» Vuelve á reproducirse contra los realistas la ley que les condenó en otros tiempos: la faccion afila y retuerce en su seno esa ley como un puñal.

Si ofrecen los realistas lo único que les queda, su corazon y sus brazos, se los desechan. Solo el nombre de realista parece ser un padron de incapacidad, una sentencia de sufrimientos y de miseria. Los predicadores de la ingratitud se amalgaman con los partidarios de los intereses revolucionarios. Los realistas, dicen estos últimos, no son peligrosos: es inutil que nos ocupemos de su suerte. Si sobreviniera un peligro ya sabriamos encontrarlos. ¿Y no temeis mancillar con tan inconsideradas palabras, no temeis dejar abrumados en la pobreza á esos mismos hombres de quienes por otra parte teneis una idea tan elevada? ¿Qué clase de hombres son esos que á pesar de haberse visto rechazados en el tiempo de la prosperidad, contais que os ayudarán en la hora del infortunio?

Razon teneis: no se cansarán los realistas: consumarán el sacrificio. Su paciencia es tan inagotable como su amor al monarca.

CAPITULO XLIV.

LA FACCION PERSIGUE Á LA RELIGION.

Los realistas defenderán al rey; separémoslos del trono: el altar sostendrá á la monarquía; no le dejemos levantarse. El sistema de los intereses revolucionarios es ante todo incompatible con la religion: contra ella se dirigen los mayores esfuerzos del partido, porque ella es la piedra fundamental de la legitimidad.

Desde luego trataron de encender una guerra civil en los departamentos del Mediodía con ánimo de hacer recaer lo odioso de este asunto en los católicos. Se han inutilizado los proyectos de las cámaras: ninguna de las proposiciones religiosas que estas habian adoptado ha logrado salir de la cartera del ministro. De esto resulta una doble ventaja para los intereses revolucionarios: el sacerdote casado sigue cobrando su pension, y el párroco perece de necesidad.

Asi es que desde el regreso del primogénito de la Iglesia, nada se ha hecho para cerrar las heridas, ó poner término al escándalo de la Iglesia, y sin embargo, ¿qué es lo que no debe este reino á la religion católica? El primer apóstol de los franceses dijo al primer rey de los franceses al subir al trono: «Sicambro adora lo que despreciaste: quema lo que adoraste.» El último apóstol de los franceses dijo al último rey de los franceses al descender del trono. «Hijo de San Luis, remóntate al cielo.» Entre esas dos palabras debe colocarse la historia de los reyes cristianísimos y buscarse el espíritu de la monarquía de San Luis.

No se han adoptado las proposiciones favorables al clero, pero se ha echado muy de menos la ley de 23 de setiembre. Sabido es que semejante ley es una mala ley financiera; pero en cambio es muy buena como medida revolucionaria. Sabido es que los diez millones de renta restituidos á la Iglesia, no harian la fortuna del clero; pero seria un acto de justicia y de religion. ¿Mas para qué sirven la justicia y la religion si con ellas se ha de contrariar el sistema de los intereses revolucionarios?

Marchando todo á medida de su deseo, dentro de veinte y cinco años, no habrá en Francia sacerdotes sino para atestiguar que en otro tiempo hubo altares. El partido entiende de cálculo y á fin de impedir que la raza sacerdotal vuelva á renovarse, se opone á que se le suministren los medios de una honrosa existencia: no ignora que unas pensiones insuficientes, precarias y sujetas á todos los percances del erario y á todos los acontecimientos políticos, no presentan bastante seguridad á las familias para que dejen abrazar á sus hijos el estado eclesiástico. No entregan las madres fácilmente sus hijos al desprecio y á la pobreza: seguro es pues el triunfo, si la faccion sigue marchando como hasta el presente. No sé si la paciencia (1) perteneceria tanto al infierno como el cielo, por causa de su eternidad; pero sé que en este mundo fue concedida al malo. Es positiva la destruccion física y material del culto en Francia, si los enemigos secretos de la legitidad, unas veces valiéndose de un pretesto y otras de otro, consiguen mantener el clero en el estado de abyeccion en que se encuentra actualmente sumerjido.

En medio de sus hijos degollados en el campo de batalla sobre el que ha caido defendiendo el trono de San Luis, la religion extiende aun sus debilitados brazos para desviar los golpes que se descargan contra el rey; empero sus enemigos están muy vigilantes: cada vez que la ven hacer un esfuerzo para levantarse la abruman con un nuevo golpe. Un venerable prelado habia obtenido la direccion de los asuntos eclesiásticos: la distribucion del pan de los mártires no estaba confiada sino á los que lo habian amasado con zizaña y que hasta para vender este pan amargo no usaban de medidas fieles. Han obligado á un honorable ministro á volver á poner las cosas en la misma ó en peor situacion que tenian en tiempo de Bonaparte: el sacerdote ha vuelto á quedar sometido á la autoridad del lego y la religion ha venido á quedar bajo la vigilancia del siglo.

Cuando un párroco quiere percibir una mensualidad atrasada de su pension, tiene que presentar su fe de vida al alcalde del pueblo: este escribe al subprefeto, que á su vez lo comunica al prefecto cuya prudencia puede elevarlo al conocimiento del gefe de seccion del ministerio del interior, encargado de la direccion de los cultos: este gefe, si le acomoda, puede hablar del asunto que ha motivado la solicitud del párroco al ministro. Por último despues de examinado con la mayor detencion el importante asunto, cuentan en la tesorería la cantidad de doce libras y diez sueldos para recompensar al hombre que consuela á los afligidos, que parte su último maravedí con los pobres,

(1) El admirable autor de los *Mártires* y del *Genio del Cristianismo* sabia muy bien que la paciencia es una virtud y que ni puede pertenecer al infierno, ni puede ser dada al hombre malo mientras permanezca en su maldad; por lo tanto es de suponer que usó esa palabra paciencia como sinónima de la perseverancia que el hombre emplea para llegar á sus fines. Si aun con esta salvedad se nota en este párrafo algo no muy consecuente, debe sin duda atribuirse al dolor que en su generoso ánimo causará la situacion política que con tan vivos colores describe en este capítulo.

asiste á los enfermos, exorta á los moribundos, da sepultura á los muertos, y ruega por sus enemigos, por la Francia y por el rey.

Algunos bienes eclesiásticos habian sido enagenados sin contrato legal: al descubrir esta informalidad se temió que los que se titulaban posesores hallasen medio de devolverlos á las iglesias: y para que no pudiera suceder el gobierno á toda prisa los incorporó al patrimonio nacional.

No se dan por satisfechos con quitar al clero los medios de mantenerse, todavía se esfuerzan cuanto les es posible, en desvirtuarlo á los ojos del pueblo. Han tenido por oportuno presentar en tiempo de un rey cristianísimo lo que no habia llegado á verse durante el reinado de los ateos: un sacerdote ha tenido que comparecer como un criminal ante el tribunal de policía correccional y con su traje característico ha tenido que sentarse en el banco de las rameras y los ladrones. El pueblo se llenó de admiracion y la vista de causa tuvo que ser secreta.

Este odio á la religion es el carácter distintivo de lo que consumaron la perdicion de Francia, y de los que siguen aun meditando su ruina. Detestan esta religion, porque la han perseguido, porque la eterna sabiduría y la divina moral de sus preceptos se hallan en contradiccion con la vana sabiduría y la perversidad de corazon de que ellos hacen alarde. Roma en tiempo de sus buenas costumbres se consternó al ver que una mujer se presentó á pleitear ante los tribunales: esta falta de pudor les pareció indicio de alguna calamidad, y el Senado dispuso que se consultara á los oráculos.

Pero ¿cómo puede comprenderse que los que tienen alguna influencia en los destinos de la patria, y que los que suponen querer la monarquía lejítima no han de ser amigos de la religion? ¿No nos ha causado ya males bastantes la impiedad? ¿No se ha derramado bastante sangre? ¿No se han vertido bastantes lágrimas? ¿No se dan aun por satisfechos de proscripciones, de expoliaciones y crímenes? No, aun se atreven á poner en duda las injusticias revolucionarias; aun vuelven á reproducirle los sofismas de 1789. Los sacerdotes, despues de la matanza de los carmelitas, las deportaciones á la Guyana; los ametrallados de Lyon, y los ahogados de Nantes; despues de la muerte del rey, de la reina, de madama Isabel y del jóven rey Luis XVII, los sacerdotes, decimos, despojados de todo, sin pan, sin asilo no son mas que un objeto de desprecio á los ojos de ciertos hombres de Estado. Si de esta manera seguimos, no tengo reparo en anunciar que el deseo del filósofo Diderot llegará á realizarse.

CAPIUULO XLV.

ODIO DEL PARTIDO Á LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Si alguna cosa en el órden político, ó en el órden religioso se pone en contradiccion con el sistema de los intereses revolucionarios y por consiguiente se opone al destronamiento de la familia legítima, el partido se estremece, se indigna, truena y estalla, y de aquí proviene su odio contra la cámara de los Diputados. Compasion causa oir á los titulados *constitucionales* negar la existencia de los gobiernos representativos, sostener que una cámara de Diputados debe reducirse á la obediencia pasiva, combatir la libertad de imprenta, encomiar la policía, y variar absolutamente de carácter y de lenguaje. ¡Y esos son los que en otro tiempo trataban de espíritus limitados, de esclavos y de enemigos de las luces á los que profesaban los principios de que ellos se jactan en la actualidad! ¿Se habrán esos hombres convertido? No, su *liberalismo* en nada ha variado. Pero las doctrinas verdaderamente constitucionales han organizado al fin la cámara de los Diputados, y esta cámara quiere á la vez la libertad y la religion, la Constitucion y el rey legítimo: y aquellos hombres llenos de furor, al ver que veinte y cinco años de revolucion han producido ese resultado, no quieren ya cámara. Declaman contra el gobierno representativo, porque este les contiene con su vigilancia y contra la libertad de imprenta porque ya no pueden monopolizarla: prométense volver á profesar los principios liberales cuando se haya cambiado la dinastía y cuando no haya que temer el restablecimiento de los altares.

Preciso es convenir en que la cámara de los Diputados ha hecho dos cosas por las que deben mirarla con horror los partidarios del sistema de los intereses revolucionarios. Al desterrar los regicidas y al suspender la venta de los bienes nacionales, ha puesto una barrera á la revolucion; ¿cómo han de perdonarla nunca?

¡Qué tentativas no han hecho para destruirla despues de haberla calumniado! Siendo asi que los miembros de dicha cámara han sido elegidos por los colegios electorales entre los mayores propietarios de la nacion, en todas las clases de la sociedad, la faccion se empeñó en persuadir á las naciones extranjeras que no habia ninguna persona competente en los colegios electorales, y que la cámara elegida no se compone mas que de emigrados que carecen de propiedad territorial. ¡Qué dicha, si en vez de esos diputados fanáticos que nada escuchan sino en nombre de Dios y del rey, hubieran logrado reunir revolucionarios ilustrados que encorvandose bajo la autoridad, no hubiesen presentado ninguna resistencia á la voluntad de los ministros hasta el dia en que despues de arregladas préviamente todas las cosas, hubiesen declarado en nombre del pueblo soberano, que la nacion queria cambiar de dinastía!

Mil planes se han formado para desembarazarse de la cámara: unas veces querian disolverla, pero desistieron por no haber aun ley electoral: otras veces querian despedir la quinta parte de los representantes; ¿pero cómo habian de arreglar las secciones? Y por otra parte, ¿ganaria algo el partido en tan insignificante reeleccion? Por último, sus inmoderados deseos les han impelido hasta el extremo de soñar en el aplazamiento indefinido de las cámaras, en la suspension de la ley fundamental, y en que se siguiera arreglando el presupuesto por medio de reales órdenes. En el periódico oficial de la policía hemos visto el elogio de un ministro extranjero que ha aplazado para otro tiempo la Constitucion que habia prometido, y sigue gobernando solo con una perfecta moderacion; paga escrupulosamente las deudas de aquel Estado, y es objeto de la adoracion pública. ¿Lo entiendes, pueblo francés, pueblo grosero?

¿Oirás los prodigios que te cuento
sin dar ni una señal de sentimiento?

Una cámara de buenos jacobinos, á quienes se podria dar el nombre de *moderados*, ó mas bien dicho ninguna cámara, eso es lo que el partido desearia. En cualquiera de esas dos eventualidades todas las ganancias redundarian en beneficio del sistema: con moderados de esta especie se podria destruir todo: con un ministerio propio se consigue todo lo que se quiere. Bien pronto esos *liberales* que propenden á lo arbitrario, acriminarian á la corona por esa misma arbitrariedad que aconsejan.

Me estremezco al explanar un plan tan bien combinado, y cuyo resultado será infalible no contrarestándolo sin pérdida de tiempo. ¿Quién no concebirá inquietud al ver un ejército que maniobra tan perfectamente; que mina, ataca, invade, usa de todas armas, recluta á los ambiciosos y soborna á los débiles; que se da honores de opinion independiente, al mismo tiempo que predica autoridad absoluta; faccion desprovista de talentos positivos, pero dotada de suma

astucia; faccion cobarde, pusilánime, fácil de destruir, y que puede ser anonadada con una sola palabra; pero que cuando habrá gangrenado todas las clases de la sociedad, cuando todo lo habrá corrompido, y no verá motivo de temor, erguirá súbitamente la cabeza, arrancar á su corona de flores de lis, y poniendo en vez de ella el gorro encarnado, ofrecerá esa púrpura á la ilegitimidad?

Pero acaso no faltará quien me diga ¿cómo podeis creer que tal y tal persona, tan conocida por sus opiniones realistas, por sus actos, por su carácter moral y religioso, ha de entrar en una conjuracion contra los Borbones solo porque sigue un sistema político contrario al vuestro?

Grave es semejante objecion para los que no la miran de cerca y juzgan por la exterioridad; pero fácil es tambien el refutarla victoriosamente.

Cierto es que tal persona ha servido lealmente al rey toda su vida; pero tiene ambicion; carece de bienes de fortuna; necesita empleos; ha visto que el favor era, digámoslo asi, peculiar de cierta opinion, y se ha afiliado en ella. Otro sugeto habia sido irreprochable hasta los Cien-dias; pero durante este período ha flaqueado, y desde entonces se ha hecho irreconciliable: en otras personas se castiga la falta que han cometido, sobre todo si esta revela tanta falta de discernimiento como debilidad de carácter: los grandes intereses son menos enemigos de los Borbones que las pequeñas vanidades.

Otro observó una conducta heróica durante los



AGGAMIENTO DE NANTES.

Cien-dias; pero habiéndose dado por resentido posteriormente su orgullo, ha desertado por quejas personales á las banderas contra que habia combatido. De nada le sirven sus ideas religiosas á otra persona, pues los revolucionarios han logrado persuadirle que el hablar en la *actualidad* de los intereses de la Iglesia es cometer una imprudencia, y dañarlos por demasiada precipitacion. Otro es amante de la monarquía legítima, pero aborrece la nobleza y no es amigo del clero. Otro es adicto á los Borbones; ha servido á su causa, y seguiria sirviéndola, pero al mismo tiempo es apasionado de la libertad y de los resultados políticos de la revolucion, teniendo ademas la ridiculez de creer que los realistas quieren destruir la libertad y retroceder al sistema antiguo. Otro podria creer en la existencia de algunos peligros, si no estuviera convencido de que los que gritan contra ellos, no lo hacen sino porque se hallan descontentos, y porque han visto frustradas sus intrigas y ambiciones personales. Por último, hay otra multitud de personas, y estas componen el mayor número, que como frívolas y pusilánimes no quieren mas que tranquilidad y placeres, temiendo hasta la idea de lo que podria turbarlos, y colocándose siempre al lado del que conceptúan mas fuerte, porque asi se imaginan tener mayores garantías de reposo.

Todas estas personas no pueden directamente considerarse como enemigos de la monarquía legítima, pero sirven de instrumento á la faccion que pretende destruirla: la multitud que no reflexiona al ver que esas personas defienden á los hombres perversos y las opiniones revolucionarias, cree que con esos hombres perversos y en esas opiniones milita la razon. Asi es como arrastran al pueblo por la autoridad de su ejemplo, y debilitan la masa de los vasallos leales. Cuando los acontecimientos les harán abrir los ojos; cuando al estruendo de la catástrofe conocerán que han sido víctimas de los villanos que patrocinaban, y que nada han hecho mas que servir de escabel á la usurpacion, entonces volarán á buscar una honrosa muerte á los piés del monarca; pero la monarquía se habrá ya perdido.

CAPITULO XLVI.

POLÍTICA EXTERIOR DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

¿Cómo hablaré del último recurso en que pretenden apoyarse los intereses revolucionarios? ¿Quién habria jamás imaginado que hubiera franceses que para conservar unos mezquinos empleos, para proporcionar á los intereses de la revolucion el triunfo, llegarian al extremo de apoyarse en autoridades que no son las de su patria, y amenazarian á los que no son de su modo de pensar, con fuerzas que gracias al cielo, no están en su mano?



VENGANZA.

Pero vosotros los que con la vista radiante de gozo nos afirmais que los extranjeros son partidarios de vuestros sistemas (cosa que no me es posible creer); vosotros los que poneis vuestras nobles opiniones bajo la salvaguardia de las bayonetas extranjeras; vosotros, decidme, no sois los mismos que tanto acriminabais á los realistas por volver á la patria en hombros de los aliados? ¿No tronaba vuestra furiosa indignacion contra los generosos príncipes que se propusieron librar la Francia de la mas ominosa de las opresiones? ¿Qué es de aquellos heróicos pensamientos? Franceses tan altivos, tan sensibles al honor, ¿sois por ventura vosotros los que tratais de persuadirme que os PERMITEN abrigar *esas* ideas, ó que os IMPONEN *tal*

ó cual opinion? ¿Vosotros, los que moriais de vergüenza al decir en una sesion que un embajador extranjero queria absolutamente que se aprobara un proyecto del ministerio y se desechara una proposicion de las cámaras; vosotros, quereis que os dé crédito cuando me contais (no puede seguramente ser mas que una odiosa calumnia) que un ministro francés ha tenido tres horas de conferencia con un embajador extranjero para discurrir el mejor medio de disolver la cámara de los Diputados? Contais llenos de seguridad que se ha comunicado un reglamento á cierto agente diplomático que lo ha aprobado; y tales hechos ¡pueden ser motivos de exaltacion y de triunfo para vosotros! ¿Quién de nosotros dos será mas digno del nombre francés? ¿Vosotros, los que me hablais de extranjeros al tratar de las leyes de nuestra patria, ó yo que en la cámara de los Pares he pronunciado las palabras siguientes? «Debo sin duda á la sangre fran»cesa que corre por mis venas esta impaciencia que »me agita, cuando para decidir mi voto se me habla »de opiniones establecidas fuera de mi país: si la Eu»ropa civilizada quisiera imponerme por solo su au»toridad la Constitucion, yo por mi parte me iria á »vivir á Constantinopla.»

De esta manera la faccion ha conseguido poner á los realistas en esta crítica situacion: si tratan de combatir el sistema de los intereses revolucionarios les amenazan con la Europa para reducirlos al silencio, y si con esta amenaza les cierran la boca, el sistema destructor sigue desarrollándose tranquilamente, y al par suyo la conspiracion contra la legitimidad.

¡Pues bien! Yo seré quien á mi riesgo y costa levantaré la voz: yo seré quien pondrá de manifiesto esa abominable intriga del partido que quiere nuestra ruina. ¿Cómo los malos franceses que sostienen sus opiniones por medio de tan villanos recursos no echan de ver que trabajan directamente contra su propia obra? ¡Qué poco conocen el espíritu de la nacion! Si fuera cierto que habia peligro en las opiniones realistas, veriais por esa misma razon que toda la Francia se precipitaba hácia ellas: un buen francés abraza siempre el partido donde hay peligro porque está seguro de que en él encontrará gloria.

Por lo demás ¿hay que admirarse que unos hombres que han ido ofreciendo la corona de los Borbones á quien quisiera tomarla; que segun sus propias espresiones preferirian *una lanza y un gorro de cosaco* á un descendiente de Enrique IV; hay que admirarse que la política de tales hombres guarde analogía con sus ideas? ¿Podrian comprender que no es encorbándose bajo las plantas de un dueño como se adquiere respeto, ni que no puede haber conducta noble sin aventurarse á correr algun peligro? Cumplid puntualmente vuestros tratados; pagad vuestras deudas; dad si es preciso vuestra última moneda; vended vuestro último rincon de tierra, y el último despojo de vuestros hijos para pagar las deudas del Estado: lo demás es obra vuestra: quedareis desnudos; pero sereis libres.

Alejad vanos temores: los monarcas de Europa son demasiado magnánimos para intervenir en los asuntos particulares de Francia. Han adoptado la alta política de Burke. «La Francia, dice ese eminente hombre de »Estado, debe ser conquistada y restablecida por sí »misma, dejándola confiada á su propia dignidad. No »seria honroso, conveniente ni político para las poten»cias extranjeras el intervenir en los pequeños detalles »de su gobierno interior, en cuyos sistemas no po»drian menos los gabinetes extranjeros de mostrarse »ignorantes, incapaces y opresivos (1).» Los aliados han librado sus propios paises del yugo de los Franceses: saben muy bien que las naciones deben gozar de aquella independencia de que no pueden ser despojadas sino solo por algunos momentos y que por último vuelven siempre á reconquistar: *spoliatis arma supersunt*. Si los monarcas de Europa tuvieron la generosidad, cuando todavía Luis XVIII no habia vuelto á su patria, de declarar que en nada se mezclarian por lo tocante al gobierno interior de Francia ¿por qué razon hemos de creer que faltando á esa promesa intervendrian en la actualidad? ¿Podrá nadie persuadirnos que aquellos soberanos se alarman por debates que no ignoran ser indispensables en los gobiernos representativos; ni que han llevado á mal que las cámaras francesas hayan discutido la existencia del tribunal de cuentas, y la inamovilidad de los magistrados? ¿Podrá nadie hacernos creer que van á armarse porque los diputados pretenden volver á dar algun esplendor á los altares regados con la sangre de tantos mártires, ó porque se ha creido justo y conveniente alejar á los asesinos de Luis XVI? ¿No seria lo mismo que insultar á esos grandes monarcas el representárnoslos acudiendo á socorrer á un espoliador, ó á un regicida y poniendo en marcha sus ejércitos para sostener á un recaudador de contribuciones que vacila en su destino, ó á un ministro que está á punto de perder la cartera?

La Europa no está menos interesada que los buenos franceses en defender la causa de la religion y la legitimidad: no puede menos de complacerse al ver el celo con que los representantes de esta nacion rechazan las funestas doctrinas que llegaron á ponerla al borde del abismo. Cuando en la tribuna resonaban blasfemias contra Dios y contra los reyes, los reyes justamente espantados, acudieron á las armas; pero ¿cómo es posible que en la actualidad las esgriman contra los que hacen tantos esfuerzos para dispertar en los pueblos el temor de Dios y el amor á los reyes? ¿Quién hizo la guerra á Europa? ¿quién la ha asolado? ¿Quién insultó á los reyes? ¿Quién conmovió los tronos? ¿No son precisamente los mismos hombres contra quienes combaten los realistas? En verdad que si por permiso de la divina providencia se viese hoy á los príncipes de la tierra sostener á los autores de tamañas calamidades, si prestasen su apoyo para destruir los altares, y para descompaginacion de la moral y la justicia, de la libertad y la monarquía legítima, seria preciso convenir en que la revolucion francesa no ha sido mas que el preludio de otra revolucion mas sensible y seria preciso reconocer tambien que el Cristianismo, pronto á desaparecer de Europa, la amenazaba con una catástrofe general. Los grandes trastornos en el órden político van constantemente unidos con las grandes alteraciones en el órden religioso. ¡Tan cierto es que la religion es el verdadero fundamento de los imperios!

Hombres de buena fe que solo por una especie de fatalidad, seguís el sistema de los intereses revolucionarios, yo he cumplido ya mi comision: os he avisado. Considerad ahora adonde os conduce ese sistema. ¿Me creereis? pienso que no. Tomareis por apasionadas palabras de un enemigo lo que en realidad no es mas que la franca y sincera conviccion de un hombre honrado. Algun dia quizás, cuando ya no sea tiempo, os pesará de no haberme escuchado y entonces conoce reis quien era vuestro verdadero amigo. Vosotros confiais al presente en hombres que halagan vuestras pasiones. Lisonjean vuestra fantasía y adulan vuestras debilidades; en hombres que os desencaminan, y que en ausencia vuestra os desprecian y se rien de lo que ellos llaman vuestra incapacidad. Ellos os impelen á cometer faltas que convierten en provecho suyo. ¡Vosotros creeis que os sirven con celo! Tened entendido que los unos no anhelan mas que por vuestros empleos y los otros por derribar el trono que vosotros sosteneis. Os lo predigo con toda certeza: no conseguireis el objeto que os habeis propuesto siguiendo el

(1) *Remarks on the policy of the allies with respect to France*, p. 146. Octubre 1795.

sistema de los intereses revolucionarios: no llegareis á conseguirlo; una fatal ilusion os desencamina. Athamas juguete de un númen enemigo creia estar ya viendo el puerto de Itaca, el templo de Minerva, el fuerte y la casa de Ulises: creia estar ya viendo en medio de sus tranquilos vasallos, en el antiguo palacio de Laerte, al monarca tan famoso por su sabiduría, que acrisolado por la desgracia habia aprendido al volver del destierro á conocer á los hombres; mas cuando se desvaneció la ilusion, Athamas no pudo ver mas que una tierra desconocida, sobre la que habitaba un pueblo entregado á discordias domésticas, en guerra con sus vecinos y gobernado por un extranjero perseguido por la cólera de los dioses.

CAPITULO XLVII.

HAY UN MEDIO DE VOLVER LA TRANQUILIDAD Á LA FRANCIA.

Dejaria demasiada amargura en el corazon de los Franceses terminando asi mi trabajo, y por otra parte la obra quedaria incompleta. Si he presentado sin ningun disfraz los peligos que amenazan á la nacion, porque pienso que es necesario que despertemos al borde del abismo, si tengo temores vivos y fundados, no me faltan tampoco esperanzas que los contrarrestan: grande es el mal, pero el remedio es tambien infalible.

Nunca he asegurado nada en mis escritos sino en el tono de la desconfianza. Voy pues á usar por primera vez el lenguaje afirmativo y á proponer un medio que creo á propósito para volver á dar la tranquilidad á la nacion. A muchos se les habrá indudablemente ocurrido el mismo medio: ¡es tan sencillo! pero hasta el presente no tengo noticia que nadie lo haya seguido, ni desarrollado. Las preocupaciones, el interés, y las pasiones impedirán tal vez que se ponga en práctica en la actualidad; mas no vacilo en afirmar, que el gobierno no tendrá mas remedio que adoptarlo, ó dejar perecer á la nacion.

Voy á desarrollar mi plan, advirtiendo que no es una utopía: en materias de gobierno no caben sino ideas practicables.

CAPITULO XLVIII.

PRINCIPIO DE QUE NOS HEMOS SEPARADO.

Pudieron tal vez formarse las primeras sociedades por una reunion de hombres atraidos por unos mismos intereses y pasiones; pero no pudieron conservarse sino en tanto que no se estableció en su seno la religion, la moral y la justicia.

Ninguna revolucion ha termidado sino cuando la sociedad ha vuelto á respetar esos tres principios fundamentales de toda humana asociacion.

Ningun cambio político ha podido consolidarse sino cuando ha tomado por base el antiguo órden político que se proponia reemplazar.

Cuando los reyes desaparecieron de Roma, apenas ocurrió variacion ninguna en el Estado y sobre todo los dioses permanecieron inmutables en el Capitolio.

Cuando Carlos II volvió á subir al trono de sus padres, la religion recobró su fuerza, sus riquezas y su esplendor. Aplicaron el castigo á varios criminales: fueron destituidos algunos funcionarios débiles, pero el Parlamento conservó los derechos políticos que habia adquirido, y todo lo demás volvió á seguir su curso y marchó con las antiguas costumbres.

Hé aquí lo que nosotros no hemos querido hacer, y hé aquí la razon de verse la monarquía legítima amenazada de nuevas calamidades.

CAPITULO XLIX.

SISTEMA DE GOBIERNO QUE DEBE SUSTITUIRSE AL DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Con arreglo á los principios que acabo de reproducir, debe ponerse en práctica el siguiente sistema para salvar á la nacion. Debe conservarse la obra política, resultado de la revolucion; pero separando la revolucion de su propia obra, en vez de encerrarla en ella como se ha hecho hasta aquí.

Deben mezclarse en cuanto es posible, los intereses y tradiciones de la antigua Francia con la nueva, en vez de separarlos ó sacrificarlos á los intereses revolucionarios.

Debe cimentarse el gobierno representativo en la religion, en vez de dejarla como una columna aislada en medio del Estado.

Quiero que se conserve toda la Consticucion, todas las libertades, todas las instituciones producidas por el tiempo, por el cambio de costumbres, y por el progreso de las luces; pero juntamente con todo lo de la antigua monarquía que no ha perecido, con los eternos principios de justicia y de moral, y sobre todo, *sin* los hombres demasiado conocidos que han causado nuestras desgracias.

¡Extraña idea es por cierto el querer dar á un pueblo instituciones generosas, nobles, patrióticas é independientes, imaginándose que tales instituciones pueden establecerse confiando su establecimiento á personas que no han sido generosas, ni nobles, ni patrióticas, ni independientes! ¡Creer que puede consolidarse un presente sin un pasado, creer que puede plantarse un árbol sin raices y una sociedad sin religion! Tan extraña pretension equivale á formar proceso á todos los pueblos libres, abjurar el consentimiento unánime de las naciones, y despreciar la opinion de los mas eminentes ingenios de la antigüedad y de los tiempos modernos.

Mi proyecto tiene por lo menos la ventaja de hallarse conforme con las reglas del sentido comun y con la experiencia de los siglos. Su ejecucion es facil y bien merece la pena de ser ensayado. ¿Qué ha ganado la nacion en seguir el carril por el que marcha rastreando hace tres años? Procuremos salir del. Hemos ya roto el carro una vez; si proseguimos con nuestra obstinacion, no llegaremos al término del viaje.

CAPITULO L.

EXPLANACION DEL SISTEMA.—CÓMO DEBE SER EMPLEADO EL CLERO EN LA RESTAURACION.

Al mandar Dagoberto reedificar el templo de San Dionisio, arrojó á los cimientos del edificio las joyas mas preciosas que tenia: pongamos, pues, nosotros la religion y la justicia en los cimientos del templo que estamos edificando.

Todas las proposiciones de la cámara de los Diputados, relativas al clero, no solo eran justas, sino morales, y ademas eminentemente políticas. No lo vieron asi los espíritus superficiales, pero ¿qué es lo que ven estos espíritus?

¿Queréis que las nuevas instituciones inspiren amor y respeto? Haced que el clero las ame y las predique de corazon. Conducidlas al antiguo altar de Clodoveo con el rey; haced que sean ungidas con el óleo sagrado: asista el pueblo á su consagracion: y me atreveré á decirlo, desde aquel momento principiará su reinado. Hasta aquel instante la Carta carecerá de sancion á los ojos de la multitud; la libertad que no nos viene del cielo, siempre nos parecerá obra de la revolucion, y no nos adheriremos nunca á la hija de nuestros crímenes y nuestras desgracias. Efectivamente, ¿qué valor puede tener una Constitucion que siempre que se hable de Dios y de sus sacerdotes se creeria puesta en peligro? ¿Una libertad cuyos aliados naturales serian la impiedad, la inmoralidad y la injusticia?

Mas para que el clero se haga partidario de vuestro gobierno, libradle de esa especie de proscripcion de que se ve amenazado y que al parecer no es obra sino

del mismo gobierno; haced que el que distribuye el pan de vida, pueda dar limosna en vez de pedirla, y que el ministro de Dios al tomar parte en el órden político, no quede enteramente extraño á los hombres.

Permitid adquirir bienes á la Iglesia y devolvedle los que aun no han sido vendidos. La Gran Bretaña nos da ejemplo de que la existencia de un clero que goza de bienes territoriales no es incompatible con la de un gobierno constitucional. Decir que por poseer algunos bienes la Iglesia llegará á ser en Francia un cuerpo político, es una quimera que los enemigos de la religion sostienen sin darle el menor crédito. Saben ellos muy bien que nuestras costumbres é ideas se oponen enteramente en la actualidad á toda intrusion del clero. ¿No hay aun personas tan cándidas que temen el poder de la córte romana? Los que hoy se alarman por los *papistas*, decia Johnson, son gente que hubieran tocado á fuego durante el diluvio.

Encarécese la generosidad, paciencia y resignacion del clero, que nada pide y sufre en silencio mientras que todo el mundo murmura y tiene alguna pretension. Es cosa curiosa encarecer sus virtudes para dejarlo morir de hambre, cuando precisamente por esas virtudes se le deberia recompensar.

¿Quién heredará y gozará los bienes de que yo quiero que se ponga en completa posesion al clero? Esos bienes no pertenecian á las iglesias en general: eran patrimonio particular de órdenes monásticas, de abadías y hasta de obispados que ya no existen.

¡Cuánto me complazco en ver las tiernas solicitudes y cuidados verdaderamente paternales del clero! Pero devolvedle sus bienes y dejadle obrar. Es probable que la Iglesia, que verdaderamente no puede llamarse ignorante en materia de administracion, hallará tan buen medio, como vosotros mismos para administrar y repartir algunas mezquinas propiedades territoriales.

El clero llegará á organizarse, y tendrá un consejo administrativo. Y ¿qué mal os resultará de que lo tenga? No lo tienen las ciudades, los ayuntamientos, las fábricas y los hospitales?

Por medio de esta saludable operacion, el pueblo se encontrará desde luego aliviado de una parte de la contribucion que paga para el clero, y á medida que la Iglesia vaya adquiriendo, el Estado podrá disminuir los socorros que necesariamente tiene que darle.

Al mismo tiempo el clero volverá á revestirse de aquella dignidad que nace de la independencia. Siendo propietario, ó encontrando por lo menos una honrosa existencia en los bienes de la Iglesia, no podrá menos de interesarse en la propiedad comun. Este acto de justicia le aficionará al gobierno, y no tardareis en tener en vuestras filas un auxiliar atraido por la gratitud, cuya fuerza marchará al par de su celo.

Aumentad en seguida su inclinacion hácia la nueva monarquía haciendo que en cuanto sea posible vuelva á llevar los registros del Estado civil.

Cuando el legislador puede escoger entre dos instituciones debe preferir la mas moral. El cristiano recibido por un sacerdote al venir al mundo, inscrito bajo el nombre y proteccion de un santo en el altar de Dios vivo, parece, que al nacer, protesta contra la muerte y toma acto de su inmortalidad. La Iglesia que lo ampara al suspirar por primera vez, parece tambien enseñarle que los primeros deberes del hombre han de ser los de la religion, y que en estos se encierran todos los demás. No se aprenden en los registros puramente civiles, unas ideas tan nobles y tan útiles; estos registros no son mas que una lista de esclavos para la ley y de afiliados para la muerte.

Tampoco hay duda de que la educacion pública no deba ser confiada á manos de los eclesiásticos y de las corporaciones religiosas, asi que sea posible hacerlo: este es el voto general de toda la Francia.

A todas las sedes arzobispales de la nacion debe adjudicarse la dignidad de par, y en la cámara de los Pares debe haber un banco para los obispos, como lo hay en la cámara de los Lores en Inglaterra. No hallo razon de que un eclesiástico no pueda ser elegido miembro de la cámara de los Diputados, ni la Constitucion se opone á ello siendo propietario el elegido: esto no ofenderia ni á nuestras costumbres, ni á nuestras tradiciones, supuesto que el clero componia en otros tiempos el primer órden de los estados generales y supuesto que todos estamos ya acostumbrados á oir hablar el clero tanto en el púlpito como en las asambleas políticas.

No dudo que el clero, teniendo parte en el territorio por la propiedad de las iglesias, y tomando una parte activa en las instituciones civiles y políticas, suministraria al mismo tiempo una clase de ciudadanos tan adictos como el que mas á la Constitucion. Desde el principio de la monarquía hasta el presente es indudable que en la Iglesia se han hallado acomodados los talentos mas insignes, y que de su seno han salido los ministros mas sobresalientes, asi como los mas elocuentes oradores y escritores de primera nota. Diseminados por el cuerpo social, los sacerdotes derramaron en él su saludable influencia: curaron las heridas abiertas por la revolucion; aplacaron la efervescencia de los ánimos; modificaron las costumbres; restablecieron poco á poco las ideas de órden y justicia; desarraigaron las falsas doctrinas é introdujeron por todas partes la religion, que es la única base de las instituciones humanas, y la moral que es la que da consolidacion á la política.

Pero ¿no estará el espíritu del clero en oposicion con el del gobierno constitucional? ¿Desde cuándo es enemiga la religion cristiana de la libertad refrenada por las leyes? ¿No la predicó el Evangelio á toda la tierra? ¿No es uno de sus caracteres divinos el de poder aplicarse á todas las formas de la sociedad?

En la edad media, la Italia estaba cubierta de repúblicas y era sin embargo católica como lo es en la actualidad. ¿No profesan igualmente la religion católica los tres cantones de Uri, Schwitz, y Underwald? ¿No hace cuatro siglos que estos cantones dieron á la Europa bárbara el ejemplo de libertad? En Inglaterra el mas firme apoyo del trono y de la Constitucion británica es un clero rico y poderoso, y sin duda no está ya muy distante el tiempo en que el clero católico irlandés gozará de los beneficios de aquella hermosa Constitucion.

Por último, si proseguis dejando como hasta el presente al clero fuera de los intereses generales, necesariamente lo convertireis en enemigo, ó cuando menos es indiferente: gran parte de la opinion pública se irá en pos del clero, y esa pérdida redundará en daño vuestro. Ese clero, por pobre y miserable que lo dejeis, creará á vuestro pesar un imperio en el imperio, y se acordará mucho mas del rango que ocupaba antiguamente en la nacion, si tratais de separarlo, que si lo restableceis en el goce de cuanto le corresponde. Si aun asi se quejara, seria injustamente, pues debe comprender que no puede eximirse de sufrir todas las modificaciones que se hayan hecho en los demás órdenes del Estado.

Por lo demás, insisto como primer medio de salvacion, en la necesidad de hacer entrar el elemento de la religion en la composicion de la monarquía: ni me atraso, ni me adelanto al siglo: no me dejo guiar sino de la razon y sé muy bien lo que es posible y lo que no lo es. He manifestado mi doctrina sobre el particular en la cámara de los Pares, y creo que se me dispensará el volverla á reproducir en esta ocasion.

Al hablar sobre la ley electoral me expresé en estos términos: «Cuanto mas parece apartarnos de la multitud la alta dignidad de par, tanto mas celo debemos manifestar en defender los privilegios del pueblo. Unámonos estrictamente á nuestras nuevas instituciones, y completémoslas cuanto antes nos sea posible. Para levantar con unánimes aplausos el altar, para justificar el rigor que hemos tenido que desplegar con los criminales, seamos generosos por lo tocante á opiniones políticas, y sin cesar reclamemos todo lo que pertenece á la independencia y á la dignidad del hombre. Cuándo se comprenderá que nuestra severidad religiosa no es hipocresía; que lo que tan justamente pedimos en favor del clero no es efecto de enemistad secreta contra los filósofos; que no intentamos hacer retrogradar el espíritu humano; que no deseamos mas que una conveniente alianza entre la moral y las luces; entre la religion y las ciencias y entre las buenas costumbres y la bellas artes; entonces nada nos será imposible; entonces se desvanerán todos los obstáculos, y entonces nos será dado plantear la felicidad y la restauracion de nuestro país. Nuestra felicidad, señores, debe componerse de estas tres cosas, rey, religion y libertad. Asi es como podremos marchar con el siglo y con los siglos; asi es como daremos oportunidad y solidez á nuestras instituciones.»

CAPITULO LI.

CÓMO DEBE ENTRAR LA NOBLEZA EN LOS ELEMENTOS DE LA RESTAURACION.

Debe la nobleza, asi como el clero ser parte constitutiva de nuestras instituciones, para inculcar en la sociedad nueva la tradicion del honor antiguo, la delicadeza de sentimientos, el desprecio de la fortuna, el desinterés personal, la fe del juramento, y esa honradez que tanta falta hace y debe ser la virtud característica de quien se llame noble; mas sobre este punto poco pueden anhelar ya mis deseos, habiendo con arreglo á la Constitucion, tomado naturalmente parte la nobleza en el nuevo gobierno.

Latamente he hablado en mis *Reflexiones politicas* acerca de la antigua nobleza de Francia y de las ventajas que encontraria en la monarquía representativa. Ya anteriormente habia yo anunciado á la nobleza que aquellos de sus miembros que no entrasen desde luego en la cámara de los Pares, encontrarian abiertas las puertas de una magnífica carrera en la cámara de los Diputados. Tambien predije que la nobleza no podria menos de aficionarse al órden político actual. ¿Me engañé? Noble hay, y diputado en la actualidad, que ciertamente no hubiera creido avanzar nunca hasta las opiniones que ha sostenido durante el curso de la última legislatura. Esto es una consecuencia natural de los sucesos: no podemos menos de tener afecto á nuestras propias obras y de amar lo que vemos que nos produce resultados positivos. A los que han brillado en esta asamblea, á los que han merecido que se conserven sus discursos, y que sus nombres se repitan en la nacion y en toda la Europa, pregunto yo en la actualidad, si creen que el gobierno representativo sea contrario á sus verdaderos intereses. ¡Cuán dichosos no se creerán al verse rodeados de atenciones, y recibidos como en triunfo por haber defendido á un mismo tiempo al rey y al pueblo, por haber hecho resonar el lenguaje de la religion, de la justicia, de la lealtad y el honor que desde tanto tiempo atrás estaba puesto en olvido!

Las rivalidades entre las gerarquías del Estado, principio elemental de la revolucion, desaparecerán necesariamente algun dia por la composicion natural de la cámara de los Diputados. Los que en otro tiempo se caracterizaban con distintas denominaciones reuniéndose al presente por el bien de la patria, aprenderán á conocerse y á dispensarse mutuo aprecio. Fundando únicamente su orgullo en el hermoso dictado de representantes del pueblo, no admitirán entre sí mas distincion que la del talento y la virtud.

Estoy por lo tanto persuadido de que la antigua nobleza de Francia que ha alternado ya en el ejército con sus nuevos compañeros de armas, ennoblecidos por su denuedo y por su honor; esa nobleza que acaba de tomar una parte tan brillante en el órden político, no tardará en acallar de todo punto sus pretensiones y se convertirá en apoyo tan sólido de la monarquía representativa como antiguamente lo fue de la absoluta. No es la libertad una cosa desconocida de la nobleza de Francia, que jamás reconoció poder absoluto en los reyes mas que sobre su corazon y sobre su espada.

CAPITULO LII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.—CONVIENE ADHERIR LOS HOMBRES DE OTROS TIEMPOS Á LA NUEVA MONARQUÍA.—ELOGIO DE ESTA.—CONCLUSION.

Algunos hombres de buena fe, engañados por los intereses revolucionarios se han empeñado desde la restauracion en convertir los hombres de la actualidad en hombres de la monarquía antigua: lo cual es precisamente el reverso del verdadero sistema, pues lo que se debe tratar de reconciliar con las nuevas instituciones es el modo de pensar de los tiempos antiguos.

Convengo en que las desgracias sufridas pueden haber hecho nacer preocupacienes muy legítimas contra el gobierno representativo. Mas no siendo ya posible restablecer el antiguo sistema, como creo haberlo exactamente demostrado en las *Reflexiones politicas*, ¿qué es lo que podria ponerse en su lugar? Ademas aquel antiguo régimen por admirable que fuese ¿no tuvo por ventura, asi como el órden actual de cosas, sus tiempos de crisis y de malandanza? Nuestros ancianos, recordando los dias serenos que precedieron á las tempestades, pueden creer que una calma tan completa era únicamente debida á la organizacion del antiguo gobierno; mas si pudiésemos interrogar á los que vivieron en tiempo de la Liga, acaso les oiriamos únicamente acusar á ese mismo gobierno que tan de menos echamos ahora. Todo puede convertirse en semillero de crímenes, hasta los principios mejores, hasta los mas santos establecimientos; pocas cosas podriamos los hombres conservar teniendo que desechar todas las instituciones que han sido pretexto ó resultado de nuestras desgracias.

La monarquía representativa podrá no ser perfecta, pero lleva consigo indisputables ventajas. Si ocurre una guerra exterior ó desavenencias domésticas, puede súbitamente cambiarse en una especie de dictadura, solo con la supresion de ciertas leyes. Si una de las dos cámaras es presa de las facciones, la otra la contiene ó se ve disuelta por el monarca: Si andando el tiempo llega á sentarse en el trono un enemigo de la libertad, las cámaras pueden anticiparse y oponerse á la invasion de la tiranía. ¿Qué gobierno puede imponer mayores contribuciones, ni pedir mayor número de soldados? Las letras y las artes florecen espontáneamente en esta clase de gobierno. Al morir el rey en un estado despótico, quedan interrumpidos todos los trabajos principiados; pero con unas cámaras, que siempre están vivas, porque sin cesar se están renovando, nada puede quedar abandonado. Por lo tocante á este particular se parecen á las grandes corporaciones literarias y religiosas que no perecen y llevan á cabo inmensos trabajos que ningun particular se hubiera atrevido á emprender, ni mucho menos á perfeccionar.

Cada ciudadano encuentra su puesto natural en una clase de gobierno que por necesidad tiene que emplear los talentos y las luces y echar mano de todas las condiciones y de todas las edades.

¿Que hacia antiguamente la Francia de la mayor

parte de los hombres que habian ya llegado á la edad *destinada á gozar el fruto que se ha recogido en la juventud*? (1) ¿Qué les quedaba ya que hacer en la plenitud de su vida y cuando aun estaban gozando de todas sus facultades intelectuales? Siendo onerosos á sí mismos y á los demás, despojados de aquellas pasiones que animan la juventud, ó de aquellas ventajas que la hacen apreciable, envejecian en una guarnicion, en un tribunal, en las ante-salas de palacio, en las sociedades de París ó en el rincon de su antigua casa solar en continua ociosidad, siendo tolerados pero no bien recibidos, sin mas ocupacion que la anodécta del dia, la sesion académica, el éxito de la comedia nueva, y en los dias mas memorables la caida de un ministro. ¡Poco digno era por cierto de un hombre todo esto! ¿No era bastante duro el no prestar ningun servicio, cuando mayor capacidad se tiene para todo? El actual gobierno ofrecerá por todas partes á los ciudadanos las varoniles ocupaciones que completaban la vida de un romano, y hacen tan decorosa la existencia de un inglés. No perderemos inútilmente el término medio y el fin de nuestra mortal carrera, y podremos llamarnos hombres cuando habremos dejado de ser jóvenes. Procurando ser ciudadanos ilustres nos consolaremos de haber perdido las ilusiones de la primera edad, y nada tendremos que temer del tiempo, estando en nuestra mano el rejuvenecernos por medio de la gloria.

Tales son las consideraciones que conviene presentar á los hombres de probidad y virtud, que rechazados acaso por vuestra ingratitud, y vuestros sofismas no habrán concebido mas que disgustos y repugnancia hácia las nuevas instituciones. Démonos prisa á captarnos su voluntad. Se han dado ya tantos pasos solicitando la alianza de hombres sospechosos que en nada debemos reparar cuando se trata de adquirir leales servidores para el trono. A estos es á quienes compite la direccion de los asuntos: sus manos mejorarán cuanto se les confie, así como los otros echarán á perder todo cuanto toquen. No se vean los hombres de bien bajo la dependencia de los que fueron sus opresores; antes por el contrario sirvan de guía á los malos: así lo exige el órden de la moralidad y de la justicia. Confiense pues los primeros destinos del Estado á los verdaderos amigos de la monarquía legítima. ¿Tanto número de estos, pensais, que será preciso para salvar la nacion? No pido mas que siete en cada departamento, á saber: un obispo, un comandante, un gobernador civil, un procurador del rey, un presidente del tribunal prevostal, un comandante de la gendarmería y otro de la guardia nacional. Si estos siete hombres son verdaderamente adictos á la causa de Dios y del rey, yo respondo de todo lo demás.

Mas esas siete personas no han de ser coartadas en sus funciones, ni contenidas, paralizadas, traqueteadas, atormentadas perseguidas, ni destituidas por el ministro, ni debe dejar de dárseles la razon siempre que ejerzan su autoridad contra los mal intencionados ó conspiradores. Partiendo de este principio, no debe darse cabida á ningun ministro, ni á ningun gefe de administracion sospechoso ó partidario del sistema de los intereses morales revolucionarios. Guárdense los primeros representantes del gobierno de perseguir á nadie: sean afables, indulgentes, compasivos y tolerantes: abracen sinceramente el espíritu de la ley fundamental y respeten todas nuestras libertades. Mas al propio tiempo llénense de horror hácia los malvados; den siempre la preferencia á la virtud sobre el vicio; no hagan consistir la imparcialidad en colocar aquí un hombre bueno y allí un hombre malo; presten decidido apoyo á todas las leyes justas; declárense paladina y francamente amigos de la religion; consagren hasta su vida, si es preciso, en obsequio del rey y de su real familia, y la nacion acabará de salir de sus ruinas.

Por lo tocante á esos hombres de capacidad, pero cuyo ánimo está falseado por la revolucion: esos hombres, que no pueden comprender que el trono de San Luis necesita ser sostenido por el altar y rodeado de las antiguas costumbres y tradiciones de la monarquía, esos hombres pueden ir á cultivar sus posesiones. La nacion los empleará cuando sus talentos, cansándose de ser inútiles, se habrán convertido sinceramente á la religion y á la legitimidad.

Respecto á la turba de empleados subalternos seria una insensatez el juzgarla con rigor: póngasela bajo la vigilancia de gefes adictos y pundonorosos, y ningun recelo habrá que tener de ella: el tiempo oportuno de las purificaciones ha pasado ya.

En el impulso que se dé á los negocios hay que tener presente la índole de la nacion: sean económicas, pero no mezquinas las providencias administrativas y lleven siempre el carácter de firmeza, vigilancia y animacion.

«Señor, dije yo al rey en el *Informe que presenté »en Gante*, evitad los excesos de Bonaparte: será una »idea muy atinada y provechosa el no multiplicar de»masiado, como en tiempos de este, los actos admi»nistrativos. Sin embargo, los franceses durante los »últimos veinte y cinco años se han acostumbrado á »un género de gobierno el mas activo que ha existido »en tiempo alguno; los ministros estaban escribiendo »sin cesar; por todas partes se cruzaban órdenes, y »todo el mundo estaba esperando continuamente al»guna cosa; la escena, el actor y los espectadores se »renovaban á cada paso. En vista de esto parece que »algunas personas temen que, si despues de tanto »movimiento se parasen súbitamente los resortes, po»dria haber algun peligro. Porque eso seria, se»gun ellas dicen, dejar en el ocio á la malevolencia, »dar pábulo al fastidio y márgen á comparaciones »odiosas. El empleado subalterno, hallándose acos»tumbrado á recibir órdenes hasta para las cosas mas »triviales, no sabria qué hacer, ni qué partido tomar. »Acaso será conveniente en un pais como Francia, »reducido hace ya tanto tiempo por los triunfos mi»litares, administrar rápidamente en el sentido de las »instituciones civiles y políticas, y ocuparse ostensi»blemente de fábricas, de agricultura, de las letras y »de las artes. El acometer grandes obras, prometer »altas recompensas, premios y distinciones brillantes »concedidas al talento y el establecer certámenes pú»blicos, contribuiria á que las costumbres tomaran »nueva direccion y los ánimos siguiesen nuevo rum»bo. El genio de un príncipe educado particularmente »para el reinado de las artes, derramaria sobre ellas »un brillo inmarcesible. El político mas hábil, el »hombre de Estado mas instruido, todo francés en »una palabra, abrazaria con ardor la nueva carrera »estando seguro de que el monarca habia de ser su »mejor juez. Las ventajas de la paz harian olvidar á »la nacion los costosos triunfos de las armas, y el »pueblo no creeria haber perdido nada al cambiar »laurel por laurel, y gloria por gloria.»

Las sesiones de las Cámaras deben ser cortas, pero inmediatas. Prepárense con anticipada prevencion los proyectos de ley. Algun dia se aprenderá á enlazarlos entre sí como en Inglaterra. Es un defecto capital de la legislacion francesa la division de los proyectos de ley en innumerables artículos, que traen en pos de sí interminables discusiones y enmiendas sin fin. Cuando las Cámaras no se vean contrariadas lejos de empezar la marcha de los asuntos, darán nueva fuerza y actividad á la accion del gobierno.

No trato de dar mayor desarrollo á los detalles de mi sistema. Ya he indicado los principios que considero como mas útiles en los primeros capítulos de este

(1) Cicer. *de Senect.*

escrito. Aun tendria que tratar de muchas cosas relativas á la educacion, á las letras y á las artes; pero contemplo como oportuno abreviar este trabajo, y por lo tanto me limitaré á explanar algunas ideas políticas.

Me concretaré á unas cuantas palabras.

Adoptar la religion por base del nuevo edificio, la Constitucion, los hombres honrados, las consecuencias políticas de la revolucion, y no los hombres políticos de la revolucion: á esto se reduce todo mi sistema.

La marcha que se ha seguido es precisamente la contraria de este plan. Siempre se ha hecho mas aprecio de los hombres que de las consecuencias: siempre se ha gobernado exclusivamente por los intereses y nunca por los principios, creyendo que la obra maestra de la restauracion consistia en conservar á cada cual en el puesto que ocupaba. Con tan tímida y estéril idea todo se ha echado á perder, pues teniendo los principales autores de nuestras desavenencias intereses opuestos á los de la monarquía legítima, no siendo por otra parte idóneos sino para destruir y no para edificar, la restauracion no ha podido seguir la marcha conducente, y la nacion ha vuelto á caer en el abismo.

En vano se tiene completa seguridad del excelente espíritu de la guardia y del ejército, y de la organizacion de la gendarmería. Muy buenas son indudablemente estas dos cosas, pero no bastan. No tardará acaso el sistema de intereses revolucionarios en destruir ese hermoso edificio. Por do quiera que se insinúa todo lo desvirtúa, altera y corrompe. Deteriora todo lo bueno; paraliza las intenciones mas discretamente dirigidas; persigue á los ciudadanos leales, obligándoles á retirarse de la escena política y apagando su celo patriótico, no se interesa sino por los hombres perversos, en una palabra no tardaria tarde ó tremprano en dar al traste con la monarquía legítima.

El triunfo de esta monarquía es indudable siguiendo mi plan, pero es preciso seguirlo con valor. Es mas fácil atacar á las cosas que á los hombres, porque las primeras no tienen como los segundos voz para quejarse ni defenderse. Mas fácil es derribar una Constitucion que por sí misma no se defiende, que los intereses personales que presentan una viva resistencia. No por eso estoy menos persuadido de que no hay salvacion sino en la verdad política que acabo de explanar. Si unos creyesen que es posible retroceder á todas las antiguas instituciones y otros pensasen que la nacion no puede ser gobernada sino por las manos que la han desgarrado, seria la equivocacion mas funesta por una y otra parte. La nacion quiere los intereses políticos y materiales creados por el tiempo y consagrados para lo sucesivo por la Constitucion; pero no quiere ni los principios ni los hombres que han sido causa de sus desgracias. Fuera de este límite todo es ilusion, y el gobierno que no se persuada de esta verdad tendrá que caer en faltas irremediables.

La mision que me propuse queda ya cumplida. Jamás he escrito una obra que mas trabajo me haya costado. Con frecuencia se ha caido de la mano la pluma, y en momentos de debilidad y desaliento he tenido intenciones de entregar á las llamas todo lo que habia escrito. Cualquiera que sea la acogida que el público dispense á esta obra, no podré menos de contarla en el número de las buenas acciones que he tenido la dicha de llevar á cabo. *Cumple con tu deber, suceda lo que suceda.* Para advertir á la nacion del peligro que, en mi concepto corre, para darle un grito de alarma que la dispierte al borde del abismo, he tenido que perder de vista todo cálculo; he tenido que hablar con toda claridad y he tenido que chocar de frente con muchos hombres, y lastimar no pocos intereses. He creido que la salvacion de la patria, como ya lo he manifestado en la cámara de los Pares, consiste en la íntima union de las costumbres antiguas con las formas políticas actuales; del buen criterio de nuestros padres con las luces del siglo; de la antigua gloria de Duguesclin con la reciente gloria de Moreau; y finalmente en la fraternal alianza de la religion y de la libertad cimentada en las leyes. Si esta dulce esperanza mia es una quimera, por lo menos estoy seguro de que ningun corazon generoso me la reprochará.

POST-SCRIPTUM.

La cámara de los Diputados ha sido disuelta. No me causa admiracion: sigue marchando el sistema de los intereses revolucionarios: nada tengo que retocar en lo que acabo de escribir. Habia ya previsto el desenlace, y asi lo habia anunciado mas de una vez. Dicen que este golpe ministerial salvará á la monarquía legítima. Extraño modo de salvar la monarquía es el disolver la única cámara que desde 1789 ha manifestado opiniones puramente realistas.

En los capítulos IV, V y VI de la primera parte, se ha visto la doctrina constitucional por lo relativo á las reales órdenes en la monarquía representativa. En el antiguo régimen una real órden era una ley y nadie tenia derecho de discutirla. En nuestra constitucion moderna una real órden no es forzosamente mas que una medida tomada por el ministerio, y todo ciudadano tiene derecho á examinarla, y lo que es un derecho para cada ciudadano, pasa á ser una obligacion respecto de los pares y de los diputados. Si una real órden pusiera en peligro á la nacion las Cámaras, podrian acusar por ella á los ministros; pues estos son los verdaderos autores de las reales órdenes, y pueden por lo tanto ser perseguidos judicialmente por ellas.

Voy, pues, á examinar en los límites de la razon y con arreglo á los principios constitucionales, pero sin consideracion de ningun género la real órden de 5 de setiembre.

Por de pronto hubiera sido mejor no encabezar esa órden con ningun considerando. El rey disuelve la cámara porque está en su *derecho*, porque lo *quiere*. Como soberano á nadie debe dar satisfaccion de sus actos: cuando habla *como rey* todos debemos obedecerle con alegría y en profundo y respetuoso silencio. Los colegios electorales funcionan porque el rey lo manda y cuando dice á sus vasallos *Yo lo quiero*, estos deben considerar que es la ley misma la que acaba de hablarles. Mas habiendo los ministros alegado motivos en el considerando, el asunto cambia de naturaleza. Débese respetar constantemente, adorar la voluntad del monarca y la menor vacilacion en este particular seria un crímen, porque nada puede querer, ni nada puede mandar que no se refiera al bien público; pero los motivos que impelen á los ministros quedan enteramente sujetos á nuestra discusion.

Los ministros recuerdan aquellas sabias palabras del admirable discurso del rey en la última apertura de las Cámaras: «Nadie de nosotros debe olvidar que »detrás de la ventaja de mejorar está el peligro de la »innovacion.»

Desde luego parece algo extraño que los ministros hayan citado esta frase, pues ¿sobre quién podrá recaer el reproche de innovacion? Sobre la cámara no; porque nada ha innovado, luego únicamente podrá imputarse á la órden de 13 de julio 1815 que varió algunos artículos de la Constitucion. Luego la recriminacion queda reducida á una queja de órden á órden, de ministerio á ministerio.

Los ministros que han leido el discurso del rey (supuesto que en la órden de 5 de setiembre citan una de sus frases), no pueden menos de haber visto en

aquel mismo discurso este notable pasaje: «Señores, »á fin de dar mas peso á vuestras deliberaciones, á »fin de recoger yo mismo nuevas luces, he creado »nuevos pares y he aumentado el número de diputados »de los departamentos.»

Como es de suponer que los ministros habrán igualmente olvidado el considerando de la órden de 13 de julio 1815, me voy á tomar la molestia de recordárselo.

«Habiamos anunciado que nos proponiamos presentar á las Cámaras una ley que arreglara las elec»ciones de los diputados de los departamentos. Nues»tro proyecto consistia en modificar con arreglo á las »lecciones de la experiencia, y al voto bien conocido »de la nacion, muchos artículos de la Carta concer»nientes á las condiciones de elegibilidad, número de »diputados y algunas otras disposiciones relativas á la »formacion de la cámara, á la iniciativa de las leyes »y forma de deliberacion.»

«Habiendo las calamidades de la época interrumpi»do las sesiones de ambas cámaras; hemos pensado »que en la actualidad el número de diputados de los »departamentos, era por diversas causas sobradamen»te reducido para representar debidamente la nacion, »y que en circunstancias como las presentes impor»taba sobremanera que la representacion nacional »fuese numerosa; que sus poderes se renovaran y »emanasen mas directamente de los colegios electo»rales, y por último, que las elecciones sirvieran co»mo de expresion de la opinion actual de nuestros »pueblos.

«En vista de esto hemos resuelto disolver la cámara »de Diputados, y convocar sin dilacion otra nueva; »mas no estando arreglada aun por medio de una ley »la forma con que ha de procederse á las elecciones, »ni las modificaciones que hay que hacer en la Carta, »hemos pensado que á nuestra justicia competia dar »desde ahora á la nacion el pleno goce de las ventajas »que debe prometerse de una representacion mas nu»merosa, y menos coartada por lo tocante á las con»diciones de elegibilidad; mas al propio tiempo que»remos que ninguna modificacion pueda hacerse »definitivamente en la Carta sino con arreglo á las »formas constitucionales, y que queden las disposicio»nes de la presente órden sujetas á ser el primer »asunto de deliberacion de las Cámaras. El poder le»gislativo en su conjunto determinará lo conveniente »por lo que toca á la ley electoral y modificaciones que »sobre este particular hay que hacer en la Constitu»cion, de las cuales no tomamos la iniciativa sino por »lo que hace á los puntos mas urgentes é indispen»sables, imponiéndonos al propio tiempo la obliga»cion de adherirnos todo lo posible al espíritu de la »Constitucion y á las formas puestas en uso hasta el »presente.»

¡Qué de ideas no se revelan en los motivos que dieron lugar á esta órden! Los ministros que la redactaron decian: Que era preciso modificar muchos artículos de la Carta con arreglo *á las lecciones de la experiencia y al voto bien conocido de la nacion;* aseguraban que el número de diputados de los departamentos era por diversas causas *sobradamente reducido para representar debidamente la nacion*: suponian que es importante que la *representacion nacional sea numerosa*, y que los electores *sirven como de expresion de la actual opinion del pais*. Finalmente insistiendo en el mismo principio declaraban, que aunque la forma de las elecciones no estaba aun determinada por medio de una ley, competia á la justicia dar desde aquel punto á la nacion, el *pleno goce de las ventajas que debe prometerse de una representacion mas numerosa* y menos *coartada* por lo tocante *á las condiciones* de elegibilidad.

Todo esto de cuya verdad no se dudaba hace un año ¿habrá hoy dejado de ser cierto? ¿Habrá *el voto bien conocido de la nacion* cambiado? ¿*Las lecciones de la experiencia y el voto* BIEN CONOCIDO *de la nacion* exigirian en aquella época la *revision* de algunos artículos de la Constitucion, y ahora los ministros tendrán razon para decirnos que los *votos* y *necesidades* del pais se inclinan á que se conserve *intacta* la ley fundamental? Por lo menos convenia haber usado de otras palabras. ¿Qué juicio puede formarse de unos hombres que habiendo aplaudido con arrebato la primera órden baten furiosamente palmas en obsequio de la segunda? ¿Luego se engañaron al afirmar que el número de diputados de los departamentos era *sobradamente reducido*?

¿Estará pues una nacion compuesta de 24 millones de habitantes suficientemente representada por doscientos sesenta diputados? ¿Los departamentos del Loire, de los altos y de los bajos Alpes que no tienen mas que un solo diputado en las Cámaras, tendrán toda la competente representacion? ¿Si no se cambia de ministros todos los años; habrá que hacer cada vez las elecciones por un nuevo método? ¿Quién nos asegura que los ministros del año que viene no creerán que la representacion actual es demasiado numerosa? ¿Un centenar de dependientes del ministerio (legalmente convocados en todas ocasiones) no formarian á su modo de ver una cámara mas conveniente y mas conforme con los intereses de la nacion? En lo sucesivo nos sujetaremos estrictamente á la Carta, dirán los ministros. ¡Dios lo quiera! Es cuanto podemos desear; pero en verdad no me tranquiliza del todo semejante protesta. ¿No podrán los ministros en virtud del artículo 14.° de la Constitucion, que da al rey *la facultad de expedir los reglamentos y órdenes necesarias para la ejecucion de las leyes y seguridad del Estado* creer que esta seguridad se halla donde quiera que se les facilite el triunfo de sus sistemas? Hay tantos constitucionales que quieren en la actualidad gobernar por medio de reales órdenes que es posible que el mejor dia quede la Constitucion enteramente confiscada en provecho del artículo 14.°

Terrible cosa es que nunca estemos acordes en lo relativo á la suerte de nuestra patria; pende del azar el destino de la nacion, como el dinero del tahur de la salida de un naipe; agitan con violencia el crédito público que se alarma y limita á cada sacudimiento: dan á las instituciones una espantosa instabilidad, y llegarian por medio de la contrariedad de las reales órdenes á comprometer el decoro del trono si afortunadamente no estuviese el cetro en manos de uno de esos reyes que con solo una mirada establecen el órden en su alrededor y cuyo carácter es la sabiduría, la tranquilidad y el decoro.

¿Qué resultará de esas elecciones en que pueden ser conmovidas las pasiones, y en que van á encontrarse de frente los partidos? ¡Fatal prevision! Dije á la cámara de los Pares con motivo de la ley electoral en la sesion del 3 de abril: «Una real órden, se»ñores, ha sido suficiente para que dieramos princi»pio á la presente legislatura, porque en esa real »órden obedeciamos á una *fuerza superior*, porque »los acontecimientos *exigian* esas medidas extraordi»narias autorizadas por el artículo 14 de la Consti»tucion en tiempos de peligro. Mas al presente, ¿qué »forzosa necesidad justificaria semejante golpe de Es»tado? ¿Os sentís con bastante valor, señores, para »tomar sobre vosotros la responsabilidad de cuanto »pueda ocurrir en el intervalo de una á otra legisla»tura en el caso de rechazar la ley electoral? ¡Ah! Si »por una inexplicable fatalidad los colegios nueva»mente convocados nombrasen representantes peli»grosos para el país ¡qué de recriminaciones no os »hariais! ¡Podriais oir sin atormentaros el grito de »dolor de vuestra patria? ¿Podriais dejar de temer el »juicio de la posteridad?»

Estas palabras que en aquel tiempo dirigí á la cámara de los Pares las dirijo ahora nuevamente á los ministros: vean la consternacion de los hombres honrados, consideren el triunfo de los revolucionarios y constitúyanse en jueces de sus propios actos. Si de los colegios electorales saliera una sangrienta hija de la Convencion ¿no echarán entonces de menos esta cámara, que si bien pudo contrariar sus sistemas, presentaba sin embargo lo mas selecto de los verdaderos franceses, y en la que figuraban los hombres que habiendo participado del destierro del monarca habian adquirido tambien algo de sus virtudes? Los ministros aprenderán á despecho suyo, y por desgracia á despecho de toda la Francia, que sus titulados amigos son mas difíciles de dirigir que sus supuestos enemigos: verán si es mas cómodo tratar con una reunion de ambiciosos revolucionarios, que con una cámara, cuyos miembros eran considerados por el rey como *inencontrables*, como un singular favor de la Providencia.

Y aunque los revolucionarios no dominen enteramente en la nueva cámara ¿dejarán por eso los ministros de temer que una asamblea dividida en dos partidos violentos no pueda presentar á la Europa un espectáculo, que prometa iguales resultados que la Dieta de Polonia?

Cierto es que podrán disolverla; pero ¿han de ocurrir cada mes nuevas elecciones?

Finalmente si la nueva cámara no se compone sino de hombres nulos y pasivos, incapaces, si se quiere de hacer mal, pero incapaces tambien de contenerlo; si semejante cámara llegaba á convertirse en instrumento de la faccion que propende á la legitimidad, pregunto yo ¿qué sucederia en tal caso á la desventurada patria?

¿Qué imperiosos motivos han podido pues impeler á los ministros á hacer uso de la prerogativa real? ¿Qué ventaja se pueden prometer en cambio de los inconvenientes de toda especie que ofrece en este momento la convocacion de los colegios electorales? Hé aquí la razon por la que he dicho que el destino de la nacion dependia del azar, como una jugada de la lotería. Los hombres por quienes se ve la nacion impelida hácia su ruina quieren ante todo la venta de los bienes del clero, y la quieren, no como un buen sistema de hacienda, sino como una buena medida revolucionaria; no para pagar á los aliados, sino para consagrar la revolucion: y como estos hombres saben muy bien que la cámara de los Diputados jamás habria autorizado semejante venta, se han aprovechado de la índole y de los infundados terrores del ministerio para persuadirle, en muy mala hora, que su existencia era incompatible con la de la cámara. Tambien han temido que esta ilustrara al rey acerca de la verdadera opinion nacional. Finalmente como ya lo he dicho, el partido nunca ha perdonado á los representantes el haber desenmascarado sus planes y el haber dado el golpe de gracia á los principios de la revolucion en las personas de los regicidas.

Sin embargo no se desanimen los buenos franceses: no se retiren de la arena; antes por el contrario acudan en masa á las elecciones. Muchos obstáculos tendrán que vencer, mucho esfuerzo tendrán que emplear contra un partido que, no queriendo siquiera tomarse la molestia de disimular sus planes, los manifiesta en sus elecciones, en sus actos públicos, y en el ejercicio de la autoridad. Pero volveremos á repetirlo, únanse los buenos ciudadanos prestándose mutuo apoyo, y no se abatan aunque en derredor de ellos reine un momentáneo disfavor ni una opinion facticia. Si en los periódicos leen descomunales artículos en alabanza de la disolucion de las cámaras, tengan bien presente que la prensa no goza de libertad, que está en manos de los ministros y que estos son los que han hecho disolver las cámaras y los que dominan en la prensa periódica Si fijan la atencion en la subida de los fondos, bueno será que sepan que el dia que se publicó la órden del 5 hicieron efectuar un movimiento en la Bolsa. Un agiotista tuvo la desfachatez de gritar: «¡ya no volverán los facciosos!» ¡Facciosos llamaba á los diputados!

Conozco que dirigiéndome á franceses no necesito encomiar el desinterés. Nada diré por lo tanto de las promesas que acaso les harán. Pero lestén muy prevenidos contra una seduccion de la que en realidad nos es tan difícil librarnos. Les hablarán del *rey* y de su *familia* en los mismos términos que hablaron de ellos á las cámaras. La sensibilidad nacional se sentirá conmovida, las lágrimas se asomarán á los ojos; al oir el nombre del rey se quitarán el sombrero, tomarán el billete que les presentará una mano enemiga y lo meterán en la urna. Desconfiad de ese artificio. No deis oido á esos hombres, que segun ellos dicen, son mas realistas que nosotros: salvad al rey *á pesar del mismo*!

Mas por otra parte ¿qué es lo que el rey quiere? Si fuera posible penetrar en los secretos de su profunda sabiduría, ¿no podria acaso presumirse que al dejar constitucionalmente toda libertad de accion y opinion á sus ministros responsables ha manifestado miras mucho mas vastas que estas? No pocas veces en circunstancias las mas arduas ha dado que admirar el rey por la sagacidad de su vista y profundidad de pensamiento. Acaso habrá pensado que hallándose la nacion enteramente satisfecha volverá á reelegir esos mismos diputados de quienes por su parte se ha manifestado tan contento, y que siendo la nueva cámara tan realista como la disuelta, aunque convocada bajo otros principios, no habrá medio ni disculpa para conocer con toda claridad la verdadera opinion nacional.

Esto es lo que he creido deber decir á mis conciudadanos que acaso podrian ignorar el estado político de la nacion y dejarse sorprender por exceso de su buena fe. No trato de divulgar este escrito por medio de mensajeros secretos: lo publico á la faz del dia. No tengo ninguna influencia para apoyar mis *intrigas* fuera de la que me da mi conciencia y mi amor al rey. Gracias á Dios jamás he carecido de esta poderosa influencia cuando se ha tratado de la sangre ó de los intereses de mis soberanos.

Franceses, si mi voz no os es desconocida, si algun dia hice resonar en vuestro oido el acento de la religion y el honor, prestad ahora atencion á lo que os digo: concurrid á las elecciones. La salvacion ó la ruina del país dependen acaso de la eleccion que hagais. No concedais vuestros votos sino á hombres cuya virtud, lealtad y patriotismo os sean notorios. Vengan siendo asi esos diputados queridos de su patria, vengan á presentar á los piés del trono su respeto, su adhesion y su amor, y al darnos de una vez ejemplo de todas las virtudes digan á los ministros siguiendo el espíritu de paz, de moderacion y de concordia: «no hemos sido, ni somos, ni seremos enemigos »vuestros; pero renunciad sistemas que causarian la »ruina del trono y de la patria.»

EL VEINTE Y UNO DE ENERO DE MIL OCHOCIENTOS QUINCE.

El 21 de enero está ya cercano. Hace ya tiempo que la gente pregunta. ¿Qué haremos? ¿Qué hará la Francia? ¿Se dejará pasar otra vez ese dia fúnebre sin ninguna señal de dolor? ¿En dónde están las cenizas de Luis XVI? ¿Quién las ha recogido? Si no hubiera intervenido la piedad de un oscuro ciudadano, apenas se sabria hoy donde reposan los santos despojos de

aquel monarca que debia dormir en San Dionisio al lado de Luis XII y Carlos el Sabio. Durante algunos años se quiso que el dia que ocurrió la muerte de este justo fuese un dia de regocijo. ¡Hasta qué punto ciegan las pasiones políticas! En tanto que los hombres dominados por ellas pretendian apartar el fúnebre crespon que cubria la Francia, en tanto que mandaban hacer pompas irrisorias, los buenos ciudadanos redoblaban las señales de dolor, llorando en la soledad, y mandando secretamente celebrar el sacrificio expiatorio. En vano eran convidados á otros abominables espectáculos: la tristeza pública contestaba á la invitacion, diciendo: *No, la Francia no es culpable como vosotros; no quiere participar ni de vuestros crimenes, ni de vuestras solemnidades.*

Luis XVI desde el principio de su reinado habia abolido la servidumbre corporal, habia mejorado los ramos de la administracion, realzado la gloria de la marina, y hecho resonar el eco de la victoria en las playas de América y de la India. En medio de las tempestades de la revolucion, á pesar de la efervescencia de los partidos, hizo brillar tan claramente sus virtudes que de comun consentimiento la nacion le llamaba *el hombre mas honrado del reino.* Henchido de amargura, abrumado de ultrajes llevároнlo á París precedido de algunos de sus guardias, redujéronlo á vivir en un encierro, y á dejarse consumir por el dolor.... Pero no es delante de su familia donde debe terminarse el relato de tamañas desgracias. Allí está su huérfana, allí, solo su presencia expresa mas que cuanto nos fuera dado decir. Testigos y jueces que le condenásteis, aun conservais la vida: vuestros ojos presenciaron lo que ocurrió publicamente, y vuestra conciencia no os dejará de repetir á todas horas lo que pasó en secreto durante la historia de nuestros infortunios.

¡No quiera Dios que ninguno de nosotros trate de buscar culpables, ni de atizar enconos! Mas si aspiramos á ser virtuosos es preciso que tengamos aliento para ser hombres; es preciso que á manera de los pueblos antiguos nuestro carácter sea asaz varonil para soportar la vista de nuestras propias miserias. Olvidemos el criminal; pero tengamos presente el crímen. ¡Y bien! Porque haya algunos hombres, que en tanto que nosotros lloraremos, se crean obligados á evitar nuestras lágrimas ¿no nos ha de ser permitida esta dulce venganza? ¿Deberá todo un pueblo sofocar en su corazon la moral y la religion, renunciar á toda justicia, y aparentar que su razon aprueba lo que su debilidad no pudo menos de soportar, solo porque hay algunas conciencias suspicaces, que no creen que la patria se halla tranquila sino en tanto que no están turbadas por sus remordimientos, imaginándose que la voz de estos remordimientos es el grito de las facciones?

Casi todos los pueblos han sido testigos de grandes crímenes, y en todas partes se establecieron sacrificios para expiarlos. Cuando Agis pereció en Lacedemonia queriendo como Luis, mejorar las leyes de su pueblo, «los ciudadanos de Esparta, segun dice Plu»tarco, creyeron que jamás se habia cometido un »crímen mas atroz, ni mas digno de castigo, desde »que los dorios habian venido á habitar el Pelopo»neso.»

Despues de la restauracion de Carlos II en Inglaterra, se erigió una estátua en el mismo sitio en que Carlos I fue decapitado y el aniversario de la muerte de este rey se convirtió en un dia de ayuno y oracion.

Mas no tratamos de imitar á ninguna nacion extranjera: entre nosotros podemos encontrar toda clase de buenos ejemplos. Despues de la batalla de Poitiers, «los Estados de la lengua de *Oc* mandaron que duran»te un año, si el rey (Juan) no alcanzaba su libertad, »nadie llevara oro, plata, ni perlas en sus vestidos, y »que los juglares y los músicos se abstuvieran de tocar »instrumentos.» Nuestros antepasados fueron mas dichosos que nosotros, pues nadie les impidió manifestar sencillamente su dolor asi que lo sintieron. En la ocasion á que nos referimos fue bastante breve, pues el rey Juan no tardó en librarse de su cautiverio. Pero las demostraciones de nuestro dolor deben ser eternas, pues el rey cuya pérdida lamentamos jamás volverá á presentarse entre nosotros.

Por lo menos vamos á ver que se lleva á efecto, lo que tanto hemos deseado, y lo que toda la Europa esperaba: nuestro dolor comprimido por tanto tiempo en el fondo del alma va por último á tener alguna espansion. Luis XVIII hasta en esto se anticipa á la necesidad de nuestros corazones dando riendas á la piedad de su pueblo, y reproduciendo las ideas morales y religiosas al mismo tiempo que nos ha redimido del despotismo y nos ha colocado con su pacífica mano bajo el imperior de nuestras antiguas leyes.

El 21 de enero pasarán Monsieur, el señor duque de Angulema y el señor duque de Berry al cementerio de la Magdalena, que hoy es propiedad de M. Descloseaux. El terreno ha sido reconocido legalmente y con anticipacion se ha adquirido certeza del sitio en que reposa el cadáver del rey: creese que tambien se encontrarán las cenizas de la reina. Por una interesante casualidad los suizos que murieron en la jornada del 10 de agosto fueron enterrados á los piés de Luis XVI. La fosa en que fue arrojado el monarca tenia diez piés de profundidad y no se ha tenido por conveniente remover la tierra hasta el momento de la exhumacion. Nada debe haber secreto en este acto sagrado: toda la nacion vió perecer á su rey, toda la nacion debe ver á un mismo tiempo aparecer sus mortales despojos. ¡Ah! que sensaciones no abrumarán á los espectadores cuando la tierra removida permitirá que se vean blanquear los huesos de Luis XVI, su tronco mutilado y su cabeza puesta en la extremidad inferior del cuerpo, única señal por la que es posible conocer al descendiente de tantos reyes! Represéntese uno en la imaginacion á los tres príncipes postrándose de rodillas juntamente con el clero en aquel pavoroso momento, á la religion entonando su himno de paz y de gloria, y á las reliquias del mártir saliendo triunfantes del seno de la tierra para protejer en lo sucesivo á la Francia y atraer por su intercesion las bendiciones del cielo sobre sus hijos.

Asi que los restos sagrados del monarca y de su augusta esposa se hayan encontrado, la comitiva se pondrá al momento en marcha hácia San Dionisio. Toda la magnificencia de esta pompa fúnebre consistirá en las desgracias de Luis XVI. Propia es la modestia del triunfo de tantas virtudes y la sencillez conviene á la grandeza de tantos infortunios. No deben las pasiones humanas turbar la calma y la magestad de esta ceremonia. Todo lo que pueda dar orígen á una acusacion será desterrado de ella, ni figurará nada mas que lo que puede inspirar consuelos; al encontrar el padre de familia su tumba, quiere que sus hijos sepulten en ella todas sus disensiones, todas sus enemistades.

El convoy seguirá el mismo camino por donde ahora hace seis siglos pasó el de San Luis, primer abuelo de los Borbones. En aquella ocasion, dice Joinville, «el arzobispo de Reins levantó el cuerpo del santo, y »despues de haberlo levantado pronunció Fr. Juan de »Seymours la oracion fúnebre. Entre otros de sus »hechos recordó varias veces una cosa que yo le ha»bia dicho por lo tocante al buen rey, y era su gran »lealtad.... Acabado el sermon, siguen diciendo las »crónicas, el rey (Felipe el Atrevido) tomó en hom»bros á su padre y á pié se puso directamente en ca»mino de San Dionisio de Francia.

¡Qué abismo de reflexiones, qué comparacion puede hacerse entre los acontecimientos, épocas, luga-

res y pompas fúnebres de San Luis, y de Luis el mártir!

La comitiva se dirigirá á la iglesia del apóstol de Francia; pero los sucesores de aquellos religiosos que vieron ondear el oriflama ante el nincho de San Luis no saldrán á recibir al descendiente del santo monarca. *En aquellas mansiones subterráneas donde duermen los reyes, y los príncipes convertidos en ceniza; en aquellos lugares sombríos donde tan estrechadas estaban las hileras que apenas habia sitio para colocar á Madama Enriqueta,* ¡Luis XVI tendrá que estar enteramente solo...! ¿Cómo se han levantado los muertos? ¿Porqué está desierto el regio panteon? No lo preguntemos: inquiramos mas bien por qué se halla restaurada su bóveda, por qué su altar se halla reedificado. ¿Qué mano es la que ha contenido la ruina de esos sombríos arcos y ha preparado esas tumbas que aun se hallan vacías? La mano del mismo hombre que se hallaba violentamente sentado en el trono de los Borbones. ¡Oh Providencia! ¡El creia preparar sepulcros para su raza y no hacia mas que edificar la tumba de Luis VXI! La injusticia no reina mas que un solo momento: solo la sabiduría es la que cuenta antepasados y deja una posteridad. Contemplad cómo á un mismo tiempo el que se titulaba dueño del mundo cae precipitado en medio de sus violencias, Luis XVIII recobra el cetro, y Luis XVI es devuelto al sepulcro de sus padres. La monarquía de los soberanos legítimos habia estado suspendida durante veinte años; pero sus derechos fundados en sus virtudes eran tan indestructibles como su nobleza. Dios puso fin de un solo golpe á esa tremenda revolucion, y los reyes de Francia vuelven á tomar posesion de su trono al mismo tiempo que de su tumba.

En tanto que los restos mortales de Luis XVI y de María Antonieta serán llevados á San Dionisio, se pondrá la primera piedra del monumento que ha de erigirse en la plaza de Luis XV. Este monumento representará á Luis XVI (1) en el acto de remontarse á las eternas moradas, sostenido y guiado por un ángel en ademan de decirle *¡Hijo de San Luis, subid al cielo!* En una de las caras del pedestal aparecerá un medallon con el busto de la reina rodeado de esta leyenda. *Todo lo he sabido, todo lo he visto, todo lo he perdonado.* En otra de las caras del pedestal se verá un retrato en bajo relieve de Madama Enriqueta con estas palabras: *No los desengañeis*, expresiones sublimes que salieron de sus labios en la jornada del 20 de junio, cuando los asesinos amenazaban su vida creyendo que era la reina. En la tercera cara se grabará el testamento de Luis XVI con estas evangélicas palabras en letras mayúsculas:

PERDONO DE TODO CORAZON Á LOS QUE SE HAN HECHO ENEMIGOS MIOS.

En la cuarta cara del pedestal figurará el escudo de armas nacional con esta inscripcion: *Luis XVIII á Luis XVI.* Los franceses solicitarán sin duda el honor de unir al nombre de Luis XVIII el nombre de la Francia que nunca pudo ser separada de su rey.

Este monumento será tan interesante como admirable. Por ningun concepto hubiera sido conveniente erigir un altar fúnebre en la plaza de Luis XV. Esta plaza es una especie de centro por donde pasa la multitud ansiosa de placeres, ó haciendo alarde de sus vanidades. En las distracciones naturales á la humana flaqueza, los acentos del placer hubieran mas de una vez profanado el monumento del dolor. No, ningun francés tendrá que retraer sus pasos ó sus miradas del monumento proyectado: unos verán en el testamento de Luis XVI el orígen y la confirmacion del artículo de la ley fundamental que les pone al abrigo de toda indagacion judicial, y otros podrán recoger en el monumento aquellos recuerdos que despojados de su amargura por el tiempo no dejan en el fondo del alma mas que un religioso enternecimiento. El rey que hasta el presente no se ha atrevido á pisar aquel *campo de sangre*, podrá en lo sucesivo pasar por él, sino enteramente libre de tristeza, por lo menos sin horror, en tanto que hasta el mismo juez del desgraciado monarca podrá atravesar la plaza, amparado por aquel monumento de misericordia sin mas temor que el de su propia conciencia. Finalmente, ese monumento expiatorio se convertirá en un manantial de consuelo para todos los franceses, y las venideras generaciones podrán aprender en él esas severas máximas, esas provechosas ideas que en todos tiempos y paises han dado verdadera gloria á los pueblos y á los varones eminentes.

No será este monumento el único consagrado á la desgracia y al arrepentimiento. En el terreno del cementerio de la Magdalena se edificará una capilla, cuya fachada por el lado de la calle de Anjou representará una antigua tumba, y se entrará en ella por una calle que se abrirá cuando la capilla esté ya edificada. A fin de que el edificio contenga los diversos sepulcros en su recinto se le dará la forma de una cruz latina, y recibirá la luz por el techo, de modo que aparezca bañada de misteriosa claridad. En todas las partes del monumento se colocarán altares donde á todo el mundo le será lícito ir á llorar á una madre, á un hermano, á una esposa, ó en fin, á cualquiera de aquellas víctimas, compañeras fieles, que por espacio de veinte años han reposado en el cementerio al lado de su señor, y allí es adonde se irá á honrar particularmente la memoria de M. de Malesherbes. Perdónesenos el que asociemos al nombre del monarca el recuerdo de un vasallo; pues en la muerte, en la desgracia y en la virtud hay algo sobrenatural que confunde las gerarquías.

El rey hará fundacion perpetua de una misa en esta capilla y habrá dos sacerdotes encargados de mantener el debido decoro. En San Dionisio se hará otra fundacion mas considerable en nombre de Luis XVI, á favor de los obispos y sacerdotes, que despues de un largo apostolado tendrán necesidad de descansar de sus santas fatigas. Estos ancianos reemplazarán á los religiosos que cuidaban de las cenizas de los reyes, y por sus canas, su gravedad y sus trabajos serán los naturales custodios de aquel asilo de la muerte, que ellos mismos no tardarán mucho tiempo en necesitar. Dícese que tambien se trata de devolver á esa antigua abadía las tumbas que la decoraban, y con arreglo á las cuales Suger hacia escribir la historia de Francia, como en presencia de la verdad y la muerte.

Cuando uno piensa, que el príncipe que acaba de consagrar nuestras libertades, que sin derramar una gota de sangre ha dado término á las civiles discordias, y devuelto á la nacion la tranquilidad; que el príncipe que valiéndose de la política mas generosa, defiende al exterior los derechos de los soberanos desgraciados; cuando uno piensa en que ese príncipe es el mismo monarca por quien van á darse tan grandes ejemplos de religion, no halla uno bastante cúmulo de bendiciones que derramar sobre su cabeza. Mas ¿quién no ve ya que los siglos le colocarán en la categoría de los mejores y mas eminentes reyes de su raza?

Durante la fúnebre ceremonia Madama se retirará á Saint Cloud. Ya hemos dicho que los príncipes acompañarán las cenizas de Luis XVI á San Dionisio: solo el rey permanecerá en París para confiar su dolor al pueblo; para mezclar consuelos con nuestras lágrimas y para dulcificar con su venerable presencia la amargura de nuestros suspiros.

(1) Se varió el proyecto de algunos de estos monumentos.

DE LA EXCOMUNION DE LOS CÓMICOS.

FEBRERO 1815.

Hace algun tiempo que se habló mucho de la escandalosa escena que ocurrió en los funerales de la Señorita Raucourt. Esta escena no fue mas que una repeticion de lo que acaeció en 1802 en el entierro de la Señorita Chaumerois con la única diferencia de no haber sido profanada en la primera época la iglesia de San Roque, y haber alcanzado por de pronto el párroco una especie de victoria, si bien en lo sucesivo tuvo que sufrir algunas despóticas providencias. Ahora que las pasiones se hallan ya mas tranquilas, pero que la opinion pública no se ha fijado aun sobre el objeto que las habia motivado, nos parece conveniente examinar una vez por todas la cuestion de la excomunion de los cómicos. Vamos á someterla al buen sentido de nuestros lectores. Por mas que se diga abunda hoy en Francia la razon, y es el fruto de la experiencia que á costa de tantas desgracias se ha adquirido. Los hombres de opiniones las mas encontradas solo apetecen seguir el partido de la verdad, siempre que se les presente sencilla, franca y lealmente.

Dos cosas deben tenerse presentes en el asunto que vamos á examinar: 1.° la causa de la aversion de la Iglesia á los espectáculos: 2.° el grado de autoridad que un párroco puede y debe ejercer en su iglesia, cuando no hace mas que seguir el espíritu de



CROMWELL FIRMANDO LA SENTENCIA DE MUERTE DE CARLOS I.

los cánones y obedecer á las órdenes de sus superiores.

Para encontrar la causa de la severidad de la Iglesia y del rigor de sus reglamentos contra el teatro es preciso remontarse á los primeros tiempos de la Iglesia. «Todo el aparato de esas pompas, dijo Tertuliano, está fundado en la idolatría.» Partiendo de este principio hace ver, al examinar el orígen de los espectáculos admitidos entre los romanos, que casi todos presentaban el nombre de alguna divinidad del paganismo por ejemplo, los *Bacanales*, *Apolíneos*, *Cereales*, *Neptúnicos*, *Horales*, *Olímpicos*, etc. El circo estaba consagrado, ó mejor dicho, prostituido, por valerme de los términos de este primer Bossuet, al sol. Los teatros se erigian bajo la advocacion de Baco y de Venus. Como esos dioses no son ya para nosotros mas que unas ingeniosas fábulas de Homero, no nos podemos formar idea del horror que inspiracion á la Iglesia, cuando eran adorados como seres reales, protectores de las pasiones y los crímenes, ó como verdaderos demonios perseguidores de los cristianos.

La prostitucion y el asesinato acababan de manchar esos espectáculos, que la idolatría hacia tan abominables á los ojos de los fieles. Mujeres públicas se presentaban en el teatro durante las fiestas de Flora, y esas desgraciadas sigue diciendo Tertuliano, estaban condenadas á avergonzarse por lo menos una vez al año. ¿Qué se veia en el anfiteatro? combates de gladiadores, ó tormentos de los mártires. «Cris»tianos, exclama el autor del *Apologético* ¿pedís lu»chas, combates y victorias? El Cristianismo os las »ofrece por todas partes. Ved la impureza vencida »por la castidad, la perfidia por la fe, la crueldad »por la misericordia, y el orgullo por la modestia. »En esos combates es donde se debe aspirar á la co»rona. ¿Quereis ver sangre derramada? contemplad »la de Jesucristo.»

Siendo los espectáculos tan justamente proscritos por los primitivos cristianos, natural era que los actores participasen del anatema; y en esto los fieles no hicieron mas que imitar á los mismos paganos. En Roma, los cómicos, los bufones, los ginetes del circo y los gladiadores estaban excluidos del palacio, del foro, del Senado, del órden ecuestre, de todos los cargos públicos, y hasta perdian el derecho de ciudadanos. Una ley de los emperadores Valentiniano, Valencio y Graciano *permite* á los obispos dar el bautismo á un cómico en peligro de muerte, y manda que en el caso de recobrar la salud, no se le pue-



MADAMA SALE DE BURDEOS.

da obligar á seguir su antigua profesion. Otra ley obliga á los cómicos á seguir representando en el teatro con tal que no hubiesen abrazado el Cristianismo. Pero la misma ley renovada, de allí á poco añade, que si las mujeres dispensadas de presentarse en el teatro por haberse bautizado, proseguian en su vida licenciosa, se las obligará á volver á ejercer su antigua profesion. ¡Qué manera de condenar el teatro y qué elogio de la religion! Era pues tan poco apreciada la condicion de actor entre los romanos, que venia á refundirse exclusivamente en algunas familias, dotadas por la ley de esa herencia tan brillante, como reprobada.

Tan crueles preocupaciones por parte del pueblo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

leyes tan duras emanadas del Senado y de los emperadores nos dan claramente á conocer que la prevencion contra el teatro no debe atribuirse únicamente á lo que algunos afectan llamar *barbarie* del Cristianismo, supuesto que tal prevencion se deriva naturalmente de la moral y de la gravedad de las leyes. No opinó la Iglesia con mas severidad acerca de los teatros que el mismo Tácito y Séneca. Ovidio, cuya autoridad no puede ser sospechosa, aconsejaba á Augusto que prohibiera los teatros, como una escuela de corrupcion.

. . . . . Ludi quoque semina præbent
Nequitiæ: tolli theatra jube.

En la misma patria de Sofocles, en aquellas afortunadas regiones donde las musas hicieron brillar los prodigios, las mujeres no podian presentarse en la escena, ni asistian á las diversiones del teatro. No ha hecho por lo tanto la Iglesia mas que seguir la propension de las leyes cuando determinada por las razones que acabamos de indicar lanzó sus excomuniones contra los teatros. Estos se fueron aboliendo gradualmente en el mundo romano á proporcion que se fue convirtiendo al Cristianismo ó cayó bajo la dominacion de los bárbaros. En tanto que el eco de esas diversiones demasiado célebres se confundia en el estrépito de la caida de los imperios, es curioso observar como esas mismas diversiones fueron oscuramente naciendo entre aquellos francos, aquellos hunos, y aquellos vándalos que acababan de destruirlas: ¡tan cierto es que el corazon humano es siempre el mismo, y que el hombre necesita esos placeres que se consuelan por un momento! Clodoveo en los postreros años de su vida, saciado de victorias y de conquistas, mantenia á su lado un bufon que le habia enviado Teodorico: á este primer mímico es preciso remontarse al traves de los siglos para indagar el orígen y la nueva pompa de los espectáculos modernos. Todo el mundo sabe la historia y procedencia del teatro francés: nadie ignora que los *Misterios* representados por los *cofrades de la Pasion* fueron los precursores de *Cina* y de *Athalia*.

Mas ¿porqué razon la Iglesia se habia de mostrar mas indulgente para con estos nuevos espectáculos? En ellos se profanaba la religion, se ultrajaban las costumbres, y la sátira llegaba á convertirse en calumnia. Finalmente, aun cuando los espectáculos se fueron purificando, la Iglesia, siempre escrupulosa cuando se trata de la conservacion de las costumbres, no halló razon suficiente para renunciar á sus recuerdos, ni para abandonar sus tradiciones y sus leyes. Bossuet, Bourdalone y Flechier siguieron reprobando el teatro con toda la autoridad de su elocuencia y talento. El autor de las *Oraciones Fúnebres* no se desdeñó de coger la pluma para refutar una apología de los espectáculos, atribuida á un religioso, é impresa el 1694 al frente de una edicion de las comedias de Boursault. La carta de Bossuet y sus *Disertaciones* sobre la comedia, son obras maestras de donde Rousseau tomó parte de los argumentos que empleó en su célebre *carta á Dalambert*. ¿Se acriminará á la Iglesia el haber pensado acerca de la comedia, del mismo modo que el filósofo J. J. Rousseau?

Pero ¿se prueba con esto que es preciso abolir los espectáculos y no enterrar á los cómicos? No. Mas esto prueba que si los que critican el rigor de la Iglesia se hubiesen tomado la molestia de consultar la historia, no habrian sido tan fáciles en condenar á un mismo tiempo á la antigüedad gentílica y á la antigüedad cristiana. En la actualidad, que nuestras costumbres han cambiado, ¿deberá la Iglesia rebajar algo de su severidad por lo tocante á la disciplina de los teatros? Todo puede esperarse de su sabiduría. «Roma, dice Voltaire, ha sabido acomodar siempre sus leyes á los tiempos y circunstancias.» Por otra parte, nunca ha sido la Iglesia enemiga de las bellas artes, cuando estas han sabido contenerse en sus legítimos límites. Al establecer el cardenal de Richelieu su teatro, hizo tomar acta en el parlamento de París de una declaracion del rey, en que renovaba las penas impuestas á los cómicos que usasen *alguna palabra lasciva ó de doble sentido que pudiera ofender la pública honestidad; pero en el caso de que los cómicos sean modestos, serán absueltos de infamia.*

Ahora que el teatro se ha hecho mas casto, siguiendo los actores el progreso general de la sociedad; y teniendo algunos de estos no solo talentos eminentes, sino cualidades morales de que cualquiera hombre podria honrarse, ¿no se les deberá colocar en la categoría de aquellos apreciables artistas á quienes debemos el goze de las obras maestras del genio? Nuestra preocupacion contra los teatros se ha debilitado, porque todos nuestros lazos religiosos se han ido aflojando. Si se pudiera de una vez convertirnos en cristianos celosos y ardientes, seria sin duda muy conducente mantener en su vigor el espíritu de los cánones: empero, ¿quién sabe si la Iglesia no juzgará oportuno establecer una consonancia mas general entre su disciplina y el estado actual de nuestras costumbres? ¿Es uniforme esta disciplina por lo tocante al teatro? Los cómicos en una parte de Italia y de Alemania no están excomulgados: la Santa Sede y los concilios generales nunca se han explicado de un modo muy positivo sobre este particular. Clemente XIII habia mandado cerrar el teatro *Albertini* en Roma; Clemente XIV creyó deber tolerar este establecimiento; Inocencio XI solo á las mujeres prohibió el presentarse en la escena. Habiendo en 1696 los cómicos franceses presentado á Inocencio XII una instancia pidiendo se les levantaran las censuras eclesiásticas, este pontífice, sin condenarlos absolutamente, se contentó con remitir el espediente al arzobispo de París para que los tratara con arreglo á derecho. *Ut provideat eis de jure.* La moderacion es el carácter distintivo de la Iglesia galicana (1). «Respecto de lo que la »Iglesia prohibe, dice Bossuet, los obispos han juz»gado algunas veces segun todo el rigor de los cáno»nes, y otras veces han tolerado muchas cosas con »arreglo á las necesidades del tiempo. Cuando no han »visto peligro ni para la fe, ni para las costumbres, »han consentido en alguna tolerancia; nunca por una »ciega é inconsiderada relajacion de la disciplina, si»no por ceder á una necesidad que acaso habria po»dido hacer cambiar hasta las mismas leyes: esta es la »razon porque los Santos Padres, y la Santa Sede »han alabado tantas veces el que se haya templado el »rigor de los cánones.....» Segun dice Ives de Chartres, «con tal que no se toque al fundamento de la fe »y á las buenas costumbres, puede usarse de alguna »condescendencia, aunque tuviera visos de debili»dad..... ¿Se acusará por eso de ligereza á la Iglesia? »¿Podrá decirse, usando de las propias palabras de »San Pablo, que en ella hay el *si* y el *no*? No lo quie»ra Dios; pero segura, como está, de su eternidad, »é inmutablemente adherida á la verdad misma, se »acomoda en algun modo por lo que tiene de exterior »á las cosas humanas, no tanto por ceder á las cir»cunstancas de los tiempos, como para servir á la »salvacion de las almas.»

¿No podrá esperarse de la sabiduría del clero que tomará en consideracion el cambio de costumbres y de tiempos? Mas una vez hecha esta concesion al espíritu del siglo, ¿tendremos por eso el derecho de anticiparnos á la decision de la Iglesia, y de entregarnos á violencias para hacer nosotros mismos lo que nos

(1) *Carta de la Asamblea al Papa*, del 3 de febeero 1682, tomo IX de *las obras de* Bossuet.

place llamar *justicia*? No, sin duda. Esto nos conduce naturalmente á la segunda parte de la cuestion.

Cuando un párroco se niega á recibir el cadáver de un hombre que notoriamente habia estado bajo el peso de las censuras eclesiásticas, no hace mas que obedecer á la ley que le manda obrar asi. Aunque por su natural caridad estuviera dispuesto á obrar de otro modo no podria hacerlo sin traspasar el precepto de los cánones á los cuales como párroco y como sacerdote está necesariamente sujeto. Si un soldado recibe una consigna ¿puede violarla ó dejarla violar por el pretexto de que su ejecucion ofrece inconvenientes? ¿Es él por ventura intérprete ó juez de las órdenes de sus superiores? ¿En qué pararia la disciplina, si cada soldado en vez de obedecer, se metiera á examinar los motivos que tiene su gefe para obrar de aquel modo ó á criticar sus planes y sus designios? Usamos de este simil en una nacion enteramente militar que comprenderá su exactitud. Un párroco es el único gefe en su iglesia, como lo es un oficial en el puesto que se le ha confiado: nadie tiene el derecho de imponerle leyes que él no puede reconocer por tales. Y ¡cuánta mas culpabilidad habrá si á la violencia que le hacen para imponérselas se añade el escándalo público, el insulto al culto de la patria y la profanacion de los altares!

A esto me contestarán que los cómicos gozan del derecho de ciudadanos, pues les está abierto el camino para todos los cargos públicos, y pertenecen á la guardia nacional, etc., etc. Precisamente es esto lo que dañaria su causa, si sus amigos por una inconducente ignorancia, ó por un inconsiderado celo, prosiguen entregándose por ellos á excesos que no tienen disculpa. No se trata ya de reclamar las leyes generales del Estado en beneficio de los actores, ni se pone en duda su existencia civil de la que se hallan efectivamente en plena posesion. ¿De qué se trata pues? Se trata de derechos puramente religiosos. Y bien sabido es que una religion tiene sus ritos y sus costumbres de que no puede prescindír. A nadie se fuerza á segnir esta religion: ser ó no ser cristiano, hé aqui todo: y esto en nada altera la condicion civil de un hombre. Mas desde el momento que uno pretende ser católico, apostólico y romano, ¿no es el párroco el que naturalmente ha de decidir esta cuestion? ¿No es él quién segun las reglas de su culto sabe si la persona que se le presenta ha conservado ó perdido la calidad de hijo de la Iglesia?

Añádase que aunque haya sido devuelto á los actores el derecho de ciudadano, el párroco no puede ser tachado de inhumanidad por rehusar su ministerio á los funerales de estos; pues semejante negativa no lleva consigo la privacion de la sepultura comun. El párroco no hace mas que ejercer sus derechos naturales y todas las religiones de la tierra tienen la costumbre de no conceder sus honores fúnebres mas que á sus discípulos. ¿Seria recibido en alguna mosquea el cadáver de un cristiano que hubiera fallecido en Constantinopla? ¿Un ministro protestante en Filadelfia no remitiria el cadáver de un católico á su párroco, el de un presbiteriano á su Iglesia, el de un cuácaro á sus hermanos y el de un judío á la Sinagoga? ¿Queréis que un párroco entierre el cadáver de quien no habia vivido en la comunion católica; pero si el párroco pretendiera á su vez apoderarse del cadáver de un ciudadano que no hubiese querido morir en la religion cristiana, ¿no exclamarías, que era un fanatismo y una intolerancia? ¿No hemos visto sacerdotes rechazados con desprecio del lecho del moribundo, y agonizantes que han preferido las estériles pompas de un nuevo paganismo á las consoladoras palabras del hombre de Dios? Conceded al sacerdote la independencia que reclamais para vosotros: sino os creeis obligados á llamarle en vuestro último suspiro ¿qué razon hay para obligarle á velar en vuestro postrer asilo? ¿Por qué ridiculez, aquellos que toda su vida han pasado fuera de la Iglesia católica sin dárseles el menor cuidado de semejante circunstancia, quieren entrar en ella despues de su muerte? Si creyeron en el poder del anatema, ya es tarde para reconciliarse, sino creyeron, ¿habrémos de decir, que su única intencion fue producir escándalos? Si los libros de partidas de nacimientos, enlaces matrimoniales y defunciones, estuviesen como en otro tiempo á cargo de los párrocos de las diversas parroquias, ó si, como en otro tiempo, estos párrocos fuesen dueños de rehusar la inhumacion en el campo santo, podria decirse que la excomunion turbaba el estado civil, impidiendo que un ciudadano fuese inscrito en el libro de los muertos, ó privándole de reposar al lado de ellos; mas nada de esto sucede haciéndose todos los actos públicos en las municipalidades y estando el poder espiritual separado del temporal. ¿Qulén impedia que la señorita Roucourt hubiese sido llevada con toda pompa al cementerio, rodeada de sus amigos y de todos los que adjudicaban algun valor á su talento? ¿Qué mas hubieran pedido los admiradores de Moliere? ¿No hubiera Voltaire, en vez de lamentar la muerte de la señorita de Lecouvreur, celebrado la tolerancia de un siglo que concedia á esta actriz semejantes funerales?

Contemplemos ahora hasta qué punto la Iglesia galicana lleva su dulzura y caridad: ¿Qué es preciso para que un cómico pueda conseguir que sus cenizas sean recibidas en la Iglesia? Basta que un criado, ó un testigo afirmen que el moribundo antes de espirar pidió el auxilio de un sacerdote. ¿Cuándo, ni aun se hace caso de tributar esas leves señales de respeto al culto antiguo de la patria y á la religion de tantos hombres eminentes, ¿está bien que se pidan á esta religion las últimas oraciones que ofrece por el reposo de sus hijos? ¡Cuál se manifiesta en todo esto la ineficacia del hombre para dar consuelo á las cenizas del hombre! Vanamente en nuestro tránsito sobre la tierra hemos despreciado al parecer la religion; desde el féretro se eleva una voz implorando sus esperanzas y bendiciones.

DE LA GUERRA DE ESPAÑA.

12 OCTUBRE 1823.

El rey en su discurso de apertura de las últimas sesiones dijo lo siguiente:

«Si la guerra es inevitable, procuraré limitarla al »menor espacio y duracion: ni se acometerá mas que »para conquistar la paz que el estado actual de Espa»ña no dejaria realizar.

»Sea libre Fernando VII de dar á sus pueblos las »instituciones que solo de su mano puede recibir, y »que asegurando su tranquilidad disiparán los justos »recelos de la Francia: desde cuyo momento, os doy »mi palabra de que cesarán las hostilidades.»

Asi se ha verificado efectivamente, y no obstante los rumores que la malevolencia ha propalado en diversos sentidos se ha seguido con toda exactitud el principio establecido por el rey, aun cuando mediante algunas concesiones se podia haber dado cabo á una empresa tan importante al bienestar de la Francia y de la Europa. La primera bandera enemiga con que los soldados de la legitimidad encontraron fue la bandera tricolor; la revolucion española la habia adoptado por insignia y por asilo (1): esta divisa anunciaba principios y victorias cuyo momento habia ya pasado.

(1) Dejamos al buen criterio del lector, las observaciones que tanto este párrafo, como otros del presente documento le sugieran. Nuestro empeño se cifra á traducirlo literalmente.

Un solo cañonazo disipó el prestigio y se desvanecieron treinta años de ilusiones.

Entonces se abrió aquella campaña cuyo plan trazado por el señor duque de Angulema, es admiracion de los inteligentes en la ciencia de la guerra. La Cataluña fue objeto de la ocupacion de otro ejército que á las órdenes de los generales Damas, Donnadieu, Curval y d'Eroles, dirigidos por un antiguo mariscal, lleno de honor puso en evidencia todo lo que pueden la actividad, la paciencia y el valor. Al mismo tiempo las plazas fuertes de Navarra y las provincias Vascongadas fueron rodeadas por los generales Hohenloe, Canuel y d'Espagne. Estando de esta manera ocupadas las provincias situadas al lado de acá del Ebro se pusieron en marcha dos columnas, la una á las órdenes del general Molitor y la otra mandada por el general Bourcke. Principió la primera sus operaciones por el combate de Logroño, y obligó á Ballesteros á capitular delante de Granada, despues de haber librado á Cataluña y á los reinos de Valencia y de Murcia del yugo revolucionario, y la segunda arrojó de Asturias y de Galicia á los rebeldes, y determinó por último la rendicion de Morillo.

En el centro de estas dos columnas, que barriendo las costas occidentales y orientales de España habian de reunirse bajo los muros de Cadiz, marchaba el cuerpo de ejército, que á las inmediatas órdenes del príncipe generalísimo, debia llegar por un camino mas recto al último baluarte de la revolucion. El príncipe se detuvo algunos momentos en Madrid, organizó el gobierno español, tal cual era reconocido por las altas potencias del continente; envió por delante á los genereles Bourmont y Bordesoulle; dirigió el movimiento de las divisiones Bourke y Molitor, y cuando estas llegaron á la altura determinada, fué personalmente á apoderarse del Trocadero y bombardeando á Cadiz forzó á esta ciudad, considerada como impenetrable á que le abriera sus puertas y le devolviera el real prisionero.

Sin embargo entró en la peninsula un nuevo refuerzo á las órdenes del general Lauriston á fin de apoderarse de Pamplona, marchar sobre Lérida, y acelerar la rendicion de Cataluña, donde acababa de caer en poder de los franceses la plaza de Figueras por el brillante hecho de armas de Llers y Lladó. Figueras, Pamplona, San Sebastian y Santoña daban por medio de su capitulacion ensanche á la barrera por donde habian entrado las tropas en España, y dejaban desembarazada una columna de veinte ó veinte y cinco mil hombres que podian trasladarse al punto en que mas necesaria fuera su presencia. De manera, que en menos de seis meses el ejército francés avanzó desde las márgenes del Bidasoa á la bahía de Cadiz, tocando casi en todos los puntos de España. En este breve espacio de tiempo recorrió mas de mil leguas de terreno, sostuvo combates, asedió plazas y tomó fortificaciones por asalto, hasta venir á sofocar la revolucion española en el mismo lugar de su nacimiento, en aquella misma isla contra la que se estrelló inútilmente el poder de Bonaparte. Uno de los últimos nombres que vemos figurar en el campo de batalla en defensa de los Borbones de España es el de Rochejaquelein: no perdió su virtud la sangre vandeana en los llanos de Estremadura.

No seria justo dejar en olvido la parte que la renaciente marina francesa tomó en todos estos acontecimientos: por los bloqueos que estableció y por su ataque á Algeciras; fue ademas causa de la rendicion de plazas importantes y con la toma del castillo de Santi-Petri se abrió paso á la isla de Leon en cuyo punto se proponia desembarcar nuevas fuerzas. Todo fue grande, noble y caballeresco en esa expedicion de España. La Francia legítima conservará eternamente la gloria de haber prohibido los armamentos en corso, y de haber sido la primera en restablecer el derecho de propiedad respetado en todas las guerras continentales por las naciones civilizadas y cuya violacion en el derecho marítimo es un resto de la piratería de los tiempos bárbaros.

Antes de la entrada de esa expedicion en la península apenas se sabia si la Francia existia ó no existia; si tenia ó no ejército; si podia ó no contar con su fidelidad, supuesto que por tantas partes se esforzaban en corromperla, y por último si le seria posible sin peligro propio reunir algunos batallones. Forzoso era salir de esas dudas que á fuerza de ser propaladas por los calumniadores habian llegado á apoderarse de los hombres de mas capacidad, nada podia llegar á establecerse en un caso tal de incertidumbre. Presentóse una ocasion natural de apurar la realidad cuando fue necesario defender á la nacion del contagio moral de las turbulencias de la península. Hízose la experiencia y el mismo suceso que impidió el desarrollo de la revolucion en Francia dió á entender evidentemente que la legitimidad podia contar con su ejército.

Entre las circunstancias que figuraron en el extraordinario suceso de que nos ocupamos, ocurrió una que trataremos de indicar particularmente en beneficio de los intereses políticos nacionales. Esta fue la primera vez desde el principio de la monarquía que la Francia emprendió una guerra bajo un gobierno constitucional regularmente organizado y en presencia de la libertad de la prensa. ¡Cuántas personas, al abrirse la campaña, decian que seria imposible marchar sin suspender las libertades públicas! Figurémonos en efecto lo que habrian sido las operaciones militares de Bonaparte, si le hubiese sido lícito á una oposicion activa censurar los resultados, y exajerar los desastres! Y la Francia de la legitimidad al salir de una revolucion de treinta años, siendo presa aun del espíritu de partido y amenazada por una faccion que se sentia mortalmente atacada por la guerra de España, la Francia de la legitimidad se atrevió á emprender esa guerra sin imponer silencio á la opinion pública.

¡Cómo! La primera vez que la bandera blanca se presentaba en el campo de batalla al frente de un ejército, cuya lealtad tenian muchas personas interés en calumniar, cometió el gobierno la temeridad de dejar en libertad la prensa siendo así que habria podido suspenderla legalmente. ¿No era casi evidente que no faltaria, como en efecto sucedió alguna vez, quien desnaturalizase los hechos, negase las victorias, inventase derrotas, criticase los planes, calumniase las intenciones, censurase á los generales, y convirtiéndose en campeon de los enemigos, mancillase hasta el principio mismo de una guerra justa? Pues sin embargo el rey legítimo se sintió con bastantes fuerzas para afrentar todo este peligro: para llevar á cabo la guerra no le era necesario acudir á nuevas conscripciones, ni tenia que ocultar ningun proyecto de ambicion: únicamente tomaba las armas pera sostener los derechos de la monarquía; y eso podia decirlo en alta voz, ninguna ley escepcional hacia falta para ocultarlo. La Francia ha demostrado que con un gobierno sólido y vigoroso puede la monarquía constitucional de Luis XVIII obtener triunfos tan brillantes, como la monarquía absoluta de Luis XIV.

Dos revoluciones truncadas de un solo golpe: dos reyes arrancados de las manos de los facciosos, tales son los efectos inmediatos de una campaña de seis meses. Otros resultados inmensos é incalculables se desprenden tambien para la Francia de ese acontecimiento. Por no hablar mas que del que tenemos inmediato á la vista diremos que la conducta observada por el ejército expedicionario pone á la nacion en la gerarquía de las grandes potencias de Europa y le asegura su independencia.

Las victorias de la revolucion no se han borrado aun del todo, pero no ejercen ya sobre el porvenir una peligrosa influencia: el trono de los Borbones y el del usurpador están ya separados por nuevas victorias. Un caracter particular de órden y moderacion, el de la legitimidad ha sellado el éxito de esa expedicion en el que no se ha involucrado ningun sentimiento penoso: échase desde luego de ver que propendia á conservar, asi como otros propendian á destruir.

Los soldados franceses, que constantemente se modelan por la conducta de su general, han demostrado ser religiosos, disciplinados é intrépidos, reflejando, por decirlo asi, en cada uno de sus combates la imágen y las virtudes de su ilustre gefe. ¡Y qué gefe! el heredero de sesenta y ocho reyes, el príncipe que instruido por la adversidad debe ocupar algun dia el trono de Francia, y servir de ejemplo al hijo del milagro, al príncipe que habiendo estado largo tiempo oprimido por la revolucion, cuyo imperio iba á derribar, no ha encontrado en su corazon al llegar la hora del triunfo mas que generosidad para los vencidos, y misericordia para los culpables, plantando con una mano la bandera de la victoria y conteniendo con la otra al espíritu de las venganzas y salvando á las víctimas.

La Europa ha contemplado con admiracion el nuevo espectáculo de un ejército que nada ha costado al país en favor del cual se ha movido, de un ejército en cuyas filas todos los partidos iban á buscar proteccion, y que despues de haber llevado á cabo su empresa se retira sin llevar consigo nada, sin pedir nada mas que el amor del pueblo que ha salvado. La Europa ha contemplado con admiracion la conducta del príncipe que mandaba ese ejército y que en pos de sí solo deja una memoria adorada y consejos llenos de indulgencia y sabiduría, que la Providencia se dignará hacer escuchar; pues no puede permitir que las pasiones corrompan ni desfiguren esa obra imperecedera.

Príncipe, objeto del respeto y admiracion pública, dignaos admitir el tributo de homenages que tan justamente se os debe! Lícito es alabar las victorias que la religion bendice y la moral reclama; victorias que consolidan la restauracion; que dan estabilidad al porvenir y que nos aseguran aliados que confian en nuestra fuerza y en nuestros principios, asi como nosotros confiamos en los suyos; que dan fin á la revolucion en Europa, é inauguran un nuevo órden de cosas en los asuntos humanos.

Mucha distancia hay de la Francia de 1815 á la Francia de 1823, y solo seis meses han bastado para consumar un renacimiento que solo del trascurso del tiempo podia esperarse. Que corazon francés no se enternecerá al contemplar la dicha que la providencia reservaba á esta familia tan acrisolada en la desgracia, á ese rey tan prudente é ilustrado; á su augusto hermano, cuyo corazon paternal tanta necesidad tenia de consuelo, á esa huérfana del Temple que encuentra un esposo en el Heroe que acaudilló el ejército que acaba de salvar á la España, y á esa ilustre viuda, asociada desde tan jóven á tan largas calamidades, y que no puede complacerse en la gloria de su hermano, el príncipe, sin pensar que habria podido tener un rival! Todos los franceses, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan, deben tomar parte en la nueva gloria de Francia; esta gloria debe ser sin mancha para unos, porque adorna el trono legítimo, y sin peligro para los otros porque no destruirá la libertad.

SISTEMA POLITICO SEGUIDO POR EL MINISTERIO.

ADVERTENCIA.

Hay en el Parlamento de Inglaterra la costumbre de informarse de cuando en cuando del estado de la nacion. Esta costumbre es altamente útil á las libertades é intereses de la patria. Trábase un combate, cuerpo á cuerpo, digamoslo asi, entre la oposicion y el ministerio, y el público, interesado en este combate asiste á el como espectador y como juez. Los reglamentos de las cámaras francesas no admiten este procedimiento, pero seria de desear que llegase tambien á introducirse en este país. Para suplirlo se ha tomado la determinacion de componer este opúsculo y publicarlo al principio de la nueva legislatura.

Antes de entregarlo á la prensa, se ha creido oportuno comunicarlo á muchos miembros de la cámara de los Pares y de la de los Diputados, los cuales han pensado que la publicacion de este escrito seria útil, y que en todo caso no podria tener inconveniente sino para el autor.

No falta quien ha querido decir que los realistas *paralizan con multiplicados obstáculos la marcha del gobierno, lo agitan, y acaso lo comprometen por un momento.*

Los realistas no tienen necesidad de justificarse. Bien sabido es como han defendido la monarquía: sus desgracias lo dicen con bastante claridad. Acaso en el curso de este escrito se hará recaer tan injusta acusacion sobre la cabeza de los que la provocan: acaso se probará que no son los realistas los que *comprometen* al gobierno, sino los hombres que por medio de un desacertado sistema de política, retardan la union de todos los franceses.

Supuesto que se obstinan en defender ese sistema; supuesto que un ministro acaba últimamente de ponderarlo como una obra maestra, preciso será demostrar que no es mas que una obra maestra, pero de inconsecuencias, violenta al par que débil, establecida por el ódio, vacilante por el miedo, y finalmente que es un sistema que ofende el amor propio y es antipático al caracter francés. Vosotros recomendais union y os desunís, vosotros estableceis libertad teóricamente, y sois arbitrarios al ponerla en practica; vosotros no hablais mas que de la Constitucion, y estais sin cesar pidiendo leyes escepcionales; vosotros encomiais la libertad de derechos, y os afanais por arrebatar á clases enteras de ciudadanos el derecho de elegibilidad; finalmente vosotros aislais el poder y convertís el ministerio en custodio de los intereses del hombre acomodado, y no en protector de los intereses de todos.

¿De qué manera el ministerio que favorece, ó tiene que acomodarse á ese sistema ha tratado á los hombres y á las opiniones?

¿Qué designio se ha propuesto al redactar las leyes?

¿Qué carácter político ha tomado bajo su influencia la cámara de los Diputados? ¿En sus comunicaciones con está cámara ha comprendido bien el ministerio el espíritu de la Constitucion?

Estos son los puntos que conviene examinar.

La cámara de los Diputados de 1815 desagradó al ministerio, que se habia apoyado en la minoría y que durante algun tiempo creyó que podia marchar de ese modo. Bien pronto echó de ver que la empresa era mas difícil que lo que desde luego se habia imaginado. La órden de 5 de setiembre remedió este pequeño error.

Entonces echaron mano de nuevas elecciones, y de una circular del ministro de la Policía general para

Un solo cañonazo disipó el prestigio y se desvanecieron treinta años de ilusiones.

Entonces se abrió aquella campaña cuyo plan trazado por el señor duque de Angulema, es admiracion de los inteligentes en la ciencia de la guerra. La Cataluña fue objeto de la ocupacion de otro ejército que á las órdenes de los generales Damas, Donnadieu, Curval y d'Eroles, dirigidos por un antiguo mariscal, lleno de honor puso en evidencia todo lo que pueden la actividad, la paciencia y el valor. Al mismo tiempo las plazas fuertes de Navarra y las provincias Vascongadas fueron rodeadas por los generales Hohenloe, Canuel y d'Espagne. Estando de esta manera ocupadas las provincias situadas al lado de acá del Ebro se pusieron en marcha dos columnas, la una á las órdenes del general Molitor y la otra mandada por el general Bourcke. Principió la primera sus operaciones por el combate de Logroño, y obligó á Ballesteros á capitular delante de Granada, despues de haber librado á Cataluña y á los reinos de Valencia y de Murcia del yugo revolucionario, y la segunda arrojó de Asturias y de Galicia á los rebeldes, y determinó por último la rendicion de Morillo.

En el centro de estas dos columnas, que barriendo las costas occidentales y orientales de España habian de reunirse bajo los muros de Cadiz, marchaba el cuerpo de ejército, que á las inmediatas órdenes del príncipe generalísimo, debia llegar por un camino mas recto al último baluarte de la revolucion. El príncipe se detuvo algunos momentos en Madrid, organizó el gobierno español, tal cual era reconocido por las altas potencias del continente; envió por delante á los genereles Bourmont y Bordesoulle; dirigió el movimiento de las divisiones Bourke y Molitor, y cuando estas llegaron á la altura determinada, fué personalmente á apoderarse del Trocadero y bombardeando á Cadiz forzó á esta ciudad, considerada como impenetrable á que le abriera sus puertas y le devolviera el real prisionero.

Sin embargo entró en la peninsula un nuevo refuerzo á las órdenes del general Lauriston á fin de apoderarse de Pamplona, marchar sobre Lérida, y acelerar la rendicion de Cataluña, donde acababa de caer en poder de los franceses la plaza de Figueras por el brillante hecho de armas de Llers y Lladó. Figueras, Pamplona, San Sebastian y Santoña daban por medio de su capitulacion ensanche á la barrera por donde habian entrado las tropas en España, y dejaban desembarazada una columna de veinte ó veinte y cinco mil hombres que podian trasladarse al punto en que mas necesaria fuera su presencia. De manera, que en menos de seis meses el ejército francés avanzó desde las márgenes del Bidasoa á la bahía de Cadiz, tocando casi en todos los puntos de España. En este breve espacio de tiempo recorrió mas de mil leguas de terreno, sostuvo combates, asedió plazas y tomó fortificaciones por asalto, hasta venir á sofocar la revolucion española en el mismo lugar de su nacimiento, en aquella misma isla contra la que se estrelló inútilmente el poder de Bonaparte. Uno de los últimos nombres que vemos figurar en el campo de batalla en defensa de los Borbones de España es el de Rochejaquelein: no perdió su virtud la sangre vandeana en los llanos de Estremadura.

No seria justo dejar en olvido la parte que la renaciente marina francesa tomó en todos estos acontecimientos: por los bloqueos que estableció y por su ataque á Algeciras; fue ademas causa de la rendicion de plazas importantes y con la toma del castillo de Santi-Petri se abrió paso á la isla de Leon en cuyo punto se proponia desembarcar nuevas fuerzas. Todo fue grande, noble y caballeresco en esa expedicion de España. La Francia legítima conservará eternamente la gloria de haber prohibido los armamentos en corso, y de haber sido la primera en restablecer el derecho de propiedad respetado en todas las guerras continentales por las naciones civilizadas y cuya violacion en el derecho marítimo es un resto de la piratería de los tiempos bárbaros.

Antes de la entrada de esa expedicion en la península apenas se sabia si la Francia existia ó no existia; si tenia ó no ejército; si podia ó no contar con su fidelidad, supuesto que por tantas partes se esforzaban en corromperla, y por último si le seria posible sin peligro propio reunir algunos batallones. Forzoso era salir de esas dudas que á fuerza de ser propaladas por los calumniadores habian llegado á apoderarse de los hombres de mas capacidad, nada podia llegar á establecerse en un caso tal de incertidumbre. Presentóse una ocasion natural de apurar la realidad cuando fue necesario defender á la nacion del contagio moral de las turbulencias de la península. Hízose la experiencia y el mismo suceso que impidió el desarrollo de la revolucion en Francia dió á entender evidentemente que la legitimidad podia contar con su ejército.

Entre las circunstancias que figuraron en el extraordinario suceso de que nos ocupamos, ocurrió una que trataremos de indicar particularmente en beneficio de los intereses políticos nacionales. Esta fue la primera vez desde el principio de la monarquía que la Francia emprendió una guerra bajo un gobierno constitucional regularmente organizado y en presencia de la libertad de la prensa. ¡Cuántas personas, al abrirse la campaña, decian que seria imposible marchar sin suspender las libertades públicas! Figurémonos en efecto lo que habrian sido las operaciones militares de Bonaparte, si le hubiese sido lícito á una oposicion activa censurar los resultados, y exajerar los desastres! Y la Francia de la legitimidad al salir de una revolucion de treinta años, siendo presa aun del espíritu de partido y amenazada por una faccion que se sentia mortalmente atacada por la guerra de España, la Francia de la legitimidad se atrevió á emprender esa guerra sin imponer silencio á la opinion pública.

¡Cómo! La primera vez que la bandera blanca se presentaba en el campo de batalla al frente de un ejército, cuya lealtad tenian muchas personas interés en calumniar, cometió el gobierno la temeridad de dejar en libertad la prensa siendo así que habria podido suspenderla legalmente. ¿No era casi evidente que no faltaria, como en efecto sucedió alguna vez, quien desnaturalizase los hechos, negase las victorias, inventase derrotas, criticase los planes, calumniase las intenciones, censurase á los generales, y convirtiéndose en campeon de los enemigos, mancillase hasta el principio mismo de una guerra justa? Pues sin embargo el rey legítimo se sintió con bastantes fuerzas para afrentar todo este peligro: para llevar á cabo la guerra no le era necesario acudir á nuevas conscripciones, ni tenia que ocultar ningun proyecto de ambicion: únicamente tomaba las armas pera sostener los derechos de la monarquía; y eso podia decirlo en alta voz, ninguna ley escepcional hacia falta para ocultarlo. La Francia ha demostrado que con un gobierno sólido y vigoroso puede la monarquía constitucional de Luis XVIII obtener triunfos tan brillantes, como la monarquía absoluta de Luis XIV.

Dos revoluciones truncadas de un solo golpe: dos reyes arrancados de las manos de los facciosos, tales son los efectos inmediatos de una campaña de seis meses. Otros resultados inmensos é incalculables se desprenden tambien para la Francia de ese acontecimiento. Por no hablar mas que del que tenemos inmediato á la vista diremos que la conducta observada por el ejército expedicionario pone á la nacion en la gerarquía de las grandes potencias de Europa y le asegura su independencia.

Las victorias de la revolucion no se han borrado aun del todo, pero no ejercen ya sobre el porvenir una peligrosa influencia: el trono de los Borbones y el del usurpador están ya separados por nuevas victorias. Un caracter particular de órden y moderacion, el de la legitimidad ha sellado el éxito de esa expedicion en el que no se ha involucrado ningun sentimiento penoso: échase desde luego de ver que propendia á conservar, asi como otros propendian á destruir.

Los soldados franceses, que constantemente se modelan por la conducta de su general, han demostrado ser religiosos, disciplinados é intrépidos, reflejando, por decirlo asi, en cada uno de sus combates la imágen y las virtudes de su ilustre gefe. ¡Y qué gefe! el heredero de sesenta y ocho reyes, el príncipe que instruido por la adversidad debe ocupar algun dia el trono de Francia, y servir de ejemplo al hijo del milagro, al príncipe que habiendo estado largo tiempo oprimido por la revolucion, cuyo imperio iba á derribar, no ha encontrado en su corazon al llegar la hora del triunfo mas que generosidad para los vencidos, y misericordia para los culpables, plantando con una mano la bandera de la victoria y conteniendo con la otra al espíritu de las venganzas y salvando á las víctimas.

La Europa ha contemplado con admiracion el nuevo espectáculo de un ejército que nada ha costado al país en favor del cual se ha movido, de un ejército en cuyas filas todos los partidos iban á buscar proteccion, y que despues de haber llevado á cabo su empresa se retira sin llevar consigo nada, sin pedir nada mas que el amor del pueblo que ha salvado. La Europa ha contemplado con admiracion la conducta del príncipe que mandaba ese ejército y que en pos de sí solo deja una memoria adorada y consejos llenos de indulgencia y sabiduría, que la Providencia se dignará hacer escuchar; pues no puede permitir que las pasiones corrompan ni desfiguren esa obra imperecedera.

Príncipe, objeto del respeto y admiracion pública, dignaos admitir el tributo de homenages que tan justamente se os debe! Lícito es alabar las victorias que la religion bendice y la moral reclama; victorias que consolidan la restauracion; que dan estabilidad al porvenir y que nos aseguran aliados que confian en nuestra fuerza y en nuestros principios, asi como nosotros confiamos en los suyos; que dan fin á la revolucion en Europa, é inauguran un nuevo órden de cosas en los asuntos humanos.

Mucha distancia hay de la Francia de 1815 á la Francia de 1823, y solo seis meses han bastado para consumar un renacimiento que solo del trascurso del tiempo podia esperarse. Que corazon francés no se enternecerá al contemplar la dicha que la providencia reservaba á esta familia tan acrisolada en la desgracia, á ese rey tan prudente é ilustrado; á su augusto hermano, cuyo corazon paternal tanta necesidad tenia de consuelo, á esa huérfana del Temple que encuentra un esposo en el Heroe que acaudilló el ejército que acaba de salvar á la España, y á esa ilustre viuda, asociada desde tan jóven á tan largas calamidades, y que no puede complacerse en la gloria de su hermano, el príncipe, sin pensar que habria podido tener un rival! Todos los franceses, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan, deben tomar parte en la nueva gloria de Francia; esta gloria debe ser sin mancha para unos, porque adorna el trono legítimo, y sin peligro para los otros porque no destruirá la libertad.

SISTEMA POLITICO SEGUIDO POR EL MINISTERIO.

ADVERTENCIA.

Hay en el Parlamento de Inglaterra la costumbre de informarse de cuando en cuando del estado de la nacion. Esta costumbre es altamente útil á las libertades é intereses de la patria. Trábase un combate, cuerpo á cuerpo, digamoslo asi, entre la oposicion y el ministerio, y el público, interesado en este combate asiste á el como espectador y como juez. Los reglamentos de las cámaras francesas no admiten este procedimiento, pero seria de desear que llegase tambien á introducirse en este país. Para suplirlo se ha tomado la determinacion de componer este opúsculo y publicarlo al principio de la nueva legislatura.

Antes de entregarlo á la prensa, se ha creido oportuno comunicarlo á muchos miembros de la cámara de los Pares y de la de los Diputados, los cuales han pensado que la publicacion de este escrito seria útil, y que en todo caso no podria tener inconveniente sino para el autor.

No falta quien ha querido decir que los realistas *paralizan con multiplicados obstáculos la marcha del gobierno, lo agitan, y acaso lo comprometen por un momento.*

Los realistas no tienen necesidad de justificarse. Bien sabido es como han defendido la monarquía: sus desgracias lo dicen con bastante claridad. Acaso en el curso de este escrito se hará recaer tan injusta acusacion sobre la cabeza de los que la provocan: acaso se probará que no son los realistas los que *comprometen* al gobierno, sino los hombres que por medio de un desacertado sistema de política, retardan la union de todos los franceses.

Supuesto que se obstinan en defender ese sistema; supuesto que un ministro acaba últimamente de ponderarlo como una obra maestra, preciso será demostrar que no es mas que una obra maestra, pero de inconsecuencias, violenta al par que débil, establecida por el ódio, vacilante por el miedo, y finalmente que es un sistema que ofende el amor propio y es antipático al caracter francés. Vosotros recomendais union y os desunís, vosotros estableceis libertad teóricamente, y sois arbitrarios al ponerla en practica; vosotros no hablais mas que de la Constitucion, y estais sin cesar pidiendo leyes escepcionales; vosotros encomiais la libertad de derechos, y os afanais por arrebatar á clases enteras de ciudadanos el derecho de elegibilidad; finalmente vosotros aislais el poder y convertís el ministerio en custodio de los intereses del hombre acomodado, y no en protector de los intereses de todos.

¿De qué manera el ministerio que favorece, ó tiene que acomodarse á ese sistema ha tratado á los hombres y á las opiniones?

¿Qué designio se ha propuesto al redactar las leyes?

¿Qué carácter político ha tomado bajo su influencia la cámara de los Diputados? ¿En sus comunicaciones con está cámara ha comprendido bien el ministerio el espíritu de la Constitucion?

Estos son los puntos que conviene examinar.

La cámara de los Diputados de 1815 desagradó al ministerio, que se habia apoyado en la minoría y que durante algun tiempo creyó que podia marchar de ese modo. Bien pronto echó de ver que la empresa era mas difícil que lo que desde luego se habia imaginado. La órden de 5 de setiembre remedió este pequeño error.

Entonces echaron mano de nuevas elecciones, y de una circular del ministro de la Policía general para

impedir que las elecciones recayeran en individuos demasiado amigos de la causa del trono recurrieron tambien al expediente de suspender la vigilancia que sobre ciertos hombres ejercia la alta policía ó fin de que pudiesen ir á votar á los colegios electorales: diéronse órdenes á todos los empleados por sus respectivas dependencias para que interpusieran todo su influjo en las elecciones, si no querian perder para siempre la confianza del gobierno y enviáronse comisionados á los departamentos para prevenir el nombramiento de los señores Bonald, Grosbois, Brenet, Villele, Castelbajac, Torbin, Saieys, Lachaise Murel, Clermont, Mont-Saint-Jean, Kergorlay, Corbiere, etc. Preciso seria nombrar todos los miembros de la mayoría de la cámara de 1815 supuesto que el prefecto de Arras decia en su famosa carta: «Estoy »autorizado para decirlo, para repetirlo y para escri»birlo: el rey verá con disgusto ocupados los asientos »de la nueva cámara por los diputados que en la últi»ma legislatura se distinguieron por su pronunciada »adhesion á la mayoría opuesta al gobierno.»

Tomadas estas precauciones se dió principio á las elecciones que en algunas partes se inauguraron entre gritos de *fuera los curas, fuera los nobles* (1). Hubo colegios electorales que se separaron sin poder terminar sus operaciones: tres departamentos carecieron de representacion, y los otros no completaron mas que la tercera parte, ó cuando mas la mitad de sus elecciones.

Habiéndose el ministerio declarado de un modo tan furibundo é inconstitucional contra los realistas, se vió en la necesidad de proseguir su sistema á todo trance. Hace ya mucho tiempo que Tácito dijo: No se perdona la injuria que se ha hecho. Multiplicáronse entonces las medidas anunciadas en mi escrito intitulado *la monarquía con arreglo á la Carta*. Por consiguiente la situacion de los realistas se ha empeorado desde que el gobierno ha desistido de proscribirlos; pues entonces, si nada tenian, eran por lo menos acreedores al respeto; sino podian entrar como elemento en el gobierno usurpador, por lo menos se apreciaba su carácter, su constancia, y hasta su misma opinion: se confiaba en su probidad y se daba crédito á su palabra. ¿Qué papel representan ahora los realistas? Desnudos han quedado como en tiempo de Bonaparte; pero no tienen lo que entonces tenian que es la consideracion para sobrellevar el tiempo presente, ni la esperanza de mejorar en lo venidero. Que antes de la restauracion sufriesen el yugo, era una consecuencia inevitable de su posicion ¿pero es natural que suceda lo mismo en la actualidad? Aborrecidos como vencedores, despojados como vencidos tienen que oir que se les diga: «¿No estais contentos? ¿No teneis el gobierno que tanto habeis deseado y por el cual lo habeis sacrificado todo?» No falta quien les persigue con el grito de los asesinatos, invocando contra ellos la proscripcion como nobles, ó como si meditaran una invasion de los bienes nacionales. Y sin embargo los tenedores de bienes de los emigrados cultivan pacíficamente sus campos en medio de la Vandé: ¡ejemplo inmortal de obediencia á las leyes y de la religion del juramento por parte de los realistas! Tales hombres son los que se ven condenados á permanecer bajo la tutela del ministerio, viéndose su honor vigilado por la policía, y sufriendo á cada paso nuevas molestias como hombres de sospechosa lealtad: efectivamente, por solo su lealtad son criminales.

No contentándose con tratarlos tan severamente los entregan al escarnio del público, intentando hacerlos pasar por unos imbéciles que han venido á caer en una especie de infancia (2). Si Montesquieu hubiese vivido hasta nuestros tiempos, dudo que el ministerio le hubiese encontrado capaz de entrar en el consejo de Estado. Parece que por todos los medios posibles, hasta por los del amor propio, se esfuerzan en estirpar el realismo para arrancar las raices del trono: no quisieran que de la raza real quedara nada mas que algunos sepulcros diseminados en las márgenes del Drome y en los campos de la Vandé.

¿Y por qué se ataca con tanto denuedo á los realistas? ¿Por qué? Porque ellos no se defienden. Su virtud los pierde; su honor constituye su debilidad: hiérenlos sin temor de que se defiendan, porque sus agresores están seguros de que nunca rechazarán los golpes que reciben en nombre del rey.

Escúsanse diciendo que los intereses de la revolucion son poderosos, y que es preciso condescender con estos en muchos casos. Esto es muy justo; pero esos intereses están ya garantizados por la Constitucion y las leyes. Convenimos en que deben ser protegidos ¿pero se infiere de esto la necesidad de perseguir á los realistas? En todo tiempo han sido desconocidos sus servicios; pero solo á la nueva escuela ministerial incumbia convertir la ingratitud en principio de gobierno.

»¡Es tan escaso el número de realistas!» siguen diciendo. ¿Será esto una razon para proscribirlos?—Los realistas son muy numerosos como lo acreditan las elecciones; mas aun cuando no lo fueran ¿qué ventaja redunda en favor de los ministros de un rey de probar que no hay realistas? ¿No deberian por el contrario aumentar su número? Lejos de hacerlo asi han tomado la tarea de multiplicar los hombres de opinion diversa. En vano he dicho anteriormente: Cread realistas; el ministerio ha obrado en sentido opuesto. Alguna persona que al regreso del rey se habria contemplado muy dichosa de haber sido olvidada de todo el mundo ha llegado á comprender que es todo un personaje, y que se trataba de darle garantías. Por de pronto no se atrevia á presentarse y andaba solicitando humildemente de los amigos del trono que le ayudaran á conseguir su perdon: en la actualidad ya sabe que el es quien debe protejer á los amigos del trono. Lleno de admiracion, sale de su retiro, creyendo apenas lo que ve y acaso persuadido de que es un objeto de burla. Mas al fin sin poderlo comprender ve que es una realidad muy formal y que solo él es el hombre de talento, de capacidad, y el ciudadano eminente. Acepta con desden, cuanto le ofrecen con desvelada solicitud: no tarda en hacerse exigente y en hablar de sus derechos: considérase como oprimido, como perseguido; reclama, pero está seguro de no quedar completamente satisfecho hasta que habrá dado al traste con la monarquía legítima.

Hé aquí cómo lo que era una cosa insignificante, se ha convertido en algo. Parece que se han entretenido en reanimar el fuego, cuyos últimos restos principiaban ya á apagarse. Deplorable efecto del sistema adoptado por los que se creyeron obligados á sostener que la Francia era revolucionaria, y en seguida por no desmentir este aserto se vieron en la necesidad de crear un partido que supusieron que era el de la revolucion. Tal es el encadenamiento de nuestras vanidades, y desgracias.

Me dirán que el gobierno no quiso inclinar la balanza á ningun lado, ni ponerse al frente de ningun partido.

Por de pronto es cosa singular que los realistas sean considerados como partido en tiempo de la monarquía

(1) Un ministro ha dicho en la cámara de los Diputados que no tenia noticia de que en los colegios electorales de 1816 se hubiese expresado este voto: *No queremos nobles*. ¿Se habia olvidado de mi informe de 7 de octubre? (*Memoria de M. de Turzay*).

(2) Ya se contestó en la *Monarquía con arreglo á la Carta* á esta ridícula acusacion de incapacidad hecha á los realistas. En concepto de algunas personas la probidad es sinónimo de tonteria.

en seguida tampoco es exacto que el gobierno no haya inclinado á ningun lado la balanza. Los realistas han sido repelidos: sus mas pequeñas faltas son castigadas con el mayor rigor, en tanto que la rebeldía, y los ultrajes á las banderas y al nombre del rey encuentran corazones indulgentes, y excitan piedad y misericordia. La suerte de los conspiradores provoca compasion. «Los realistas son los que les impelen á tales excesos!» No es buen medio de agradar á los campeones del sistema el descubrir conspiraciones que revelan su debilidad y ponen de manifiesto el peligro.

Solo bajo un punto de vista se obra con imparcialidad; el ministerio no tiene inconveniente en olvidar los ultrajes cometidos y los servicios hechos durante tos Cien-dias. Nada significa haber pedido á los aliados un rey cualquiera, excluyendo al legítimo soberano, asi como tampoco significa nada el haber sido llevado á París atado de piés y manos á ser pasado por las armas en concepto de comisionado del rey. Me engaño: no hay paridad en este caso: puede conseguirse amnistía por haber estado en Gante..... Suprimo el otro término de la comparacion.

Triunfan á pesar de esto porque todo marcha aun pacíficamente, y porque las últimas consecuencias de ese sistema permanecen ocultas en el porvenir. ¡Los hombres de limitada inteligencia están contentos y llenos de exaltacion; pero esperen! La revolucion no puede producir mas que revolucion; para consolidar un gobierno de derecho no conviene poner en práctica las máximas de un gobierno de hecho; para no tener ningun objeto de temores á nuestro alrededor, no conviene que los agentes del poder separen de nuestro lado á los verdaderos amigos: ¡débil é imprudente política! Ni los perversos creen en la duracion del bien que se les dispensa al ver el mal que hacen á los hombres honrados. Su conciencia les grita: «Si de este modo tratan á la leña verde, ¿qué harán con la seca?» Confian en los realistas si vuelve á llegar la hora del peligro; cuentan con la conciencia de estos y no les falta razon. Pero ¿por qué no tratan tambien de captarse su voluntad? Dos seguridades valen mss que una.

Dispersando á los antiguos amigos del trono, se acababa de alcanzar sobre los realistas una victoria tan útil á la monarquía; gravitando sobre el resorte revolucionario, este habia producido su efecto acostumbrado. Folletos llenos del espíritu de estas palabras de bendicion: *Guerra á los palacios, paz á las cabañas* habian afortunamente reanimado, para paz y prosperidad de la patria, el odio contra la nobleza y contra la religion, es decir, contra dos principios consagrados cuando menos por la Carta, suponiendo que el primero no sea considerado como elemento natural de la monarquía, y el segundo como fundamento de toda sociedad. Mas hé aquí que de repente acaece un cambio de escena: hé aquí que en medio del triunfo resuena un grito de dolor: habiase aprobado con la mejor intencion del mundo una ley electoral, sin calcular los resultados: apoderóse de los ánimos el terror; ya no se trata de sistemas; no se piensa ya en lo que se hizo en las primeras elecciones contra los realistas: invócase su apoyo. En 22 de setiembre se dijo: «Realistas puros, realistas cons»tituciones, realistas anteriores ó posteriores á la »Carta, tratad de unirnos: vuestra causa es la que se »va á sentenciar.» (*Diario de los Debates*). Era preciso que los realistas (declarados en un artículo anterior enemigos de la ley electoral) acudieran pronto para impedir el mal que se iba á hacer á esa ley: suponíanse partidos, divisiones y matices, despues de haber dicho cien veces que todos los partidos se habian extinguido: volvian á anunciarse peligros, despues de haber dicho quo ya no existian, y que gracias al sistema de gobierno la nacion toda se hallaba dichosa y tranquila. El 23 de setiembre se decia: «Elegid »hombres contra quienes no sea posible alegar los su»cesos del 20 de marzo cuando hablarán de justicia y »libertad. Realistas, vuestra opinion se halla dividida »en varios matices; pero reunios todos, pues se trata »de oponerles nombres que recuerdan la república ó »la usurpacion de los Cien-dias. Puede haber eleccion, »que sin tener una importancia inmediata por sí »misma, seria peligrosa solo porque podria producir »un escándalo.» (*Diario de los Debates.*) En 24 de setiembre se decia. «No son los redactores del Acta »adicional los que merecen hablar en nombre de la »Constitucion á la asamblea nacional. . . . . ». . . . .La Constitucion, obra del rey, no debe »ser confiada á unos hombres que en la tribuna vota»ron el destierro de su dinastía.» (*Diario de los Debates*) Olvidábanse que la cámara actual de Diputados cuenta en su seno varios representantes de la cámara de Bonaparte, que votan con el ministerio; olvídanse que otros *representantes* presidian los colegios electorales, y que el ministerio por consiguiente los habia tácitamente designado á la eleccion de sus conciudadanos, y olvídanse que en aquellos instantes habia departamento que presentaba por entero la diputacion de los Cien-dias, y se hacian acreedores á la justa contestacion de un candidato que creyéndose insultado, consideraba como una cosa extraña que el partido ministerial marcase los hombres del 20 de marzo, cuando aun estaban muchos de estos ocupando los mas elevados destinos.

Sin duda negarán ahora el terror que tuvieron, y las cándidas confesiones á que dió lugar. «La ley era defectuosa; nos engañamos: ya volveremos á tratar de esta ley...» No hablaban en aquellos momentos mas que de union y concordia: á los mas oscuros realistas se rogaba que volaran á socorrer al ministerio: haciase el elogio de ellos diciendo: son unos hombres llenos de honor y de probidad. «Se alcanzó la victoria; pasó el miedo y se olvidaron sus consecuencias. El abrazo que se habia dado á los realistas el dia antes vino á parar en volverles la espalda al dia siguiente.» Tiene uno que valerse de traidores; pero nunca pueden merecer aprecio, decia en otro tiempo un ministro, y esto es lo que al parecer dicen tambien los actuales ministros.

¿Será pues asi como en medio de las luces del siglo XIX, en un país que ha llegado al último grado de civilizacion, en una nacion ilustrada por su reciente experiencia, y por sus dilatadas desgracias se trata á unos hombres razonables? ¿Asi es como en menos de un año han de precipitarse en los extremos opuestos? ¿Tiene nadie el derecho de designar como incapaces de poder ser elegidos miembros de la cámara de los Diputados á unos hombres que por otra parte tienen en su favor todas las condiciones para poder ser elegidos? Los realistas han sido denunciados por toda la prensa para separarlos de las precedentes elecciones; otra clase de ciudadanos ha sido mancillada en esos mismo periódicos para alejarles de las últimas elecciones. Si la prensa hubiera gozado de libertad, sus opiniones carecerian de consecuencia; pero la prensa es esclava del ministerio y sus ideas deben considerarse como el pensamiento del gobierno. En el momento que segun el régimen constitucional importa mas el conocer la opinion pública, no se ha dado oido mas que á la opinion, excelente sin duda, de algunos hombres colocados en el poder, y que hace meses pensaban enteramente lo contrario; que enviaban á votar en las elecciones de 1816 á los mismos hombres que consideraban indignos de ser elegidos en 1817.

¿Tan deplorables variaciones no anuncian un nuevo sistema político? ¿Veremos volver á los realistas? Otra inconsecuencia: tampoco se quiere eso. En la segunda restauracion se hicieron purificaciones en un sentido, fueron llamados algunos realistas y luego se les destituyó para colocar á los que primeramente ha-

bian sido *purificados* : en la actualidad esos mismos hombres predilectos son tratados por segunda vez como enemigos. ¿Cuándo acabaremos? Se abraza un sistema; luego se le tiene miedo, y por último se carece de fuerza para cambiarlo. Se ofende á todas las opiniones, y se inspiran sospechas á todo el mundo, y en medio de los enconos que se han reanimado, sin cuidarse de borrar los males del tiempo pasado, ni de preparar remedios para el porvenir, permanecemos rodeados de una multitud de enemigos, que cansados de tanto sufrimiento, juzgan á quien asi los trata, como poco sincero, ó como incapaz de dirijir los asuntos humanos.

Hé aquí, considerado en su espíritu general, ese sistema político que se presenta á nuestra admiracion y á la de la posteridad. Veamos ahora que leyes han propuesto y si bajo este concepto han comprendido mejor los intereses de la monarquía legítima y los principios de la Constitucion.

Principiemos por la ley electoral.

No repetiremos lo que se ha dicho ya contra esa ley; jamás se profundizó mejor ninguna discusion en ambas cámaras (1).

Cuando se reflexiona que el artículo principal de esta ley no fue aprobada en la cámara de los Diputados mas que por una mayoría de doce votos, y por otra de catorce en la cámara de los Pares; de manera que pasando á la minoría siete votos en la cámara de los Diputados y ocho en la de los Pares, habria bastado para cambiar toda la economía de la ley; cuando se reflexiona que para ganar la votacion fue preciso hacer concurrir á la cámara de los Pares á varios de sus miembros que se hallaban enfermos, y que cinco ó seis pares opuestos á la ley no asistieron á la sesion, se encuentran ciertamente motivos que pudieron hacer vacilar á los mismos ministros por lo tocante al juicio que se debe formar de esta ley.

En Inglaterra, el ministerio habria retirado un bill fundamental que no hubiese sido aceptado por un número mayor de votos. Los ministros franceses, mas ilustrados sin duda, siguen aplaudiéndose de la ley electoral. «*La órden de 5 de setiembre*, acaba de decir uno de ellos, *y la ley electoral le han hecho conocer* (al pueblo) *los verdaderos defensores, los verderos amigos de la Carta y de la libertad.* (Discurso de señor ministro de la Policía general.) Estrañas palabras despues del miedo que manifestaron en las elecciones, y despues de los artículos del *Diario de los Debates*, que hemos citado.

Acaso no se concebirán las razones del terror que les inspiraron ciertos candidatos: terror injurioso para los que le inspiraban, y que no hubiera debido ser manifestado por parte de los que lo sentian. Supongamos por un momento á pesar de nuestras íntimas convicciones, que tales motivos de terror tuviesen fundamento. ¡Y qué! Por haber unos hombres, cuyos principios asustaban al ministerio dejado de ser elegidos solo por un pequeño número de votos, ¿tendreis motivo para cantar victoria? Estais contentos de la ley electoral: os doy la enhorabuena; pero no os la doy de que hayais hecho saber á la Francia y á la Europa por medio de periódicos sujetos á vuestra censura, que ha habido departamento en que mas de la mitad de los electores presentes han concedido su voto á unos hombres, que segun sus mismos periódicos dijeron, habian votado en la tribuna el destierro perpetuo de la dinastía de los Borbones.

No debia pues reducirse para el ministerio la cuestion electoral á saber si se evitará una vez ó dos acaso por un concurso casual de circunstancias la presentacion de diputados como los que de un modo tan inconstitucional, por no valerme de otra expresion mas dura, llamo peligrosos; lo que debia tratar de decir era si en un tiempo dado no llegarian á presentarse tales diputados á pesar de la oposicion de la autoridad. El problema puede resolverse por una simple oposicion aritmética: ¿Cuántas reelecciones se necesitan para que los candidatos denunciados por la prensa periódica lleguen á formar la mayoría de las cámaras? Hágase la regla de proporcion y súmese.

Sin duda para contestarme reproducirán la poderosa razon que acostumbran alegar. «Supuesto que los »hombres que tememos son tan fuertes, preciso es »alhagarlos. Luego en vez de revisar la ley electoral »conviene que nos echemos en brazos de los mismos »que habíamos declarado por enemigos.»

Pero en este caso ¿por qué habeis querido separarlos de las elecciones? ¿Alhagais á los que acabais de ultrajar? Os despreciarán. El imperio romano pagó tributo á los francos por haber momentáneamente comprado una paz humillante que concluyó por una guerra de esterminio.

Si no se considera pues la ley de elecciones mas que en relacion á los intereses de los hombres del poder que la propusieron, no cabe duda de que estos se olvidaron de su propia devilidad: creyeron que existia un partido medio con el cual esperaban conseguir la victoria. Con esta persuasion despreciaron á los realistas que habian separado de las elecciones de 1815 y á los independientes á quienes querian escluir de las elecciones de 1816 (1). Sin embargo, los que gobiernan no deben ignorar los hechos, y los hechos son los siguientes:

La ley electoral designa generalmente una clase de electores en la que acaso no hay tantos realistas como en las clases que pagan mas ó menos de cien ducados de contribucion. A pesar de esa desventaja de la ley se ha demostrado por un término medio tomado en los departamentos llamados á las últimas elecciones, que la opinion de los diversos partidos se ha manifestado en las siguientes proporciones: dos quintas partes de realistas, el mismo número de independientes y la mitad de ministeriales. De manera que si unas veces los realistas por temor de los independientes y otras veces estos por temor de aquellos no hubiesen votado con los ministeriales, no habrian estos tenido ni un solo diputado: de manera que si el año que viene los realistas y los independientes votan constantemente sin salir de su fraccion, las elecciones recaerán por necesidad en independientes y en realistas; de manera que si los realistas cansados de una lucha tan penosa, cansados de una abnegacion tan mal apreciada se retiran (2) de los colegios electorales los independientes conseguirán un triunfo completo.

¿Qué hará en tales circunstancias el ministerio? ¡Disolverá la cámara! ¿Puede hacerlo en la actualidad segun su propia opinion sin peligro para él ó para la legitimidad?

Sin peligro para él, si las elecciones son realistas é independientes.

Sin peligro para la legitimidad, si las elecciones son puramente independientes y juzgando por todo lo que ha querido darnos á entender en su ataque contra esa fraccion.

¿No seria una cosa funesta si el primer ensayo que se ha hecho de la ley electoral presentase bajo el actual ministerio un obstáculo moral al ejercicio de la mas importante prerogativa de la corona?

(1) Si se desea ver el cuadro de esta discusion podrá encontrarse superiormente trazado en la *Historia de la legislatura de* 1816 por Mr. Tevee.

(1) En un escrito como este es donde conviene hablar con toda claridad y ponerse al alcance de todo el mundo. Por lo tanto nos hemos visto obligados á dar á cada partido la denominacion con que se distinguen. Mucho sentimiento nos ha causado tener que obrar de este modo: los realistas saben muy bien qué dolorosos recuerdos van unidos á esas designaciones, que principian expresando una opinion política y concluyen matando víctimas.

(2) Muchos electores realistas se han abstenido de ir á estas elecciones: han hecho muy mal.

Bien podria uno consolarse de que algunos hombres se hubiesen engañado por lo tocante á sus intereses particulares, lo cual no probaria sino que habian hecho mal de ofender á las dos clases mas numerosas de la nacion, creyéndolas insignificantes. Mas si su equivocacion comprometia los intereses de la corona, muy lamentable seria semejante error. Es muy de temer que una ley electoral en que la influencia legal de los propietarios, ni el patronazgo de los mas altos dignatarios contrarestan la accion popular, siembre otra vez en las instituciones gérmenes del republicanismo. El proyecto de la ley sobre quintas acaba de aumentar el temor de los amigos de la monarquía.

Este proyecto infringe decididamente muchos artículos de la Carta: sin detenerme á detallar sus numerosos inconvenientes, me contentaré con decir que el título sobre *ascensos* quitaria á la corona su mas importante prerogativa: el rey dejaria, por decirlo asi, de ser dueño del ejército, y una fatal confusion haria pasar el poder ejecutivo al poder legislativo: esta fue la mayor falta de la asamblea constituyente. ¡De manera que nada habremos aprendido con la revolucion! ¡La misma temeridad que nos impelia hácia los escollos antes de la tormenta, nos ha de impeler aun despues del naufragio!

Ni en las mismas repúbicas se ha arreglado nunca el modo de ascender en el ejército por medio de una ley: en una monarquía debe ser cuando mas objeto de una real órden. El mismo monarca no tiene derecho de despojarse de su poder ejecutivo, que es una cualidad inherente á la monarquía, y reside única y exclusivamente en la corona para felicidad del pueblo, para paz y gloria de la patria.

Tambien se reprodujo durante esta legislatura una triste ley escepcional para los periódicos: la discusion de esta ley dió lugar á una objeccion á que desde luego conviene contestar.

Se ha acusado pues á la minoría realista que hoy vota por la libertad de la prensa de haber dejado pasar en 1815 cuando era mayoría la ley sobre censura de los periódicos.

Nótese por de pronto que es la cámara de los Diputados de 1814 y no la de 1815 la que estableció provisionalmente la censura: la cámara de 1815 no hizo mas que prorogarla relativamente á los periódicos; pero ¿en qué circunstancias lo hizo? Despues de los Cien-dias, cuando la nacion acababa de sufrir un trastorno, cuando estaba rodeada de tantas facciones, cuando tantos intereses ofendidos, tantas pasiones escitadas amenazaban la existencia de la monarquía, cuando tantos hombres colmados de beneficios por parte del rey se habian entregado á la mas inconcebible traicion y cuando los aliados ocupaban á París, Lyon, Marsella, y finalmente toda la Francia hasta el Loire!

Si las dos cámaras en circunstancias tan graves creyeron necesario reprimir temporalmente la prensa, ¿estará autorizado el ministerio que pide actualmente esta represion para hacer cargos á las cámaras que usaron de ella en aquellos momentos? ¿Solo porque entonces se adoptó esta medida creerán ahora que es necesario sostenerla á pesar de haber variado los motivos que la produjeron? ¿Cuando el parlamento inglés suspende el *habeas corpus*, se obliga por ventura á irlo suspendiendo de año en año? nosotros negamos hoy nuestro voto á la censura, precisamente porque se lo dimos entonces, y se lo negamos porque no pudiendo ahora ser útil al Estado, no puede ser útil mas que á las pasiones de una autoridad que abusa de ella.

Siguen diciendo. ¿En qué consiste que la libertad de imprenta (no se trata al presente mas que de esta cuestion), en qué consiste que esta libertad es reclamada tanto por los que la consideran indispensable en un gobierno representativo, como por los que la contemplan como peligrosa? — Eso consiste en el abuso que se ha hecho de la censura. Si se hubiese dejado á los periódicos una decorosa libertad de opinion, si nadie hubiese podido ser calumniado sin concedérsele medios de defensa, si no se hubiera convertido la censura en arma de partido; si las obras hubieran podido ser anunciadas con alabanza ó con vituperio segun la opinion del crítico; si la censura se hubiese limitado á suprimir la parte que le hubiera parecido conveniente de un artículo, sin añadir nada de su propia cosecha; si no se hubiera obligado nunca á un redactor á insertar contra su voluntad esos párrafos políticos que no pueden perder el olor de las oficinas de donde han salido, si finalmente se hubiese respetado la propiedad de los periodistas sujetos á la censura, no hay duda que con tan atinada conducta, se habria disminuido el número de los partidarios de la libertad de imprenta entre los que no entienden á fondo la cuestion constitucional; mas la censura no ha servido sino para hacer mal y oponerse al bien. Cuando los mas indignos libelos, cuando los mas detestables periódicos circulan sin obstáculos, en tanto que las obras mas útiles y de mejor intencion están llenas de trabas, el hombre menos favorable á la libertad de la prensa se hace amigo de ella, y supuesto que puede verse tan comprometido por la esclavitud de los periódicos, como temia serlo por su libertad, prefiere hacerse partidario de una opinion que por lo menos le facilita medios de defensa, á seguir un partido que privándole de ellos no le deja ni las probabilidades del combate.

Y todas estas razones no son mas que las que se deducen de las opiniones individuales; pues entrando de lleno en el fondo de las cosas no podria menos de verse que los periódicos sujetos á la dependencia de la policía alteran y desnaturalizan el gobierno representativo hasta el punto de hacerlo desconocido.

Con relacion á la política exterior quedan los miembros de ambas cámaras en una completa ignorancia: muchas veces nos vemos obligados á buscar en los periódicos extranjeros las cosas que mas interesan á nuestra patria. Un corresponsal de París escribe en el *Correo inglés*: algunas veces calumnia á las personas; mas tambien da noticias á los ingleses de lo que hacen los embajadores franceses, de las negociaciones que están arreglándose y de los tratados que se van á cerrar, nosotros no merecemos estar al corriente de lo que tan de cerca nos toca. (1) Sin embargo semejantes noticias deberian figurar mas bien en los periódicos de París que en el *Correo inglés*, y esto seria mucho mas decoroso para la nacion.

Con relacion á la política interior ya en otra parte (2) hemos dicho como la censura ataca á los principios del órden judicial, prohibiendo á los periódicos hablar, cuando dan cuenta de una causa criminal, de la parte de la substanciacion en que se encuentren mezclados algunos agentes de policía. (3)

(1) El año pasado hice saber á la cámara de los Pares la existencia de un tratado entre Francia y la ciudad de Hamburgo impreso en todos los periódicos de Europa, menos en los de Francia. Este año antes de permitirse la publicacion del concordato á los periódicos de París se habia estampado ya en toda la prensa extranjera y hasta en algunos diarios de los departamentos.

(2) Véase la *Monarquía con arreglo á la Carta.*

(3) ¿Habrá que creer en otro género de procedimiento, relativo á los delitos de la prensa que he leido en las *últimas conclusiones* atribuidas á los S. S Combe y Dunoyer? De esta conclusiones resulta que los redactores del *Censor* han sido perseguidos por ciertas notas contra los misioneros y contra los oficiales vandeanos: notas que se les habian comunicado y que ellos creyeron procedentes del ministerio. Aun se espera la explicacion de este asunto, como único medio de poner fin á tal escándalo.

bian sido *purificados* : en la actualidad esos mismos hombres predilectos son tratados por segunda vez como enemigos. ¿Cuándo acabaremos? Se abraza un sistema; luego se le tiene miedo, y por último se carece de fuerza para cambiarlo. Se ofende á todas las opiniones, y se inspiran sospechas á todo el mundo, y en medio de los enconos que se han reanimado, sin cuidarse de borrar los males del tiempo pasado, ni de preparar remedios para el porvenir, permanecemos rodeados de una multitud de enemigos, que cansados de tanto sufrimiento, juzgan á quien asi los trata, como poco sincero, ó como incapaz de dirijir los asuntos humanos.

Hé aquí, considerado en su espíritu general, ese sistema político que se presenta á nuestra admiracion y á la de la posteridad. Veamos ahora que leyes han propuesto y si bajo este concepto han comprendido mejor los intereses de la monarquía legítima y los principios de la Constitucion.

Principiemos por la ley electoral.

No repetiremos lo que se ha dicho ya contra esa ley; jamás se profundizó mejor ninguna discusion en ambas cámaras (1).

Cuando se reflexiona que el artículo principal de esta ley no fue aprobada en la cámara de los Diputados mas que por una mayoría de doce votos, y por otra de catorce en la cámara de los Pares; de manera que pasando á la minoría siete votos en la cámara de los Diputados y ocho en la de los Pares, habria bastado para cambiar toda la economía de la ley; cuando se reflexiona que para ganar la votacion fue preciso hacer concurrir á la cámara de los Pares á varios de sus miembros que se hallaban enfermos, y que cinco ó seis pares opuestos á la ley no asistieron á la sesion, se encuentran ciertamente motivos que pudieron hacer vacilar á los mismos ministros por lo tocante al juicio que se debe formar de esta ley.

En Inglaterra, el ministerio habria retirado un bill fundamental que no hubiese sido aceptado por un número mayor de votos. Los ministros franceses, mas ilustrados sin duda, siguen aplaudiéndose de la ley electoral. «*La órden de 5 de setiembre*, acaba de decir uno de ellos, *y la ley electoral le han hecho conocer* (al pueblo) *los verdaderos defensores, los verderos amigos de la Carta y de la libertad.* (Discurso de señor ministro de la Policía general.) Estrañas palabras despues del miedo que manifestaron en las elecciones, y despues de los artículos del *Diario de los Debates*, que hemos citado.

Acaso no se concebirán las razones del terror que les inspiraron ciertos candidatos: terror injurioso para los que le inspiraban, y que no hubiera debido ser manifestado por parte de los que lo sentian. Supongamos por un momento á pesar de nuestras íntimas convicciones, que tales motivos de terror tuviesen fundamento. ¡Y qué! Por haber unos hombres, cuyos principios asustaban al ministerio dejado de ser elegidos solo por un pequeño número de votos, ¿tendreis motivo para cantar victoria? Estais contentos de la ley electoral: os doy la enhorabuena; pero no os la doy de que hayais hecho saber á la Francia y á la Europa por medio de periódicos sujetos á vuestra censura, que ha habido departamento en que mas de la mitad de los electores presentes han concedido su voto á unos hombres, que segun sus mismos periódicos dijeron, habian votado en la tribuna el destierro perpetuo de la dinastía de los Borbones.

No debia pues reducirse para el ministerio la cuestion electoral á saber si se evitará una vez ó dos acaso por un concurso casual de circunstancias la presentacion de diputados como los que de un modo tan inconstitucional, por no valerme de otra expresion mas dura, llamo peligrosos; lo que debia tratar de decir era si en un tiempo dado no llegarian á presentarse tales diputados á pesar de la oposicion de la autoridad. El problema puede resolverse por una simple oposicion aritmética: ¿Cuántas reelecciones se necesitan para que los candidatos denunciados por la prensa periódica lleguen á formar la mayoría de las cámaras? Hágase la regla de proporcion y súmese.

Sin duda para contestarme reproducirán la poderosa razon que acostumbran alegar. «Supuesto que los »hombres que tememos son tan fuertes, preciso es »alhagarlos. Luego en vez de revisar la ley electoral »conviene que nos echemos en brazos de los mismos »que habíamos declarado por enemigos.»

Pero en este caso ¿por qué habeis querido separarlos de las elecciones? ¿Alhagais á los que acabais de ultrajar? Os despreciarán. El imperio romano pagó tributo á los francos por haber momentáneamente comprado una paz humillante que concluyó por una guerra de esterminio.

Si no se considera pues la ley de elecciones mas que en relacion á los intereses de los hombres del poder que la propusieron, no cabe duda de que estos se olvidaron de su propia devilidad: creyeron que existia un partido medio con el cual esperaban conseguir la victoria. Con esta persuasion despreciaron á los realistas que habian separado de las elecciones de 1815 y á los independientes á quienes querian escluir de las elecciones de 1816 (1). Sin embargo, los que gobiernan no deben ignorar los hechos, y los hechos son los siguientes:

La ley electoral designa generalmente una clase de electores en la que acaso no hay tantos realistas como en las clases que pagan mas ó menos de cien ducados de contribucion. A pesar de esa desventaja de la ley se ha demostrado por un término medio tomado en los departamentos llamados á las últimas elecciones, que la opinion de los diversos partidos se ha manifestado en las siguientes proporciones: dos quintas partes de realistas, el mismo número de independientes y la mitad de ministeriales. De manera que si unas veces los realistas por temor de los independientes y otras veces estos por temor de aquellos no hubiesen votado con los ministeriales, no habrian estos tenido ni un solo diputado: de manera que si el año que viene los realistas y los independientes votan constantemente sin salir de su fraccion, las elecciones recaerán por necesidad en independientes y en realistas; de manera que si los realistas cansados de una lucha tan penosa, cansados de una abnegacion tan mal apreciada se retiran (2) de los colegios electorales los independientes conseguirán un triunfo completo.

¿Qué hará en tales circunstancias el ministerio? ¡Disolverá la cámara! ¿Puede hacerlo en la actualidad segun su propia opinion sin peligro para él ó para la legitimidad?

Sin peligro para él, si las elecciones son realistas é independientes.

Sin peligro para la legitimidad, si las elecciones son puramente independientes y juzgando por todo lo que ha querido darnos á entender en su ataque contra esa fraccion.

¿No seria una cosa funesta si el primer ensayo que se ha hecho de la ley electoral presentase bajo el actual ministerio un obstáculo moral al ejercicio de la mas importante prerogativa de la corona?

(1) Si se desea ver el cuadro de esta discusion podrá encontrarse superiormente trazado en la *Historia de la legislatura de* 1816 por Mr. Tevee.

(1) En un escrito como este es donde conviene hablar con toda claridad y ponerse al alcance de todo el mundo. Por lo tanto nos hemos visto obligados á dar á cada partido la denominacion con que se distinguen. Mucho sentimiento nos ha causado tener que obrar de este modo: los realistas saben muy bien qué dolorosos recuerdos van unidos á esas designaciones, que principian expresando una opinion política y concluyen matando víctimas.

(2) Muchos electores realistas se han abstenido de ir á estas elecciones: han hecho muy mal.

Bien podria uno consolarse de que algunos hombres se hubiesen engañado por lo tocante á sus intereses particulares, lo cual no probaria sino que habian hecho mal de ofender á las dos clases mas numerosas de la nacion, creyéndolas insignificantes. Mas si su equivocacion comprometia los intereses de la corona, muy lamentable seria semejante error. Es muy de temer que una ley electoral en que la influencia legal de los propietarios, ni el patronazgo de los mas altos dignatarios contrarestan la accion popular, siembre otra vez en las instituciones gérmenes del republicanismo. El proyecto de la ley sobre quintas acaba de aumentar el temor de los amigos de la monarquía.

Este proyecto infringe decididamente muchos artículos de la Carta: sin detenerme á detallar sus numerosos inconvenientes, me contentaré con decir que el título sobre *ascensos* quitaria á la corona su mas importante prerogativa: el rey dejaria, por decirlo asi, de ser dueño del ejército, y una fatal confusion haria pasar el poder ejecutivo al poder legislativo: esta fue la mayor falta de la asamblea constituyente. ¡De manera que nada habremos aprendido con la revolucion! ¡La misma temeridad que nos impelia hácia los escollos antes de la tormenta, nos ha de impeler aun despues del naufragio!

Ni en las mismas repúbicas se ha arreglado nunca el modo de ascender en el ejército por medio de una ley: en una monarquía debe ser cuando mas objeto de una real órden. El mismo monarca no tiene derecho de despojarse de su poder ejecutivo, que es una cualidad inherente á la monarquía, y reside única y exclusivamente en la corona para felicidad del pueblo, para paz y gloria de la patria.

Tambien se reprodujo durante esta legislatura una triste ley escepcional para los periódicos: la discusion de esta ley dió lugar á una objeccion á que desde luego conviene contestar.

Se ha acusado pues á la minoría realista que hoy vota por la libertad de la prensa de haber dejado pasar en 1815 cuando era mayoría la ley sobre censura de los periódicos.

Nótese por de pronto que es la cámara de los Diputados de 1814 y no la de 1815 la que estableció provisionalmente la censura: la cámara de 1815 no hizo mas que prorogarla relativamente á los periódicos; pero ¿en qué circunstancias lo hizo? Despues de los Cien-dias, cuando la nacion acababa de sufrir un trastorno, cuando estaba rodeada de tantas facciones, cuando tantos intereses ofendidos, tantas pasiones escitadas amenazaban la existencia de la monarquía, cuando tantos hombres colmados de beneficios por parte del rey se habian entregado á la mas inconcebible traicion y cuando los aliados ocupaban á París, Lyon, Marsella, y finalmente toda la Francia hasta el Loire!

Si las dos cámaras en circunstancias tan graves creyeron necesario reprimir temporalmente la prensa, ¿estará autorizado el ministerio que pide actualmente esta represion para hacer cargos á las cámaras que usaron de ella en aquellos momentos? ¿Solo porque entonces se adoptó esta medida creerán ahora que es necesario sostenerla á pesar de haber variado los motivos que la produjeron? ¿Cuando el parlamento inglés suspende el *habeas corpus*, se obliga por ventura á irlo suspendiendo de año en año? nosotros negamos hoy nuestro voto á la censura, precisamente porque se lo dimos entonces, y se lo negamos porque no pudiendo ahora ser útil al Estado, no puede ser útil mas que á las pasiones de una autoridad que abusa de ella.

Siguen diciendo. ¿En qué consiste que la libertad de imprenta (no se trata al presente mas que de esta cuestion), en qué consiste que esta libertad es reclamada tanto por los que la consideran indispensable en un gobierno representativo, como por los que la contemplan como peligrosa? — Eso consiste en el abuso que se ha hecho de la censura. Si se hubiese dejado á los periódicos una decorosa libertad de opinion, si nadie hubiese podido ser calumniado sin concedérsele medios de defensa, si no se hubiera convertido la censura en arma de partido; si las obras hubieran podido ser anunciadas con alabanza ó con vituperio segun la opinion del crítico; si la censura se hubiese limitado á suprimir la parte que le hubiera parecido conveniente de un artículo, sin añadir nada de su propia cosecha; si no se hubiera obligado nunca á un redactor á insertar contra su voluntad esos párrafos políticos que no pueden perder el olor de las oficinas de donde han salido, si finalmente se hubiese respetado la propiedad de los periodistas sujetos á la censura, no hay duda que con tan atinada conducta, se habria disminuido el número de los partidarios de la libertad de imprenta entre los que no entienden á fondo la cuestion constitucional; mas la censura no ha servido sino para hacer mal y oponerse al bien. Cuando los mas indignos libelos, cuando los mas detestables periódicos circulan sin obstáculos, en tanto que las obras mas útiles y de mejor intencion están llenas de trabas, el hombre menos favorable á la libertad de la prensa se hace amigo de ella, y supuesto que puede verse tan comprometido por la esclavitud de los periódicos, como temia serlo por su libertad, prefiere hacerse partidario de una opinion que por lo menos le facilita medios de defensa, á seguir un partido que privándole de ellos no le deja ni las probabilidades del combate.

Y todas estas razones no son mas que las que se deducen de las opiniones individuales; pues entrando de lleno en el fondo de las cosas no podria menos de verse que los periódicos sujetos á la dependencia de la policía alteran y desnaturalizan el gobierno representativo hasta el punto de hacerlo desconocido.

Con relacion á la política exterior quedan los miembros de ambas cámaras en una completa ignorancia: muchas veces nos vemos obligados á buscar en los periódicos extranjeros las cosas que mas interesan á nuestra patria. Un corresponsal de París escribe en el *Correo inglés*: algunas veces calumnia á las personas; mas tambien da noticias á los ingleses de lo que hacen los embajadores franceses, de las negociaciones que están arreglándose y de los tratados que se van á cerrar, nosotros no merecemos estar al corriente de lo que tan de cerca nos toca. (1) Sin embargo semejantes noticias deberian figurar mas bien en los periódicos de París que en el *Correo inglés*, y esto seria mucho mas decoroso para la nacion.

Con relacion á la política interior ya en otra parte (2) hemos dicho como la censura ataca á los principios del órden judicial, prohibiendo á los periódicos hablar, cuando dan cuenta de una causa criminal, de la parte de la substanciacion en que se encuentren mezclados algunos agentes de policía. (3)

(1) El año pasado hice saber á la cámara de los Pares la existencia de un tratado entre Francia y la ciudad de Hamburgo impreso en todos los periódicos de Europa, menos en los de Francia. Este año antes de permitirse la publicacion del concordato á los periódicos de París se habia estampado ya en toda la prensa extranjera y hasta en algunos diarios de los departamentos.

(2) Véase la *Monarquía con arreglo á la Carta.*

(3) ¿Habrá que creer en otro género de procedimiento, relativo á los delitos de la prensa que he leido en las *últimas conclusiones* atribuidas á los S. S Combe y Dunoyer? De esta conclusiones resulta que los redactores del *Censor* han sido perseguidos por ciertas notas contra los misioneros y contra los oficiales vandeanos: notas que se les habian comunicado y que ellos creyeron procedentes del ministerio. Aun se espera la explicacion de este asunto, como único medio de poner fin á tal escándalo.

Por lo demás la policía tiene tanto interés en disponer de los periódicos para gozar del ilegal presupuesto de 150,000 francos que es muy natural que haga todo lo posible para que no salgan de su dependencia. Si todos estuviésemos en posesion de nuestras libertades ¿de qué serviria la policía? ¿con qué se mantendria? Esperemos que siendo para lo sucesivo agregado el gasto de la policía al presupuesto general, tratará de ser mas condescendiente por lo que toca á la censura de los periódicos; que publicará el estado de su recaudacion y gastos, y una lista puntual de los sueldos que gozan sus dependientes.

Hay una peligrosa prevision en no conceder hoy libertad á los periódicos con una buena ley de represion. Es una máxima de Estado, que un gobierno no debe rehusar lo que la fuerza de las cosas está á punto de arrebatarle; hoy no tendreis que conceder mas que una libertad de imprenta: mañana os obligarán á soportar su desenfreno.

Todo el mundo quiere que los periódicos sean libres pues aun aquellas personas que se oponen á la abolicion de la censura en la actualidad nos la prometen asi que se pase un año. Si todo se reduce á una cuestion de tiempo, todo se limitará á saber, cuál será la época mas oportuna para la libertad de imprenta. ¿Pensarán que será menos peligroso concederla cuando los aliados se retiren, y cuando la ley electoral haya cambiado otra quinta parte de la cámara de los Diputados? ¿No seria mas prudente acostumbrarnos á esta libertad ahora que conocemos nuestra posicion, y en tanto que vamos caminando por senderos trillados? Por lo menos sus primeros efectos habrian ya pasado cuando todo llegue á cambiar de aspecto en la nacion: ¿no podrá unirse la explosion que producirá la prensa al soltarse de sus trabas con la que necesariamente resultará de verse el país enteramente libre de la ocupacion extranjera? Si se pensara algo mas en los intereses de la patria, y en la cuestion de los periódicos no se vieran siempre mezclados los intereses particulares del ministerio, es de presumir que se haria caso de lo que yo digo.

¿No tendremos nunca noticia de los asuntos, y estaremos limitados á ser tristes testigos de lo que esta pasando á nuestra vista? En vano se adquiere una mayoría, si las leyes que se le presentan son tan desfectuosas que la razon las rechaza y la mas decidida benevolencia no puede aceptarlas sin enmiendas: esa mayoría viéndose en la precision de votar contra sus inclinaciones acusará por su voto mas bien á los autores de ley que á la ley misma.

¿Se aprobará el concordato? no sucederá asi probablemente sin sufrir vigorosa oposicion, y esta nacerá tal vez de los mismos bancos donde el ministerio buscaba su apoyo. Esta circunstancia demostraria que no se tiene aun conocimiento de los hombres. ¿Habrá razones secretas ó públicas, como se ha dicho por algun tiempo, que hagan retirar el concordato? La opinion pública nunca perdona semejantes ensayos, y los hombres de Estado que andan palpando, digámoslo asi, y adoptando providencias á medias no pueden esperar otra cosa en pos de ellas mas que la desconsideracion.

Finalmente, fíjese la atencion en la suerte de la ley sobre la libertad de imprenta; por de pronto separaron de ella del modo mas raro el último artículo para convertirlo en ley particular sin consideracion á la categoria que ocupaba en la série de los artículos y sin tener presente la influencia que pudo tener en la opinion por lo tocante al modo de determinar las enmiendas, supresiones y adopciones, cuando no era mas que aun artículo de la ley general. Diéronse prisa á presentar á la cámara de los Pares una cosa que en su orígen no era ni proyecto de ley, ni artículo de un proyecto de ley, ni enmienda de la cámara de los Diputados á un proyecto de ley, sino una enmienda de la comision de la cámara de los Diputados hecha al último artículo de una ley compuesta de veinte y siete artículos. No se sabe precisamente cómo debe llamarse ese *ente* extraordinario, parte *perecedera* de una ley *inmortal* á que estaba unida. La duracion de su vida depende de lo que tarde en reunirse la próxima legislatura.

En tanto que lentamente se iba discutiendo en la cámara de los Diputados la ley general, su malhadado fragmento apenas tenia tiempo para presentarse en la camara de los Pares: preciso es, decian, que se apruebe antes del 31 de diciembre, á fin de que al espirar la antigua ley tenga el consuelo de ver á su heredera antes de morir: menos afortunado el pensamiento que el esclavo romano no tendrá en todo el año ni un dia de fiesta en que bajo la tutela de alguna divinidad pueda aflojar sus cadenas.

Apenas los ministros consiguieron arrancar de la ley general el artículo concerniente á los periódicos, tuvieron que pagar su victoria perdiendo la mayoría en otro artículo: y no se pasó mucho tiempo sin tener que sufrir otra derrota. Cierto es que triunfaron al hacer desechar la enmienda en favor del jurado; pero ¡qué deplorable no fue este triunfo para la nacion y para el mismo ministerio! Cuando se entregan á merced de las disputas humanas, esas cuestiones que afectan á la vez los intereses mas caros y las pasiones mas vivas, seria por lo menos conveniente que el valor de la victoria recompensara el peligro de la empresa. Por último la ley fue adoptada. Algunos votos únicamente y como á pesar suyo la entregaron al ministerio que no temió presentar á la aprobacion de la cámara de los Pares, á la sancion del monarca, y al respeto de la nacion un proyecto de ley que apenas tenia un principio de existencia pues no contaba mas que con la mayoría de diez votos.

El artículo sobre la prensa periódica será tal vez adoptado por la cámara de los Pares; mas como no tendrá efecto sino hasta el último período de la siguiente legislatura, volverá á discutirse al año siguiente. Cométese una insigne imprudencia en andar cada año poniendo en tela de juicio los principios del órden social. ¿Qué resultará de estos últimos debates? La profunda afliccion que causan á todos los franceses unas medidas tan desacertadas, unos proyectos tan mal concebidos, y unas tan fatales equivocaciones respecto de los hombres y de las cosas.

Falta considerar el ministerio en sus relaciones con la Constitucion; ver qué ha hecho la cámara de los Diputados bajo su influencia; qué nociones ha tenido del gobierno representativo y cuál es en este concepto su sabiduría ó su ignorancia: hecho esto habremos recorrido todo su sistema.

Presenta la cámara de los Diputados un aspecto tan singular como nuevo. Una mano poco firme la ha dejado dividirse en varias fracciones. En las dos extremidades se presentan los hombres que quisieron invalidar las elecciones en 1815 y 1816. Estos componen dos minorías, de las cuales la primera es la mas numerosa.

En el centro, de lo que deberia ser mayoría, se ha formado un tercer partido, el cual parece compuesto de hombres ilustrados que no han podido sacrificar sus luces á unos ministros, cuyos sistemas sienten no poder seguir.

Aquí es lugar de dar á comprender en vista de un simple informe del ministerio, el inconveniente de haber disminuido el número de los diputados, y cuánto se equivocaban los que creian que una cámara reducida á doscientos cincuenta miembros, seria mas fácil de dirigir que hallándose compuesta de cuatrocientos ó mas miembros. En una asamblea poco numerosa, diez ó doce votos que se agrupan y aislan adquieren importancia y cambian la mayoría. El ministerio se ve en la precision de entrar en negociaciones con esas pequeñas potencias, y queda al arbitrio de

unos pocos votos que no habrian tal vez perdido si la asamblea siendo mas numerosa le permitiera no hacer caso de ellos.

La pequeña mayoría cuyo gérmen existia en la cámara desde la última legislatura, adquirió nuevas fuerzas durante este último año. Acaba de presentarse con mesura y talento, y ha defendido, como la antigua minoría, los principios conservadores de la Carta.

Por lo tocante á esta antigua minoría, compuesta de la mayoría de 1815, debe decirse que ha seguido conservando exactamente la posicion que tenia el año pasado, y que continuará emitiendo concenziudamente su modo de pensar. La religion, la legitimidad y la Carta con todas sus libertades no arbitrariamente suspendidas por leyes escepcionales sino sabiamente arregladas por leyes permanentes, hé aquí todo lo que desea la minoría; cuantos quieran, sin escepcion de personas, pasar á este terreno, pueden estar seguros de encontrarla: allí es donde sin intrigas y sin ambicion podrán verla sostener con mano firme en la tribuna la bandera blanca y sustentar una opinion que algunos pretenden desalentar. El cansancio de los realistas seria la mayor desgracia que pudiera suceder á la monarquía: para no caer en ese desaliento es preciso tener una dósis nada comun de longanimidad.

La política adoptada al dar nacimiento á las minorías realistas de las dos Cámaras, ha causado un daño incalculable. Minorías son estas que pueden ser llamadas anti-naturales; pues nadie puede acostumbrarse á ver en las filas de la oposicion á unas personas conocidas por su leal adhesion á la corona. De cuantos deberes han cumplido hasta el presente los realistas, acaso ninguno les habrá sido mas sensible que el tener que votar contra proyectos que se les han presentado como emanados de la régia voluntad.

La oposicion naural deberia al presente ser la oposicion democrática combatida por una fuerte mayoría realista (1). Con semejante oposicion el ministerio de Estado podria marchar sin temor y sin trabas; pero la falta de ochenta miembros en la cámara de los Diputados y sesenta en la de los Pares, casi todos conocidos por sus sacrificios y adhesion á la monarquía, muchos de ellos pertenecientes á la servidumbre particular del monarca, y nobles compañeros de su destierro, dan á las minorías una fuerza demasiado extraordinaria, para que no se eche de ver desde luego un vicio radical en la administracion gubernativa.

En vano dirán que los diputados que faltan, si bien eran hombres de probidad, marchaban sin embargo desencaminados: un error puede pertenecer á uno ó á varios hombres; pero nunca puede ser patrimonio de un número considerable de vasallos leales, adictos, sinceros y religiosos. ¿Qué causa puede impelerlos á una oposicion tan penosa para ellos? ¿la ambicion? Pero en esos nobles ancianos de la cámara de los Pares, cansados ya de los percances de una larga existencia nadie ha podido descubrir mas ambicion, que la de seguir los pasos de su desgraciado monarca y ayudarle á soportar la corona cuando pesaba demasiado sobre su cabeza. Cortesanos del tiempo de su adversidad, no aspiran á ser ministros en los tiempos prósperos. Con su noble conducta se han grangeado un título mas hermoso, un título que ningun poder humano les puede arrebatar: el ser llamados *amigos del rey*.

En la antigua minoría de la cámara de los Diputados no se ven mas que ciudadanos modestos, lealmente adictos, ó noblemente convertidos á la causa del trono. ¿Quién les consuela de sus penosos trabajos? ¿Tienen como en Inglaterra periódicos que les defiendan, fortunas ó una existencia que les indemnicen de la pérdida del favor? ¿Se les ve en casa de los ministros? ¿Intrigan en las antesalas? — Viven entre sí con la sencillez de sus costumbres, sin pretensiones, sin mas objeto que procurar el triunfo de la monarquía legítima, sacrificando en silencio hasta los intereses de su familia envuelta en su desgracia, y no oponiendo á las calumnias mas que el testimonio de su conciencia. Ningun partido sacan de la nombradía que han adquirido: déjanla por decirlo asi, con sus vestidos y no vuelven á usar de ella sino en la tribuna: esos hombres de bien, tan temidos de los ministros, tan apreciados de la nacion apenas se han dejado ver en la capital.

Semejante oposicion ejerce necesariamente una considerable influencia en la opinion. ¿Por qué fatalidad han de ser dos cosas distintas la monarquía y los realistas? Los hombres sencillos no acaban de comprender tan extraña distincion: no saben donde está la verdad, ni á qué lado deben colocarse; asi es que flaquea ese cúmulo de voluntades en que la nacion deberia apoyarse, y del cual deberia sacar todos sus medios de defensa y vigor.

Oyese un clamor: ¡*Los realistas votar con los independientes*! ¡*Los realistas inscritos con ellos para hablar contra la misma ley*! ¡*Qué malhadado espíritu de partido*!

¿De dónde sale ese clamor? ¿Quién se toma tanto interés por el honor de los realistas? ¿Serán por casualidad sus enemigos? ¡Tienen una tan alta idea de nuestra virtud! Hace dos años que se calumnia del modo mas infame á los realistas: trátase de conjurar contra ellos la opinion pública: todos los periódicos, hasta los extranjeros pagados por los franceses, los maltratan: quisieran consumar su perdicion en toda Europa; y cuando la historia registrará los archivos que hoy están cerrados á sus indagaciones, aparecerán tal vez documentos que probarán el grado de encarnizamiento con que ha perseguido el odio á la lealtad. Los realistas han tenido que apurar todos los sufrimientos, y se llevaria á mal que los realistas no se dieran prisa á alargar la mano á sus imprudentes perseguidores cuando estos llegan á colocarse en una mala situacion. ¡Es la patria, dirian entonces, la que hemos de salvar! ¿Y quién ha comprometido á la patria? ¿No es una política mezquina y apasionada la que ha producido las divisiones que actualmente existen? Si no se cambia de sistema, ¿no será la mayor calamidad el dejar en el poder á los que nos pierden con ese sistema? ¿No seria su retirada el primer requisito de la salvacion de la patria?

¡*La antigua minoría de la cámara de los Diputados votar con la nueva*! ¿Por qué los que se escandalizan de esta coincidencia de votos son mas escrupulosos por lo tocante á los realistas, que por lo tocante á sí mismos? ¿No votaron por la ley electoral con esos mismos hombres cuyo prestigio ha pasado ya? Valiéronse de los independientes para organizar los sucesos del 5 de setiembre contra los realistas: ¿echarán mano de estos para hacer otro tanto contra los independientes?

Los realistas defendieron durante el año que acaba de pasar, la libertad de imprenta: ¿deberán hoy mudar de opinion porque hay otra minoría que tambien participa de ella? ¿De qué servirian en tal caso los discursos que pronunciaron el año pasado? Si pudiesen mudar tan súbitamente de parecer sin una razon motivada y evidente, serian dignos de que la nacion y la Europa los contemplara con sarcástica sonrisa. Decíase que los realistas eran incapaces, y ahora se lleva á mal que no se precipiten contra unos hombres que no están de acuerdo con ellos en una discusion capital!

Afortunadamente no está lejos el momento en que todos los que no son partidarios del despotismo ministerial dejen de disputar entre sí: los hombres de

(1) Hemos tenido la fortuna de convenir en este particular con un orador de la cámara de los Diputados, Mr. Benost, que ha expresado y desrrollado muy bien esta idea.

sana razon comprenden la necesidad de fijarse en unos principios que no estén sujetos á la movilidad de las pasiones. Todo ministerio que no será franco en el ejercicio de la Constitucion, que no abrazará el gobierno representativo con todas sus libertades, con todas sus consecuencias, con todos sus inconvenientes y con todas sus ventajas, caerá abrumado bajo el peso de ese mismo gobierno. Buena fe y talento, es cuanto debemos emplear en nuestra marcha, y ninguna de esas dos prendas es patrimonio exclusivo de una clase determinada de hombres. Nada rechazan los realistas sino la cobardía y el crímen; no son enemigos de las opiniones. El autor de este escrito piensa que podrian encontrarse amigos sinceros de la monarquía constitucional hasta en las filas de los antiguos defensores de la república (no habiéndose aun llegado á manchar con el crímen); entre esos hombres, cuyos primeros errores emanaron de una mal dirigida grandeza de alma: cree tambien que los hijos de las modernas victorias de la Francia se hallan desde ahora dispuestos á ser amigos de los soldados de la antigua gloria nacional; amar el honor es un paso muy avanzado para llegar á ser amigo del rey. Desconfiemos, empero, de esos sostenedores de la tiranía, siempre dispuestos á servir ó á vender á su dueño, y que mientras están en la espectativa de un acontecimiento tratan de convertirlo en provecho propio; esclavos incapaces de conocer el precio de la libertad, y de quienes la Constitucion nada mas ha podido hacer que unos libertos.

¿Qué se puede inferir de la concordancia de las dos minorías en lo tocante á los principios comunes de libertad y justicia? Que semejante union es la mas severa crítica del sistema que se sigue, y la acusacion mas grave que contra él se pueda formar.

Dicen, por último, que los realistas solo por espíritu de partido defienden la Constitucion y la libertad de imprenta, porque en el fondo están lejos de amar esas libertades. Este argumento está ya gastado: la perseverancia de los realistas en sus opiniones destruye bajo este punto de vista todas las insinuaciones de la calumnia; mas para cortar perentoriamente la cuestion, séame lícito citar un ejemplo.

En un informe sobre el estado de Francia hecho al rey en su consejo de Gante, me expresé en estos términos:

«Señor, ya os preparabais á coronar las instituciones, cuya base habiais sentado, esperando en vuestra sabiduría el complemento de vuestros proyectos... Habiais marcado una época para designar la dignidad de par como hereditaria: el ministerio hubiera adquirido mas unidad; los ministros hubieran sido miembros de las dos cámaras segun el espíritu mismo de la Constitucion; se hubiera propuesto una ley para que se pudiera ser elegido para la cámara de los Diputados antes de los cuarenta años, y para que los ciudadanos tuviesen abierta una verdadera carrera política (1). Habiais dispuesto que se diera principio á un código penal para los delitos de imprenta, y despues de la adopcion de esta ley hubiera quedado enteramente libre, porque esta libertad es inseparable de todo gobierno representativo (2). Por otra ley se habia manifestado la inutilidad, ó mas bien dicho, el peligro de la censura, que sin prevenir el delito, hacia responsables á los ministros de la imprudencia de los periódicos...

»Señor, este es el momento de protestarlo solemnemente: todos vuestros ministros, todos los miembros de vuestro consejo están inviolablemente adheridos á los principios de una razonable libertad.

»De vos mismo aprenden ese amor á las leyes, al órden y á la justicia, sin el cual no hay felicidad para un pueblo. Señor, séanos lícito deciroslo con el respeto profundo y sin límites que profesamos á vuestra corona y á vuestras virtudes. Nos hallamos dispuestos á derramar por vos la última gota de nuestra sangre; á seguiros hasta el último confin de la tierra, y á participar de todas las tribulaciones que el Todo Poderoso se digne enviaros, porque creemos ante Dios que sostendreis la Constitucion que habeis dado á vuestro pueblo; y que el deseo mas sincero de vuestra regia alma es la libertad de los franceses. Si no creyesemos esto, señor, hubiéramos muerto á vuestros piés defendiendo vuestra sagrada persona, porque sois nuestro dueño y señor, rey de nuestros padres, y nuestro soberano legítimo; pero tampoco hubiéramos sido mas que soldados vuestros, y habriamos dejado de ser vuestros consejeros y vuestros ministros (3).»

Los que acusan á los realistas de no ser sinceramente amigos de la Constitucion y de haber tomado un un disfraz acomodado á las circunstancias podrán decir por qué en Gante un ralista que no sabia cuál seria el término de su destierro, ni el desenlace que tendrian los acontecimientos; que ni era par de Francia ni tenia oposicion á un ministerio cuya existencia no era posible preveer, podrán decir por qué razon ese realista reclamaba en tan alta voz las libertades constitucionales. Digan si el lenguaje que entonces usó es diferente del que ahora emplea, y si en la tribuna ha hablado con mas franqueza que cuando hablaba en el consejo. Un hombre que siguiendo á su desgraciado monarca pudo hacer á sus piés en tierra extranjera semejante profesion de fe, tiene tal vez derecho de que le crean bajo su palabra cuando se manifiesta defensor de principios generosos y cuando los enlaza á inalterables sentimientos de amor y lealtad hácia su soberano.

El que en cada legislatura, en cada nueva sesion pone al parecer en duda la influencia del ministerio sobre las cámaras, no debe estar bien penetrado de las doctrinas del gobierno constitucional.

Cuando vino la restauracion á salvar á la Francia se retrocedió por un movimiento natural á la época en que principiaron las calamidades que han afligido á esta nacion, y dejando pasar esos veinte y cinco años de infortunios como la impresion de un sueño funesto, se volvió á adoptar la monarquía en el mismo sentido en que habia quedado. Sin embargo, las cosas habian variado: el rey en su magnanimidad habia dado una constitucion, y con ella habian variado los deberes del ciudadano; mas los hombres llamados al poder vieron que el restablecimiento del trono habia despertado en los corazones aquel amor innato de los franceses hácia los hijos de San Luis. Aprovecháronse de esta circunstancia los ministros para librarse de las trabas que les imponia la nueva ley fundamental. En vez de permanecer en su puesto delante del rey trataron de escudar su responsabilidad de ministros con la inviolabilidad de la corona y atrincherados detras del monarca prometiéronse conducir la nueva monarquía con arreglo á las máximas de la antigua. De aquí nació la lucha que se trabó entre el ministerio y las cámaras, expresándose el primero en un tono absoluto, para arrebatar de golpe la victoria en nombre del rey y las segundas invocando la libertad de sus opiniones y esforzándose en impedir que el ministerio saliera del límite de los principios.

Tal es el primer motivo porque ciertas personas no acabaron de comprender el espíritu de la carta. Hay ademas otra razon que no deja á varios hombres connaturalizarse con el órden político actual, y consiste en que conservan muy vivo el recuerdo de las instituciones de Bonaparte. Por un lado no hay mas para conducir la monarquía representativa que las tradiciones de la monarquía absoluta, y por otro únicamente la experiencia del poder arbitrario. Nótese el

(1) Puede notarse que la órden de 13 de julio de 1815 estaba cimentada en estos principios.

(2) Pienso que esto es pedir francamente la libertad de imprenta, y que la época de semejante peticion no es sospechosa.

(3) A ningun periódico le ha sido permitido anunciar estas *Miscelánea*s sin duda por causa del prefacio que encabeza la coleccion, y de la *Monarquía con arreglo á la Carta*, que la termina; pues no creo que el folleto de *Bonaparte y los Borbones*, ni las *Reflexiones políticas*, cuya impresion se dignó Luis XVIII aprobar, ni algunos fragmentos escritos en Gante por asuntos del rey, ni mis *opiniones* en la cámara de los Pares, hayan estado probibidos por la policía. Sin embargo, ¿quién sabe?

(Nota de la antigua edicion francesa.)



GEFE DE LOS VANDEANOS.

modo de interpretar las leyes, el afan en desenterrar las que fueron inventadas por el vandalismo de la Convencion ó por la tiranía imperial; leanse los discursos pronunciados en algunos tribunales, y en ellos se descubrirá una secreta antipatía contra el órden constitucional. ¿No dicen que las Cámaras son menos un contrapeso que un consejo para la autoridad real? ¿No se oye decir que puede gobernarse por medio de reales órdenes; que los franceses no son á propósito para una monarquía representativa, y que están ya cansados de esos cuerpos políticos á que atribuyen la causa de todas las desgracias? Tan pronto confunden el ministerio con el trono, sosteniendo que atacar al primero es atacar al segundo, y tan pronto por otro

motivo lo convierten en un poder separado: hablan de principios que *enlazan el ministerio con el rey y al rey con el ministerio*, creando de este modo una teoría de pequeños soberanos que segun parece deberian tener principios y poder independientes del monarca. Per petuan las leyes excepcionales á cuya sombra se eterniza el ministerio de la Policía general; especie de inquisicion política, que acaso en un momento de crisis podrá ofrecer alguna utilidad, pero cuya existencia es enteramente incompatible con un gobierno constitucional. Profesan horror á la libertad de la prensa porque esta pondria en evidencia toda la magnitud de sus planes, y toda una caterva de nulidades. Introdúcese en la administracion gubernativa ese despotismo salvaje que quita violentamente de su puesto á los hombres, sin reparar en su posicion con el objeto de quebrantar las voluntades y poder disponer de máquinas en vez de hombres. Bonaparte desapareció; pero aun existen entre nosotros los mudos de su serrallo, dispuestos á sofocar la libertad.

Hay en el fondo del corazon humano alguna cosa que al parecer milita en favor del poder absoluto: este poder se presenta como una idea sencilla, y bajo su influencia la ambicion no necesita de tanta habilidad para encumbrarse. No teniendo mas que la virtud necesaria para obedecer á las leyes, siente uno natural inclinacion á ser esclavo de los hombres; mas el que quisiera traer con los príncipes legítimos de Francia el despotismo del usurpador perderia la legitimidad.

Sin embargo es natural que los hombres que ocuparon el poder en tiempo de Bonaparte se sientan secretamente inclinados á su sistema de gobierno. La admiracion que profesan á ese sistema es una ilusion de su amor propio. En su interior dicen. «Todo iba bien; nosotros gobernábamos.» Llegan á imaginarse que ellos fueron los que encumbraron á Bonaparte, siendo así que fue este quien les encumbró á ellos! Meros instrumentos de la fuerza, obedecian como las máquinas que cortan el hierro, y hacen obras prodigiosas, merced al torrente que hace mover las ruedas ó al fuego que predispone el metal: suspéndase su impulso motor, y todo quedará reducido á masas inertes, á moles sin accion.

¿Triunfarán los esfuerzos que hace el ministerio entre las tres fracciones de la cámara de los Diputados? Lo ignoramos; pero sabemos que en una monarquía representativa, el gobierno debe tener una mayoría compacta, segura, é imperturbable. Un ministerio que se ve obligado á entablar negociaciones con dos minorías y un tercer partido para tener mayoría; un ministerio que tiene que apoyarse en la una ó en al otra de estas para que se aprueben los proyectos de ley, es un ministerio que de nada absolutamente es dueño, y que necesariamente debe perderlo todo.

Casi podria creerse que la existencia del ministerio actual es un fenómeno. No está adherido á la opinion realista; no se apoya en la opinion de los independientes: parte de los que le seguian están al parecer dispuestos á abandonarle; ¿dónde están pues los cimientos de ese ministerio? Necesariamente ofrecen las diversas opiniones de las distintas fracciones de la cámara de los Diputados la reunion completa de las opiniones nacionales, y sin embargo el ministerio no figura en ninguna de ellas. ¿Habrá acaso concebido el proyecto de combatir contra todas y mantenerse de los despojos de cada una? Esa funesta combinacion ha sido mas de una vez causa de la ruina de los Estados.

Pero considerando desde mas cerca las cosas, se ve que el ministerio, tiene tambien un partido, aunque permanece aislado de la nacion.

Los que en su orígen dieron principio al sistema político que tan amenazador se ha hecho en la actualidad fueron unos treinta hombres que se avinieron entre sí para limitar la autoridad administrativa en su pequeño círculo y conservarla á toda costa. Teniendo á su disposicion los empleos que seducen, el dinero que encadena, y los periódicos que engañan, llegaron á dirigir los ministerios, á crear una opinion facticia y á ilusionar por un momento á la Europa. Estos hombres nos han ido volviendo poco á poco á la posicion que teniamos cuando se nos decia que era imposible entrar en París con la familia real, siendo así que no habia en esta capital mas que una guardia nacional y un pueblo que esperaban con impaciencia á Luis el Deseado para bendecirlo. Unos cuantos federados mantenian cerradas las puertas de la ciudad, y para vencer, esa insuperable resistencia, se nos aconsejaba que entrásemos en negociaciones y adoptáramos la escarapela tricolor. Así es que algunos hombres sin fuerza real guardaban las avenidas de la monarquía y gritaban á las personas honradas: «no podeis entrar, »nadie os quiere; no sois bastante fuertes; adoptad »vuestra divisa.»

¿Tendrán pues un extraordinario talento esos treinta inventores del sistema? Nada de eso: no son mas que una pandilla impelida por una faccion (1), en la cual han tenido por último que apoyarse. De esa faccion toman todos los recursos de su poder; mas en ella encontrarán tambien su ruina. Para mantenerse se verán en la precision de exagerar sus propios principios, porque en los límites humanos todo lo que no crece está próximo á menguar. Esta es la razon de que el ministerio, sometido á su pesar á la accion del sistema propende continuamente á *purificarse* y á descartarse de unos hombres que no se han pronunciado con bastante claridad en cierto sentido para reemplazarlos con otros mas decididos ó mas sumisos. Por último ocurrirá que á fuerza de purificaciones se alterará el espíritu del gobierno, y una opinion habrá ocupado el puesto de otra sin conocerse. Si entonces el ministerio, lleno justamente de terror trata de retroceder, perderá el apoyo de la faccion, y será devorado por ella, si por el contrario trata de marchar adelante.

Hombres de mas celo que juicio tienen costumbre de citar la Europa en testimonio de la sabiduría del sistema que en este escrito nos hemos tomado la libertad de combatir.

¿Será cierto que la Europa sostiene un sistema de que ha sido víctima? ¿Verá sin inquietud agruparse otra vez los elementos de la tempestad que la han conmovido? Nada tiene que temer de los principios que pueden consolidar en Francia la monarquía legítima, y por el contrario no hay temor que no puedan inspirarle las doctrinas que restablecerian en nuestro suelo el imperio de la revolucion. Si yo tratara la cuestion bajo ese punto de vista, podria prometerme grandes ventajas, inspirando al rey saludables temores; mas no he querido por un sentimiento de delicadeza valerme de ese medio: mi causa me pareceria mala, si para defenderla tuviese que valerme de argumentos tomados fuera de mi patria. Respeto la opinion de Europa; mas nunca la consideraré como una autoridad en lo tocante á intereses particulares de mi país: soy demasiado francés para olvidar ni por un momento lo que debo á la independencia de mi patria.

He dicho algunas verdades y no he creido deber situarme en ese término medio desde donde nada se alcanza y donde no viene á parar ningun interés. Razones y frases sin vigor no producen efecto y ademas presentan el inconveniente de revelar que el que las ha dicho carece de valor para sostener su opinion. Un imprudente sistema ha inutilizado el bien que tan fácilmente podia haberse hecho. Si por razones de partido, ó mal fundados temores de reaccion y de venganzas han creido deber inclinarse al lado de la revolucion, ¿han considerado bien á dónde les conduce semejante sistema? ¿Han considerado lo que sucederá cuando la nacion al verse libre por la retirada del ejército aliado volveremos á encontrarnos en presencia de las pasiones que hemos suscitado? Estamos seguros de poder entonces retroceder? ¿Será tiempo de hacerlo? Ya empieza á arrastrarnos el movimiento, y los que se hallan en el círculo de su accion apenas se aperciben ya de su rapidez. Dícennos que todo se halla tranquilo porque el torbellino que los arrebata vuela y se precipita con ellos. Grandes son las ilusiones que nos rodean. En París se consumen los dias entre obligaciones y placeres: es preciso conservar su puesto, cultivar las reacciones, abrirse paso, guardar consideraciones á la sociedad y no chocar con la opinion de nadie. La atmósfera de la córte tiene algo que embriaga la razon y hace cambiar de aspecto á las cosas. Todos los que han visto á Bonaparte en medio de sus triunfos, rodeado de una comitiva de reyes, apoyando su cetro en 800,000 soldados (¡y qué soldados¡) é inmortalizando su memoria con el esfuerzo de todos los talentos, saben muy bien cuánto debe desconfiarse de la sonrisa de la fortuna. Veinte y cinco años han sido un término bastante para arrebatar de un mismo palacio la legitimidad y la usurpacion; la primera con su antigua monarquía de catorce siglos y la otra con su vasto imperio de catorce años: *Transivi et ecce non erat*. Nada hay estable fuera de la religion y la justicia. Afortunadamente el trono de Luis XVI estaba fundado en estas bases, y por esa razon volvemos á verlo restablecido en la actualidad. ¡Ah! no permitamos que otra vez quede expuesto á nuevos vaivenes: vigilemos por la conservacion de la corona del mejor y mas respetado de los monarcas: restablezcamos nuestros altares; purifiquemos nuestras costumbres; corrijamos nuestras leyes, cimentando nuestras libertades: no cansemos la paciencia del cielo, ó temamos aumentar el número de esos pueblos castigados por no haber querido reconocer sus faltas, y por no haber derramado bastantes lágrimas por sus crímenes.

(1) Véase *la Monarquía con arreglo á la Carta*.

OBSERVACIONES SOBRE ASUNTOS DE LA ACTUALIDAD.

París 5 de julio de 1818.

Yo habia renunciado ya á la política: trabajos históricos, interrumpidos desde hace mucho tiempo exigian que me dedicara otra vez al estudio. En mi rápido tránsito al través de los sucesos humanos no habia perdido enteramente el tiempo por lo tocante á esos trabajos históricos; los hombres enseñan lo que es el hombre, y viendo de cerca las causas que contribuyeron á la destruccion de la monarquía francesa me era posible adquirir nuevas luces para examinar los principios que intervinieron para levantarla en su primer orígen.

En medio de estas ocupaciones, investigando en las tumbas de nuestros antepasados fue cuando al desarrollar los antiguos títulos de la gloria francesa, pensé erigir un monumento á la nacion y entonces fue tambien cuando me designaron por hijo indigno de la nacion á la que consagraba todo mi esfuerzo. La mas infame y negra calumnia paralizó mi mano sobre el mismo renglon en que acababa de expresar mi amor y admiracion hácia la patria. Yo me afanaba por descubrir el orígen de la noble raza de San Luis, y hé aquí que me denuncian como enemigo de esa raza cuyos derechos he defendido y de cuyo destierro he participado. Arráncanme de mis pacíficas indagaciones, y vienen á provocarme en medio del polvo de mis libros. Yo me habia consagrado al silencio, á la paz, al olvido y me arrebatan de esa paz, de ese olvido y de ese silencio. ¡Arrójanme el guante! ¡Pues bien! yo lo recojo.

No solo debo sostener mi honor, sino que debo tambien defender á los realistas (1). Una demasiado interesante fraternidad de desgracia me une á ellos para que dejen de encontrarme cuando me necesitan. Al presente todo conspira contra ellos, tanto los periódicos encadenados por la censura, como los folletos libres animados por una opinion hostil y hasta la prensa extranjera vendida al dinero, ó á las pasiones de la Francia. Todo el mundo teme abogar por la causa de esas víctimas de la lealtad; háblase de sus servicios con la misma cautela que se emplearia para hablar de un crímen: su inocencia causa miedo y se huye de ellos como de un contagio; pero por lo menos pueden contar conmigo. Azas larga impunidad han gozado los calumniadores anónimos: demasiado han confiado en su propia bajeza: desde ahora ceso pues de reconocer su privilegio y en vano será que invoquen la inviolabilidad del desprecio.

Acaso la *Monarquía con arreglo á la Carta* no habrá sido enteramente olvidada. Cualquiera que sea el juicio formulado acerca de aquel escrito, por lo menos no se podrá menos de convenir en que no me separé mucho de la verdad. Fíjese bien la atencion en los artículos XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX; XL, XLI, XLII, XLIII, XLIV de la segunda parte y se verá que calculé la serie de los sucesos con una espantosa exactitud. Ni las injurias, ni las declamaciones, ni los libelos destruyen nunca los hechos: dije que poco á poco irian expeliendo á los realistas de todos los destinos; que despues de haber agotado las purificaciones en el órden civil, tratarian de purificar el ejército: todo se ha realizado con tanta puntualidad que no parece sino que los autores del sistema han seguido el plan que les trazé.

Dije tambien que la doctrina secreta de los enemigos de la libertad es la siguiente: *Una revolucion como la francesa no concluye sino por un cambio de dinactia* (2). Dije que los mayores enemigos del rey *fingirian el mas acendrado afecto hácia su persona; que reconocerian en el esas altas virtudes, esos superiores talentos que todo el mundo no puede menos de ver; que el rey que tan ultrajado ha sido durante los Cien-dias, vendria á ser el justísimo objeto del homenage de los que le han vendido y se hallan aun dispuestos á venderlo.* Añadí que *esas demostraciones de admiracion y amor no serian mas que la escusa de los ataques dirigidos contra la familia real; que afectarian temer la ambicion de unos príncipes que en todos tiempos se han mostrado como los mas sumisos de los vasallos; que intentarian arrebatarles el respeto y la veneracion de los pueblos; que sus virtudes serian calumniadas*, y que *los periódicos extranjeros se encargarian de esta parte del ataque por medio de oficiosos corresponsales* (3). ¿Se ha cumplido la prediccion? ¿Ha habido un momento, un solo momento en que se hayan separado de ese sistema, en que hayan dejado de valerse de los mismos medios ni de emplear las mismas maquinaciones? Una vez llegado á la pendiente del precipicio no puede menos el imprudente que ha puesto en él los piés detenerse hasta llegar al fondo del abismo.

Necesario es en efecto que nos veamos muy avanzados en la pendiente, supuesto que ya llegamos al terreno de las conspiraciones. Hace ya mucho tiempo que en cierto partido se murmuraba de la *necesidad* de descubrir una conspiracion realista. ¿No era conveniente contrarrestar las conspiraciones de Grenoble y

(1) Véase la nota tercera del *Sistema seguida por el ministerio*.

(2) *Monarquía con arreglo á la Carta*, cap. XXXVI de la II parte.

(3) *Ibid.* cap. XXXVII de la II parte.

de Lyon? ¿No era doloroso ver que los jacobinos se habian sublevado en tanto que los vandeanos permanecian tranquilos? ¿No era evidente á todo el mundo que unos hombres que durante veinte y cinco dias se habian dejado degollar por el trono habian de querer la ruina de ese trono como la quieren los hombres que llevaron al cadalso á Luis XVI?

Veo en los periódicos extranjeros adoctrinados por *corresponsales* que dos ó tres coroneles debian escalonar sus regimientos desde Saint-Cloud á Vincenes el dia en que se iba á cometer un crímen. A consecuencia de esas infames calumnias, se mandó comparecer judicialmente á uno de esos coroneles á fin de que declarara lo que supiera acerca de una conspiracion contra el rey. Este bizarro militar recibió la órden el aniversario del dia en que su padre y su abuelo fueron las primeras víctimas de la monarquía! No pretenda otro coronel apelar á las cenizas de sus dos hermanos; no venga á ostentar en su rostro cicatrices de las heridas que recibió en servicio de la patria, ni las que recibió en su cuerpo en obsequio de su rey durante los Cen-dias; no haga alarde de un apellido que representa el honor de la antigua Francia, y que existe como un eterno resto de un gran naufragio; ¡ese coronel es un *conspirador contra el rey*!!! él habia de... Yo no me atreveria á concluir esta blasfemia en un país en que aun se ven las ruinas de las chozas de la Vandé. Los calumniadores franceses han retrocedido ante su propia calumnia y no se han atrevido á divulgarla sino en un país extranjero.

Preciso es que se sepa que existe una cierta *correspondencia secreta* cuyo orígen está en París. Esta correspondencia secreta está confiada á unos hombres que á todo se atreven menos á poner su firma, lo cual prueba que aun pueden ruborizarse de algo. Siendo bajo el velo del anónimo, calumniadores sin peligro, son por lo tanto doblemente infames, pues ni aun tienen el valor del asesino que por dar la muerte se expone á recibirla. Si os acusan en vuestra propia patria, por lo menos se sabe quien sois; podeis presentaros; podeis rodearos de vuestros amigos, y el público puede desengañarse. Mas ¿quién podrá remediar el daño que os causan denigrando vuestra reputacion en un país extranjero? ¿No podrán unas personas que no os conocen tomar por verdades las calumnias mas groseras?—Fórmase una opinion extranjera, se arraiga, se propaga sin que ni siquiera sospecheis su existencia y de este modo podeis llevar toda vuestra vida la señal de la asquerosa mano que os manchó al tocaros.

¿Qué se ha hecho del sentimiento de nuestra dignidad nacional? ¡Cómo! ¿A los que lean los periódicos de Alemania é Inglaterra es á quienes damos cuenta de nuestras discordias? ¿En qué humillante situacion acabaremos pues de colocarnos? ¿Nos confesamos vencidos y vamos como esclavos á concertar nuestras desavenencias ante el dueño? Ahora vemos lo que nunca se habia llegado á ver en la historia de nuestras miserias: vemos que hay franceses (1) capaces de comprar á peso de oro una página de los periódicos extranjeros para calumniar á sus compatriotas. No nos hagamos ilusiones: los ultrajes hechos á particulares, vienen á caer por último sobre toda la nacion. No podemos menos de atraernos el desprecio de nuestros vecinos al desgarrarnos de ese modo en sus periódicos. Si los hombres mas pundonorosos de Francia son representados como unos perversos ¿qué se podrá decir del resto de la nacion? ¿Se ha visto por ventura que los extranjeros nos imiten comprando su deshonor en nuestros periódicos? ¿Cuánto mas generoso, cuánto mas patriótico seria el ocultar nuestras miserias de la mirada de los demás pueblos, y presentarnos adornados con el crédito y el talento que aun nos queda? Nosotros que hemos soportado tantos vicios ¿no podremos tolerar algunas virtudes?

Dice pues uña correspondencia *secreta* que somos culpables de alta traicion; que los autores de *cierta memoria*, entre los que se me designa particularmente, son tambien autores de *cierta conspiracion*; Me ocuparé de la memoria; pero antes examinaremos lo que puede ser una conspiracion en un gobierno constitucional.

Cuanto mas se estudia la organizacion de un gobierno representativo tanto mas admirable se le encuentra. Sobre sus muchas ventajas presenta la de ser entre todas las clases de gobierno la que menos espuesta se halla á los peligros de una conspiracion. En las repúblicas, cuando uno de los poderes del Estado ataca á los demas poderes, el gobierno puede perecer. En Roma una parte de los senadores y del pueblo cntraron en la conjuracion de Catilina contra otra parte de los senadores y del pueblo, y á no haber habido un Ciceron, el capitolio habria quedado reducido á cenizas. En las monarquías absolutas una sola puñalada puede producir un cambio total. Muere Enrique III y la Francia queda entregada á los furores de la Liga. En Constantinopla la muda turba de esclavos se duerme por la noche dominada por un tirano, y tiene que levantarse presurosa á besar la mano de un nuevo ídolo, elevado por algun eunuco, ó por algun jenízaro. Cierto hombre estaba á media noche encerrado en una casa de arresto; salva los muros del jardin; pasa á Vincenes á ponerse de acuerdo con algunos soldados, vuelve á París, dispara un pistoletazo á la cabeza de un gobernador, y si hubiera podido repetir el disparo se habria hecho dueño del que en aquellos momentos era aun dueño del mundo: ¡tan devil es la tiranía mas robusta!

Mas ¿qué es lo que en nuestra monarquía constitucional podrian los conspiradores conseguir? No podrian producir un trastorno sino en el solo caso de restablecer el despotismo de la revolucion en lugar de la legitimidad y la carta. Entonces apelando á los que han servido á ese despotismo, seduciendo la tropa y alarmando los intereses, tal vez conseguirian producir algunos trastornos.

Pero si se supone que existe una conspiracion cuyos miembros son todos servidores leales del monarca, y que el objeto de esta conspiracion es obligarle á cambiar de ministerio ¿habrá una sombra de probabilidad? Aun cuando se cambiara el ministerio; aun cuando el príncipe oprimido hubiera hecho cuantas concesiones se le pedian ¿no quedarian aun las dos cámaras? ¿Es posible creer que á la apertura de las sesiones no habria una sola voz que se elevara? ¿Es posible que tan abominable escena no hubiese llamado la atencion de ningun par, ni de ningun diputado?

Entonces seria cuando las otras dos partes del poder legislativo se armarian con sobrada razon y confeccionarian una ley que estallando como un rayo sobre la cabeza de los conspiradores, devolveria al rey su inviolabilidad y á la nacion su independencia.

¿Habrian podido los conspiradores desembarazarse de las cámaras? Vuelvo á repetir lo que he dicho ya en otra parte: la Constitucion es mas fuerte que nosotros: el que pretenda destruirla será destruido por ella. ¿Qué autoridad puede tener un puñado de oscuros conspiradores para derribar la obra del tiempo y de la regia sabiduría? Inutilizad le Carta y mañana el tesoro no podrá disponer de una sola moneda.

A consecuencia de ciertos indicios que no nos es dado conocer ni podemos interpretar, se expidió órden de arresto contra varias personas. El magistrado creyó deber obrar de este modo por razones de que á nadie tiene que dar cuenta.

Hasta aquí todo entraba en el órden y en las atribuciones de la justicia. Mas al momento el espíritu de partido trató de utilizarse del asunto: pusiéronse en

(1) Por ahora me contento con esta designacion.

movimiento las *correspondencias secretas*, y propaláronse al exterior las mas odiosas calumnias. En el interior arrójanse tambien las pasiones sobre la presa: unos se aferran con encarnizamiento á ciertos nombres: otros se dejan turbar por propia debilidad: estos por amor á lo nuevo y maravilloso adoptan los rumores populares; y aquellos los propagan sin creerlos, ocultando peligrosos designios. La perversidad, la ambicion, la bajeza, andan solícitas creyendo llegada la hora de cobrar su salario. Háblase en alta voz por las calles de una *gran conspiracion*, cuando ni acusados hay siquiera. Estámpanse en los periódicos artículos injuriosos (1) y los defensores de los arrestados no pueden conseguir, ni aun valiéndose de los trámites legales que se les diga el nombre de los acusadores de sus desgraciados clientes. El *secreto* amalgama el espanto del silencio con el escándalo de los rumores. En medio de ese caos pierde su tacto el buen sentido y la razon se estravía. En cada ciudad se piensa de distinto modo, ó mas bien dicho (¡cosa espantosa!) en tanto que nadie está acorde ni sobre los medios, ni sobre el objeto, ni sobre la clase de los agentes secundarios de una revolucion desconocida de todo el mundo, todos convienen en dejar subsistir la mas criminal de las calumnias; todos convienen en atreverse á colocar el honor; la religion y la virtud al frente del crímen!

A nadie sea quien sea incumbe colocarse entre el juez y el procesado. Respeto profundamente el augusto ministerio del magistrado y el fallo que pueda pronunciar: sin la sumision mas completa á las leyes todo está perdido. No prejuzgaré pues nada por lo tocante á las personas amonestadas; pero juntamente con la ley debo suponerlas inocentes, supuesto que ni están acusadas, ni se hallan siquiera en estado de prevencion; pero ante todo me es lícito compadecerlos porque soy hombre y porque están padeciendo. Cruel es que el general Canuel, despues de haber combatido en la Vandé durante los Cien-dias y salvado al rey y á la patria en Lyon, se vea hoy sumergido en un calabozo, y su desgracia inspira doble interés por haber venido tan noblemente á ponerse en manos de sus jueces. Supongo pues (y debo hacerlo asi) que los arrestados se justificarán plenamente y recobrarán en breve su libertad.

Al hacer esta suposicion que todo buen ciudadano debe adoptar hasta que el tribunal pronuncie su fallo, ocurre una cuestion.

¿Podrán unos hombres declarados inocentes por los tribunales perseguir á sus denunciadores? ¿No podrán esperar una indemnizacion del tiempo mas ó menos largo que hayan permanecido en el arresto? ¿Tendrán que ir á deplorar en el seno de sus familias la desgracia que acaba de ocurrirles, y volver á seguir el curso de su vida, como si nada les hubiera acontecido? Asi tendrán que hacerlo: ese es un defecto del código penal, que por sí solo bastaria para destruir la Carta. Recaen sospechas de conspiracion sobre un hombre cualquiera, á consecuencia de las cuales se ve reducido á prision; en ella permanece todo el tiempo que el juez cree necesario para terminar el proceso: puede haber citas de testigos que esten en América, y es preciso evacuarlas.... De consiguiente no existe Constitucion para un hombre contra quien se ha expedido una órden de arresto, y como todo el mundo puede llegar á verse en ese caso porque nadie está libre de una calumnia, resulta que si algun dia llegasen á existir jueces que se dejaran intimidar ó corromper, podrian con el código penal disponer por cuanto tiempo quisiesen de la libertad de un ciudadano. No abrigamos temores de que semejante iniquidad pueda llegar á consumarse en la presente época; mas no por eso urje menos la reforma del código; porque es preciso que la seguridad personal dependa constantemente del inflexisible poder de las leyes y no de la voluntad de los hombres, propensa á mudanzas y á errores.

Cuando he dicho que un hombre arrestado y puesto luego en libertad por haber sido declarado inocente sale de su arresto lo mismo que entró, me he engañado: puede el tribunal declarar que no ha lugar á la continuacion del proceso por faltar pruebas judiciales y en tal caso ¿dejarán sus enemigos de recurrir *á las pruebas morales*? ¿No es esto precisamente lo que ya principian á decir las *correspondencias secretas*? El desgraciado que se libra de la espada de la ley no se sustrae por eso del suplicio de la calumnia. La calumnia gana inmenso terreno con las tituladas *pruebas morales*, y tiene á su disposicion una fuente inagotable de ultrajes, de persecucion y de destituciones,

De todos modos no acabo de comprender como tan infames mentiras han podido ser estampadas en los periódicos extranjeros, ni como las han repetido algunas de nuestras hojas periódicas, sin que nadie se haya tomado la molestia de desmentirlas con toda formalidad en los periódicos dependientes de la censura. ¿Detiénense tales desbordamientos de ultrajes con algunas frases insignificantes, estampadas como por casualidad en nuestros periódicos? Si los ministros se creyeran comprometidos ¡cuántos bravos se lanzarian á la palestra! ¡Cuántos campeones sustentarian su defensa! Empero se ven atacados los personages mas augustos ¡y no hay mil voces que se levanten para sofocar la de la mentira! Cuando convendria tronar, todo permanece en silencio, y cuando convendria instruir á los departamentos, desengañadlos é inspirarle seguridad, se deja por el contrario que el contagio se vaya estendiendo. La opinion se ha extraviado ¿quién puede volverla al buen camino sino los que tienen en su mano el medio mas eficaz de dirigirla? ¿El defender la legitimidad no es el mas imperioso deber de los hombres que se hallan en el poder? «Aprendamos á dis»tinguir los verdaderos realistas de los falsos. Los »primeros son los que nunca separan al monarca de »su real familia, antes por el contrario los confunden »en un mismo afecto y en un mismo amor, obede»ciendo con placer al cetro del uno y no temiendo la »influencia de los otros. Los segundos, esto es, los »falsos realistas, son los que aparentando idolatrar al »monarca, declaman contra los príncipes de su san»gre y quisieran plantar la flor de lís en un desierto »arrancando los vástagos que brotan de su noble ta»llo. En tiempos normales, cuando todo está tran»quilo, cuando ninguna revolucion ha conmovido la »corona podrian establecerse máximas por lo relativo »á la parte que los príncipes deben tomar en el go»bierno; pero cualquiera que despues de tantas des»gracias y de tantos años de usurpacion no compren»de la necesidad de multiplicar los vínculos entre los »franceses y la familia real, y de adherir los pueblos »y los intereses á los descendientes de San Luis; cual»quiera que aparenta temer por el trono á los here»deros del trono mas que á los enemigos del trono, »es un hombre que desencaminado por la locura se »pasa al campo de la traicion (2).»

Seria ya tiempo de que acabara el escándalo. Uno de los instrumentos de que se valian para propagarlo era una *cierta Memoria* de los realistas de la que se hablaba con horror. Esta Memoria, segun decian estaba enlazada con la conspiracion, y explicaba su pretesto y objeto. En ella de nada menos se trataba (segun la aclaracion de los benévolos comentadores) que de comprometer á los extranjeros á permanecer en Francia y quitar la Constitucion. De esto se sacaba argumento para dar á los autores de dicha Memoria

(1) Véanse las escelentes Observaciones preliminares del baron Canuel, por el señor BERRIER, hijo, abogado.

(2) *La monarquía con arreglo á la Carta.*

las denominaciones de malos franceses y de hombres abominables: en una *correspondencia secreta* se les declaraba reos de duplicada traicion contra la patria y contra el rey. Designábanme particularmente y sin omitir ninguna letra de mi nombre por autor de dicha Memoria.

Antes de pasar adelante, me parece oportuno preguntar á esos que tan gratuitamente dan el título de conspirador á los mejores amigos del rey, si por ventura pueden ellos jactarse de mucha lealtad. ¿No abandonaron nunca á su señor Bonaparte? ¿No quebrantaron durante los Cien-dias otros juramentos? ¿Dónde estaban en esa época? ¿En Gante, en la Vandé, ó en lar márgenes del Drome? ¿Qué puestos ocupaban? Vosotros los que os atreveis á llamarnos conspiradores, vosotros los herederos de todos los gobiernos de hecho ¿habeis examinado alguna vez el fondo de vuestra conciencia? ¿No empalideceis al oir la palabra *traicion*? ¡A! acusar á otros, no os sentís condenados por vuestra propia conciencia? ¡Hablais de Biron! ¡Ah! Por lo menos este antes de ser culpable habia servido mucho tiempo á su señor, y vosotros, nunca, nunca habeis sabido hacer otra cosa que vender á los vuestros.

Al verme acusado de redactor de la *Memoria secreta*, ataqué en el acto judicialmente al periódico inglés en que la *correspondencia secreta* habia estampado la calumnia. En mi querella habia alguna cosa terminante, clara y positiva: *jamás he redactado Memoria secreta de ningun género.*

Parece que la firmeza de esta negativa irritó en extremo á mis enemigos, y que para no tener que verse enteramente desmentidos y probar que existia una Memoria, dieron súbitamente á luz esa *obra de iniquidad.*

Confieso que cuando me dieron noticia de la publicacion de una Memoria, se me ocurrió el que acaso habrian compaginado algun horrible escrito para achacarlo á los realistas. No faltan por cierto ejemplos de esta villanía en el curso de la revolucion: *las Memorias de Clery* han sido falsificadas del modo mas infame, ahora mismo, durante los Cien-dias han interpolado cláusulas en el manifiesto del rey tan elocuentemente escrito por M. de Lally-Tollendal, y mi informe al rey ha sido tambien desfigurado.

Abrí, pues, con trémula mano la *Nota secreta.* ¡Cuál fue mi sorpresa! Esa nota, segun decian, estaba destinada á pedir que las tropas extranjeras prolongaran su permanencia en Francia y la supresion de la ley fundamental. Véase por de pronto como acerca del primer punto se expresa el autor de la nota, Propónese asi mismo esta cuestion: ¿Puede la Francia ser repartida ú ocupada militarmente?

«Confieso, dice el autor, que mi sangre francesa »se indigna, y no podria discutir esta cuestion políticamente.... La Francia ha sufrido dos veces la in»vasion, porque los aliados traian consigo, y por de»cirlo asi sobre sus banderas grandes esperanzas, las »esperanzas de un gobierno que tenia en su favor »gratos recuerdos de ventura y garantías de duradera »tranquilidad. Estas esperanzas se han desvanecido, »y esta vez el país veria venir otra invasion con aquel »horror que inspira un enemigo que nada puede ofre»cer en recompensa del daño que causa con la guerra. »El príncipe que por no saber gobernar volviera á »llamar á los extranjeros se convertiria en objeto del »odio nacional, y el partido que buscara un apoyo »en las armas extranjeras, seria tan enemigo de la »patria, como esas mismas armas y juntamente con »ellas seria rechazado. Por otra parte ¿qué valdrian »los ciento cincuenta mil hombres que deberian ocu»par la Francia comparados con el horror profundo »con que serian mirados por todas las clases de la »sociedad? Creen que habria ahora ni tiempo ni re»cursos para volver á reunir y arrojar sobre esta des»graciada nacion otro millon de combatientes? Eso »podria tal vez verificarse en el término de un año, »y antes de veinte dias la Francia entera seria un cam»pamento, un alcázar impenetrable, cuya guarnicion »se compondria de toda la poblacion.»

¿Es este el lenguaje de un hombre que pide que *se prolongue la permanencia de las tropas aliadas en Francia?*

Acaso pedirá la supresion de la Carta. Sigamos prestándole atencion.

«¿Qué violencia no seria hoy precisa para arrancar »á la Francia las concesiones que el rey le ha hecho? »Estas concesiones han sido consagradas por las po»tencias que le volvieron á colocar en su trono, por »las garantías que han encontrado, y últimamente »*por la adopcion sincera y completa por parte de* »*aquellos mismos que menos dispuestos estaban á* »*recibirlas.*

»No seria dable restablecer lo que se llama antiguo »régimen; porque no existe ya, ni el polvo de los »elementos que le componian. No seria posible en»contrar ni la imágen de aquellas grandes corpora»ciones del Estado que siendo á la vez defensoras de »los derechos de la corona y de los privilegios del »pueblo, se balanceaban noblemente en el círculo que »les estaba trazado y garantizaban á un mismo tiempo »las libertades de la nacion y la inviolabilidad del »trono. En vez de aquellas magníficas é irreparables »instituciones de los tiempos antiguos solo podria es»tablecerse un despotismo desnudo y asqueroso; un »despotismo sin fuerza, sin instituciones, sin garan»tías; un despotismo cual nunca la nacion ha cono»cido, ni nunca se avendria á sufrir; un despotismo »por decirlo de una vez que solo la fuerza de las ar»mas podria sostener, y que atraeria sobre la legiti»midad todos los inconvenientes y todas las calamidades »de la usurpacion. Semejante gobierno repugnaria á »la nacion y mucho mas aun al noble carácter de los »príncipes legítimos.. ¿Y en favor de quién se consu»maria tamaño trastorno? No en provecho de los in»tereses nacionales, porque ninguna prenda de esta»bilidad encontrarian en el gobierno legítimo: no en »provecho de los intereses de Europa; porque esta »tendria que comprometerse á seguir manteniendo »por medio de la fuerza á un gobierno que con la »fuerza habia llegado á establecerse. Por lo tanto solo »redundaria el provecho en favor de algunos *nombres* »*propios* que de este modo creerian poder mantenerse »mas facilmente en el poder..... Queda pues demos»trado para todo hombre de buen criterio, que cuan»tas tentativas se hagan para derribar el gobierno »establecido, serán peligrosas; que las formas cons»titucionales son las que mas se adaptan á las circuns»tancias en que se encuentra la nacion, que son con»venientes al espíritu del tiempo, y que son un pacto »razonable entre las instituciones antignas que no es »posible restablecer, y las teorías de la revolucion »que conviene destruir (1).»

¿Quién es el verdadero francés, quién es el hombre sinceramente amigo de los principios de la libertad, que no quisiera ser autor de esas páginas? Con este motivo debo hacer observar una cosa que hace mucho favor á los realistas, y es que lo que siempre se he llamado *su doctrina secreta* está perfectamente de acuerdo con *su doctrina pública.* ¿Ha hablado de otro modo la minoría en las dos cámaras (1) en público que el autor de la Memoria en secreto? ¿Pueden nuestros enemigos decir otro tanto? ¿Serán la legitimidad y la constitucion las bases de su doctrina?

(1) Un periódico ha dado cuenta de esta Nota y ha citado algunos párrafos. ¿No se demuestra demasiado á las claras la pasion en el juicio del crítico? Es razonable decir que el autor de la Nota pide la *permanencia del ejército de ocupacion*, cuando por el contrario demuestra con tanto calor la imposibilidad de una ocupacion militar? ¿Hay imparcialidad en decir que se promueve en la Nota la cuestion de saber si *se puede destruir el gobierno representativo*, y no trasladar ese hermoso pasaje de la Nota por lo tocante á ese asunto?

Inexplicables son los caprichos que algunas veces se apoderan de los hombres: todo el mundo se pregunta cómo los enemigos de los realistas han cometido la tontería de publicar una *nota* que justifica plenamente á los mismos contra quienes pretendian dirigir sus acusaciones. No pudiendo nadie darse razon de esta falta de destreza, hay quien dice que eso ha sido una jugada de los realistas, y otros se la atribuyen á los independientes, en tanto que todo parece confirmar que la impresion de semejante escrito no es debida sino á la imprevision irreflexiva de la cólera. Acaso se habrán dejado llevar del placer de dar publicidad á la doctrina *secreta* de los realistas.

¿Quién sabe si alhagados por esta idea ni siquiera se habrán tomado el trabajo de leer la *nota*? En Francia los personajes mas graves no se hallan exentos de cometer ligerezas. Sin embargo es cierto que para conseguir buen resultado hubieran procedido con mas acierto permaneciendo entre tinieblas. Hablando misteriosamente de una Memoria *ignominiosa*, anunciando un crímen invisible en el que se encontrasen involucrados todos los que se deseaban proscribir, el ataque habria sido mas formidable, y mas difícil de rechazar. La publicacion de la Memoria ha confirmado la verdad del refran, *ir por lana*.....

Para que todo fuera completo ha tenido que mezclarse con esas deplorables mentiras una buena dosis de ridiculez: al sencillo título de *nota*, único que probablemente tendria el original creyeron deber añadir esta frase para inteligencia del vulgo: *nota* secreta que manifiesta los pretextos y el objeto de la *última conspiracion.* Abrese el libro y se ve que los *pretextos y el objeto* de la conspiracion se reducen á probar que los aliados no pueden dividir ni ocupar militarmente la Francia, y que el gobierno representativo es el único que en la actualidad conviene á este país. Un prefacio escrito tal vez por un hombre de talento, pero que en aquel instante no lo tenia, declara que la *nota* es un acto de *soberanía*, un *manifiesto*, y un *plan de conspiracion*; y este *acto de soberanía* era ejercido por un *soberano* no conocido, y ese *manifiesto* era una *nota secreta* y ese *plan de conspiracion*, se dirigia *para sostener la legitimidad y la Constitucion!*

El autor de la *Nota* examina cinco cuestiones, á saber: si la Francia puede ser dividida ú ocupada militarmente, si se puede cambiar la dinastía; si se puede destruir la Carta; si los ministros pueden volver á adoptar principios que salvarian la monarquía, y por último si podria desearse que el rey cambiara de ministros. Los editores han impreso los epígrafes de esos capítulos en letra comun, excepto el último que lo está en letra llamada itálica. Ocupar la Francia, cambiar la dinastía, derribar la Constitucion, y adoptar mejores principios, son proporciones indiferentes que no hay inconveniente de examinar; pero provocar la cuestion de saber si seria conveniente que el rey cambiara el ministerio, *¡es un abominable crimen!* particularmente en un gobierno! Es preciso subrayar esas espantosas palabras para condenar á la execracion de la posteridad al conspirador que se atrevió á escribirlas.

No se dejen los realistas abatir ni se espanten de todo ese ruido: su inocencia tarde ó temprano se manifestará. Mi deber es advertirles de lo que podria hacerles separar del buen camino. Oigo decir á muchos: los realistas carecen de fuerza, porque están aislados y dispersos sobre el ámbito de la nacion: nadie los reune, ni combate por ellos en público. Eso es un grave error: los realistas no tienen gefe, ni lo deben tener.

En un gobierno representativo, nadie se debe escudar con un hombre, sino con los principios. Los realistas en la actualidad militan en la oposicion: su caudillo es la minoría de ambas cámaras. En esta es en donde deben colocar sus esperanzas: todo su afan debe dirigirse á dar mayor fuerza á esa minoría: para eso deben concurrir á las elecciones y prestarse mutuo apoyo: deben finalmente tener designados anteriormente sus candidatos y sostenerlos invariablemente. La divisa bien conocida de los ministeriales son estas palabras: «Alianza con los jacobinos, cuanto antes; »con los realistas, nunca. A esta ignominiosa é ilibe»ral máxima deben los realistas oponer esta otra: »Alianza con los hombres honrados de todas las opi»niones.»

Los realistas se hallan sobre un excelente terreno: ya no es posible negar que se han adherido francamente á la Carta. En esa adhesion estriva toda su fuerza. En tanto que las dos cámaras sostendrán el partido de la libertad, gozarán una inmensa ventaja, pues añadirán á su fuerza política toda la fuerza moral de su carácter. Represéntanlos como un partido débil, rechazado por la opinion, sin capacidades, sin ánimo y no teniendo en abono suyo mas que una lealtad ya gastada. Todo eso es falso: los realistas son mas numerosos que los independientes, y tampoco es preciso que se eleven mucho para llegar á la altura del espíritu ministerial. Por último supuesto que he hablado tanto de conspiraciones, estemos bien persuadidos de que bajo el imperio de la Constitucion no puede haber mas verdaderas conspiraciones que las del espíritu y el talento.» Asi fue como M. Pitt conspiró contra los que le hacian la oposicion y cómo consiguió arrojarlos del ministerio.

Conviene que yo al concluir este escrito arrebate una esperanza y una alegría á los enemigos de la legitimidad: creen ellos que persiguiendo á los realistas los cansarán y disgustarán, consiguiendo de este modo quitar á la casa de Borbon su mas sólido apoyo. ¡Pobres hombres! Habeis gastado vuestros cadalsos contra nosotros ¿y aun esperais vencernos? Esa lealtad que os atreveis á llamar cansada, ha comparecido ante vuestros tribunales revolucionarios, y se rie de las conspiraciones que podais inventar. Nuestra fe, acrisolada por veinte y cinco años de infortunios se ha robustecido con la sangre de nuestros padres y nuestros hermanos inmolados. Tened presente que la bala que tantas veces ha herido la cabeza de los servidores de Luis XVI, de Luis XVII y de Luis XVIII, nunca ha llegado bastante á tiempo para impedir que se diera el último *viva el rey!*

(1) Véanse las notas al fin de las *Miscelaneas políticas.*

PRIMERA CARTA A UN PAR DE FRANCIA.

Paris 8 noviembre 1824.

Quisierais, mi noble amigo, que en las cartas que os escribo fuera examinando las cuestiones políticas de la actualidad: lo cual creeis que seria un medio de instruir al público y servir al rey, particularmente estando tan próxima la apertura de las Cámaras. Vuestra idea me parece útil, y por lo tanto la adopto, pero sin convenir en que mi influencia sobre la opinion pública sea tan considerable como os complaceis en suponer.

Al ocurrir la muerte de Luis XVIII ni pude, ni debí pensar en nada mas que en su sucesor; hubiérame yo mismo reprendido eternamente de cualquiera palabra que no hubiese tenido una significacion directa con el nuevo reinado. Ahora que he cumplido con deberes tan caros á mi corazon, me apremiais á que cumpla con otros bastante penosos: creeis que ten-

las denominaciones de malos franceses y de hombres abominables: en una *correspondencia secreta* se les declaraba reos de duplicada traicion contra la patria y contra el rey. Designábanme particularmente y sin omitir ninguna letra de mi nombre por autor de dicha Memoria.

Antes de pasar adelante, me parece oportuno preguntar á esos que tan gratuitamente dan el título de conspirador á los mejores amigos del rey, si por ventura pueden ellos jactarse de mucha lealtad. ¿No abandonaron nunca á su señor Bonaparte? ¿No quebrantaron durante los Cien-dias otros juramentos? ¿Dónde estaban en esa época? ¿En Gante, en la Vandé, ó en lar márgenes del Drome? ¿Qué puestos ocupaban? Vosotros los que os atreveis á llamarnos conspiradores, vosotros los herederos de todos los gobiernos de hecho ¿habeis examinado alguna vez el fondo de vuestra conciencia? ¿No empalideceis al oir la palabra *traicion*? ¡A! acusar á otros, no os sentís condenados por vuestra propia conciencia? ¡Hablais de Biron! ¡Ah! Por lo menos este antes de ser culpable habia servido mucho tiempo á su señor, y vosotros, nunca, nunca habeis sabido hacer otra cosa que vender á los vuestros.

Al verme acusado de redactor de la *Memoria secreta*, ataqué en el acto judicialmente al periódico inglés en que la *correspondencia secreta* habia estampado la calumnia. En mi querella habia alguna cosa terminante, clara y positiva: *jamás he redactado Memoria secreta de ningun género.*

Parece que la firmeza de esta negativa irritó en extremo á mis enemigos, y que para no tener que verse enteramente desmentidos y probar que existia una Memoria, dieron súbitamente á luz esa *obra de iniquidad.*

Confieso que cuando me dieron noticia de la publicacion de una Memoria, se me ocurrió el que acaso habrian compaginado algun horrible escrito para achacarlo á los realistas. No faltan por cierto ejemplos de esta villanía en el curso de la revolucion: *las Memorias de Clery* han sido falsificadas del modo mas infame, ahora mismo, durante los Cien-dias han interpolado cláusulas en el manifiesto del rey tan elocuentemente escrito por M. de Lally-Tollendal, y mi informe al rey ha sido tambien desfigurado.

Abrí, pues, con trémula mano la *Nota secreta.* ¡Cuál fue mi sorpresa! Esa nota, segun decian, estaba destinada á pedir que las tropas extranjeras prolongaran su permanencia en Francia y la supresion de la ley fundamental. Véase por de pronto como acerca del primer punto se expresa el autor de la nota, Propónese asi mismo esta cuestion: ¿Puede la Francia ser repartida ú ocupada militarmente?

«Confieso, dice el autor, que mi sangre francesa »se indigna, y no podria discutir esta cuestion políticamente.... La Francia ha sufrido dos veces la in»vasion, porque los aliados traian consigo, y por de»cirlo asi sobre sus banderas grandes esperanzas, las »esperanzas de un gobierno que tenia en su favor »gratos recuerdos de ventura y garantías de duradera »tranquilidad. Estas esperanzas se han desvanecido, »y esta vez el país veria venir otra invasion con aquel »horror que inspira un enemigo que nada puede ofre»cer en recompensa del daño que causa con la guerra. »El príncipe que por no saber gobernar volviera á »llamar á los extranjeros se convertiria en objeto del »odio nacional, y el partido que buscara un apoyo »en las armas extranjeras, seria tan enemigo de la »patria, como esas mismas armas y juntamente con »ellas seria rechazado. Por otra parte ¿qué valdrian »los ciento cincuenta mil hombres que deberian ocu»par la Francia comparados con el horror profundo »con que serian mirados por todas las clases de la »sociedad? Creen que habria ahora ni tiempo ni re»cursos para volver á reunir y arrojar sobre esta des»graciada nacion otro millon de combatientes? Eso »podria tal vez verificarse en el término de un año, »y antes de veinte dias la Francia entera seria un cam»pamento, un alcázar impenetrable, cuya guarnicion »se compondria de toda la poblacion.»

¿Es este el lenguaje de un hombre que pide que *se prolongue la permanencia de las tropas aliadas en Francia?*

Acaso pedirá la supresion de la Carta. Sigamos prestándole atencion.

«¿Qué violencia no seria hoy precisa para arrancar »á la Francia las concesiones que el rey le ha hecho? »Estas concesiones han sido consagradas por las po»tencias que le volvieron á colocar en su trono, por »las garantías que han encontrado, y últimamente »*por la adopcion sincera y completa por parte de* »*aquellos mismos que menos dispuestos estaban á* »*recibirlas.*

»No seria dable restablecer lo que se llama antiguo »régimen; porque no existe ya, ni el polvo de los »elementos que le componian. No seria posible en»contrar ni la imágen de aquellas grandes corpora»ciones del Estado que siendo á la vez defensoras de »los derechos de la corona y de los privilegios del »pueblo, se balanceaban noblemente en el círculo que »les estaba trazado y garantizaban á un mismo tiempo »las libertades de la nacion y la inviolabilidad del »trono. En vez de aquellas magníficas é irreparables »instituciones de los tiempos antiguos solo podria es»tablecerse un despotismo desnudo y asqueroso; un »despotismo sin fuerza, sin instituciones, sin garan»tías; un despotismo cual nunca la nacion ha cono»cido, ni nunca se avendria á sufrir; un despotismo »por decirlo de una vez que solo la fuerza de las ar»mas podria sostener, y que atraeria sobre la legiti»midad todos los inconvenientes y todas las calamidades »de la usurpacion. Semejante gobierno repugnaria á »la nacion y mucho mas aun al noble carácter de los »príncipes legítimos.. ¿Y en favor de quién se consu»maria tamaño trastorno? No en provecho de los in»tereses nacionales, porque ninguna prenda de esta»bilidad encontrarian en el gobierno legítimo: no en »provecho de los intereses de Europa; porque esta »tendria que comprometerse á seguir manteniendo »por medio de la fuerza á un gobierno que con la »fuerza habia llegado á establecerse. Por lo tanto solo »redundaria el provecho en favor de algunos *nombres* »*propios* que de este modo creerian poder mantenerse »mas facilmente en el poder..... Queda pues demos»trado para todo hombre de buen criterio, que cuan»tas tentativas se hagan para derribar el gobierno »establecido, serán peligrosas; que las formas cons»titucionales son las que mas se adaptan á las circuns»tancias en que se encuentra la nacion, que son con»venientes al espíritu del tiempo, y que son un pacto »razonable entre las instituciones antignas que no es »posible restablecer, y las teorías de la revolucion »que conviene destruir (1).»

¿Quién es el verdadero francés, quién es el hombre sinceramente amigo de los principios de la libertad, que no quisiera ser autor de esas páginas? Con este motivo debo hacer observar una cosa que hace mucho favor á los realistas, y es que lo que siempre se he llamado *su doctrina secreta* está perfectamente de acuerdo con *su doctrina pública.* ¿Ha hablado de otro modo la minoría en las dos cámaras (1) en público que el autor de la Memoria en secreto? ¿Pueden nuestros enemigos decir otro tanto? ¿Serán la legitimidad y la constitucion las bases de su doctrina?

(1) Un periódico ha dado cuenta de esta Nota y ha citado algunos párrafos. ¿No se demuestra demasiado á las claras la pasion en el juicio del crítico? Es razonable decir que el autor de la Nota pide la *permanencia del ejército de ocupacion*, cuando por el contrario demuestra con tanto calor la imposibilidad de una ocupacion militar? ¿Hay imparcialidad en decir que se promueve en la Nota la cuestion de saber si *se puede destruir el gobierno representativo*, y no trasladar ese hermoso pasaje de la Nota por lo tocante á ese asunto?

Inexplicables son los caprichos que algunas veces se apoderan de los hombres: todo el mundo se pregunta cómo los enemigos de los realistas han cometido la tontería de publicar una *nota* que justifica plenamente á los mismos contra quienes pretendian dirigir sus acusaciones. No pudiendo nadie darse razon de esta falta de destreza, hay quien dice que eso ha sido una jugada de los realistas, y otros se la atribuyen á los independientes, en tanto que todo parece confirmar que la impresion de semejante escrito no es debida sino á la imprevision irreflexiva de la cólera. Acaso se habrán dejado llevar del placer de dar publicidad á la doctrina *secreta* de los realistas.

¿Quién sabe si alhagados por esta idea ni siquiera se habrán tomado el trabajo de leer la *nota*? En Francia los personajes mas graves no se hallan exentos de cometer ligerezas. Sin embargo es cierto que para conseguir buen resultado hubieran procedido con mas acierto permaneciendo entre tinieblas. Hablando misteriosamente de una Memoria *ignominiosa*, anunciando un crímen invisible en el que se encontrasen involucrados todos los que se deseaban proscribir, el ataque habria sido mas formidable, y mas difícil de rechazar. La publicacion de la Memoria ha confirmado la verdad del refran, *ir por lana*.....

Para que todo fuera completo ha tenido que mezclarse con esas deplorables mentiras una buena dosis de ridiculez: al sencillo título de *nota*, único que probablemente tendria el original creyeron deber añadir esta frase para inteligencia del vulgo: *nota* secreta que manifiesta los pretextos y el objeto de la *última conspiracion.* Abrese el libro y se ve que los *pretextos y el objeto* de la conspiracion se reducen á probar que los aliados no pueden dividir ni ocupar militarmente la Francia, y que el gobierno representativo es el único que en la actualidad conviene á este país. Un prefacio escrito tal vez por un hombre de talento, pero que en aquel instante no lo tenia, declara que la *nota* es un acto de *soberanía*, un *manifiesto*, y un *plan de conspiracion*; y este *acto de soberanía* era ejercido por un *soberano* no conocido, y ese *manifiesto* era una *nota secreta* y ese *plan de conspiracion*, se dirigia *para sostener la legitimidad y la Constitucion!*

El autor de la *Nota* examina cinco cuestiones, á saber: si la Francia puede ser dividida ú ocupada militarmente, si se puede cambiar la dinastía; si se puede destruir la Carta; si los ministros pueden volver á adoptar principios que salvarian la monarquía, y por último si podria desearse que el rey cambiara de ministros. Los editores han impreso los epígrafes de esos capítulos en letra comun, excepto el último que lo está en letra llamada itálica. Ocupar la Francia, cambiar la dinastía, derribar la Constitucion, y adoptar mejores principios, son proporciones indiferentes que no hay inconveniente de examinar; pero provocar la cuestion de saber si seria conveniente que el rey cambiara el ministerio, *¡es un abominable crimen!* particularmente en un gobierno! Es preciso subrayar esas espantosas palabras para condenar á la execracion de la posteridad al conspirador que se atrevió á escribirlas.

No se dejen los realistas abatir ni se espanten de todo ese ruido: su inocencia tarde ó temprano se manifestará. Mi deber es advertirles de lo que podria hacerles separar del buen camino. Oigo decir á muchos: los realistas carecen de fuerza, porque están aislados y dispersos sobre el ámbito de la nacion: nadie los reune, ni combate por ellos en público. Eso es un grave error: los realistas no tienen gefe, ni lo deben tener.

En un gobierno representativo, nadie se debe escudar con un hombre, sino con los principios. Los realistas en la actualidad militan en la oposicion: su caudillo es la minoría de ambas cámaras. En esta es en donde deben colocar sus esperanzas: todo su afan debe dirigirse á dar mayor fuerza á esa minoría: para eso deben concurrir á las elecciones y prestarse mutuo apoyo: deben finalmente tener designados anteriormente sus candidatos y sostenerlos invariablemente. La divisa bien conocida de los ministeriales son estas palabras: «Alianza con los jacobinos, cuanto antes; »con los realistas, nunca. A esta ignominiosa é ilibe»ral máxima deben los realistas oponer esta otra: »Alianza con los hombres honrados de todas las opi»niones.»

Los realistas se hallan sobre un excelente terreno: ya no es posible negar que se han adherido francamente á la Carta. En esa adhesion estriva toda su fuerza. En tanto que las dos cámaras sostendrán el partido de la libertad, gozarán una inmensa ventaja, pues añadirán á su fuerza política toda la fuerza moral de su carácter. Represéntanlos como un partido débil, rechazado por la opinion, sin capacidades, sin ánimo y no teniendo en abono suyo mas que una lealtad ya gastada. Todo eso es falso: los realistas son mas numerosos que los independientes, y tampoco es preciso que se eleven mucho para llegar á la altura del espíritu ministerial. Por último supuesto que he hablado tanto de conspiraciones, estemos bien persuadidos de que bajo el imperio de la Constitucion no puede haber mas verdaderas conspiraciones que las del espíritu y el talento.» Asi fue como M. Pitt conspiró contra los que le hacian la oposicion y cómo consiguió arrojarlos del ministerio.

Conviene que yo al concluir este escrito arrebate una esperanza y una alegría á los enemigos de la legitimidad: creen ellos que persiguiendo á los realistas los cansarán y disgustarán, consiguiendo de este modo quitar á la casa de Borbon su mas sólido apoyo. ¡Pobres hombres! Habeis gastado vuestros cadalsos contra nosotros ¿y aun esperais vencernos? Esa lealtad que os atreveis á llamar cansada, ha comparecido ante vuestros tribunales revolucionarios, y se rie de las conspiraciones que podais inventar. Nuestra fe, acrisolada por veinte y cinco años de infortunios se ha robustecido con la sangre de nuestros padres y nuestros hermanos inmolados. Tened presente que la bala que tantas veces ha herido la cabeza de los servidores de Luis XVI, de Luis XVII y de Luis XVIII, nunca ha llegado bastante á tiempo para impedir que se diera el último *viva el rey!*

(1) Véanse las notas al fin de las *Miscelaneas políticas.*

PRIMERA CARTA A UN PAR DE FRANCIA.

Paris 8 noviembre 1824.

Quisierais, mi noble amigo, que en las cartas que os escribo fuera examinando las cuestiones políticas de la actualidad: lo cual creeis que seria un medio de instruir al público y servir al rey, particularmente estando tan próxima la apertura de las Cámaras. Vuestra idea me parece útil, y por lo tanto la adopto, pero sin convenir en que mi influencia sobre la opinion pública sea tan considerable como os complaceis en suponer.

Al ocurrir la muerte de Luis XVIII ni pude, ni debí pensar en nada mas que en su sucesor; hubiérame yo mismo reprendido eternamente de cualquiera palabra que no hubiese tenido una significacion directa con el nuevo reinado. Ahora que he cumplido con deberes tan caros á mi corazon, me apremiais á que cumpla con otros bastante penosos: creeis que ten-

dré algo mas de fuerza y autoridad para manifestar verdades importantes, despues de haber probado que mi pluma no se mueve por ningun resentimiento.

¿Quién deseará mas que yo ver cesar las oposiciones realistas? La natural inclinacion de los corazones hácia un monarca que los encadena por sus buenas cualidades ha predispuesto los ánimos á la union. No hay mas que un solo combate, y es el de la opinion general contra el ministerio; pero este combate reproduciéndose en todos los puntos de la nacion turba la felicidad pública y hace gemir á los hombres de bien. Hay quien dice que la libertad de imprenta es la que prolonga ese combate y se oye repetir una objecion que me parece importante refutar. Voy, pues, á hacer del exámen de esta objecion el asunto de mi primera carta, y entro sin mas preámbulos en materia.

Dicen pues, mi noble amigo:

«Que aparentando rebajar á los agentes del poder, »y subiendo al monarca hasta las nubes, á nadie se »engaña. La corona lejos de agradecer el incienso que »le prodigan lo rechaza desdeñosamente: quieren que »el príncipe se vea separado de sus mejores servido»res: quieren introducir la desunion entre el gobier»no y el soberano; pero no lo conseguirán.»

Preciso es creer que hablando de esa manera no comprenden cuánto hay de injurioso á la autoridad real en el argumento de que se valen.

¡Pues qué! ¿Por haber los ministros caido en errores, seria preciso que nos abstuviéramos de toda señal de admiracion hácia el monarca por miedo de que los ministros la considerasen como una reprension que indirectamente les hacemos; ó bien tendriamos que callar por lo tocante á las faltas de dichos ministros por temor de que la corona quisiese hacerse responsable de ellas? ¡Qué confusion de ideas!

Para introducir desunion entre los hombres es necesario que entre ellos exista igualdad. Suponer que se puede provocar una desunion entre el monarca y los ministros, vale tanto como decir que estos son un poder capaz de luchar con el poder real; decir que se alaba al rey con el premeditado designio de obligarle á despedir sus ministros, equivale á suponer que esas alabanzas son condicionales y que cesarán tan luego como se consiga lo que se desea. Todas estas suposiciones son indignas y podrian llegar á hacerse acreedoras de la represion de las leyes.

No, mi noble amigo, no hay coexistencia entre el rey y los ministros: el primero es el todo: los segundos no son mas que una fraccion. El rey los desecha, ó se vale de ellos como de unos frágiles instrumentos, sin descender á sus mezquinas vanidades, sin tomar nunca parte en sus efímeras querellas. No pueden alagarle las alabanzas que se le dan aparte de los ministros; asi como tampoco le podrian inspirar envidia las que se les dieran en el caso de merecerlas. No se le puede identificar con los ministros por la razon de que nada hay de comun en la naturaleza entre el que manda y el que obedece: si hubiera ministros que supieran que no se les critica y que no se dan alabanzas al rey mas que para sembrar rivalidades, serian unos insensatos que no se habrian formado una exacta idea de su nulidad, ni de la régia grandeza.

Aun veo algo mas peligroso que esa imaginaria confusion que quisieran hacer (pero nunca podrán conseguirlo) del monarca y sus delegados: ese peligro naceria de un ministerio ó de un ministro que se atribuyera todo el honor de la prosperidad del Estado; que insinuara la idea de que nada se hacia sino por él; que tratase de tomar un puesto preferente al trono; que sustituyese su nombre al del monarca y que se proclamara indispensable, dando á entender que sin él no habria mayoría en las Cámaras. Afortunadamente no podria ser hoy este peligro de larga duracion: imparcialmente hablando podemos decir que tenemos mas que Luis XIII y menos que Richelieu.

A la razon que acabo de combatir añaden otra que tampoco es mas lógica.

»Esos reiterados ataques, se dice, producen un »efecto enteramente contrario al que se esperaba: »ofenden la magestad real: está interesada la digni»dad de la corona en no ceder, cuando espada en »mano, digámoslo asi, le quieren arrebatar un mi»nisterio.

Aquí no se trata de dignidad de la corona. La monarquía tiene atributos que le han sido dados por el soberano dueño: no procede por cólera, ni por capricho: desecha las peticiones injustas, y acoge los votos razonables. Dios derriba los tiranos cuando el clamor de los pueblos oprimidos llega hasta su trono, un rey despide los ministros cuando la voz pública los ha convencido de mala fe ó de incapacidad.

No conoce la índole del gobierno representativo quien exige que la opinion permanezca muda. Por mucha que sea la superioridad del monarca es preciso que esté enterado de lo que pasa. ¿Dónde están los supremos tribunales, las clases privilegiadas, ó las diputaciones provinciales que le dirigirian humildes representaciones? En su consejo real no oye mas que el relato de una de las partes interesadas. En la monarquía constitucional no hay quien supla las corporaciones de la monarquía absoluta mas que la libertad de imprenta. Como consecuencia indispensable de esta libertad es necesario que cada cual diga lo que piensa.

Los hombres *imparciales* responden que no condenan la oposicion; pero que desearian que fuese moderada y se dirigiera siempre contra las cosas y nunca contra las personas.

Esto es una verdadera puerilidad. Los genios son distintos: cada cual escribe con su talento y su carácter: las armas de que se compone un ejército no son todas iguales. En Inglaterra el ataque es personal, porque se cree que si las cosas van mal, á nadie debe culparse mas que á los hombres que las dirigen. La forma puede sin duda alguna dar valor al fondo. pero este puede ser muy bueno aun cuando la forma sea defectuosa.

Asi es como el argumento que estoy analizando propende al sofisma: piérdese siempre de vista la clase de gobierno bajo que vivimos y se discurre como en el antiguo órden de cosas. Si la prensa no pudiera hablar, resultaria que los ministros prevaricadores estarian mas protegidos en la monarquía representativa que en la absoluta; pues no tendrian que temer ni las representaciones *impresas* de un parlamento ni la denuncia de las corporaciones privilegiadas del Estado.

Se me contestará «que al fin serian derribados por las Cámaras.»

¡Inconsecuencia del espíritu humano! ¡No quieren que la corona se ilustre con la opinion libremente expresada por la prensa, y opinan que debe acceder á las instancias de las Cámaras! ¡Pretenden que la corona debe sustraerse á una influencia moral que no tendria mas fuerza que la de los hechos que alega, y no tendrian inconveniente de ver que se cometia á una especie de violencia física ejercida por los Pares ó por los Diputados! ¡No encuentran peligro en que los poderes políticos del Estado luchen entre sí!

Avancemos mas: la opinion exterior no solo puede en un caso particular ser mejor guía que las cámaras legislativas, sino que ademas puede servir de salvaguardia contra la autoridad mal dirigida de esas mismas cámaras.

¿No podria en efecto llegar el caso de que unos ministros astutos gobernasen la mayoría de unas cámaras ambiciosos ó interesadas? Mas aun: si esos ministros, aunque no habiendo conseguido dominar la votacion de ninguna de las dos cámaras, no presentasen en la tribuna sino leyes insignificantes, ó solamente las exigidas por la imperiosa necesidad, ¿en

dónde podria fundarse el punto de ataque? ¿En la destreza? Nada hay mas aventurado, ni difícil. ¿En el presupuesto? ¿Se ha desechado, ni puede desecharse presupuesto alguno en Francia? Luego es evidente que no quedaria medio alguno de dar á conocer á la corona el peligro que se presentaba por parte del ministerio, si se cerraba el paso á todas las reclamaciones que la prensa pudiera hacer.

Apuremos mas la cuestion y llegaremos á ver que insistiendo en el argumento que nuestros adversarios emplean se llegaria al resultado de tener que estar la corona perpetua y necesariamente en lucha con la opinion publica, pues esta siempre tiene algo que pedir. Luego si bastase que esta hablara para que la corona creyera comprometida su dignidad por escucharla, la desunion se prolongaria eternamente. ¡Podrá darse una idea mas absurda!

Mas todavía siguen diciendo: «que sobre todo impor»ta que al darse principio á un reinado, la corona se »manifieste firme y libre, pues todo se habrá perdido »si llega á descubrirse el secreto de su debilidad. Si »hoy le arancan un ministerio, mañana la obligarán á »que despida otro. Asi es como sucumbió Luis XVI: »tambien á ese rey mártir le alababan á expensas de »sus ministros. Asi es como perecen las monarquías: »asi es como los soberanos de concesion en concesion »se van hundiendo en el abismo, obedeciendo á una »supuesta opinion que varía sin cesar, á una opinion »á veces pervertida enteramente, y que por lo regu»lar no es mas que la expresion del odio y de las pa»siones.»

Permítasenos decir una palabra acerca de las alabanzas que se daban á Luis XVI á expensas de sus ministros. ¿Qué es lo que hay de comun entre los tiempos y los hombres de 1789 y de 1824? ¿Hablaba durante la revolucion el realismo como habla en el dia de la restauracion? Sin duda hay alabanzas interesadas, asi como críticas sospechosas; mas debe tenerse presente la boca de donde salen y no comparar los que derramarian la última gota de su sangre por su rey y los que han derramado o contribuido á que se derramara la del rey.

En dos augustos hermanos encontramos ejemplos de lo que estoy diciendo: Luis XVI cedió á la opinion revolucionaria; despidió á sus mas leales servidores, y por último, tuvo que sucumbir. Luis XVIII prestó indulgente oido á la opinion monárquica: separó á ciertos hombres que se desencaminaban, y se ha salvado. ¿Se ha debilitado por eso su poder? ¿Se ve que en la expedicion de España no hayan los soldados franceses obedecido á un rey constitucional? Los ministros actuales se dieron por muy satisfechos cuando la opinion los llamó, es natural que les suceda lo contrario hoy que la opinion los desecha: tampoco tiene nada de particular que erijan su interés en principio; pero ¿esta inconsecuencia tendrá el peso de una razon?

Los que reniegan de la opinion y los que quisieran que no se hiciese caso de ella, conocen su influencia mejor que yo mismo; pues en su sistema se limitaria la potestad de la corona, sea que la opinion al designar los ministros le obligase a tomarlos ó sea que atacándolos le obligase á conservarlos. Y por otra parte, ¿no es siempre la opinion la que bajo todas las formas de gobierno y en todas las especies de monarquía designa las personas que han de ser elegidas? ¿De donde podria un rey tomar sus ministros, si no le fueran indicados por la reputacion de la probidad ó del talento? De no admitirse esta verdad habria que inferir que los hombres no pueden llegar al poder mas que por las intrigas de la córte, ó por el favoritismo.

Sin embargo, ¿será cierto que la corona al consultar la opinion pública, cuando es general y se apoya en razones palpables, se compromete á oirla siempre que le hable en una posicion que no sea la misma? ¿Puede volverse á reproducir el caso extraordinario en que nos hallamos? ¿Cuál es ese caso extraordinario? Es, noble amigo, el ver no una parte, sino toda la oposicion pronunciarse contra un ministerio, y conservar este ministerio su puesto.

En este momento existe un hecho único en la historia de las monarquías, y es la aquiescencia general y absoluta al nuevo reinado juntamente con la oposicion general y absoluta al gobierno.

Los realistas, los constitucionales y los antiguos ministeriales, están á los pies de Carlos X, y reclaman á la vez contra el ministerio: esas tres divisiones componen la oposicion general del país.

El hecho que indicamos es inaudito al principiarse la época de un nuevo reinado; mas no por eso deja de ser incontestable. Es muy cierto, ciertísimo que el monarca es tan popular, como impopular el ministerio. La popularidad del rey depende de causas que se multiplican al infinito.

Luis XVIII vino en pos de una revolucion: los partidos cansados podian considerar su reinado como una tregua, pero no como una paz: la solucion de esta cuestion dependia del advenimiento del heredero de Luis XVIII.

El fundador de la monarquía representativa, murió cuando la expedicion de España acababa de arruinar todas las esperanzas de la discordia: diez años de libertad han inspirado gratitud al pueblo, y seis meses de gloria han dado un ejército leal á la bandera blanca. Carlos X subió al trono, apoyado en el cetro de su hermano y coronado con los laureles de su hijo. La legitimidad triunfa por todas partes, pues hasta para los que antiguamente se oponian, el derecho se ha convertido en hecho, y al reconocer al nuevo soberano permanecen al parecer fieles á sus doctrinas.

Carlos *el Bueno*, que mereceria mejor ese dictado popular, que otro gran príncipe de su raza, se manifiesta digno de su destino: se granjea todas las voluntades y recibe bien á sus vasallos sin hacer caso del partido á que antes pertenecieron. Es muy grato ver que el monarca es enteramente lo contrario del retrato que la calumnia revolucionaria habia trazado: príncipe moderado es indulgente al par que justo; atiende, observa, estudia, y da oidos á todo género de representaciones; convoca frecuentemente á sus consejeros, y con religiosa asiduidad se entrega á todos los deberes de monarca. Bien se echa de ver que comprende toda la extension de estos deberes, y que sintiendo el peso del cetro, hace que su glorioso hijo tome tambien parte en sus sagradas funciones con el objeto de proporcionarse algun descanso.

El rey y la nacion aparecen en un estado de grandeza cual nunca lo han tenido. Al morir Luis XVIII, hizo tres cosas inmensas: puso sin tener que hacer esfuerzos la diadema en las sienes del nuevo monarca, restableció por voluntad de este las libertades públicas, y por último ganó en beneficio del trono la opinion que desde el 1814 andaba separada. La nacion al encontrar dignidad y solidez en la corona prorrumpió en una exclamacion de gratitud y de amor.

En tanto que todo lo que emanaba del principio monárquico al inaugurarse la nueva era presentaba tanta sencillez y grandeza, ¿qué hacia el gobierno? No lo sé, noble amigo mio: acaso reposaba en su legitimidad, pensando que los sucesores de los treinta y ocho ministros de la restauracion no debian para recoger una corona hacer nada mas que lo que hacia el heredero de sesenta y nueve reyes.

Carlos X, cuya presencia ha dado al traste con no escaso número de mezquinos proyectos, ha roto al subir al trono las telas de araña que habian colgado en sus gradas. Por el solo acto de abolir la censura ha declarado querer oir la voz de la opinion, pues le devuelve la libertad de poderse expresar. La opinion es un poder que asi se libra de los arranques de la

impaciencia, como de los furores de la persecucion: irritarse contra ella es una locura, y no creer en ella un peligro.

Diran que si esta opinion no se engaña por lo tocante al rey, puede engañarse respecto de los ministros.

Convengo de muy buena fe en que la opinion, como ya lo hemos dicho, puede alguna vez llegarse á pervertir enteramente; mas esto no sucede sino en las grandes crisis interiores del Estado, ó cuando por alguna circunstancia de mayor consideracion se han despertado las animosidades políticas de un pueblo contra otro. Asi es, que durante las guerras civiles, Mazarino fue detestado; la ridiculez de la Fronda no impedia que la sangre siguiera derramándose. Asi es tambien como en Inglaterra llegó á hacerse odioso un ministerio, porque no era bastante antifrancés, y tuvo que ceder el puesto á lord Chatham, cuyo talento consistia en el odio que profesaba á la Francia. Al principiar las turbulencias de la revolucion, ha habido ministros honrados, y á veces llenos de capacidad que se han abismado por el impulso de las pasiones populares y de los furores anti-monárquicos; mas nunca se ha visto que en plena paz, sin guerra civil, sin movimientos precursores de revoluciones se haya enteramente engañado la opinion por lo tocante á un ministerio.

Será posible que hoy la voz de algunos intereses particulares se una con la de los intereses generales y contribuya al aumento del clamor; mas las causas de la impopularidad del ministerio, son tan fáciles de descubrir, como las de la popularidad del monarca, y unas y otras son reveladas diariamente por la prensa periódica.

No ignoro que para convencer á la opinion general de prevencion contra los ministros y para demostrar que esta opinion no es mas que una coalicion de personalidades ofendidas, y de ambiciones frustradas, se cita el estado de prosperidad de la nacion.

Indudablemente hay prosperidad en la nacion; pero no depende sino de la legitimidad, de las virtudes y de la presencia de los monarcas, de la admirable conducta del príncipe libertador, del valor del ejército, de las instituciones de la Carta y de leyes confeccionadas por otros ministerios, que el actual, segun sus acusadores dicen, ha querido adulterar ó destruir.

El órden monárquico templado, produce por sí mismo un bien que no debe confundirse con esa felicidad que resulta de una excelente administracion gubernativa. Cuando en un Estado la base política es buena, como en Francia; cuando las principales libertades han resistido á la arbitrariedad ministerial, y cuando esta no ha podido descender á las clases inferiores de la sociedad se nota una cierta exhuberancia de riquezas nativas que puede compararse con una tierra fecunda que prodiga sus tesoros aun cuando no se emplea en su cultivo el mayor esmero.

Decir que no hay derecho de quejarse porque se goza medianamente de leyes fundamentales, y sobre todo porque el sol brilla y las cosechas son abundantes, seria un extraño modo de discurrir. En Inglaterra todos los ministerios serian buenos y no perecerian sino de muerte natural, como los monarcas; pues en ese país es muy poco lo que hay que hacer en el fondo de las cosas por haber llegado el crédito, la industria y la agricultura á su mayor grado de perfeccion. Frecuentemente un ministerio pesa menos por lo qne hace, que por lo que deja de hacer, ó por lo que se empeña en deshacer. Basta para que ande vacilante el ser antipático al carácter del pueblo cuyos intereses maneja. Si este pueblo viviese, digámoslo asi, de gloria y de honor, el régimen contrario convendria muy mal á su temperamento: en una monarquía que fuese todo grandeza, bastaria que un ministerio de pequeñas ideas se apegara al régio manto para que se suspendiera la marcha de todas las cosas. La delicadeza de los antiguos griegos y el esplendor de los romanos hubieran rechazado cualquiera gobernante de instintos oscuros y groseros.

No hay, pues, vuelvo á repetirlo, desunion en los ánimos y la opinion que no se muestra favorable al gobierno es generalmente la misma que desde hace treinta años está sosteniendo á la corona. Singular seria que el gobierno tuviese mas razon que esa opinion.

Añádase que la opinion de la magistratura herida en su independencia, se reune á la opinion general, y que la cámara de los Pares sella, digámoslo asi, esa opinion de la magistratura y de la política.

Hé aquí, mi noble amigo, lo que es preciso tener presente al hablar de la corona y de la opinion, cuando se dice que si la primera condesciende alguna vez con la segunda, se verá luego obligada á soportar todos sus caprichos. Las circunstancias y los hechos, reasumiendo lo que acabo de manifestar, son fáciles de distinguir.

1.° Si la opinion está enteramente pervertida por una faccion organizada en el interior, por la proximidad de una gran revolucion, ó por odios nacionales de pueblo á pueblo.

2.° Si esta opinion es expresion de la mayoría ó de la minoría, esto es limitada ó general.

3.° Si los que hablan son ó no amigos de los hombres que en todos tiempos han combatido en favor del trono, ó por el contrario, han procurado arruinarlo.

Imaginémonos un nuevo ministerio elegido ó entre los realistas, ó entre los antiguos ministeriales ó entre los constitucionales, ¿reuniria contra él á esos tres partidos? Es indudable que se manifestaria alguna oposicion, ¿pero esta seria siempre general? Esta oposicion podria llegar tal vez á ser virulenta: Mr. Pitt fue perseguido con encarnizamiento, y á veces hasta con sangrientos ultrajes; pero ¿por ventura no se defendió Mr. Pitt con el mismo calor con que fue perseguido? ¿Se creyó Jorje III obligado á sacrificarlo á una opinion dividida, á la minoría violenta de la opinion, ni á la misma mayoría de la cámara de los Comunes, que estaba en contradiccion con la mayoría de la opinion exterior? No, solo al voto de la opinion absoluta y general lo habria abandonado.

Nada mas tiene que hacer la corona para ilustrarse, sin sucumbir nunca al peso de la opinion, que no salir de su propia naturaleza y permanecer impasible. El centro en que debe permanecer, es aquel en que se hallan la gloria y la tranquilidad, y habrá conseguido colocarse en ese perfecto equilibrio, cuando habrá encontrado ministros, no que carezcan de oposicion, porque eso es imposible, pero que no tengan enemigos razonables: en una palabra, ministros que sean sostenidos por la mayoría de una opinion independiente. Por último, si á la dignidad de la corona conviniera desentenderse del voto de sus vasallos, examinemos lo que podria suceder al inaugurarse la nueva legislatura.

Supondremos que la cámara electiva haya aprobado la influencia de la opinion pública; pues no es posible discurrir sino segun la analogía de las cosas. Esta influencia podria haber aumentado la oposicion de la cámara: y por consiguiente los ministros, haria ya mucho tiempo que habian perdido la mayoría en la cámara hereditaria, ¿implorarian á la corona para que esta les aumentase votos ó contribuyera á formarles una mayoría?

Si por el contrario la corona se desentendia de intervenir ¿dejaria perecer á sus ministros? ¿Accederia al deseo de la cámara popular? ¡Y se habla de la dignidad de la corona! ¿Cómo no se ve que segun ese sistema su condescendencia seria mucho mas visible que en el caso de tomar por sí misma la iniciativa con arreglo al manifiesto, ó sea clamor de la nacion? Cuando se afirma que al clamar contra un ministerio se quiere obligar á la corona á disolverlo, no se hace mas que

tomar el efecto por la causa. Nadie tiene la culpable audacia de decir á la corona. «Despedid esos ministros porque no nos convienen:» lo que la opinion dice es: «Los ministros han cometido estas ó aquellas faltas.» Se demuestra el mal que se ha visto ó se ha creido ver, sin indicar el remedio, pues todo el mundo sabe que el remedio depende de la corona, de donde dimana la felicidad universal.

No puede, noble amigo mio, dudarse que la lucha trabada entre el ministerio y la opinion producirá un grave conflicto.

Si la alta administracion puede resistir algun tiempo, la inferior se siente conmovida prontamente. Cada ciudad, cada barriada, cada cabaña, se convierte en un campo de batalla en el que desde el gobernador hasta el teniente de alcalde, todos los funcionarios públicos, por decirlo de una vez, tienen que sostener un continuo asalto: perdiendo la confianza en la duracion del poder de sus superiores, no tardan en hacerse desobedientes, ó aumentar la oposicion ejecutando sus órdenes. Apenas es suficiente toda la magestad de la corona, ni todo el amor que se le profesa para contrarestar el mal que produce un gobierno antipático.

A esta complicacion política podria darse un desenlace muy sencillo. Los verdaderos realistas, á trueque de salvar la gloria de la corona tomarian decididamente el partido que el honor aconseja, aunque debieran creer que sucumbirian á una injusta prevencion. Cuando una situacion política está debilitada hasta el punto de no serle ya posible hacer ningun bien no hay mas medio que decidirse entre la estimacion personal y el poder marchitado.

Ese poder ministerial, preciso es que él mismo lo confiese, se ha dado á sí mismo rudos golpes. Nadie se ha olvidado, ni nunca podrá el público olvidarse de las circulares electorales del sistema de granjearse prosélitos anunciado desde lo alto de la tribuna, de la violencia encargada de consumar la obra de la astucia, del ataque directo á los tribunales y á las libertades públicas, ni de la censura usada como una especie de bancarrota para pagar los atrasos de los traficantes de conciencias, y reducir al silencio á los escritores que no habia necesidad de pagar para que hablaran ó permanecieran en silencio. Tales recuerdos jamás llegan á borrarse: el poder adquirido de la corrupcion no se parece al oro de Vespasiano, siempre conserva algo de su orígen.

¿Admitiremos que no puede darse un generoso impulso á los intereses ministeriales? ¿Estos intereses que tan pronto se manifiestan tan escrupulosos por lo tocante á los intereses de la corona, cuando se trata de cubrir, como tan amplios cuando hay necesidad de que la corona se rebaje para salvarlos; esos intereses, volvemos á decir, se obstinarán en querer que el príncipe les sirva siempre de escudo y por ellos condene la opinion pública al silencio.

El príncipe podria hacer todo lo que quisiera: todo el mundo obedeceria, porque nadie tiene pretensiones de resistir, ó de dar lecciones á la voluntad soberana, mas ¿quiénes serian los mejores servidores del rey, los que aconsejaron una política opuesta á la índole de las instituciones otorgadas, ó los que formándose un concepto mas elevado del trono pensaron que su gloria consiste en vivificar las instituciones que se derivan de la corona? En este segundo caso la opinion atendida se convertiria en una nueva fuerza para la monarquía, mientras que en el primero la opinion siendo desdeñada tendria que someterse con una respetuosa resignacion. Los hombres que valen algo y que tienen algun prestigio entre el pueblo se colocarian aparte y la existencia pública perderia todo lo que estos hombres darian á su vida particular. Cierto es que la corona seguiria siendo siempre amada, siempre venerada, que todo el mundo estaria siempre dispuesto á sacrificarle su fortuna y su vida, y que no dejarian de elevarse por ella al cielo los votos mas ardientes ¿pero tienen el mismo poder para la prosperidad de un Estado las bendiciones que salen de un corazon afligido?

¿Quieren que nunca llegue para los ministros el momento de ponerse de acuerdo con la opinion general? ¿Quieren que se mantengan estos en su poder á despecho de la opinion? En tal caso se presentaria una opinion enteramente nueva en política.

Si despues de haber censurado hasta los decretos de los tribunales, si despues de haber desafiado á una mayoría ó á una minoría parlamentaria imponente, desafiaran á la libertad de imprenta, cuya fuerza se habria duplicado por la evidencia de los hechos; si todos los dias al comparecer los ministros ante el tribunal del público se desentendian de los cargos que se les hicieran, despreciando el poder de la verdad; como los salvajes desprecian el rigor de los tormentos y llegaran á cansar el látigo de la opinion pública ¿qué es lo que seria un pueblo gobernado por tales hombres?

No alcanzo, noble amigo mio, á dar solucion á esta problema. En todos tiempos y lugares la opinion pública que se ha valido de las armas del buen derecho, ha conseguido la victoria ¿cómo nos será posible decir lo que sucederia, si esta opinion llegara á ser vencida por la facultad que se habria adjudicado el ministerio de resistir á todas las quejas y devorar todas las reclamaciones? Esos Mithridates políticos familiarizados con los venenos nos colocarian en una situacion en que de nada nos serviria la ordinaria experiencia.

Indáguese si es posible, sin llenarse de espanto, en qué vendria á parar un pueblo, cuyas instituciones hubieran llegado á tal grado de corrupcion; ¿qué seria un gobierno titulado representativo cuyo principal resorte no fuera la opinion? un gobierno que no tendria afinidad con sus propios elementos, y cuyas doctrinas serian un puro engaño. ¿Qué serian unas cámaras legislativas, consagradas al servicio de un ministerio despreciador de la libertad sino unas meras máquinas de opresion, para acuñar monedas, reclutar soldados y confeccionar leyes para unos esclavos llamados *constitucionales*? No, nunca producirá la Francia ministros capaces de comunicar la gangrena hasta en las entrañas de la sociedad. Sin embargo, si la Providencia tuviera alguna vez por conveniente que entre nosotros llegaran á presentarse semejantes hombres, sabríamos decirles:

«Cesad de dar al mundo ejemplo de una corrupcion »tan horrible: no seais causa de que lleguemos á des»preciar cuanto hay de bueno, de justo y de santo. »Hacednos un favor del cual trataremos de mostrarnos »agradecidos; destruid francamente la libertad: haced »que en el despotismo se conserven las costumbres »públicas á la manera que los restos mortales suelen »conservarse ilesos en algunos subterráneos. Por lo »menos acaso podrá en el seno de las familias conser»varse alguna inocencia; por lo menos podremos con»servar la fe de la virtud y figurarnos que fuera de la »órbita de vuestra influencia existen gobiernos since»ros é instituciones generosamente practicadas, y »acaso nos será tambien posible consolarnos alguna »vez soñando mas allá de vosotros y de vuestro siglo »en dias de independencia y honor para una genera»cion redimida de la tiranía.»

No nos aflijamos con tan tristes presagios; el entregarse á ellos seria una especie de impiedad. Noble amigo mio, nosotros no tenemos que temer, me complazco en decirlo, semejantes ministros, y aunque llegaran á existir, no conseguirian su objeto. No se descargarian en vano los tiros de la opinion pública contra ellos: no por ser insensible llega nadie á ser invulnerable, ni la depravacion produce los mismos efectos que la virtud. Hombres de tal naturaleza nunca llegarian á tener influencia en las Cámaras. Entre los franceses hay un sentimiento de independencia y

de honor que nada en el mundo es capaz de sofocar.

Y por último, ¿no podríamos contar con nuestro soberano Carlos X que dominando la opinion y el poder parlamentario nos socorreria? ¿No ha manifestado que sabrá sostener como rey lo que ha jurado como vasallo? Nada puede destruirse sin su voluntad y esta nunca llegará á estar sometida á unos hombres á quienes se digna admitir á su presencia. El sabrá retirar su régia diestra cómo y cuando le parezca oportuno. La opinion pública no será despreciada, pues se sienta en el trono juntamente con nuestro augusto monarca. Si existieran algunos hombres á quienes el monarca creyese oportuno separar de su presencia, no tendria mas que pronunciar la sentencia y la Francia aplicaria la pena: el olvido.

Aqui doy fin á mi primera carta, proponiéndome tratar en las sucesivas de la indemnizacion de los emigrados, é intereses de los tenedores de sus bienes, de la independencia de la magistratura, de las leyes que hay que hacer, del papel que la Francia podrá representar en Europa, de la situacion de España y sus colonias, del porvenir de la Grecia, etc.

Entre tanto, noble amigo mio, quedo enteramente á vuestra disposicion.

SEGUNDA CARTA A UN PAR DE FRANCIA.

ADVERTENCIA.

PUEDEN hoy compararse los proyectos de ley presentados á la cámara Electiva con el que se encuentra en esta *carta* y juzgar cual de los dos planes es mas seguro y moral. La mayor parte de las objeciones que en otro tiempo hicimos contra un sistema que entonces era eventual se aplican en la actualidad á un sistema conocido. Bajo este concepto, la *carta* cuya segunda edicion publicamos, tiene algun interés.

Lo diremos sin rebozo: casi no parece posible que los proyectos de ley sobre indemnizaciones y sobre rentas sean del autor á quien se atribuyen, atendidos los defectos que presentan bajo el simple punto de vista financiero.

Por de pronto es contra toda regla el constituir ó reconocer una deuda (que no importa menos de un millar de millones) sin establecer un fondo con que pagar los intereses ó liquidar su capital.

¿Qué es lo que propusieron? Por lo pronto tres millones extinguidos cada año por los setenta y siete millones y quinientos mil francos, total de la amortizacion tal cual será conservada, y esos seis millones extinguidos serán exactamente la mitad de los seis millones emitidos anualmente para indemnizacion. En seguida los otros tres millones serán saldados con el aumento que se presume resultará de las contribuciones sobre transacciones y consumos en todos los pueblos de la nacion.

Compréndese que por la emision anual de los seis millones de indemnizacion, los reembolsos de la caja de amortizacion suministrarán ó absorverán tres millones. Mas no sucede lo mismo respecto de los figurados productos del aumento de las contribuciones, pues no son un capital, y no harán mas que cubrir ó indemnizar el primer año el exceso resultante del reembolso de la caja de amortizacion. Sin embargo de la exposicion del proyecto de ley se podria deducir haberse supuesto que el servicio de los tres millones no extinguidos el primer año cesaria el segundo y asi los demás.

Para que la extincion anual de los tres millones por la caja de amortizacion se completara, seria preciso tener seguridad de que los cinco por ciento y los cuatro y medio por ciento se conservarian siempre al par sin sufrir otra baja y de este modo quedar acordes en lo que se entiende por estar al par. Estas singulares aberraciones provienen de no haberse explicado bien, y asi nos complacemos en creerlo por honor de los hombres que se dedican al ramo de hacienda.

De manera que las indemnizaciones sucesivamente pagadas en el espacio de cinco años no tendrán mas hipoteca que el capricho de la fortuna: será preciso que durante cinco años nada de nuevo ocurra en Europa; y que la Francia dormite en paz entre los gritos de los ciudadonos que reñirán mutuamente en la Bolsa. Si el mas pequeño acontecimiento viniera á turbar este hermoso sueño, la operacion financiera quedaria paralizada; las indemnizaciones, cuyos fondos no están constituidos y por lo tanto solo reposan en eventualidades, no podian ser pagadas, y los expropiados quedarian destituidos de mayor ó menor parte de lo que se les debe segun la época en que el acontecimiento les habria sorprendido. Los tres por ciento que por la total aplicacion de la caja de amortizacion habrian tenido una alza súbita y desproporcionada al movimiento natural del crédito, caerán del mismo modo que subieron y darian lugar á una bancarrota para los emigrados y á catástrofes en las demás fortunas: tal seria el resultado de la ley. La operacion abortaria para siempre y cien veces mas habria valido que no se hubiese pensado en ella.

Estas observaciones, cuya exactitud no puede ocultarse á nadie, obligarán á los expropiados á vender sus cosechas para forraje. Se formarán compañías para comprar á vil precio sus esperanzas, y de 900 millones, acaso 400 irán á parar al bolsillo de los especuladores.

Al examinar de cerca los nuevos proyectos de ley, se les ve irse desvaneciendo poco á poco como una sombra; nada ofrecen de positivo no siendo la adicion de un millar de millones á la deuda pública, sin conseguir el objeto que se proponian.

Con acudir simplemente á la caja de amortizacion, y dejarse de todas esas combinaciones mas sutiles que practicables, se habrian evitado muchos peligros.

Dificilmente se comprende, por poco sanas que sean las ideas que se tengan en materia de hacienda, el modo de discurrir del gobierno acerca de la caja de amortizacion. Dicen que la reservan para las necesidades que pueden ocurrir, por ejemplo, para una guerra. La Inglaterra, que puede servirnos de modelo en ese particular, no discurre de ese modo: alli se devuelven á los contribuyentes los fondos de la amortizacion cuando al parecer exceden los que se necesitan para cubrir las atenciones del Estado: devuelve ese dinero al pueblo que lo hace fructificar en las propiedades particulares. Si ocurre un caso urgente, vuelve á encontrar en un aumento de crédito las sumas necesarias: los fondos que han aumentado la prosperidad pública, y que no han permanecido como muertos en el tesoro de reserva de los antiguos sistemas de hacienda, se convierten en hipoteca de un nuevo empréstito. Esa es la marcha natural de una administracion paternal y bien entendida.

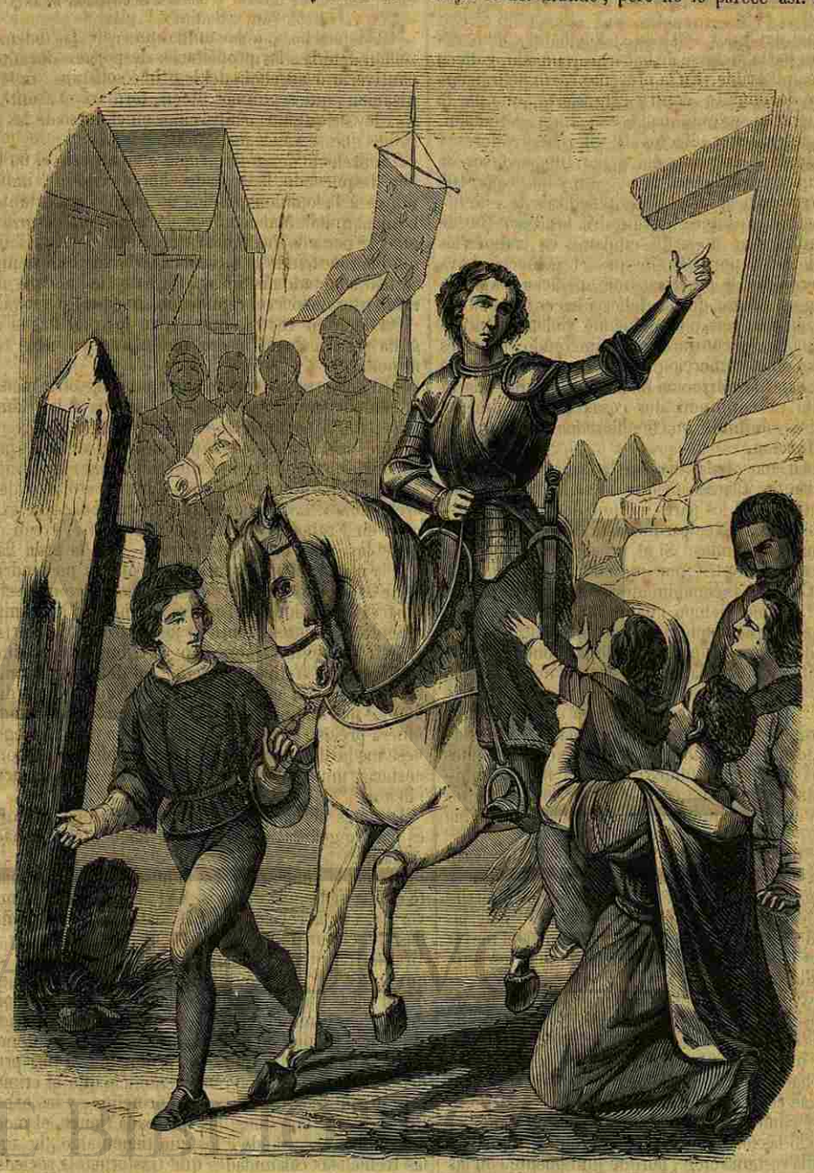
Mas supuesto que tanto valor dan á esa enorme caja de amortizacion ¿cómo no han visto que habia un medio muy sencillo de remediar una disminucion sensible de sus fondos, encargándole del servicio de las indemnizaciones?

Bastaria dotarla con las eventualidades que se aplican á las mismas indemnizaciones, y en ese caso, si las prosperidades que nos pronostican llegaran á realizarse, la caja de amortizacion al cabo de cinco años habria pagado las indemnizaciones, y se encontraria poco mas ó menos con tantos fondos como en la actualidad.

Nadie se habria resuelto á decir que esto no podia ser como lo decimos, pues si se supone que ocurrirán utilidades para cubrir las indemnizaciones, no puede menos de convenirse en que esas mismas utilidades existirian con mas probabilidad cuando se tratara de aplicarlas á la caja de amortizacion.

De todos modos, al hacer pagar las indemnizaciones por la caja de amortizacion, se conseguiria la inmensa ventaja de no dejarlas suspendidas en el aire, y dándoles una base sólida habrial a ventaja de no dejar una gran operacion politica pendiente de un azar, de un billete de la loteria ó del sueño de un jugador, como la fábula de *La Lechera*.

La ley de indemnizaciones propiamente dicha, es defectuosa. Sin duda habrá sido confeccionada con la mejor fe del mundo; pero no lo parece asi. Resalta



ENTRADA DE JUANA DE ARCO EN ORLEANS.

demasiado la ficcion cuando se dice que dando sesenta francos por cien francos, se realiza un reembolso por entero.

¿Y por qué razon los tenedores de billetes del 5 por 100 han de cobrar 75 francos, y á los expropiados no les ha de valer su crédito mas que 60 francos? La razon bien se ve; ¿pero es justa?

Algunas de las bases de la apreciacion harán que las indemnizaciones sean prodigiosamente desiguales: el uno tendrá mucho y el otro nada, casi nada.

En la ejecucion no ha procurado evitarse la arbitrariedad: queda confiada á un prefecto, á una comision nombrada por el ministerio, al consejo de Estado, y por último, al ministro de Hacienda. Nadie, sin duda

pensaria en reclamar contra semejantes jueces, si no se hubiera dicho desde lo alto de la tribuna que todo funcionario público que no dé cumplimiento á los deseos del ministerio, debe ser destituido. Despues de proclamada esta doctrina, nadie puede alarmarse por lo tocante á la independencia de los agentes de la autoridad.

El papel del 5 por 100 está visiblemente amenazado: llegan hasta jactarse de haberlo arruinado, y dicen que es reembolsable. En la presente *carta* podrán encontrarse documentos contra este aserto, que por lo menos merecen ser examinados con alguna detencion.

Si se desea tener efectos de diferentes valores y épocas, basta la creacion del 3 por 100 en favor de los expropiados sin presentar por eso á los 5 por 100 una conversion necesaria. Si los tenedores de este último papel tienen interés en adquirir los 3 por 100 de la indemnizacion, no se descuidarán en comprarlos vendiendo sus 5 por 100 sin que el gobierno haya tenido necesidad de practicar una operacion expresa. Dícese en esta *carta* que se deberia hacer bajar el interés del dinero; pero no reduciendo violentamente la deuda, sino por el contrario, disminuyendo el interés del dinero en el comercio, con lo cual se conseguiria hacer bajar la cotizacion de la renta. Quitar fuerza á la renta es confundir dos cosas diametralmente opuéstas; es confundir una ley de *máximun* con una ley de *reduccion*.

No hablaremos de las diversas jugadas ofrecidas en la ley de rentas. Claro está que no se ha tratado mas que de satisfacer á los pares y diputados que en la última legislatura, al ver perdida esta causa, propusieron algunas enmiendas. Si al presente se cree que estas son convenientes ¿por qué no las adoptaron entonces? ¡Cuántas incomodidades se habrian evitado! Nótese al mismo tiempo cuánto justifica el actual proyecto á los que combatieron el de 1823.

Sin duda se creyó no ser posible proponer el reconocimiento de la deuda de la justicia y del honor sin presentar la perspectiva de un recargo en las contribuciones: dejaron llevarse de la idea de indemnizar á los expropiados sin perjudicar el crédito, sin establecer nuevos impuestos, y sin distraer los fondos destinados al servicio público: era una noble ambicion, ¿mas, por qué no corresponden los proyectos de ley á la confianza que el discurso de la corona habia inspirado?

Es una desgracia el que esta ley de rentas vaya unida á la de indemnizaciones; pues por mas que se diga y haga, irroga perjuicios á la causa del infortunio y la lealtad. Sin duda esto es injusto; mas los hombres de Estado tenian el deber de poner el mayor cuidado en considerar la disposicion en que los ánimos se hallaban.

Otro grave desacierto es el haber dado á una ley de justicia visos de una ley de agiotaje. No contentándose con reducir la antigua propiedad territorial de Francia á papel sobre la plaza, parecen hallarse dispuestos á hacer lo mismo con la propiedad rentística: ¡van á jugar con cuatro mil millones!

Acaso se comete alguna imprudencia en remover de ese modo las fortunas al principio de un reinado y al fin de una restauracion, porque juntamente con las fortunas se conmueven las costumbres, se da tentacion á todas las debilidades, se inflaman todas las codicias, y se hace salir á las familias de aquel estado de reposo y moderacion, en el que principiaban á complacerse. Esperemos que la autoridad no podrá menos de apreciar las observaciones que sus amigos le presentarán y no se descuidará en retirar (para corregir el uno y anular el otro) esos dos proyectos de ley oscuros que ninguna relacion forzosa tienen entre sí; proyectos que desarreglando los fondos públicos inclinan el crédito hácia los fondos extranjeros; proyectos que, por decirlo de una vez lastiman una multitud de intereses, y causan espanto á los hombres adictos á su país.

París 2 de diciembre de 1824.

Hablemos hoy, noble amigo mio, de la indemnizacion debida á los propietarios despojados durante el cautiverio ó ausencia del legítimo soberano: indemnizacion, que segun nos dicen, formará el asunto de una ley de que nos ocuparemos en el curso de las sesiones que se van á inaugurar.

¿Será efecto *de mi desgracia* ó de mi celo el no haber despues de la restauracion dejado de indicar nunca á la opinion pública un asunto importante á la monarquía? Mal hago en decir de *mi desgracia*, pues si por ello he tenido que sufrir persecuciones, tambien he tenido la satisfaccion de ver que siempre se han adoptado mis ideas. De todos modos mas miramientos debo á mi reputacion que á mi persona.

Al decir en 1819 lo que harian los realistas si alguna vez llegaban al poder me expresé en estos términos:

«El gobierno realista tomaria ademas otra medida »de importancia: este gobierno pediria á las Cámaras, tanto por interés de los actuales tenedores de »bienes nacionales, como por el de los antiguos propietarios; una justa indemnizacion para las familias »que han perdido sus bienes durante el curso de la »revolucion. Las dos especies de propiedad que existen en Francia, y que, por decirlo así, crean dos »pueblos sobre un mismo terreno, son la gran llaga »de la nacion. Para curarla los realistas no tendrian »que hacer mas que reproducir la proposicion al señor »mariscal Macdonald. Todo se aprende en los campamentos franceses, tanto la justicia como la gloria.»

Este pasaje fue atacado en la tribuna de la cámara Electiva. Un diputado tomó mi defensa y terminó su discurso con estas palabras: «Nada he perdido «de mi patrimonio por la revolucion, mas aunque »fuera preciso dar parte de mi fortuna para conseguir »ese medio de conciliacion que el noble par propone, »estaria muy lejos de creer que eso era un sacrificio.»

Despues de haber estado mucho tiempo inmóvil, es por lo general penoso mirar hácia atrás ó hácia adelante.

Si, noble amigo mio, las confiscaciones juntamente con la sentencia de Luis XVI, constituyen la mayor llaga de la revolucion. Las matanzas, acompañadas de circunstancias mas ó menos atroces, y la tiranía transitoria, sea que provenga del pueblo, sea que nazca del ejército, producen muchos males, pero dejan pocas huellas, particularmente en Francia, donde podrian como en cualquiera otro país ser vengadas si hubiera tiempo de pensar en ellas. Mas la sentencia contra un rey, en la que se da principio á la jurisprudencia de la revolucion, una sentencia que el crimen para justificarse transforma en principio, y las expoliaciones que enseñan á los que nada tienen el modo de adquirir despojando á los que tienen algo, he aquí las tremendas calamidades que trastornan la sociedad hasta en su base.

La enormidad de tales desórdenes se aumenta en proporcion que se va debilitando el estado de las costumbres en la época que acaecen. Cuando Carlos I pereció en Inglaterra, cuando en Irlanda se confiscaron las propiedades, es indudable que el mundo habia salido ya de su estado de barbarie, pero sin embargo la sociedad no habia llegado aun al punto de civilizacion en que ahora se encuentra: no habian adquirido las comunicaciones entre los pueblos esa frecuencia y rapidez que tienen al presente, y sobre todo no se transportaban en el término de algunos

dias las noticias desde las orillas del Támesis á las de Volga, del Danubio, del Tiber y del Guadalquivir. Estaba poco difundido el conocimiento de los idiomas extranjeros y el del inglés mucho menos que ningun otro; las discusiones sobre un crímen atroz se reducian á injurias que Saumaise y Milton se decian recíprocamente en latin. La inmensa mayoría de las poblaciones no sabia leer; ¿cuántos propietarios y proletarios habria en Europa que habrian oido decir que habian sido confiscadas algunas propiedades en el fondo del Ulster ó del Connaught? El mar, rodeando el ámbito de la Gran Bretaña, debilitaba tambien el eco de los acontecimientos de Londres y de Dublin.

Mas ¿á qué remoto ángulo del mundo no habrá llegado la noticia de lo que últimamente acaeció en Francia, en ese país situado en el corazon de la Europa, y en la época de la mayor civilizacion de los pueblos y cuando esos pueblos estan unidos por unas mismas costumbres; así como antes lo estaban por un mismo culto? ¿No ha hecho la Francia brillar en el continente sus doctrinas y sus armas? ¿No predicó constantemente muerte á los tiranos hasta que quiso establecerlos en todas partes? ¿No abrió mazmorras y erigió cadalsos *victoreando á la libertad*? ¿No vendió los bienes agenos? ¿No creó dominios nacionales y llenó listas de proscripcion? La moderna Francia ha hecho tomar parte á los extranjeros en sus dolores así como la antigua hacia que la tomasen en sus modas.

Cuanto mas pernicioso es el ejemplo que esta nacion ha dado al mundo, mas conato debemos emplear en destruir el efecto: á toda la sociedad importa el que se demuestre que las leyes no pueden quebrantarse impunemente.

Al ceñir la corona Luis XVIII se apresuró á proclamar el gran principio de inviolabilidad de la propiedad. Este monarca, tan rey sobre el trono como en el destierro, en medio de las propiedades trastornadas, en medio del dominio de sus padres, invadido ó mutilado, abolió la confiscacion. No pudiendo decir: «No »se ha hecho lo que se ha hecho;» dijo: «Lo que se »ha hecho no se volverá á repetir.» Así se lisonjeaba de poder sofocar á la tirania en su gérmen, destruir la causa principal de las proscripciones políticas, y extinguir el cebo de la revolucion.

Sin embargo, sabia que semejante declaracion no era suficiente, y tenia á la vista el ejemplo de su augusto hermano. Tambien Luis XVI habia abolido la confiscacion en 21 de enero del 790. ¡Ah! ¡Cómo le pagaron ese beneficio en 21 de enero de 1793! La asamblea nacional uniéndose á un soberano decretó que en ningun caso podrian ser confiscadas las propiedades, y de allí á tres años las dos terceras partes de toda la propiedad quedaban secuestradas y se vendian en almoneda los bienes de la viuda y del huérfano.

Bonaparte, durante los Cien-dias, introdujo en su *Acta adicional*, parte de la Carta; pero tuvo buen cuidado de excluir el artículo que prohibe la confiscacion; el usurpador conocia muy á fondo el orígen de su poder. Justiniano que tuvo la gloria de borrar del código romano la ley de confiscacion, no pudo impedir que las leyes de los bárbaros se mancharán con ella; el odioso principio siguió dominando por do quiera que el derecho tradicional no fue reemplazado por el derecho escrito.

Débiles barreras son las leyes y los reglamentos para la codicia, la envidia, la ambicion y las demás pasiones humanas; mas añádase un hecho á una declaracion de principios concediendo una indemnizacion á los propietarios despojados, y la leccion será provechosa y la sociedad se salvará.

Esto nos conduce, noble amigo mio, á tratar de inquirir de dónde dimana la ley proyectada. Dimana de dos artículos de la Constitucion.

El rey al entrar en la plenitud do su poder, pudo decir (artículo 9 de la Constitucion). Toda propiedad es inviolable sin excepcion de la llamada *nacional*; pues la ley no establece ninguna diferencia entre ellas.» El rey debió declarar ese principio y establecer ese hecho en virtud del derecho de alto dominio; *eminens dominium* que otorga al soberano la facultad de pedir la cesion de una propiedad particular en beneficio del Estado. Las ordenanzas del Louvre están llenas de ejemplos del ejercicio de este poder que estuvo en vigor en las Constituciones de 1791, en las del año III, y en las del año VIII, y que fue conocido del mundo antiguo así como lo es del moderno.

Mas siempre ha estado sometido ese poder á una ley de equidad, sin la cual es nulo: debe indemnizarse al propietario con otra cosa que valga tanto como la propiedad perdida.

Por esa razon el artículo 9 de la Carta va seguido inmediatamente de otro que le sirve de explicacion y en el cual se dice que si bien el Estado puede por causa de público interés, judicialmente demostrado, exigir el sacrificio de una propiedad, debe hacerlo mediante una prévia indemnizacion. De manera que los artículos 9 y 10 deben marchar siempre juntos; pues el 1.° declara el hecho y el segundo establece el derecho; el uno dice que toda propiedad sin excepcion es inviolable y el otro arregla las condiciones de esa inviolabilidad.

Suprímase el artículo 10, y el anterior debe caducar por lo tocante á las propiedades nacionales; pues no habiendo sido indemnizados sus antiguos poseedores, nadie tendrá derecho de retener sus bienes inmuebles.

Por otra parte, el no ejecutar el artículo 10 equivaldria á volver á dar en el caso de no-indemnizacion, y el poseedor desposeido tendria el incontestable derecho de exigir que se le adjudicara otra vez la posesion de sus bienes.

Ninguna ley puede facultar al soberano para desposeer á nadie sin una indemnizacion.

Hasta en Constantinopla se respeta este principio de eterna justicia, y la ley religiosa suple el silencio de la ley civil. De todo esto se infiere que la ley de indemnizaciones es una ley forzosa si ha de ser válido el articufo 9 de la Constitucion.

El honor de la iniciativa de esta ley pertenece al señor mariscal duque de Tarento. En la sesion de la cámara de los Pares del 3 de diciembre de 1814 pronunció un notable discurso acerca del proyecto de ley relativo á los bienes no vendidos de los emigrados. «He sentido, dijo, que el proyecto de ley no pre»sente por ahora recursos mas extensos á tan conside»rable número de desgraciados: He manifestado ha»llarme acorde con el voto adoptado por la comision, »y que Mr. Pastoret ha explanado con tanta elocuen»cia acerca de que se suplique al rey se digne tomar »los medios mas prontos y eficaces que le dicte su »alta sabiduría *para conciliar con el estado de la Ha»cienda un sistema general de indemnizaciones*.

«. . . . . La ley que discutí devuelve bienes »no vendidos que por su naturaleza pertenecen por lo »general á las primeras familias del Estado; pero las »personas que por una adhesion, acaso mas exaltada »abandonaron su puesto en el ejército y sus antiguas »casas solares, sin haber participado nunca ni del »poder ni de los favores de la córte; las personas que »sin esperanza se asociaron á los infortunios del mo»marca..... esos desterrados voluntarios..... ¿tendrán »que verse castigados por su benemérita lealtad?»

En la sesion del 10 diciembre de 1814 desarrolló el noble mariscal la proposicion que habia hecho en la otra sesion del mismo mes. «Preséntanse, dijo, en»tre nosotros los desterrados protegidos por la senec»tud y el infortunio, á manera de unos cruzados que »en pos del oriflama han peregrinado por remotos »países. Cuéntannos sus penosas vicisitudes y las tor»mentas que por último los han arrojado á las playas

»del patrio suelo á donde habian perdido ya para siem»pre la esperanza de volver. . . . . .
. . . . . .» Señores, descendamos á nuestro co»razon para juzgar á nuestros semejantes: coloqué»monos mentalmente en la situacion que describo, y »añadámosle el sentimiento que nos inspiraria ese no»ble orgullo, compañero del infortunio: reconozca»mos el carácter nacional en la calma del desinterés »de la mayor parte de ellos.

Me he dejado arrebatar del placer de recordar esas nobles y elocuentes palabras. ¿Deben causarnos admiracion? Nuestro colega, que es el único en la historia á quien se le haya dado el baston de Mariscal sobre el campo de batalla, es un soldado francés: desciende de una familia de desterrados fieles á su rey, y tiene por lo tanto doblado motivo de conocer el precio de los eminentes sacrificios y de la lealtad desgraciada. Asi como los emigrados, tampoco trajo á su patrio suelo mas que la espada; la nacion la aceptó por precio de un reino, y el contrato fue ventajoso para ambas partes.

Razon tenia el duque de Tarento de alabar el desinterés de los emigrados franceses. Continuamente los vemos vivir, mejor dicho, morir en el umbral de la casa paterna que ya no les pertenece sin exhalar un suspiro, sin proferir una queja. Dios y el Rey lo han querido; nada tienen que objetar. La Irlanda está aun conmovida por las confiscaciones que ocurrieron hace como dos siglos, y la Francia permanece tranquila en medio de terrenos enagenados, cuyos antiguos dueños viven aun. ¿Quién lo creeria? El campesino vandeano, mal cobijado en las ruinas de su choza, ve sin hacer la menor reclamacion cómo unas manos agenas recogen la cosecha que su heróico padre regó con su sangre, cuando ya no le fue dado fecundarla con sus sudores.

Un antiguo gefe de realistas, el marqués de la Boissiere, miembro en la actualidad de la cámara de los Diputados, y que pronunció en la última legislatura su magnífico elogio de la Vandé tuvo que dar despues de los Cien-dias una declaracion judicial sobre un deplorable suceso. Los antiguos pueblos hubieran grabado con letras de oro en las tablas de su ley las palabras que con este motivo pronunció en el tribunal inferior de Angers. «El rey me mandó, dijo, »hacer respetar la Constitucion durante la lucha que »se iba á entablar, y restablecer su imperio, dado el »caso de que momentáneamente llegara á turbarse. »Acabada la crisis tuve la satisfaccion de poder de»cir al rey: Señor; no ha ocurrido infraccion de nin»guna especie: si V. M. llegó á preveer imposibilida»des eventuales en la aplicacion de la Carta durante »las pasadas circunstancias, sepa desde ahora que »nada hay imposible para el obediente amor de vues»tros bretones. Aunque todas las infracciones come»tidas en el tumulto de las armas, habrian necesaria»mente quedado cubiertas por las victorias adquiridas, »no ofrece toda la superficie de Bretaña un solo ejem»plo de un gefe que se haya permitido un solo acto »de posesion sobre sus propios bienes confiscados *y »poseidos por enemigos de V. M. y que en este mis»mo instante sustentan las armas contra vuestro »trono.*»

Bien conocia Luis XVIII esas heróicas virtudes cuando al querer pasar á la Vandé escribia al duque de Harcourt diciendo: que nada temiera por el rey porque el rey no muere nunca en Francia; que si por su parte no empleaba su brazo ademas de sus facultades mentales, para subir al trono perderia toda consideracion personal, y que si se llegara á creer que no puso todo su conato en seguir á sus leales vasallos, su reinado seria mas infeliz que el de Enrique III.... .....Concluye diciendo: «¿Que me queda? La »Vendé. ¿Quién puede conducirme á ella? La Ingla»terra. Insistid nuevamente sobre este punto: decid »en nombre mio á los ministros que no les pido mas »que mi trono ó mi tumba »

El señor Mariscal Macdonal apreció en cuatro millares de millon los bienes nacionales de todas clases etc. Supuso que las propiedades particulares que habian sido confiscadas componian poco mas ó menos la cuarta parte de la confiscacion general.

Datos muy exactos que se han tomado posteriormente han dado á conocer que nuestro ilustre colega no calculó suficientemente alto el capital que habia que establecer para ocurrir á la indemnizacion.

Llegaron los Cien-dias: el huracan que pasó sobre Francia produjo el efecto de aquellos vientos que propagan las epidemia por el Oriente: alteró los ánimos mas rectos: el delirio llegó al extremo de figurarse que un regicida podia ser ministro de un rey á cuyo hermano habia llevado al cadalso. Al regreso de Gante habria cualquiera pasado por *contra-revolucionario* solo por recordar la proposicion del señor duque de Tarento. La agitacion se mantuvo en toda su fuerza hasta la muerte de aquel príncipe cuya historia estaba yo destinado á escribir. ¡Príncipe desgraciado! Nos prometiais ser un gran rey. Disteis principio á vuestra carrera en los campos de batalla como Enrique IV, y como él debiais concluir: de sus desgracias solo habeis evitado la corona.

Sin embargo gracias á la proteccion de la Carta, ni el valor ni la razon habian sido sofocados. La tribuna y la prensa habian proclamado la verdad al través de los errores del momento; habíanse publicado escritos en favor de la indemnizacion suscitando las cuestiones que habian sido examinadas ya en las primeras Memorias que se publicaron en 1814. Estos escritos se fueron multiplicando á medida que los cambios ministeriales permitian á la opinion poderse expresar con mas viveza ó con mas libertad. Entre las obras que en en aquella época leí con provecho, y que contribuyeron á consolidar mi opinion debo citar una sólida discusion sobre la *Necesidad y legalidad de la peticion de indemnizaciones*, escrita por un literato; muchas digresiones sabias y luminosas sobre la *Restitucion de los bienes de los emigrados, sobre el restablecimiento de las rentas territoriales, sobre los medios de hacer desaparecer la diferencia que existe en concepto de la opinion entre el valor de los bienes patrimoniales y los llamados nacionales*, etc. por un jurisconsulto, y por último un folleto *sobre la Propiedad* por un célebre anciano: este folleto se compone de 40 páginas acerca de la naturaleza de la propiedad territorial y el carácter de la industrial que son una verdadera obra maestra.

No obstante la cuestion no habia llegado aun al término conveniente y el autor de este folleto fue encausado. M. de Richelieu no perdia de vista la indemnizacion de los emigrados, y la realizacion de este asunto era el sueño dorado de su ministerio. Practicáronse diligencias para averiguar el importe total de los bienes perdidos, y hasta parece que M. de Corvetto redactó un proyecto de ley.

M. de Richelieu salió del ministerio por lo cual cierto escrito que se habia mandado imprimir para distribuirlo en las Cámaras, perdió su significacion: en aquella época se creia, que cuanto mas adicto era uno á la monarquía legítima, menos fuerzas podia tener para servirla.

El último rey que veia aproximarse su hora postrera y queria pasarla con gloria conoció que el buen resultado de la expedicion de España daba oportunidad para que volvieran á pedir las indemnizaciones, y que la bandera blanca traida por las victoriosas á manos del príncipe, caudillo de aquella expedicion podia servir, digámoslo asi, de vendaje para las últimas heridas de la revolucion. El pensamiento real se insinuó en una ley rechazada por la opinion pública y no consiguió su objeto; el gefe de la oposicion realista en la cámara popular arrebató á los ministros la iniciativa de la proposicion mas honrosa, llegando por un esfuerzo que debió serles muy penoso hasta el extremo de combatirla, ó por lo menos tuvieron que atrincherarse en una de esas vagas promesass que se olvidan ó se cumplen segun las circunstancias.

En la historia de esta proyectada ley, noble amigo mio, echareis de ver, como yo, la feliz influencia de de esas instituciones que nos han salvado, y que elevarán la nacion á su mas alto grado de prosperidad, si algun funesto genio no corrompe sus principios.

Presentad en un gobierno constitucional un proyecto: la opinion se apoderará de él y lo discutirá: si es útil la mayoría concluirá por declararse en su favor, y los hombres de Estado nada mas tendrán que hacer que realizar el deseo del público.

Asi se ha ido elaborando durante diez años la idea de indemnizacion en favor de los propietarios despojados: las dificultades que presentaba se han ido desvaneciendo, y por último, todo el mundo pide ya la ley que antes nadie se atrevia á esperar. Tales son los triunfos de la libertad de imprenta y la excelencia de la monarquía representativa.

¿Mas quién no temblará, noble amigo mio, al ver que la autoridad ministerial no ha dado aun nada á conocer por lo tocante á sus proyectos sobre la ley de indemnizaciones? Hasta podria creerse que ha temido que adivinen sus intenciones, pues por medio de un artículo del *Moniteur* ha procurado desmentir los rumores que circulaban en París. Hace ya veinte dias que las Cámaras se han inaugurado y el público nada sabe aun de una ley que interesa á la propiedad de las dos terceras partes de la nacion. Esta ley habria debido ser objeto de discusiones políticas: la prensa periódica habria debido hacerse cargo de ella, para preparar los elementos de la discusion; pero nada de eso se ha hecho: todo está envuelto en el secreto.

¿Sucederá, pues, con esta ley como con la de rentas? ¿Presentarán repentinamente á la discusion de las Cámaras una ley que exige conocimientos especiales y estudios tan profundos? ¿Vendrán por último á decirnos, haced lo que querais; aprobadla, ó desechadla, si es buena, porque es buena, y si es mala, porque es mala? ¿De manera que uno se veria obligado, como por una pistola puesta al pecho á aprobar una ley tal vez funesta, una ley que no se encaminaria á su objeto, ó que acaso habria sido confeccionada en sentido agena del fin que nos habiamos propuesto?

Nada agradable seria el suponer que existe en el gobierno un espíritu antipático á la Constitucion, un espíritu que mira con horror la publicidad y que no puede resolverse á reconocer el poder de la opinion. Entre tanto que los velos acaban de rasgarse, y mientras llega el momento de que descarguen sobre nosotros una ley, como podrian descargar un golpe de Estado, no hay mas que un solo medio de poder prestar alguna utilidad y es el dedicarse al exámen de lo que podrá contribuir á viciar las bases de la ley proyectada ó consolidar sus fundamentos.

Comprendo la embarazosa situacion del ministerio y veo que el asunto presenta dificultades, sobre todo no tratando de salir de los antiguos sistemas.

Este proyecto de ley no proporciona tampoco la gloria de la iniciativa al ministerio, pues como ya lo hemos dicho principió en el duque de Tarento y acabó en el conde de La Bourdonnaye siendo discutido por todos los escritores realistas: por cuya razon, los ministros, aunque realmente lo deseen no pueden mirarlo con aquel amor que cada cual dispensa á sus propias obras, ni emplear tanto afan en llevarlo á cabo.

Una de las cosas mas funestas que por lo tocante á la ley en cuestion podria ocurrir, seria el dejarse sorprender por lo que denominan *proyecto sencillo*, que en una breve exposicion contiene las combinaciones de la arbitrariedad. El proyecto de ley sobre reduccion de las rentas era tambien de muy cortas dimensiones, mas ya hemos visto qué largo era su contenido.

La ley de indemnizaciones debe ser una ley detallada, una especie de código de la propiedad en el cual debe procurarse la mayor claridad, y alejar todo género de dudas. Por ejemlo, si se nos dijera: «Se concede un crédito de seiscientos millones, ó menos al ministro de Hacienda para dar una justa indemnizacion etc.;» si este proyecto despues de haber fijado una ó varias bases variables por lo relativo al modo de evaluar los bienes, despues de haber aclarado la cuestion de los acreedores anteriores á la emigracion, dejaba todo lo demás á merced de los reglamentos administrativos, no podria ser aprobado sino con mas ó menos peligro para los propietarios y para el Estado. Semejante proyecto no seria mas que una letra de seiscientos, ú ochocientos millones, puesta en manos de un hombre. No pidamos una firma en blanco por las confiscaciones; pues produciria los mismos malos resultados que para el asunto de las rentas y es bastante el haber dado ya una por lo tocante á los vales-reales. De este ciego abandono de la fortuna pública naceria un inagotable raudal de arbitrariedad.

Arbitrariedad en la forma que se estableceria para la comprobacion y admision de los títulos, pues la ley no habria establecido leyes sobre este particular, ni por lo tocante á las apelaciones que pudieran ocurrir.

Nombrarianse comisiones para arreglar estos particularse, ¿pero dejarian de ser nombradas por el ministerio? ¡A cuantos abusos darian márgen semejantes comisiones!

Arbitrariedad en el órden de admision de las liquidaciones en lo cual llegarian tal vez á intervenir el capricho, el interés, el favor, la intriga y hasta la corrupcion que por todas partes se insinua: los ricos serian despachados antes que los pobres; las grandes propiedades llegarian á estar medio indemnizadas, cuando las pequeñas seguirian estando absolutamente arruinadas.

Acaso tratarian á un emigrado lo mismo que se trata al mas ínfimo comisionado; se informarian de su modo de pensar, de cómo vota en las elecciones y asi como no hacen caso de un magistrado que ha sido fiel á la voz de su conciencia, tratarian quizás á un leal servidor del rey que de todos sus bienes no habria podido conservar mas que el de su independencia.

Un antiguo caballero del ejército de Condé, cargado de años y cubierto de heridas seria tal vez pospuesto por un intrigante que habria convertido el tiempo de su destierro en tiempo de placer pavoneándose por las diversas capitales de Europa.

Una ley que debe ser el honor del reinado de Carlos X, asi como la Constitucion fue la gloria del reinado de Luis XVIII, una ley que debe cicatrizar las últimas heridas de la revolucion, vendria en último resultado á no ser mas que una ley fiscal en provecho de un interés particular.

Esta ley marchitada en su flor el año pasado por la sola idea de agregarla á la ley de rentas acabaria al presente de secarse hasta en sus raices. El ministerio de Hacienda vendria á ser una especie de Monte de Piedad á donde acudiria la emigracion á empeñar sus antiguas prendas, y sobre las garantías que presentase un desgraciado llegarian á hacerse *especuladores*. Los restos de la nacion reunidos y convertidos en papel enriquecerian á los traficantes en agenas miserias.

Ni aun se podria entregar la parte que se quisiera a la negociacion: el desterrado que habita en las provincias tendria que remitir sus títulos á la prefectura de su departamento que los trasladaría á París, donde quedarian sepultados en las oficinas, hasta que se presentara algun vil protector á quitarles el polvo.

»del patrio suelo á donde habian perdido ya para siem»pre la esperanza de volver. . . . . .
. . . . . .» Señores, descendamos á nuestro co»razon para juzgar á nuestros semejantes: coloqué»monos mentalmente en la situacion que describo, y »añadámosle el sentimiento que nos inspiraria ese no»ble orgullo, compañero del infortunio: reconozca»mos el carácter nacional en la calma del desinterés »de la mayor parte de ellos.

Me he dejado arrebatar del placer de recordar esas nobles y elocuentes palabras. ¿Deben causarnos admiracion? Nuestro colega, que es el único en la historia á quien se le haya dado el baston de Mariscal sobre el campo de batalla, es un soldado francés: desciende de una familia de desterrados fieles á su rey, y tiene por lo tanto doblado motivo de conocer el precio de los eminentes sacrificios y de la lealtad desgraciada. Asi como los emigrados, tampoco trajo á su patrio suelo mas que la espada; la nacion la aceptó por precio de un reino, y el contrato fue ventajoso para ambas partes.

Razon tenia el duque de Tarento de alabar el desinterés de los emigrados franceses. Continuamente los vemos vivir, mejor dicho, morir en el umbral de la casa paterna que ya no les pertenece sin exhalar un suspiro, sin proferir una queja. Dios y el Rey lo han querido; nada tienen que objetar. La Irlanda está aun conmovida por las confiscaciones que ocurrieron hace como dos siglos, y la Francia permanece tranquila en medio de terrenos enagenados, cuyos antiguos dueños viven aun. ¿Quién lo creeria? El campesino vandeano, mal cobijado en las ruinas de su choza, ve sin hacer la menor reclamacion cómo unas manos agenas recogen la cosecha que su heróico padre regó con su sangre, cuando ya no le fue dado fecundarla con sus sudores.

Un antiguo gefe de realistas, el marqués de la Boissiere, miembro en la actualidad de la cámara de los Diputados, y que pronunció en la última legislatura su magnífico elogio de la Vandé tuvo que dar despues de los Cien-dias una declaracion judicial sobre un deplorable suceso. Los antiguos pueblos hubieran grabado con letras de oro en las tablas de su ley las palabras que con este motivo pronunció en el tribunal inferior de Angers. «El rey me mandó, dijo, »hacer respetar la Constitucion durante la lucha que »se iba á entablar, y restablecer su imperio, dado el »caso de que momentáneamente llegara á turbarse. »Acabada la crisis tuve la satisfaccion de poder de»cir al rey: Señor; no ha ocurrido infraccion de nin»guna especie: si V. M. llegó á preveer imposibilida»des eventuales en la aplicacion de la Carta durante »las pasadas circunstancias, sepa desde ahora que »nada hay imposible para el obediente amor de vues»tros bretones. Aunque todas las infracciones come»tidas en el tumulto de las armas, habrian necesaria»mente quedado cubiertas por las victorias adquiridas, »no ofrece toda la superficie de Bretaña un solo ejem»plo de un gefe que se haya permitido un solo acto »de posesion sobre sus propios bienes confiscados *y »poseidos por enemigos de V. M. y que en este mis»mo instante sustentan las armas contra vuestro »trono.*»

Bien conocia Luis XVIII esas heróicas virtudes cuando al querer pasar á la Vandé escribia al duque de Harcourt diciendo: que nada temiera por el rey porque el rey no muere nunca en Francia; que si por su parte no empleaba su brazo ademas de sus facultades mentales, para subir al trono perderia toda consideracion personal, y que si se llegara á creer que no puso todo su conato en seguir á sus leales vasallos, su reinado seria mas infeliz que el de Enrique III.... .....Concluye diciendo: «¿Que me queda? La »Vendé. ¿Quién puede conducirme á ella? La Ingla»terra. Insistid nuevamente sobre este punto: decid »en nombre mio á los ministros que no les pido mas »que mi trono ó mi tumba »

El señor Mariscal Macdonal apreció en cuatro millares de millon los bienes nacionales de todas clases etc. Supuso que las propiedades particulares que habian sido confiscadas componian poco mas ó menos la cuarta parte de la confiscacion general.

Datos muy exactos que se han tomado posteriormente han dado á conocer que nuestro ilustre colega no calculó suficientemente alto el capital que habia que establecer para ocurrir á la indemnizacion.

Llegaron los Cien-dias: el huracan que pasó sobre Francia produjo el efecto de aquellos vientos que propagan las epidemia por el Oriente: alteró los ánimos mas rectos: el delirio llegó al extremo de figurarse que un regicida podia ser ministro de un rey á cuyo hermano habia llevado al cadalso. Al regreso de Gante habria cualquiera pasado por *contra-revolucionario* solo por recordar la proposicion del señor duque de Tarento. La agitacion se mantuvo en toda su fuerza hasta la muerte de aquel príncipe cuya historia estaba yo destinado á escribir. ¡Príncipe desgraciado! Nos prometiais ser un gran rey. Disteis principio á vuestra carrera en los campos de batalla como Enrique IV, y como él debiais concluir: de sus desgracias solo habeis evitado la corona.

Sin embargo gracias á la proteccion de la Carta, ni el valor ni la razon habian sido sofocados. La tribuna y la prensa habian proclamado la verdad al través de los errores del momento; habíanse publicado escritos en favor de la indemnizacion suscitando las cuestiones que habian sido examinadas ya en las primeras Memorias que se publicaron en 1814. Estos escritos se fueron multiplicando á medida que los cambios ministeriales permitian á la opinion poderse expresar con mas viveza ó con mas libertad. Entre las obras que en en aquella época leí con provecho, y que contribuyeron á consolidar mi opinion debo citar una sólida discusion sobre la *Necesidad y legalidad de la peticion de indemnizaciones*, escrita por un literato; muchas digresiones sabias y luminosas sobre la *Restitucion de los bienes de los emigrados, sobre el restablecimiento de las rentas territoriales, sobre los medios de hacer desaparecer la diferencia que existe en concepto de la opinion entre el valor de los bienes patrimoniales y los llamados nacionales*, etc. por un jurisconsulto, y por último un folleto *sobre la Propiedad* por un célebre anciano: este folleto se compone de 40 páginas acerca de la naturaleza de la propiedad territorial y el carácter de la industrial que son una verdadera obra maestra.

No obstante la cuestion no habia llegado aun al término conveniente y el autor de este folleto fue encausado. M. de Richelieu no perdia de vista la indemnizacion de los emigrados, y la realizacion de este asunto era el sueño dorado de su ministerio. Practicáronse diligencias para averiguar el importe total de los bienes perdidos, y hasta parece que M. de Corvetto redactó un proyecto de ley.

M. de Richelieu salió del ministerio por lo cual cierto escrito que se habia mandado imprimir para distribuirlo en las Cámaras, perdió su significacion: en aquella época se creia, que cuanto mas adicto era uno á la monarquía legítima, menos fuerzas podia tener para servirla.

El último rey que veia aproximarse su hora postrera y queria pasarla con gloria conoció que el buen resultado de la expedicion de España daba oportunidad para que volvieran á pedir las indemnizaciones, y que la bandera blanca traida por las victoriosas á manos del príncipe, caudillo de aquella expedicion podia servir, digámoslo asi, de vendaje para las últimas heridas de la revolucion. El pensamiento real se insinuó en una ley rechazada por la opinion pública y no consiguió su objeto; el gefe de la oposicion realista en la cámara popular arrebató á los ministros la iniciativa de la proposicion mas honrosa, llegando por un esfuerzo que debió serles muy penoso hasta el extremo de combatirla, ó por lo menos tuvieron que atrincherarse en una de esas vagas promesass que se olvidan ó se cumplen segun las circunstancias.

En la historia de esta proyectada ley, noble amigo mio, echareis de ver, como yo, la feliz influencia de de esas instituciones que nos han salvado, y que elevarán la nacion á su mas alto grado de prosperidad, si algun funesto genio no corrompe sus principios.

Presentad en un gobierno constitucional un proyecto: la opinion se apoderará de él y lo discutirá: si es útil la mayoría concluirá por declararse en su favor, y los hombres de Estado nada mas tendrán que hacer que realizar el deseo del público.

Asi se ha ido elaborando durante diez años la idea de indemnizacion en favor de los propietarios despojados: las dificultades que presentaba se han ido desvaneciendo, y por último, todo el mundo pide ya la ley que antes nadie se atrevia á esperar. Tales son los triunfos de la libertad de imprenta y la excelencia de la monarquía representativa.

¿Mas quién no temblará, noble amigo mio, al ver que la autoridad ministerial no ha dado aun nada á conocer por lo tocante á sus proyectos sobre la ley de indemnizaciones? Hasta podria creerse que ha temido que adivinen sus intenciones, pues por medio de un artículo del *Moniteur* ha procurado desmentir los rumores que circulaban en París. Hace ya veinte dias que las Cámaras se han inaugurado y el público nada sabe aun de una ley que interesa á la propiedad de las dos terceras partes de la nacion. Esta ley habria debido ser objeto de discusiones políticas: la prensa periódica habria debido hacerse cargo de ella, para preparar los elementos de la discusion; pero nada de eso se ha hecho: todo está envuelto en el secreto.

¿Sucederá, pues, con esta ley como con la de rentas? ¿Presentarán repentinamente á la discusion de las Cámaras una ley que exige conocimientos especiales y estudios tan profundos? ¿Vendrán por último á decirnos, haced lo que querais; aprobadla, ó desechadla, si es buena, porque es buena, y si es mala, porque es mala? ¿De manera que uno se veria obligado, como por una pistola puesta al pecho á aprobar una ley tal vez funesta, una ley que no se encaminaria á su objeto, ó que acaso habria sido confeccionada en sentido agena del fin que nos habiamos propuesto?

Nada agradable seria el suponer que existe en el gobierno un espíritu antipático á la Constitucion, un espíritu que mira con horror la publicidad y que no puede resolverse á reconocer el poder de la opinion. Entre tanto que los velos acaban de rasgarse, y mientras llega el momento de que descarguen sobre nosotros una ley, como podrian descargar un golpe de Estado, no hay mas que un solo medio de poder prestar alguna utilidad y es el dedicarse al exámen de lo que podrá contribuir á viciar las bases de la ley proyectada ó consolidar sus fundamentos.

Comprendo la embarazosa situacion del ministerio y veo que el asunto presenta dificultades, sobre todo no tratando de salir de los antiguos sistemas.

Este proyecto de ley no proporciona tampoco la gloria de la iniciativa al ministerio, pues como ya lo hemos dicho principió en el duque de Tarento y acabó en el conde de La Bourdonnaye siendo discutido por todos los escritores realistas: por cuya razon, los ministros, aunque realmente lo deseen no pueden mirarlo con aquel amor que cada cual dispensa á sus propias obras, ni emplear tanto afan en llevarlo á cabo.

Una de las cosas mas funestas que por lo tocante á la ley en cuestion podria ocurrir, seria el dejarse sorprender por lo que denominan *proyecto sencillo*, que en una breve exposicion contiene las combinaciones de la arbitrariedad. El proyecto de ley sobre reduccion de las rentas era tambien de muy cortas dimensiones, mas ya hemos visto qué largo era su contenido.

La ley de indemnizaciones debe ser una ley detallada, una especie de código de la propiedad en el cual debe procurarse la mayor claridad, y alejar todo género de dudas. Por ejemlo, si se nos dijera: «Se concede un crédito de seiscientos millones, ó menos al ministro de Hacienda para dar una justa indemnizacion etc.;» si este proyecto despues de haber fijado una ó varias bases variables por lo relativo al modo de evaluar los bienes, despues de haber aclarado la cuestion de los acreedores anteriores á la emigracion, dejaba todo lo demás á merced de los reglamentos administrativos, no podria ser aprobado sino con mas ó menos peligro para los propietarios y para el Estado. Semejante proyecto no seria mas que una letra de seiscientos, ú ochocientos millones, puesta en manos de un hombre. No pidamos una firma en blanco por las confiscaciones; pues produciria los mismos malos resultados que para el asunto de las rentas y es bastante el haber dado ya una por lo tocante á los vales-reales. De este ciego abandono de la fortuna pública naceria un inagotable raudal de arbitrariedad.

Arbitrariedad en la forma que se estableceria para la comprobacion y admision de los títulos, pues la ley no habria establecido leyes sobre este particular, ni por lo tocante á las apelaciones que pudieran ocurrir.

Nombrarianse comisiones para arreglar estos particularse, ¿pero dejarian de ser nombradas por el ministerio? ¡A cuantos abusos darian márgen semejantes comisiones!

Arbitrariedad en el órden de admision de las liquidaciones en lo cual llegarian tal vez á intervenir el capricho, el interés, el favor, la intriga y hasta la corrupcion que por todas partes se insinua: los ricos serian despachados antes que los pobres; las grandes propiedades llegarian á estar medio indemnizadas, cuando las pequeñas seguirian estando absolutamente arruinadas.

Acaso tratarian á un emigrado lo mismo que se trata al mas ínfimo comisionado; se informarian de su modo de pensar, de cómo vota en las elecciones y asi como no hacen caso de un magistrado que ha sido fiel á la voz de su conciencia, tratarian quizás á un leal servidor del rey que de todos sus bienes no habria podido conservar mas que el de su independencia.

Un antiguo caballero del ejército de Condé, cargado de años y cubierto de heridas seria tal vez pospuesto por un intrigante que habria convertido el tiempo de su destierro en tiempo de placer pavoneándose por las diversas capitales de Europa.

Una ley que debe ser el honor del reinado de Carlos X, asi como la Constitucion fue la gloria del reinado de Luis XVIII, una ley que debe cicatrizar las últimas heridas de la revolucion, vendria en último resultado á no ser mas que una ley fiscal en provecho de un interés particular.

Esta ley marchitada en su flor el año pasado por la sola idea de agregarla á la ley de rentas acabaria al presente de secarse hasta en sus raices. El ministerio de Hacienda vendria á ser una especie de Monte de Piedad á donde acudiria la emigracion á empeñar sus antiguas prendas, y sobre las garantías que presentase un desgraciado llegarian á hacerse *especuladores*. Los restos de la nacion reunidos y convertidos en papel enriquecerian á los traficantes en agenas miserias.

Ni aun se podria entregar la parte que se quisiera a la negociacion: el desterrado que habita en las provincias tendria que remitir sus títulos á la prefectura de su departamento que los trasladaría á París, donde quedarian sepultados en las oficinas, hasta que se presentara algun vil protector á quitarles el polvo.

¡Cuantas escrituras no hay que hacer segun el actual sistema de administracion para evitar una ruina! ¿seria preciso seguir la misma tramitacion para socorrer á un hombre? Mas por desgracia el hombre no dura tanto como un edificio que se está arruinando y se desmorona mas pronto que este.

Concíbese que segun las ideas dominantes la perfeccion del sist ma consistiria en que las liquidaciones de indemnizacion se hicieran en París, y en que se centralizarian en esta capital todas las desgracias. Concíbese cuánto se alegrarian algunos funcionarios públicos de verse convertidos en una especie de escribanos universales, que teniendo en su bufete todos los títulos de propiedad de la nacion serian á manera de unos apoderados de todas las familias. De la importancia que esta posicion les daria, podrian servirse para seguir perpetuándose en el poder á pesar de la opinion y casi á pesar de la corona.

Pero, ¿puede convenir esto á la monarquía, ó á la nacion? ¡Seiscientos ú ochocientos millones confiados al arbitrio de un solo hombre y de sus agentes! Medios de influencia serian estos tanto mas peligrosos, cuanto que aunque dura la memoria de aquellas oficinas de registro, establecidas por Bonaparte donde casi no era posible cometer una equivocacion.

¡Singular coincidencia! Al indemnizarse los bienes secuestrados vendria á suceder lo mismo que cuando se principió á poner en práctica el secuestro. Queriendo la Convencion desenbarazarse de las quejas y reclamaciones relativas á la venta de bienes de los emigrados, decretó: «que toda cuestion y reclamacion relativa »á esa venta se dirigiera exclusivamente al comité de »Hacienda, seccion de dominios (1.° *Fructidor*, »año III).»

Démonos prisa á publicar una ley que la religion, la moral, el honor, y la política reclaman igualmente; pero guardémonos de darle el carácter de una ley de inmoralidad y de agiotaje en vez del sello de la justicia y probidad que deben distinguirla y sobre todo tratemos de no crear por esta ley una especie de dictadura incompatible con la monarquía.

La ley de indemnizaciones debe ser considerada bajo el punto de vista civil y bajo el punto de vista financiero Debe por lo tocante al aspecto civil ser elavorada por jurisconsultos hábiles y por magistrados íntegros. No son esta clase de asuntos para tratados por algunos dependientes entre el estrépito de una administracion que se viene al suelo. Debe en esta ley dominar el espíritu del antiguo y del moderno derecho nacional, como que en ella deben dilucidarse cuestiones de la antigua y de la moderna jurisprudencia.

Debe clasificar el órden de herederos y sus representantes en sucesion directa ó colateral hasta el término que se establecerá.

Decir que las partes se proveerán en derecho ante quien competa, es equivalente á consumar la ruina de unos hombres á quienes se trata de socorrer.

Decir que se compondrá todo por medio de reglamentos segun las eventualidades que ocurran es lo mismo que decir que se hará justicia cuando no sea necesario, y que se establecerán reglas cuando todo se haya desarreglado. ¿A quién podria apelarse de una órden ministerial? ¿Al consejo de Estado? Entiéndase que este no debe juzgar mas que en materias contenciosas y no en materias civiles: por lo tanto solo á los tribunales será preciso acudir y solo la ley puede abrir las puertas de estos.

¿Podrian los ministros ser considerados como parte interesada? Téngase presente que para eso seria preciso obtener una autorizacion del consejo de Estado y que los miembros de este consejo son amovibles y dependen de los ministros. Por lo tanto nada mas se haria que recorrer un círculo vicioso.

Piensan algunos que en vez de una *simple* ley, ó de una ley *detallada*, convendria confeccionar tres ó cuatro que arreglarán el asunto. Idea la mas peligrosa de cuantas pueden existir! Si llegara á ocurrir que una, dos, ó tres de esas leyes fueran desechadas, y la cuarta mereciese únicamente aprobacion ¿qué sucederia? ¿Cómo se pondria en ejecucion?

Si esta ley admitida fuese (como es probable) la que encerrara el espíritu de la ley, sucederia ó bien que este principio no seria mas que una esteril manifestacion sin consecuencia para los expropiados, ó bien que á falta de leyes correlativas este principio seria sepultado por reglamentos y vendria á caer en el abismo de la arbitrariedad administrativa.

Este sistema de leyes separadas podrá convenir á los que quieren desembarazarse de la ejecucion de una ley esencial, ó se dan por satisfechos del honor de haber hecho votar su principio; ó bien á los que quisieran apoderarse de ese principio, desentendiéndose de todo compromiso por lo tocante á la ejecucion. Debe tenerse mucho cuidado con esta sutileza.

Háblase tambien de otro sistema que consistiria en pagar las indemnizaciones con papel del 3 por 100 al interés de 75 y de dar al mismo tiempo á los tenedores de bienes facultad de elegir treses al mismo interés ó guardar sus 5 por 100: en este último caso la caja de amortizacion no haria mas operaciones sobre los 5 por 100 sino sobre los treses. Ademas todas las *transferencias* que ocurrieran de este último papel, sea por venta ó por herencia, se convertirian forzosamente en papel del 3 por 100.

Nada puede decirse contra este proyecto, sino que seria injusto é ilegal. La caja de amortizacion no ha sido creada para extinguir una deuda particular ó para sosten de un solo fondo, sino para obrar sobre todas las rentas en general. Afectarla únicamente á los intereses del 3 por 100 seria irrogar un perjuicio á los del 5 por 100. ¿Qué han hecho pues esos desgraciados tenedores de los 5 por 100? ¿Qué crímen han cometido para verse incesantemente amenazados por la ley? No haciendo operaciones la caja de amortizacion mas que sobre una clase de papel produciria alzas enormes y espontáneas, seguidas de bajas tan terribles que renovarian parte de las eventualidades del sistema de Law. El público en este proyecto no veria mas que un consuelo y una indemnizacion de la ley sobre reduccion de las rentas.

¿Y por qué razon los tenedores de papel del 5 por 100 no habian de poder negociar su crédito, sin tener que cambiarlo por papel de otra especie?

Guarden sus fondos, me contestarán y retengan su papel. Mas si quieren negociar con ellos el Estado tiene derecho de decirles que necesita bajar el interés de su dinero.

Hé aquí una autoridad ministerial bastante escrupulosa. ¡Por una parte pone trabas al juego y por la otra estableceria por su cuenta una inmensa mesa de juego! ¿Luego no piensa mas que en su propio provecho? Pero ¿serán culpables los tenedores de ese papel, de los cuales algunos han sido ya despojados por las reducciones y bancarrotas, si tratan de servirse del crédito público para encontrar sus capitales sin perder al mismo tiempo sus intereses? Por otra parte el obligar á un propietario á no poder vender su propiedad no sujetándose á una forma determinada, es ir contra los principios de las leyes, y atentar contra el derecho de propiedad.

Podrian comprarse treses, mas nadie podria comprar cincos, porque estos no podian ser vendidos sino transformados en treses, ó por decirlo con mas claridad: el papel del 5 por 100 ya no podria ser transferido. Iríase este papel extinguiendo necesariamente en un tiempo dado, y asi se explica cómo en lo sucesivo no tendrian ya necesidad de la accion de la caja de amortizacion. ¿Qué significa todo eso? ¿Para qué son esas invenciones, ni qué relacion tienen con la

medida que debe emplearse para indemnizar una tan grande injusticia?

Por lo demás como cien francos pagados en treses no valen mas que setenta y cinco segun las ideas que dominan en el proyecto de reduccion de la renta, y sesenta y cinco francos en la Bolsa al interés actual de los 5 por 100 es evidente que el indemnizado que recibiera cien mil francos en esta clase de papel no percibiria en la realidad mas que las tres cuartas ó acaso las dos terceras partes de esa suma.

Si pues el importe total de las indemnizaciones, deducido el descuento hecho por las deudas pagadas por el gobierno, asciende á 600 millones, indemnizando esta suma en treses al par los interesados no cobrarán mas que 400 millones. Habrá pues un engaño manifiesto en este modo de pagar, y la pérdida del infeliz indemnizado acabará de aumentarse con la falta de recursos propios que le pondrá en la necesidad de vender cuanto antes sus créditos al que tenga suficiente dinero para comprárselos.

Si por otra parte los poseedores de las propiedades llegaran á ser herederos forzosos de los tenedores de los treses, sucederia que por una no menos rara combinacion, al paso que se habria quitado á los primeros algo de lo que tienen no se habria indemnizado á los segundos de todo lo que se les debe.

Finalmente ¿por qué fatalidad será preciso que la suerte de los expropiados venga á estar enlazada con la de los poseedoros de sus propiedades? ¡Pues qué! ¿Nos hemos de empeñar en que la ley de indemnizacion, desentendiéndose siempre de las mas sencillas ideas de moral y de justicia, no sea mas que una doble operacion y una especie de juego de azar?

La buena fe tiene tambien su habilidad y su influencia: una ley grave, sincera y clara, cuyo espíritu estuviera al alcance de todo el mundo, seria segun mi opinion mas favorable al crédito que las mas sutiles combinaciones del agiotaje.

Dos ideas fijas, noble amigo mio, dominan en la actualidad en nuestro sistema de hacienda: no tocar á la caja de amortizacion, y crear valores inferiores al del 5 por 100 para hacer bajar el precio del interés en el comercio.

Ideas son estas igualmente erróneas; pues la caja de amortizacion es demasiado fuerte y el Estado no es el que puede obrar sobre la reduccion del interés del dinero en el comercio sino el comercio el que debe producir la baja del valor del interés para el Estado.

No sé lo que hará la administracion: no trato de seguirla al través de sus tinieblas: tendria por mi parte una viva satisfaccion de que me dijera que no he hecho mas que combatir fantasmas y que sus proyectos son muy distintos de los que acabo de atacar: lo único que me importa es que la ley sea buena. Mas por de pronto no tiene otro camino para llevar á cabo el asunto de las indemnizaciones que contraer un empréstito ó recurrir á la caja de amortizacion.

Y este el motivo que debe hacer deplorar á todo verdadero francés la mala posicion en que el poder administrativo se ha colocado por su precipitacion. Si contrae un empréstito surgen las mas graves objeciones por todas partes: si acude á la caja de amortizacion ¿dejará de someterse á todas las ideas que tan obstinadamente ha combatido? ¡Cuántas veces ha dicho el gobierno que tocar la caja de amortizacion seria lo mismo que tocar á la santa arca! ¿Se atreverá en la actualidad á cometer ese sacrilegio? En ese caso ¿por qué alborotó tanto el año pasado? ¿De qué sirvió tanto grito contra sus enemigos, y las violentas separaciones de sus amigos, si habia de verse por último en la necesidad de hacer lo que no queria oir? No hace mucho tiempo se pronunciaron los mas hermosos discursos contra la censura y ahora se establece la censura; modernamente se han causado trastornos administrativos á trueque de desechar un sistema de hacienda, ¿cuál? El que ahora se establece. ¿Mas qué importan las contradicciones, si por último han de redundar en provecho de la libertad y bienestar de la nacion?

Al fijar la atencion en la parte financiera del proyecto de ley, tal cual puede concebirse sin recurrir á combinaciones extraordinarias, se ve desde luego que el señor duque de Tarento habia propuesto en el artículo cuatro de su resolucion: «que la suma total »de rentas que habia que crear en favor de los anti»guos propietarios fuese evaluada, ó bien sobre la ter»cera parte del producto (con arreglo al tipo de 1790) »de los bienes enagenados y en este caso los acreedo»res de los propietarios de dichos bienes quedarian »reducidos á la tercera parte; ó bien sobre el tipo »de dos y medio por ciento del capital de dichos bie»nes, en la misma época de 1790, y en este caso los »acreedores que no hubieran liquidado sus créditos »conservarian sus derechos; bien entendido que en »las dos hipótesis se haria en el valor de dichos bienes »descuento de los créditos extinguidos por la liqui»dacion.»

De todos modos, noble amigo mio, la ley deberá establecer que los propietarios desposeidos serán, si es posible, indemnizados integralmente de la pérdida de sus bienes; de lo contrario no se cumpliria el objeto sino á medias. El hombre de Estado debe considerar mucho menos el objeto de una justicia particular y el consuelo concedido á la desgracia y á la lealtad que la consagracion del principio de que la propiedad sea inviolable.

Considérese que con la misma indemnizacion integral (en los casos en que no exceda de los límites de lo posible) se habrá cumplido bien y suficientemente con la justicia; mas no se habrá devuelto todo lo que habia que devolver: no se habrá devuelto ni el uso de los bienes inmuebles, ni los frutos de la tierra; no se habrá devuelto al propietario ni su cuna, ni su tumba. Aquel campo á que el propietario debia su consideracion, y con el cual ocurria á sus modestas necesidades y á sus decorosos placeres; aquel solar á que estaban unidas todas las tradiciones de su familia y de su infancia, los recuerdos de lo pasado y las esperanzas del porvenir, ¿podrá ser reemplazado todo esto por una inscripcion en el gran libro? Bastante es hacerle perder todo esto, sin que se trate ademas de hacerle perder una parte de su capital. ¡Harto duro es que el propietario deje de ser un tranquilo cultivador del campo para convertirse en un jugador de bolsa!

No está en la mano del hombre el remediar lo que es irremediable; pero muy bien puede ser justo en cuanto la inflexible necesidad se lo permita. Por algunos millones mas, no debe mutilarse una operacion que si no cierra la última herida de la revolucion, podria, siendo mal ejecutada, reanimarlas todas. Piénsese con toda seriedad en lo que digo, pues en ello está interesada la felicidad de la nacion.

No pudiendo hacerse la indemnizacion integral (que yo me complazco en suponer posible), el modo mas franco claro y moral de verificar esta indemnizacion seria transferir al propietario despojado, rentas emitidas por la caja de amortizacion.

De esta manera no hay necesidad de crear una nueva clase de papel, ni de aumentar la contribucion, ni de contraer un empréstito, por consiguiente tampoco se necesita establecer una especie de compañía mercantil entre el Estado, los propietarios, y los acreedores, ni hay que recurrir á combinaciones secretas, ni á condiciones que devorarian una parte de lo que resultara de la providencia que el gobierno tomase: en una palabra de esa manera no habria en ese grande acto de justicia real y nacional nada de ministerioso, nada de amenazador, ni nada de equívoco. No seria una jugada de Banca, sino una medida legislativa;

y por decirlo asi la reconstruccion de las bases de la sociedad.

Ahora bien, suponiendo que el total de la indemnizacion sube á 30 millones de renta, aun habria en la caja mas que lo que se necesita para un fondo de amortizacion, y aun se le podrian quitar á esta caja algunos millones de rentas para disminuir las contribuciones directas.

Ciertamente que hay algo de extraño en la idea de querer crear nuevas rentas en vez de hacer uso de las adquiridas por la caja de amortizacion. Viene á ser lo mismo que si un hacendado al verse en la necesidad de una suma cualquiera y teniendo cantidades ahorradas para cubrirla grabase sus fincas con una hipoteca por no tocar al fruto de sus ecenomías.

¿Se dirá que el Estado emplea sus economías aplicándolas á la amortizacion de sus antiguas deudas? Y ¿dejará por eso de engañarse á sí mismo si intenta saldar antiguas deudas contrayendo otras nuevas?

Ademas el Estado obrando de este modo se coloca en una situacion peor que un particular que tomase el mismo expediente: un particular nunca devuelve mas que la suma que tomó prestada justamente con los intereses vencidos; pero el Estado segun el sistema de amortizacion debe siempre extinguir la deuda pública á un precio mas alto que aquel en que la contrajo.

Si el gobierno necesita 30 millones de rentas, suponiendo que haya creacion de una suma equivalente y que la extinga al mismo precio que la emitió, es evidente que hubiera hecho mejor de tomarla de la caja de amortizacion, pues de esa manera habria evitado los gastos de una doble colocacion.

Y si como generalmente sucede extingue las nuevas rentas creadas con la caja de amortizacion al 10 ó al 20 por 100 sobre el precio de su creacion, es indudable que pierde la diferencia que hay entre los dos precios.

La objecion que hacen al sistema de disminuir los fondos de amortizacion, tomando de la caja las sumas necesarias para las indemnizaciones consiste en que esa reduccion de la caja ocasionaria una baja en la renta, y que de esta manera la ganancia que el Estado pareceria haber hecho, seria ilusoria.

Por de pronto un aserto no es una verdad demostrada, ni la probabilidad de una baja considerable tampoco es evidente. Ahora que el gobierno francés está tan sólidamente establecido como otro cualquiera en Europa, y que su crédito marcha al par de su fuerza, puede creerse que necesite una caja de amortizacion dotada de cerca de 80 millones para sostener 140 millones de rentas al 5 por 100, al par, ó un poco mas, cuando los treses valen en Inglaterra á 96.

Por aventurado que sea este modo de pensar, la cuestion no consiste en eso: trátase de saber si una nueva creacion de 30 millones de renta con la caja de amortizacion actual, no haria bajar el precio de la renta tanto como sin hacer nueva creacion se disminuyera en 30 millones la dotacion de la caja, y se dieran para indemnizacion. La experiencia prueba que el crédito público no sigue necesariamente el movimiento de la deuda nacional. Los treses han subido tan prodigiosamente en Inglaterra desde que se ha disminuido la mitad de la dotacion de su caja de amortizacion.

A eso contestarán que no solamente se disminuye la caja de amortizacion en 30 millones, sino que se vuelven á poner en circulacion 30 millones de rentas extinguidas. Cubriendo la plaza con tan grande cantidad de efectos del mismo valor que los que se negocian en ella ¿cómo podeis esperar que pueda evitarse una baja?

Los 30 millones de rentas no caerán de una vez sobre la plaza, supuesto que podrán no ser emitidos sino en proporcion que se vayan haciendo las liquidaciones. Supóngase que se toma el término de 30 años para estinguir esos 30 millones: dividiéndolos en partes iguales producirá poco mas ó menos cada año una emision de 4.285,714 francos, emision que los fondos pueden cómodamente soportar sin afectarse materialmente.

Mas esto nos hace ver que la cuota sucesiva y regular de la emision debe ser determinada por la ley aunque en el término del año debiese superar ó ser inferior al total de las liquidaciones verificadas. En cualquiera de los dos casos ó bien el dinero dormiria en la caja de las consignaciones, ó el propietario, llamado á liquidar, esperaria al año siguiente. No tardaré en decir cómo podria esto arreglarse sin perjuicio de los intereses del propietario.

Nada seria mas peligroso que una emision de rentas espontánea que estuviese constantemente amenazando á la Bolsa y que dependiera de la voluntad de un hombre. Por puro que este hombre fuera sabria anticipadamente la cantidad de rentas que se presentarian cada mañana ó cada mes en el mercado, y por consiguiente le seria fácil calcular el precio en que se venderian, y como este hombre no podria ser el único que supiera este secreto, fácil es calcular el partido que otros podrian sacar de saberlo.

Preciso es, pues, que la ley rompa esa palanca de poder y de agiotage, sin lo cual la fortuna del Estado y la de los particulares quedarian á merced de la probidad humana que no siempre es el baluarte mas seguro contra las tentaciones.

Sin embargo aunque la liquidacion no pueda y no deba ser mas que sucesiva, seria justo que los intereses de esas liquidaciones presumidas corriesen desde la fecha de la promulgacion de la ley. De lo contrario sucederá que habria una diferencia de pérdidas y de ganancias considerable entre el que fuese indemnizado, durante el primer año de la liquidacion, y el que lo fuese en el último.

Tambien es preciso que se dé á los indemnizados la renta á un precio fijo, al par, sin tener en cuenta el precio corriente de la Bolsa, sin cuyo requisito un indemnizado recibiria mas que otro segun la época en que se hubiera hecho su liquidacion.

Así que la ley habrá declarado que los 30 millones tomados de las rentas extinguidas por la caja de liquidacion quedan destinadas á las liquidaciones, deben ya considerarse como no pertenecientes á dicha caja y por lo tanto quedarán secuestradas y en depósito en la caja de consignaciones. Esta caja se hará cargo de los valores, y el Estado convertido en tutor del indemnizado le dará al liquidar cuenta de su crédito.

Una ley cuya ejecucion será sucesiva producirá eventualidades que es preciso tener en cuenta preventivamente: puede suceder que el derecho de una familia se extinga antes de haber sido liquidada, por la muerte del heredero colocado en el grado de sucesion admitido. Sucederá tambien que para tal bien inmueble que nadie reclamaba se presentará repentinamente un propietario. Estas mejoras ó estos perjuicios deben ser previstos y remediados por la ley. Si debe fijarse el órden de las liquidaciones debe tambien prevenirse un término perentorio. La Francia debe medir su generosidad con su fuerza, y debe tratarse de que no esté eternamente situada en el borde de una deuda sin fondo.

Tambien debe evitarse el que se llegue á hacer una confusion de las deudas liquidadas sobre el precio de los bienes inmuebles vendidos: cada indemnizado debe soportar el peso de su deuda personal, y no descargarla sobre su vecino que nada debe.

Mas por último, ¿querrán recurrir en la ley de indemnizacion á pesar de cuanto acabo de manifestar, á esas operaciones complicadas, á esos giros, á esas concurrencias de valores y á esas especies de escamotaje que tanto fascinan á la multitud? ¿Seguirán diciendo que los 5 por 100 sufrirán una baja, porque se pongan en circulacion durante algunos años 30 millones en papel de su misma especie? Aun queda un recurso decoroso para hacerle subir de valor, y este medio voy á presentarlo con la mayor confianza.

Durante el último año se mezcló el proyecto de indemnizacion con el de reduccion de la renta. Declarad, pues, al mismo tiempo que pedís la indemnizacion, que no se agitará la cuestion de la renta antes de pasar el número de años necesarios para liquidar la indemnizacion, y en el acto subirán los fondos públicos; atraereis mil bendiciones sobre el monarca, y adquirireis un crédito inmenso.

Los problemas de hacienda mas arduos han sido resueltos con alguna precipitacion: asi es como han podido decretar que la renta era reembolsable. El artículo del código que declara que toda renta perpetua es esencialmente reembolsable, podria muy bien ser combatido por el artículo de la Carta que declara que la propiedad es inviolable, y por el que establece (art. 70) que *la deuda pública queda garantizada, y que toda especie de compromiso contraido por el Estado con sus acreedores es inviolable.* En Inglaterra se arreglan estos asuntos por los intereses mercantiles: ¿podria partirse en Francia del mismo principio?

La renta en esta nacion es menos un bien mueble que inmueble. Tan pronto representa el valor de lo que reditúa una posesion, ó el valor de esa posesion vendida y convertida en metálico, como los productos de la industria: su orígen la pone en relacion con las leyes que rigen en lo tocante á la propiedad territorial.

¿Qué significa el artículo de la Constitucion que acabamos de citar sobre la garantía de la deuda pública, si la renta es un bien mueble? El establecimiento de los mayorazgos en rentas, ¿no prueba que por lo menos en ciertos casos la renta está considerada como inmueble?

Nótese de paso que todas las rentas constituidas antes del siglo XVI no eran reembolsables: luego la porcion de rentas de esta especie que aun subsiste, debe de derecho ser no reembolsable.

A principios de aquel siglo el Parlamento decidió que en ciertos casos particulares las rentas serian reembolsables; pero falló por lo tocante á la especie y no por lo tocante al género, el cual, segun máxima del derecho, quedó sometido al mismo principio. Asi vemos que en tiempo de Luis XV un empréstito fue declarado reembolsable, lo cual supone que los demás no lo eran.

Se ha querido decir que la palabra *consolidado* tomada de los ingleses, significaba *confusion ó aglomeracion*. Sin embargo, es cierto que no fue esta la significacion que tuvo en su orígen. Los 5 por 100 llamados por Bonaparte *cinco por ciento consolidados*, se llamaban antes *los tercios consolidados*; y ciertamente no puede decirse que hubiera aglomeracion de fondos en una propiedad que se veia obligada á perder las dos terceras partes. Es evidente que esta palabra *consolidado* se empleaba para asegurar al tenedor y persuadirle que no sufriria una bancarrota por el resto de la deuda. Mas hé aquí los documentos que cortan la cuestion, y que habrian producido mucha sensacion en el caso de haber sido presentados cuando se estaba discutiendo la reduccion de la renta.

El 8 *vendemiaire*, año VI (29 de setiembre de 1797) Mr. Cretet, encargado de presentar el informe sobre el proyecto de la ley de hacienda despues de la bancarota, se expresó de este modo en el consejo de los Ancianos:

«Es una verdad palpable á todos los que conocen »la marcha del crédito público, que la porcion de la »deuda *bien consolidada* podria venderse algun dia »mucho mas alta que al par, porque es la mejor es»tablecida de cuantas existen en Europa.»

Por de pronto es evidente que la idea de la deuda *reembolsable* no se presentaba con iguales garantías á la vista del informante, y que este se dirigia á unos legisladores que estaban en la misma persuasion.

Cuatro años despues, al presentarse la ley de 21 *Floreal*, año X, que dió el nombre de *cinco por ciento consolidados* á una parte de la deuda perpetua, el mismo Mr. Cretet pronunció estas palabras ante el cuerpo legislativo.

«El individuo que confia su fortuna al gobierno »cuenta sobre dos cosas: la estabilidad de su crédito »y el pago puntual de sus intereses... Esta definicion »está justificada por el proyecto de ley que, afectando »los productos de la contribucion territorial al pago »de los intereses de la deuda perpetua, consagra »*su consolidacion* por medio de una subdelegacion »inmutable.»

¿Son equívocas semejantes palabras?

Finalmente el mismo orador sosteniendo el proyecto de ley en la sesion del 21 Floreal, se expresó aun con mas claridad cuando dijo.

«La deuda perpetua se compone de la fortuna del »acreedor y de la de su posteridad; admite que se »empleen en ella los fondos dotales y pupilares, los »de los establecimientos públicos y los de las muni»cipalidades: estos caracteres la elevan al órden de »cosas que mas vigiladas deben ser por la ley y por »el gobierno. No siendo REEMBOLSABLE esta deuda, »seria una riqueza improductiva si los acreedores no »pudieran trasmitirla mas que con desventaja: lo »cual es otra circunstancia por la que debe la ley »proteger su valor en venta.»

Tal era la doctrina por lo tocante á la deuda pública en tiempo de la república y el imperio. Esta deuda estaba considerada como NO REEMBOLSABLE. Ese mismo orador, hablando en nombre del gobierno, proclamó tres veces el mismo principio. ¿Por qué desgracia, por qué deplorable fatalidad se habrá abandonado ahora ese principio en tiempo de la monarquía legislativa.

Debo en este lugar, noble amigo mio, dar gracias á uno de mis colegas que habia reunido esos documentos para sostener una enmienda que pensaba proponer en esta cuestion financiera que tanto honor ha hecho á la cámara de los Pares, y ha tenido á bien comunicármelos. Su discurso que no llegó á ser pronunciado, y cuyo manuscrito tengo á la vista, contiene este notable apóstrofe.

¿Qué direis, señores, de esta doctrina? (la manifestada al Cuerpo legislativo y al Tribunato).

¿Qué direis de estas expresiones? ¿Serán bastante positivas, bastante formales, bastante claras en favor de aquellos desgraciados propietarios, que habiendo sufrido la reduccion de la mitad de su crédito, cuando no ascendia mas que á seiscientos francos de renta, y de dos terceras partes cuando pasaba de esa cantidad, recibian por la denominacion conservada en la misma ley, la consoladora confirmacion de un principio que les quitaba el temor de que en lo sucesivo ocurrieran disposiciones semejantes á las que estamos hoy discutiendo?

Hé aquí, mi noble amigo, hechos que pueden conducir á graves reflexiones: ahora es preciso convenir francamente en que el año pasado no se tenia generalmente idea de ellos. En medio de una discusion animada no habia habido tiempo de profundizar la materia: los hombres mas honrados se manifestaban dudosos ó no opinaban como opinan al presente. Cuando se ha pasado el peligro y puede volverse atrás la vista, el estudio y la reflexion hacen reparar en objetos cuya existencia no se habia ni aun sospechado. ¡Ojalá la experiencia nos corrija para siempre de esas improvisaciones de leyes que pueden traer las mas fatales consecuencias! No es en la tribuna donde pueden solventarse esas importantes cuestiones de

derecho que darian que hacer á los mas hábiles jurisconsultos. Por mi parte tampoco me atrevo á decidir nada; pero creo encaminar bien el asunto pidiendo que el proyecto de ley vaya precedido de una declaracion en virtud de la cual quede aplazada para dentro diez años la cuestion de reduccion y reembolso de la renta.

Podria tambien sostenerse que la renta (y este es mi modo de pensar) no debe ser reducida mas que por la caja de amortizacion y por el descuento anual de las especies en oro y plata, este descuento llegaria á importar mas del 30 por 100 en pocos años, si las minas de Méjico y el Perú eran explotadas por compañías europeas.

Tal es poco mas ó menos lo digno de importancia que tenia que deciros sobre la gran cuestion de las indemnizaciones. Para explanar los detalles se necesitarian tomos enteros; por lo cual no he atendido sino á los puntos mas culminantes, y las bases que he establecido creo que podrian sostener el monumento.

1.° Reembolsar cuanto antes sea posible, integralmente á los propietarios desposeidos.

2.° Poner en relacion la ley con el código civil y dar los mas latos detalles.

3.° No contraer empréstito.

4.° Pagar las indemnizaciones con las rentas adquiridas por los fondos de la amortizacion.

5.° Fijar año por año el órden y cantidad de las liquidaciones.

6.° Declarar que no se ocupará el gobierno ni de la reduccion, ni del reembolso de los 5 por 100 antes del término de diez años (espero que nunca llegará el momento de ocuparse de este asunto.)

7.° No dejar nada, ó lo menos posible á la arbitrariedad en lo tocante á la ley ó á su ejecucion.

Lo que voy á decir ahora es lo que me parece mas conducente para conseguir estos buenos resultados. No conozco ningun hombre bastante elevado en dignidad, en ciencia, ni en virtud para encargarse de dirijir un asunto en que se trata de la prosperidad de casi todo el reino; unos ministros que van desapareciendo juntamente con sus sistemas no están en proporcion con los intereses permanentes del país. Solo el rey con su autoridad sagrada, con su carácter impasible, con su talento, con su elevacion de sentimientos, solo el rey puede inspirar bastante seguridad para que todo el mundo confie alegremente toda su fortuna en sus régias manos. Investido de todo poder ponga en ejecucion la ley que él mismo habrá concebido; descienda hasta nuestras propiedades; venga á colocar el límite de nuestras heredades y vuelva asi como sus antepasados á administrar justicia á sus vasallos al pié de una encina.

Mas siendo preciso que alguno le ayude en esta régia tarea, su consejo privado parece ser el naturalmente llamado á este honor, y ¿nó podria ademas añadírsele un cierto número de prelados, de pares, de diputados, de magistrados y de consejeros de Estado?

El rey asistido del Delfin y temiendo á sus órdenes el canciller de Francia presidiria las sesiones generales.

El consejo privado que al presente apenas tiene en que emplearse, encontraria entonces una noble é inmensa ocupacion.

¿No seria posible formar tambien en cada tribunal un comité compuesto del presidente y de algunos consejeros reales? No podrian algunos miembros de los consejos generales de los departamentos á donde llega la jurisdiccion de esos departamentos auxiliar á ese comité en calidad de agregados? ¿Los papeles y documentos relativos á las liquidaciones abiertas en esos departamentos no podrian ser remitidos al comité? De esta manera se ejecutaria el trabajo á la vista de las partes interesadas, y cada comité enviaria su trabajo á la seccion del consejo privado encargada de la correspondencia.

La solemnidad de esta administracion daria testimonio de la solemnidad de la medida y llamaria la atencion de los pueblos, tan interesados como nosotros en la consolidacion de la propiedad.

En tanto que no haya una ley sobre responsabilidad moral sea despreciada como lo es en la actualidad, supuesto que tienen orgullo en provocar la opinion, seria muy natural la desconfianza que se tendria al poner los intereses mas altos de la sociedad á merced de un poder tan absoluto. Mas en el plan que acabo de proponer todo marcharia con sinceridad, todo seria monárquico y con él se formarian nuevos vínculos entre la nacion y el rey, y entre el rey y la nacion.

Asi es como el difunto rey de Cerdeña, Victor Manuel nombró por su decreto de indemnizacion comisiones provinciales en sus ciudades de Chambery y Niza, relacionadas con una junta establecida junto á su real persona en Turin. El monarca reinante ha conservado estas mismas disposiciones. Veinte y un artículos componen esa real órden de la que se podrian sacar escelentes medidas. Esos príncipes de Saboya, cuya sangre, mezclada con la de Enrique IV corre por las venas del Delfin tienen la gloria singular de no apreciar el trono sino por la gloria que les facilita; contienen las revoluciones rehusando ser cómplices suyos, y consérvanlas abdicándolas.

Tanto mas pernicioso, fatal, y llena de divisiones y discordias seria la ley proyectada, no procediéndose en ella con tino, tanto mas saludable, bienandada y reconciliadora será si en su redaccion no se atiende mas que al espíritu de equidad y de franqueza. Ella restablecerá la armonía entre los ciudadanos, y estinguirá los últimos recuerdos de la revolucion, quitando á los espíritus turbulentos todo pretexto de desavenencia, y todo medio de obrar sobre los intereses y las pasiones.

La legitimidad del trono se consolidará con las legitimidades que habrá restablecido y quedará completamente separada de la república y del imperio.

No ver en esa deseada ley mas que desterrados y un asunto de hacienda; desecharla ó aprobarla por espíritu de partido es lo mismo que no colocarse á una altura suficiente para juzgarla ó no comprender su espíritu.

Que los propietarios despojados, sus hijos y sus familias sigan aun padeciendo por la confiscacion, ó que hayan recibido una especie de indemnizacion por medio de pensiones y honores; que estos propietarios estén hoy desempeñando destinos que sus costumbres no les habrian dejado admitir en otro tiempo, que estén descontentos ó satisfechos de la indemnizacion que el Estado podrá concederles... todo eso no es mas que asunto de compasion si son desgraciados y un motivo de congratularse con ellos, si son felices. El objeto de la ley se remonta á mucha mayor altura.

No es una ley de gratitud por parte de la corona, ni de gracia por parte del Estado; no es una rechazada ni reclamada por las pasiones: tampoco es ley de sistema, ley de democracia ó de aristocracia; no es mas que ley de justicia, ley de propiedad.

Si un rey por sí solo, ó con un cuerpo político, ó un cuerpo político sin un rey pueden en todo tiempo despojar las propiedades de un Estado, es de temer que mañana repitieran lo que han hecho hoy.

No confieis en vuestra posicion social; una asamblea popular arrebató los patrimonios de la nobleza; una asamblea aristocrática podrá arrebatar los bienes del pueblo.

¿Quereis retener el bien ageno sin que se restituya su valor en una proporcion posible? Esperad que llegue mi dia: yo tambien os despojaré á mi vez; me negaré á daros una indemnizacion legal, y me autorizaré con vuestro ejemplo y vuestros principios. ¿Qué podreis decirme sino que ayer érais vosotros los fuertes y yo el débil, y que los tiempos han cambiado?

Fijese bien la atencion: si el derecho de propiedad no es sagrado, la libertad sufre violacion; porque la primera es el baluarte de la segunda. La libertad defiende á su vez á la propiedad: con esta se puede rehacer la existencia de aquella; mas con la libertad únicamente no es posible restaurar la propiedad.

Si el que en este instante posee una cosa, puede ser privado de su propiedad en un breve plazo de tiempo, y tiene, por consiguiente, que caer en el estado de dependencia del propietario, bien se puede asegurar que desaparecerán las costumbres nacionales, pues las costumbres no se forman sino con la permanencia de las cosas. Cuando el labrador no está seguro de poder dejar el fruto de sus sudores á los hijos puede decirse que no hay costumbres, ni familia, porque esta no existe donde el hogar paterno puede ser invadido á cada momento; donde la encina plantada por los antepasados puede caer bajo el acha del primer leñador que se presente.

Y no solo no podrá establecerse una sociedad duradera, sino que en los cortos intervalos que separarán las confiscaciones políticas, aquella sociedad vacilante, esperando á todas horas una revolucion, aquella sociedad, no atreviéndose á sembrar mas que la cosecha del año, ni á plantar mas que árboles de breve duracion, no gozará un momento de reposo. La propiedad mobiliaria puede desaparecer sin dejar un recuerdo; pero no sucede asi con la propiedad inmoviliaria: las huellas del hombre no se borran del polvo que ha pisado, y su nombre se mezcla con la tierra, asi como sus cenizas. En vano el arado extranjero surca el campo usurpado; en vano la hazada lo despedaza: el nombre del antiguo poseedor renace con las nuevas espigas, y como un importuno testigo aparece hasta en el fondo de la copa, que debia animar el festin del legítimo propietario.

Repitámoslo mil veces: casi siempre las virtudes políticas están en el orden político adheridas al territorio, y cuando este oscila bajo los piés del propietario, las virtudes no pueden menos de estremecerse y caer. Vigorosa idea fue la de nuestros antepasados, los bárbaros, cuando atribuyeron á la tierra propiedades morales, cosa que la antigüedad ha ignorado; pero que, sin embargo, no deja de ser menos prodigiosa. Como para ellos la nobleza consistia en la independencia, dieron á ciertos terrenos el dictado de nobles. Supongamos que ellos hubiesen entendido la libertad del modo que nosotros la entendemos, es de creer que identificándola con el terreno habrian establecido una sociedad libre, cuyo principio no se habria destruido como en las ciudades, porque el terreno no puede ser esclavo como un hombre, y porque aunque puede darse muerte á un propietario, no puede darse muerte á la propiedad. Aquellos señoríos republicanos hubieran dado orígen á ciudadanos libres y perpetuado su existencia, asi como los señoríos feudales dieron orígen y perpetuaron durante nueve siglos la existencia de duques, de marqueses y de condes.

Debe, pues, el espíritu de la ley de indemnizacion dar á entender á los propietarios que para su mutua seguridad quedan obligados en comun, tanto los que se aprovecharon de la venta de los bienes nacionales, como los que no se utilizaron de ella. Es preciso que sepan que si un gobierno no se contiene por ideas de moral y de equidad, deberá por lo menos contenerse por intereses materiales, y que no debe apoderarse del patrimonio de los particulares, porque tarde o temprano tendrá irremediablemente que indemnizarlos en su justo valor. Y como el contribuyente que paga no es el poder que ha usurpado, resultará, ó bien que las propiedades confiscadas no hallarán en lo sucesivo compradores, ó bien que los propietarios se opondrán á una expoliacion que algun dia tendrá que ser satisfecha á expensas de su inocente posteridad.

Obrando de este modo el rey habrá mandado hacer el mas eminente acto de justicia que en ningun tiempo se ha hecho sobre la tierra, y la nacion, digna de tal monarca, habrá facilitado el medio de llevarlo á cabo. Luis XVI subió al cadalso, y Luis XVIII perdonó: las propiedades fueron usurpadas, y Carlos X habrá mandado devolver su valor. Como la clemencia ha sido superior al crímen, la indemnizacion igualará al desastre.

Preciso seria compadecer á ciertos hombres tan poco consecuentes con sus doctrinas como con sus amigos, que se obstinarian en turbar tantos elementos de felicidad, y que serian los únicos en toda la nacion que no se admirarian de tantos milagros de gloria y misericordia, de libertad y de justicia.

Noble amigo mio, he dado mucha extension á esta carta creyendo que seria útil presentaros en un conjunto toda la importante cuestion de la ley de indemnizaciones. Ahora, sin ser Ciceron, os diré como él: *Tum ad quos dies redituras sim, scribam ad te.*

DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

PREFACIO.

1828.

Reuniendo á este escrito lo que acerca de la libertad de imprenta he dicho en la *Monarquía con arreglo á la Carta*, en mis antiguos *Discursos y opiniones*, y hasta en mi *Polémica*, será preciso convenir en que nadie hasta ahora ha reclamado mas incesantemente que yo la libertad que sirve de cimiento á todo gobierno constitucional. Tengo tambien derecho de considerarme como uno de los fundadores de esta libertad en mi país, pues en ningun tiempo he hecho traicion á sus intereses. Abogué por ella desde los primeros dias de la restauracion asi en Gante (1), como en Paris, y los ojos que se espantaban de verla, los hombres que no la querian, y un partido que la aborrecia, fueron perdiendo poco á poco sus prevenciones al oirla predicar por un realista. Puede muy bien suceder que aquel partido enemigo suyo vuelva hoy á repudiarla; pero jamás conseguirá destruirla. Con solo haber hecho este servicio á mi patria, creeré que no han pasado del todo inutilmente mis dias sobre la tierra. La libertad es casi el único asunto á que he consagrado mi vida política, y le he sacrificado cuanto le podia sacrificar: mi tiempo, mi trabajo y mi reposo. Siempre he considerado esta libertad como una completa constitucion, y las infracciones de esta me han parecido de poco momento mientras hemos conservado la facultad de escribir. Si fuera posible que la Carta se perdiera, la libertad nos la volveria á dar ó la compaginaria de nuevo; si la censura existiera, seria del todo inútil que el pais tuviese una Constitucion. No nos proponemos entrar en discusion sobre la mayor ó menor perfectibilidad de la ley que debe presentarse á las Cámaras; destruye, segun dicen, la censura; pues bien, todo estriba en eso. La libertad de imprenta hace que los ciudadanos se mantengan en posesion de sus derechos y que á cada cual se haga justicia segun su mérito: la libertad de imprenta, por mas que digan sus enemigos, es en la época de la sociedad en que vivimos, el mas sólido apoyo del trono y del altar. Carlos X nos libró de la censura al tomar la corona, y para consolidar su trono no quiere que los ministros en lo sucesivo encuentren en la ley un medio de infringir la mas *vital de las libertades* (2). Esta noble y

(1) Véase el *Informe presentado al rey en su Consejo de Gante.*

(2) Elegante expresion de M. Villemain.

saludable resolucion debe dispertar profunda gratitud en todos los corazones, y por sí sola bastaria para inmortalizar el reinado de un monarca tan leal, como generoso.

Si pues el gobierno se resuelve, como hay motivo de creerlo á presentar una ley aboliendo la censura, los procedimientos judiciales por tendencias políticas, y permitiendo la publicacion de periódicos sin autorizacion preventiva, tendré la satisfaccion de ver realizado lo que hace ya catorce años no he cesado de pedir.

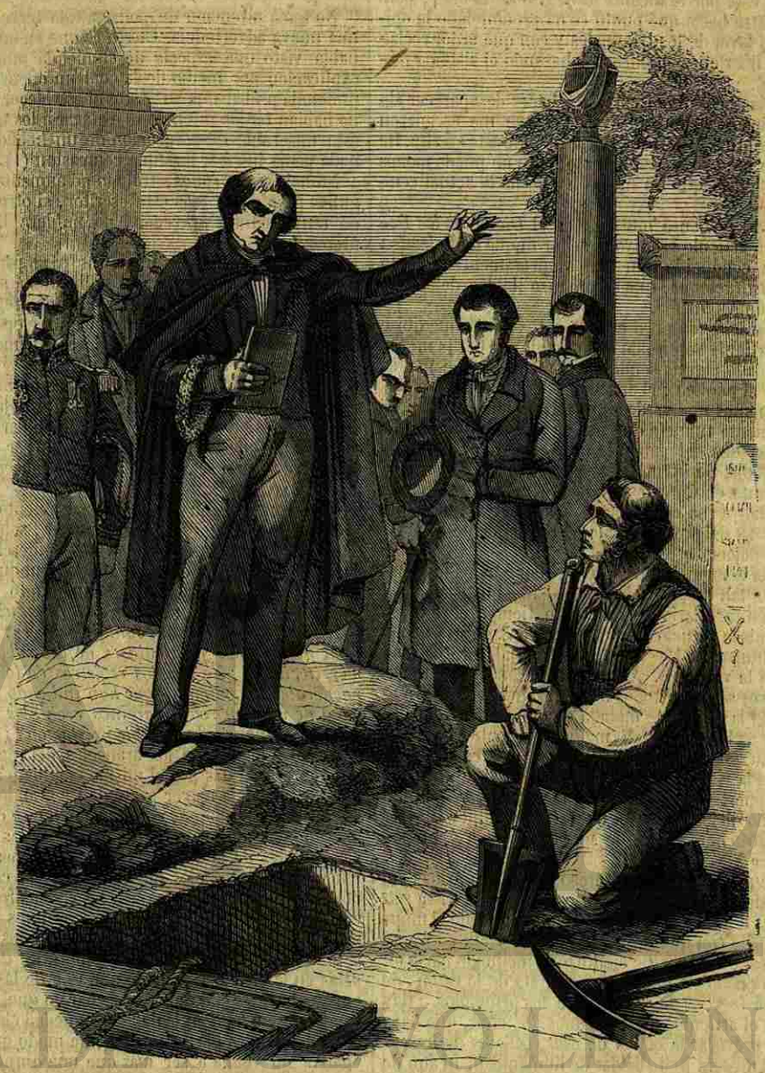
En tiempo del imperio traté de contribuir por medio del *Genio del Cristianismo* al restablecimiento de los principios religiosos; cuando ocurrió la restauracion, promulgué en la *Monarquia con arreglo á la Carta* las verdades que en lo sucesivo debian servir de fundamento á nuestra creencia política. Alguna vez me atreví á lisonjearme de que este doble esfuerzo no seria enteramente vano, pues vi que las doctrinas que habia deducido eran las que se iban adoptando, y que despues de haber descendido hasta el pueblo iban remontándose hácia la esfera del poder. Al mismo tiempo se removian gradualmente los obstáculos que habia yo indicado en los hombres y en las cosas; mis previsiones funestas realizadas juntamente con mis esperanzas, me demostraron que mis cálculos, tanto por lo concerniente al mal como al bien, como en lo relativo al carácter, preocupaciones, defectos y virtudes de la antigua y de la moderna Francia no habian sido errados. De manera que mi papel como defensor de las libertades públicas, toca ya á su término: la censura va á desaparecer para siempre: al fin de mi carrera constitucional voy á conseguir un triunfo fecundo en buenos resultados, no reclamo la palma; *Tulit alter honores*: poco importa; no se trata de mí, sino de la nacion.



FAMILIA ESPATRIADA.

Sin embargo, ¿me será lícito fijar por un momento la vista en el tiempo pasado? ¿Qué de animosidades y de calumnias no se han acumulado desde hace catorce años sobre mi cabeza, para venir á parar en que se pusiera en práctica lo que me habia merecido tantas animosidades y tantas calumnias! ¿Llegarán estas á desvanecerse? Mayor es mi deseo que la esperanza de que asi suceda: acaso me odiarán en secreto por haber sostenido durante tanto tiempo la razon contra las sucesivas autoridades. Por otra parte, ¿qué felices no seríamos en la actualidad, si desde el principio hubiesen estrictamente caminado por la senda constitucional, como yo no dejé un momento de predicárselo! Mas sin duda las verdades deberán ser como la fruta que no se desprende del árbol hasta que está madura.

Mil gritos resonaron al entrar yo por ultima vez en las filas de la oposicion: creian que hubiera sido mas prudente, y mas acertado el que silenciosamente hubiese acechado la ocasion de introducirme de nuevo en el ministerio. Es indudable que como cálculo de ambicion personal ese habria sido el mejor partido, pero ¿qué seria de las libertades públicas si cada cual para defenderlas no consultara mas que su interés? ¿Serán en una monarquía representativa, admisibles las conveniencias de salon y la política de los cortesanos? Calle en hora buena el que nada puede hacer cuando se halla caido: embósquese en una antesala, y espie el paso del poder para ver si le es dado envolverlo en las redes de la intriga: todo eso está muy bien asi como tampoco nada hay mas absurdo en un gobierno constitucional que el que el hombre cuya voz ha sido anteriormente oida con alguna complacencia vaya á colocarse entre los mudos de nacimiento, por



ENTIERRO DE MANUEL.

cálculo. ¿No se ve hoy con toda claridad que he seguido el verdadero camino para llegar á cuanto me parecia conveniente al bien de mi país?

DE LA CENSURA

QUE SE ACABA DE ESTABLECER SEGUN EL ARTÍCULO 4 DE LA LEY DE 17 DE MARZO DE 1822.

Advertencia de la primera edicion.

La censura no me ha permitido anunciar este folleto en los periódicos: sin embargo de que su título nada tenia de sedicioso: *De la censura que se acaba de establecer.* ¿Revela algo contrario al monarca ó la ley? ¿Da ese título á conocer que el autor del escrito hable en pro ó en contra de la censura? ¡Que instinto tienen los censores! ¡que maravillosa sagacidad! Mas aun no lo he dicho todo: ¡mi nombre figuraba al frente del folleto! ¿Se podrá creer que aun estamos en tiempos de los señores Corbiere y Villele?

Advertencia de la segunda edicion.

El público ha arrebatado la primera edicion de este folleto con mas rapidez que la que yo lo habia escrito á pesar de no haber la censura permitido anunciarlo.

saludable resolucion debe dispertar profunda gratitud en todos los corazones, y por sí sola bastaria para inmortalizar el reinado de un monarca tan leal, como generoso.

Si pues el gobierno se resuelve, como hay motivo de creerlo á presentar una ley aboliendo la censura, los procedimientos judiciales por tendencias políticas, y permitiendo la publicacion de periódicos sin autorizacion preventiva, tendré la satisfaccion de ver realizado lo que hace ya catorce años no he cesado de pedir.

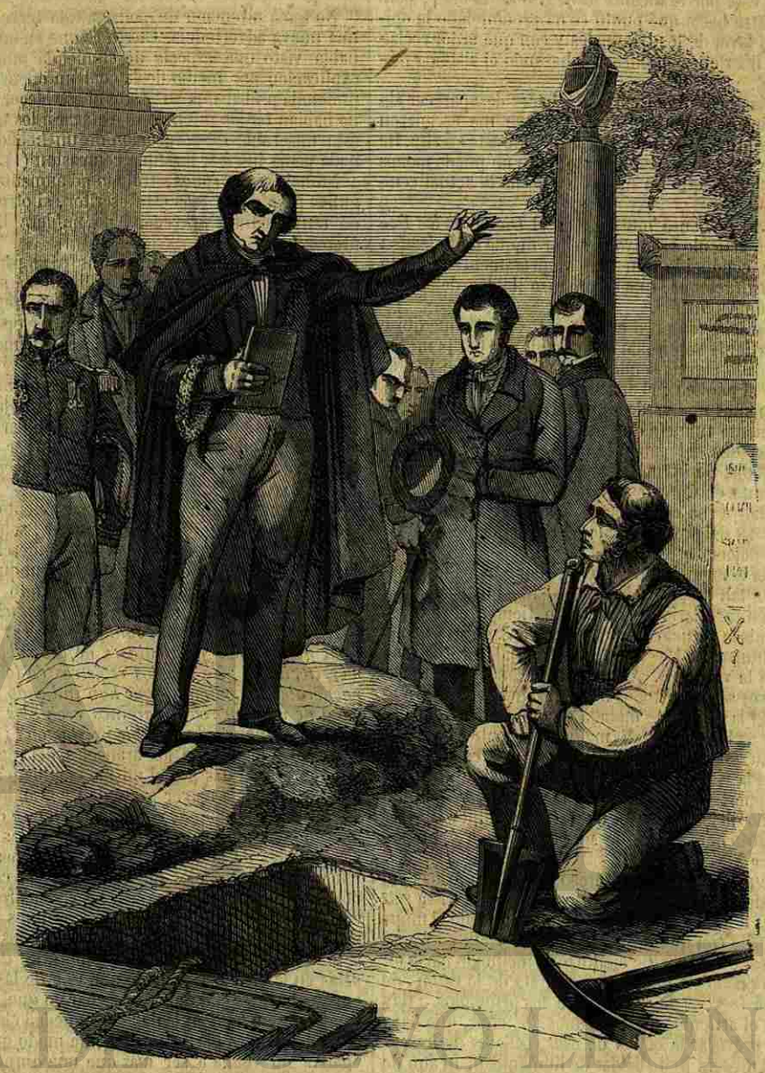
En tiempo del imperio traté de contribuir por medio del *Genio del Cristianismo* al restablecimiento de los principios religiosos; cuando ocurrió la restauracion, promulgué en la *Monarquia con arreglo á la Carta* las verdades que en lo sucesivo debian servir de fundamento á nuestra creencia política. Alguna vez me atreví á lisonjearme de que este doble esfuerzo no seria enteramente vano, pues vi que las doctrinas que habia deducido eran las que se iban adoptando, y que despues de haber descendido hasta el pueblo iban remontándose hácia la esfera del poder. Al mismo tiempo se removian gradualmente los obstáculos que habia yo indicado en los hombres y en las cosas; mis previsiones funestas realizadas juntamente con mis esperanzas, me demostraron que mis cálculos, tanto por lo concerniente al mal como al bien, como en lo relativo al carácter, preocupaciones, defectos y virtudes de la antigua y de la moderna Francia no habian sido errados. De manera que mi papel como defensor de las libertades públicas, toca ya á su término: la censura va á desaparecer para siempre: al fin de mi carrera constitucional voy á conseguir un triunfo fecundo en buenos resultados, no reclamo la palma; *Tulit alter honores*: poco importa; no se trata de mí, sino de la nacion.



FAMILIA ESPATRIADA.

Sin embargo, ¿me será lícito fijar por un momento la vista en el tiempo pasado? ¿Qué de animosidades y de calumnias no se han acumulado desde hace catorce años sobre mi cabeza, para venir á parar en que se pusiera en práctica lo que me habia merecido tantas animosidades y tantas calumnias! ¿Llegarán estas á desvanecerse? Mayor es mi deseo que la esperanza de que asi suceda: acaso me odiarán en secreto por haber sostenido durante tanto tiempo la razon contra las sucesivas autoridades. Por otra parte, ¿qué felices no seríamos en la actualidad, si desde el principio hubiesen estrictamente caminado por la senda constitucional, como yo no dejé un momento de predicárselo! Mas sin duda las verdades deberán ser como la fruta que no se desprende del árbol hasta que está madura.

Mil gritos resonaron al entrar yo por ultima vez en las filas de la oposicion: creian que hubiera sido mas prudente, y mas acertado el que silenciosamente hubiese acechado la ocasion de introducirme de nuevo en el ministerio. Es indudable que como cálculo de ambicion personal ese habria sido el mejor partido, pero ¿qué seria de las libertades públicas si cada cual para defenderlas no consultara mas que su interés? ¿Serán en una monarquía representativa, admisibles las conveniencias de salon y la política de los cortesanos? Calle en hora buena el que nada puede hacer cuando se halla caido: embósquese en una antesala, y espie el paso del poder para ver si le es dado envolverlo en las redes de la intriga: todo eso está muy bien asi como tampoco nada hay mas absurdo en un gobierno constitucional que el que el hombre cuya voz ha sido anteriormente oida con alguna complacencia vaya á colocarse entre los mudos de nacimiento, por



ENTIERRO DE MANUEL.

cálculo. ¿No se ve hoy con toda claridad que he seguido el verdadero camino para llegar á cuanto me parecia conveniente al bien de mi país?

DE LA CENSURA

QUE SE ACABA DE ESTABLECER SEGUN EL ARTÍCULO 4 DE LA LEY DE 17 DE MARZO DE 1822.

Advertencia de la primera edicion.

La censura no me ha permitido anunciar este folleto en los periódicos: sin embargo de que su título nada tenia de sedicioso: *De la censura que se acaba de establecer.* ¿Revela algo contrario al monarca ó la ley? ¿Da ese título á conocer que el autor del escrito hable en pro ó en contra de la censura? ¡Que instinto tienen los censores! ¡que maravillosa sagacidad! Mas aun no lo he dicho todo: ¡mi nombre figuraba al frente del folleto! ¿Se podrá creer que aun estamos en tiempos de los señores Corbiere y Villele?

Advertencia de la segunda edicion.

El público ha arrebatado la primera edicion de este folleto con mas rapidez que la que yo lo habia escrito á pesar de no haber la censura permitido anunciarlo.

ni haber querido recibir en las oficinas de correos los ejemplares que iba á remitir á las provincias. Nada prueba esto por lo tocante al mérito de la obra; pero demuestra hasta qué punto se ha pronunciado la opinion en favor de los tribunales y con qué ardor reclama las libertades públicas rechazando el sistema ministerial.

Apenas he tenido tiempo de hacer desaparecer algunas incorrecciones de estilo que se me escaparon en la improvisacion, digámoslo asi, de este escrito. He añadido muy poca cosa al texto; pero no puedo menos de consignar aquí un nuevo hecho de la actual censura.

Habia la censura mutilado en el *Diario de los Debates* un artículo relativo al señor duque de Orleans: y se ha conducido aun mas rigurosamente respecto del *Constitucional*, que se propuso hablar del señor duque de Angulema.

Me pareció tan poco creible este suceso que quise ver el artículo suprimido suponiendo que por lo menos habria dado alguna sombra de pretexto á la censura. Juzgue el público: el artículo es el siguiente.

«Tenemos una verdadera satisfaccion en publicar »el siguiente anuncio que nos ha sido comunicado por »una persona del gabinete de S. A. R. el duque de »Angulema. Se invita á los señores que componen la »real junta de Cárceles á que asistan á la sesion de »la junta que ha de celebrarse á la una de la tarde del »jueves 19 del presente, bajo la presidencia de S. A. R. »en su palacio.»

»Ojalá lleguen á noticia del príncipe todos los abu»sos que tan desgraciadamente se han arraigado en el »régimen carcelario, y que tanto tiempo hace están »llamando la atencion de todos los verdaderos amigos »de la humanidad y la religion! ¡Ojalá el gobierno »dócil á la voz de S. A. reforme escándalos que tan »aflictivos son para todos los corazones sensibles pu»rificando la pestilente morada en que víctimas tan di»versas se han visto tan malhadadamente confundi»das! Lo que particularmente deseamos es que pre»sente á la vista del príncipe la interesante obra que »Mr. Appert acaba de publicar y que no le oculten »ninguno de los datos que puedan contribuir á ilustrar »un asunto tan digno de su beneficencia y huma»nidad.»

No se piense que me intereso por las doctrinas del Constitucional, que bajo tantos puntos de vista son opuestas á las mias, ademas sabido es de todo el mundo el modo con que ese periódico me trata para que nadie sospeche que me siento muy inclinado hácia él; pero no puedo olvidarme que se trata de la razon, de la buena fe y de la equidad de los principios. ¿Hay algo en el artículo que acabamos de citar que haya podido provocar la cólera de esos roedores de frases? ¿Luego no será lícito hablar de humanidad, ni aun de *religion*, porque esta palabra se encuentra en el artículo y el nombre de un príncipe restaurador del ejército francés, un nombre que la Europa respeta y que la nacion ha inscrito en los fastos de su gloria ha de ser borrado por algun oscuro censor en un bufete de la policía? Verdad es que ese príncipe, por muy cristiano que sea, ha merecido sospechas de ser amigo de la Constitucion; verdad es tambien que en España todos los partidos han encontrado asilo bajo su brazo; que ha predicado concordia en medio de los tumultos que ha reprimido los desmanes de la libertad, asi como los caprichos de la tiranía; que se ha opuesto á las reacciones y á las venganzas; por último tambien es verdad que sus armas no se vieron mancilladas con proscripciones ni las hogueras de la Inquisicion fueron los altares elevados á sus victorias.

advertencia de la tercera edicion.

No tenia intencion de poner á esta tercera edicion una nueva advertencia. Cierto es que en un periódico habia visto una especie de enmienda pública, una explicacion por medio de la cual un oficioso escritor pretendia probar que sus *amos* al establecer la censura no habian tenido intencion de atacar á los tribunales: esta miserable desaprobacion de un hecho evidente nada podia inspirar mas que compasion (1).

No habria yo, pues, tratado de aumentar con algunos renglones, mas este escritor, si otro artículo, de muy distinta gravedad, no hubiera llamado mi atencion.

Cuando dije que los ministros para prolongar su existencia política se verian obligados á seguir sus sistemas hasta el último punto; cuando pregunté qué partido tomarian en el caso de encontrar oposicion en las Cámaras legislativas, no exageré, ni me hicieron esperar mucho tiempo por la repuesta.

Un artículo insertado en la *Bandera blanca* ha sido repetido por la *Estrella*: la censura al dejarlo pasar en los demás periódicos, ha acabado de darle un carácter semi-oficial, merece la pena de ser copiado y comentado, y esto es lo que hacemos transcribiéndolo á continuacion:

«Los consejos generales de departamento se están »reuniendo: llamados á dar su parecer, sobre todo lo »que interesa á la prosperidad del comercio y de la »agricultura, *no les está prohibido*, aunque en rea»lidad tienen que hacerlo bajo un punto de vista, »digamoslo asi, local, *el tratar de las mas altas consi»deraciones legislativas, cuando estas se relacionan »con necesidades particulares de las subdivisiones »territoriales. ¿No son los registros de los consejos »generales los primeros que han indicado la necesi»dad de una ley sobre caminos vecinales y estable»cido el principio de la doble prestacion?* ¿Las modi»ficaciones hechas en los aranceles del registro, no »fueron propuestas por el mismo conducto? ¿No de»ben su orígen la mayor parte de las grandes mejoras »á esas asambleas que, por el modo que se componen »desde la restauracion, presentan todas las garantías »apetecibles de adhesion, talento, independencia y »buena fe? A los ojos del gobierno, asi como para »todos los hombres ilustrados, los verdaderos órganos »de la opinion pública son los consejeros escogidos »por el rey, con el título de *pares*, y los enviados »ante él por la nacion con el nombre de *diputados*. »Mas en la circunstancia de que una de las dos cá»maras haya creido deber desechar lo que la otra ha »adoptado, ó bien en la de haber quedado la votacion »dividida en dos partes iguales, de modo que la ne»gativa no venga á ser mas que una *amplia infor»macion*, nos parece no solo conveniente, sino hasta »muy justo, que el ministerio se haga cargo de lo

(1) De todas partes me dan noticia de nuevas vejaciones por parte de la censura. El *Correo francés* habia anunciado que M. Michaud que acababa de perder su empleo en la imprenta real, era hermano del redactor de la *Cuotidiana*. La censura ha borrado este anuncio subersivo, diciendo que habia permitido al *Diario de los Debates*, decir que M. Michaud, el destituido, era hermano de M. Michaud, el de la *Academia francesa*. Desde luego se comprende todo lo ingenioso y profundo de esta distincion de la censura entre M. Michaud de la *Academia*, y M. Michaud de la *Cuotidiana*.

En un pequeño periódico literario se ha suprimido un pasaje del Sermon de Bossuet, sobre el honor: no sabemos quién será el doctor de la Sorbona, al servicio de la policía, que habrá prohibido una obra del último Padre de la Iglesia. Verdaderamente me avergüenzo de descender á esas vulgaridades, pero es necesario entregar la censura á la opinion pública, á fin de que sea despreciada como lo merece. ¿Cuándo acabarán de comprender que vivimos en el siglo XIX?

»que los consejos de partido y de departamento »crean necesario exponer por lo tocante á la ley de »rentas. Estos consejos compuestos de propietarios, »comerciantes, magistrados, finalmente de lo mas »venerable que hay en las provincias, no pueden me»nos de derramar mucha claridad sobre un asunto »tan directamente relacionado con la fortuna pública. »Bajo tales auspicios, robustecida con la casi unánime »aprobacion, podrá volverse á presentar la gran cues»tion discutida en la última legislatura; ó bien si lle»gara el caso de ser proscripta de esas asambleas, el »gobierno se podria creer autorizado á poner un tér»mino á esa incertidumbre, que no puede prolongarse »sin inconvenientes.

Examinemos este curioso documento.

Por de pronto el comparar los consejos generales de la actualidad con las bailías y senescalías de otros tiempos, y con las demás corporaciones que componian el antiguo sistema municipal, es una extraña ignorancia y una rara aberracion del ánimo. Al hablarnos de los *registros, de los consejos generales*. ¿No se echa desde luego de ver la confusion de palabras, de ideas y de doctrinas que se encuentran en esta sola frase? ¡Registros! ¿Luego hay encargados de abrirlos? ¿Serán por ventura los miembros de estos consejos departamentales los que *han recibido este encargo* del pueblo que sin embargo no los ha nombrado? ¿Serán los diputados los que deben considerarse como mandatarios de los consejos generales, aunque ellos mismos no han sido elegidos por esos consejos? ¿Serán acaso los ministros los que se hallan encargados de los plenos poderes de esas corporaciones? Y apesar de eso continuamente está el ministerio clamando en la tribuna contra el sistema de *mandatarios*, y llega hasta el punto de sostener que no hay representantes! ¡Qué confusion! No hablo de los diputados que segun el espíritu del artículo quedan convertidos meramente en *unos consejeros de la corona*; singulares consejeros que pueden aprobar ó desechar el presupuesto, acusar á los ministros, etc., etc. Bien se conoce á dónde van á parar esas tendencias. Mas sin detenernos mucho, tratemos de ver si puede sacarse alguna claridad de las tinieblas de ese artículo.

Lo que puede sacarse en claro, es la ley sobre reduccion de rentas; todo ese fárrago no es mas que para decirnos que aun no han abandonado el antiguo proyecto; que las ciento treinta bolas negras de la cámara de los Diputados; ni la mayoría de veinte y tres votos contra la ley en la cámara de los Pares; ni los numerosos escritos publicados contra esa ley, ni la opinion casi general de los hombres instruidos en la materia han podido quebrantar la obstinacion de un ministro, y por último, que están en la inteligencia que un solo hombre en el reino es el único que se cree con privilegio de tener siempre razon.

Mas ¿cómo el que tan seguro se halla de su propia opinion tienen necesidad de buscar quien le apoye? Hablamos de los votos que los consejos generales podrian emitir; mas cuando las Cámaras han desechado, ó una de ellas, ha rehusado la adopcion de una ley ¿con qué título habian de intervenir en ella los consejos generales? ¿Se tendrá acaso el proyecto de hacerlos salir del círculo de sus atribuciones? ¿Intentarán crear un nuevo poder político en el Estado? ¿Tendrán acaso alguna inquietud por lo tocante á la disposicion de la cámara Electiva, y para hacerla propicia á la ley renovada querrá el ministerio presentar esa ley, no como obra suya, sino como expresion del voto de los departamentos? La discrecion de los consejos generales, nos inspira seguridad por lo relativo á este particular; pero la imprudencia de los hombres que podrian influir en aquellas corporaciones, nos llena de temor.

Mas de una vez nos han hecho oir durante la discusion de esa ley, que si la capital del reino desechaba el proyecto, los departamentos deseaban adoptarlo; á pesar de haberse cien veces demostrado que la reduccion marcada por la ley, lejos de hacer refluir los capitales á las provincias, los atraeria hácia la capital. ¿Debe un buen francés tratar de recordar en artículos censurados la supuesta diferencia de intereses que falsamente se presume deber existir entre París y el resto de la nacion?

Pasemos al último párrafo del artículo:

«Estos consejos (los consejos generales) compues»tos de propietarios, mercaderes, magistrados y de »cuanto mas venerable hay en las provincias, no »pueden menos de derramar mucha claridad sobre un »asunto tan directamente enlazado con la fortuna »pública. Bajo tales auspicios, robustecida con la casi »unánime aprobacion podrá volverse á presentar la »gran cuestion discutida en la última legislatura, ó »bien si llegara á ser proscripta del seno de esas asam»bleas, el gobierno se podria creer autorizado á poner »término á esa incertidumbre que no puede prolon»garse sin inconveniente.»

¿Qué significa todo esto?

Significa que si los consejos generales aprueban ese proyecto de ley, la volverán á presentar nuevamente á las Cámaras sin consideracion al cambio de opinion que puede haber ocurrido en la cámara Electiva, ni al voto negativo de la cámara Hereditaria. Pero las Cámaras sin dejar por eso de respetar la opinion de los consejos generales, tienen una voluntad propia; no atienden mas que á su conciencia; no consultan mas que sus luces, y no acomodan su voto á deliberaciones agenas.

Nos dan á entender que los consejos generales podrán ser unánimes en su modo de pensar. ¿Habrán acaso amenazado con la destitucion á los miembros de esos consejos que desempeñan destinos del gobierno, si no se muestran favorables á la ley de rentas? El señor ministro del Interior nos ha dado á conocer los principios sobre la libertad de votacion, y cómo los miembros de esos consejos generales son amovibles, el ministerio no puede menos de ejercer su accion sobre unas corporaciones, que segun la inspiracion del patriotismo ministerial, pueden ser compuestas, disueltas y renovadas.

Mas si los consejos generales opinan de un modo, y las Cámaras de otro, *como podria suceder segun la frase de que el gobierno se podria creer autorizado á poner término á esa incertidumbre que no puede prolongarse sin inconveniente*, ¿qué es lo que en ese caso deberemos esperar? ¿Qué significan las palabras de *poner término á esa incertidumbre*?

¿Cómo podrá el gobierno creerse autorizado, si *la gran cuestion discutida durante la última legislatura fuese proscripta del seno de esas asambleas*, es decir, *del seno de los consejos generales*? O todas esas palabras carecen de significacion, ó bien nada mas encierran que una pura amenaza. Cuando se considera todo lo que han intentado ya contra nuestras libertades, se siente uno inclinado á creer que el ministerio acometeria los hechos mas extraños antes de abandonar su proyecto. No ha podido semejante artículo ser publicado mas que bajo el régimen de la censura; solo por esta circunstancia goza de alguna consideracion, pues de lo contrario la prensa periódica lo hubiera tratado del modo que se merece.

Supuesto que mi voz es aun escuchada á pesar del esfuerzo que hacen para sofocarla, me consideraré como un vigilante centinela, y no dejaré de advertir á la nacion cuando la vea amenazada de un peligro. Estoy lejos de hallarme tranquilo por lo tocante á nuestras instituciones; no porque crea que las manos que la amenazan son capaces de destruirlas, sino porque pueden hacer mucho mal al trono y á la patria; porque el mal es una cosa fácil hasta para las inteli-

gencias limitadas, y el bien solo puede venir de la mano de Dios, y necesita talentos sublimes que emanen del cielo, para llegar á ser puesto en ejecucion.

Paris 26 Agosto de 1824.

En la sesion de la cámara de los Pares del 13 de marzo de 1823, dije contestando á un orador.

»Un noble Baron ha presentado como resultado de »la expedicion de España, la Francia invadida y to»das sus libertades arruinadas. Una cosa por lo menos »puede servirme de consuelo por lo tocante á la inva»sion de la Francia y á la ruina de sus libertades, y »es que no sucederá semejante desgracia en tanto que »yo y mis colegas seremos ministros. El noble Baron, »que á su capacidad intelectual reune la generosidad »de sentimientos me perdonará esta proposicion, ins»pirada por la conciencia de mi patriotismo.»

Estas palabras y el establecimiento de la censura explican bastante las razones por qué dejé de ser ministro y las causas del tratamiento que he sufrido por por parte de mis colegas. Yo los habia asociado á mi modo de pensar y ellos han renegado del en la actualidad. Necesario ha sido, pues, que se separaran de mí, cuando meditaron suspender la mas importante de nuestras libertades.

Empero dejemos á un lado asuntos que á mí solo me pertenecen: hablemos de la nacion.

No repetiré lo que he dicho cien veces en la tribuna, ni lo que he estampado cien veces en mis escritos: sin libertad de imprenta no puede darse gobierno representativo.

Con la censura de los periódicos, la monarquía constitucional se hace mucho mas débil ó mucho mas violenta que la monarquía absoluta: es una máquina sin fuerzas, ó una máquina desarreglada que se para por la confusion de sus ruedas, ó se rompe por la confusion de su movimiento. Nada diré del tráfico de mentiras que en los periódicos sin libertad se establece en provecho de algunos hombres, ni de los diversos géneros de torpezas, que son inevitable consecuencia de la censura.

¿Para qué habria yo de decir nada de eso? Cuando se trata de principios, todo lo demás son puras nimiedades. Desde luego se conoce que han gastado inútilmente sumas considerables para hacerse dueños de la opinion de los periódicos: natural es que la violencia consume lo que el soberano principia. Confunden la terquedad con el carácter, y la irritacion del amor propio con la grandeza de alma, sin tener presente que el hombre mas débil puede en un acceso de delirio pegar fuego á su misma casa: ¿será ese arrebato de demencia una prueba de fuerza?

El artículo 4 de la ley de 17 de marzo de 1822 está concebido en estos términos:

»Si en el intervalo de las legislaturas ocurriesen »*graves* circunstancias que hicieran momentánea»mente insuficientes las medidas de garantía y de re»presion establecidas, podrán ser puestas en vigor en »virtud de una real órden deliberada en el consejo y »firmada por tres ministros las leyes de 31 de marzo »de 1820 y 26 de julio de 1821.»

Pregunto si el caso previsto por la ley ha sucedido: ¿Qué ejércitos extranjeros están para entrar en el reino? ¿Qué complot ha estallado en el interior? ¿Ha decaido la fortuna pública? ¿Ha desencadenado el cielo alguna de sus calamidades sobre la Francia? ¿El trono se vé amenazado? ¿Ha caido alguno de nuestros amados príncipes bajo el puñal de un nuevo Louvel? No! ¡Afortunadamente, no! ¿Qué es, pues, lo que ha sucedido?—Que el ministerio ha cometido faltas; que ha perdido la mayoría en la cámara de los Pares; que ha tenido que verse puesto en escena ante los tribunales, por haber tomado parte en vergonzosas negociaciones, cuyo objeto era comprar opiniones; que ha malogrado la mayor parte de los resultados producidos por la expedicion de España; que se ha separado de los realistas; en una palabra: que ha manifestado poca capacidad, y que asi se lo han dicho. Hé aquí las *circunstancias graves* que han obligado al ministerio á arrebatarnos la libertad fundamental de las instituciones que debemos á la sabiduría del rey! Si las circunstancias fueran realmente graves, nadie sino él las habria provocado; luego en su propio daño habria establecido la censura.

La expedicion de España principió y se llevó á cabo existiendo la libertad de imprenta: una noticia falsa podia comprometer la existencia del señor duque de Angulema, y la seguridad de su ejército: podia ocasionar una baja de los fondos públicos; promover agitaciones en algunos departamentos, y obligar á las potencias de Europa á ponerse en movimiento: esas circunstancias no eran bastante *graves* para la supresion de libertad de la prensa periódica. Empero se han atrevido á decir la verdad á los ministros: el francés naturalmente inclinado á la burla se toma alguna vez la libertad de reirse de sus ministros.... Pronto, establézcase la censura, pronto... La patria peligra..... ¡Qué compasion!

Para coronar la obra no faltaba mas que la razon que alegan para el restablecimiento de la censura. Habrian podido recurrir á las acostubradas frases de excesos, de peligros, afectando confundirla con el desenfreno; habrian podido decir que las actuales leyes de represion no son suficientes, aunque en realidad son estremadamente rigurosas, y aunque han obligado á todos los periódicos á contenerse en justos límites. Nada de eso han hecho: no se han quejado de los *periódicos*; se quejan de los *tribunales*! Es necesaria la censura porque unos magistrados verdaderamente dignos de serlo han defendido la libertad de imprenta; porque han dictado una providencia con arreglo á la probidad de su alma y á la independencia de su carácter, porque han admitido para los periódicos una existencia de *derecho* independiente de su existencia de *hecho*. Y el recurso de *derecho* parece poco aceptable en tiempo de la monarquía legítima, despues del *hecho* de la revolucion y el *hecho* de los Cien-Dias! ¡Un ministro de justicia se expone á criticar con su firma la sentencia de un tribunal! ¡Se pronuncia indirectamente contra una *cosa juzgada*! ¡Qué ejemplo para los pueblos! Tres ministros se atreven, por decirlo asi, á poner en acusacion ante la opinion pública á los dos primeros tribunales del reino, al tribunal de *casacion*, al tribunal real, y ademas al juzgado de primera instancia; pues esos tres tribunales han fallado de consuno en la misma causa. Asi se ataca á toda la magistratura en masa, desde la cúspide á la base:

¿Asistieron todos los ministros al consejo en que se tomó tan peligrosa resolucion? Si es cierto como dicen que uno de ellos se hallaba ausente, mucho debe pesarle de haberse privado del honor de retirarse del consejo.

¡Direis que los tribunales se han engañado! ¿Quién se atreverá á asegurarlo? ¿Sois por ventura mas sabios, mas ilustrados que ellos? ¿Hubo siquiera empate de votos en los magistrados de esos tribunales? No lo sé. Sin embargo, aseguran que el tribunal de *casacion*, cuya sabiduría es bien notoria falló por unanimidad en el asunto del periódico titulado *El Aristarco*.

Mas la resurreccion de este periódico ha hecho renacer otros muchos. ¿Y por qué no, si realmente tienen el derecho de volver á ser publicados? ¿Por qué razon la ley, por qué razon la justicia no han de ser iguales para todos? Mas lo que se dice respecto de esos otros periódicos, no es cierto: no hay ninguno que esté precisamente en el mismo caso que *El Aristarco*.

¿No existe por otra parte una ley temible que por sí sola ha bastado para contener los desmanes de la prensa? ¿Los tribunales, cuyos fallos actuales se critican, no han pronunciado muchas veces sentencias de condenacion contra los periodistas? Si se sumara el importe total de las multas, y el de los dias, los meses y los años de prision impuestos á los periodistas, seguro es que el que con mas severidad los trata podria quedar satisfecho. El rigor que los magistrados desplegaron en sus primeras sentencias prueba que la dulzura de sus últimos fallos es obra de la mas imparcial justicia.

¿Podian los magistrados juzgar sin deshonrarse el asunto de la *Cuotidiana* de un modo distinto del que lo hicieron? ¿Por qué el ministerio no se opuso á que esa causa, en la cual no podia menos de figurar, fuera presentada ante los tribunales? ¡Increible falta de prevision! Pues no debieron suponer que nadie se hiciera ilusiones tratándose de hechos vergonzosos, ó de la conciencia de los jueces.

Dicen que la marcha que ahora siguen los tribunales suministra un medio de eludir la suspension ó supresion de los periódicos. De ese modo dan á entender los que eso afirman que no es la *represion* de los delitos lo que el ministerio andaba buscando, sino la *suspension*, *ó supresion* de los periódicos, es decir, la supresion de libertad de la prensa periódica. Se os ha escapado el secreto. Eso es todo lo que deseais en la ley: asi es como comprendeis el gobierno constitucional. No nos era desconocido vuestro modo de pensar: ya habiamos leido vuestro folleto.

Pero oidme: la justicia es el pan del pueblo: el pueblo particularmente en Francia tiene hambre de ese alimento. Hacia ya tiempo que las corporaciones políticas habian desaparecido, siendo reemplazadas por los cuerpos judiciales, contemporáneos, ó casi antecesores suyos. Los tribunales supremos franceses se relacionaban por los vínculos de la civilizacion, por las necesidades de la sociedad, por la tradicion de la sabiduría de las edades, y por el estudio de los codigos de la antigüedad; se relacionaban, digo, con la cuna del mundo. La nacion vivamente impresionada por las virtudes de los magistrados se habia acostumbrado á amarlos como al órden, y á respetarlos, como á la ley viva. Los Harlay, los Lamoignon, los Molé y los Seguier, dominan aun en nuestros recuerdos: siempre seguimos considerándolos como protectores del trono, tan incorruptibles como la religion, tan severos como la libertad, y tan probos como el honor, cuyo apoyo, defensores y órganos habian sido.

¡Y á los sucesores de esos inmortales magistrados, es á lo que los hombres del momento se atreven atacar! ¿Unos hombres que dependen de todos los azares de la fortuna, unos hombres que no siendo sostenidos por el favor del trono volverian á desaparecer en el polvo de su orígen; esos hombres se atreven á reprender á unos jueces inamovibles que recorren honrosamente una carrera cerrada á toda ambicion y consagrada á los trabajos mas penosos?

Os dais por ofendidos cuando las Cámaras no aprueban vuestras leyes: os irritais cuando los tribunales sentencian con arreglo á sus luces. ¿Luego no quereis que en el Estado haya nada mas que vuestra voluntad, solo vosotros y vuestras personalidades?

Mas si consiguiérais disminuir la confianza que el pueblo debe tener en sus jueces; si declararais, como realmente lo habeis hecho que la jurisprudencia de los tribunales es peligrosa bajo un punto de vista: ¿no resultará la posibilidad de serlo en todos los demás casos? Decidnos: ¿qué seria de una sociedad en la que vosotros autoridad, vosotros poder ministerial hubieseis llegado á inculcar semejantes sospechas? Esos tribunales están continuamente fallando asuntos de que dependen la fortuna y la vida de los ciudadanos, ¿luego vosotros me autorizais á creer que continuamente se está arrebatando, ó puede ser arrebatada injustamente una fortuna, y que tal vez la misma inocencia ha tenido que subir al cadalso?

Imprudentes, no calculais el desórden á que dais lugar con semejantes actos. ¡Cuál será vuestra audacia para condenar de una plumada á toda la magistratura, y para substituir vuestra ministerial ignorancia á la ciencia de los magistrados que han recibido del autor de toda justicia la balanza para pesar, y la espada para castigar!

¿Cuál es el motivo de tanta animosidad contra *El Aristarco*? ¿Será acaso por ser propiedad de tres diputados de la oposicion? El ministerio no deberia envidiar esa propiedad: el ministerio tiene mayores riquezas de que disponer. ¿No se compone su tesoro de todos esos periódicos comprados en el mercado á un precio mas ó menos subido segun la alza ó la baja del interés de las conciencias?

Pero ¿será lícito á los ministros no haber por lo menos estudiado las leyes, cuya ejecucion está á su cargo? Si se hubieran ocupado algo mas de las que deben reprimir los delitos de la imprenta, habrian visto que la censura no entraba en ellas eventualmente mas que por algun caso tan raro, por algun caso tan grave, que en el curso normal de los hechos el ejercicio de esa censura hubiera imposibilitado la práctica de algunos artículos de esas mismas leyes. ¡Tan lejos estaba de la mente del legislador el introducir esa censura en el órden comun, ni en el derecho de costumbre!

Segun el artículo 2 de la ley de 25 de marzo de 1822, tengo derecho de contestar á todo lo que se me puede decir en un periódico; pero si el censor ha permitido el ataque y no me permite la defensa; si en mi contestacion encuentra algo que merezca ser anotado con su signo de proscripcion, con su tinta encarnada, quedará un artículo de la ley sin haber sido puesto en práctica. ¿Qué recurso me queda? ¿Acudiré al editor responsable? Este se escusará con el censor, y el censor con el gobierno. Un ministro no puede ser encausado sino por un decreto del consejo de Estado. ¿Qué resultará de todo esto? Que un ciudadano se verá calumniado sin poderse defender, que la ley ha sido infringida y que no puedo recurrir á los tribunales, por encontrarse estos paralizados por el ejercicio de un poder extra-legal en materias judiciales.

El hecho de la censura es por sí mismo destructor de todo gobierno constitucional. Pero además del *fondo*, hay la *forma*, y para personas de educacion la forma tiene tambien algun valor, aunque es ya sabido que no hacemos de ella el mayor caso.

Como estaban de prisa no tuvieron tiempo de nombrar una comision, y como con gran peligro de la monarquía podia escaparse alguna verdad, fue preciso remitir á la policía todos los periódicos cogidos en flagrante delito de libertad.

¡Júzguese qué calamidad si se les hubiera dejado escribir ni una sola palabra contra la providencia de la censura! Fueron, pues, misteriosamente censurados en las oficinas de la policía. Una mano invisible, un Caton de nuevo género, un ayuda de cámara acaso, mutiló por la noche el pensamiento del amo á quien habia servido por la mañana, y todo esto se hizo en beneficio de la seguridad ministerial. Nunca llegará á saberse como se organizó tan perentoriamente aquel *santo-tribunal de espias*, á cuyo cargo corria la ortodoja pureza de las doctrinas constitucionales.

¿Obrando de este modo, procederán en los límites legales?

El artículo 1.° del código civil dice: «Las leyes se»rán ejecutadas en todos los puntos del reino, desde »el momento en que se tenga noticia de su promul»gacion.»

«Se reputará como conocida la promulgacion de la »ley hecha por el monarca en los sitios de su real

»residencia un dia despues de la promulgacion.»

Los periódicos recibieron la órden de someterse á la censura solo doce horas despues de la publicacion de la providencia en el *Moniteur*.

¿Podrá decirse que era legalmente conocido el censor que firmó las primeras censuras? ¿Fue comunicado á los periodistas su nombramiento?

Todo eso seria muy disputable ante los tribunales; y á nadie es lícito, particularmente siendo ministro y habiendo pertenecido á los cuerpos judiciales, mostrarse tan déspota, ni tan ignorante.

En la actualidad, en obsequio de las luces y de las letras, se ha mandado formar una comision, bajo la presidencia del superintendente de policía, y hasta se ha dicho que personas elegidas del seno de las dos cámaras legislativas compondrian el consejo de censura. En tal caso compadeceríamos á esos honorables miembros que del alto puesto de representantes de la nacion descendian á carceleros de las libertades públicas.

Desde la restauracion no puede decirse que la censura haya salvado á nadie: todos los antiguos ministros que intentaron restablecerla, perecieron, y sin embargo, aquellos tenian una especie de pretexto, pues estaba aun inmediato el acontecimiento de los Cien-dias, y habian ocurrido desavenencias y conspiraciones en el Estado: estaba aun reciente el asesinato del duque de Berry.

Ademas aquellos ministros tenian una cierta fuerza; pertenecian á un partido y no estaban en lucha con toda la sociedad, ni se habian levantado contra la autoridad de los tribunales: tampoco era tan conocida la índole del gobierno representativo, y por lo tanto podian separarse de ella mas fácilmente.

El ministerio actual no puede escudarse ni en una reciente catástrofe, ni en la ignorancia de los principios de la Carta, puesta hoy al alcance de todo el mundo. Carece de fuerza moral porque ha juzgado conveniente aislarse de todas las opiniones. Ha renegado de sus propias doctrinas: ahora que establece la censura ¿podria sin avergonzarse volver á leer los discursos que contra esa misma censura pronunció en la tribuna? Salió de las filas de los realistas, y no es realista. No ha dispensado mas consideraciones al antiguo pundonor que á la moderna libertad, y habiéndose colocado entre la antigua y la nueva Francia, puede decirse que ha formado otra tercera nacion del mismo nombre con los desertores de las otras dos, otra tercera Francia, cuya existencia correrá parejas con la de su fundador.

Para prolongar su vida se verá el ministerio en la precision de elevar sus sistemas al último grado. Es una verdad trivial que el error va en pos del error, y otra verdad no tan sabida es que el ministerio padece un error por lo tocante á sus dos calidades de fuerza, confundiendo la física con la moral; siendo asi que en la sociedad la primera no puede hacer mas que destruir, y la segunda edificar.

Nótese el encadenamiento de los sucesos:

Tratan de sobornar la prensa y no lo consiguen del todo. ¿Desisten de su intento, que habia sido lo mejor que podian hacer? Nada de eso: acuden á los tribunales. ¿A qué? A ser condenados.

Presentan una ley sobre la fortuna pública; se la desechan. ¿Se contienen, que es el partido mas discreto que podrian haber tomado? Todo hubiera podido remediarse con la moderacion. ¡Contenerse! Nada de eso. Déjanse llevar de la irritacion de la vanidad: buscan víctimas y descargan golpes á ciegas, sin cuidarse de los resultados, sin prever el efecto que la violencia podia ejercer en la opinion.

Esta se pronuncia. ¿Aun no se contienen? Nada de eso: echan mano de nuevas violencias: venga la censura.

Si el ministro encuentra, como es de creer, todavía nuevos medios de resistencia, tendrá que declararse abiertamente la persecucion. Despues de haber destituido á sus adversarios, y colmado de favores á sus parciales, aun no habrá hecho nada; entonces le será preciso buscar un medio de impedir la publicacion de los periódicos. Y tendrá que modificar la jurisprudencia de los tribunales, de que tanto se queja; de esos tribunales mas poderosos en la actualidad en razon de la injuria que se les ha hecho, y mas populares que nunca por haber defendido tan paladinamente la pública libertad.

¿De qué recurso se valdrá el ministerio contra esos tribunales, en el caso de que estos prosigan como indudablemente proseguirán, sosteniendo sus doctrinas independientes? Estos tribunales están establecidos por las leyes: no es de presumir que nadie piense en infringir esas leyes, ni es ya tiempo de proceder judicialmente por medio de comisiones.

Y respecto de las Cámaras ¿qué partido tomará el ministerio? ¿Cómo se presentará á decirles que ha restablecido la censura sin poder alegar otra razon de haberlo hecho que la que con tan inconcebible candidez nos ha manifestado? ¿Se atreverá á decir: «Hemos »suprimido la libertad de la prensa periódica porque »los magistrados han sentenciado, como debian sen»tenciar?»

Nombrarán nuevos pares: enhorabuena, ¿pero estos se someterán á los caprichos del ministerio? ¿Esta principal magistratura no profesa la misma independencia que la otra? ¿Vendrán estos pares á ocupar sus asientos en la cámara únicamente para aprobar la censura ó votar por la ley de rentas? No os diré que esas repetidas creaciones de pares en sentido de intereses personales llegarán á desvirtuar, andando el tiempo, la dignidad de la institucion; solo os advierto que penseis en vosotros mismos que indispensablemente os venís al suelo precipitados por tan funestas providencias.

¿Qué harán por último los ministros con la cámara de los Diputados? A esta excelente cámara no le falta nada mas que algo de experiencia; puede llegar á ser formidable para los ministros ¿pedirán su disolucion? Ya veis á donde os conduciria esa medida; lo veis y os llenais de pavor, porque no puedo menos de suponer que sois capaces de conocerlo y que aun conservais algun amor á vuestra patria.

La censura considerada en sus relaciones con el estado de la sociedad y sus instituciones á nadie puede ser conveniente. Todo lo mas que puede hacer es divertir en la antesala á ociososo dependientes que no se dignen trasmitirnos en los periódicos las órdenes de sus amos. Ellos solos gozarán de libertad, porque su servidumbre no puede inspirar recelos al ministerio. Un periódico de la tarde disfruta el privilegio de poder salir por el correo el mismo dia que se publica, lo cual no lo consiguen los de la mañana. Si se quiere tomar algunas noticias de un periódico, no se pueden estampar en otro sin remitirlas á la censura, aunque es preciso suponer que el censor ha pasado ya la vista por ella. Pero no todos han de merecer iguales favores: lo que es legal en la *Estrella* no lo es en los *Debates* ó en la *Cuotidiana*, ni en el *Constitucional* ni en el *Correo*. Puede explicarse el descaro de estas pequeñas tiranías; nada tiene de ofensivo el poder cuando va dirigido por el talento, del cual es, por decirlo así, condicion natural; mas cuando la medianía consigue llegar á los primeros puestos, hace alarde de desplegar un poder que tiene toda la petulancia de un recien encumbrado.

La libertad que pretenden comprimir, se escapará de las débiles manos que intentan retenerla: ya casi se les va escapando. He aquí que vuelve á reproducirse el sistema de dejar *blancos* (1) ó huecos en los

(1) Me he informado de los artículos suprimidos en el *Diario de los Debates* del martes 17 de agosto y son:

periódicos: ya vereis como será preciso tomar severas providencias contra los *blancos*. ¡Curioso seria dar que hacer á los tribunales por el delito de las páginas blancas!

Tampoco darán buen resultado las vejaciones que cometen con las diligencias y los correos: cuando la opinion ha tomado un partido nada es capaz de contenerla. La capital y las provincias van á verse amenazadas de folletos. Hasta el mismo silencio va á ser un ataque y el ministerio será acusado por lo que dejen de decirle. ¡Gran Dios! ¿Nos hallabamos en ese estado al abrirse la legislatura?

Cuando Bonaparte podia mandar pasar por las armas á un escritor en el término de veinte y cuatro horas se concibe que hubiera *represion*. El terror tambien era represivo, pero el ministerio ¿á quién puede inspirar temores?

Los que tan arrogantemente desafian la opinion, ¿por qué huyen de ella? ¿Para qué es la censura sino para acallar el miedo á esa opinion que aparentan despreciar?

No sé si seré el único que vea las cosas bajo este punto de vista; pero á mí me parece que para nada de lo que estoy viendo se podria encontrar una razonable explicacion, y que todo es obra de una especie de frenesí. Concibo que se pongan en accion las cosas mas extrañas cuando se trata de conseguir un objeto y se ve que los resultados redundan en provecho del que las maneja; pero no puedo acabar de entender cómo hay hombres que desean salvarse y que para conseguirlo emplean medios que acaban de arruinarlos. ¿A qué os conducen, les preguntaria yo, esas inútiles violencias que de algunos meses á esta parte estamos presenciando, esa agitacion en medio del reposo, y esa sed de dictadura ministerial, cuando nadie os disputa el poder? ¿Para qué os puede servir el sobornar algunos periódicos, y luego encadenarlos, cuando la victoria de un heredero del trono y de la prosperidad de la nacion acaban de destruir todas las oposiciones revolucionarias? Lo que el rey habia anunciado al abrir la legislatura de 1823 la Providencia lo habia permitido y el ejército lo habia llevado á cabo. ¿Quién no sentia que el patrio suelo se iba consolidando bajo sus plantas? ¿Quién no gozaba al ver á la nacion tomar su puesto entre las potencias de primer órden de Europa?

Un poder misterioso nos ha súbitamente arrebatado nuestras mas dulces esperanzas. De repente hemos retrocedido ocho años volviéndonos á colocar en el primer período de la restauracion: nuevamente volvemos á armarnos contra nuestras libertades públicas; y nuevamente recurrimos á la censura, agrabando nuestra conducta con un acto sin igual respecto de los tribunales. Copiamos los hechos que antes habiamos reprobado: mandamos á las provincias circulares para las elecciones, creamos pares para contrarrestar la mayoría, y rechazamos del poder á los realistas sin dejarnos por eso de llamar realistas. Todo iba refluyendo hácia el poder ministerial, pero ahora todo se retira de ese centro de accion: ya tiene que permanecer aislado en continua lucha con sus enemigos y únicamente tolerado por la opinion que él sustenta, por los periódicos que paga y por los aduladores que desprecia.

Para poderse dar razon de hechos tan increibles está uno á veces predispuesto á creer lo que suelen decir algunos pesimistas, esto es, que existen sociedades misteriosas que trabajan sin tregua por la destruccion del órden social. ¿Y qué es lo que podrian establecer en lugar de ese órden? ¿La arbitrariedad ministerial y el yugo de alguno de sus dependientes? ¿Y para lograr ese resultado se empeñarian en contrariar el movimiento de la sociedad y del siglo?

No, eso no seria posible; pero no dando crédito á semejantes temores, quedan siempre amenazándonos otros de que á la vez somos testigos y víctimas. Exagerando, cometiendo violencias, abusando de todo, debilitando anticipadamente el vigor de las instituciones y comprometiendo las cosas mas sagradas, se destruye para el porvenir toda clase de gobierno, se inspira tedio á los caracteres y cansancio á los hombres mas honrados, y entre un despotismo imposible y una libertad impracticable se hace dominar aquella indiferencia política que da muerte á la sociedad, asi como la indiferencia religiosa da muerte al hombre.

¿Quién produce tanto mal? ¿Qué genio funesto y poderoso esclaviza los destinos de la patria? No, no es un genio: nada hay mas miserable que lo que nos está sucediendo; es el triunfo de una cosa indefinible, es la victoria de todas las nulidades reunidas. Dos hombres se aferran al poder, y para permanecer dos dias mas en su puesto juegan el porvenir de la nacion contra la rapidez del momento: eso es todo.

Conviene salir prontamente del mal paso en que nos hemos metido, no siendo que deseemos rodar hasta el abismo. Cada cual es dueño de su persona y puede perderse si asi se lo aconseja su inclinacion depravada; pero nadie es dueño de comprometer á su país: el ministerio con sus funestos sistemas conmueve las bases del gobierno representativo: sus intenciones poco nos importan; sus intenciones no responderán de sus actos.

El remedio es fácil si se atiende oportunamente á la enfermedad, pero si se descuida, llegará á ser incurable. No me es posible desenvolver todo mi pensamiento en los pequeños límites de este opúsculo, fruto de algunas horas, y que me doy prisa á publicar por el interés de las circunstancias. Sensible me es, que hallándome ya avanzado en mi mortal carrera tenga que volver á emprender una lucha que ha consumido mi vida; pero como par de Francia y como investido de una magistratura, no puedo ver perecer la libertad pública, no puedo ver que se ataca á los tribunales sin elevar mi voz y salir en defensa de las instituciones amenazadas. Consolídese profundamente el trono de nuestro sabio monarca! ¡Sea la nacion libre y dichosa! ¡Y por lo tocante á mi porvenir, sea lo que Dios quiera!

1.° Un segundo artículo de la revista de la última sesion de la cámara de los Diputados.

2.° El anuncio del presente folleto.

3.° Algunos renglones en que se hablaba de la sensibilidad del señor duque de Orleans al distribuir los premios de segundo órden obtenidos por el señor duque de Chartres; estas son las primeras hazañas de la censura.

DE LA ABOLICION DE LA CENSURA.

Habiame propuesto publicar algunos otros escritos que habrian sido como una continuacion de mi folleto contra la censura, folleto que la misma censura me permitió anunciar en los periódicos. ¡Cuanto me alegro de ver que las armas se han roto en mi propia mano, y de poder trocar mis representaciones importunas á los ministros en cánticos de alabanza al monarca!

Nos era lícito esperarlo todo del principio de la antigua monarquía, de ese honor que se sienta en el trono juntamente con Carlos X: no fue vana nuestra esperanza. La censura queda abolida: el honor vuelve á darnos la libertad.

¡Recompense el cielo á nuestro excelente monarca por la dicha que nos hace gozar! ¡Tributemos tambien homenaje de gratitud al Delfin, cuya poderosa influencia y generosos sentimientos no podemos menos de reconocer: bien merece que se le dé siempre el dictado de príncipe libertador!

La Constitucion es lo que nos hacia falta : la Constitucion es lo mejor que en el momento de la restuaracion podiamos haber adquirido. Una vez aceptada, es preciso persuadirse que es impracticable con la censura : aun diré mas, la censura produciria tarde ó temprano una revolucion. La razon es esta.

El gobierno representativo sin la libertad de imprenta es el peor de todos, casi convendria mas el divan de Constantinopla. Torpe parodia de todo lo mas sagrado que hay entre los hombres, ese gobierno no es en tal caso mas que un gobierno traidor que convida con la libertad para perderos y que convierte esa misma libertad en un terrible medio de opresion.

Supóngase, (y no es un hecho imposible) que un ministerio consigue sobornar las cámaras legislativas: esas dos enormes máquinas lo arrollarán todo en su movimiento, y bajo el desordenado movimiento de sus ruedas irán á perecer vuestra fortuna y vuestros hijos. Y no se crea que para ejercer ese funesto dominio sobre las cámaras sea preciso un ministerio de talento; no, no es preciso mas que el silencio de la prensa, y la corrupcion que ese silencio trae consigo.

En la antigua monarquía absoluta las corporaciones priviligiadas y la alta magistratura contenian y podian derribar á un ministerio perjudicial. ¿Qué recursos hay en la monarquía representativa para obrar de ese modo? Si la prensa calla ¿quién podrá hacer justicia de un ministerio apoyado en la mayoría de ambas cámaras? Ese ministerio oprimirá igualmente al trono, á los tribunales y á la nacion : con el régimen de la censura tiene en su mano dos medios para causar vuestra perdicion; puede, segun la inclinacion de su sistema arrastraros á la democracia ó al despotismo.

No existe semejante peligro con la libertad de imprenta : esa libertad produce al exterior una opinion nacional que restituye prontamente el equilibrio á todas las cosas. Si esta libertad hubiera existido en las primeras asambleas, Luis XVI no habria perecido; pero en aquella época solo los escritores revolucionarios tenian licencia de hablar; los realistas enmudecian en el cadalso. Es verdad que en un folleto que sirvió de contestacion á uno de mis opúsculos he leido que Selim, Mustafá, y Timoo-Saëb fueron víctimas de la libertad de imprenta; á eso no sé qué responder.

La libertad de imprenta es pues el único contrapeso de los inconvenientes del gobierno representativo que como todos los demás tiene tambien sus defectos propios. Téngase entendido que por libertad de imprenta no entendemos en este pasaje, mas que la libertad de la prensa periódica, supuesto que no puede dudarse que cuando los periódicos se hallan encadenados, la prensa carece de aquella influencia de todos los momentos que le es necesaria para ilustrar; nunca ha dañado esa prensa á la probidad, ni al talento : nunca ha sido temible mas que á las medianías y á las conciencias injustas; pero no es fácil comprender por qué razon se ha de tener consideraciones con estos últimos, ni de donde pretenden sacar su derecho exclusivo para gobernar el Estado.

La libertad de la prensa es tanto mas necesaria en una nacion que como la Francia acaba de entrar en la carrera constitucional, que no tiene aun existencias sociales bien pronunciadas; donde abundan los que desean hacer fortuna á toda costa, y donde para la subida al ministerio hay que contar algo con la casualidad. Preciso es por lo tanto no perder de vista por el bien de la corona, á esos hombres desconocidos que podrian elevarse al poder á beneficio de un movimiento que aun no está regularizado.

Dícese que la censura es favorable á los escritores, y que descargándoles de responsabilidad les pone á cubierto de una severa ley. ¿Es el interés particular de los escritores lo que en el órden político debe considerarse con relacion á la libertad de imprenta? Esa libertad debe ser considerada bajo el punto de vista del interés general, porque con ella, como no nos cansaremos de repetirlo; le aseguran todas las demás libertades en los gobiernos constitucionales. Tened entendido que cuando hablais de obras y de autores, confundis la literatura y la política, la censura y la crítica, y que no entendeis ni una sola palabra del asunto de que hablais.

No faltaba quien indignándose de la manera brutal con que se ejercia la censura, no por eso dejaba de de admitir su principio, pero reduciéndolo á una opresion suave y moderada. De estos tales puede decirse que habian puesto la libertad de imprenta en la argolla; pero que no querian ahogarla sino con un cordon de seda.

Otros no encontrando motivos plausibles para la censura por mas que se ingeniaban en buscarlo suponian que como en la próxima legislatura habia que examinar el mejor medio de cicatrizar las últimas heridas del Estado, era necesaria la censura para impedir que el alarido de las pasiones se mezclara con la grave discusion de la tribuna.

Pero yo preguntaria, á los que esa opinion sustentaban, de qué manera se podrian agitar aquellas cuestiones careciendo de libertad la prensa. ¿Habrá que ocultarse para obrar con justicia? ¿No llegariais á excitar sospechas, no serian hasta calumniadas vuestras intenciones, si el público viera que os andabais recatando, y que solo á puerta cerrada os aventurabais á hablar de intereses que afectan á toda la nacion? Abrid, por el contrario todas las puertas: invitad al público á que, como un gran jurado, asista á tomar conocimiento del asunto : ya vereis como nosotros, que hablamos francamente de la libertad, sin que esa palabra nos queme los labios, no nos avergonzaremos de abogar por la causa de la lealtad desgraciada. ¿Desde cuando la religion y la justicia habrán dejado de ser las dos bases de la verdadera libertad? Procedamos con franqueza por lo tocante á los principios de la ley fundamental, y sin atribuírsenos pensamientos retrógrados podremos reclamar todo lo que el órden moral y religioso exigen imperiosamente de una sociedad que desea consolidarse.

El último ensayo que acaba de hacerse ha demostrado afortunadamente que ya no es posible establecer en Francia la censura; se ha progresado ya de tal modo en las vías constitucionales que hasta los mismos censores apenas se atreven á decir su nombre al público. Desde un extremo al otro de la nacion todas las opiniones reclaman simultáneamente la libertad de imprenta, por la razon de haber gozado pacíficamente de ella durante dos años, y por haberse demostrado con arreglo á la experiencia hecha en el período que ha durado la espedicion de España, que lejos de perjudicar á nada es favorable á todo. Esa libertad era ya un derecho adquirido cuyo valor no acabó de comprenderse hasta el malhadado momento en que se perdió.

Para lo sucesivo ya están aseguradas nuestras instituciones: vamos á marchar sin vacilaciones por caminos conocidos. Diez años han traido consigo grandes mudanzas: se han apagado rencores, se han extinguido preocupaciones, han desaparecido los mas acérrimos defensores de los antiguos sistemas y la nueva generacion se ha ido educando con las modernas instituciones. Cada cual ocupa ya su puesto, y en vez de volver los ojos hácia las dolorosas sombras de lo pasado, todas las miradas se fijan en la risueña inmensidad del porvenir.

Sobre todo la abolicion de la censura en estos momentos es una ventaja que esencialmente debemos indicar. Ya nos es lícito alabar sin restriccion de ningun género á nuestros príncipes; ya podemos manifestar nuestro pensamiento sin que nadie pueda creer que lo hacemos por obedecer á una insinuacion de la policía. Conviene que la Europa comprenda que no hay exageracion en los sentimientos de que la nacion hace

alarde; que las opiniones son unánimes y que hasta las oposiciones se dan la mano al pié del trono para sostenerlo y colmarlo de bendiciones. Podria decirse que desde la tumba está aun Luis XVIII derramando sobre la Francia su benéfica influencia. Supo ese gran monarca dar fin á la revolucion otorgando la Carta: aseguró en su mano las riendas del poder por medio de la expedicion de España, y en médio del justo desconsuelo que causó su muerte, consolidó la restauracion, estableciendo la época de un reinado entre los tiempos del usurpador y el advenimiento de Carlos X.

Un siglo puede decirse que ha avanzado esta restauracion en el breve término de un mes; la monarquía ha dado un paso de gigante. ¡Qué triunfo tan completo de la legitimidad y de todo lo mejor que hay en ese sistema! Muere el primer rey legítimo que ha ocupado el trono despues de una revolucion de 30 años; este rey gobernaba sabiamente; pero los que no comprendian la fuerza de su ligitimidad, las pasiones mal reprimidas, las vanidades frustradas, las ambiciones secretas, los intereses y las rivalidades políticas murmuraban misteriosamente y decian: «Podrá durar »esta situacion de cosas, mientras viva Luis XVIII; pe»ro ya vereis al cambiar de reinado!»

¡Pues bien! *¡Ya hemos visto!* Ya hemos visto que el hermano ha heredado al hermano, asi como un hijo entra pacíficamente en posesion de la herencia de un padre. Apenas se ha echado de ver que ha ocurrido un cambio de soberano. Uno de los mayores acontecimientos en las actuales circunstancias se ha verificado con la mayor sencillez. Como sucede generalmente en el órden de herencias, se han levantado los sellos... no es nada : ¡no es mas sino que la corona de Francia ha pasado de unas sienes á otras! No es mas sino que Carlos X empuña el cetro de San Luis en el hogar de Luis XVIII!

¿Se oye hablar de alguna reclamacion? ¿Dónde están los pretendientes de la república y del imperio? ¿Hay en el mundo algun poder que se atreva á disputar el trono al nuevo rey? ¿Ha habido necesidad de reyes de armas, de estrépito de tambores y trompetas, de paradas y farsas, ni de una imponente ostentacion de fuerza armada para ocultar á los ojos de la turba admirada la parte que pudiera hacer dudosa en el derecho de un usurpador? Nada de eso. EL REY HA MUERTO: ¡VIVA EL REY! Eso es todo lo que el público ha oido y cada cual ha seguido dedicándose á sus asuntos con la mente tranquila, el corazon contento, y sin temores para el porvenir, sin tener que preguntar: «¿Qué sucederá mañana?» El poder protector, la potencia política sigue inalterable; la sociedad marcha tranquila, y la sucesion legítima de la familia reinante asegura á cada familia en particular su legítima sucesion.

¿En qué han parado todas aquellas alusiones, por lo menos temerarias, que se hacian por lo tocante á un príncipe extranjero? ¿Cómo podria encontrarse la menor analogía entre las cosas, los tiempos y los soberanos? Aquellos arranques de mal humor que se tomaban por intuiciones de la verdad, y por enseñanza histórica, se desvanecen ante los hechos y las virtudes; nunca fueron estas mas evidentes, ni los hechos mas decisivos.

Si la monarquía triunfa, no es menos evidente el triunfo del monarca, Carlos X se ha elevado al nivel de su fortuna; ha demostrado que conocia las costumbres de su siglo, y que aceptaba la monarquía en el estado que las revoluciones y el tiempo la han dejado. Dijo á los magistrados que prosiguieran siendo justos y fallando con imparcialidad: dijo á los pares y á los diputados que sabria sostener como rey la Constitucion que habia jurado como vasallo y ha cumplido su palabra y nos ha devuelto la mas preciosa de nuestras libertades: dijo á los franceses de la comunion protestante, que su benevolencia se extenderia sin distincion sobre todos sus vasallos: dijo á los ministros del culto católico que protegeria con todo su poder la religion del Estado, la religion, fundamento de toda humana sociedad, y recomendó esta misma religion como elemento de la enseñanza pública. Todas estas palabras, que son verdaderos actos políticos, le han granjeado la voluntad de la nacion; de manera que bien puede Carlos X lisonjearse actualmente de ser tan poderoso como Luis XIV y de ser obedecido con tanto celo y prontitud como el soberano mas absoluto de Europa.

Para formarse una idea del aprecio en que se tiene á la monarquía, es preciso haber visto al monarca al trasladarse al templo de Nuestra Señora: todo un gran pueblo, á pesar de la inclemencia de la estacion saludaba con arrebatos de entusiasmo *al rey á caballo*, que adelantándose al encuentro de los mas infelices de sus vasallos tomaba con sus propias manos las peticiones que le presentaban recibiéndolas con aquel noble ademan, peculiar suyo; preciso es haber visto á ese mismo monarca en el Campo de Marte en medio de la guardia nacional, de la guardia real y de trescientos mil espectadores en aquellos momentos de poder y libertad en que aparecia la corona con todo su esplendor y se devolvian á la opinion sus órganos y su independencia. Bien parece un rey rodeado de su ejército cuando devuelve al pueblo todo lo que contribuye á la dignidad del hombre! ¡La espada que empuña su diestra podria ser instrumento de destruccion; pero lejos de serlo, no se emplea mas que en conservar! Escusado es con tales antecedentes decir, cuán sinceras serian las aclamaciones del pueblo en tan solemne momento: las aclamaciones de su entusiasmo no eran los raquíticos aplausos del mendigo pagado que comprime sus labios para sofocar un sollozo; eran el varonil grito que sale del fondo del pecho, de allí donde laten con violencia las nobles pasiones; eran el poderoso acento de un pueblo que se elevaba hasta el trono del Omnipotente lleno de gratitud.

Los que conservan la memoria de otros tiempos, recuerdan una solemnidad bien diferente en el mismo Campo de Marte: entonces espiraba la monarquía, y ahora renace. ¿Es el mismo pueblo el que ha asistido á ambas solemnidades? Si, el mismo, el mismo pueblo curado, desimpresionado de sus ilusiones. Un pueblo que se afanó por buscar la libertad al través de las mas inauditas calamidades, y no ha encontrado mas que gloria: sus príncipes legítimos son los que únicamente pueden darle el bien que unos tribunos sediciosos y un déspota guerrero, le habian irrisoriamente prometido.

Si como no debemos dudarlo las bendiciones del pueblo atraen las del cielo, muchas son las que deben haberse derramado sobre la cabeza del soberano y de la familia real. Nunca ha sido la Francia mas feliz, mas gloriosa, ni mas libre que en aquel dia memorable. Pero en presencia de esa familia vestida de luto, en medio de tanta alegría, el pensamiento retrocedia en ternecido hácia otro monarca que no ha descendido aun á la tumba: el aspecto de ese inmenso pueblo redimido de toda esclavitud política despertaba en la mente la memoria del augusto fundador de la Constitucion. ¡Qué pais tan admirable esta Francia! ¡Las ciudades ponen las llaves de sus puertas en el lecho fúnebre de sus generales, y los pueblos tributan el homenaje de su libertad ante el féretro de los reyes!

CARTA

AL SEÑOR REDACTOR DEL DIARIO DE LOS DEBATES SOBRE EL PROYECTO DE LEY RELATIVO Á LA POLICÍA DR LA IMPRENTA.

Cuatro de Enero de 1827.

MUY SEÑOR MIO:

Permitidme contestar por medio de vuestro perió-

dico á diversas cartas, con que varias personas, la mayor parte desconocidas, me han favorecido estos últimos dias. Pregúntanme si me he propuesto no decir nada acerca del proyecto de ley relativo á la libertad de imprenta: esas personas tienen á bien recordar que en otras circunstancias no he dejado de elevar mi voz en favor de la mas preciosa de nuestras libertades.

Efectivamente, cuando en 1824 se estableció la censura facultativa, publiqué un opúsculo contra aquella medida ministerial. La razon que entonces me hizo tomar ese partido, es muy sencilla: no podia hablar en la tribuna, porque las Cámaras estaban cerradas: tampoco me era posible dirigirme á los periódicos, porque estaban bajo el poder de la censura: no me quedaba por lo tanto otro camino que la prensa no periódica, que á pesar de estar amenazada aun, no habia llegado á su período de opresion.

En la actualidad, señor redactor, no vacilaria en atacar la ley vandálica, cuyo proyecto acaba de ser presentado en la cámara de los Diputados, si la legislatura no estuviese abierta: en la cámara de los Pares es en donde, cumpliendo con mi deber, debo combatirla; pero las cartas que he recibido me han hecho comprender la necesidad de una aclaracion preventiva. El proyecto de ley no puede llegar á ser examinado en la cámara Hereditaria antes de seis semanas ó de dos meses, y es importante que mi silencio hasta esa época, supuesto que hay quien se digna tomarlo en cuenta, no dé lugar á torcidas interpretaciones. En todas las épocas y posiciones de mi vida he defendido la libertad de imprenta, y no retrocederé por cierto cuando hay quien me invita á manifestar altamente mi opinion sobre un proyecto que podria causar envidia á los mas floridos dias de la barbarie.

En todo tiempo y lugar me prometo demostrar que semejante proyecto, convertido en ley, seria tan fatal á las letras, como á las libertades públicas; que propenderia á sofocar las luces; que declararia la guerra al talento; que violaria todas las leyes de la propiedad; que alteraria la ley de sucesion, supuesto que una hija no podria ser heredera de su padre en la propiedad de un periódico; que por un vicio de retroactividad ese proyecto de ley, siendo textualmente aprobado, acumularia las cláusulas de los contratos consumados, irrogaria daño al derecho de terceras personas; daria pábulo al fraude; turbaria y descompaginaria toda una parte del código civil y el código de comercio; destruiria un ramo de industria alimentado por un capital de mas de 30.000.000; arruinaria á la vez á los impresores, libreros, fundidores, grabadores, almacenistas de papel, etc., y por último, que dejaria postrados en el suelo, digámoslo así, á una multitud de operarios sin pan y sin medio de poderlo ganar.

El proyecto en cuestion, señor redactor, es obra de la mas completa ignorancia en la materia. Citaremos el artículo 4.°

«Toda traslacion ó transporte de una parte cualquiera de la edicion fuera de los talleres de la imprenta, »antes de expirar el plazo fijado por el artículo 1.°, »será considerada como tentativa de publicacion. La »tentativa del delito de publicacion será en ese caso »perseguida y castigada judicialmente de igual modo »que el delito.»

Quiere decir que se podrá considerar como tentativa de publicacion el acto de llevar los pliegos impresos desde la imprenta á casa del librero, ó desde esta á la del encuadernador, á la cosedora ó al taller de *satinacion*. Entre los ochenta ó mas impresores de París apenas hay uno que tenga locales bastante vastos para que puedan *secarse* y *compaginarse* los pliegos sin salir del recinto.

¿Qué querrán decir con lo de los *caracteres* (artículo 1.°) conformes con las *reglas* de la librería? ¿Qué intencion vendrá oculta en esas expresiones al parecer *vacías de sentido*?

Por una simple infraccion de un reglamento de policía ¿seria justo destruir (art. 1.°) una edicion entera ó un tomo que interrumpiria una coleccion completa mas ó menos costosa, mas ó menos adelantada, sin dar ningun recurso á los suscritores, á los artistas, á los comerciantes de papel, ni á los demás suministradores de fondos?

¡Qué irrision! Dícese que no se castigará el delito sino despues de haberse consumado y al mismo tiempo se manda hacer un depósito cuya duracion debe preceder cinco ó seis dias á la publicacion. ¿Dejarán los alguaciles de la policía de estar en acecho á la puerta del librero para lanzarse sobre el primer paquete de la obra que la autoridad se haya propuesto detener? ¿No se apoderaron de la edicion de la *Monarquía con arreglo á la Carta*, hallándome yo presente y en el mismo patio de mi impresor? Y sin embargo ¡Qué diferencia no hay entre las leyes de imprenta que existian entonces y las que rigen en la actualidad!

Pero ¿qué mal puede haber, dirán algunos en que una obra que es perniciosa sea detenida antes de llegar á manos del público?

¿Y quién puede saber si la obra es mala antes de ser publicada? ¿Sometereis anticipadamente vuestra opinion á la de un fiscal de imprenta, sea el que quiera? ¿En momentos de pasiones políticas no ensalza un partido las obras que el otro se esfuerza en deprimir? Un ministro declarará guerra á todas las obras filosóficas y otro perseguirá quizás á todos los libros de devocion. El depósito de cinco y de diez dias es evidentemente la censura, y una censura que no satisfecha con imponeros su yugo, os envuelve tal vez en una sumaria ruinosa. Por lo menos la censura deberia dispensar de tener que comparecer ante los tribunales.

¿Cómo será posible reducir por lo tocante á la prensa periódica á cinco miembros (art. 15) unas sociedades ya establecidas y compuestas de un número mucho mayor de propietarios?

¿Qué significa ese misterioso número 5? Fácil es despejar la *incógnita*. Si en una sociedad periódica compuesta de doce propietarios hay siete que no quieren vender su derecho á los otros cinco, ó bien hay cinco que no pueden comprar esa propiedad, el periódico dejará de existir porque no habrán podido cumplirse las condiciones de la ley. Aun hay mas: la misma condicion no habrá podido cumplirse en ese caso pues la ley declara que toda estipulacion será nula *aun entre las mismas partes contratantes*. (art. 16). ¿No seria esa astuta sutileza digna del ingenio de un curial del siglo XI?

Los cinco propietarios serán condenados en masa por un artículo que merezca castigo, aunque la minoría de dichos propietarios se hubiese opuesto á la insercion, ó algunos de ellos hubiesen estado ausentes al tiempo de publicarse el periódico.

Una mujer no podrá tener parte en la propiedad de ningun periódico, aun cuando su dote á parte de la herencia paterna consista en esa propiedad. En tal caso será preciso que la parte de la interesada sea vendida como los bienes de los menores de edad con arreglo á las formalidades prescritas por el código civil: la autoridad ministerial será el mayor postor en la venta de esa propiedad y de ese modo introducirá el gérmen de la servidumbre en una asociacion libre: á eso propende el espíritu del artículo 9.

Para ser propietario de un periódico es preciso probar ante el prefecto ó director general de la Imprenta que se tienen los *requisitos* exigidos por el artículo 890 del código (art. 9). Si esas autoridades se muestran tan difíciles por lo tocante á la admision de esos requisitos, como sucede con los electores por lo relativo á sus derechos, si remiten la parte á los tribunales, no por eso la decision de aquellas autoridades administrativas *dejará de ser provisionalmente puesta en*

ejecucion (art. 9.) Eso quiere decir que el periódico quedará suprimido durante tres, cuatro, cinco ó seis meses segun la duracion de la causa.

Y entiéndase que un periódico que por término de un mes deja de publicarse puede considerarse como *periódico destruido*.

Notad, señor redactor, que esa palabra *destruido* se encuentra á cada paso en el proyecto de ley como si encerrara todo el espíritu del proyecto. Y no le falta razon, porque con semejante proyecto todos los periódicos excepto los ministeriales pueden sucesivamente considerarse como *destruidos*. Eso es precisamente lo que se desea.

Visto el informe fiscal el proyecto aplica el derecho de sello á los folletos: se ha calculado que la impresion de la mas insignificante *zarzuela* costará á su autor de 1,500 á 1,800 francos. Por otra parte hasta los periódicos literarios (art. 12) están obligados á presentar fianzas. ¿No podria uno figurarse al leer ese proyecto, que está viendo á los Vándalos derribando por el suelo los monumentos artísticos ó á los árabes reduciendo á cenizas la biblioteca de Alejandría? No penseis que los autores del proyecto se resientan de esta comparacion; al contrario les llena de orgullo. El comercio de libros de Francia pasará á Bélgica! Mejor. Pero no solamente son los libros los que causan el mal: desde el sabio que estudia el curso de los astros, hasta el campesino que afirma *por esta cruz bendita*, todo el que sabe leer, todo el que desea saber leer, es un ente sospechoso.

Compréndese muy bien que el sello á que se refiere el proyecto, considerado bajo su punto de vista es verdaderamente el *sello de la barbarie*, es el *veto* suspensivo puesto sobre la publicacion del pensamiento; mas no por eso deja de ser al mismo tiempo una nueva contribucion, y por lo tanto desearia saber á qué objeto se aplicarán las sumas que resulten de su recaudacion. ¿Irán á parar al bolsillo de esos censores invisibles que tiempos atrás califiqué con el título de *santo tribunal de espias*? ¿Quedarán en depósito *para comprar encausaciones*? ¿Servirán para aumentar el salario de los lacayos ministeriales? ¿ó bien (y esto seria mas justo) se emplearán en pagar una sopa económica para mantener á los autores y libreros que, una vez admitido el proyecto de ley, tendrán que ir á pedir una limosna?

Los impresores serán responsables de las *multas, daños, intereses y de las costas causadas por el enjuiciamiento de los autores* (art. 22 :) todo esto á fin de que los impresores vengan á ser unos *censores oficiosos* de los que escriben alguna obra. ¡Tan gratamente suena la palabra censor en los oidos ministeriales!

Concíbese que un librero pudiera ser envuelto en una sentencia dada contra alguna obra obscena, impía ó calumniadora, por un escrito de aquellos en que el delito está en completa evidencia; pero ¡cómo! ¿el impresor ha de ser juez de una obra de ciencia, de filosofía ó literatura? ¿Si esta obra llega á ser condenada por los tribunales, el impresor, que ni aun llegó á comprenderla, tendrá que pagar la pena de un delito de que se halla inocente? Hay establecimiento de impresor que cuenta mas de cien mil publicaciones. ¿Quereis que el editor haya podido ni leer ni comprender esas cien mil obras cortas ó largas? Mas no hagamos mucho esfuerzo en combatir ese ridículo absurdo, que tampoco deja de ir acompañado de su correspondiente intencion. Exigen imposibles del impresor ¿y por qué? Para que no pueda publicarse ninguna obra sin haber merecido antes la aprobacion de la pandilla que nos oprime. ¿Qué librero, en efecto, se atreverá á encargarse sin garantías de la impresion de un manuscrito, al verse amenazado de semejante proyecto de ley?

Dicen que el proyecto servirá para protejer el altar y defender á la religion de las producciones escandalosas de la impiedad.

El proyecto, lejos de protejer á la religion, la pone en mayor peligro: lejos de contener el despacho de las obras que se quiere prohibir, hará que se vendan todas esas ediciones rivales que por su excesivo número estaban depositadas en los almacenes. La Francia está provista para dos siglos de obras de Voltaire y de Rousseau, y el proyecto de que nos ocupamos, es muy seguro que no durará tanto tiempo. Con tal que no se mandara recoger los ediciones publicadas, nada se habria conseguido. Es digno de notarse que siendo así que con el proyecto intentan protejer á la religion, no se han atrevido sus redactores á nombrarla ni una sola vez. ¿De dónde nacerá esa reticencia? ¿Es verdaderamente la religion lo que os proponeis defender? Decídnoslo en alta voz: presentad un proyecto que no irrogue daño á la propiedad, ni á las leyes existentes, ni á las libertades, ni á las letras, ni á los talentos, ni á la civilizacion. Este proyecto será examinado en ambas cámaras, y si visiblemente no se propone mas que el sostener las buenas costumbres y dispensar proteccion á la fe de nuestros padres, ni un solo voto habrá que deje de aprobarlo.

Dicen tambien que con el proyecto se proponen castigar las calumnias que suelen propalarse contra la vida privada de los ciudadanos. Por de pronto, señor redactor, no me parece enteramente probado que esas pequeñas biografías de que con tanta razon se quejan y que han sido castigadas por los tribunales, no me parece enteramente probado, vuelvo á decir, que esas biografías no hayan sido fraguadas por instigacion de cierto partido enemigo de la libertad de imprenta con objeto de hacerla odiosa y tener un motivo para *destruirla*.

Ademas tampoco conviene que los intereses generales sean perjudicados por intereses particulares. Al tomar la defensa de un honor que no se queja tengamos cuidado de privarnos de la censura de los actos de la autoridad. Hay ultrajes de naturaleza mixta que así se aplican al hombre público como á la vida privada: no defendamos la familia á expensas de la sociedad.

Por lo que á mi toca, senor redactor, temiendo el interés que un defensor de oficio se dignaria tomar por mi persona, me apresuro á aprovecharme del último párrafo del artículo 20 del proyecto de ley, y por la presente autorizo toda clase de publicacion contra mis actos; me avengo con mi calumniador y le entrego sin restriccion todos los actos de mi vida pública y privada.

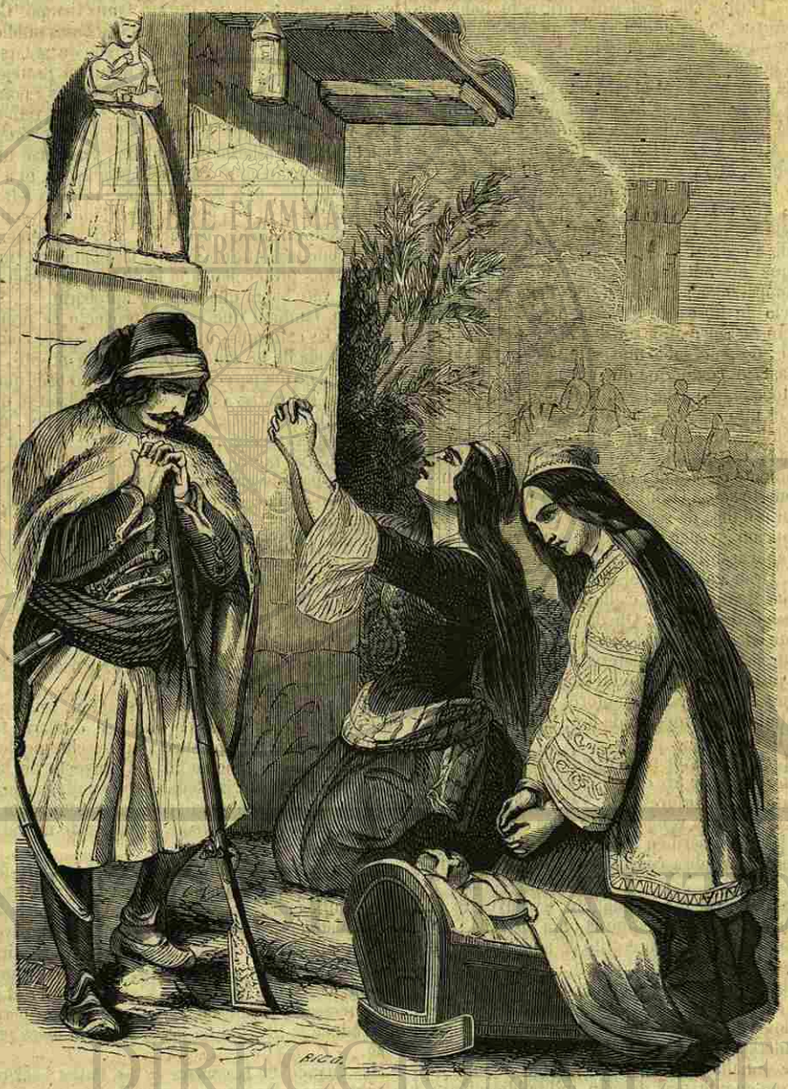
No he tocado en esta carta mas que la parte material de un proyecto de ley que añade nuevas multas á las multas antiguas sin disminuir los motivos de encarcelamiento, sin revocar el poder abusivo de recoger el título de privilegio de los libreros, sin renunciar á la censura facultativa, sin abolir la formacion de causa por tendencias y sin dispensar el permiso necesario para establecer un periódico, permiso que reduce la libertad de imprenta á un mero privilegio.

Mas cuando en la cámara de los Pares hablaré de la parte moral de este proyecto de ley, manifestaré que en su contexto se revela un profundo horror á las luces, á la razon y á la libertad; que en él se descubre una violenta antipatia contra el órden de cosas establecido por la Constitucion; probaré que se opone directamente á las costumbres, á los progresos de la civilizacion, al espíritu del siglo y á la franqueza del carácter nacional; que está respirando odio contra la humana inteligencia; y que todas sus disposiciones propenden á que se considere el pensamiento, como un mal, como una plaga, y como una calamidad. Compréndese que los partidarios de ese proyecto anonadarian, si les fuese posible la imprenta, destruirian

las prensas, levantarian cadalsos y encenderian hogueras para los escritores, y por último, que no pudiendo restablecer el despotismo del hombre, invocan con todo el ardor de su deseo el despotismo de la ley.

Esto es, señor redactor, lo que tenia que decir á las personas que han tenido á bien escribirme, haciéndome el honor de dar á mi opinion una importancia que me hallo muy distante de suponer. A ninguna de esas personas podia dirigirme en particular y por lo tanto les ruego que se sirvan darse por contestadas con la presente.

No puedo, señor mio, abstenerme de una dolorosa



LOS GRIEGOS.

impresion. En el discurso de contestacion á la corona ¿no habremos votado por la libertad de la nacion portuguesa mas que para ver nuestras libertades atacadas nuevamente? ¿Debian ofrecerse estas últimas en expiacion de las primeras? ¡Qué afecto hemos mostrado hácia la Constitucion de don Pedro y que indiferencia por la de Luis XVIII!

Temo haber procedido en este asunto con demasiada ceguedad:

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram

Algunos recuerdos, algunas ambiciones, algunos sueños propios de imaginaciones desconcertadas fermentan en un rincon de la Francia: guardémonos de

tomarlos por una opinion real, por una oposicion digna de ser satisfecha: guardémonos de dar á la nacion temores de un sistema opuesto á sus libertades. Los hombres que sufrieron unidos el efecto de nuestras discordias, se sienten igualmente cansados y se resignan á terminar en paz su larga carrera; pero nuestros hijos, esa juventud que no necesita de reposo como nosotros, no tomarán parte en esa lasitud: seguirán marchando y con la Constitucion en la mano reclamarán el precio de la sangre y de las lágrimas de sus padres. No es posible hacer retroceder á las generaciones que marchan adelante por mas que sobre sus cabezas les arrojen fragmentos de ruinas y restos de tumbas. Los insensatos que se atreven á poner en lucha lo pasado con lo venidero, necesariamente han de ser víctimas de su temeridad: al chocar entre sí los siglos, les abrumarán.

RESTABLECIMIENTO DE LA CENSURA.

EN 24 DE JUNIO 1827.

ADVERTENCIA.

La prensa no periódica debe dar socorro á la prensa periódica: no puedo permanecer en silencio por lo tocante á la censura, asi como M. Wilberfoce no puede callar cuando oye hablar del tráfico de negros. Varios generosos escritores, entre los cuales figuran pares, diputados y magistrados se han unido para publicar una serie de folletos. Seguro es que todo se pondrá en evidencia, y no quedará ni una sola verdad oculta. Si ciertos hombres no se cansan de oprimirnos; tampoco otros se cansarán de luchar contra ellos. Doy á mis conciudadanos gracias de la confianza que me han dispensado en este momento. He recibido todas sus cartas, y todos los detalles y noticias que me han comunicado y he hecho y haré en lo sucesivo uso de ellas. Muchos escritos se preparan. M. Salvandy, cuyo vigoroso talento es bien conocido, dará á luz antes de terminarse el mes próximo un folleto sobre el estado actual de los asuntos. M. Alexis de Jussieu publicará dentro algunos dias otro escrito sobre el mismo asunto. Estos señores me han rogado que anuncie sus trabajos, y yo lo considero como un deber porque es probable que los periódicos no conseguirán permiso ni aun de *anunciar* esas obras. Sin embargo, un anuncio concebido de un modo general ¿puede considerarse como un delito? Hé aquí cómo se ejerce la censura sobre la prensa periódica, y hé aquí cómo daña los intereses del comercio de libros. Una obra no anunciada tiene todas las probabilidades de no salir de los almacenes: de manera que ese ramo de industria se ve amenazado de una nueva crisis. Mas ¿qué importa eso á los hombres de Estado, ni á la estúpida y violenta faccion que abruma á la Francia?

Si los propietarios de los periódicos tienen que producir alguna que otra queja, y creen que puedo ser buen conducto para publicarla, siempre me encontrarán dispuesto á todo. Confiemos en que los lectores sostendrán mas que nunca los periódicos independientes y no se cansarán de leerlos aun cuando la censura les prohiba por algun tiempo (como periódicos no asalariados) reflejar tan vivamente la verdad como lo han hecho hasta el presente. El *silencio político*, las páginas *en blanco*, las suspensiones y los procesos judiciales son pruebas de constancia y de celo que los amigos del trono y la Constitucion sabrán dignamente apreciar. Unámonos desde un extremo al otro de la nacion contra los enemigos de nuestras libertades: la paciencia y el espíritu público alcanzarán la victoria.

EPÍGRAFES.

Reclamaron en alta voz la libertad de escribir y de publicar sus pensamientos por medio de la imprenta: y la libertad ilimitada de pensar y escribir llegó á ser un axioma del derecho público de Enropa, un artículo fundamental de todas las Constituciones, y finalmente un principio del órden social.

(*Vizconde de Bonald, sesion de los diputados*, 28 *enero de* 1817.)

Hoy que el gobierno lo puede todo contra los ciudadanos ¿no les ha de dejar algun asilo con un poder tan sin límites?

(*Id. Ibid.*)

No todos los hombres de talento están en las dependencias del gobierno, y téngase presente que los que no lo están, como que pueden situarse á una conveniente distancia de los objetos, esto es, ni muy alto ni muy bajo, pueden saber muchas cosas que se escapan de la atencion ó de la preocupacion de los hombres del poder, y decir á estos por medio de los periódicos verdades útiles que no habrian querido dejar sepultadas en las carpetas de una oficina, ni someterlas á la censura de un subalterno.

Acaso en el momento de una explosion no carecerán de algun peligro las declamaciones de los periódicos, pero ¿no será con el tiempo mas peligroso su silencio, supuesto que ya hay que luchar contra causas secretas de desórden? Puede, si se quiere, turbarse el Estado por lo que dicen los periódicos, pero tambien es cierto que puede perecer por lo que dejen de decir. Contra sus exageraciones é imposturas hay remedios: contra su silencio no se conoce ninguno.

La Inglaterra vió el peligro y trató de librarse estableciendo la ley de la libre circulacion de periódicos como salvaguardia del Estado, y aun no creyó que fuese bastante todo el público en masa, cuyos centinelas son los periódicos para contrarrestar el inmenso poder de un ministerio responsable.

(*Vizconde de Bonald, sesion de los diputados*, 28 *enero de* 1817.)

Hallándose interesada la nacion en que los ministros sean ilustrados, no deben estos cerrar por sí mismos el camino por donde la opinion verdaderamente general puede llegar á sus oidos. ¿Pueden inspirar mucho temor los periódicos en la actualidad que se han convertido casi en única lectura de los hombres de bien y que los escritores mas apreciables no se desdeñan de trabajar en ellos? Sin duda que unos y otros escriben en sentido de principios diferentes: es una desgracia inevitable, y que tiene su orígen en la opinion de los dos principios, monárquico y republicano del gobierno representativo que cada cual, segun vosotros decís, trata de inclinar á su lado. ¡Dichosa la nacion donde en tales circunstancias no se da el combate mas que en el terreno de los periódicos! En Inglaterra no cesó la oposicion armada hasta que se convirtió en oposicion literaria. La oposicion de los periódicos distrae á los partidos y desvirtua las animosidades.

(*Id. Ibid.*)

«Que los diputados de una nacion encargados de »establecer los derechos y garantías de la libertad civil »y política, confieran por medio de una ley, á unos »hombres armados ya de la terrible facultad de dete-

»ner á todo ciudadano que les sea sospechoso; el de»recho aun mas lato y perjudicial de sofocar todo pen»samiento que no sea de su gusto; y que de esa »manera los tales ministros agreguen al derecho de »obrar por sí solos, el derecho de hablar solo ellos, es »en verdad una cosa que cualquiera legislador temeria »conceder, aun cuando, como ciúdadano, la contem»plara util. ¿No quedaria con tan pernicioso ejemplo »comprometida la seguridad general y futura del Es»tado en vez de asegurarse su tranquilidad local y »temporal? ¿Acaso aquel rey, á quien representa la »fábula, teniendo á su disposicion todos los vientos »podria excitar menos tempestades que un ministerio »revestido de todo poder sobre los cuerpos y sobre las »ideas?

(*Id Ibid.*)

Es de notar que todos los periódicos comprados á toda costa por los gobiernos que se han sucedido no han podido á pesar de su influencia sostener á ninguno, y por el contrario se ha visto que los periódicos de la oposicion combatidos por la tiranía con mas ó menos furor, han hecho por último triunfar la causa que defendian...

Los hombres mas eminentes en las letras no se han desdeñado de escribir en los periódicos y han defendido denodadamente los principios conservadores de las sociedades... Desde entonces una serie no interrumpida de periódicos amigos del órden ha estado dando pábulo al fuego sagrado; le han dado pábulo con lo que decian y con lo que no decian, cuando viéndose obligados á callar ó tal vez á hablar no podian hacer mas que dejar traslucir sus opiniones al través de las que se les imponian. Esta oposicion constante ha conservado las buenas doctrinas que han prevalecido simultaneamente, pues en obsequio del espíritu nacional es preciso decir que esos son los únicos periódicos que han gozado del favor del público, y que los demás ni aun con el socorro del gobierno han podido sostenerse; de manera que casi podria decirse que el público es quien ha constituido el espíritu de esos periódicos en vez de ser estos los que han alentado el espíritu del público *porque los periódicos expresan la opinion, pero no la constituyen*. Reflexion profunda y llena de exactiud debida á M. Brigode, y que por sí sola bastaria para decidir la cuestion.

(*Vizconde de Bonald, sesion de los diputados* 28 *enero de* 1817.)

Antes que la prensa fuese libre no tenia tantas probabilidas de serlo porque el poder soltando las riendas á las malas doctrinas tenia buen cuidado de encadenar las buenas. Vanamente los realistas por interés del público habian reclamado esa libertad cuyo poder no podian menos de comprender; ha sido preciso tiempo, mucho tiempo para conseguirla, porque sus adversarios temian sus consecuencias. Por último la libertad de escribir, arrancada mas bien que obtenida, ha dado á los amigos de la monarquía armas iguales á las de los enemigos que intentaban destruirla, y bien pronto el número de lectores de cada opinion ha demostrado la extension de sus relativas fuerzas.

(*El señor marqués de Herbouville, conservador*, t. VI. p. 62, 63.)

¿No se ha visto en otros tiempos que los periódicos que caian bajo el yugo del despotismo se convertian en instrumentos de opresion, y tiranía? Pues esa es la mejor prueba del peligro que hay en subyugar la prensa.

(*M. Corbiere, sesion de los diputados*, 29 *enero de* 1817.)

Suprimir un periódico es arruinar al propietario, y sin embargo se mira con cruel indiferencia á esta propiedad. El propietario se ve arruinado, sin que las mas de las veces pueda imputársele una falta real.

(*Id. Ibid.*)

«Si el ministro obtiene la facultad de dar ó reusar »arbitramente á los periódicos el derecho de publica»cion, podrá hacerlo con condiciones onerosas para »unos y darla gratuitamente á otros; dispensar favor »á unos dándoles medios de sostenerse contra la opi»nion y hasta podrá valerse de los derechos mas con»trarios á los garantizados á todos los franceses por »los artículos 1.° y 2.° de la Carta.»

(*M. de Villele, sesion de los diputados*, 27 *enero de* 1817.)

París 30 junio de 1827.

Nada tendrá mi país que echarme en cara: soy el último que he permanecido en la brecha y he cumplido en la cámara Hereditaria con el deber de un leal par de Francia; ahora voy á cumplir con los de un simple ciudadano. Bien me cuesta: habia vuelto á emprender mis pacíficas ocupaciones, revisaba mis antiguos manuscritos, viajaba por América: *desertas quærere terras*. Arrancado súbitamente de la tierra de la libertad, vuelvo á defender esa libertad en mi patria, como en otros tiempos volví de aquellas regiones para colocarme bajo la bandera blanca.

Al dejar la tribuna de los pares en 18 de este mes, dije las siguientes palabras:

«Os diré, señores, que aquellos hombres cuyo es»píritu de imprudencia les inspiró el proyecto de ley »contra la libertad de imprenta no han desistido de su »propósito. Rechazados de un punto dirigen su ataque »á otro; y no tienen reparo en decir á quien quiera »oirles que la censura volverá á establecerse tan luego »como se cierre la presente legislatura.

»Mas como una censura que cesaria de derecho al »mes de abierta la legislatura de 1828 seria menos »útil que funesta á los autores del sistema, sin duda »tendrian que recurrir á algun otro expediente, para »remediar ese perjuicio: sin duda se ocuparian para »el año próximo de una ley que prolongase la censura, »ó de otra poco mas ó menos parecida á aquella de »que nos ha librado la corona.

»La dificultad, señores, consistiria en haceros apro»bar un trabajo de esa naturaleza, dado caso de que »los mismos ministros se resolvieran á adoptarlo. Vos»otros no sois complacientes en materias que perjudi»quen las libertades públicas, ¿qué recurso les que»daria, pues, para cambiar vuestra mayoría? Uno muy »sencillo al parecer de los hombres de que nos esta»mos ocupando: una numerosa creacion de pares.

»Antes de tratar de ese punto esencial, fijemos la »atencion sobre la censura.

»¿Los autores de los proyectos que he examinado »habrán tenido bien en cuenta sus resultados? Aun »cuando se estableciera la censura entre las dos le»gislaturas, si esa censura, desacreditada por los mis»mos ministros, no produeia ninguno de los resultados »apetecidos; si no habia hecho mas que multiplicar »los folletos; si el ministerio rompia el gran resorte »del gobierno representativo, sin mejorar la hacienda, ni calmar la efervescencia de los ánimos; si por el »contrario se hubiesen aumentado las animosidades, »las divisiones y la desconfianza; si el mal estar se hu»biese generalizado, si se hubiese dado mayor fuerza

»á la oposicion suministrándole motivo de reclamar »la libertad pública, ¿cómo podrian presentarse á las »Cámaras á pedir la continuacion de esa censura?

»Concíbese que del seno de la prensa se pida la »censuro bajo pretexto de poner freno á la licencia; »mas no puede comprenderse cómo hallándose la »prensa cargada con las cadenas de la censura, la »siga pidiendo cuando no pueden alegar en su favor »mas argumento que los perjuicios causados por se»mejante opresion.

»La abolicion de la censura y el haber retirado la »ley contra la libertad de imprenta son beneficios que »debemos á Carlos X: nada podia darse mas perjudi»cial que el borrar por medio de una providencia con»tradictoria el recuerdo tan popular de esos beneficios. »¡Qué compasion no excitaria el ver que se establece »en provecho de algunos intereses particulares una »censura que no se juzgó prudente sostener durante »la expedicion de España, cuando tal vez la suerte »de la Francia estaba pendiente del resultado de una »batalla! Verdad es que nos confiamos á la gloria del »Delfin, y que ninguna otra podria inspirarnos tantas »garantias; pero confien en sí mismos los señores »ministros y evítennos la repeticion de indecorosas »escenas que nos han hecho ya sufrir demasiado. »¿Volverán á presentarse á nuestra vista aquellos cen»sores que proscribian los nombres de determinadas »personas borrando de una sola plumada el elogio »dado á las virtudes del heredero del trono y la crítica »dirigida contra algun agente del poder?

»Despues de haber presenciado las manifestaciones »populares del 17 de abril nadie puede poner en duda »el amor que la Francia profesa á la libertad de im»renta. ¿En qué filas podriais encontrar á los opreso»res del pensamiento? Entre los fanáticos que aceptan »el oprobio como un martirio y entre los que mani»fiestan celo para ganar en conciencia el desprecio »del público.»

¿Me he engañado en los proyectos que he anunciado? ¿Han sido vanos mis temores? ¿Quién ha dictado hasta el presente mis palabras, la pasion, ó la verdad?

Por lo menos aun me queda una ventaja sobre mis contrarios: no se entienda que he renegado de mis opiniones: soy lo que era. Asisto á la procesion de *Corpus* con el *Genio del Cristianismo*, y me presento en la tribuna con la *Monarquía con arreglo á la Carta*. Como par he pronunciado muchos discursos en defensa de la libertad de imprenta y he escrito cien veces á favor de la misma en el *Consesvador* y en otras obras. ¿Para qué hago esa enumeracion? ¿Para jactarme, ó para tener el placer de ponerme en evidencia? nada de eso. No lo hago sino para contestar á ciertos hombres que habiendo hecho traicion á sus primeras opiniones quieren achacar su volubilidad á los demás; á ciertos hombres que cuando mas estacionado uno se halla exclaman con admiracion: ¡Vos marchais! sin ver que son ellos los que pasan corriendo y que al cambiar de puesto se imaginan que los objetos sobre que fijan la vista son los que mudan de lugar.

La libertad de imprenta ha sido uno de los intereses de mi vida política, y ha constituido el objeto de mis trabajos parlamentarios. Me atrevo á decir, que mi posicion social y las opiniones realistas y religiosas que he profesado, dan algun valor á mis palabras cuando reclamo esa libertad. Nadie puede decir que soy un revolucionario, ni un impío: cierto es, que hoy lo dicen, y lo mas curioso en este particular es, que los que tal honor me dispensan, son hombres que los Jacobinos tienen puestos á sueldo de ese titulado partido realista y religioso, que yo hice subir al poder enseñándole á tartamudear contra su propia organizacion los principios de la libertad y la Carta.

No se trata aquí de demostrar las razones en que se funda la libertad de imprenta, pues quedan suficientemente demostradas en los epígrafes estampados al frente de este escrito. La monarquía representativa sin la libertad de imprenta, es un cuerpo sin alma, una máquina sin movimiento. En los primeros dias del imperio se acuñaban las monedas de plata teniendo por un lado impresas estas dos palabras: *Napoleon emperador*, y por el otro: *República francesa*. Bonaparte acuñaba sus monedas con el sello de la gloria y quedaban útiles para la circulacion. Bajo un gobierno constitucional sugerido por la censura, se podrian acuñar medallas cuyo lema fuese *Libertad*, y en el reverso se leyera *Policía* ¿Quién tomaria esa moneda falsa con el busto del ministerio?

Dejémonos pues, de ocuparnos de principios reconocidos por los mismos que los infringen, y pasemos á examinar las reales órdenes del 24 de este mes.

En ellas no se lee preámbulo: la órden de la primera censura, iba precedida de un considerando que acusaba á los tribunales. Los sicofantas del ministerio dieron en seguida á entender, que ese insulto á la magistratura no habia sido mas que *por broma*, y que la verdadera causa del establecimiento de la censura, no consistia sino en el poco tiempo que hacia que el venerable autor de la Carta habia muerto. Es decir, que colocaron la pérdida de la primera de las libertades públicas entre una ofensa y un dolor.

¿Con qué otro considerando habrian podido acompañar las nuevas reales órdenes?

En toda la nacion brillaron iluminaciones al saberse que se habia mandado retirar el proyecto de ley sobre la libertad de imprenta. ¿Habrian podido decir que esta circunstancia era bastante *grave* para obligarles á mandar que se apagaran todas las luces por medio de la censura?

La guardia nacional grita ¡*Viva el rey*! Alguna voz aislada se aprovecha de esta ocasion para dar un inconveniente grito contra los agentes del poder; la guardia nacional es licenciada; experiméntanse en Meaux las consecuencias de este licenciamiento. ¿Será oportuno fundar en esos hechos el restablecimiento de la censura?

En las recaudaciones de los primeros meses del año aparece un *déficit*. ¿Será eso un buen pretexto para suspender la libertad de imprenta?

Por último ¿habria sido preciso declarar que se necesitaba una real órden á favor de la censura porque los ministros no pueden marchar con la libertad de imprenta? Reales órdenes sin considerando eran pues lo que hacia al caso.

La primera pone en vigor las leyes de 31 de marzo de 1820 y de 26 de julio del 1821.

El ministerio está revestido de ese derecho por el art. 4 de la ley de 27 de marzo de 1822 concebido en estos términos: «Si en el intervalo de las legislatu»ras ocurrieran circunstancias graves que invalida»ran momentáneamente las medidas de garantía y de »represion establecidas, podrán ser puestas inme»diatamente en vigor las leyes de 31 de marzo de 1820 »y de 26 de julio de 1821 en virtud de una real ór»den adoptada en consejo y refrendada por tres mi»nistros.

»Esta disposicion cesará de pleno derecho al mes »de la apertura de las Cámaras, si durante este plazo »no hubiese sido convertida en ley.

»Tambien cesará del mismo modo el dia en que se »publique una órden disolviendo la cámara de los Di»putados.»

De manera, que para imponer la censura, es preciso que *ocurran circunstancias graves que invaliden momentáneamente las medidas de garantía y de represion establecidas*.

¿Y en dónde están ahora esas *circunstancias graves*? ¿Han estallado turbulencias? ¿Deja de cobrarse la contribucion? ¿Se han sublevado las provincias? ¿Se ha descubierto alguna conspiracion contra el trono? ¿Hay temor de alguna guerra extranjera, á pesar

de haber demostrado el Delfin que no necesita de la censura para obtener victorias? Si esas *circunstancias graves* han ocurrido sin duda, no se habrán declarado repentinamente al otro dia de cerradas las Cámaras. Si existian cuando los pares y los diputados se hallaban aun reunidos, ¿por qué no se habló de ellas en las Cámaras? ¿Los ministros no han sido interpelados acerca de sus proyectos? ¿Por qué no han respondido? Si sus designios no podian soportar la prueba de una discusion parlamentaria, las circunstancias no serian bastante *graves* para justificar la censura ¿Querrán escudarse con el trono, con la religion, y con el pretexto de insultos personales? ¿Por qué en tal caso no acuden á la intervencion de los tribunales?

El trono está muy alto para que le inspiren temor los insultos: menos se trata de hacer inaccesible la monarquía que de extender benéfica y popularmente su influencia, como lo hace en la actualidad: no sé de cosa alguna que presente mas armonía en este mundo que un rey de Francia y su pueblo, cuando no hay ministros insensatos que vengan á burlar su union.

No se trata de impedir que se hable del clero con ligereza: lo que importa, es dar medios de subsistencia á los sacerdotes, de socorrerlos cuando son ancianos ó están enfermos, de ponerles en situacion que les sea dado desplegar sus virtudes, y de hacer de manera que á una religion de misericordia y de caridad se le profese todo el amor de que es digna.

No se trata de prevenir los ataques á las personas: entiéndase, que nadie infama sino lo que puede ser infamado. Un hombre verdaderamente honrado, se escuda con su propio nombre, y acepta toda la responsabilidad de su vida. Si el impúdico vicio pretende embotar la accion de la prensa, extraño es que la virtud paciente no tenga el mismo poder.

Habeis destruido la libertad de imprenta; aumentad el número de los espías. La censura es en la actualidad bajo todos conceptos, una verdadera conspiracion contra el trono.

Para cualquiera que tenga el menor vestigio de buena fe, es evidente que la censura no ha sido restablecida sino por el interes de una despechada incapacidad; por una tan noble circunstancia, se atreven á contrariar la Constitucion en sus fundamentales disposiciones, y á privar á la Francia de unos derechos confirmados ya por una pacífica posesion: verdaderamente es lamentable, que tal cosa suceda á los trece años de la restauracion.

No insisto mas: es demasiado fácil argumentar acerca de la *gravedad* de las circunstancias: cada uno la ve en lo que le afecta.

Un censor sostiene, que las *circunstancias son graves*, porque quisiera administrar, digámoslo asi, á su gusto las libertades públicas: para el espía se llaman *circunstancias graves* aquellas en que el pueblo habla libremente, y por lo tanto no le proporcionan conversaciones que delatar: *las circunstancias son graves* á los ojos del fatuo, de quien el público se rie, del hipócrita cuando se trata de arrancarle la máscara, y del hombre sin honor, cuando se le quiere hacer salir de su oscuridad. Para complacer á todas esas miserias, ¿tendremos que sacrificarles la independencia nacional? ¿De qué se alimentan los pueblos? De pan y de honor: no demos pues á los perros el pan de los pueblos y de los reyes.

Confesaremos sin embargo, que todo el mundo se halla afectado de un cierto temor para lo venidero, en lo cual podria verse una gravedad de circunstancias. Mas ¿quién causa ese temor? El gobierno: la inquietud pública no nace sino de los actos de este. Viéndole siempre en ademan amenazador contra nuestras libertades, el pueblo llega á creer que su intencion es anonadarlas; de aquí pasa á inquirir lo que seria de la nacion el dia que llegara el gobierno á conseguir esa supuesta intencion, y es natural que en seguida se alarme por los males sin cuento que traeria consigo la lucha y la resistencia. ¿Qué hace el gobierno para remediar un mal, cuyo foco existe en su propio seno? plantear la censura: soplar el fuego.

Pasemos á la segunda real órden.

No me detengo en los dos nombres propios que figuran en una órden reglamentaria. Errores de este jaez son tan frecuentes en el ministerio del Interior que no merecen la pena de hablarse de ellos.

La censura facultativa está autorizada por el artículo 4 de la ley de 17 de marzo de 1822: por la tanto el ministerio ha tenido derecho, en el caso de ser graves las circunstancias, de establecer la censura, como en efecto la estableció por medio de la primera real órden, y en virtud de esta pudo nombrar censores. Pero por la segunda real órden restableció el consejo de vigilancia que no está autorizado sino por una ley abolida: ¿será posible? Ni lo niego, ni lo afirmo: hay materia para cualquiera de estas dos cosas.

¿Querrán que ese consejo, hijo de una real órden, y no de una ley no sea mas que una comision encargada de vigilar á los mismos censores? ¿Entonces, cómo esa comision tiene poderes suficientes para la supresion provisional de un periódico?

Pero aun puede darse algo mas raro. El artículo 9 de la real órden dice: «cuando en virtud del artículo 6 »de la ley de 31 de marzo de 1820 habrá lugar á la »supresion provisional de un periódico, Nos decreta»remos esa supresion, visto el informe de nuestro »guarda-sellos.»

¡De manera que todo un monarca es el que ha de descender á la supresion provisional de un petiódico! ¡A tal extremo rebajan la grandeza de la monarquía! ¿Es el poder supremo el que ha de luchar cuerpo á cuerpo con la primera de nuestras libertades? ¿Habeis pensado bien en lo que vais á hacer, ministros?

¿Qué dice el artículo 6 de la ley de 31 de marzo de 1820? Dice: «Cuando un propietario ó editor res»ponsable sea perseguido, en virtud del artículo pre»cedente, el *gobierno* podrá pronunciar la suspension »del periódico hasta que se vea el fallo de la causa.»

¿Qué se entiende por la palabra *gobierno*? Se entiende la corona, las dos cámaras y los jueces inamovibles. ¿Habrá nadie que sostenga que *el gobierno es la sola persona del rey*? En Turquía, tal vez. ¿Es acaso esa persona sagrada un juez que interviene en causas de poca entidad de las que competen á la policía correccional? ¡La corona confirmando las proposiciones de sentencia dictadas en un garito de censores! ¡La corona, única que tiene el derecho de conceder gracia, aumentando los rigores de una ley excepcional por medio de la suspension de un periódico! Y si llegara el caso de que los tribunales absolvieran el periódico acusado, ¿quién seria culpable? ¿El monarca? ¿Habeis meditado lo que vais á hacer, ministros? Paréceme que estoy bajo el influjo de una funesta pesadilla.

En la tercera real órden se leen los nombramientos de los miembros del consejo de vigilancia, causando no poca admiracion y dolor el ver figurar en ellos los nombres de tres pares y tres diputados.

Sin ningun género de duda sostengo que ni á los unos ni á los otros se les pueden conferir funciones de esa clase sin obligarles formalmente á admitirlas en virtud de un acto legislativo. Los que discuten y aprueban las leyes, los que son naturales defensores de las libertades públicas, los depositarios de la Constitucion no tienen aptitud para formar una comision gubernativa de censura, únicamente establecida de real órden. Al prestar su juramento como diputados, ó como pares han jurado sostener la Constitucion: luego debe estarles moralmente prohibido el tomar parte enun consejo creado para poner en vigor una medida que suspende el mas sagrado de los derechos concedidos por aquella Constitucion.

Nada tienen que ver con la cuestion las opiniones particulares. Pueden los diputados y los pares manifestar en la tribuna y en sus escritos lo que piensan acerca de la libertad de imprenta; mas de ningun modo les puede ser lícito tomar una parte activa contra ella. Y esta imposibilidad seria mucho mayor aun en el caso de no ser gratuitas sus funciones, es decir recibiendo un precio de esa libertad: asegúrase que la nacion no tendrá que avergonzarse de semejante escándalo. Si la imprenta pudiera ser encadenada en Inglaterra, no dudo que los lores y miembres de la cámara de los Comunes, que voluntariamente se hubieren rebajado hasta ejercer las funciones de censor serian severamente amonestados por sus respectivas cámaras al inaugurarse la legislatura: hay muchas ocasiones en que el decoro tiene fuerza de ley.

En la posicion de los pares y de los diputados, miembros del consejo de vigilancia, todo es inconveniente y peligroso. Si un periódico imprime los pasages de los discursos que sirven de *epígrafe* á este folleto, los censores subalternos desconociendo la obra de sus superiores, no tendrian tinta bastante para borrar tan abominables líneas. Su trabajo será presentado al consejo de vigilancia: ¿qué dirá el consejo?

Como en las mayores aflicciones no suele tal vez faltar algun consuelo, los señores Caix y Rio han hecho dimision.

El primero es un jóven profesor de historia, de mucha ciencia, y de un distinguido talento y de mas mérito que fortuna. Este ha preferido el aprecio del público á su destino: lo cual es aventurarse á perder poco y á ganar mucho.

El segundo es tambien un jóven profesor lleno de talento, y distinguido por un brillante rasgo particular. Durante los Cien-dias apareció repentinamente sobre esta tierra clásica del realismo un ejército de niños: los mas viejos tenian 20 años y los mas jóvenes 15.

Todos los alumnos del colegio de Vannes que se hallaban en el término medio de esas dos edades trocaron por armas todos los objetos de algun valor que tenian en el colegio y corrieron al combate, quedando 15 ó 20 de ellos muertos en el campo. Las madres tuvieron noticia del peligro al comunicarles la noticia de su muerte y de su gloria.

Una real órden confirma este suceso, disponiendo que cada año se recuerde este brillante rasgo de la juventud en un recinto en que por lo regular no se celebran mas que triunfos pacíficos, situados á poca distancia del monumento de Quiberon. Los tres oficiales de esta singular cohorte fueron condecorados con la cruz de la legion de honor. M. Rio era uno de esos tres oficiales. Véase á qué clase de hombre iba el ministerio á proponer la infamia; la rehusó, como era de esperar.

La conducta de este jóven profesor es una nueva prueba de que se puede ser fiel á su rey, realista hasta el extremo y religioso hasta el martirio, sin dejar por eso de ser apasionado de las libertades públicas.

Asegúrase que M. Cuvier tampoco ha aceptado el puesto que le ofrecian en el consejo de vigilancia. M. Cuvier ha sabido respetar su celebridad y ha querido conservarla ilesa. Gloria á las ciencias y á las letras que no hacen traicion á su propia causa, y que se contemplan demasido nobles para vestir la librea de un ministerio, ni ser verdugos suyos (1).

(1) En este instante acabo de saber que los SS. Fouquet y de Broe como el señor marques de Herbouville han imitado los nobles ejemplos que he citado. No podia menos de brillar completamente el noble espíritu de los Pares y de la magistratura. Ya no hay pues mas que tres censores y siete miembros del consejo de vigilancia. Confiemos en que el bien se irá propagando y cundirá fácilmente por toda la nacion. El *Precursor*, periódico de Lyon, anuncia que aun no se habian podido encontrar ciudadanos que reunieran las cualidades necesarias para las funciones de Censor En Troyes las reales órdenes del 24 de junio no habian sido puestas aun en ejecucion el 27.

No hablaré de los demás censores que no son mas que cuatro. ¿Bastarán cuatro operadores para despachar á tantos enfermos? Es de presumir que habrá *practicantes de censor*, agregados, secretos, y aficionados de la policía, cuya recompensa dependerá del secreto prometido á su nombre. Ese indicado anónimo tendrá mucho trabajo en sostener el crédito de la censura, y en ir pagando los intereses del desprecio público.

Examinemos ahora el espíritu y la marcha de la nueva censura.

Manifiéstase esta censura bajo un punto de vista enteramente nuevo: su carácter es blando, melífluo, solapado: preséntase con toda la fisonomía característica de la hija de M. Tartuffe. «¡Ah, Dios mio! Po»dreis decir cuanto os acomode. No me opondré sino »á lo que pueda ofender á la religion, al trono y á »las costumbres. ¡Tenemos tanto amor á esa reli»gion y ese trono, á cuyos intereses jamás hemos »faltado! ¡Nuestras costumbres son tan puras! Ha»ced toda la oposicion que os dé la gana... Sois en»teramente libres en materia política: atacad á los »ministros, con su permiso, se entiende. Ya sabemos »que no hay gobierno representativo sin libertad de »imprenta y esa es precisamente la razon por qué he»mos establecido la censura. La censura es la edad de »oro de la imprenta.»

Esas palabras encierran el espíritu de la nueva censura: la cándida inocencia del artículo del *Moniteur* de 26 de junio prueba que aun nos quedamos muy atrás del verdadero colorido.

Desde luego he fijado la atencion en una fecha singular. El manifiesto ministerial ó sea el verdadero considerando de las reales órdenes del 24 de junio de este año hace remontar lo que él llama *licencia de la imprenta* al mes de junio de 1824. Muchas veces vuelve á repetir esa misma fecha, y habla de la *prensa de la oposicion* desde 1824: dice que desde hace *tres años* la prensa ha estado arrojando *nubes fantasmagóricas*, y al concluir vuelve á hacer mencion del mal causado desde *hace tres años* por la *licencia de la imprenta*.

Llamándome la atencion esa exactitud de fechas y esa obstinada insistencia, traté de saber qué es lo que podia haber sucedido de extraordinario en junio de 1824 y causar la evidente preocupacion del intérprete del ministerio. A fuerza de apurar el discurso y no encontrando nada en aquel mes de junio, tuve por último que fijar la mente en un acontecimiento muy comun y muy poco digno de llamar la atencion del público, en mi salida del ministerio.

Si por casualidad la memoria del dia de Pentecostés (6 junio 1824) era la que bullia en el cerebro del escritor semi-oficial, ¿seré yo desde tres años á esta parte causa de la *licencia de la imprenta*?

Concentrando mis ideas me acuerdo que efectivamente al establecer la censura en 1824 se dijo *no poder marchar conmigo ni sin mi*. ¿Qué podremos sacar en consecuencia de esos dichos? ¿Que yo sostenia la paz de la prensa cuando me hallaba cerca del gobierno, y que yo enlazaba con la corona las distintas opiniones por mi carácter religioso y realista por un lado, y por mis tendencias constitucionales por otro?

¿Habré pues arrastrado en pos de mí al retirarme del consejo del rey todas las simpatías que pudiera

de haber demostrado el Delfin que no necesita de la censura para obtener victorias? Si esas *circunstancias graves* han ocurrido sin duda, no se habrán declarado repentinamente al otro dia de cerradas las Cámaras. Si existian cuando los pares y los diputados se hallaban aun reunidos, ¿por qué no se habló de ellas en las Cámaras? ¿Los ministros no han sido interpelados acerca de sus proyectos? ¿Por qué no han respondido? Si sus designios no podian soportar la prueba de una discusion parlamentaria, las circunstancias no serian bastante *graves* para justificar la censura ¿Querrán escudarse con el trono, con la religion, y con el pretexto de insultos personales? ¿Por qué en tal caso no acuden á la intervencion de los tribunales?

El trono está muy alto para que le inspiren temor los insultos: menos se trata de hacer inaccesible la monarquía que de extender benéfica y popularmente su influencia, como lo hace en la actualidad: no sé de cosa alguna que presente mas armonía en este mundo que un rey de Francia y su pueblo, cuando no hay ministros insensatos que vengan á burlar su union.

No se trata de impedir que se hable del clero con ligereza: lo que importa, es dar medios de subsistencia á los sacerdotes, de socorrerlos cuando son ancianos ó están enfermos, de ponerles en situacion que les sea dado desplegar sus virtudes, y de hacer de manera que á una religion de misericordia y de caridad se le profese todo el amor de que es digna.

No se trata de prevenir los ataques á las personas: entiéndase, que nadie infama sino lo que puede ser infamado. Un hombre verdaderamente honrado, se escuda con su propio nombre, y acepta toda la responsabilidad de su vida. Si el impúdico vicio pretende embotar la accion de la prensa, extraño es que la virtud paciente no tenga el mismo poder.

Habeis destruido la libertad de imprenta; aumentad el número de los espías. La censura es en la actualidad bajo todos conceptos, una verdadera conspiracion contra el trono.

Para cualquiera que tenga el menor vestigio de buena fe, es evidente que la censura no ha sido restablecida sino por el interes de una despechada incapacidad; por una tan noble circunstancia, se atreven á contrariar la Constitucion en sus fundamentales disposiciones, y á privar á la Francia de unos derechos confirmados ya por una pacífica posesion: verdaderamente es lamentable, que tal cosa suceda á los trece años de la restauracion.

No insisto mas: es demasiado fácil argumentar acerca de la *gravedad* de las circunstancias: cada uno la ve en lo que le afecta.

Un censor sostiene, que las *circunstancias son graves*, porque quisiera administrar, digámoslo asi, á su gusto las libertades públicas: para el espía se llaman *circunstancias graves* aquellas en que el pueblo habla libremente, y por lo tanto no le proporcionan conversaciones que delatar: *las circunstancias son graves* á los ojos del fatuo, de quien el público se rie, del hipócrita cuando se trata de arrancarle la máscara, y del hombre sin honor, cuando se le quiere hacer salir de su oscuridad. Para complacer á todas esas miserias, ¿tendremos que sacrificarles la independencia nacional? ¿De qué se alimentan los pueblos? De pan y de honor: no demos pues á los perros el pan de los pueblos y de los reyes.

Confesaremos sin embargo, que todo el mundo se halla afectado de un cierto temor para lo venidero, en lo cual podria verse una gravedad de circunstancias. Mas ¿quién causa ese temor? El gobierno: la inquietud pública no nace sino de los actos de este. Viéndole siempre en ademan amenazador contra nuestras libertades, el pueblo llega á creer que su intencion es anonadarlas; de aquí pasa á inquirir lo que seria de la nacion el dia que llegara el gobierno á conseguir esa supuesta intencion, y es natural que en seguida se alarme por los males sin cuento que traeria consigo la lucha y la resistencia. ¿Qué hace el gobierno para remediar un mal, cuyo foco existe en su propio seno? plantear la censura: soplar el fuego.

Pasemos á la segunda real órden.

No me detengo en los dos nombres propios que figuran en una órden reglamentaria. Errores de este jaez son tan frecuentes en el ministerio del Interior que no merecen la pena de hablarse de ellos.

La censura facultativa está autorizada por el artículo 4 de la ley de 17 de marzo de 1822: por la tanto el ministerio ha tenido derecho, en el caso de ser graves las circunstancias, de establecer la censura, como en efecto la estableció por medio de la primera real órden, y en virtud de esta pudo nombrar censores. Pero por la segunda real órden restableció el consejo de vigilancia que no está autorizado sino por una ley abolida: ¿será posible? Ni lo niego, ni lo afirmo: hay materia para cualquiera de estas dos cosas.

¿Querrán que ese consejo, hijo de una real órden, y no de una ley no sea mas que una comision encargada de vigilar á los mismos censores? ¿Entonces, cómo esa comision tiene poderes suficientes para la supresion provisional de un periódico?

Pero aun puede darse algo mas raro. El artículo 9 de la real órden dice: «cuando en virtud del artículo 6 »de la ley de 31 de marzo de 1820 habrá lugar á la »supresion provisional de un periódico, Nos decreta»remos esa supresion, visto el informe de nuestro »guarda-sellos.»

¡De manera que todo un monarca es el que ha de descender á la supresion provisional de un petiódico! ¡A tal extremo rebajan la grandeza de la monarquía! ¿Es el poder supremo el que ha de luchar cuerpo á cuerpo con la primera de nuestras libertades? ¿Habeis pensado bien en lo que vais á hacer, ministros?

¿Qué dice el artículo 6 de la ley de 31 de marzo de 1820? Dice: «Cuando un propietario ó editor res»ponsable sea perseguido, en virtud del artículo pre»cedente, el *gobierno* podrá pronunciar la suspension »del periódico hasta que se vea el fallo de la causa.»

¿Qué se entiende por la palabra *gobierno*? Se entiende la corona, las dos cámaras y los jueces inamovibles. ¿Habrá nadie que sostenga que *el gobierno es la sola persona del rey*? En Turquía, tal vez. ¿Es acaso esa persona sagrada un juez que interviene en causas de poca entidad de las que competen á la policía correccional? ¡La corona confirmando las proposiciones de sentencia dictadas en un garito de censores! ¡La corona, única que tiene el derecho de conceder gracia, aumentando los rigores de una ley excepcional por medio de la suspension de un periódico! Y si llegara el caso de que los tribunales absolvieran el periódico acusado, ¿quién seria culpable? ¿El monarca? ¿Habeis meditado lo que vais á hacer, ministros? Paréceme que estoy bajo el influjo de una funesta pesadilla.

En la tercera real órden se leen los nombramientos de los miembros del consejo de vigilancia, causando no poca admiracion y dolor el ver figurar en ellos los nombres de tres pares y tres diputados.

Sin ningun género de duda sostengo que ni á los unos ni á los otros se les pueden conferir funciones de esa clase sin obligarles formalmente á admitirlas en virtud de un acto legislativo. Los que discuten y aprueban las leyes, los que son naturales defensores de las libertades públicas, los depositarios de la Constitucion no tienen aptitud para formar una comision gubernativa de censura, únicamente establecida de real órden. Al prestar su juramento como diputados, ó como pares han jurado sostener la Constitucion: luego debe estarles moralmente prohibido el tomar parte enun consejo creado para poner en vigor una medida que suspende el mas sagrado de los derechos concedidos por aquella Constitucion.

Nada tienen que ver con la cuestion las opiniones particulares. Pueden los diputados y los pares manifestar en la tribuna y en sus escritos lo que piensan acerca de la libertad de imprenta; mas de ningun modo les puede ser lícito tomar una parte activa contra ella. Y esta imposibilidad seria mucho mayor aun en el caso de no ser gratuitas sus funciones, es decir recibiendo un precio de esa libertad: asegúrase que la nacion no tendrá que avergonzarse de semejante escándalo. Si la imprenta pudiera ser encadenada en Inglaterra, no dudo que los lores y miembres de la cámara de los Comunes, que voluntariamente se hubieren rebajado hasta ejercer las funciones de censor serian severamente amonestados por sus respectivas cámaras al inaugurarse la legislatura: hay muchas ocasiones en que el decoro tiene fuerza de ley.

En la posicion de los pares y de los diputados, miembros del consejo de vigilancia, todo es inconveniente y peligroso. Si un periódico imprime los pasages de los discursos que sirven de *epígrafe* á este folleto, los censores subalternos desconociendo la obra de sus superiores, no tendrian tinta bastante para borrar tan abominables líneas. Su trabajo será presentado al consejo de vigilancia: ¿qué dirá el consejo?

Como en las mayores aflicciones no suele tal vez faltar algun consuelo, los señores Caix y Rio han hecho dimision.

El primero es un jóven profesor de historia, de mucha ciencia, y de un distinguido talento y de mas mérito que fortuna. Este ha preferido el aprecio del público á su destino: lo cual es aventurarse á perder poco y á ganar mucho.

El segundo es tambien un jóven profesor lleno de talento, y distinguido por un brillante rasgo particular. Durante los Cien-dias apareció repentinamente sobre esta tierra clásica del realismo un ejército de niños: los mas viejos tenian 20 años y los mas jóvenes 15.

Todos los alumnos del colegio de Vannes que se hallaban en el término medio de esas dos edades trocaron por armas todos los objetos de algun valor que tenian en el colegio y corrieron al combate, quedando 15 ó 20 de ellos muertos en el campo. Las madres tuvieron noticia del peligro al comunicarles la noticia de su muerte y de su gloria.

Una real órden confirma este suceso, disponiendo que cada año se recuerde este brillante rasgo de la juventud en un recinto en que por lo regular no se celebran mas que triunfos pacíficos, situados á poca distancia del monumento de Quiberon. Los tres oficiales de esta singular cohorte fueron condecorados con la cruz de la legion de honor. M. Rio era uno de esos tres oficiales. Véase á qué clase de hombre iba el ministerio á proponer la infamia; la rehusó, como era de esperar.

La conducta de este jóven profesor es una nueva prueba de que se puede ser fiel á su rey, realista hasta el extremo y religioso hasta el martirio, sin dejar por eso de ser apasionado de las libertades públicas.

Asegúrase que M. Cuvier tampoco ha aceptado el puesto que le ofrecian en el consejo de vigilancia. M. Cuvier ha sabido respetar su celebridad y ha querido conservarla ilesa. Gloria á las ciencias y á las letras que no hacen traicion á su propia causa, y que se contemplan demasido nobles para vestir la librea de un ministerio, ni ser verdugos suyos (1).

(1) En este instante acabo de saber que los SS. Fouquet y de Broe como el señor marques de Herbouville han imitado los nobles ejemplos que he citado. No podia menos de brillar completamente el noble espíritu de los Pares y de la magistratura. Ya no hay pues mas que tres censores y siete miembros del consejo de vigilancia. Confiemos en que el bien se irá propagando y cundirá fácilmente por toda la nacion. El *Precursor*, periódico de Lyon, anuncia que aun no se habian podido encontrar ciudadanos que reunieran las cualidades necesarias para las funciones de Censor En Troyes las reales órdenes del 24 de junio no habian sido puestas aun en ejecucion el 27.

No hablaré de los demás censores que no son mas que cuatro. ¿Bastarán cuatro operadores para despachar á tantos enfermos? Es de presumir que habrá *practicantes de censor*, agregados, secretos, y aficionados de la policía, cuya recompensa dependerá del secreto prometido á su nombre. Ese indicado anónimo tendrá mucho trabajo en sostener el crédito de la censura, y en ir pagando los intereses del desprecio público.

Examinemos ahora el espíritu y la marcha de la nueva censura.

Manifiéstase esta censura bajo un punto de vista enteramente nuevo: su carácter es blando, melífluo, solapado: preséntase con toda la fisonomía característica de la hija de M. Tartuffe. «¡Ah, Dios mio! Po»dreis decir cuanto os acomode. No me opondré sino »á lo que pueda ofender á la religion, al trono y á »las costumbres. ¡Tenemos tanto amor á esa reli»gion y ese trono, á cuyos intereses jamás hemos »faltado! ¡Nuestras costumbres son tan puras! Ha»ced toda la oposicion que os dé la gana... Sois en»teramente libres en materia política: atacad á los »ministros, con su permiso, se entiende. Ya sabemos »que no hay gobierno representativo sin libertad de »imprenta y esa es precisamente la razon por qué he»mos establecido la censura. La censura es la edad de »oro de la imprenta.»

Esas palabras encierran el espíritu de la nueva censura: la cándida inocencia del artículo del *Moniteur* de 26 de junio prueba que aun nos quedamos muy atrás del verdadero colorido.

Desde luego he fijado la atencion en una fecha singular. El manifiesto ministerial ó sea el verdadero considerando de las reales órdenes del 24 de junio de este año hace remontar lo que él llama *licencia de la imprenta* al mes de junio de 1824. Muchas veces vuelve á repetir esa misma fecha, y habla de la *prensa de la oposicion* desde 1824: dice que desde hace *tres años* la prensa ha estado arrojando *nubes fantasmagóricas*, y al concluir vuelve á hacer mencion del mal causado desde *hace tres años* por la *licencia de la imprenta*.

Llamándome la atencion esa exactitud de fechas y esa obstinada insistencia, traté de saber qué es lo que podia haber sucedido de extraordinario en junio de 1824 y causar la evidente preocupacion del intérprete del ministerio. A fuerza de apurar el discurso y no encontrando nada en aquel mes de junio, tuve por último que fijar la mente en un acontecimiento muy comun y muy poco digno de llamar la atencion del público, en mi salida del ministerio.

Si por casualidad la memoria del dia de Pentecostés (6 junio 1824) era la que bullia en el cerebro del escritor semi-oficial, ¿seré yo desde tres años á esta parte causa de la *licencia de la imprenta*?

Concentrando mis ideas me acuerdo que efectivamente al establecer la censura en 1824 se dijo *no poder marchar conmigo ni sin mi*. ¿Qué podremos sacar en consecuencia de esos dichos? ¿Que yo sostenia la paz de la prensa cuando me hallaba cerca del gobierno, y que yo enlazaba con la corona las distintas opiniones por mi carácter religioso y realista por un lado, y por mis tendencias constitucionales por otro?

¿Habré pues arrastrado en pos de mí al retirarme del consejo del rey todas las simpatías que pudiera

haber á las doctrinas de legitimidad, de religion y de libertad que yo profeso tan invariablemente? ¿Seré yo el que todo lo he trastornado, y desprendido del centro de la autoridad? ¿Seré yo el que he promovido las tempestades, y no pudiendo adherirme las opiniones que he suscitado me veré en el caso de mantenerlas en estado de agitacion?

Si eso fuera cierto, muy mal hubieran hecho en no adoptar ó desechar completamente mi *poder*: enorme falta habrian cometido en arrojarme del ministerio tan groseramente como al último de los hombres. Tales son las consecuencias que mi amor propio podria sacar de las confesiones de mis adversarios; pero gracias á Dios no llega mi fatuidad hasta el punto de engreirme con la suposicion de semejante poder. Si alguna fuerza tengo no es mas que la que me dan la fijeza de mis opiniones y sobre todo las faltas de esos hombres que ponen en continuo compromiso al trono, al altar y á la patria.

Despues de haber establecido la fecha de la titulada *licencia de la imprenta* el *Moniteur* declara que hace ya un mes que los escritores de la oposicion estaban viendo la censura, porque esa palabra, *censura está como escrita en su conciencia.*

Todo el mundo anunciaba en efecto no desde hace *un mes*, sino desde hace *dos años* la pérdida de la mas *vital de nuestras libertades*, porque todo el mundo sabia que el señor presidente del consejo era autor de una obra en favor del antiguo régimen; porque todo el mundo sabia que el ministerio era demasiado débil para marchar con las libertades públicas, y porque multiplicando sus faltas y sus proyectos tenia necesidad de velo y de silencio.

El *Moniteur* nos dice que *durante los cinco años de la libertad de imprenta la autoridad se ha negado constantemente á desesperar del buen sentido nacional.*

Y al último porque el *buen sentido nacional* ha aprovado durante cinco años esa libertad de imprenta, de cuyo *buen sentido desesperaba la autoridad* la han encerrado como un demente en la jaula de la censura! ¿Asi es como el *buen sentido* de los ministros, trata al *buen sentido* de la nacion? Eso es el verdadero delirio de la miseria. Bonaparte en todo el apogeo de su poder no se habria atrevido á insultar tan villanamente á la nacion.

Por espacio de cinco años *se han ido consumando laboriosamente varios trabajos al través de las dificultades que la licencia de la prensa acumulaba sin cesar en torno de los mas ilustrados proyectos.* (Moniteur.)

¡*Los mas ilustrados proyectos*! ¿Qué proyectos? Los del papel del 3 por 100, el sindicato, y la cesion de Santo Domingo por real órden y sin garantia de pago, verdaderos abortos de leyes. Mas no son los periódicos los que han desechado ó confeccionado los proyectos de esas leyes, sino las Cámaras que el *Moniteur* cita con elogio *por el admirable órden que reina en las discusiones parlamentarias.*

¿*Pretenderán los periódicos el privilegio de ser menos constitucionales ó menos legales que las Cámaras*? (Moniteur.)

¿Qué hay de comun por lo tocante á los principios de la materia entre los periódicos y las Cámaras? Nada, no siendo la libertad de la palabra garantizada á todos por la Constitucion. ¿Aplican tambien la censura á la palabra de los oradores? Pues sin embargo me parece que en las Cámaras se ha dicho á los ministros con tanta energía como en la prensa, que perdian á la nacion, y que merecian ser puestos en acusacion. No han manifestado los periódicos mayor desprecio á los agentes del poder que el que se derrama de esta frase de un elocuente diputado: «Consejeros de la »corona, autores de la ley, conocidos ó desconocidos, »séanos lícito preguntaros: ¿Qué habeis hecho hasta »el presente para elevaros sobre vuestros conciudada»nos, ni para creeros en estado de imponerles la ti»rania?

»Decidnos cual fue el dia que tomásteis posesion »de vuestra gloria, cuales son las batallas que habeis »ganado, ó los inmortales servicios que habeis hecho »al rey ó á la patria. Tan oscuros y de tan mediana »capacidad como nosotros mismos, parece que solo »nos aventajais en temeridad. La tiranía no puede re»sidir en vuestras débiles manos: vuestra conciencia »os lo dice con mas eficacia que nuestras pala»bras (1).»

En otro párrafo el *Moniteur* da á la administracion el nombre de *poder constitucional*. La idea es graciosa y demuestra cómo entienden los publicistas del ministerio la Constitucion.

Los resultados de la censura tal cual es, parecen tan poco seguros á los amigos de la libertad de imprenta que para ellos el trlunfo de esta no debe fecharse sino de este dia...—La censura *no dejará subsistir sino realidades.* (Moniteur.)

De manera que la *censura* es la *libertad de la prensa*. ¡Brabísimo! ¿No es esta la *piadosa estratagema* de Pascal? *La censura no dejará subsistir sino realidades*, añádase *ministeriales*, y el sentido de la frase quedará completo.

El *Moniteur* arroja luego el guante á la oposicion: la llama al palenque, bien entendido que él se presentará armado de punta en blanco por la censura, y la oposicion enteramente desnuda tendrá que verse amenazada de la inexorable tijera de los censores.

Los ministros por medio del conducto de su adalid que se pasea arrogantemente por los desiertos del Moniteur en tanto que llega algun aventurero á tocar el escudo, se extienden sobre las garantías que presenta la composicion del consejo de vigilancia. Respetando el carácter de los hombres y tributando homenaje á sus virtudes privadas, diremos sin embargo, que no son los partidarios del poder absoluto los que pueden inspirar seguridad á los ciudadanos por lo tocante á las libertades públicas.

Si el consejo de vigilancia no se compone enteramente de hechuras ministeriales, está y debe estar compuesto de amigos suyos, porque es natural que la autoridad elija hombres de su opinion.

En último lugar el ministerio es el que dispone á su placer en este asunto, supuesto que puede nombrar y cambiar los miembros de su consejo, cuyas plazas no son inamovibles. ¿No es un ministro, no es el guarda-sellos el que funciona en los casos graves con solo haber tomado el parecer del consejo de vigilancia? Este consejo en el fondo no es mas que un remedo de la comision de la libertad de imprenta establecida por Bonaparte cerca del Senado: producirá los mismos beneficios: se podrá escribir con tanta libertad como en los buenos tiempos de S. Fouché.

El Montesquieu del *Moniteur* termina su apología con esta frase digna del resto: «*Los verdaderos amigos de la libertad de imprenta, se creen redimidos por las reales órdenes de 24 de junio de una insoportable tirania que pesaba sobre el pais y no ven mas que la emancipacion de la libertad en la censura de la licencia.*»

Nada hay tan comun en la historia de la política como los irrisorios consuelos que suelen ofrecerse á las víctimas: al oprimir á los hombres nunca *se tiene presente* mas que su mayor felicidad.

Un diputado ministerial, arguyendo contra una proposicion hecha por un miembro de la oposicion decia, que aquella idea era tomada de otra de Robespierre. Supuesto que nuestros adversarios se toman la libertad de hacer tan odiosas comparaciones, nosotros con mas razon podremos decir que el artículo del *Moniteur* se parece á una de aquellas célebres narraciones de cierto retórico, todo sensibilidad, todo dulzura, que solia tomar las desgracias bajo un punto de vista favorable, y á quien sus contemporáneos, acostumbraban, si no me engaño, dar un nombre propio bastante ridículo.

(1) Diario de Mr. Coyer Collard sobre el proyecto de la ley de imprenta, 14 febrero 1827.

Ha sido preciso contestar al manifiesto del ministerio; pero por lo tocante al artículo del *Moniteur*, no puedo menos de aconsejar á todo el mundo que lo dejen estar en su profundo sueño; solo el citarlo seria darle alguna celebridad. El adalid de la censura daria gracias á quien se dignara romper con él una lanza... No nos incumbe la tarea de poner en relieve las nulidades oficiales.

Por lo demás, al través del lenguaje del almivarado escritor político, no es difícil atinar hácia donde dirige el rumbo.

Mas antes de demostrar cómo la ligera y acomodaticia censura de Tartufe vendria á parar, si no evitamos el primer lazo, en censura abrumadora é intolerante de faccion, conviene detenernos un momento para dar á entender al público lo que puedo prometerse de tan benigna censura. Siento tener que descender á detalles muy poco nobles; ¿mas quién los referirá si yo no los digo? No serán ciertamente los periódicos. Cuando las instituciones de la ley fundamental corren un peligro no debe haber consideracion para cosa alguna: trátase únicamente de la patria, y es importante que nadie ignore lo que viene á ser esa *honrosa* censura, y esa imparcial inquisicion establecida para mayor gloria de la Francia.

Primeramente es cosa ya convenida entre todos los *corchetes de ideas* que en cuanto sea posible se han de evitar los *blancos* ó huecos en los periódicos. Efectivamente, siendo ellos la señal mas evidente de *supresion* ponen al lector en guardia, y producen en su ánimo el mismo efecto que si leyera lo palabra *censura* en todas las páginas del periódico. La censura comprende perfectamente todo lo que hay de bochornoso en su denominacion. Esclavos, poco importa que seais mutilados, pero ocultadnos las cicatrices del hierro; sufrid la tortura enhorabuena, pero tened luego cuidado de que no se noten mutilaciones; llevad cadenas, pero muévanse libremente todos vuestros miembros; caminad con desembarazo. En esas maquiábelicas prevenciones se trasluce que la censura tiene por lo menos conciencia de su ignorancia, y esto al fin ya es algo.

Mas ¿cómo se podrá obligar á los periódicos á llenar los *blancos* que dejan los tijeretazos de nuestros patronos? No se les puede obligar á semejante cosa en nombre de la ley.—Ciertamente, no; pero puede hacerse lo siguiente:

Se puede decir á un periódico: «Si dejais *blancos* »nos echaremos tales grillos que mañana no podreis »salir al público.»

A la redaccion de otro periódico se le manda á decir: »Si dejais un solo *blanco* concederemos á otro perió»dico permiso para publicar noticias que suprimire»mos en el vuestro.»

Finalmente puede decirse: «Si dejais *blancos* ejer»ceremos sobre vosotros la censura con todo rigor; no »os dejaremos pasar ni una palabra, y os reduciremos »á la nada.»

Los periódicos amenazados cubrirán todas sus páginas. En los *Debates* y en la *Cuotidiana* se habrán suprimido pasajes; pero como los redactores se habrán dado buena prisa á cubrirlos, el público no llegará á comprenderlo. Entre tanto la *Francia cristiana*, *Pandora*, y algunos otros periódicos, amigos de estos, habrán podido salir con su túnica de la inocencia de manos de la censura. (1)

Hoy, supongamos, se ha borrado en el *Diario de los Debates* un artículo de la *Gaceta de Augsburgo* que se ha dejado insertar en el *Constitucional*. Mañana le tocará el turno á este y se le prohibirá lo que el dia antes se habrá permitido á los *Debates*: se entiende, portándose todos con mucha docilidad, siendo buenos... periódicos.

En un artículo del *Diario de los Debates*, en que se proponia á Mr. Dedalot para candidato á los electores de Angulema, la censura borró estas líneas. «Si la »carrera legislativa de Mr. Dedalot fue corta, no nos »hemos olvidado aun de todas las diligencias que tuvo »que hacer para abreviarla. Esperamos únicamente »volver á ver antes de mucho á Mr. Dedalot en la »tribuna consagrando á la defensa del trono y de las »libertades públicas todo cuanto pueden prometerse »de su elocuencia y de su inquebrantable firmeza. Su »nombre es el terror de los ministros enemigos de la »Constitucion y que han renegado de las doctrinas »que les elevaron al poder.»

Tambien ha suprimido la censura la dimision de los señores Caix y Rio. Venganse del valor de estos honrados ciudadanos dejándolos á merced del corruptor hálito ministerial. (2)

Ya sabia yo que no les seria permitido hacer una advertencia al público. De manera que esos recomendables profesores no son dueños de manifestar que no aceptan un destino; un *par de Francia* no puede decir que va á publicar algunos pensamientos sobre una cuestion que se relaciona con las leyes políticas y con la existencia misma de la Carta: hé aquí la imparcialidad de la censura!

¿Podrá creerse que los mas legítimos derechos llegan á ser desconocidos bajo un consejo de vigilancia compuesto de pares, diputados y magistrados? El señor vizconde de Bonald á quien yo hace pocos dias llamaba mi ilustre amigo en la tribuna ¿ha podido prestar su distinguido nombre para cubrir tales torpezas, habiendo visto algunas de sus obras proscritas como las mias y habiendo él mismo sufrido como yo los ultrajes de la censura?

Veremos si sucede con mi nuevo folleto lo que sucedió con la *Monarquia con arreglo á la Carta*; si se prohibirá á los periódicos hablar de su contenido; si el correo se negará á admitirlo; si los subalternos que lo leen serán destituidos; si los prefectos lo perseguirán en las provincias, y amenazarán á los libreros que traten de venderlo, y veremos por fin si el señor presidente del consejo que tanto tiene que alabarse de la *Monarquia con arreglo á la Carta*, y que me ha dado por ella las mas afectuosas gracias, obrará hoy como el ministro de quien en aquel tiempo era el mas violento adversario.

Mucho orgullo deberian darme esas precauciones ministeriales. Muy triste debe ser el estado si tiene que temer temores de parte del autor del *Genio del Cristianismo*; muy en peligro debe hallarse la legitimidad si teme al hombre que publicó el folleto de *Bo-*

(1) Despues del drama viene el sainete: en el *Figaro* han borrado la viñeta que representaba á Figaro y á Basilio. Cierto periódico habia anunciado el melodrama titulado *Los Natched*, sacado, segun el decia, *de un admirable poema*: han borrado el epiteto admirable y han hecho bien. El censor ha obrado muy bien como crítico, pero muy mal como censor, etc.

(2) A proporcion que voy escribiendo me van llegando avisos de todas partes. El principal redactor del *Diario del Comercio* me da noticias de haber sido suprimidas algunas de sus columnas. Estoy viendo hacer supresiones del modo mas extraño y con absoluta falta de buena fe, pues hasta se han suprimido contestaciones dadas á cosas afirmadas por los periódicos ministeriales: téngase presente que segun el espíritu de la ley se puede obligar á un periódico que ataca á insertar la contestacion del atacado. Semejante caso puede presentarse no pocas veces. ¿Tendrán los censores el derecho de ir contra lo que la ley ordena positivamente?

naparte y los Borbones, que redactó el *Informe presentado al rey en su consejo de Gante* y que dió á luz el pequeño escrito titulado: *El rey ha muerto: ¡viva el rey!*

Mas lo que acabo de decir con relacion á mi nuevo opúsculo no es ya mas que una rigurosa verdad; la tierra se estremece bajo mis pisadas. El permiso que se negó al *Diario de los Debates*, á la *Cuotidiana*, y al *Correo*, se ha concedido al *Constitucional*. En dos líneas de su hoja del 28 se lee: *Anúnciase la aparicion de un nuevo escrito de Mr. de Chateaubriand.*

¿Qué clase de *escrito*? La censura no habrá sin duda dejado añadir: *sobre la censura*. El lector queda en libertad de pensar que se trata de una nueva entrega de mis *Obras completas*. Al dia siguiente se permitió á la *Cuotidiana* y al *Correo* insertar la misma ruindad.

Esperad algunos dias mas, y vereis lo que sucederá. No se domina á las pasiones: en vano los que gozan del poder absoluto se lisonjean de poder servirse de ellas con templanza; el despotismo los arrebata: se irritan con la resistencia, y no tardan en imaginar que es una tontería el tener en su mano la arbitrariedad y no valerse enteramente de ella.

Por otra parte, el partido que domina al ministerio, pretende decir cuanto se le antoja. Si la censura trata de encadenarlo, tomará una actitud hostil: tendrán que obedecerle y la extremada licencia de las hojas periódicas vendrá en pos de la extremada esclavitud.

¿Quereis juzgar hasta qué punto es libre la prensa bajo el dominio de la censura? trate la *Cuotidiana* de recordar la violencia ejercida con Mr. de Hide de Neuville; hable de servicios mal pagados, de la ingratitud de que los realistas han sido víctimas; declare que nunca deberia haber reconocido á una república de negros insurreccionados; pregunte si Boyer pagará lo que debe; invite á los electores á no dar su voto mas que á los realistas opuestos á la voluntad del ministerio, y vereis como la graciosa censura no deja pasar ni dos palabras de todo esto.

Estampen los *Debates*, el *Constitucional*, el *Correo*, la *Francia cristiana* ó el *Diario del Comercio*, cada cual segun los matices de su opinion, artículos como los que escribian hace cuatro ó cinco dias; pasen revista á las faltas del ministerio; indiquen sus errores; recuerden los 3 por 100, el sindicato, el derecho de primogenitura, la ley sobre imprenta, los funerales del duque de Liancourt, y el licenciamiento de la guardia nacional; repitan lo que han dicho mil veces acerca de la incapacidad del ministerio y el mal que causa á la Francia; reclamen nuestras libertades y hablen con calor contra la censura y veremos si la censura les deja mucho tiempo su independencia.

La supuesta templanza de la censura no viene por lo tanto á ser mas que una mera superchería. Ademas, nada tenemos que ver nosotros ni con su templanza, ni con su rigor: la libertad de imprenta es un principio, un principio vital del gobierno representativo. Este gobierno no puede existir con la censura, ni templada, ni violentamente ejercida. La libertad de imprenta no es propiedad de un ministerio, ni puede usar de ella conforme le acomoda. Hoy el ministerio tendrá ideas de templanza que mañana no le acomodarán, ¿tendrá que moverse la libertad de imprenta al son de su capricho? Los ministros se cambian: el que vendrá en pos del actual tendrá acaso el antojo de seguir un sistema enteramente contrario á los intereses preconizados en la actualidad: ¿quién duda que no se descuidará de emplear tambien la censura del modo que mas le convenga? Discurra cada cual con arreglo á sus propias opiniones, y se convencerá de que la censura daña todos los intereses para favorecer á uno solo, variable segun la posicion del poder.

Si la censura facultativa y momentánea es una calamidad tan grande, ¿qué será cuando se cambia en censura perpetua ó secular? En tal caso, desaparecerán todas las consideraciones, y los opresores no tendrán mas que una carcajada de burla para los incautos que se hubiesen dejado remachar los grillos. Protegida de un misterioso silencio, la faccion trabajaria incesante para derrocar del todo la obra de Luis XVIII, anular el pacto entre la antigua y la nueva generacion y romper el tratado reconciliador entre lo pasado y el porvenir.

Aquí es donde conviene poner de manifiesto el plan secreto de los que tan imprudentemente han aconsejado á los ministros restablecer la censura. Mi opinion (¡ojalá me engañe!) es que esta censura provisional podria convertirse en tipo de un proyecto de ley cuya aprobacion esperaban conseguir en la próxima legislatura. Lisonjeábanse que introduciendo nuevos pares en la cámara Hereditaria habrian allanado las dificultades. Si en tal caso se obtenia la victoria, todo habria cambiado de aspecto. El pensamiento hubiera quedado encadenado hasta el dia de las revoluciones. No es el silencio el que salva á los imperios. Bonaparte pereció con la censura en medio de su ejército.

Tengo la conviccion de que nos libraremos de ese mal que nos amenaza, evitando lo que puede perdernos.

Si los periódicos aceptan la libertad irrisoria que se les ofrece, y bajo el látigo de los que mandan, consintieran en hacer una semi-oposicion, es indudable que se expondrian al mayor peligro. Entonces los enemigos de nuestras libertades al inaugurarse la próxima legislatura, vendrian á las Cámaras á entonar himnos de alabanza á una censura destructora de la *licencia* y conservadora de la *libertad*; y para demostrar que decian verdad, presentarian los mismos artículos de los periódicos, y con hueca voz leerian lo que se les hubiese dejado decir en el sentido de sus opiniones diversas. Si desgraciadamente se hubiera en realidad presentado una ley de censura, el argumento sacado de la libertad criticada por los mismos periódicos pareceria irresistible. ¿Seria bastante en tal caso hacer á tan magnánimos ministros eterno sacrificio de la libertad de imprenta en provecho de ellos y de sus sucesores? Manos dem asiado obedientes tendrian que sufrir cadenas bien merecidas.

Por mi parte jamás consentiré en usar de la libertad *con licencia de los superiores* (1). No hay condicion que me haga meter espontáneamente los piés en el cepo. Romper lanzas en obsequio de las libertades públicas en presencia de los heraldos de la censura; bailar la danza pírrica delante de una chusma armada que aplaudiera la destreza de los golpes, y el ademan marcial de los actores, seria imitar á los esclavos que esgrimian las armas, y daban saltos peligrosos para divertir á sus dueños. Asi que pasaban una línea del límite prescrito, el látigo les hacia recordar que no eran mas que unos miserables bufones.

Los principios mas útiles pierden su eficacia cuando van marcados con el sello de un *inspector de opiniones*. Nadie cree en lo que dice un periódico censurado: el buen sentido manifiesta que lo que se permite decir al tal periódico, debe ir acompañado de algun secreto interés del ministerio: la verdad se convierte en mentira al pasar por la censura.

Los mismos hombres, á quienes tan rudamente se trataba hace pocos dias, se han convertido en unos santos porque han establecido la censura ¿tendrán una nueva virtud porque han causado un nuevo daño? ¿Se habrán borrado todas sus culpas porque han impuesto silencio á los demás? Si ayer eran la perdicion de la Francia ¿cómo hoy la salvan? Se les hacian graves cargos: ó bien no los merecerian, y en tal no les importaba que se los hicieran, ó bien despreciaban á sus enemigos lo bastante para reirse de aquellas baladronadas con el *visto-bueno* de la policía, ó bien los que tales cargos les hacian eran en secreto sus mejores compadres.

(1) Un periódico ministerial ha dicho que excepto el *Correo francés* todos los periódicos de la oposicion se han declarado en favor de la censura. El tal periódico miente, pero bien se conoce cual es su intencion.

Lo que los ministros quieren sobre todas las cosas, es producir una ilusion de gobierno representativo. Todos vendriamos á ser unos autómatas, que moviéndonos por secretos resortes manejados por la censura, podriamos algunas veces representar farsas de oposicion: el país seria una especie de títere que puesto alguna vez en noble ademan podria hablar de libertad con varonil arrogancia, y luego desapareceria de la vista de las naciones cuando la inmunda mano del agente de policía dejase caer el asqueroso telon.

¿Hemos de abandonar la realidad por ir en pos de un vano fantasma? ¿Seremos á manera de unos decrépitos convertidos en niños capaces de entretenernos con juguetes políticos? ¿Podremos conseguir de la Constitucion todo cuanto deseamos solo por apoyarnos sobre el báculo, y soltar al aire unas cuantas vanas palabras? Un pueblo que renunciando á la única vigilancia digna de él, la vigilancia de las leyes se empeñara en remedar á una nacion libre poniéndose bajo la vigilancia de un gobernante asalariado ¿podria caer en mayor degradacion.

Tengo intencion de trazar la marcha á los amigos de las libertades públicas que con sobrado motivo podrian poner en duda mi autoridad. Pienso que si la oposicion sigue diversos caminos, se mueve unánimemente impelida por el horror á la censura, y que asi como yo, busca con anhelo un medio de romper ese infame yugo. Por lo tanto no hago mas que exponer mis ideas y mis temores: otro tendrá la fortuna de ver con mas claridad que yo; pero eso no impide que dé razon á los hombres de bien de mi modo de pensar en la cuestion actual.

Si el *Conservador* existiese aun; si juntamente con los señores de Villéle, Fremilly, de Bonald, d'Herbouville y otros de mis nobles y queridos amigos dirigiera yo la redaccion de ese periódico, les propondria lo siguiente: Sigamos escribiendo, como si la censura no existiera. ¿Suprimirán nuestros artículos? dejaremos *blancos* en el periódico para protestar contra la violencia.

El periódico sufriria toda clase de vejaciones; no podria salir á luz los dias determinados; seria recogido..... Mucho mejor. Cuanto mas injustas fueran las persecuciones, mas pronto se colmaria la medida de la pública indignacion. Una página en blanco es un artículo que los suscritores comprenden perfectamente, y cuyo sentido queda bien grabado en su mente.

Tal vez se nos formaria causa por el crímen de dejar *blancos*, asi como en otro tiempo se condenaba á los aristócratas por taciturnidad. ¡Tanto mejor! Nosotros tambien les formariamos causa á nuestra vez: citariamos al consejo de vigilancia y á los censores ante los tribunales. Habria que oir nuestras pruebas, y con ellas pondriamos en toda evidencia á los tenebrosos enemigos de nuestras libertades, y no *venderiamos nuestros procesos* á los traficantes de conciencias.

Finalmente, cada ocho dias imprimiriamos aparte en forma de folleto todos los artículos suprimidos por la censura, pues los artículos que esta reprueba (este hecho explica con toda claridad lo que es la censura) son absueltos por los tribunales: de manera que el censor condena lo que la magistratura absolveria.

Finalmente nunca entrariamos en combate con los escritores ministeriales en el terreno de la censura, y cuando no podriamos hablar en plena y absoluta libertad de asuntos políticos hablariamos de literatura (1).

Como par de Francia no puedo abstenerme de hacer una penosa reflexion. Una censura facultativa concedida por necesidades de la corona en circunstancias graves no pareció al legislador mas que una prevision útil. ¿Qué es pues lo que hoy resultará de esa funesta facilidad de entregar al poder nuestras libertades públicas? Nótese en vista de esto, con qué circunspeccion, con qué prudencia será preciso proceder para discutir y aprobar leyes.

No es tiempo ya de disimular: la marcha que sigue el ministerio puede conducirnos á una catástrofe. Suspenderse por algun tiempo en el declive de los abismos es una cosa posible; pero al cabo no hay mas remedio que rodar hasta el fondo. Concíbese que la posicion es sumamente difícil para unos hombres que se prefieren á su patria. Fuera del poder ¿qué serian esos hombres? El ministerio, abrumado por el peso de las responsabilidades que grabitan sobre su cabeza, unas veces intentando sobornar los periódicos, otras intentando hacer pasar un abominable proyecto de ley, recurriendo á la censura, amenazando con trastornos financieros á los propietarios, licenciando la guardia nacional de París, y con otros hechos de esa naturaleza, se ha granjeado una inmensa impopularidad. Por do quiera ha ido acumulando enemistades, y ha tratado de sacar algun elemento de fuerza de la policía y de las medianas inteligencias: tanto le hubiera valido pedir vida á la nada.

Los sucesos no se estacionan: los años, los dias y las horas traen nuevas mudanzas: mas cabezas humanas abate la mano del tiempo en un minuto que la hoz del segador corta espigas en el mismo tiempo. Los siete años están próximos á terminar. ¿Qué se hará entonces? ¿Elecciones? ¿Quién será el elegido?

Los realistas dispersos, perseguidos, despreciados, no se hallan ya reunidos como en tiempos del *Conservador*. Los que han sostenido sobre sus hombros el peso de las ruinas de la antigua monarquía se hallan ya al borde de la tumba, y todo cuanto á sus debilitadas fuerzas seria dable hacer consistiria en ir á espirar á los piés de su monarca.

Los partidarios de la usurpacion ó de la república si es que aun existen se gozan de todo lo que ven.

La moderna Francia, la Francia constitucional y monárquica está herida: cree que el ministerio trata de arrebatarle lo que el rey le ha dado, y cuando oye hablar de tantos proyectos funestos se imagina que la censura es el medio que la pandilla se ha reservado para consumar sus planes.

La Francia razonable é ilustrada no puede concebir un gobierno que choca con todos los intereses; que trata á los amigos de la monarquía como á los enemigos de la corona, que en el espacio de tres años, pone, quita y vuelve á poner la censura; que hace y deshace leyes; que se indispone con los tribunales; que no se digna responder cuando le dicen que tendrá que verse en la precision de infringir el principio de la dignidad de par; un gobierno que trata á una capital de setecientos mil habitantes y residencia del monarca como á un pueblo de Auvernia ó de otra provincia cualquiera; un gobierno que descarga brutalmente su extenuado brazo y que con no ser capaz de nada, se hace sospechoso de todo.

En este siglo nadie tiene ya fuerza para luchar ventajosamente con las opiniones: en la actualidad las ideas son intereses, son verdaderos poderes: oponedles los vuestros; pero tened mucho cuidado. Si los periódicos eran los que producian todo el mal, es preciso que todo marche bien bajo la censura; si el mal prosigue existiendo, ¡ay de vosotros!

En vano cada cual se pregunta qué es lo que harán los ministros. ¿Intentarán mudar la ley de elecciones

(1) No merece la literatura mas atenciones que la política. Las dos columnas en blanco con que se ha publicado el *Diario de los Debates*, á riesgo de aumentar la bilis censorial pertenecen á un artículo literario que ha sido enteramente suprimido.

antes de una época fatal? Téngase presente que no existe semejante ley de elecciones, á no ser que se nombren diputados de oficio que proporcionen mayoría á los ministros. El silencio impuesto por la censura irritará la opinion en vez de calmarla.

Si llegan á tomar medidas fuera del límite de la Constitucion, el presupuesto no llegará á cobrarse.

La exageracion de que los parásitas del poder hacen alarde al hablar de la milicia, hace reir á un pueblo militar que vió la guardia imperial al volver de Austerlitz y de Marengo, á un pueblo que vió á los reyes de Europa pagando en la puerta de las Tullerías la falta de hospitalidad en que incurrieron respecto del verdadero dueño de ese palacio. Solo con el esplendor de las artes y con las libertades constitucionales se le pueden hacer olvidar á ese pueblo sus glorias recientes. ¿Qué nos ofrecen los anti-constitucionales por la ley fundamental que pretenden quitarnos?—La censura y el ministerio.—El cambio no merece la pena.

¡Pues qué! ¿Ha de haberse derramado durante treinta años la mas ilustre sangre francesa; ha de haberse derrocado un trono; habremos visto caer nuestros bienes, nuestros amigos, nuestros parientes y hasta las tumbas de nuestras familias en el abismo de la revolucion, y habremos combatido contra toda la Europa coligada, solo para conquistar la censura que teniamos en 1789? Cuando á fuerza de desgracias y de victorias, cuando sobre el polvo de las generaciones inmoladas hemos conseguido reedificar nuestro trono legítimo ¿no habiamos de conseguir mas resultado que el conferir la dictadura de la humana inteligencia á unos seres oscuros, cuya celebridad no pasa de los umbrales de su casa?

¡No!—Hay cosas imposibles. Vosotros segun decís, estableceis la censura en virtud de la ley por *circunstancias graves*. ¿Sabeis quién hará nacer esas circunstancias graves, que darán al traste con todo el poder ministerial (ojalá se contengan en ese límite!) Vosotros mismos.

Reclamo la libertad de imprenta con la firme conciencia de un vasallo leal, con la íntima conviccion del que combate por la seguridad del trono. No nos hagamos ilusiones; en la libertad de imprenta está enteramente vinculada toda la ley fundamental. No nos hemos acostumbrado bastante al gobierno representativo; este gobierno no se ha arraigado aun entre nosotros lo suficiente para existir por sí mismo; la libertad de imprenta es lo que le da todo su apoyo. No es la Carta la que nos da la libertad; sino por el contrario la libertad la que nos da la Carta. Solo ella, solo esa libertad, puede ser el contrapeso de una contribucion enorme; de un sistema de quintas de que puede abusarse con facilidad, y de una administracion despótica que el poder imperial nos ha dejado en pos de sí: solo esa libertad puede hacernos tolerar con paciencia los abusos del antiguo régimen, reproducidos por los hombres de otros tiempos, y solo ella puede hacernos apartar la vista de las escandalosas fortunas ganadas por la servidumbre, y que exceden mucho á las que los mariscales han encontrado en los campos de batalla.

Esa libertad consuela á los desgraciados y contiene por medio del temor á los opresores: ella es la fiel balanza de nuestras costumbres, y la atenta descubridora de las injusticias. Nada hay perdido en tanto que ella existe: ella es la insobornable depositaria para el porvenir, y ella es por decirlo de una vez el grande, el inapreciable tesoro que hemos adquirido con la restauracion. ¿Qué podrian ofrecernos nuestros reyes antes de volver del destierro? Su derecho, sus tradiciones históricas, la adversidad y la virtud: á todos estos dones añacieron la libertad del pensamiento, y la nacion arrebatada de gozo se postró á sus piés.

La patria invoca hoy la declaracion de Saint-Ouen, la Carta y los juramentos de Reims, Carlos X no ha jurado, en vano sobre el cetro de S. Luis: la libertad será mas hermosa al sernos devuelta por la religion del honor.

POST-SCRIPTUM.

Domingo 1 julio 1827.

Seguiré escribiendo mientras dure la censura y apenas podré indicar todas sus persecuciones. He aquí algunos nuevos hechos que no habia tenido tiempo de referir.

El *Diario de los Debates* traia el 27 de junio un artículo literario, la censura encontró algunas palabras, algunas frases dignas á su modo de ver de reprension borró el artículo entero y dió por aprobado el resto del periódico á las once de la noche.

Al dia siguiente por la mañana enviaron como de costumbre las dobles pruebas exigidas por la censura: el portador de ellas estuvo esperando hasta las diez de la noche, en cuya hora le devolvieron una de las dos pruebas, pero sin el visto-bueno de la censura, diciéndole que los censores se habian ya retirado.

El *Diario de los Debates* conservaba por casualidad el resto de una antigua hoja aprobada, y se sirvió de ella para que sus páginas no estuvieran enteramente en blanco y el periódico salió del modo que la nacion ha podido verlo.

¿No es cosa clara que al adoptar ese sistema de *no-censurado* puede de hecho quedar suprimido un periódico? Si todas las columnas de un periódico están *no-censuradas*, ó bien tendrá que salir enteramente en blanco, en cuyo caso escusa salir á luz, ó bien tendrá que publicarse con artículos *no-censurados* y en virtud de la ley quedará suspendido.

¿Puede darse una mas abominable ni mas odiosa persecucion de la prensa? ¿Hay palabras bastante fuertes, ni expresiones bastante vivas para pintar toda la indignacion que inspira? ¡Cómo! ¡Estableceis una censura, me someto á ella, y aun me negais la aplicacion de vuestra ley opresiva! ¡Ni me haceis justicia, ni me marcais con el sello de la esclavitud! Mi muerte solo os contenta.

¿Quién es el que está al frente de semejante sistema? Si el consejo de vigilancia fuera *realmente* alguna cosa ¿no deberia destituirle al momento? Asi es que ese espíritu de venganza contra los *blancos*, ese furor contra los *blancos* acusadores de las mutilaciones de la censura, es el furor que provoca todas las desvergüenzas del despotismo: no se contentan con herir, es preciso dar muerte para que no queden testigos del atentado; para que el agresor no pueda ser reconocido, ni sentenciado ante el tribunal de la opinion. ¿Y es eso lo que quieren vendernos por libertad? ¿Es eso, lo que llaman censura *contra la licencia*? Las pequeñas tiranías subalternas toman el carácter de la bajeza en que fueron engendradas.

Sin embargo aun queda un recurso contra tal villanía: puede publicarse un periódico no censurado despues de haber hecho constar legalmente en cuanto es posible la negativa de la censura. El periódico será suspendido; se formará causa. Veremos si los tribunales condenan un periódico por haber transgredido una ley á la cual se sometió oportunamente, y cuyo triste amparo no pudo conseguir. Pues en último resultado ese periódico se encuentra por aquella negativa en la situacion de tener que publicarse *no-censurado* ó dejar de existir. Segun principios del derecho á nadie puede obligarse á dejar de existir espontaneamente.

Un artículo del *Correo inglés*, periódico ministerial, consagrado á Mr. Canning, acaba de llegar á mis manos, y me apresuro á publicarlo, pues en lo sucesivo la nacion ignorará lo que respecto de ella piensa la Europa; lo cual será uno de los nuevos beneficios de la censura.

«Los periódicos de París del domingo y del lunes »han llegado ayer por la tarde. El *Moniteur* del 25 »contiene una real órden estableciendo una rígida »censura de la prensa. Este ejercicio de la prerogati»va real nos parece, el resultado de haberse retirado »la ley de imprenta presentada en la última legisla»tura á las Cámaras. El objeto de semejante medida »se reduce á encadenar la opinion pública. El modo »de ejercerlo dependerá de la discrecion é inclinacio»nes de las personas encargadas de llevarlo á cabo. »No nos es posible descubrir motivos mas terminan»tes para dicha real órden en la actualidad. Leemos »atentamente los periódicos de aquella capital y con»fesamos que en ellos no vemos nada de ese lenguaje »sedicioso é incendiario que podria exigir una tan se»vera vigilancia sobre la prensa; por otra parte hay »suficientes pruebas de que los tribunales ordinarios »pueden castigar los excesos que se cometieran. Muy »débil debe ser un gobierno, ó muy inclinado á tur»bulencias el pueblo para que pueda creerse necesario »el establecimiento de la censura. Mas de todos modos »es un error el creer que semejante recurso pueda »ser útil ni en uno, ni en otro caso. Ninguna fuerza »puede adquirir un gobierno dando testimonio de sus »temores, y un pueblo poco afecto no se mejora aña»diéndole el peso de nuevas trabas.»

(*Correo inglés* del 27 de junio de 1827.)

OPINION

SOBRE EL PROYECTO DE LEY RELATIVO Á LA POLICÍA DE LA IMPRENTA (1).

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICION.

París 8 de mayo de 1827.

El público ha tenido á bien acoger favorablemente el discurso que yo debia pronunciar en la cámara de los Pares acerca de la ley relativa á la policía de la imprenta. Las verdades contenidas en las tres últimas partes de este discurso son tambien aplicables á nuestra situacion política.

Me lisonjeo de que todo hombre de buena fe, despues de haber leido la segunda parte de esta especie de tratado sobre la prensa, no crerá en los crímenes que á esta se le suelen imputar.

Sin embargo nada he dicho respecto de los siglos en que la imprenta no era conocida ni sobre el tiempo que permaneció oprimida.

En los detalles de turbulencias políticas en especial de las del tiempo de Carlos VI, he pasado en silencio muchas atrocidades. No he mencionado las crónicas de Luis XI: he hablado de los crímenes de los católicos en la jornada de Saint-Barthelemy y en la época de la Liga, y hubiera podido contrarestarlos con los crímenes de los protestantes, que en verdad no eran mucho menos bárbaros que sus perseguidores. Cinco años antes de aquella sangrienta jornada los protestantes de Nimes arrojaron ochenta católicos ilustres de la ciudad á un pozo del palacio arzobispal. En 1569 volvieron á renovar las mismas atrocidades.

Quieren decir que el suicidio é infanticidio son mas comunes en nuestros dias que en otros tiempos. Abran el diario de Pedro de L'Estoile y en todas las páginas encontrarán suicidios hasta entre los niños.

Por lo tocante al infanticidio citaremos este pasaje de Guy-Patin: «Los vicarios generales y los peniten»ciarios se han ido á lamentar al señor presidente de »que en el término de un año (1660) se han confesado »seiscientas mujeres por lo menos de haber ahogado »el fruto de sus entrañas.»

Nótese que la ciencia administrativa no era conocida en aquellos siglos bárbaros, supuesto que poquísimas personas sabian leer ni escribir. Tampoco habia periódicos, ni caminos, ni comunicaciones. En la actualidad son conocidos cuantos delitos se cometen en toda la extension del reino, y á pesar de eso en las crónicas y memorias de los tiempos pasados encontramos mayor número de crímenes cometidos anualmente y de un carácter infinitamente mas horrible que los de la actualidad.

Hay un hecho que no me es lícito decir y que era

(1) En la carta que con fecha 3 de enero del presente dirige al señor redactor del *Diario de los Debates* sobre el proyecto de ley relativo á la policía de la imprenta, dije:

«Cuando en la cámara de los Pares hablaré de la relacion »moral del proyecto de ley demostraré que en ese proyecto va »oculto un profundo horror á las luces, á la razon y á la li»bertad; que manifiesta una violenta antipatía contra el ór»den de cosas establecido por la carta; probaré que se halla »en oposicion directa con las costumbres, con los progresos »de la civilizacion, con el espíritu del tiempo, y con la fran»queza del carácter nacional; que está respirando odio con»tra la inteligencia humana y que todas sus disposiciones »propenden á considerar el pensamiento como un mal, co»mo una plaga, como una calamidad.»

El rey aumentando su gloria asi como el amor y la veneracion que los pueblos tributan á su augusta persona, acaba de librarnos mediante un esplendido acto de justicia por segunda vez. La saludable medida que atrahe tal cúmulo de bendiciones sobre nuestra monarca ha inutilizado el discurso que yo tenia preparado para cumplir con mi conciencia y con los deberes de par. Sin embargo aun despues de haberse retirado el proyecto de ley habia personas que me instaban á que publicara el discurso, lo cual yo no me habria determinado á hacer sino se hubiera adoptado una proposicion que al parecer es un corolario del antiguo proyecto. Este asunto atrasado en el cual un ministro ha combatido por tres veces en primera fila demuestra que los agentes del poder no han abandonado su doctrina, ni su proyecto, y esta es la razon que me mueve á publicar mi discurso.

No hago mas que repetir un pequeño número de argumentos de que se le han servido. Como yo reservaba las objecciones de detalle para la discusion de los artículos, resulta que mi discurso general al tratar de los principios de la materia, abraza una esfera de ideas independiente de la suerte que le cupo el proyecto de ley. Este discurso no hace mas que tocar ligeramente al *cadáver* del proyecto, pero cae de lleno sobre el espíritu qué aun anima á los enemigos de la libertad de la prensa.

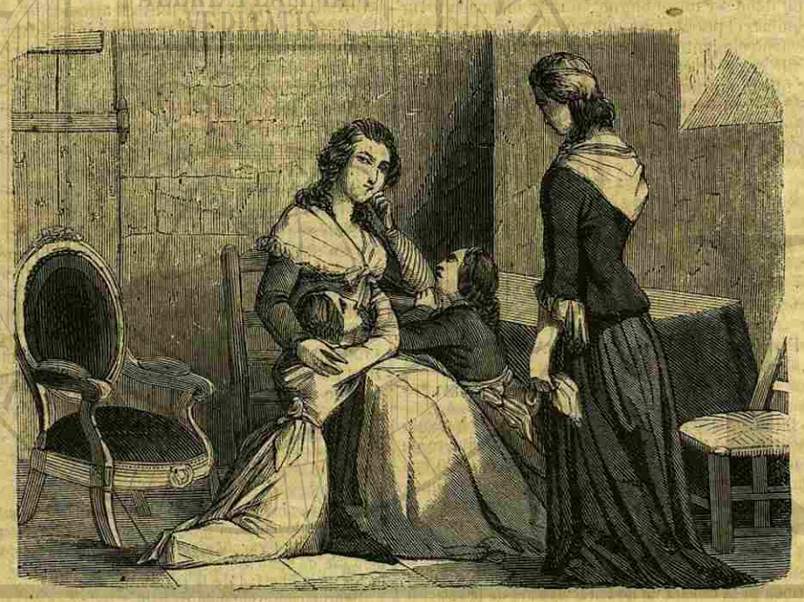
Rigurosamente obrando yo habria podido en la actualidad suprimir todo lo que digo de la multitud de leyes, del número de sentencias, y de la cantidad de obras impresas, pero una razon de alto interés me ha hecho conservar todos esos cálculos que por lo menos tendrán el incentivo de la novedad. Ademas, como hay personas tímidas que creen que habiéndose retirado el proyecto de ley no nos quedan ya medios de represion, y otras se figuran que los tribunales no se han valido de esos medios, conviene que lean este discurso para que se tranquilicen. Subsistirán tambien estos cálculos como testimonio de una respetuosa gratitud hácia una magistratura que tan formalmente defiende los derechos del trono y los intereses de los ciudadanos.

En todo lo concerniente á la parte histórica de la prensa y de la libertad de imprenta, en el exámen de las relaciones de esta libertad con el Cristianismo en general y con la Iglesia galicana en particular y en la deduccion de las afinidades de esta misma libertad con el estado social moderno, he tocado asuntos que los debates legislativos están lejos de haber apurado. Me consideraré feliz si al ilustrar algunos puntos oscuros, ó al completar las verdades producidas por una discusion memorable, puedo contribuir á prevenir toda nueva tentativa contra nuestras instituciones políticas. Mas dichoso me consideraré aun si en los hechos que explano abro nuevos caminos de gratitud por la real órden de 17 de abril, nuevas razones de admiracion hácia un monarca que tan perfectamente comprende las necesidades de sus pueblos, y nuevos motivos de amor hácia un príncipe tan completamente digno de la ilustre raza á la que debemos la gloria de la antigua monarquía y la libertad de la nueva.

objeto del dolor y consternacion de todos los párrocos de las aldeas en las regiones de Europa mas ignorantes y salvajes.

Nada he tocado por lo relativo á la tercera y sobre todo á la cuarta parte de mi discurso á pesar de haberse retirado el proyecto de ley: nuestro mal en la actualidad depende de la resistencia que un puñado de hombres oponen á las mudanzas producidas por los siglos. Los cálculos últimamente suministrados por el baron Dupin acaban de confirmar mi proposicion, y con elocuentes documentos justificativos de mi discurso. «Apresurémonos, dice, á indicar los vastos cambios »ocurridos en la poblacion francesa en sus costumbres, ideas é intereses desde el último período del »imperio. Solo en el término de trece años han nacido »doce millones cuatrocientos mil franceses, y nueve »millones siete mil almas han dejado de existir.... Ya »ha desaparecido casi una cuarta parte de la poblacion »que vivia en tiempo del imperio. Las dos terceras »partes de la poblacion actual no habian nacido en 1789 »en la época en que se convocó la Asamblea constituyente: los hombres que entonces contaban 20 años »no componen hoy mas que una novena parte de la »poblacion total. Finalmente la totalidad de los que »tenian 20 años al morir Luis XV. no representan la »cuadragésima nona parte de esta poblacion..... ».....Mayor revolucion se ha consumado aun sobre el »continente europeo.

»Desde el 1814 se ha aumentado la nueva generacion de Europa con ochenta millones y la antigua ha »perdido sesenta millones que han dejado de existir. »De doscientos veinte millones de individuos que componian la antigua generacion, no existen ya mas »que veinte y tres millones, que continuamente están »bajando á la tumba. ¡Qué terrible desaparicion de »pueblos y de reyes!»



LA REINA EN EL TEMPLE.

Si de ese pequeño número de hombres que han conocido el antiguo régimen se descuentan los que han abrazado el nuevo sistema, ¡qué pocos serán *esos habitantes de otro siglo que con la vista fija en lo pasado y la espalda vuelta al porvenir se empeñan en andar hácia atrás!*

Sin embargo de estos *habitantes de otro siglo* es de quienes se hace caso: las pasiones ministeriales se aprovechan de su razon decrépita, ó mas bien, en tanto que esas pasiones están obrando, la palabrería de una rancia política se empeña en probar que las pasiones hacen muy bien. Cada dia nos da la faccion del tiempo pasado un nuevo tormento y una nueva prueba de los anacronismos en que se precipita. ¿En qué motivo ha fundado la órden de licenciamiento de la guardia nacional? En ciertos gritos fuera de propósito que al parecer se dieron en el campo de Marte.

Acabad de conocer bien á los personajes que estoy detallando. Para ellos nada ha sucedido: la monarquía representativa es la monarquía absoluta: una revolucion que ha dado al traste con el mundo antiguo y ha regenerado el nuevo; treinta años de calamidades no han producido ninguna variacion. La guardia nacional de 1827 sigue siendo la guardia nacional de la primera federacion: el rey sigue estando siempre en presencia del pueblo sin que entre este y la régia autoridad haya dos cámaras legislativas ni una Carta constitucional: *abajo el ministerio* es un grito reprensible en una nacion en que los ministros son responsables, y en que la libertad de escribir y de hablar está sancionada por la ley.

En Inglaterra no solo se grita *fuera el ministerio*, sino que se rompen los cristales de sus habitaciones, y los ministros los vuelven á mandar componer: el rey no tiene nada que ver con todo esto así como tampoco en Francia figura para nada el monarca en las enemistades suscitadas por los depositarios de su poder. Obstínanse en ver sedicion y revolucion en lo que en realidad no es mas que antipatía á los ministros. Estos por su parte infringen el espíritu de la Constitucion permaneciendo en el poder cuando son rechazados por la opinion: de aquí resulta que esta se aprovecha de la ocasion mas favorable y estalla. Efecto natural de una resistencia obstinada, que en nada conmueve absolutamente á la autoridad suprema del monarca.

Otra equivocacion: los partidarios de los ministros les aplauden sobremanera cuando dan un golpe de Estado y no resulta ningun movimiento de reaccion en el pueblo que lo recibe.

«Esto es obrar con firmeza,» suelen exclamar atribuyendo á esta circunstancia la inmovilidad del público. «Con dos ó tres golpes de esa clase todo volverá á quedar en órden.»

¡En órden! ¿Quién ha pensado salir del órden? ¿Creereis que la medida ministerial ha producido terror? Pues no ha hecho mas que excitar la piedad de los indiferentes, alegrar á los enemigos, y afligir profundamente á los apasionados de la corona. A nadie ha intimidado.

Pues ¿por qué esa indiscreta medida no ha producido ningun movimiento? No la ha producido por una razon muy sencilla que depende de la naturaleza misma de ese gobierno representativo que detestais, aun cuando viene á salvaros de vuestros desaciertos.

El poder de la corona empleado por los ministros no ha salido de su dere ho legítimo al licenciar la guardia nacional. Violento ha sido el golpe, mas no



LOS DOCE APOSTOLES.

puede llamarse inconstitucional: ninguna parte del pacto fundamental ha sido violada, ninguna libertad, ningun interés político, ni siquiera municipal ha sucumbido. Muy poco importa ciertamente para las instituciones tomadas en conjunto el que un ciudadano de París se vista de militar ó de paisano; puede una guardia pacífica y leal, que tantos servicios ha hecho á la restauracion entristecerse y sentir la extraña recompensa que ha recibido por parte de los ministros; mas no por eso se moverá ni un solo paso contra su rey.

Cambiad de cuestion: suponed que una medida ministerial infrinje abiertamente un artículo de la Constitucion, ya vereis entonces la impresion que producirá semejante medida.

De manera que esos hombres que tanto se admiran del valor de los ministros, que creen que á su heroismo de bufete es debida la tranquilidad que se goza, no conocen que á nadie deben esa tranquilidad mas que á esas mismas instituciones, cuya forma les irrita; á ese gobierno representativo que á todos inspira juicio y moderacion; á ese espíritu constitucional, que solo al verse atacado en sus principios se resuelve á moverse hácia la sedicion. Mientras que no se atente contra las Cámaras, ó contra las libertades públicas no ocurrirá ningun movimiento peligroso en la nacion. Las libertades públicas tienen, por decirlo así, paciencia: se resignan á esperar para establecerse sólidamente al fin de la generacion que no ha conocido su virtud, y los pueblos que gozan de ellas ninguna otra cosa esencial tienen que pedir.

En los gobiernos absolutos sucede todo lo contrario: el pueblo se agita como las olas del mar al menor viento: el primer ambicioso lo conmueve: algunas monedas lo ponen en efervescencia; una nueva contribucion lo precipita en la senda del crímen; arrójase

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

sobre los ministros, sacrifica los favoritos, y alguna vez llega hasta derribar el trono.

No son esas las pasiones ni la índole del pueblo en un gobierno representativo: nada le conmueve profundamente en tanto que la ley fundamental es respetada. ¿Por qué razon se habia de sublevar? ¿Por sus libertades? Ya las tiene. ¿Por una nueva contribucion? No, porque ha sido aprobada por sus mismos representantes. ¿Van á la morada del pobre á despojarle arbitrariamente de su último hijo para la guerra, ó de su último real para el tesoro? Nadie puede ser detenido sino con arreglo á la ley: cada cual es libre de hablar y de escribir: todos pueden, á medida de sus deseos ir, venir, hacer y deshacer, y usar ó abusar de su propiedad. La monarquía representativa hace desaparecer las causas principales de las conmociones populares, y solo queda siempre una en pié; esta, no nos cansaremos de repetirlo, esta causa de conmocion se manifiesta terrible siempre que se comete un atentado contra las libertades públicas.

Y ¿aun en tal caso queda el gobierno sin defensa? No. La historia de Inglaterra nos enseña con qué sencillez puede resolverse esa dificultad. Las Cámaras no aprueban el presupuesto; el gobierno á pesar de eso se empeña en cobrar irregularmente la contribucion: el pueblo en ese caso se niega á pagarla.

Afortunadamente es de presumir que en Francia nunca se llegará á semejante caso; pero de lo dicho se puede inferir cuán vano y temerario seria el proyecto de ir procediendo de violencia en violencia hasta la supresion de la libertad, y cuán injustas son las razones que tomando por sedicion algunos gritos aislados han servido de motivo para el licenciamiento de la guardia nacional. Dejemos á las irascibles medianías aplaudir ese arrebato de impotencia como si fuese una prueba: los verdaderos amigos del rey se lamentan de ella. Por mi parte desde el dia que en Saint-Denis vi pasar un personaje demasiado célebre para ir á poner sus manos entre las manos del hermano de Luis XVI, nunca he sentido mas profunda afliccion.

¡Ah! ¿Cómo no se han acordado los consejeros de la corona de que el soberano vive paternalmente en medio de sus pueblos, y de que ha pasado ya aquella época en que los reyes tenian que encerrarse en la torre de Vincennes ó en las galerias de Versalles? ¿Cómo no han comprendido que esa medida precipitada causaria profunda tristeza? ¿Cómo no han echado de ver que la lealtad y el amor, creyendo hacerse sospechosos, apenas se atreverian á pronunciar el grito de salvacion de la Francia, al pasar un príncipe tan querido y tan acrisolado por la adversidad? ¿No se les ocurrió ningun otro recurso para castigar unas intempestivas exclamaciones? ¿Era razonable que por eso procediera el ministerio á un licenciamiento de la guardia nacional? ¿Así se da la licencia á treinta mil hombres que siguen permaneciendo en la misma ciudad, y casi bajo el mismo techo, con sus armas? En Inglaterra así que tuvieron noticia de este suceso creyeron que en París habian estallado grandes turbulencias políticas, y es de presumir que otro tanto hayan creido en el resto de Europa. ¿No importará nada que los extranjeros hayan formado esa idea de la situacion de la Francia?

Si pudiera creerse en un designio no interrumpido en un eslabonamiento de principios, en un sistema que hasta el presente no ha sabido marchar sino á saltos digámoslo así, podria temerse para lo sucesivo una serie de medidas análogas al licenciamiento de la guardia nacional de París. Cualquiera que sea la conducta que respecto de este particular observen los agentes del poder nada pueden sacar sino males de tan deplorable medida. La tristeza de los mismos que aplauden este recurso demuestra que interiormente comprenden todos sus graves inconvenientes.

Sin embargo seria de desear que moderasen su celo. ¿Qué objeto se proponen al hablar de anular la cámara de los Pares? ¿Puede por ventura ser anulada la cámara de los Pares?—En tanto que llega el dia en que esos fanfarrones de lealtad que se ahogaban en los salones de las Tullerías el 16 de marzo de 1815 y desaparecieron el 20, vuelvan á eclipsarse de nuevo, en tanto que llega el momento de dejarnos defender á la monarquía, si la monarquía se viera atacada, seria muy conveniente que desistieran de hostigar al soldado contra el ciudadano, ni de querer triplicar la guarnicion, ni de hacer marchar mentalmente tropas contra esta capital. Ciertamente seria curioso que todo el ejército se reuniera, y se aventurase la tranquilidad del país solo para asegurar la cartera de dos ó tres ministros y la pitanza de los amigos de estos. Risible seria esa mezquina agitacion de antesala en la profunda tranquilidad del reino. Las fanfarronadas producen á veces lances formales. Dios sabe lo que resultaria de una sola gota de sangre derramada sobre una tierra tan fecunda en cosechas como en soldados. Cuando en los trastornos de las naciones se llega á los términos de la violencia nunca se trata del primer combate sino de la última victoria.

¿Podrá la policía tomar por conspiracion contra el trono lo que oye decir contra un gobierno embrollon y salvaje? ¿Estarán sus informes redactados en ese sentido? ¿Querrá hacer alarde de fuerza armada, y que se doblen los cuerpos de guardia? Pero ¿contra quién? Contra cuatro voces aisladas. Ya no faltaba sino que la violencia fuese coronada por la ridiculez.

El haberse retirado un ministro apreciado del público ha acabado de poner el sello á un acto de delirio del amor propio. Este ministro, digno verdaderamente del honor que se le dispensaba no ha querido permanecer por mas tiempo entre unos hombres que confunden su interés personal con la causa de la monarquía. Una conciencia que habla, pasa por sediciosa entre conciencias que han enmudecido; la virtud que se despierta importuna al deber que duerme y una buena accion es una leccion insolente para los que no tienen el valor de ejecutarla. No habria, pues, que extrañarse de que un Rochefoucauld, un realista decidido, un espíritu tan conciliador como moderado, un cristiano piadoso y sincero pasara hoy entre la turba servil por demócrata, por furibundo y por impío.

¿No nos hallamos ya todos en ese caso? ¿Quién no tiene ya en su bolsillo el título de jacobino dado en regla por los realistas de oficio? ¿No acabo yo de añadir á todos mis crímenes el de haber dado á luz un discurso que no ha llegado á publicarse?—Si nadie lo ha leido ¿qué mal puede haber hecho? Si lo leen ¿podrán encontrar otra cosa que el proyecto de ley que se mandó retirar? Lo cierto es que cuantas mas faltas comete el gobierno, tanto mas desea que se guarde silencio. Seria preciso renunciar á la palabra, para que la incapacidad que se ha perpetuado en el poder pudiera jactarse de haber vencido á sus contrarios con la fuerza de su talento. No nos dejemos seducir de tan grosero artificio; nada bueno conseguiremos reduciéndonos al silencio. Entre el bien y el mal no hay alianza posible: el abismo no concentra las víctimas; las devora.

NOBLES PARES:

En las dilatadas indagaciones á que me he entregado y cuyas consecuencias tengo hoy el honor de presentar á la cámara he tenido necesariamente que aislar mi pensamiento del trabajo de vuestra comision. No ignoraba cuánto puede esperarse de la conciencia y del talento de los nobles pares encargados de presentaros un informe sobre el proyecto de ley; mas yo debia discurrir en la hipótesis de que ese proyecto quedara en la forma que os lo habian presentado los ministros.

En efecto, señores, enmiendas propuestas no son lo mismo que enmiendas aprobadas, y aunque hubiera por mi parte tenido, como la tengo, la conviccion moral de su aprobacion, eso no debia alterar en nada el plan que me habia propuesto. Mi discurso, supuesta una serie de enmiendas capitales, vendria á ser un duplicado informe: informe contra la obra de los ministros en los puntos que no hubieran sido tocados por las enmiendas, é informe por lo tocante á la obra de vuestra comision en lo relativo á las cláusulas que esta hubiese aclarado con su ilustracion. Hecha esta salvedad entro de lleno en el asunto.

Hé aquí, señores, lo que se encuentra en la obra póstuma del siglo XIV: Censura antes de la publicacion; y juicio crítico despues de esta, como si no se hubiese ejercido la censura; retroactividad, anulacion ó infraccion de los contratos; atentado al derecho comun, proscripcion de la prensa no periódica; acumulacion, ó mas bien destruccion de la prensa periódica; caminos abiertos al fraude; cebos ofrecidos á la codicia; incentivos á la felonía particular, estímulos á las discordias, intervencion de la arbitrariedad, antipatía á las libertades públicas, embrollos, confusion, tinieblas...

Mas, ¡oh dolor! Cuanto mas claro, señores, hareis ver á ciertos hombres que ese instrumento de muerte para la inteligencia destruye no solo la libertad de imprenta, sino hasta la misma imprenta, tanto mas les persuadireis de que su obra es una obra excelente.

«¡Cómo! Nos decís que todo perecerá, todo, libros, »folletos, periódicos? Perfectamente. No creiamos que »el proyecto fuese tan bueno: vuestras objecciones »nos hacen comprender cuán admirable es su con»cepcion.»

Estas exclamaciones van seguidas de un desbordamiento de injurias contra las letras, sobre todo contra los que se dedican á ellas, contra los que escriben hojas sueltas, contra los folletinistas, contra los académicos, hasta contra los fabricantes de papel.

Pródigos andan al derramar su desprecio ¡cuánto deben haber acumulado en su corazon!—Pero algo mejor harian esos hijos pródigos en economizar sus caudales.

¡Ah! señores, esas diatribas contra la imprenta ni el mérito de la novedad tienen siquiera; continuamente reproducidas desde el tiempo de la revolucion ya debian permanecer sepultadas en profundo olvido. Triste cosa es expresarse en tales términos en tiempo de la legitimidad, sobre todo cuando pueden aplicarse á esos mismos publicistas que justamente inspiraron sospechas bajo el Directorio de que trabajaban por el establecimiento de la monarquía, y que aun siguen escribiendo en favor de ella.

No falta quien en el exceso mismo del mal se empeña en encontrar un motivo de seguridad. «Tan vicioso es, dicen los que piensan de ese modo, el proyecto de ley, que su ejecucion seria del todo imposible.» No confiemos, señores, ni en la esperanza del mal ni en la impotencia de la incapacidad: ambas nos engañarian. Alguna vez los gobiernos han dejado perecer las buenas leyes y han usado largamente de las malas. Esta misma condicion de la humana debilidad es la que da con frecuencia el triunfo á una tiranía vulgar y hace romper el yugo de una autoridad esclarecida: los parlamentarios ingleses sufrieron á Buckingam y dieron muerte á Strafford: se tolera al poder; rara vez al genio.

El mejor modo de ocupar vuestra atencion sobre el proyecto de ley no es, segun creo, el enumerar en la actualidad los vicios de que adolece (harto se irán presentando ellos mismos en la discusion de los artículos) sino el haceros observar de donde ha salido ese proyecto, lo cual equivaldrá á manifestar que claridad derrama sobre lo pasado, y sobre el porvenir.

Si, nobles pares, ese proyecto de ley es á manera de un faro colocado en los límites del mundo que pasó y del mundo que principia; él os ilustrará por lo relativo á la mas importante de las verdades políticas, indicándoos el punto exacto á que ha llegado la sociedad, y por consiguiente os hará conocer las necesidades de esta: por una parte ofrecerá á vuestra vista ruinas irreparables, y por la otra un nuevo universo que poco á poco va saliendo del caos de la revolucion.

Permitidme desenvolver mis ideas: grave es la materia y el asunto inmenso. Si llego á poner á prueba vuestra paciencia tener á bien dispensármelo, pensando que rara vez se malgasta vuestro tiempo en esta tribuna. Yo me presento en ella atraido por sagrados deberes, deberes que en ningun tiempo dudaré de cumplir; pero cuyo peso empieza ya la edad á hacerme conocer: los veteranos se resienten alguna vez de sus antiguas heridas.

Al separarme de las sendas trilladas, al traer la cuestion al terreno en que la colocaré particularmente al fin del discurso he tenido mas en cuenta la elevada inteligencia de este congreso que mis propias fuerzas. Hé aquí, señores, las cuatro verdades que voy á intentar demostrar.

1.° La ley no es necesaria, porque nos sobran leyes represivas para los abusos de imprenta, y porque los tribunales no han dejado de cumplir con su deber.

2.° Los crímenes que se imputan al uso de la imprenta, y á la libertad de imprenta no han sido cometidos por la imprenta, ni bajo el régimen de la libertad de imprenta.

3.° No está interesada la religion en el proyecto de ley, ni de él pnede prometerse ningun auxilio: el espíritu del Cristianismo y el carácter de la Iglesia galicana están en oposicion directa con el espíritu del proyecto de ley.

4.° La ley no es propia de este siglo, ni es aplicable al actual estado de la sociedad.

Paso al exámen de la primera proposicion.

Tenemos desde la restauracion: señores, seis reales órdenes, y quince leyes y fragmentos de leyes relativas á la librería y á la prensa periódica y no periódica. A estas leyes hay que agregar un decreto del Consejo de Estado sobre la librería, de 28 de febrero de 1723, el de la Asamblea nacional de 27 de agosto de de 1789, el de 17 de marzo de 1791, el de la Convencion de 19 de julio de 1793, la ley de 21 de diciembre de 1796, los decretos de 22 de marzo de 1805, de 5 de junio de 1806, de 5 de febrero de 1810, de 14 de octubre de 1811, y finalmente una parte del libro III del código penal; diversos artículos de esas leyes y de esos decretos se hallan aun en pleno vigor.

El *máximun* de las multas impuestas por los delites y crímenes de la prensa no periódica en el caso mas grave es diez mil francos, y en el menos grave quinientos.

La reincidencia es castigada con la aplicacion de los artículos 56, 57 y 58 del código penal, es decir que puede emplearse la argolla, el presidio, y la muerte: pueden tambien ser doblados los años de pena corporal, es á saber, diez años de prision y de arresto á diez de vigilancia de la policía.

El *máximun* de la prision y de las multas por los delitos y crímenes de la prensa periódica es el mismo que por los de la no periódica; pero las multas pueden elevarse al doble y en caso de reincidencia al cuádruplo (40,000 francos de multa y 20 años de prision) sin perjuicio de las demás penas de reincidencia impuestas por el código penal.

Si un librero está convicto de haber contravenido á las leyes y á los reglamentos, se le puede privar de su título de librero, es decir, que al gobierno le es lícito intervenir en las sentencias de los tribunales,

pudiendo como autoridad suprema alterar el fallo de estos, no para hacer gracia, como la corona, sino para agrabar el castigo.

Acaso el delito de un librero no habrá parecido á los magistrados digno mas que de una multa de algunos centenares de francos; pero el gobierno aumenta el castigo recogiéndole el título: lo cual trae en pos de sí la ruina de toda una familia. Para acabar de caracterizar esos rigores no diré que han tenido lugar no obstante los derechos de varios tribunales declarando que la ley de 1791 conservaba su fuerza y que la profesion de librero debia ser tan independiente como otra cualquiera.

Los periódicos políticos tienen que presentar una fianza de doscientos mil francos sin perjuicio de la responsabilidad de los propietarios y accionistas.

Un periódico puede ser suspendido por una primera y por una segunda condenacion por *tendencia*, y á la tercera puede ser suprimido.

Las Cámaras, durante las sesiones pueden hacer justicia por sí mismas de delitos de la prensa periódica.

En el intervalo de la legislatura el ministerio es dueño de establecer la censura.

Finalmente, la libertad de la prensa periódica no existe mas que por privilegio enteramente favorable á los ministros; pues ningun nuevo periódico puede establecerse sin la prévia autorizacion del gobierno.

¿Podremos decir, señores, que nos faltan leyes represivas? Aun he dejado de mencionar entre todas esas penas la que el gefe de la magistratura ha recordado, y es la establecida por el artículo 21 del código penal. Hay en esta cámara varios nobles pares que tienen la desgracia de amar las letras, y la mayor desgracia aun de dar á gozar alguna vez al público el fruto de sus estudios. Si por casualidad llegaran á caer en alguno de esos errores á que nos arrastra la humana flaqueza; si llegara á suceder que su dignidad no les librase de comparecer ante los tribunales ordinarios solicito anticipadamente por ellos y por mí la indulgencia del gobierno. Desearia que mi compañero de cadena estuviera por lo menos libre de enfermedades contagiosas: soy ya demasiado anciano para aprender un oficio.

Aquí se presenta la imprudente acusacion aventurada contra los tribunales, y se descubre la causa de ese espíritu de animosidad que domina en el texto del nuevo proyecto de ley, proyecto que manifiesta deseos de dar á la policía todo lo que pueda quitar á la administracion de justicia.

Cierto es que hay leyes, dicen; pero los tribunales no las ponen en práctica.

Por lo pronto ¿de qué os servirá acumular penas sobre penas? ¿Hay un medio de obligar al magistrado á aplicarlas cuando no le parecerá que el acusado es digno de ellas? ¿De qué servirá la nueva ley?

Aun puede contestarse mas incisiva y terminantemente á la acusacion.

No sin dificultad he podido reunir los cálculos que os voy á presentar. A cualquiera deberian ser accesibles los datos que he tenido que consultar para formarlos; pero desgraciamente no lo están. Las sentencias de los tribunales que deberian ser publicadas á poco de haber sido expedidas, no se estampan en el *Moniteur* sino mucho despues de su fecha. La prensa ha tenido desgracia por lo tocante á este asunto, y no pocas veces sucede que lo que mas interesa es lo que menos se encuentra en ella. Sin embargo creo poder afirmar que si hay algun error en mis cálculos será poco considerable y no alterará el fondo de la verdad.

He concretado mis indagaciones á las sentencias dadas por el tribunal real de París en el espacio de cinco años. Si alguno desea saber las providencias de los juzgados de primera instancia podria dársele un cálculo aproximativo por medio de un documento irrecusable.

El señor guarda-sellos ha publicado el estado general de la justicia criminal por lo tocante al año 1825. En ese documento figuran dos acusaciones por delitos literarios en los departamentos, y 25 de la misma clase ante el tribunal de policía correccional del Sena. Suponiendo un número igual cada año desde el principio del 1822, época del restablecimiento de la libertad de imprenta, esto es, multiplicando 25 por 5, resultaria un número de 135 acciones judiciales. Vais á ver que he encontrado 83 procesos seguidos ante el tribunal real de París, los cuales tendrian que añadirse á los 135 sentenciados en los departamentos.

Mas en ese caso mi suposicion será infinitamente lata, pues no admitiria que haya habido una sola apelacion á las juridicciones superiores; lo cual es enteramente opuesto á la verdad; contar á un mismo tiempo las sentencias de los juzgados de primera instancia y las de los tribunales reales es contar casi el doble. Es singular que haya habido tiempo de presentar en 1827 el estado de las sentencias dadas por el tribunal correccional del Sena por lo tocante al 1825 y que no lo haya habido para presentar el de las expedidas por el tribunal real de París en la misma fecha.

¿Qué importa? ya nos lo darán cuando sea oportuno, despues de la votacion del proyecto de ley.

Digo, señores; que desde el 27 de abril de 1822 hasta el 8 de marzo de 1827 se han seguido 83 causas por delitos de imprenta ante el tribunal real de París. De esas 83 causas hay 3 que no llegaron á ser sentenciadas, 11 cuyos actores fueron absueltos, y 69 sobre las que recayó sentencia.

¿Puede creerse que habiendo habido en esas 80 causas solo 4 casos de absolucion los tribunales no aplicaron la ley, ó dejaron de usar un saludable rigor?

¿Se me dirá que las penas impuestas fueron demasiado ligeras?

¿Querreis substituir vuestra conciencia á la del juez? ¿Querreis que vea y pese los delitos del mismo modo que vosotros los veis y los pesais, ó que no encontrando en los delitos la gravedad que encontrais vosotros no deje por eso de aplicarles castigos, desproporcionados, segun su modo de ver, á la ofensa? ¿Es asi como entendeis la justicia? Mas aun así, señores, se cometeria un nuevo error.

En la enumeracion de las penas impuestas por el tribunal real, y no fijándome sino en las sentencias que establecen mas de un mes de prision, encuentro una sentencia de cuarenta dias, once de tres meses, una de cuatro, siete de seis, tres de nueve, dos de trece y una de diez y ocho meses.

Por lo tocante á las multas, no haciendo caso de las de menos de 500 francos he encontrado catorce de 500, siete de 1,000, cinco de 2,000 y dos de 3,000 francos.

Es preciso tener presente que la multa va casi siempre unida á la pena de cárcel, de manera que el castigo viene á ser doblado. No hay pues fundamento para decir que las penas que se han aplicado han sido ligeras, ni que las sentencias no han sido bastante frecuentes. No se vaya á creer que una detencion de tres á diez y ocho meses ó una multa de 500 á 3,000 francos no sean medios de represion muy graves en Francia. En Inglaterra están acostumbrados á largas detenciones por deudas, y las fortunas permiten soportar considerables multas pecuniarias: una multa de 500 francos es mas pesada para ciertas familias francesas que otra de 1,000 libras esterlinas para otras inglesas. La movilidad é independencia del carácter francés unidas al recuerdo de los tiempos revolucionarios hacen odiosa la prision. Los magistrados de esta nacion al fiar el peso de las sentencias han demostrado un profundo conocimiento de las costumbres públicas.

De esta manera, señores, desaparecen ante los cálculos positivos las vagas acusaciones de los enemigos de la prensa. Las penas impuestas por las antiguas leyes son considerables y los magistrados han cumplido con su deber. Mas adelante veremos la naturaleza de los delitos comprendidos en las causas literarias seguidas en el curso de los cinco años por el tribunal real de París y que han dado lugar á las sentencias de que he hecho mencion.

A los que deseen mayor gravedad en las penas les diré que hay un modo fácil de conseguirlo, y es el dejar en holgura á los magistrados restableciendo la libertad absoluta de imprenta. Si un nuevo periódico no necesitara autorizacion para salir á luz; sino tuviera que sobrellevar mas que las condiciones asaz onerosas de su existencia, los jueces podrian manifestar ciertamente mas rigor. Mas cuando estos ven la opinion reducida á no tener mas órgano en la capital que cinco ó seis periódicos independientes, cuya existencia está continuamente amenazada, temen pasar del justo límite: puestos entre la ley civil y la ley política si por una parte su sentencia puede enfrenar un delito particular, por otra parte puede sofocar una libertad pública y entre esos dos extremos su prudencia les aconseja optar por el menor.

Ved pues señores, si os será conveniente agregar á tantas leyes otra ley que consumaria la ruina de la prensa no periódica, una ley cuya secreta tendencia aspira á dejar reducidos por corrupcion ó por terror á los libreros, á los impresores y á los autores á no poder hacer ninguna publicacion.

El objeto principal de la atencion del proyecto de ley es evidentemente la prensa periódica. Es posible que mediante las condiciones impuestas á la propiedad, el poder administrativo llegará poco á poco á apoderarse de los periódicos que aun permanecen libres. Se apoderará de ellos, sea interviniendo como postor en las licitaciones espontáneas ú obligatorias, ó sea produciendo á beneficio de mil embrollos ocultos en el proyecto de ley, la disolucion de las sociedades periodísticas. Y entonces, como no puede establecerse un nuevo periódico sin autorizacion, es indudable que el gobierno conseguirá el completo monopolio de la prensa periódica.

La censura, señores, es infinitamente menos peligrosa que este sistema. La censura es una medida odiosa pero transitoria, una medida que por su mismo nombre anuncia el estado de servidumbre en que ha caido la opinion, asi como el ruido de la cadena anuncia la presencia del esclavo. ¿Mas en dónde se encontrará remedio si el poder llega á ser poseedor perpetuo y legal de los periódicos? ¿Cómo se podrá decir que la prensa es libre, cuando no será mas que vasalla de un ministerio? ¿Puede uno representarse bien en su imaginacion lo que seria la Francia muda, privada de los órganos libres que le quedan, y la policía escribiendo bajo diversos nombres en los *Debates* y la *Cuotidiana*, en el *Constitucional* y en el *Correo*, en el *Diario del Comercio* y en la *Francia cristiana, política y literaria*?

Piénsenlo con toda seriedad los amigos del actual ministerio. Los ministros no son inamovibles: la cámara debe estar convencida particularmente de esta verdad. Hoy os agradaria que la prensa periódica estuviera en manos de algunos hombres favorables á vuestras opiniones, mañana, al subir tal vez al poder hombres de otros principios, os podrá pesar de haber confiado á la autoridad el monopolio del pensamiento.

Elevemos mas nuestra consideracion: ¿no podria ocurrir que llegaran á sentarse en el ministerio hombres culpables, hombres que conspiraran contra el legítimo soberano? Pues bien, si á tales hombres les habiais entregado anticipadamente todos los periódicos, es indudable que les habriais dado el medio mas eficaz de corromper la opinion, y de crearse en toda la extension del reino cómplices y parciales. Vosotros mismos tendriais que imputaros parte de los crímenes que llegaran á cometerse y de las revoluciones que ocurrieran. En este sentido, señores, la ley que os proponen es una ley verdaderamente suversiva. Tales son sin embargo los escollos en que se precipita quien se deja llevar de las irritaciones del amor propio: difícil es que la equidad y la prudencia se hermanen con la cólera.

Si me replican diciendo que ese proyecto de ley es solo para las actuales circunstancias, y que aunque se adopte por ley, esta podrá ser modificada cuando convenga, contestaré que nada veo en el momento presente que haga necesaria semejante medida; diré tambien que al cabo de trece años de restauracion no es ya tiempo de hacer nada provisionalmente, ni aun una ley. Mas no nos dejemos coger en el lazo de esa palabra provisional: no vayamos á creer cándidamente que los ministros que vendrán en pos de los presentes se cuidarian de librarnos de una ley que les confiriese el supremo dominio sobre la prensa: no creamos que entrara en su cálculo el soltar las trabas á la prensa periódica para procurarse el placer de ver que se les criticaban sus operaciones y tener que oir el áspero acento de la crítica en vez del suave lirismo de sus dependientes. A cuantos cargos se les hicieran podrian responder: «la ley ya estaba sancionada: si es mala no es á nosotros á quienes debe achacarse la infamia de haberla adoptado.» Por afecto á los actuales ministros guardémonos de prostituir la principal de nuestras libertades constitucionales á los futuros encargados del poder. Angeles tendrian que ser los agentes de la autoridad suprema que espontáneamente nos libraran algun dia de las cadenas que con nuestras propias manos nos pusiéramos en la actualidad, y desgraciadamente solo hombres se encuentran en los tiempos presentes. Muy hermoso seria esperar nuestra salvacion de la influencia de la virtud; pero es mucho mas seguro confiarla á la inflexibilidad de la ley. Os hemos indicado el peligro: á la vista teneis el escollo nada hay mas fácil que evitarlo. ¿Nos arrojaremos á un naufragio seguro por solo la esperanza de salvarnos en una tabla?

¿Y en qué época vienen á pedirnos ese sacrificio? ¡Cuando aun no se ha terminado la ley sobre la responsabilidad ministerial! Los ministros se escapan aun de toda responsabilidad: no hay medio de alcanzarlos si se desvian, excepto en los groseros hechos de concusion y traicion; pueden á su placer negar toda especie de datos á los pares y á los diputados; desembarazarse de las enmiendas hechas por las Cámaras inscribiéndolas fuera de los proyectos de ley, pueden falsear nuestras instituciones y sepultar en sus bufetes las peticiones de la nacion. ¿Tendremos que entregarles ademas la libertad de la imprenta, única garantía que nos queda, único suplemento moral á la ley sobre responsabilidad de los ministros?

¿Qué calamidad inaudita, tremenda, imprevista exige que se sacrifique esa única garantía á la seguridad pública? No existe semejante calamidad, señores, la nacion tiene algun padecimiento (1), pero está tranquila y espera con resignacion que su destino se vaya mejorando. Por una contribucion de un millar de millones puntalmente pagada se creia con derecho de proferir alguna queja, que los ministros tenian buen cuidado de no oir, y que ni la misma nacion tenia pretensiones de elevar á sus oidos. ¿Hé aquí que ahora quieren castigarla hasta por esas inútiles palabras!

He aquí que del seno de la paz mas profunda sale una ley de discordia y de destruccion, una ley que se parece á las denominadas de *urgencia* en los tiempos calamitosos, cuando las pasiones tomaban pretexto de los peligros para crear infortunios.

(1) La real orden acaba de curar una de sus principales heridas.

Lo conveniente, nobles pares, seria refundir en una sola ley todas las relativas á la prensa, estableciendo en ella su plena y absoluta libertad con arreglo al espíritu y letra de la Carta; que no volviera á hablarse de título para ejercer la profesion de librero, ni de autorizacion para establecer un periódico, ni de formacion de causa por *tendencias*, ni de censura facultativa, ni de responsabilidad general del editor, ni de ningun género de trabas para la propiedad literaria. Sentada esta ancha base, levantad el edificio: castigad entonces con la mayor severidad los abusos, los delitos y los crímenes que la prensa podrá cometer. No retrocederé ante ninguna de las condiciones, ni amenazas de semejante ley; me hallo dispuesto á aprobar cuanto sirva de garantía á la legitimidad, á la monarquía, á la religion y á la moral, todo cuanto esté acorde por una parte con la libertad, y por la otra con la justicia.

La *immanis lex*, que pedí con la libertad absoluta de la prensa, vuelvo á pedirla ahora; porque no soy de los que sin aprension abandonarian la sociedad indefensa al desenfreno de las pasiones. Mas si admito una ley enérgica para los delitos y crímenes que por medio de la prensa podrian cometerse, estoy muy lejos de querer una ley inicua, *iniqua lex*, *injusta lex*, no puedo admitir una ley que aparentando caer sobre el violador, no propende mas que á destruir lo que debiera defender, una ley que no busca en el delincuente sino el objeto porque ha delinquido; una ley que no persigue al crímen, sino que dando materia al crímen, viene á perseguir á la misma inocencia, víctima de los atentados que contra ella cometieron.

No insisto, señores, en probaros el hecho demostrado de que tenemos bastantes leyes represivas de los abusos de la libertad de imprenta y que los tribunales las han aplicado severa y equitativamente. Lejos de hallarnos escasos de semejantes leyes, podemos decir que las tenemos sobradas: por ellas es posible que un escritor se arruine y sufra ademas largos años de prision: uniendo la arbitrariedad su tiranía al poder del juez, puede á su placer imponer la censura, negar el permiso para establecer un periódico y recoger el título que suministra medios de existencia al librero. Este es el inventario de las armas de que dispone el gobierno contra la libertad de pensar y de escribir: no se dirá que el arsenal no está provisto.

Paso á la segunda cuestion que me propongo examinar.

Los delitos y crímenes que se imputan al uso de la prensa y á la libertad de la prensa, han sido cometidos efectivamente por ella y bajo el régimen de dicha libertad?

Por todas partes resuenan clamores contra la imprenta: ella es la causa de todos los atentados de la revolucion y de todas las desgracias de la monarquía: la prensa ha gangrenado los ánimos, ha corrompido las costumbres, ha sido la ruina de la religion... Si se la dejase obrar volveria otra vez á sumergirnos en el caos de que acabamos de salir. Antes de la libertad de imprenta todo era dicha y tranquilidad en esta nacion; apenas se oia hablar de un crímen: los altares eran respetados, y las familias presentaban el interesante espectáculo de la fidelidad conyugal: la infancia, protegida por una educacion cristiana conservaba todo su pureza... en fin señores, ¿quereis conocer de una vez todos los males que nos acosan? leed esas *amonestaciones* precursoras del proyecto de ley sobre que vamos á deliberar; leed esos titulados *crímenes de la prensa* y luego no acertareis á daros bastante prisa á conjurar la calamidad.

Pero esperad: descendamos al terreno histórico y recojamos el guante que la inocente opresion de la prensa arroja á la prensa criminal.

La monarquía francesa, señores, principió como todo el mundo sabe por Clodoveo hácia el año 486 no contando con el reinado de Faramundo, si es que tal Faramundo ha habido, ni con el de sus tres primeros sucesores.

Desde el primer año del reinado de Clodoveo hasta el 1438, época del reinado de Carlos VI, en que se descubrió la imprenta pasaron 952 años.

Desde el 1438 al 1789 en que reinaba Luis XVI, esto es en un espacio de 351 años, la imprenta no dejó de estar subyugada un momento por la terrible ley romana, por los violentos edictos reales, y por la censura.

La primera vez que la imprenta se vió libre en Francia fue en 27 de Agosto de 1789, y no tardó mucho tiempo en perder sino de hecho, por lo menos de derecho su libertad. El 17 de agosto de 1792 trajo el establecimiento de un primer tribunal extra-legal, reemplazado en 1793 por otro revolucionario. En tiempo del Directorio la prensa gozó de libertad durante treinta años, y al cabo de ellos tuvo que sufrir nueva proscripcion, continuando su esclavitud hasta el consulado y el imperio.

Luis XVIII estableció en 1814 el principio de la libertad de imprenta en la Constitucion: varios ministros creyeron deber pedir la censura. Esta fue abolida en 1819, restablecida en 1820, prolongada en 1822 y por último quitada en esta época, aunque todavía conserva en la ley una existencia facultativa.

Por de pronto encontramos en la monarquía 952 años de tiempos bárbaros antes del descubrimiento de la imprenta: 351 años despues de este descubrimiento bajo el sistema de la opresion ó de la censura; tres años de libertad desde 27 de agosto de 1789 hasta el 17 de agosto de 1792; otros tres años tambien de libertad en tiempo del Directorio hasta el 18 *Fructidor* y por último seis años en tiempo de la restauracion. Suma total doce años de libertad de imprenta en una monarquía de cerca de catorce siglos. ¿Nos hemos cansado ya de esta libertad?

En vista de esto, forzoso será convenir en que esa libertad no es culpable de todos los crímenes que se le imputan. Nada es mas contrario á las declamaciones que los números; de esos números resulta que la libertad de imprenta es la excepcion de regla de las leyes francesas. ¡Y qué excepcion! Una excepcion de doce años en unas instituciones que abrazan un período histórico de 1431 años.

Recorramos ahora las épocas. Cuando en 1358 los aldeanos quemaban las habitaciones de los nobles como en 1798; cuando asaban á esos mismos nobles y formando un banquete á lo caribe obligaban á las esposas y á las hijas de aquellos desgraciados á que despues de cubiertas de los mas asquerosos ultrajes tomasen parte en el horrendo festin, ¿era la libertad de imprenta la que tal rabioso furor habia inspirado á aquellos traidores vasallos?

Cuando en 12 de julio de 1418 el pueblo de París dió en las cárceles la primera representacion de las jornadas del 2, 4 y 6 de setiembre de 1792; cuando haciendo salir á los presos uno á uno del calabozo los iba degollando conforme iban saliendo; cuando abria el seno de las mujeres y ahorcaba á los grandes señores y á los obispos, la imprenta aun no era conocida, y el espíritu humano estaba aun envuelto en una bienhadada ignorancia.

Recogida al nacer por la Sorbona y luego por Luis XI que probablemente la encerraria en la caja de hierro la imprenta no tenia á fines del siglo XVI ni á principios del entrante fuerzas para que pudieran atribuírsele las calamidades ocurridas en los reinados que precedieron á los de la casa de Valois.

Querian la independencia de la opinion los degolladores de la jornada de Saint-Bartelemy? Aquel llamado Tomas que se jactaba de haber dado muerte en un solo dia á ochenta hugonotes; aquel otro asesino que refiriendo sus atrocidades causó pavor al mismo

Carlos IX; aquel llamado Coconnas que compró treinta hugonotes para tener el sacrílego gusto de quitarles poco á poco la vida, despues de haberles hecho abjurar de su fe prometiéndoles el perdon; aquellos vandidos de 1572 ¿no eran bastante parecidos á los *septembristas* de 1792? Sin embargo no creo que nadie pueda decir que fuesen muy partidarios de la libertad de imprenta.

Jacobo Clemente, Ravaillac y Damiens habian sido regicidas antes de los regicidas de 1793 y el Parlamento de París habia formado causa á Enrique III antes que la Convencion sentenciara á Luis XVI.

Pero los mismos horrores de la revolucion ¿por ventura, señores, han tenido lugar en presencia de la libertad de imprenta? La prensa adquirió libertad en 1789 y la perdió el 17 agosto de 1792 y entonces como ya lo he dicho se estableció un tribunal extra-legal. ¿Quienes fueron las primeras víctimas? literatos que defendian al monarca y á la monarquía. M. Durosoy, sentenciado á las cinco de la tarde, y ejecutado á las ocho y media de la noche, entregó al presidente el tribunal un billete con solo estas palabras: *Un realista como yo debia morir el dia de San Luis.* Precedió esa víctima á su rey á quien tantas debian seguir: su cabeza rodó el 25 de agosto de 1792.

Los *escritorzuelos*, los viles *folletinistas* contra quienes tanto se ensaña el actual proyecto de ley no se desalentaron: no se asustaron de tener que revolcarse en una poca sangre derramada de sus venas: todos los realistas cogieron la pluma: los periódicos se convirtieron en un peligroso campo de batalla: la inteligencia humana presentó, permítasenos la expresion, sus granaderos, y sus cuerpos de honor que se disputaban el morir al pié del trono. ¿Qué hacian entonces los panegeristas de la ignorancia? Algunos se ocultaban detras del partíbulo, otros se ocultaban envolviéndose hasta en los mismos crímenes revolucionarios, sin duda para estar mas seguros.

Al sentenciarse la causa de Luis XVI los escritores mezclaron su voz con la de los tres defensores de la gran víctima; pero la faccion regicida sofocó sus acentos. Esa faccion, era la única que tenia absoluta libertad de expresarse: la muerte, sentada en la presidencia de aquel tribunal imponia su silencio á quien se atrevia á defender la inocencia y la virtud; testigo aquel ilustre ciudadano, aquel valiente magistrado, el inmortal Maldsherbes.

Y vos, mi ilustre colega, (1) vos que mereceis el insigne honor de que vuestro nombre figure en el Evangelio de la monarquía, decidnos, ¿no habriais tenido mayores probabilidades de triunfo si hubieseis sido auxiliado por la libertad absoluta de imprenta? ¿Si la Francia hubiera podido hacer resonar claramente el grito de su indignacion, no habriais roto las cadenas del mártir y hoy podriamos felicitaros de vuestra gloria sin derramar lágrimas? Pero vuestra elocuencia no pudo ser mas que un bálsamo aplicado sobre la herida mortal del justo; vuestro augusto soberano pudo muy bien decir de vos lo que Cristo dijo de la mujer caritativa. *Ha derramado esos perfumes sobre mi cuerpo como en presencia de la sepultura:* AD SEPELIENDUM ME FECIT.

En 10 marzo de 1793 se estableció un tribunal criminal extraordinario con jurados que empezaron á funcionar el 27 del mismo mes; el 27 pronunciaron pena de muerte contra todos los que provocasen el restablecimiento de la monarquía, es decir, contra los escritores.

En 17 setiembre del mismo año apareció el decreto contra los sospechosos: la reina pereció el 16 de octubre. El tribunal tomó el famoso dictado de tribunal revolucionario en 28 del mismo mes.

El primer número del Boletin de estas leyes, en que será inscrita la ley actual, si es que llegais á aprobarla, contiene la ley que suprimió los abusos de libertad de imprenta durante el reinado del terror. Dicha ley dice así:

«Artículo 1.º—Habrá un tribunal revolucionario.
»Art. 4.º—Este tribunal revolucionario se ha instituido para castigar á los enemigos del pueblo.
»Art. 5.º—Son enemigos del pueblo (sigue la categoría de los enemigos del pueblo: entre ellos figuran) los que provoquen el restablecimiento de la monarquía,..... los que traten de descaminar la opinion y alterar la energía y pureza de los principios revolucionarios y republicanos, ó de contener el progreso de esa opinion por medio de escritos *contra-revolucionarios insidiosos*.
»Art. 7.º—La pena correspondiente á todos los delitos cuyo conocimiento pertenece á este tribunal es de la *muerte*.
»Art. 9.º—Todo ciudadano tiene derecho de arrestar y conducir ante los magistrados á los *conspiradores, ó contra-revolucionarios*.

El artículo 13 dispensa de la prueba de testigos y el 16 priva de defensor á los *conspiradores*.

He aquí señores, encono contra la libertad de imprenta en grado superlativo. Couthon era inteligente en materia de represiones contra esta libertad. Por lo menos no sometia los escritores á una ley de excepcion: la justicia y la igualdad de aquella época pasaba sobre ellos el rasero de la revolucion: la muerte venia á ser el derecho comun francés. Los escritores y las personas decentes eran amarrados al ir al cadalso no con los presidiarios, sino con los Malesherbes y con madama Isabel. El club de los Jacobinos era el comité de censura; en vez de periódico de la mañana se publicaba la sumario verbal de las ejecuciones del dia antes, y el verdugo venia á ser el único periodista que continuamente estaba en plena posesion de la libertad de la prensa. A los escritores no se les exigia mas depósito que el de sus cabezas: lo cual era muy lógico; pues como los muertos no vuelven, claro está que ellos tampoco habian de volver á escribir: Sin embargo, señores, aun en tiempos del terror no faltaron quejas contra la libertad de imprenta: eran detenidos los periódicos en las oficinas del correo bajo pretesto de que no trasladaban fielmente las sesiones de la Convencion. Thuriot afirmaba que *el espíritu público estaba corrompido por escritos perniciosos, y pedia que se impidiera la circulacion de aquellos periódicos que infestaban diariamente todo el país con su veneno*, son palabras textuales. Los redactores del *Moniteur* se vieron en el mayor peligro por haber citado un discurso pronunciado en la sociedad de los Jacobinos, é insertado en el diario de ese club. El comité de salud pública enviaba á buscar las pruebas del *Moniteur* y regularmente borraria las calumnias contra los crímenes. Robespierre tambien estaba mal avenido con la *licencia* de los escritos, y decia que era imposible gobernar con la libertad de imprenta; hallaba que acriminar en varios números del *Antiguo franciscano*, periódico de Camilo Desmoulins, y diciendo que era preciso quemarlos, su autor le respondió muy acertadamente que *el quemar no es responder*.

Facilmente juzgareis, señores, del estado de libertad de la prensa cuando el *Antiguo franciscano* pasaba por periódico de la oposicion, esto es por periódico relista. En la espantosa soledad del Temple, cuando el rey huérfano era ya llamado al cielo por su padre no se oia otro ruido que el de la mortífera máquina y los alaridos de las furias revolucionarias. ¿Quién se atrevia entonces á entonar en todo el ámbito de la desolada patria un *Domine, salvum fac regem* por el príncipe abandonado? Algunos escritores ocultos en el fondo de las selvas, en la oscuridad de las cavernas, ó en las ruinas de las tumbas.

(1) M. Desece.

Despues del terror apareció otra vez la libertad de imprenta, causando tal efecto que casi se creyó llegado el momento de ver entrar el monarca proscripto. Necesario le fue á Bonaparte aplicar la mecha á sus cañones para contener el vuelo de la prensa. El que estaba llamado á conseguir mas nobles victorias principió ametrallando á los escritores. Al frente de una de las secciones de París se encontró con un hombre de honor y de talento armado por los gefes de aquella antigua monarquía, cuya historia debia escribir, ilustres personajes á quienes se contempla por muy dichoso de haber podido últimamente tributar un nuevo testimonio de su lealtad. (1)

En aquella misma época (1. *vendemiaire* otro hombre fue arrestado en Chartres y conducido á París por los gendarmes que tenian órden de llevarlo atado á la cola de sus caballos. El recinto en que la Academia celebra en la actualidad sus sesiones, era una prision en aquella época, y allí encerraron al hombre que habia sido arrestado en Chartres. Durante cinco dias consecutivos fue conducido ante una comision militar por los gendarmes y por último se le leyó la sentencia de ser pasado por las armas. ¿Qué delito era el suyo? Haber usado de la libertad de imprenta en su periódico para defender al rey legítimo. Ese hombre actual miembro de la Academia, acaba de sufrir nueva persecucion justamente con dos amigos suyos, acaba de sufrir persecucion en el mismo sitio que le sirvió de prision en otro tiempo, por haber reclamado por segunda vez esa libertad de imprenta de la que tan buen uso ha salido hacer (2). Convengamos, señores, en que la leccion que de tan raras coincidencias podria sacarse, no careceria de utilidad.

Dispersados momentáneamente por el cañon del 13 de *vendemiaire* los amigos de la libertad de imprenta, asi que dejaron de oir el estampido de aquel terrible *censor*, volvieron á esgrimir sus armas en obsequio de la familia desterrada. El Directorio en vista de esto propuso deportarlos en masa. Todos los que intervenian en la redaccion y publicacion de 54 periódicos fueron proscriptos. En el consejo de los Quinientos hubo algunos oradores que trataron de defenderlos diciendo que se corria peligro de confundir á los inocentes con los criminales: ¡*mejor, mejor*! exclamaron. El representante del pueblo sostuvo: *que los escritores eran unos conspiradores; que su existencia acusaba á la naturaleza y comprometia á la especie humana; que corrompian la moral pública y denigraban las reputaciones mas bien adquiridas*. La asamblea declaró que todos los periodistas eran *unos pícaros*, y gritando *á la votacion, á la votacion*, decretaron el destierro de ochenta ciudadanos por odio de la libertad de imprenta y de la legitimidad.

Entre los proscriptos calificados con el nombre de viles folletinistas figuraban los hombres mas distinguidos por su talento, lo Fontanes, Suard, Bertin, Fíeevée, Michaud, Royon, Lacretelle y otros muchos. Aquí, señores, conviene hacer una observacion.

La libertad de imprenta principió en Francia precisamente antes de la revolucion, en 1789. De aquí resultó que los redactores de aquellos primeros periódicos libres, fueron ciudadanos de todas condiciones y estados que se apoderaron de aquella nueva arma para defender, cada cual segun su opinon los intereses del país. En el momento de suscitarse las mas graves cuestiones, en el momento en que todo el antiguo órden de cosas iba á desaparecer, dejando á un lado la parte teórica de la libertad de imprenta, nadie se ocupó sino de ponerla en práctica, porque nadie pensó emplearla en provecho propio, sino en benéfico de las existencias personales puestas en peligro. Este es el motivo de no haber sido en su orígen los periódicos políticos en Francia unos simples narradores de noticias como en otras naciones, y por eso no debe ponerse en olvido su noble orígen, ni se les debe insultar con arrogantes palabras. Si les pedis garantias de sus principios, os pondrán á la vista las sentencias que les condenaron á prision, á destierro y á muerte. ¿Les disputareis la validez de esos títulos? ¿No aceptais esas fianzas que son patrimonio suyo y que á nadie han tenido que pedir?

El consulado y la usurpacion imperial no pudieron establecerse por la esclavitud de la prensa; pero por lo menos Napoleon dió la gloria por censor á la libertad: era esclavitud, pero no afrentosa.

Bajo el peso de aquellas brillantes cadenas. Solo los escritores conservaron el recuerdo de los Borbones: todo el mundo andaba distraido y embriagado por el humo de la victoria; solo los escritores registrando los subterráneos de San Dionisio mantenian vivo el recuerdo de los tiempos antiguos, y sostenian la esperanza. Jamás raza alguna de reyes ha tenido que alabarse tanto de la imprenta como la raza de San Luis. Lo digo sin temor de que nadie me desmienta: á nadie sino á los literatos se debe el regreso de la legitimidad. Su lealtad y su afecto á la desgracia no merecen por cierto el proyecto de ley que les amenaza.

En los 13 años de monarquía constitucional no se cuentan mas que siete de censura y en estos se encuentran comprendidos la vuelta de Bonaporte y cinco ó seis conspiraciones. No hemos gozado de tranquilidad, no ha dejado de haber conspiraciones, señores, sino desde que se ha dado libertad á la prensa. ¡Singular inadvertencia! A esa libertad, establecida solo de algunos años á esta parte se le achacan todos los desórdenos, todos los infortunios propios de los tiempos en que la imprenta estaba oprimida por la violencia de los edictos, por el yugo de la censura y por el terror de la revolucion.

Si dejando á un lado los crímenes políticos no se trata de enumerar mas que los del órden moral y civil tampoco se sacaria mejor partido de la historia.

Ahora nos aturden los oidos con la cruel monomanía de una criada y en 1555 vemos á un miserable que pertenecia á una profesion sagrada arrojarse sediento de sangre sobre una niña de seis años y degollarla! A las tentativas de envenenamiento de nuestra época se pueden oponer los de la viuda Merle, en 1782; los de Desrues en 1776; de Brinvilliers, en 1674 y por último, los del perfumista de Catalina de Médicis en 1572; «hombre ducho en toda clase de crueldades y crímenes, segun dice Pedro de l' Estoile, que iba á las »cárceles á dar puñaladas á los hugonotes y no vi»via mas que de asesinatos, envenenamientos y latro»cinios.»

El crímen de Leger es uno de los mas espantosos de nuestra época y de los que mas lugar han dado á declamaciones contra los efectos *inmorales* de la imprenta, y sin embargo es crímen que se encuentra reproducido muchas veces en la historia de la monarquía absoluta y uno de los ejemplos que pueden citarse es el mariscal de Retz en tiempo de Carlos VII: la disolucion y crueldades de ese hombre son demasiado conocidas. En 1610 fue enrodado y quemado en París un criminal por violencias cometidas en sus tres hijas menores de edad: tan horrendos eran los detalles del crímen, que el parlamento dispuso que juntamente con el reo se entregara á las llamas el proceso *para que*, segun dice el historiador, *tan enorme atentado quedase para siempre sepultado en las cenizas del olvido*. Finalmente en 1782 hubo un albañil llamado Blas Terage Seyé, de 22 años de edad que se retiró á una cueva en la cima de las montañas de Aure. Al ponerse el sol salia de su caverna, arrebataba las mujeres, perseguia á escopetazos las que trataban de fu-

(1) M. Ch. Lacretelle.
(2) M. Michni.

garse y ejercia con los víctimas moribundas todo los furores de Leger. A todo esto hay que añadir que no se alimentaba sino de carne humana. Finalmente este mónstruo cayó en poder de la justicia y fue descuartizado vivo en 13 diciembre de 1782.

La mayor parte de esos criminales no sabian leer ni escribir.

Pero aun aduciremos un hecho mas terminante. El señor guarda-sellos ha mandado publicar la estadística criminal de Francia relativa al 1825. De ella resulta que todos los tribunales del reino han sentenciado cinco mil seiscientas cincuenta y tres acusaciones.

¡Pues bien! en los mejores tiempos del reinado de Luis XIV en 1665 se presentaron doce mil acusaciones por crímenes de toda especie ante los comisarios reales en lo que se llamaba *los grandes dias de Aubernia*, es decir, que durante aquel año se sentenció en una sola provincia de Francia doble número de crímenes que los que en 1825 han ocurrido en todo el reino. El historiador que refiere ese hecho de las doce mil acusaciones es Flechier, que ciertamente no será sospechoso de filosofía. Refiriendo pormenores de aquellos sucesos dice que alguna vez ocurrió ser el acusador y los testigos mas criminales que el acusado. «Allí habia, dice, un hombre feroz, dueño de un cas»tillo que mantenia en los torreones de Pont-de-Cha»teau doce malvados entregados á toda clase de crí»menes y que él llamaba sus doce apóstoles.» El abate Ducreux, editor de las obras de Flechier con este motivo refiere la ejecucion de un cura condenado por crímenes horrendos, y lamenta el estado á que la ignorancia y corrupcion de costumbres habian reducido en aquella época á la sociedad: en un solo dia hubo mas de treinta ejecuciones en efigie.

En 1669 siempre bajo el reinado de un gran monarca se cortó la cabeza á una mujer llamada Figuet por tentativa de asesinato contra su marido. Luis XIV, solicitado por el mismo marido iba á indultarla cuando el arzobispo de París le hizo presente que los confesores tenian *los oidos llenos* de semejantes proyectos.

Ciertamente no podrá decirse que la religion carecia de fuerza, ni el clero de poder, ni la enseñanza cristiana de vigor en el reinado de Luis XIV, y sin embargo los atentados que acabo de citar ni eran prevenidos por el espíritu de un siglo que se nos cita como modelo, ni eran fomentados por el espíritu de la prensa que en aquella época no existia.

Sensible me ha sido, señores, presentar ese negro inventario de las humanas depravaciones: nunca lo hubiera hecho sino lo considerara preciso para contrarrestar el afan con que los detractores de nuestras instituciones tratan de fascinar al pueblo con sus patrañas, presentándole continuamente á la vista el cuadro de los supuestos crímenes de la imprenta. Preciso era tomar una decision: preciso era remontarnos al orígen del mal y confundir su mala fe, probándoles que los atentados que atribuyen á la libertad de imprenta, para tener un pretexto de destruirla, no nacen de ella, pues se encuentran con mucha mayor abundancia y con caracteres mas atroces en las diversas épocas de la monarquía absoluta. ¡Ignorancia y censura volved á haceros cargo de vuestros crímenes! Segun máxima del derecho, los culpables no pueden ser admitidos ni como testigos, ni como acusadores.

Si me dicen que bajo la libertad de imprenta pueden cometerse atentados, no soy tan insensato que lo ponga en duda. Pero ¿es la cuestion esa? Lo que se trata de saber es si la esclavitud de la imprenta puede remediar ó prevenir esos atentados, y eso es precisamente lo que yo niego. Los ejemplos que he citado me dan derecho de sostener que los crímenes son mas numerosos y mas fáciles de cometer en ausencia de la libertad de imprenta que en presencia de ella.

Examinemos el artículo de costumbres. Mucho lo siento por los partidarios del proyecto de ley, y por los admiradores de los buenos tiempos antiguos; pero no hay remedio, estos abominables dias de libertad de imprenta, estos dias en que tenemos la desgracia de vivir, van tambien á ganar el pleito.

¿A qué época de la monarquía desearán que me refiera? ¿Abriremos las obras de Gregorio de Tours, Fredegario, Eginhardo, los Anales de Fuldes, ó las Crónicas de los Normandos? En cualquiera de ellas encontraremos sobrados datos por lo tocante á las buenas costumbres de aquellos tiempos felices en que el averno no habia vomitado aun la imprenta. ¿Pasaremos de un salto á las Cruzadas? Cierto es que aquellos caballeros eran unos heroes; pero ¿se podrá decir que eran santos? Léanse los sermones de San Bernardo y se verán las acusaciones que hacia á su siglo. Despues del reinado de San Luis la historia no nos ofrece mas que unas Córtes corrompidas, y el carácter atroz de las guerras civiles mezclado con devociones deshonradas por todo género de excesos.

Horrible es decirlo; pero no conviene dejar nada desconocido por lo tocante á los tiempos, cuya ignorancia tienen algunas personas la temeridad de echar de menos: ni la misma religion, señores, podia librarse de los ultrajes que le irrogaba la ignorancia. Con la hostia en los labios, resonando aun el juramento hecho en la sagrada mesa de olvidarse de toda enemistad, habia desalmado que hundia el puñal en el seno del mismo con quien acababa de reconciliarse. La absolucion del sacerdote no servia mas que para consumar el crímen con visos de inocencia. Buscábase la paz del alma en el sacrilegio, y Luis XI espiró sin remordimientos, ya que no pudo librarse del terrór.

Isabel de Baviera murió solo tres años antes del descubrimiento de la imprenta, y sin duda la influencia de esta terrible plaga se hizo sentir antes de su aparicion, si hemos de juzgar por la depravacion de costumbres de su reinado.

En la córte de los duques de Borgoña que uno de mis nobles colegas (1) ha pintado con el encanto de las antiguas crónicas y el criterio de la historia moderna, los grandes señores se divertian durante la comida refiriendo cuentos demasiado naturales que se han convertido en las *Cien nuevas novelas*. No se me diga que este olvido de la moral no tenia lugar sino en los círculos de la alta nobleza: pues lo mismo sucedia en todas las demás clases. Las quejas contra la disolucion de los religiosos y los prelados eran generales. El pueblo se dejaba llevar de espantosos desórdenes; ¿quién no tiene noticia de los *Vaudenses* de Arras? Hombres y mujeres se retiraban por la noche á los bosques, y despues de cierta ceremonia supersticiosa se entregaban confusamente á una prostitucion general.

Las leyes trataron de remediar tamaños excesos, y tuvieron que desplegar tal carácter de atrocidad que sin exageracion puede decirse que el desenfreno de barbarie tuvo que oponerse al desenfreno de costumbres.

¿Echaremos de menos épocas en que poblaciones enteras estaban de tal manera embrutecidas? ¿Sirvieron algo para remediar tales horrores la ignorancia de las letras humanas, la enseñanza de la religion, ni el ejercicio del poder absoluto? ¿Es posible que en la actualidad se reprodujeran semejantes escenas? ¿No son los progresos de la civilizacion y las luces, no es el uso que los hombres han hecho de la facultad de pensar y escribir, no es el desarrollo de las libertades públicas las causas que han librado al mundo de esas monstruosas depravaciones?

(1) M. de Barante.

No pienso que el reinado de Francisco I fuese un reinado de virtud por mas que aquel gran rey hubiera tenido por algunos meses el proyecto de mandar hacer pedazos todas las prensas del reino. No carecen por cierto las obras de Rabelais y Brantome de ideas obscenas y hasta de impiedades, y sin embargo en aquel tiempo eran quemados los hereges. Es probable que Carlos IX no hubiera dejado robar la vajilla de plata de su huesped, el señor de Nantouillet, en cuya casa acababa de comer, si la imprenta hubiese tenido algo mas de libertad. No honra mucho á las costumbres de un tiempo en que bajo grave pena se prohibia escribir, el ver á Enrique III vestido de mujer, con un collar de perlas al cuello. Villequier dió muerte á su mujer por no haber querido prostituirse á ese monarca; Cimier mató á su hermano, caballero de Malta, por haber este tenido correspondencia criminal con su cuñada. Vermandet fue decapitado por incesto; Dádon, maestro de escuela, fue quemado por corruptor de la infancia; la duquesa de Guisa se entregó á un fraile para conseguir el asesinato de su marido, y Margarita de Valois fué á ocultar en el castillo de Usson la relajacion de su vida.

No menos alterado estaba el sentimiento religioso que el moral. Sumerjíanse unos llamándose católicos sinceros, en toda clase de vicios con el rosario en la mano; y otros, abandonándose á esos mismos vicios, daban muerte á los reformados sin tener convencimiento de la religion en nombre de la cual provocaban la persecucion. Maugiron y Saint-Megrin murieron blasfemando. No faltaban tampoco ateos. Habia hombres, segun dicen con no poca gracia las Memorias (1) de aquel tiempo, *que no creian en Dios sino a título de inventario.*

¿Al aproximarnos á nuestro siglo, nos darán mejor ejemplo las costumbres de la Fronda? El cardenal de Retz nos las ha dado á conocer demasiado.

El respeto, la admiracion y la gratitud nos mandan echar un velo sobre cierta parte del reinado de Luis el Grande.

Finalmente, bajo la egida de la censura florecieron con toda la inocencia de la edad de oro la regencia y los dias serenos que han venido en pos de ella. Estos tiempos están demasiado inmediatos á los nuestros para que podamos descender á particularidades que se convertirán en sátiras. Bastará por lo tanto indicar algunos hechos generales para que acaben de confirmar la opinion que sostengo.

En esa época, señores, las diversas clases de la sociedad presentaban un mismo aspecto. Las Memorias de Lauzun y de Bezenval no contienen menos torpezas que las de Grimon y los señores d'Epinay, que las Confesiones de Rousseau y las Memorias de los secretarios de Voltaire.

Por un sarcasmo de que la historia presenta no pocos ejemplos; al paso que no se creia en Dios, se fulminaban terribles sentencias contra la impiedad; los hombres menos castos desplegaban el mayor rigor contra las publicaciones obscenas; los Edictos de 1728 y 1757 condenan á destierro, á presidio, á la vergüenza, á la marca, y á la horca á los autores, impresores y vendedores de libros contra el órden religioso moral ó político. El gobierno queria diferenciarse del pueblo sobre que dominaba. Descúbrese entre las leyes y las costumbres de aquellos tiempos aquel género de contradicciones que anuncian un cambio radical en el fondo de las cosas, y un próximo cambio en la sociedad.

Téngase en cuenta que no hago guerra á los tiempos pasados; no trato mas que de librar de la calumnia á los presentes: digo que no puede culparse á la libertad de imprenta por los desórdenes de la actualidad, supuesto que el último siglo pasó con su impiedad y su depravacion bajo el cetro de hierro de la censura, y que del mismo seno de la enseñanza dirigida por el clero, de los mismos colegios dirigidos por profesores eclesiásticos, salieron los que de allí á pocos años arruinaron el trono y el altar, y nos precipitaron en el abismo de la revolucion.

Me dirán que es precisamente el desenfreno de escribir lo que engendró las miserias y calamidades del último siglo? Pues entonces, decidme, ¿de qué os servirán las medidas que ahora proponeis, supuesto que ni la horca, ni la argolla, ni la Bastilla, ni las prisiones de Vincennes, ni la censura, ni el poder absoluto pudieron contener el vuelo del pensamiento? ¿Habeis causado temor á la impiedad condenando á las llamas al caballero de La Barre? Ensayad la libertad de imprenta, cuando no sea mas que como un remedio, supuesto que ya conoceis que la opresion mas rigurosa no alcanza á dominar la independencia del espíritu humano.

Abstengámonos, señores, de denigrar el siglo en que vivimos: nuestros hijos valen mas que nosotros: Cuando oigo decir que la Francia está llena de impiedad y corrupcion, vuelvo la vista en mi derredor y no veo sino familias cuyas costumbres son mas normales que las de ningun otro siglo, y templos llenos de una numerosa multitud que con religioso respeto escucha las instrucciones de su pastor. Veo una juventud llena de talento y de discrecion, grave, demasiado grave acaso, que no hace alarde ni de irreligion, ni de libertinaje. Veo que su inclinacion la arrastra hácia los estudios profundos y á la investigacion de lo positivo. Veo que no se deja seducir de vanas declamaciones, y que solo desea que le hablen de cosas razonables, asi como la juventud de otros tiempos no queria que le hablasen sino de placeres. Acusanla injustamente de alimentarse de obras que provocan su desprecio, y que distan tanto de sus ideas que acaso ni las comprende. Pocos hombres habrá de mi edad, que no tengan manchada la memoria con un poema doblemente criminal, y apenas encontrareis diez jóvenes que sepan diez versos de ese poema que en mi tiempo sabiamos de memoria en los colegios.

¿Qué intentais, pues? Vosotros mismos os fraguais quimeras, y luego para combatirlas pensais restablecer la legislacion que precisamente dió orígen á los malos libros de que os lamentais. ¿Quereis estender la impiedad y la hipocresía? desplegad fanatismo é intolerancia. La moral no admite leyes suntuarias: los buenos ejemplos y la caridad son los únicos remedios contra el lujo de los vicios.

Empero, dignaos observar, señores, que esta juventud tan pacífica en la actualidad con la libertad de imprenta, era tumultuosa en tiempos de la censura, y se andaba agitando bajo la cadena con que se pretendia coartar el pensamiento. Cuanto mas la impelian hácia lo arbitrario, mas ardia en su pecho el fuego de la independencia republicana: poco á poco nos iba empujando fuera de la escena á nosotros, generaciones ya gastadas, y en el arrebato de su exasperacion estuvo muy cerca de habernos hecho desaparecer completamente. Viéndose desterrada de la actualidad y sin vínculos con lo pasado, se creyó aquella juventud con derecho de disponer del porvenir: no le dejaban manejar la pluma, manejaba la espada; llevábanla entre gendarmes, y aun asi se sentia dominada de un misterioso instinto, de una voz desconocida, que la convidaba con nueva existencia al través de los peligros y de las bayonetas que la rodeaban. Dócil en la época presente hasta en la exaltacion de su dolor, si presenta alguna resistencia no es sino cuando le impiden cumplir algun piadoso voto, ó cuando desea tener el honor de llevar un fé-

(1) Véase para completar este cuadro el prefacio de la segunda edicion.

retro, y por una mirada, por un mero signo de la autoridad, vuelve á quedarse tranquila. Raro ejemplo de moderacion está dando al verse amenazada de una nueva ley de esclavitud: á la voz de un soberano querido esa juventud reprime los sentimientos que la sencillez de la edad no acierta á desechar ni disimular. Mas de mil discípulos (¡delicadeza puramente francesa!) ocultan en su admiracion su gratitud, y con los aplausos dados á uno de los mas bellos talentos reemplazan los que ardorosamente quisieran tributar á la nobleza de un sacrificio (1).

En estos elogios que no puedo menos de dispensar á la juventud, incluyo tambien, señores, los que se merecen los hijos de famosos guerreros, ilustres sabios, hábiles empleados y eminentes ciudadanos que en esta noble cámara representan las diversas glorias de sus padres. Instruidos en las libertades públicas sin haberlas tenido que comprar á costa de desgracias, de vosotros, nobles pares, aprenderán el difícil arte de estas discusiones en que el conocimiento de la materia se agrega á la claridad de ideas y á la elocuencia del lenguaje de estas discusiones en que sin faltar al decoro se dilucida la verdad al través de las pasiones, y en que la sinceridad habla sin rodeos y la conciencia escucha sin distracciones. Llenos de la mas profunda gratitud hácia la memoria de un monarca magnánimo, nuestros hijos estarán tambien dispuestos á derramar la última gota de sangre por nuestros príncipes legítimos, y si conviene aun harán en obsequio de estos un sacrificio mas penoso, atreviéndose á indicar los errores que pueden tal vez haber cometido los consejeros de la corona, y que podrian haber hecho sufrir menoscabo á la nacion en lo tocante á su reposo, su dignidad y su honor. No perderán de su memoria nuestros hijos estas hermosas palabras de la real órden que hace hereditaria la dignidad de par. «Queriendo dar á nuestros pueblos, »dijo Luis XVIII, un nuevo testimonio de nuestro de»seo de establecer sobre las bases mas sólidas las »instituciones en que reposa el gobierno que les he»mos dado, Y QUE CONSIDERAMOS COMO EL ÚNICO QUE »PUEDE LABRAR SU FELICIDAD.»

Tales son, señores, las generaciones que viven bajo la libertad de imprenta, y tales fueron las que pasaron bajo la esclavitud de esta. Es evidente que donde la prensa ha sido libre, se han dulcificado y acrisolado las costumbres y ha cundido al mismo tiempo la ilustracion. ¿Cuándo se vió libre la Inglaterra de los repetidos asesinatos de reyes y de aquellas atroces guerras civiles que la asolaron? Cuando se estableció la libertad de imprenta. Dos veces en aquel país ha querido la incredulidad levantar la bandera por mano de Toland y por mano de Hume: dos veces ha sido vencida por la libertad de imprenta. Fijad la atencion en el resto de Europa y notareis que la corrupcion de costumbres está en razon directa del mayor número de trabas que los gobiernos han querido imponer al pensamiento. Cierto escritor (2) que consagra su tiempo á trabajos útiles ha demostrado que hasta en los barrios de la capital se nota que donde hay mas instruccion son menos frecuentes los desórdenes. Os han hablado de una multitud de malos libros; pues recordad que uno de vuestros sabios colegas (3) tan digno hombre de Estado, como eminente literato ha hecho ver por medio de datos irrecusables que las obras de religion, de historia y de ciencias, es decir, las obras serias se han aumentado durante los años de la libertad de imprenta en una proporcion que honra al espíritu público.

La verdadera censura, señores, es la que la libertad de imprenta ejerce sobre las costumbres. Hay hechos vergonzosos que nadie se atreveria á consumar temiendo verlos publicados en los periódicos. Con la libertad de la prensa son incompatibles los grandes escándalos, y las enormes atrocidades de que está llena la historia en las mas altas clases de la sociedad. ¿No nos ha de merecer pues ningun aprecio una libertad que puede prevenir los crímenes, y que obliga á los mismos gefes de los Estados á hermanar el decoro con sus demás virtudes?

En vista de los hechos, y pruebas históricas que acabo de presentaros, nadie podrá dejar de conocer cuan agenas de la verdad son todas las acusaciones que contra la libertad de imprenta se pueden hacer: todos debeis haber quedado convencidos que tales acusaciones no se hacen por causa de los intereses generales sino en provecho de mezquinas conveniencias personales. Fácil es en efecto establecer la categoría de los enemigos de la libertad de imprenta, y esa es la observacion con que voy á terminar la segunda parte de mi discurso.

Los enemigos (no digo adversarios) de la libertad de imprenta son desde luego hombres que tienen que ocultar algunos actos de su vida, y en seguida los que desean apartar de la vista del público sus obras y maniobras, esto es, los hipócritas, los funcionarios de escasa capacidad, los malos autores, los hombres de carácter ridículo, los fatuos que dan que reir con sus sandeces, los intrigantes y toda la turba de aduladores.

¡Terrible es por cierto que un fatuo no pueda vivir en paz! Esa Constitucion es una verdadera calamidad. Los tiranuelos que no pueden hacer libremente su santo gusto, los abusos, que alguna vez se encuentran con el paso obstruido, las sociedades secretas, que no pueden hablar tan bajo como quisieran, y la policía que pierde su modo de vivir, gritan desaforadamente contra esa infernal libertad de imprenta. Otro tanto hacen los que tienen esperanza de medrar censurando obras, y aplauden con entusiasmo un proyecto de ley que les promete buena cosecha, asi como los empresarios de carros y exequias fúnebres se regocijan en tiempos de grande mortandad.

A todos estos hay que añadir otros hombres verdaderamente honrados que por prevenciones, por teorías ó por recuerdo de algun ultraje no merecido profesan antipatía á la libertad de imprenta. No tardaré en hablar de otros que son enemigos de esta libertad, porque lo son tambien de la monarquía constitucional.

No faltará quien me diga que no podré negar la existencia de libelos biográficos. No la negaré ciertamente, pero demostraré que esa especie de folletos satíricos han existido en todas épocas. Si la monarquía hubiese podido ser derribada con canciones burlescas y con sátiras ya hace tiempo que habria dejado de existir. Gran mezquindad seria tomar por cosa seria un epígrama, ni dar que hacer á los tribunales por un retruécano ó por un logogrifo.

Lo que nuestros padres llamaron *sirventes* eran unas sátiras personales llenas de acrimonía. ¿Quién no tiene noticia de los escritos que se publicaron en tiempo de la Liga? La sátira *Menipea* es la biografía de los diputados de los Estados Generales de 1593. La Fronda tuvo tambien un *Mazarinadas*, y el regente despreció con nobleza las terribles *filipicas*.

Por último, ¿bajo los auspicios de la censura no circularon poco antes de la revolucion aquellos villancicos escandalosos, y aquellas canciones infamatorias, que toda la nacion repetia? ¿No existió un periódico titulado *Gaceta eclesiastica* que burló todas las investigaciones de la policía? ¿No existian aquellas *Memorias secretas de Bachaumont*, «cúmulo de necesidades, segun dice La Harpe, recogidas en el cieno de »las calles que con la desvergüenza y grosería propias »de mozos de cuadra infamaban á las personas de mas »reputacion en todos géneros.»

(1) M. VILLEMAIN.
(2) M. DUPIN.
(3) M. DARU.

¿No es verdad, señores, que tales biografías habrian sido olvidadas á las veinte y cuatro horas de su publicacion si los tribunales no les hubieran dado el interés de la persecucion?

Malos son semejantes libelos: merecen ser perseguidos con rigor; mas no hay que confundir el órden político con el órden civil, ni destruir la libertad pública por vengar la afrenta de un particular. Yo podria, señores, depositar en esa mesa cinco ó seis voluminosos tomos escritos contra mí, sin contar otros tantos que podrian formarse de artículos de los periódicos. ¿Os pediré por eso ¡tan ruin como soy! con lágrimas en los ojos que proscribais la principal de nuestras libertades? ¿Habrán dicho que soy tan perverso escritor, como mal ministro? si es cierto ¿qué derecho tengo de quejarme? ¿Está obligado el público á participar de la opinion que tengo yo de mí mismo? Despreciemos todas esas susceptibilidades del amor propio: riámonos de todas esas vanidades, pues de lo contrario todos los figurones de comedia se presentarán á pedir contra la libertad de imprenta.

A vosotros no os incumbe mas, señores, que la alta funcion de ser legisladores, y no os desentendereis de ella ciertamente por escuchar lamentos de algun amor propio resentido, ni por vindicar alguna miserable reputacion ultrajada tal vez por otra no menos miserable biografía; no sacrificareis los derechos de la inteligencia, ni infringireis la Constitucion, ni rompereis el mas poderoso resorte del gobierno representativo.

Nunca se nos presentan leyes en provecho de toda la sociedad sino en beneficio de algunos individuos. Continuamente nos están hablando de los intereses de la religion y del trono, y cuando se examina el fondo de las cosas se ve que lo que menos se trata en ellas es de esos sagrados intereses.

Señores, en tanto que equiparando los años de censura con los años de libertad de imprenta puede el tiempo resolver completamente este problema, juzgo oportuno ensayar si con la libertad de imprenta podrán nuestros hijos evitar los trastornos de las discordias civiles, los asesinatos de los Armañacs y de los Borgoñones, las matanzas de Saint-Barthelemy, los atentados del tiempo de Enrique III, de Enrique IV y de Luis XV, la corrupcion de la regencia y del siglo siguiente, y por último los crímenes revolucionarios, crímenes que habrian podido ser remediados ó prevenidos si los escritores no hubiesen sido conducidos al cadalso, ó deportados á la Guyana.

He entrado en estos detalles, creyendo que podria abreviarlos en razon de su interés histórico. Tiempo es ya de que entremos en el exámen de otras importantes verdades, cuya demostracion he reservado para la tercera parte de este discurso.

Las verdades de que voy principalmente á hablaros son las siguientes:

La religion no se halla interesada en el proyecto de ley, ni puede prometerse de él ningun auxilio. El espíritu del cristianismo, y el carácter de la Iglesia galicana, están en oposicion directa con la ley.

Solo forzado por las circunstancias, acometo el exámen de un asunto religioso. Los hombres del siglo podemos tal vez irrogar algun daño á una causa tan santa, mezclándola en nuestros asuntos y conversaciones. No pocas veces las debilidades de nuestra condicion exponen la fuerza de nuestras doctrinas á la risa.

Pero viéndome á mi pesar puesto otra vez en el campo de batalla, donde en otro tiempo combatí solo y en medio de ruinas, oyendo á los enemigos de la libertad de imprenta proclamar peligros, convertirse en oficiosos defensores de los intereses del altar y solicitar leyes que afirman ser necesarias, no puedo menos de presentar la cuestion del modo que mas convenga, nobles pares, para que podais emitir vuestro fallo.

¿Cuál es la situacion de la religion relativamente al espíritu público y respecto de las leyes existentes? Examinémoslo.

La imprenta ha podido dañar á la religion de dos modos: ó por la impresion de obras nuevas, ó por la reimpresion de las antiguas.

Por lo tocante á obras nuevas, será muy breve mi informacion. Desde el establecimiento de la libertad de imprenta, no se ha publicado un solo libro contra los principios esenciales de la religion. ¿Pudo jamás darse contestacion mas perentoria á unas acusaciones mas aventuradas?

¿Remedia el proyecto de ley las reimpresiones de las obras antiguas? No. ¿Bastaban las leyes existentes para castigar esas reimpresiones? Si.

Sobre este particular se estableció una legislacion muy acertada; pronunciáronse sentencias condenatorias contra la reproduccion de antiguas impiedades como si salieran á luz por primera vez. El proyecto de ley que estamos discutiendo, nada establece de nuevo en lo tocante á este asunto, y por consiguiente no añade cosa alguna á la actual legislacion.

Laméntanse de la reimpresion de malos libros, y no echan de ver, que todos estaban ya escritos durante el régimen de la censura. ¿Y por medio de la censura, mas ó menos disfrazada quieren ahora prevenir los males que la censura no pudo remediar?

¿Qué pueden hacer por otra parte todas las medidas represivas, ni todos los reglamentos de policía para impedir la circulacion de las obras antiguas? Las bibliotecas están atestadas de ellas; los almacenes de los libreros están llenos de obras de Voltaire y Rousseau; la nacion está provista de ellas para mas de medio siglo, y en defecto de Francia, Bélgica, nos las suministraria con abundancia. El proyecto de ley nada mas hará que aumentar el precio de ese género de libros. Todo está bien calculado; lo que los editores de obras buenas perderán por un lado, lo ganarán por otro los expendedores de libros malos: el espíritu de semejante proyecto es odioso; los resultados serian absurdos.

No cesan de citarnos obras perniciosas impresas por miles de ejemplares y que componen millones de pliegos de impresion. Mas por de pronto ¿se han vendido todas esas obras? La mayor parte de sus editores no han conseguido mas que arruinarse. Si una cólera pueril contra la imprenta no hubiera venido á despertar la codicia de los mercaderes, todo habria permanecido sepultado en el polvo. Recorred las provincias: trabajo os costará encontrar algunos ejemplares de esos escritos de que nos dicen que la nacion está inundada.

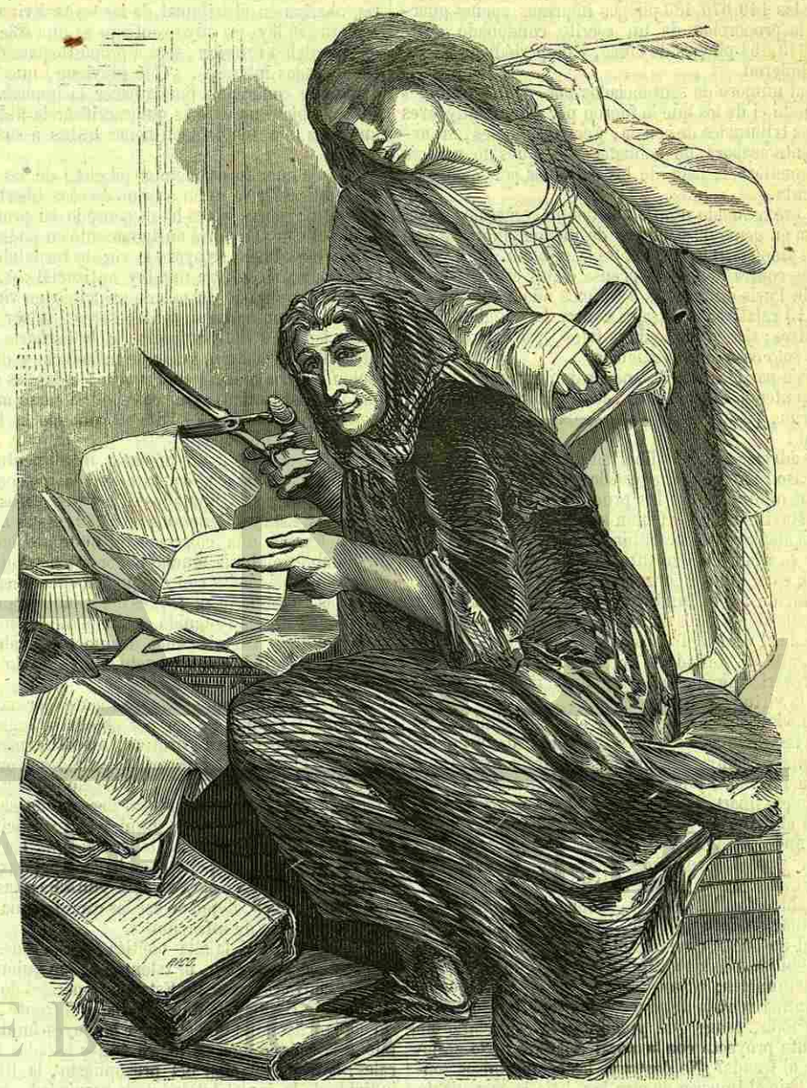
Entre esos libros malos ¿no habrá alguno bueno? Si de las mismas obras completas de Voltaire suprimís una docena de tomos, los demás ¿no pueden ser leidos sin peligro por cualquiera?

Finalmente, ¿no tienen esos millares de libros malos el contrapeso de millares de libros buenos? En nuestros dias se han coleccionado é impreso las obras de Bossuet, de Fenelon, de Masillon y Bourdaloue que hasta el presente nunca habian estado completas. Mas sigamos demostrando con números.

En los estados presentados por un noble par, cuya poderosa autoridad he citado ya, vereis que desde 1 de noviembre de 1811 hasta 31 de diciembre de 1825, la libreria francesa ha publicado en textos sagrados, traduciones, comentarios liturgia, libros de oraciones, catecismo místico ascético etc., 159.586,642 pliegos impresos.

Los números comprendidos en los años de libertad de imprenta, es decir, desde el 1822 hasta el 1825, han ido creciendo constantemente, de manera, que en 1821 se publicaron 7.998,857 pliegos; en 1822, 9.21,852; en 1823, 10.361,297; en 1824, 10.976,119; y en 1825, 13.238,620 pliegos. ¿Puede darse el nombre de impío al siglo? ¿Podrá decirse, que la libertad de imprenta detiene el movimiento del espíritu religioso? Pasemos á otros cálculos.

Desde el 27 de abril de 1822 hasta el 6 de marzo de 1827, se han presentado como ya lo hemos dicho, ochenta y tres causas por delitos de imprenta ante el tribunal real de París: de esas causas hay que rebajar trece que merecieron absolucion, y tres que no llegaron á ser sentenciadas: queda pues reducido el número de delitos efectivos á 67. Si se me disputa la exactitud rigurosa de ese número, diré que dos ó tres causas de mas ó de menos, no hacen al caso. Dividanse esos 67 delitos por los 5 años en que tuvieron lugar, esto es, desde abril de 1822 hasta marzo



LA CENSURA.

de 1827, y se verá que escasamente tocan á 14 por año. En vista de esto, no se puede menos de convenir en que los delitos literarios guardan una insignificante proporcion con los demás desórdenes reprimidos por los tribunales.

En la nota estadística criminal del 1825 que hemos ya citado, se ve que los tribunales se ocuparon de 3,653 acusaciones: solo bajo el título de difamacion é injurias aparecen 3,140 acusados mientras que en el mismo plazo no figuran sino 27 delitos de imprenta, á saber: dos en los departamentos, y los restantes en la capital. De manera, que de 3,140 acusados de difamacion é injuria, solo 27 se valieron de la prensa, suponiendo que fuera de ese carácter, el de-

lito que cometieron. Y como en 1825 segun el cálculo del S. Conde Daru, se imprimieron 12.810,483 pliegos de obras y 21.660,600 pliegos de periódicos, resulta, que en tan enorme suma no ocurrieron mas que 27 delitos.

Si ahora se fija la atencion en que durante el año 1825 se expidieron 4,594 sentencias en un país cuya poblacion es de 35.504,000 almas, se echará de ver que hubo un delincuente por cada 6,000 individuos, en tanto que las 27 pnblicaciones reprensibles entre los 149.670,483 pliegos impresos apenas guardan la proporcion de un escrito condenado entre 500.543,351 pliegos de obras, y de periódicos que se imprimieron.

Si al número de sentenciados por delitos comunes se añade el de los que lo fueron por causas muy leves por los tribunales de policía, y correccionales, mi argumento acabará de robustecerse, pues no por eso se aumentará la lista de los acusados por delitos de imprenta.

En ese reducido número de delitos cometidos por la prensa en general, tratemos de indagar ahora los que hayan sido atentatorios contra la religion. De 69 sentencias contra delitos de prensa dadas en el tribunal real de París durante los 5 últimos años, solo ha habido 13 relativas á ultrajes contra la religion ó sus ministros; siendo digno de notarse, que no ha habido ni un solo caso de reincidencia.

Trece partidos por 5, apenas dan un cuociente de tres sentencias por delitos contra la religion, y sin embargo, ¡á eso llaman un desbordamiento de impiedad!

Los adversarios de la libertad de imprenta, ¿se verán acaso reducidos para justificar su sistema ó desear que se multiplicaran las pruebas judiciales de una supuesta impiedad? ¿Quién será mejor cristiano, el que se alegrará de encontrar tan pocos culpables, ó el que se afligirá de encontrar tantos inocentes? Inexorable es el humano orgullo al llegar á cierto grado de irritacion: si ha fundado la esperanza de su triunfo en la suposicion de la depravacion de costumbres, no retrocede al verse defraudado: alguna vez se ha visto que á falta de verdaderas acciones malas, ha inventado prevaricadores con leyes, dando nombre de crímen á la virtud.

De modo, señores, que desde el establecimiento de la libertad de imprenta, no se ha publicado ni un solo libro nuevo contra los principales fundamentos de nuestra religion, y por el contrario, durante el reinado de esa libertad, las obras piadosas se han multiplicado al infinito. El tribunal real de París, no ha tenido anualmente que sentenciar mas que tres delitos poco graves en materias de religion, y todos han sido tratados con la mayor severidad.

Restablecidos los hechos, reconocida ya la verdadera situacion de la religion, veamos supuesto que en realidad no puede quejarse ni del espíritu público, ni de la debilidad de las antiguas leyes, ni de la justicia de los tribunales; veamos digo, si tiene que prometerse alguna ventaja del nuevo proyecto de ley.

Ante todo, tengo que preguntar si está conforme semejante proyecto con la moral cristiana. ¿No es favorable al fraude? ¿No destruye los compromisos contraidos bajo el imperio de otra ley, bajo la garantía de las autoridades competentes, y bajo la salvaguardia de la buena fe pública? ¿No ataca á la propiedad imponiéndole otras condiciones que las que le fueron prescritas? ¿No es retroactivo el efecto del proyecto? En tal caso, ¿no se infringe abiertamente el principio fundamental de la justicia? De que ese proyecto se aplique si es que al fin ha de convertirse en ley, á la propiedad literaria venidera, no podrá resentirse tanto la probidad natural; pero de que sea ejecutorio para la propiedad literaria existente ya en virtud de otras leyes, no puede menos de resultar la ruina de toda la base del derecho, y una manifiesta violacion del artículo 9 de la ley fundamental que dice: *Toda propiedad es inviolable sin excepcion de ninguna especie.*

Si un hombre se acusara en el tribunal de la penitencia de esa inclinacion al fraude que se echa de ver en los artículos del proyecto, la mano que ata y desata, ¿se levantaria para absolverlo? Creo lo suficiente en las virtudes del clero para imaginar que puedan aprobar en el santuario de las leyes humanas lo que reprobarian en el tribunal de las leyes divinas.

Pero esa ley, en cuyo contexto ni una sola vez se lee la palabra *religion*, será á propósito para defender sus sagrados intereses. ¿Qué previene, que remedia de lo que contra ella pueda hacer la impiedad? Nada. Su objeto no es mas que sacrificar la libertad de imprenta sin meterse en poner trabas á su desenfreno.

¿Desde cuando es enemigo el clero de las libertades públicas? ¿No es en el seno de esas libertades, á las que no pocas veces ha dispensado su proteccion, donde el clero adquirió antiguamente su poder? Si en esta noble cámara se oyese la voz de respetables prelados clamando contra una ley antisocial: ó estos la rechazasen cuando del mismo principio en virtud del cual se determinaron sus antecesores á salvar las letras y las artes del naufragio de la barbarie, nadie puede figurarse á qué grado de influencia y de veneracion llegaria el clero en Francia: todas las calumnias desaparecerian. ¿Qué cosa podria darse mas hermosa que la palabra de Dios reclamando la libertad de la palabra humana?

Existe, señores, un precioso monumento de la sensatez nacional, y consiste en la coleccion de apuntaciones de los diputados de las tres clases sociales en los Estados Generales de 1789. Estas apuntaciones forman una coleccion de 66 tomos en folio, cuya impresion haria mucho honor al país. Allí se encuentran consignadas con profundo conocimiento de las cosas, todas las necesidades del reino, de manera, que si se hubieran seguido exactamente las instrucciones que se dan en aquel documento, habríamos conseguido todo lo que la revolucion ha traido en pos de sí, menos los crímenes.

El clero se distingue principalmente por sus instituciones: las que tienen por objeto la legislacion criminal, civil y administrativa, son obras maestras. Provocan el establecimiento de los estados provinciales: desean la reintegracion de las ciudades y de las municipalidades en lo tocante al derecho de elegir libremente sus funcionarios municipales: solicitan la creacion de jueces de paz, la abolicion de los tribunales de excepcion, y el que se hagan mejoras en el régimen carcelario «para que, segun dicen las citadas instituciones, dejen de ser las cárceles una mansion de horror y de infeccion.»

En lo relativo á la alta política, no demuestra el clero menos elevacion, ni talento; él fue quien instó para la convocacion de los Estados Generales de 1789. El clero de Reims, con su arzobispo al frente, pidió un código nacional que abarcase las leyes fundamentales, la convocacion periódica de los Estados Generales, la libre votacion del presupuesto, la libertad individual, la inviolabilidad de la propiedad, la responsabilidad de los ministros, el libre acceso á todos los puestos públicos para todos los ciudadanos, la redaccion de un nuevo código civil y militar, la uniformidad de los pesos y medidas, y finalmente, una ley contra el tráfico de negros. Los demás cuadernos de apunlaciones del clero, están mas ó menos conformes con estos sentimientos.

En lo concerniente á la libertad de imprenta la nobleza y el tercer estado opinaron uniformemente y ambos la reclamaron con algunas leyes restrictivas. El clero por de pronto manifestó los peligros que de la

excesiva libertad de los escritos se podrian seguir y luego, pasando á la cuestion de hecho, se declararon en favor de ella la mayor parte de los miembros eclesiásticos de la asamblea, otros siguieron manifestando los abusos que podrian cometerse sin indicar medios de represion y solo unos pocos opinaron por la censura. Considero útil reproducir testualmente las propias palabras que el clero dijo en aquella ocasion.

El clero de la Bailia de Williers la Montagne se expresó así: «Autorízese la libertad indefinida de im»prenta con la expresa circunstancia de que el impresor »ponga su nombre en todas las obras que imprima.»

El clero de la Bailia principal de Dijon dijo: «Todo »ciudadano tiene derecho de conservar el libre ejer»cicio de su pensamiento; de manera que todo escrito »puede ser publicado libremente por via de la imprenta, menos los que propendan á turbar el órden pú»blico en cualquiera de sus relaciones, y cúmplanse »siempre las formalidades que se juzguen necesarias »para asegurar el castigo del delito en semejante caso.

El clero de la provincia de Angumois se expresó de este modo: «No se opone el estado eclesiástico á la li»bertad de imprenta, con tal que los escritos no sean »anónimos, y se prohiba la impresion de libros obce»nos y contrarios al dogma de la fe y á los principios »del gobierno.»

El clero de la Bailia de Autun dijo: «La libertad de »escribir no puede diferenciarse de la de hablar: de»berá pues tener la misma extension y los mismos »límites, debe por lo tanto quedar garantizada, salvo »el caso de atentarse contra la religion, las costum»bres ó los derechos de cualquiera ciudadano. Sobre »todo es indispensable que esta libertad sea absoluta »en la discusion de los asuntos públicos, porque to»dos estamos interesados en ellos.»

El clero de París *intra muros* pidió tambien la libertad de imprenta pero con leyes represivas. La senescalía de Rodez hizo la misma peticion, y el clero de Melun y de Moret pronunció estas memorables palabras: «Siendo la libertad moral y las facultades in»telectuales mucho mas preciosas para el hombre que »las del cuerpo, ó sean facultades físicas debe el hom»bre tener libertad de imprimir y publicar toda obra »sin necesidad de censura preventiva ni de permiso »de ningun género; pero se establecerán al mismo »tiempo penas las mas severas contra los que escriban »atacando á la religion, á las costumbres, á la perso»na del rey, á la tranquilidad pública, ó á la reputa»tacion de cualquiera ciudadano. El nombre del autor »y del editor deberán figurar en la portada del libro.»

Los que se oponen en la actualidad al proyecto del ministerio ¿hablan de la libertad de imprenta con mas energía ni en términos mas explícitos que los del clero en 1789? Sin embargo en aquella época en que el clero manifestaba tanta independencia y tanta generosidad, ¿no habia sido insultado y calumniado durante cincuenta años por los enciclopedistas? ¿No se habia visto ya abrumado por los epígramas de Voltaire, hasta el extremo de no atraverse á parecer religioso por miedo de parecer ridículo? ¿Quién tenia entonces derecho de clamar contra la imprenta, ni de quejarse de la ingratitud de las letras mas que el clero que las habia sostenido y patrocinado? ¿Qué hizo el clero para vengarse de esa ingratitud? Pedir la libertad de imprenta, oponiendo esa misma libertad al desenfreno. No temió por las verdades religiosas, porque estas verdades son imperecederas: no temió tampoco que se trabara una pública lucha entre la religion y la impiedad. Por lo tocante á los miembros del sacerdocio pareció decirles: Escudaos con vuestra propia virtud: las imputaciones de vuestros enemigos se destruirán por sí mismas si son falsas, y si por desgracia fuesen verdaderas no debe todo un pueblo verse privado de la mas preciosa de sus libertades por disimular vuestras faltas y ocultar vuestros errores.

¿Y ahora quieren suponer que el clero pide la destruccion de esa libertad, cuando los escritos de que tanto tuvieron que lamentarse en 1789 han perdido ya el prestigio y poder; cuando la impiedad ya no es de moda; cuando todo el mundo comprende lo necesario que es una religion tan tolerante en su moral, como sublime en sus dogmas; cuando á la inconsecuencia de un siglo frívolo ha sucedido una época apasionada de la formalidad? ¿El clero actual se creeria bajo la salvaguardia de las persecuciones que ha sufrido mas vulnerable por los excesos de la libertad de imprenta que en aquel tiempo en que pedia esa libertad, y cuando su próspero estado y sus riquezas le convertian en objeto de la codicia y envidia de sus enemigos? La iglesia rejuvenecida por la adversidad ha recobrado su fuerza al tocar el seno de su madre. Los libros han tenido algun valor cuando se han dirigido contra dignatarios eclesiásticos poseedores de inmensas rentas; pero nada valen, cuando se trata de párrocos que gozan de una miserable dotacion, de unos hombres desnudos, que pueden contestar al insulto enseñando las cicatrices de su martirio.

El Cristianismo, señores, es superior á la calumnia; ni busca las sombras, ni necesita pactar con la ignorancia. Decir que por el Cristianismo se teme la libertad de imprenta, es injuriarle; es no tener una idea exacta de su grandeza; es desconocer su divino poder. El Cristianismo civilizó al mundo y destruyó la esclavitud; no intenta hacer retrogadar la sociedad, porque no es compatible tamaña contradiccion con su divina esencia. Nuestra religion se estableció y fue defendida por el libre ejercicio del pensamiento y de la palabra. Al enviar los apóstoles sus epístolas á los gentiles ¿qué hacian sino usar de la libertad de escribir contra el culto romano y hasta infringir las leyes de aquel pueblo? ¿No tuvo que comparecer Pablo ante el tribunal de Felix y de Festo á dar cuenta de sus palabras? ¿No exclamó Festo: «sois un insensato Pablo; vuestro mucho saber os ha turbado el sentido?»

En los fastos de la sociedad cristiana ese es el primer fallo pronunciado contra la libertad del pensamiento; Pablo era insensato porque anunciaba á los de Atenas el Dios desconocido; porque predicaba contra aquellos hombres, *que reprimen la verdad de Dios con la injusticia.* Las Actas de los Mártires no son mas que una coleccion de causas seguidas por la tierra contra el cielo, el catálogo se sentencias pronunciadas contra la libertad del pensamiento y la conciencia.

Posteriormente el Cristianismo brilló en el seno de las academias de la antigüedad, y con sus obras disipó los sofismas de las escuelas de Alejandría, de Antioquía y de Atenas. La iglesia debió sus victorias tanto á la pluma de sus doctores, como á la palma de sus mártires. La religion obediente al precepto del divino Maestro, *docete omnes gentes*, la religion que ha fundado casi todos los colegios, universidades y bibliotecas de Europa, rechaza naturalmente unas leyes que por último destruirian su obra. Roma cristiana que dió asilo á los sabios fugitivos, que compró á peso de oro los manuscritos de los antiguos, no pide la proscripcion del pensamiento.

El Cristianismo es la razon universal: con las luces se ha ido desarrollando su poder, y siempre proseguirá derramando sobre las generaciones venideras verdades cuyo orígen jamás podrá agotarse. De cuanto ha existido en la antigua sociedad solo el Cristianismo es el que subsiste en pié: ningun interés tiene en volver á reproducir lo que ya no existe: su vida es la esperanza, y sus costumbres no son las de este ni las de aquel siglo, sino las de todos los siglos. Habla todos los idiomas; es sencillo con los pueblos salvajes y sabio é ilustrado con las naciones civilizadas: él hizo brillar la verdad en la inteligencia del rudo pastor escita, y él colocó en las sienes del Taso la corona en el Ca-

lito que cometieron. Y como en 1825 segun el cálculo del S. Conde Daru, se imprimieron 12.810,483 pliegos de obras y 21.660,600 pliegos de periódicos, resulta, que en tan enorme suma no ocurrieron mas que 27 delitos.

Si ahora se fija la atencion en que durante el año 1825 se expidieron 4,594 sentencias en un país cuya poblacion es de 35.504,000 almas, se echará de ver que hubo un delincuente por cada 6,000 individuos, en tanto que las 27 pnblicaciones reprensibles entre los 149.670,483 pliegos impresos apenas guardan la proporcion de un escrito condenado entre 500.543,351 pliegos de obras, y de periódicos que se imprimieron.

Si al número de sentenciados por delitos comunes se añade el de los que lo fueron por causas muy leves por los tribunales de policía, y correccionales, mi argumento acabará de robustecerse, pues no por eso se aumentará la lista de los acusados por delitos de imprenta.

En ese reducido número de delitos cometidos por la prensa en general, tratemos de indagar ahora los que hayan sido atentatorios contra la religion. De 69 sentencias contra delitos de prensa dadas en el tribunal real de París durante los 5 últimos años, solo ha habido 13 relativas á ultrajes contra la religion ó sus ministros; siendo digno de notarse, que no ha habido ni un solo caso de reincidencia.

Trece partidos por 5, apenas dan un cuociente de tres sentencias por delitos contra la religion, y sin embargo, ¡á eso llaman un desbordamiento de impiedad!

Los adversarios de la libertad de imprenta, ¿se verán acaso reducidos para justificar su sistema ó desear que se multiplicaran las pruebas judiciales de una supuesta impiedad? ¿Quién será mejor cristiano, el que se alegrará de encontrar tan pocos culpables, ó el que se afligirá de encontrar tantos inocentes? Inexorable es el humano orgullo al llegar á cierto grado de irritacion: si ha fundado la esperanza de su triunfo en la suposicion de la depravacion de costumbres, no retrocede al verse defraudado: alguna vez se ha visto que á falta de verdaderas acciones malas, ha inventado prevaricadores con leyes, dando nombre de crímen á la virtud.

De modo, señores, que desde el establecimiento de la libertad de imprenta, no se ha publicado ni un solo libro nuevo contra los principales fundamentos de nuestra religion, y por el contrario, durante el reinado de esa libertad, las obras piadosas se han multiplicado al infinito. El tribunal real de París, no ha tenido anualmente que sentenciar mas que tres delitos poco graves en materias de religion, y todos han sido tratados con la mayor severidad.

Restablecidos los hechos, reconocida ya la verdadera situacion de la religion, veamos supuesto que en realidad no puede quejarse ni del espíritu público, ni de la debilidad de las antiguas leyes, ni de la justicia de los tribunales; veamos digo, si tiene que prometerse alguna ventaja del nuevo proyecto de ley.

Ante todo, tengo que preguntar si está conforme semejante proyecto con la moral cristiana. ¿No es favorable al fraude? ¿No destruye los compromisos contraidos bajo el imperio de otra ley, bajo la garantía de las autoridades competentes, y bajo la salvaguardia de la buena fe pública? ¿No ataca á la propiedad imponiéndole otras condiciones que las que le fueron prescritas? ¿No es retroactivo el efecto del proyecto? En tal caso, ¿no se infringe abiertamente el principio fundamental de la justicia? De que ese proyecto se aplique si es que al fin ha de convertirse en ley, á la propiedad literaria venidera, no podrá resentirse tanto la probidad natural; pero de que sea ejecutorio para la propiedad literaria existente ya en virtud de otras leyes, no puede menos de resultar la ruina de toda la base del derecho, y una manifiesta violacion del artículo 9 de la ley fundamental que dice: *Toda propiedad es inviolable sin excepcion de ninguna especie.*

Si un hombre se acusara en el tribunal de la penitencia de esa inclinacion al fraude que se echa de ver en los artículos del proyecto, la mano que ata y desata, ¿se levantaria para absolverlo? Creo lo suficiente en las virtudes del clero para imaginar que puedan aprobar en el santuario de las leyes humanas lo que reprobarian en el tribunal de las leyes divinas.

Pero esa ley, en cuyo contexto ni una sola vez se lee la palabra *religion*, será á propósito para defender sus sagrados intereses. ¿Qué previene, que remedia de lo que contra ella pueda hacer la impiedad? Nada. Su objeto no es mas que sacrificar la libertad de imprenta sin meterse en poner trabas á su desenfreno.

¿Desde cuando es enemigo el clero de las libertades públicas? ¿No es en el seno de esas libertades, á las que no pocas veces ha dispensado su proteccion, donde el clero adquirió antiguamente su poder? Si en esta noble cámara se oyese la voz de respetables prelados clamando contra una ley antisocial: ó estos la rechazasen cuando del mismo principio en virtud del cual se determinaron sus antecesores á salvar las letras y las artes del naufragio de la barbarie, nadie puede figurarse á qué grado de influencia y de veneracion llegaria el clero en Francia: todas las calumnias desaparecerian. ¿Qué cosa podria darse mas hermosa que la palabra de Dios reclamando la libertad de la palabra humana?

Existe, señores, un precioso monumento de la sensatez nacional, y consiste en la coleccion de apuntaciones de los diputados de las tres clases sociales en los Estados Generales de 1789. Estas apuntaciones forman una coleccion de 66 tomos en folio, cuya impresion haria mucho honor al país. Allí se encuentran consignadas con profundo conocimiento de las cosas, todas las necesidades del reino, de manera, que si se hubieran seguido exactamente las instrucciones que se dan en aquel documento, habríamos conseguido todo lo que la revolucion ha traido en pos de sí, menos los crímenes.

El clero se distingue principalmente por sus instituciones: las que tienen por objeto la legislacion criminal, civil y administrativa, son obras maestras. Provocan el establecimiento de los estados provinciales: desean la reintegracion de las ciudades y de las municipalidades en lo tocante al derecho de elegir libremente sus funcionarios municipales: solicitan la creacion de jueces de paz, la abolicion de los tribunales de excepcion, y el que se hagan mejoras en el régimen carcelario «para que, segun dicen las citadas instituciones, dejen de ser las cárceles una mansion de horror y de infeccion.»

En lo relativo á la alta política, no demuestra el clero menos elevacion, ni talento; él fue quien instó para la convocacion de los Estados Generales de 1789. El clero de Reims, con su arzobispo al frente, pidió un código nacional que abarcase las leyes fundamentales, la convocacion periódica de los Estados Generales, la libre votacion del presupuesto, la libertad individual, la inviolabilidad de la propiedad, la responsabilidad de los ministros, el libre acceso á todos los puestos públicos para todos los ciudadanos, la redaccion de un nuevo código civil y militar, la uniformidad de los pesos y medidas, y finalmente, una ley contra el tráfico de negros. Los demás cuadernos de apunlaciones del clero, están mas ó menos conformes con estos sentimientos.

En lo concerniente á la libertad de imprenta la nobleza y el tercer estado opinaron uniformemente y ambos la reclamaron con algunas leyes restrictivas. El clero por de pronto manifestó los peligros que de la

excesiva libertad de los escritos se podrian seguir y luego, pasando á la cuestion de hecho, se declararon en favor de ella la mayor parte de los miembros eclesiásticos de la asamblea, otros siguieron manifestando los abusos que podrian cometerse sin indicar medios de represion y solo unos pocos opinaron por la censura. Considero útil reproducir testualmente las propias palabras que el clero dijo en aquella ocasion.

El clero de la Bailia de Williers la Montagne se expresó así: «Autorízese la libertad indefinida de im»prenta con la expresa circunstancia de que el impresor »ponga su nombre en todas las obras que imprima.»

El clero de la Bailia principal de Dijon dijo: «Todo »ciudadano tiene derecho de conservar el libre ejer»cicio de su pensamiento; de manera que todo escrito »puede ser publicado libremente por via de la imprenta, menos los que propendan á turbar el órden pú»blico en cualquiera de sus relaciones, y cúmplanse »siempre las formalidades que se juzguen necesarias »para asegurar el castigo del delito en semejante caso.

El clero de la provincia de Angumois se expresó de este modo: «No se opone el estado eclesiástico á la li»bertad de imprenta, con tal que los escritos no sean »anónimos, y se prohiba la impresion de libros obce»nos y contrarios al dogma de la fe y á los principios »del gobierno.»

El clero de la Bailia de Autun dijo: «La libertad de »escribir no puede diferenciarse de la de hablar: de»berá pues tener la misma extension y los mismos »límites, debe por lo tanto quedar garantizada, salvo »el caso de atentarse contra la religion, las costum»bres ó los derechos de cualquiera ciudadano. Sobre »todo es indispensable que esta libertad sea absoluta »en la discusion de los asuntos públicos, porque to»dos estamos interesados en ellos.»

El clero de París *intra muros* pidió tambien la libertad de imprenta pero con leyes represivas. La senescalía de Rodez hizo la misma peticion, y el clero de Melun y de Moret pronunció estas memorables palabras: «Siendo la libertad moral y las facultades in»telectuales mucho mas preciosas para el hombre que »las del cuerpo, ó sean facultades físicas debe el hom»bre tener libertad de imprimir y publicar toda obra »sin necesidad de censura preventiva ni de permiso »de ningun género; pero se establecerán al mismo »tiempo penas las mas severas contra los que escriban »atacando á la religion, á las costumbres, á la perso»na del rey, á la tranquilidad pública, ó á la reputa»tacion de cualquiera ciudadano. El nombre del autor »y del editor deberán figurar en la portada del libro.»

Los que se oponen en la actualidad al proyecto del ministerio ¿hablan de la libertad de imprenta con mas energía ni en términos mas explícitos que los del clero en 1789? Sin embargo en aquella época en que el clero manifestaba tanta independencia y tanta generosidad, ¿no habia sido insultado y calumniado durante cincuenta años por los enciclopedistas? ¿No se habia visto ya abrumado por los epígramas de Voltaire, hasta el extremo de no atraverse á parecer religioso por miedo de parecer ridículo? ¿Quién tenia entonces derecho de clamar contra la imprenta, ni de quejarse de la ingratitud de las letras mas que el clero que las habia sostenido y patrocinado? ¿Qué hizo el clero para vengarse de esa ingratitud? Pedir la libertad de imprenta, oponiendo esa misma libertad al desenfreno. No temió por las verdades religiosas, porque estas verdades son imperecederas: no temió tampoco que se trabara una pública lucha entre la religion y la impiedad. Por lo tocante á los miembros del sacerdocio pareció decirles: Escudaos con vuestra propia virtud: las imputaciones de vuestros enemigos se destruirán por sí mismas si son falsas, y si por desgracia fuesen verdaderas no debe todo un pueblo verse privado de la mas preciosa de sus libertades por disimular vuestras faltas y ocultar vuestros errores.

¿Y ahora quieren suponer que el clero pide la destruccion de esa libertad, cuando los escritos de que tanto tuvieron que lamentarse en 1789 han perdido ya el prestigio y poder; cuando la impiedad ya no es de moda; cuando todo el mundo comprende lo necesario que es una religion tan tolerante en su moral, como sublime en sus dogmas; cuando á la inconsecuencia de un siglo frívolo ha sucedido una época apasionada de la formalidad? ¿El clero actual se creeria bajo la salvaguardia de las persecuciones que ha sufrido mas vulnerable por los excesos de la libertad de imprenta que en aquel tiempo en que pedia esa libertad, y cuando su próspero estado y sus riquezas le convertian en objeto de la codicia y envidia de sus enemigos? La iglesia rejuvenecida por la adversidad ha recobrado su fuerza al tocar el seno de su madre. Los libros han tenido algun valor cuando se han dirigido contra dignatarios eclesiásticos poseedores de inmensas rentas; pero nada valen, cuando se trata de párrocos que gozan de una miserable dotacion, de unos hombres desnudos, que pueden contestar al insulto enseñando las cicatrices de su martirio.

El Cristianismo, señores, es superior á la calumnia; ni busca las sombras, ni necesita pactar con la ignorancia. Decir que por el Cristianismo se teme la libertad de imprenta, es injuriarle; es no tener una idea exacta de su grandeza; es desconocer su divino poder. El Cristianismo civilizó al mundo y destruyó la esclavitud; no intenta hacer retrogadar la sociedad, porque no es compatible tamaña contradiccion con su divina esencia. Nuestra religion se estableció y fue defendida por el libre ejercicio del pensamiento y de la palabra. Al enviar los apóstoles sus epístolas á los gentiles ¿qué hacian sino usar de la libertad de escribir contra el culto romano y hasta infringir las leyes de aquel pueblo? ¿No tuvo que comparecer Pablo ante el tribunal de Felix y de Festo á dar cuenta de sus palabras? ¿No exclamó Festo: «sois un insensato Pablo; vuestro mucho saber os ha turbado el sentido?»

En los fastos de la sociedad cristiana ese es el primer fallo pronunciado contra la libertad del pensamiento; Pablo era insensato porque anunciaba á los de Atenas el Dios desconocido; porque predicaba contra aquellos hombres, *que reprimen la verdad de Dios con la injusticia.* Las Actas de los Mártires no son mas que una coleccion de causas seguidas por la tierra contra el cielo, el catálogo se sentencias pronunciadas contra la libertad del pensamiento y la conciencia.

Posteriormente el Cristianismo brilló en el seno de las academias de la antigüedad, y con sus obras disipó los sofismas de las escuelas de Alejandría, de Antioquía y de Atenas. La iglesia debió sus victorias tanto á la pluma de sus doctores, como á la palma de sus mártires. La religion obediente al precepto del divino Maestro, *docete omnes gentes*, la religion que ha fundado casi todos los colegios, universidades y bibliotecas de Europa, rechaza naturalmente unas leyes que por último destruirian su obra. Roma cristiana que dió asilo á los sabios fugitivos, que compró á peso de oro los manuscritos de los antiguos, no pide la proscripcion del pensamiento.

El Cristianismo es la razon universal: con las luces se ha ido desarrollando su poder, y siempre proseguirá derramando sobre las generaciones venideras verdades cuyo orígen jamás podrá agotarse. De cuanto ha existido en la antigua sociedad solo el Cristianismo es el que subsiste en pié: ningun interés tiene en volver á reproducir lo que ya no existe: su vida es la esperanza, y sus costumbres no son las de este ni las de aquel siglo, sino las de todos los siglos. Habla todos los idiomas; es sencillo con los pueblos salvajes y sabio é ilustrado con las naciones civilizadas: él hizo brillar la verdad en la inteligencia del rudo pastor escita, y él colocó en las sienes del Taso la corona en el Ca-

pitolio. En su marcha progresiva nos presenta dos libros; en el uno nos da razon de nuestro inmortal orígen, en el otro nos demuestra nuestro inmortal porvenir. Todo lo sabe, todo lo abarca con su espíritu. Sométese á todas las autoridades establecidas, y no sigue con preferencia ni esta ni aquella política, porque su índole se acomoda á todas las sociedades: republicano en América, monárquico en Francia, ¿no le veis cual hoy desciende á reanimar el polvo de Esparta y de Atenas? Ha soplado sobre unos huesos áridos y los ilustres finados han vuelto á la vida. ¿Cómo? ¿Habrá quién intente esclavizar la patria en nombre de la religion, cuando la religion rompe con su cruz las cadenas de la Iglesia de San Pablo, cuando sus manos divinas desentierran de los campos de Maraton la estátua de la libertad para transformar en patrona cristiana la que en algun tiempo fue ídolo de la Grecia?

No me faltará valor para decir al clero, pues habiendo combatido por él tengo derecho de hablarle con sinceridad, que con la Constitucion el clero lo puede todo, pero que sin la Constitucion es nulo su valimiento. Defendiendo las libertades será el clero mas poderoso que todos porque reunirá la duplicada autoridad de la tierra y del cielo; pero siendo enemigo de esas libertades su poder será el mas débil de los poderes, y si fuera posible que los templos llegaran á quedar enteramente cerrados, acaso ya nunca mas volverian á abrirse.

Paso, señores, á la tercera parte de mi discurso.

La cuarta verdad que me propongo probar es que la ley de que nos ocupamos no pertenece á este siglo, ni es explicable al actual estado de la sociedad.

Las sociedades, señores, están sometidas á una marcha gradual: esta verdad puede irritar á ciertas personas; pero no por eso deja de ser menos incontestable.

Los pueblos por los progresos de la civilizacion se han enlazado mutuamente é influyen los unos en los otros.

En las sociedades hay que distinguir dos movimientos, el propio de cada una, y el movimiento general de todas que impulsa tambien á cada una en particular. Asi es como en el mundo moral se reproduce una de las leyes del mundo físico: no puede el hombre quejarse de no encontrar algo de su condicion en ese magnífico órden del universo arreglado por la mano de Dios.

Muchos siglos son necesarios para que lleguen á combinarse oportunamente los elementos que producen un cambio esencial en las sociedades. Cuatro ó cinco grandes revoluciones intelectuales componen hasta el presente toda la historia del género humano. Nosotros, señores, estabamos predestinados á ser testigos de una de ellas. En esta Cámara se sientan muchos hombres de mi edad; hombres que hemos nacido precisamente cuando el trabajo lento y gradual de los siglos principió á manifestarse. Los primeros disturbios de América Septentrional estallaron en 1765: hace 62 años. He visto á Washington y á Luis XVIII: la república representantiva fue dada á la América con el nombre de Washington y la monarquía representativa á la Europa continental con el de Luis XVIII. Entre Washington y Luis XVIII se interpusieron Robespierre y Bonaparte, los dos extremos viciosos en la anarquía y en el despotismo de una revolucion cuyo justo término medio debia fijar la sociedad, porque en las naciones toman su orígen las graves discordias de una verdad cualquiera que como verdad subsiste despues que aquellas se han desvanecido. Muchas veces al anunciarse esta verdad á los pueblos viene envuelta en palabras bárbaras, y acompañada de acciones atroces, pero el hecho político y moral que queda de una revolucion es toda la revolucion.

¿Cual es el hecho que ha quedado en ambos mundos de cincuenta años de guerras y discordias civiles? La libertad, republicana para América, monárquica para la Europa continental. Hoy es cosa sabida que la libertad puede existir bajo todas las formas de gobierno. La libertad no viene del pueblo, ni tampoco es el rey quien la otorga: no se deriva del derecho político, no emana sino del derecho natural, mas bien dicho, del derecho divino: se deriva de Dios que concedió al hombre su libre albedrío; de Dios que no puso trabas á la palabra cuando dió la palabra al hombre, y que si bien dejó á las leyes la facultad de reprimirla cuando fuera oportuno, estuvo muy distante de dar á nadie el derecho de sofocarla.

Medio siglo escaso ha bastado para establecer en el nuevo y antiguo mundo ese principio de libertad. Lo pasado ha luchado con lo presente: los diversos intereses chocando entre sí han cubierto el suelo de ruinas: lo pasado ha sucumbido. A nadie le es ya dado levantar lo que yace anonadado en el polvo. Si fuera posible que la libertad hubiera sucumbido en Francia, no hubiera salido ilesa de la anarquía democrática, ni del despotismo militar. Pero el tiempo no se deja amarrar al carro de los triunfadores, ni á los cadalsos de los revolucionarios: asi destruye los primeros, como los segundos; ni se sienta á presenciar los espectáculos del crímen, ni se detiene á admirar el fausto de la gloria: sírvese de aquellos y de esta, y marcha adelante.

¿Por qué no se ha constituido la república francesa? Porque faltó al principio de la revolucion general, la libertad. ¿Por qué el imperio no ha podido sostenerse? porque tambien se declaró rebelde á esa libertad. ¿Por qué se ha restablecido la monarquía legítima? Porque entre sus demás títulos ha alegado el derecho de ser heredera de esa libertad.

En las revoluciones, cuyo principio debe subsistir, aparece por lo general un individuo de capacidad y del talento necesario para consumarlas, un personaje que representa las cosas y que viene á ser el ejecutor de los decretos de la Providencia. Preséntase por de pronto invencible como las nuevas ideas que defiende, mas luego cediendo al halago de la victoria se deja vencer de la ambicion. Consigue apoderarse del poder, y luego de repente se llena de asombro al ver que sus fuerzas le han abandonado: él es quien las ha destruido separándose del principio á que debió su valimiento. Aquel gigante que hacia estremecer el mundo, desde el fondo de su palacio sucumbe víctima de pueriles terrores, ó va, cautivo de los que venció en otro tiempo á espirar sobre una roca en el extremo del mundo. Esa es la historia de Cronwell, esa es la historia de Bonaparte, de los dos ilustres renegados del principio de libertad á que debieron sus victorias. Luis XVIII despues de 20 años de destierros, regresó á la morada de sus padres, y lleno de gloria tocó tranquilamente el término de su dilatada carrera, solo por haber dado la mano á esa libertad á la que nada debia; pero que os ha encomendado generosamente como hija adoptiva de su sabiduría, y remediadora de nuestras calamidades.

Habiéndose por último establecido el principio por el que durante sesenta años se han agitado los hombres en ambos mundos, resulta que la sociedad se ha amoldado ya á ese principio que se ha infiltrado, por decirlo asi, en todas nuestras instituciones. Las leyes y las costumbres se han ido gradualmente cambiando: y los objetos no se presentan ya del mismo modo que antes, porque el punto de vista ha cambiado tambien completamente. Se han desvanecido preocupaciones y manifestado necesidades de nuevo género, desarrollándose al propio tiempo ideas de distinta especie, y entre los miembros de la familia particular y la familia general se han establecido nuevas relaciones. Los gobernantes y los gobernados han celebrado un nuevo pacto y hasta ha sido preciso inventar una nueva nomenclatura para muchas partes de la economía social.

Nuestros hijos no tienen ya ni las opiniones, ni los gustos, ni las costumbres que hemos tenido: sus pensamientos toman raiz en otras partes.

Sin embargo, señores, las generaciones contemporáneas no mueren exactamente en un mismo dia: en medio de la nueva raza aun hay hombres que gritan que todo se ha perdido, porque la sociedad á que pertenecian se ha desvanecido sin que lo echaran de ver. Asi es que se obstinan en no creer esa desaparicion: y confundiendo siempre lo presente con lo pasado, aplican al momento actual máximas de otros tiempos, sin acabar nunca de convencerse de que es imposible dar nueva vida á lo que no existe.

A estos hombres que sobrenadan por el occéano de los siglos, se unen (con los adversarios de la libertad de imprenta de que ya os he hablado) algunos individuos de diferente especie: ambiciosos que se imaginan descubrir en las instituciones que han caido en desuso, un nuevo poder próximo á desarrollarse; jóvenes sencillos ó llenos de celo que retrogradando creen defender la antigua religion y las venerables tradiciones de sus padres; personas aterrorizadas aun con los recuerdos de la revolucion, y por último, enemigos secretos del poder existente, que habiendo visto con placer las faltas que se han cometido, abundan en el sentido de estas para producir una catástrofe.

Alguna vez se presentan caudillos para dirigir á esos vivientes de otros siglos: hombres de talento que desean distinguirse de la multitud, y predican las glorias de lo pasado á una pequeña turba de supervivientes, entreteniéndose con paradojas. Pero esos distinguidos talentos llegan ya tarde, y despues de pasado el siglo en que habrian debido figurar, no tienen poder para arrastrar en pos de sí las nuevas generaciones; solo de los muertos podrian ser comprendidos, mas por desgracia este es un público silencioso, y en las tumbas no hay aplausos.

Si un gobierno tiene la desgracia de prestar oido á estos solitarios, ó lo que aun es peor, los considera como mayoría de la nacion, tomando por voz de un público viviente el eco de una sociedad que está espirando, caerá ese gobierno en los mas extraños errores. Esto es puntualmente lo que sucede, señores, por lo relativo al proyecto de ley que estamos examinando. Ese proyecto ha sido dictado por un espíritu que no es el del siglo. Esos hombres de otros tiempos, que con la vista fija en lo pasado, caminan de espaldas, ven todas las cosas bajo una completa ilusion. Oidles hablar de los libros antiguos: creen que su lectura puede aun causar los mismos males que cuarenta años atrás.

Y sin embargo, ¿qué importan los epígramas de Voltaire contra los conventos en un país en que ya se ha sentado el principio de no admitir comunidades religiosas de hombres? A nadie hará impío semejante lectura, porque el siglo ya no propende á la impiedad. ¿Qué importa la política liberal de Rousseau en una monarquía constitucional? ¿Quereis, señores, acabaros de convencer de la extremada mudanza que ha ocurrido en todas las cosas? Pues bien, notad que estos mismos principios que yo sostengo en esta tribuna hubieran sido blasfemias castigadas, sino justa, legalmente en tiempos de la antigua monarquía, notad que si un autor hubiese tenido la audacia de publicar como un delirio de su cerebro un proyecto de Constitucion semejante á la que disfrutamos, habria sido encarcelado, procesado y sentenciado. Acabemos, pues, de comprender la época en que vivimos: no juzguemos acerca de lo pernicioso de ciertos libros con arreglo á las antiguas ideas é instituciones; no arreglemos la libertad de imprenta valiéndonos de máximas que ya no son aplicables. Si hoy se resucitara por completo el código romano y las leyes feudales, ¿no es evidente que no sabriais qué hacer con las disposiciones relativas á los emperadores ó á los esclavos, ni con otras de tan extraña nomenclatura como de oscura significacion?

Otra de las manías de los que han inspirado el proyecto de ley, es hablar de un golpe de Estado. Para consumarlo, segun ellos dicen, no habria necesidad mas que de montar á caballo, y *encasquetarse el tricornio*: olvídanse de que el golpe de Estado no es propio del órden actual, y que únicamente puede tener cabida en una monarquía absoluta. Desde el reinado de Luis XIV en que la antigua constitucion de la monarquía acabó de perecer, la corona al ejercer su poder dictatorial no hacia, antes del año 1789, mas que usar de la plenitud de su poder. El golpe de Estado no producia revolucion en el Estado, porque en realidad el monarca era gefe del ejército, legislador supremo, juez y ejecutor de sus propios decretos y reunia con los poderes militar y político las atribuciones de la justicia civil y criminal.

Todo pues quedaba tranquilo en el Estado despues del golpe de Estado, porque el monarca al darlo no habia hecho mas que poner en juego su autoridad suprema que era todo; mas en la monarquía constitucional, la libertad de imprenta y la del individuo entran en la composicion de la ley política, que es la que garantiza esas libertades. Los jueces inamovibles no pueden ser destituidos, ni las Cámaras, parte integrante del poder legislativo, tampoco pueden ser abolidas. El golpe de Estado en una monarquía contitucional seria una revolucion; porque despues que habria caido sobre los individuos, los tribunales y las Cámaras, no quedaria nada mas que la corona, y esta no representaria como en tiempo de Luis XIV, todo lo que habia caido.

¿Entenderán por golpe de Estado un movimiento encerrado en los límites constitucionales, por ejemplo la disolucion de la cámara de los Diputados, ó el aumento de la de los pares? Eso no seria golpe de Estado; nada mas seria que una medida ineficaz en el sentido del poder absoluto.

Y sin embargo, señores, es cierto que la tiranía tiene un medio para intervenir en la monarquía representativa; hé aquí cómo podrian ponerse de acuerdo los tres poderes para destruir todas las libertades: un ministerio que conspira contra estas, y dos cámaras venales y corrompidas, que aprobaran todos los proyectos del ministerio, sumergirian indudablemente la nacion en la esclavitud. Sucumbia la sociedad bajo el triple yugo del despotismo monárquico, aristocrático y democrático. En tal caso el gobierno representativo vendria á ser la mas formidable máquina de opresion que los hombres habrian ideado. Afortunadamente la naturaleza misma de la cualicion de los tres poderes, haria que durase poco tiempo tan infausta coalicion. ¡Que explosion exterior, que reaccion habria en las mismas Cámaras en el momento de dispertar!

Sin embargo, señores, tal es el error en que caen los autores del proyecto de ley: sueñan en la monarquía absoluta sin sus ilusiones; en el despotismo militar sin su gloria y en la monarquía representativa sin sus libertades. Confiemos en que jamás llegarán las riendas del Estado á ser confiadas á manos de hombres tan insensatos.

En vano se irritan contra el progreso de la inteligencia humana. Las ideas que en otro tiempo estaban fuera de la órbita de la capacidad del pueblo, se han convertido ya en intereses sociales y se aplican á la economía entera de los gobiernos. Ese es el motivo de resistencia con que hoy tropiezan cuando tratan de rechazar las ideas. Hemos llegado ya, señores, á la edad de la *razon política*, y esta razon sufre el combate que sufrió la *razon moral*, cuando Jesucristo la hizo aparecer sobre la tierra con la ley divina. Todos los restos de la antigua sociedad política están en lucha con la razon política, como trató de oponerse á la

razon moral del Evangelio todo lo que quedaba de la antigua sociedad moral al aparecer el Salvador del mundo. ¡Vanos esfuerzos! Las monarquías no pueden ser ya despotismo; los pueblos han salido del estado de ignorancia necesario para tolerarlo. Si las monarquías modernas no quieren contenerse en los límites de monarquías representativas, despues de vanas luchas y vanos esfuerzos vendrán á parar en repúblicas representativas. Luego el presentarnos una ley que al destruir la libertad de imprenta, rompe el poderoso resorte de la monarquía representativa, viene á ser lo mismo que irnos empujando poco á poco hácia el abismo. Téngase entendido que esto no son teorías. son hechos que no por su elevada condicion dejan de serlo, y de estender sobre todas las cosas su irresistible influencia. Así lo echareis de ver, señores, cuando discutireis los artículos del proyecto de ley.

Ese proyecto de ley sobre el que vais á decidir no es, pues, en mi concepto mas que obra de esos que pueden llamarse extranjeros de nuestro siglo, de esos viajeros que nada han observado, de esos que quieren amoldar el mundo á sus costumbres y no á los consejos de la verdad. Aborrecen á los hombres á las letras ¿temerán acaso ser denunciados por ellas á la posteridad? Es un verdadero terror pánico el suyo ¿por qué han de temer un tribunal en el que no les será dado comparecer?

¿Son tambien los ministros hombres de otros tiempos? ¿Es obra el proyecto de ley de sus preocupaciones, de sus intereses, de sus recuerdos ó de sus costumbres? ¿Habrán tal vez cedido á influencias extranjeras? ¿Les habrá alucinado el rumor que oyen á su alrededor, creyendo que es el eco general de la nacion? ¿Se habrán limitado á proponer un medio de asegurarse en sus poltronas? Lo único que acerca de todo eso sabemos de positivo, es que el proyecto de ley está á nuestra vista. Difícil era que las presentes generaciones pudieran palpar, digámoslo así, ese sueño de los tiempos pasados. Al evocar una idea muerta, era preciso envolverla con algo material para que pudiera afectar evidentemente nuestros sentidos, para eso la han cubierto con una ley, esto es, le han dado órganos para ejecutar el mal que la imaginacion le proponia hacer. De semejante creacion, resulta no se que vago fantasma: la ignorancia personificada en toda su fealdad, volviendo á presentarse en lucha contra las luces, para hacer retrogradar las sociedades y sumergirlas en la noche de los tiempos y en el imperio del oscurantismo.

Pero tarde se presenta ya en el palenque esa ignorancia, que tal vez confió demasiado en sus propias fuerzas. Vosotros os opondreis á su paso y con vuestra ilustracion le dareis á entender que ya no es fácil que nos imponga su yugo.

Tal vez, señores, será este mi último combate en favor de unas libertades que he proclamado así en mi juventud, como en los dias postreros de mi vida, En esta misma tribuna he sostenido mas de veinte veces estas mismas doctrinas. El poco tiempo que he pasado en el poder no ha debilitado mi creencia: notad que para favorecer el buen resultado de la expedicion del Delfin á España, no os pidieron el sacrificio que ahora os piden para favorecer el resultado de planes que me son desconocidos. Antes del ministerio, durante el ministerio y despues del ministerio, siempre he permanecido constante en mis doctrinas: mi opinion debe haber adquirido ya algun peso por su constancia.

Si alguna vez me hubiese faltado independencia para decir lo que creia conveniente, mi edad me la daria ahora para no callarlo: he llegado ya á la época de la vida en que no le falta esperanza al hombre, sino tiempo en que colocarla. Ni hablo, ni obro por ningun interés particular. ¿Qué me importan á mí todos los ministros presentes, ni futuros? Los hombres nada influyen en mí, porque de nadie necesito. Esto supuesto concluiré sentando algunas verdades que otros temerian decir, pero que yo pronunciaré en alta voz cumpliendo con mi deber de ciudadano, con mi carácter de par de Francia, y con mi lealtad de buen vasallo.

Señores, no nos hagamos ilusiones, el gobierno representativo se halla atacado en su base: trátase de quitar la publicidad á estos debates: las confesiones que se han hecho y el odio que cierto partido ha manifestado contra la Carta, todo anuncia que una vez envueltos en el silencio tratarian de destruir lo que ya han confesado no amar. Bien sé que no lo conseguirian; pero tambien es cierto que causarian amargos dolores á la nacion.

Cualquiera que sea la suerte que tenga este proyecto de ley, solo con presentarse ha causado un mal que no puede remediarse sino al cabo de largo tiempo de gobierno constitucional. Ha demostrado hasta la evidencia que hay hombres decididamente enemigos de nuestras instituciones y determinados á destruirlas así que se les ofrezca ocasion de hacerlo. Hasta el presente este hecho no pasaba de ser una sospecha; pero ya es una realidad.

No, no quieren la Constitucion, señores, supuesto que se atreven á infringir el principio elemental del gobierno representativo. Arrancándose la máscara, rasgando todos sus velos los partidarios de este proyecto de ley han rebelado el fondo de su pensamiento, y han puesto en evidencia el misterio de su opinion. Esta certeza que acabamos de adquirir de la existencia de un partido que mira con horror la obra de Luis XVIII; de un partido que cuando menos creamos puede adquirir la ilusion de imaginar que le será posible destruir nuestras libertades; esa certeza aflije profundamente á los que nos hemos consagrado al monarca y á la monarquía.

Las escusas que ahora puedan darnos á nadie inspirarán seguridad. En vano intentarán que pase por clamor de intereses privados el grito de indignacion que desde un límite al otro de Francia se ha levantado contra el proyecto de ley.

O bien es preciso considerar la Constitucion como una cosa insignificante, el gobierno representativo como un hecho transitorio, y los cambios ocurridos en la sociedad como cosa no sucedida, ó bien es preciso sostener la libertad de imprenta, sin la cual el gobierno representativo no es mas que un sarcasmo político. ¿Cuánto tiempo podrian seguir marchando las cosas en semejante situacion? El tiempo preciso que la corrupcion tarda en consumarse, y la violencia en destruirse.

La legitimidad es omnipotente, como la religion en un gobierno representativo; pero con sus condiciones indispensables, es decir, uniéndose con las demás legitimidades á cuya cabeza figura la libertad de imprenta.

¿Habría podido venderse en tiempo de la república ó del imperio públicamente el busto de Luis XVIII ó el de su heredero, como se vende hoy por las calles sin peligro ninguno para la familia reinante el retrato de Bonaparte ó de su hijo? No sin duda: ambas usurpaciones habrian perecido. Para estar seguras, estinguian todo cuanto pudiese dispertar el recuerdo de la monarquía legítima, degollaban ó deportaban á los escritores y establecian la censura.

El hijo de Cronwell pasó tranquilamente sus dias en Inglaterra, bajo el reinado de los dos hijos de Carlos I. Si el jóven de Viena viniera en la actualidad á establecerse entre nosotros, no haria mas que dar con su presencia un nuevo triunfo al trono legítimo, una nueva manifestacion de la fuerza del derecho de la corona y de la magnanimidad del soberano.

Mas no sucederia eso si violaseis las condiciones naturales de la monarquía representativa. Destruid la libertad de imprenta, impedid á los defensores independientes abogar por la causa de la legitimidad, haced de manera que no puedan vigilar sobre las maniobras de los partidos, ni denunciarlas á la opinion pública, y entonces los inhabiles consejeros de la legitimidad se encontrarán en la condicion de excitar sospechas de tiranía y de debilidad semejantes á las de los consejos de la usurpacion. La naturaleza de este poder seria reconocida por el ministerio que creyera tenerse que escudar con el silencio, y que le pareciera tener razones para ocultar la legitimidad.

Una gloria inmensa, calamidades tan grandes como esa misma gloria, y beneficios hechos en cambio de males recibidos, hé aquí lo que presenta la historia de la familia reinante, y ¿puede esa triple legitimidad ser destruida por algunos miserables folletos que ni siquiera pueden dañar la reputacion mas oscura.

Hay con las instituciones vigentes una Francia admirable por su prosperidad y por su gloria; mas esa Francia, si la llegais á pribar de esas instituciones apareceria disfigurada por las discordias.

Para llegar al estado de la primera no hay que hacer mas que seguir el movimiento natural del espíritu de la Constitucion; cosa fácil, desde que han desaparecido todas las prevenciones personales, y desde que todas las capacidades, olvidando sus antiguas tendencias políticas, se han concentrado en un partido comun.

Para descender al estado de la Francia desgarrada por las discordias, basta presentar cada año medidas gubernativas opuestas á las costumbres, á los intereses y á las leyes del país. El ministro que obrase de este modo, despues de haberse hecho desgraciado á sí mismo, consumiendo su fuerza en tentativas tan poco razonables, despues de haber gastado todos los resortes de la prosperidad del país, acabaria miserablemente su carrera exalando dolorosos é inútiles suspiros.

Me parece, señores, oir vuestra contestacion. «¿No »tenemos, me direis, un monarca dispuesto á salvar»nos de cualquiera calamidad que nos amenace? ¿No »subsistiria en pié este monarca aunque la ley fun»damental desapareciera? ¿No se encontrarian en su »persona todos los poderes como en la monarquía ab»soluta, y como por complemento de ellos algo mas »interesante y de mas valor, todas las libertades?»

No lo ignoro, señores. Tenemos un monarca religioso que no habrá jurado en vano sostener la obra de su augusto hermano, y que no tardaria en castigar á cualquiera que se atreviese á levantar contra ella su temeraria mano. Pero por fácil que á ese monarca, modelo de sincera lealtad y de honor, le sea el calmar las tempestades, debemos todos preferir que pase sus dias en bonancible calma en la region pura y serena á donde le han elevado sus régias virtudes.

Al dar mi voto contra la ley en general, no renuncio al derecho de discutir uno á uno los artículos, si es que hemos de llegar á esa lamentable discusion. Por lo que ahora toca voto, pues, absolutamente contra el conjunto de un proyecto de ley que pone en peligro á la religion, porque la calumnia, voto contra un proyecto de ley destructor de las luces y que atenta contra los derechos de la inteligencia humana; voto contra un proyecto de ley que proscribe la mas preciosa de nuestras libertades; voto contra un proyecto de ley, que atacando la obra del venerable autor de la Constitucion, hace vacilar el trono de los Borbones, y si mil votos tuviera, mil votos daria contra ese proyecto impío, si, los daria todos, porque así creo que cumpliria el primero de mis deberes para con la civilizacion, la religion y la legitimidad.

MARCHA Y EFECTOS DE LA CENSURA.

ADVERTENCIA.

Cuando en 1820 la censura dió fin al *conservador*, no creia yo tener que volver á reproducir siete años despues la misma polémica bajo otra forma, y mediante el órgano de otra prensa. Los que escribian entonces conmigo reclamaban como yo la libertad de pensar y escribir: hacian la oposicion como yo la hacia, participaban de mi desgracia y se llamaban amigos mios.

Ahora que se hallan en el poder mas bien por mis obras que por esfuerzo de las suyas, se han declarado todos enemigos de la libertad de imprenta, y de perseguidos se han convertido en perseguidores: ya no se llaman amigos mios. ¿Quién ha variado?

El tiempo me encuentra en el mismo estado que me dejó, sosteniendo los mismos principios, y sin haber encontrado en el puesto eminente á que me encumbre las luces que han obligado á los que anteriormente se llamaban amigos mios á renunciar sus antiguas doctrinas. Preciso es que las tinieblas que me rodean se hayan estendido hasta ellos cuando yo era ministro, supuesto que sostienen que el desórden de la imprenta no principió hasta el 6 junio de 1824.

Flacos son de memoria: si volvieran á leer las opiniones que emitieron y los artículos que redactaron contra otro ministro tambien con motivo de la libertad de imprenta no podrian menos de convenir en que ellos mismos fueron en 1818 y 1819 por lo menos los inmediatos subalternos de los gefes de aquel desórden.

Por otra parte mis antiguos adversarios adoptando el principio de libertad de imprenta; se han acercado á mí en tanto que mis primeros compañeros se han separado, obrando tan naturalmente los primeros como extraordinariamente los segundos. Es cosa muy sencilla el adquirir ilustracion por el continuo uso del gobierno constitucional; pero que unos realistas, que sin duda eran sinceramente adictos al antiguo régimen, hayan roto lanzas en obsequio de la Carta y de las libertades públicas, cuando estas por no ser bien conocidas presentaban aun algunos peligros, y que hoy se espanten de ellas cuando todo se halla en plena paz, y cuando todo conspira á consolidarlas, es verdaderamente una rareza que no se acaba de entender. Elevarse del mal al bien es seguir la senda del órden; descender del bien al mal es dejarse llevar del desórden.

Antiguo capitan de una legion que ha desertado de las mismas tiendas del campamento, no por eso dejaré de militar bajo las banderas de la religion sosteniendo con una mano el oriflama de la monarquía y con la otra el estandarte de las libertades públicas. Al antiguo grito de guerra de la Francia de San Luis y de Enrique IV de *¡viva el rey! ¡Montjoie!* y *¡Saint-Denis!* añadiré el nuevo grito marcial de la Francia de Luis XIVII y de Carlos X: *¡Tolerancia! ¡Luces! ¡Libertad!* Tal vez con esta exclamacion adquiriré entre los partidarios de la independencia amigos mas sólidos para el trono y el altar, que los que gané para la Constitucion entre los titulados servidores del altar y del trono.

El honor y el afecto á la patria me llaman al campo de batalla. He llegado á la edad en que generalmente se necesita reposo; mas si hubiera de calcular mis años por el odio siempre en aumento que la opresion y la bajeza me inspiran, aun podria creer que me he rejuvenecido.

LOS AMIGOS DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

En 30 del pasado publiqué un folleto intitulado: *Sobre el restablecimiento de la censura en* 24 *junio de* 1827 y en la advertencia que puse al frente de ella se lee este pasaje: «La prensa no periódica debe »prestar auxilio á la prensa periódica: varios escri»tores generosos entre los que se cuentan diputados y »magistrados se han unido para publicar una serie »de folletos. Nada se callará: ninguna verdad quedará »oculta. Si hay hombres que no se cansan de opri»mir; otros no se cansarán de combatir contra ellos.» Efectivamente se formó una sociedad de hombres de bien tan adictos á la religion y al rey como á la patria con el designio de salir en defensa de la principal de nuestras libertades.

Los folletos que se proponen publicar serán repartidos *gratis* en la capital y en los departamentos: de manera que para ser conocidos no tendrán necesidad de ser anunciados. El público sabrá por medio de esas publicaciones las verdades que la censura suprime en los periódicos independientes y las mentiras que deja circular en los periódicos ministeriales.

Los amigos de la libertad de imprenta ponen sus obras bajo la censura y la salvaguardia de los tribunales. Como ciudadanos honrados, verdaderos franceses y hombres religiosos, amantes de la libertad pero no del desórden, de la paz pero no de las revoluciones, nada tienen que temer de las leyes. Unos firmarán sus escritos y otros conservarán el anónimo. Entiéndase que callar su nombre, no es lo mismo que ocultarlo.

Tal es el plan que los amigos de la libertad de imprenta ponen en ejecucion desde este momento. No podemos menos de reproducir una reflexion que se ha hecho ya vulgar; triste cosa es que al cabo de cinco años de pleno y entero goce de la libertad de imprenta, tengamos que retroceder á valernos de los mismos medios de defensa que en los primeros tiempos de la restauracion: espantoso es el paso retrogrado; porque al marchar de espaldas es casi imposible evitar los precipicios.

MARCHA Y EFECTOS DE LA CENSURA.

Siendo el escrito que acaba de citarse el primero en el órden de las fechas de todos los que se han publicado hasta el dia acerca de la real órden del 24 de junio, debe servir de punto de partida para continuar la historia de la censura.

Ya se tiene noticia de las mutilaciones que se hacian en los periódicos, y cómo á pesar de esto se les obligaba á que unieran las cláusulas truncadas, so pena de quedar expuestos á todo género de vejaciones. Habiendo tenido el *Diario de los Debates* la audacia de dejar en una de sus páginas un *blanco* acusador, se le privó al dia siguiente del honor del *visto bueno*, de manera que se vió en la necesidad de aparecer con un nuevo *blanco*, ó de no salir á luz, ó de salir no censurado, lo cual daba motivo á la suspension provisional. La *Francia cristiana* vino á hallarse tambien en igual caso: ni le acababan de poner la mordaza, ni le concedian la amnistía de la censura, dejándola fuera de la ley para tener motivo de castigarla como una esclava rebelde. M. Pagés en una *carta* dirigida á M. *Lourdoneix* da á conocer asquerosos detalles segun los cuales procede diciendo:

«M. Deliege manifestó á M. Marin, director de la »*Francia cristiana* que la censura no queria *blancos;* »que el *Constitucional*, el *Diario de los Debates* y to»dos los periódicos se habian conformado con esta »disposicion y que la *Francia cristiana* en lo sucesivo »no seria aprobada ni desechada. Desde aquel mo»mento efectivamente se le devuelven las pruebas que »diariamente envia á las dos de la tarde, sin merecer »aprobacion ni desaprobacion.»

«Entonces conocí que los periódicos habian caido »en el lazo que la policía les habia armado, y era »importante no solo para la prosperidad de nuestro »periódico, sino para la dignidad de la oposicion y »hasta para las libertades públicas que un periódico »protestara contra aquellas violencias ilegales, y con»tra aquellos groseros artificios; que apareciese en el »estado de mutilacion en que la dejaban, y que todo »lector al verlo pudiese exclamar: *la censura ha pa»sado por aqui.*

»Si sois malos censores para otros periódicos, para »nosotros ni aun con esa condicion quereis serlo; lue»go será preciso que la autoridad os obligue á cum»plir con vuestros deberes ó nos devuelva la libertad.

»Es asi que vuestra inercia se opone á que la *Fran»cia cristiana* pueda publicarse, luego es evidente »que cometeis un atentado contra la propiedad, una »verdadera expoliacion; y ese nuevo género de con»fiscaciones, de verdadero robo no puede ser autori»zado por una real órden.»

¿Habrá en Constantinopla una administracion mas despótica, ni mudos mas arbitrarios que los censores? Si aplican la ley, matan, y aun dan la muerte con mas seguridad no aplicándola. Si os resolveis á perseguirlos ante los tribunales teneis que proveeros del permiso de la autoridad superior gubernativa, de lo contrario los alguaciles se niegan á comunicarles vuestras citas (1): Si por su parte la autoridad superior suspende provisionalmente vuestro periódico y os forma causa, se pasarán muchos meses antes de resolverse el proceso, y entre tanto vuestro periódico habrá perecido. Eh aquí la blanda censura, la equitativa censura, la constitucional censura, la censura que produce la verdadera libertad de imprenta.

Cuando se estableció la censura en 1814 y en los años siguientes, habia una especie de escusa para semejante derogacion de la ley fundamental: las tropas aliadas ocupaban la Francia: pedian sumas considerables y la menor indiscrecion por parte de la prensa, podia haber provocado algun resentimiento. En lo interior del reino la antigua y la nueva Francia se veian por primera vez cara á cara, y tenian que saldar sus cuentas: los partidos estaban acalorados y las pasiones exaltadas por la aventura de los Cien-Dias: por todas partes estallaban conspiraciones, y era de temer que la palabra, comprimida durante tanto tiempo por el despotismo de Bonaparte no hiciera al desprenderse subitamente una explosion.

Tambien era posible que bajo unas instituciones nuevas, cuyo mecanismo era ignorado, se cometiera por de pronto algun abuso por parte de la prensa: apenas se sabia entonces lo que era la Constitucion. Es preciso hacer justicia á los ministros de aquella época: al tomar precauciones contra el posible desórden de la imprenta, se sometieron á la libertad de la opinion, supuesto que se retiraron, y quizás demasiado pronto, ante el poder de esta libertad; semejante conducta fue como un homenaje que ofrecieron en su sinceridad al principio vital de la Constitucion.

Finalmente, cuando esta Constitucion fue promulgada se declaró por medio de su artículo 8 que *los franceses tienen derecho de publicar y mandar imprimer sus opiniones, conformándose con las leyes que deben reprimir los abusos de la libertad de imprenta.* Pero esas leyes no estaban aun confeccionadas; por lo cual se mantuvo provisionalmente la censura á que la nacion estaba acostumbrada y que era de derecho comun. No se pasaba por lo tanto de la libertad de imprenta á la censura, sino que las cosas se mantenian en el estado en que se hallaban: no se destruia un derecho adquirido, sino que se aplazaba un derecho otorgado. No se producia conmocion en los ánimos, ni cambios, ni revoluciones en la legislacion: nadie podia quejarse de que no se cumplia una promesa, ni se podia decir que violando la fe jurada, trataban de negarse á realizar un favor ofrecido.

¿Existe en la actualidad ni una sola de las razones que hacian escusable la censura en los primeros años de la restauracion? Todas las leyes de represion están ya promulgadas. La sociedad acostumbrada con la libertad de imprenta, familiarizada hasta con sus desaciertos, nos ha oido tratar de sus principios bajo todas sus relaciones y todas sus formas; ya conocemos sus afinidades con el gobierno representativo: sabemos que ella es el premio y el consuelo de todos los sacrificios: sabemos que ella lo reemplaza todo menos el honor en un pueblo civilizado, y por último quitárnosla en la actualidad es lo mismo que privarnos de una posesion prescrita y detener violentamente el curso de nuestras ideas, y el movimiento de nuestras costumbres. La censura ha envejecido ya tanto para nosotros, que efectivamente es una ley caduca, resucitada del duplicado despotismo feudal é imperial: asi es que tiene algo digno de risa como ciertos rancios derechos feudales, y algo de opresivo como las ordenanzas militares.

Un reinado ha concluido y otro ha dado principio bajo el imperio de la Constitucion, y en ese intervalo se han formado generaciones enteras. La libertad de imprenta ha atravesado gloricsamente por una guerra extranjera y por una crisis de la hacienda; en lo exterior é interior del pais reina la paz mas completa. Son tan nulos los pretextos en que pretende apoyarse la censura que nos vemos en el caso de tener que suponer designios en los que la defienden y planes para el porvenir ya que no nos es posible descubrirlos para la actualidad.

Hemos podido hacer esta apología de la primera censura, á pesar de que en realidad tambien nos opusimos á ella. Segun nuestros principios nunca hay derecho de suspender la libertad; pues siempre tiene esta mas fuerzas que la esclavitud para remediar los males que puedan sobrevenir á un Estado.

De nada de eso se trata, nos dirán; la cuestion se reduce únicamente á salvar la religion por medio de la censura y á librarnos de las impiedades de los periódicos. La censura en el caso presente es un puro asunto de conciencia.

Por de pronto convendria ponernos exactamente de acuerdo sobre esa palabra *religion*, esto es, saber si los que la emplean no confunden las cosas divinas, y no ocultan los intereses del hombre bajo la apariencia de los intereses del cielo. Si la religion se llegara á ver verdaderamente atacada no cabe la menor duda en que seria preciso defenderla á toda costa y sin reparar en sacrificios; pero nosotros negamos absolutamente ese peligro y ademas añadimos: que los tribunales tendrian buena cuenta de castigar los ultrajes, que contra el culto pudiera hacerse, con todo el rigor de las leyes, como no han dejado de hacerlo, siempre que el delito ha sido suficientemente probado. Ese eterno modo de hablar, como si no hubiera tribunales, ni leyes, ni mas defensa que la arbitrariedad, demuestra hasta qué punto se ha extraviado la razon de los hombres que han logrado imponernos su sistema.

En segundo lugar si nada mas os proponeis defender que los intereses de la religion, vuestra censura no se ejercerá sino contra los artículos irreligiosos y los periódicos impíos; vemos que la descargais indistintamente sobre artículos de todas materias y sobre periódicos de cualquiera especie: explicadnos, pues, en qué consiste ese supuesto *asunto de conciencia.*

Finalmente, presumís sostener la religion por medio de la censura y le haceis por el contrario un daño irreparable. Públicamente están acusando ya al clero de ser la principal causa de la pérdida de la primera de nuestras libertades: hácenle responsable de cuanto pueda ocurrir en la ley fundamental, y acumulan sobre sus cabezas odios tanto mas peligrosos, cuanto que se fundan, segun parece, en una realidad y no vanas declaraciones. ¿Qué suponen efectivamente algunos arliculos de periódicos que sin descender al fondo del asunto sueltan algunas palabras sobre los misioneros y sobre los jesuitas; qué suponen, volvemos á decir, tales artículos comparados con una acusacion, calumniosa sin duda, pero generalmente creida, segun la cual se trata de probar que el clero católico es incompatible con el gobierno constitucional? Eh aquí, sin embargo, á qué estado han sido traidas las opiniones por vuestra censura. Os regocijais de que todo sigue tranquilo; esperad: las generaciones pasan rápidamente. No os olvideis de que si en algun tiempo los altares vuelven á ser derribados, á nadie podrá imputarse semejante catástrofe, sino á los enemigos de las libertades públicas.

La mas insigne locura en que unos hombres ignorantes podrian incurrir, seria el sostener que la religion católica se adapta mas bien á una forma de gobierno que á otra, y que se opone á las verdades de la ciencia y á los progresos del espíritu humano, siendo por el contrario el órden universal, la razon por excelencia, y la luz misma: el que en la actualidad se empeñe en defender la religion católica aislándola de la sociedad, tal cual ha sido modificada por el tiempo, conducirá los pueblos al protestantismo.

La religion católica hace rápidos progresos en los Estados-Unidos y la córte romana se pone ya en comunicacion con las repúblicas americanas ¿por qué razon, pues, nosotros católicos franceses no habriamos de poder vivir con una monarquía constitucional? Inspirad á la juventud que se dedica al sacerdocio amor á las leyes del pais, y lo defenderá cuando llegue el caso y fundará en él todo su poder. ¿No acabaremos de suspirar por los tiempos pasados, ni de calumniar los presentes?

En un folleto de M. de Salvandy, que acaba de publicarse leemos la hermosa página siguiente:

«Las generaciones del antiguo régimen, educadas »Dios sabe cómo y por quién, han degollado á los no»bles y á los sacerdotes, han dado muerte á Luis XVI, »muerte á María Antonieta, muerte á Madama Isabel, »muerte.... Ese siglo ha sido una desenfrenada orgía »que principió con disolucion y acabó con sangre. Las »nuevas generaciones, nacidas en las gradas del pa»tíbulo, educadas al resplandor de los incendios y las »batallas, han levantado los altares, restablecido el »trono, y vuelto á colocar en él la antigua y vene»rada raza de los condes de París; han reconstituido »el órden social; han reconocido el legítimo prestigio »de los nombres, de las riquezas, de los talentos y »de las virtudes, y han consagrado una aristocracia »política revestida del título y del derecho de here»darlo (1).»

Si el gobierno que estableció la primera censura tuvo, como ya lo hemos demostrado, motivos plau-

(1) Esto es lo que sucedió á los señores que componian la redaccion de la *Francia cristiana*; intentaron querellarse de una infraccion de la real órden que estableció la censura; pero el fiscal declinó su competencia hasta que presentaran autorizacion del ministro del Interior, que sin duda no dará márgen á que sus amigos se vean atacados. Léase una *Memoria sobre las arbitrariedades de la censura*, escrita por los propietarios del *Constitucional*, Paris 8 julio de 1827.

(1) *Carta al señor redactor del* Diario de los Debates *sobre el estado de los asuntos públicos.*

sibles para obrar de aquel modo, tambien fue menos caprichoso y duro que el presente, en lo relativo al modo de ejercerla.

Estableciéronse en aquella época doce censores: de los cuales eran necesarios cinco para firmar una providencia. Permitíanse tambien los *blancos* y los *negros*, llegando alguna vez el caso de poner los periodistas el diseño de unas tijeras en las páginas suprimidas por la censura: el noble duque de Richelieu tenia demasiada honradez para consentir que la censura emplease los medios rencorosos y pérfidos, violentos é hipócritas de que se vale en la actualidad.

Cuando posteriormente se volvió á restablecer la censura precedida de insulto á los magistrados, quedó encomendada á censores secretos de Policía, es decir, á un *santo tribunal de espías*; pero aun siendo tales, no declararon guerra á los *blancos*, ni se creyeron jamás con derecho de negar la censura, ni de dejar en ejercer sus mezquinas atribuciones en los periódicos que se presentaban voluntariamente. Solo á la censura liberal del buen M. Tartufe estaba reservado el cometer en menos de un mes tropelías inauditas hasta el presente, sin dejar por eso de decirnos: *que los resultados de la censura son tan poco dudosos para los verdaderos amigos de la libertad de imprenta, que no tienen reparo de decir que el triunfo de esta no data sino del dia en que aquella se estableció.*

Hoy no hay mas que seis censores, y la firma de un solo secretario tomado fuera de los de su pandilla basta para autorizar el merodeo censorial. Ya hemos dicho que los señores Caix y Rio, que eran dos de los nombrados para ejercer ese ministerio, tuvieron por conveniente hacer dimision, sin que á los periódicos les fuese permitido dar cuenta al público de este pundonoroso rasgo. Dícese que tambien M. Fouquet despues de haber asistido á dos ó tres sesiones ha felicitado el honor de retirarse. ¡Donosas lindezas habrá oido!

Una real órden de 4 del actual, anuncia el nombramiento de los señores de Silans y Leveque en *reemplazo* de M. Caix y M. Rio. La censura ha debido borrar esta real órden supuesto que por ella se revelaba el secreto que querian guardar. ¿Y por qué no la habia de borrar la Censura? En un artículo (1) que no han querido censurar se encontraba la real órden para la convocacion de los consejos generales.

La Censura se abroga tambien el derecho de suprimir los actos del gobierno, y hasta se toma el permiso de alterar los detalles judiciales como no tardaré en manifestarlo.

Nótese que cuando el *Moniteur* anuncia el nombramiento de los señores de Silans y Leveque en *reemplazo* de los señores Caix y Rio, no dice que estos sean *dimisionarios*, de manera que segun el periódico oficial casi podria creerse que han sido *destituidos*. No acierta uno qué admirar mas, si la justicia que á sí propia se hace la censura ocultando los sentimientos que inspira, ó la obstinacion de los ministros en dejar que la víctima no pueda borrar las manchas que le deja el contacto de sus manos.

Por último han tenido que confesar que los señores de Broé y Cuvier se habian retirado del consejo de vigilancia siendo reemplazados por M. de Blair y M. Olivier (2). M. de Broé ha motivado, segun dicen, su retiro en razones deducidas de la pureza de la magistratura, y M. Cuvier ha conocido que la ciencia separada de la buena opinion pierde su tranquilidad natural, y que al estudio no consuela mas que de la desgracia.

(1) *Diario de los Debates.*
(2) Parece cierto que este respetable Magistrado ha presentado tambien su dimision.

Se ha dicho tambien que el marques de Herbouville se habia retirado, pero no es cierto; y nosotros nos apresuramos á remediar el daño que semejantes rumores habrán podido causar al noble par.

Se ha preguntado si los miembros del Consejo de vigilancia gozaban sueldo en concepto de tales. El pudor público ha respondido negativamente; pero la calumnia ha insistido asegurando que cada uno de aquellos señores recibe una gratificacion mensual de 1500 francos: es de esperar que la calumnia será desmentida públicamente. Como la mayor parte de los miembros de dicho consejo gozan muchas pensiones por diversos conceptos, es de presumir que no tengan necesidad de ninguna otra gratificacion, y ademas de eso hay destinos que nada necesitan mas que celo.

He demostrado en otro folleto anterior que ni los pares ni los diputados son á propósito para desempeñar las funciones de censor. Puedo apoyar esta opinion en la autoridad y en las resoluciones de la misma cámara de los Pares.

En 14 de febrero de 1820 se presentó á esta cámara un proyecto de ley relativo á los periódicos. Los artículos 5 y 6 de ese proyecto que se convirtió en ley despues de haber pasado por algunas enmiendas, decian lo siguiente:

Artículo 5.° «Una comision compuesta de tres pa»res y tres diputados nombrados por el rey en vista »de una duplicada lista de candidatos presentados »por la respectiva cámara, y de tres magistrados »inamovibles, tambien de real nombramiento, ele»girá ó reprobará los censores.

Artículo 6.° «Esta comision se renovará cada le»gislatura: y los miembros que la compongan podrán »ser vueltos á nombrar indefinidamente.»

El artículo 8.° concedia á esta comision el derecho de suspender provisionalmente la publicacion de un periódico que estampara un artículo no comunicado, ó no aprobado.

El art. 11 declaraba que la censura cesaria de pleno derecho al llegar el 1.° de enero de 1825.

Bien se echa de ver cuán superior era esa comision legal al consejo de vigilancia actual, pues á pesar de todas las ventajas que comparada con este presentaba, dió lugar á que el duque de Rochefoucauld hablara poco mas ó menos en estos términos.

«Nótase en este proyecto el carácter de modera»cion por parte del gobierno: su intencion de reme»diar la influencia ministerial tan justamente temida »en materias de censura, es laudable ciertamente, »pero el bien que nos promete es ilusorio. ¿Quién »podrá imaginarse que una comision formada de esa »manera pasará dias enteros recibiendo y examinan»do los trabajos de los censores, ni escuchando que»jas de los periodistas? Y es de advertir que no pro»cediendo de ese modo no dejará de ser mas que un »vano nombre. No negaré que tal vez podrá remediar »alguna solemne injusticia (3) y dar algunos conse»jos generales sobre el modo de ejercer la censura; »pero ¿dejará el ministerio por su parte de poner en »juego sus recursos para llevar á cabo sus planes y »preponderar? Digámoslo sin rodeos, cualquiera que »sea la organizacion que se dé á la censura siempre »es de temer que esté mas ó menos sometida á la in»fluencia ministerial.

»Este proyecto de la comision ademas de ser ilusorio é incompleto es anti-constitucional, porque da á »los pares y á los diputados nombrados para el efecto »una participacion directa en la ejecucion de una ley, »y les hace ejercer funciones de las que por lo menos »son moralmente responsables. De aquí resultaria que »las Cámaras ó una fraccion de ellas tendria que to-

(3) ¿Por qué no se obliga hoy á los censores á ejecutar la ley, es decir, *á censurar*.

»mar parte en la accion del gobierno, siendo asi que »nuestros principios constitucionales se oponen por »interés del trono, á toda confusion de poderes. Ade»mas teniendo esta comision que pronunciar, si el »caso lo requiere, penas graves, suspender y hasta »suprimir periódicos y afectar por lo tanto los intere»ses y las personas, distraeria á los ciudadanos de la »jurisdiccion de sus jueces naturales. Por estas razo»nes considero el proyecto como inadmisible. (1)»

La noble cámara no pudo menos de hacerse cargo de tan poderosas consideraciones; el ministerio no insistió y el baron Pasquier manifestó; que sabia muy bien cuanto podia decirse por lo tocante á la creacion de una comision especial para el ejercicio y jurisdiccion de la censura, y que comprendia la fuerza de las objeciones que contra su existencia acababan de hacerse (2). Se aprobó el proyecto de ley, pero con las notables enmiendas de suprimirse los artículos 5.° y 6.° y limitarse su existencia á solo el término que durase la legislatura de 1820. Aun con estas enmiendas no fue aprobado sino por la mayoría de un voto. ¿Qué hubiera sucedido si se hubiese presentado á la noble cámara un proyecto como el actual de un consejo de vigilancia nombrado por el ministerio?

Es probable que esta misma cuestion volverá á suscitarse en la próxima legislatura, y que se invitará á los señores pares miembros del consejo de vigilancia á que en lo sucesivo dejen de formar parte de toda comision de censura. Si han parecido incompatibles las funciones de prefecto con la dignidad de par, ¿no hay mucho mas motivo para que tambien lo parezcan las de censor? La nobleza de orígen puede dormir sin perderse; pero la de carácter si se entrega al sueño, perece.

¡Extraña anomalía! En la discusion del código militar en la cámara Alta se ha querido librar á los pares que se hallan en actual servicio de la jurisdiccion de los consejos de guerra en obsequio del respeto debido á su alta dignidad, y sin embargo, ¡quieren que sean censores!

No ha faltado quien haya sostenido que un consejo de vigilancia puesto fuera del círculo de atribuciones de la policía, compuesto de personas graves y de rango elevado, seria una especie de tribunal que manifestaria las consideraciones que se dispensaban á la libertad de imprenta y el deseo que el gobierno tiene de inspirar confianza á los amigos de esa libertad.

La experiencia ha desmentido ese aserto, y por otra parte se ha demostrado que un consejo de vigilancia sobre la censura es una cosa imposible ó ilusoria, como lo echó de ver el buen criterio del duque de la Rochefoucauld.

¿Pueden los pares ni los diputados ser ejecutores de leyes que han aprobado ellos mismos, y sobre todo de leyes excepcionales? ¿Pueden los miembros de la legislatura descender á la condicion de censores, sin tener en cuenta que al jurar la Constitucion juraron defender las libertades que por ella se nos aseguran? ¿Se podrá concebir que por la *tarde* tenga un diputado que desdecirse como juez de las palabras que por la *mañana* ha pronunciado como defensor?

Con este motivo recordaré lo que sucede en el asunto de Mr. de Keratry: sobre lo cual Mr. Alexis de Jussieu en un folleto escrito con valentia dice lo siguiente:

«En el momento de entregar este escrito á la prensa me dan la noticia de que la censura acaba de suprimir algunos renglones en la defensa de Mr. Keratry.» Los renglones suprimidos (tratábase del magistrado censor, Mr. de Broé) son estos:

¿Por qué á imitacion de un sabio célebre en Europa y de dos apreciables profesores de historia no se ha de creer que el imponer silencio es muy distinto de contestar, y que el cometer atentados contra los derechos de una nacion es desmerecer en favor?

La censura infringe ademas el artículo 64 de la Carta que dice: «Las discusiones en materias criminales serán públicas,» y lo infringe solo en provecho de su propia causa. Si la censura es buena ¿por qué tiene tanto empeño de ocultar que hay personas que han rehusado el cargo de censores?

La censura crea una sociedad ficticia, y establece ilusiones en vez de realidades. La magistratura defendiendo las inmunidades nacionales absolvió enteramente á Mr. Keratry: y por medio de su fallo estableció que nada habia de reprensible, ni de contrario á las leyes en el párrafo del pasaje sobre que recayó la acusacion, y permitió que ante su autoridad se discutiera un principio, una defensa formal en favor de la libertad de imprenta, y en reprobacion de los que la han tiranizado.

Supóngase por un momento que el pasaje denunciado, y la defensa de Mr. de Keratry fuesen unos meros artículos remitidos por el *correo francés* á la censura; ¿hubiera ésta dejado pasar ni siquiera dos renglones de semejante escrito? ¿En dónde está pues el verdadero espíritu nacional? ¿En la mente de unos jueces inamovibles sentados sobre flores de lis, en presencia de un público reunido, ó entre unos censores amovibles sentados en los escaños de Mr. de Corbiere en un oscuro recinto donde á puerta cerrada se da muerte á la opinion? (3)

Tambien es evidente que no bastan seis censores para despachar tanto número de periódicos: asi es que pasa por cierto que al pié de la escalera de esos seis hombres hay otros que pueden considerarse como ayudantes suyos. Siendo esto asi tendremos que sufrir á un mismo tiempo la censura pública y la censura secreta. No cabe mas esplendor, ni mas modestia.

Los pesos y las medidas varian segun los periódicos y el capricho de los señores de la censura. Asi es que en el Diario de los Debates se ha mutilado un artículo que con corta diferencia se le ha permitido poner al Constitucional. Los agentes del poder quieren tener algo que decir en la tribuna en obsequio y defensa de la censura, y de cuando en cuando permiten un poco de libertad para tener algun dia nuevos motivos de atacarla. Algunas frases toleradas son mas bien argumentos ministeriales de reserva que franquezas concedidas al público. Cuando se haya obtenido establecer la censura para un cuarto ó una mitad de siglo, no habrá necesidad de tantos cumplimientos, y podrá apretarse el dogal.

Por fortuna los periódicos ministeriales son bastante francos, y en vez de disimular el pensamiento de sus señores lo ponen de relieve.

Si no quereis creer en la libertad de imprenta bajo la censura nos dicen, ved cómo un periódico estampa párrafos enteros de los diarios ingleses en pro y en contra de Mr. Canning; ved cómo otro habla del Brasil, y no falta otro que describe los agasajos dispensados á los señores Bordeau y Gautier, diputados de la oposicion.

El *Moniteur* y los periódicos de las prefecturas se expresan con igual júbilo, y estamos seguros de que

(1) Sesion de los pares de 23 de febrero de 1820.
(2) Sesion id. del 28 de febrero de 1820. El reglamento que se compuso para la ejecucion de esta ley estableció (art. 9) un consejo de *nueve* magistrados para vigilar sobre esta censura de *un año* de duracion, excluyendo de ella los *pares* y los *diputados*.

(3) La censura acaba de cometer una nueva prevaricacion de este mismo género. El *Constitucional y el Correo*, habian apelado al tribunal real de una sentencia dada contra ellos en primera instancia. Su defensor era Mr. Dupin, y la censura no ha permitido ni aun á los periódicos interesados el poder publicar la defensa de su abogado.
La censura no hace caso de la Constitucion, pero la Constitucion no tardará en tomar satisfaccion de la censura.

en la tribuna se nos repetirán palabra por palabra los discursos de esas gacetas asalariadas. En vano se dirá que la prensa independiente explicó sus pensamientos y protestó contra la censura : esa misma circunstancia servirá de prueba de la *libertad* que han gozado, y esta es la razon por qué la censura les deja protestar. Por último, supuesto que se proscriben hombres y obras ó supuesto que se prohiben los *blancos*, y supuesto que no quieren que se presenten señales del martirio, es preciso confesar que la tal titulada tolerancia no es mas que un juego de manos y un lazo para los incautos.

Lo que particularmente desea la censura es que se dispute con ella sobre principios; sobre la Constitucion y sobre la libertad. A los periódicos que se han refugiado á los límites de la literatura suele decirles con sentimental interés : «Estais perjudicando vuestros »propios intereses, vais á cansar á los suscritores, os »vais á perder. ¿Quién os impide publicar vigorosos »artículos de doctrinas? Nosotros os los dejaremos pa»sar sin tocar un renglon. »



CATALINA DE MEDICIS EN CASA DE SU PERFUMISTA.

¡Que buenos son esos señores! ¡*Ea*! ¡*Buen ánimo*! Sostengamos una tesis sobre la libertad pero ocultemos bien nuestras manos para que no se vean las cicatrices de las ligaduras de los gendarmes. Los presidentes de esas academias censoriales nos distribuirán los premios y no faltarán Píndaros que al entonar odas á la policía eternizarán nuestras victorias.

La censura tampoco quiere que por lo tocante al exterior sepamos nada mas sino lo que le conviene, ¿Qué es pues lo que le queda á la prensa periódica como órgano *libre* de la opinion? los periódicos ministeriales que sin duda gozan de alguna libertad de hablar; pero que ya no son mas que dos, porque el ministerio es una especie de fiebre amarilla que mata al periódico que toca. Estos dos periódicos dan á sus dueños tales elogios que en realidad puede presumirse que agotan ya su ingenio. Segun uno de estos periódicos cierto ministro es nada menos que un *Fabius Cunctator*, de alma tan ardiente al concebir como helada al ejecutar, que se prepara á caer como un rayo contra los soldados de Anibal desde lo alto de la montaña. Como esa brillante comparacion nacia directamente de un asunto financiero, no faltó quien al leerlo preguntara si la montaña seria el palacio de Rivoli, la Bolsa, el capitolio; la calle de *Notre-Dame des Victoires* el campo de batalla y algun rico banquero el general cartaginés. Terribles denuestos que nadie acepta y monólogos que nadie lee forman el texto de uno de esos periódicos por la mañana, y son repetidos con alguna variacion por el colega de la tarde. Es de presumir que los principales redactores de esos periódicos que en otro tiempo lo eran de la *Correspondéncia secreta* que á cada paso andaban insultando al príncipe que en la actualidad ocupa el trono, no se atreverian á manifestar su nombre. ¡Y á tales periódicos está encomendada la defensa del trono y el ser intérpretes de las doctrinas del ministerio!

Por lo tocante á la política interior la censura prohibe todo lo que podria causar daño á los proyectos ó intereses de su pandilla. Separa á los ciudadanos del límite de las leyes, los aleja de la influencia del gobierno, les priva de la instruccion necesaria para el ejercicio de sus derechos y se convierte en un estorbo que impide el movimiento de la máquina, ó mas bien dicho, que no deja girar los resortes del poder.

Siendo tan perniciosos los censores, segun acaba de manifestarse en materias políticas, se convierten en críticos cuando se trata de asuntos literarios. En este caso cediendo á sus pasiones y al amor de sus prosélitos cercenan y suprimen lo que les da la gana; conceden ó niegan el permiso para anunciar obras antiguas ó modernas y borran los elogios dados á ciertos autores : es seguro que excomulgarian á Racine y darian carta de ciudadanía á Cotin. ¿Puede esperarse otra cosa al dar á la medianía poder material sobre el talento, y á la oscuridad omnímodos derechos sobre la gloria? Si la estupidez y la envidia llegaran á entrar en el templo de la fama, ¿qué otra cosa mas podrian hacer que romper las estátuas?



LAS JOVENES DE VERDUN.

Los nuevos censores han aprendido del gobierno la finura de modales que los distingue. Los periódicos políticos no tienen mas que una hora (de siete á ocho de la noche) para ser marcados y azotados. Antes de las siete no hay nadie en la oficina de la censura; al dar las ocho no se recibe ya ningun periódico para la censura del dia. Y sin embargo podria creerse que unos funcionarios con seis mil francos de sueldo deberian tratar con algo mas de consideracion al público que les paga. El odio á la humana inteligencia y el desprecio á la literatura deberian aprender á ponerse mejor la máscara.

Tal es el estado de degradacion en que súbitamente ha caido la prensa periódica que se refiere que cierto estranjero que no tenia noticia del restablecimiento

de la censura, y que estaba acostumbrado á leer en los periódicos independientes artículos políticos y literarios dignos de ocupar la atencion del espíritu humano se quedó lleno de estupor al ver que en lugar de artículo de fondo no encontraba en uno de los principales periódicos más que una descripcion de la GIRAFA, en otro los detalles de un nuevo *candelero*, en otro un anuncio de *una danza de monos*; y en otro la relacion de la pesca de un *enorme barbo*.

¿Es posible que un pueblo se resigne á sufrir por mucho tiempo tan violenta degradacion? ¿Habrá quién se imagine poder hacer pasar impunemente á un pueblo desde los trabajos varoniles dignos del hombre á las pueriles ocupaciones de la infancia, desde los goces de la libertad á los entretenimientos del esclavo, desde las sublimidades de la gloria á las bufonadas de un sainete?

Eso es materialmente intentar lo imposible: con mas facilidad nos avendriamos á los modales de la Regencia que á tenernos que limitar á la medida de los censores.

Asi es que por efecto de la censura se va acumulando en todos los corazones disgusto, desprecio y malevolencia hácia un sistema de gobierno que explota en provecho de algunos hombres cuarenta años de revoluciones, de victorias y de calamidades. Todo el mundo se pregunta si solo para conseguir la ovacion de estos ó aquellos ministros la república derribó el trono y levantó el cadalso de Luis XVI; la Vandee derramó su sangre, Bonaparte venció la Europa y Luis XVIII otorgó la Carta? ¿Debe la Francia expiar su extremada grandeza por el extremo de mezquindad?

Enanos ministeriales, encaramados sobre las ruinas de la libertad se atreven á vendar los ojos de la Francia, parodiando la gloria, única que por su estatura podia llegar con sus manos á la frente de la hija primogénita de Europa. ¿Pretenderán esos raquíticos seres dar muerte á la nacion cuando hayan conseguido vendarle los ojos? ¡Ah! ¡teman que en la oscuridad llegue á extender sus robustos brazos! ¡ay de aquel sobre quien la nacion deje caer su pesada mano!

Cada dia turba nuestros oidos algun siniestro rumor. Asegúrase que los ministros embriagados con el buen resultado obtenido en lo tocante al licenciamiento de la guardia nacional de París, y el establecimiento de la censura en todo el reino, se están aprestando á nuevos triunfos. Sus prosélitos solicitan un numeroso nombramiento de Pares: meditan una nueva demarcacion judicial: hablan de una ley de censura perpetua, de una ley eloctoral mas flexible y de una suspension de la Carta, etc., etc.

¿Mas de qué no hablarán los enemigos de la Constitucion y del rey? Olvídanse sin duda de contar con los tiempos, con los sucesos, con la fuerza del siglo y con el espíritu de los pueblos. No confundamos los sueños del talento con los delirios de las medianas capacidades. ¿Algunas rancias ideas, acumuladas en cabezas pequeñas y gastadas, podrian llegar á gobernar un país en que las luces han penetrado por todas partes? Una guarnicion compuesta de inválidos defendiendo un torreon medio arruinado, podrá dar la ley á los sitiadores que han tomado ya la plaza por asalto y que ocupan el país?

Al cabo de cinco años de posesion de libertad de imprenta no debia considerarse que esa libertad fuese para la nacion un simple principio abstracto, pues en realidad habia llegado á convertirse ya en un hecho práctico que á nadie le es dado destruir. Asi es que la censura lejos de calmar los ánimos, no ha hecho mas que irritarlos y acabar de confirmar la idea de que los ministros tratan de despojar á la nacion de las instituciones que Luis XVIII le otorgó.

En la antigua monarquía, el poder no tenia en sí mismo su principio moderador, ni encontraba resistencia mas que en sus propios límites: el clero, la nobleza, los estados provinciales y los fueros y derechos municipales, le presentaban, digamoslo asi, un obstáculo.

En la moderna monarquía el poder no tiene límites pero está contenido por un principio alimentado en su propio seno: *la publicidad*. Destrúyase esta, y no quedará de la monarquía mas que un despotismo borrascoso. «La monarquía legítima, ha dicho un profundo pensador, tan necesaria al país, esa monarquía tan provechosa hasta para nuestros adversarios, se verá conducida por la imprudencia de estos al único verdadero peligro que podria temer, esto es, á ser considerada como incompatible con las libertades que nos ha prometido (1). Al cúmulo de males que causa la censura atacando á la mas preciosa de las libertades hay que añadir lo absurdo de su organizacion segun la cual ni aun el objeto que se proponen le es dado conseguir.

Cuando al lado de una prensa esclava existe otra prensa libre, que puede referir todo lo que la otra tiene que callar, el poder no puede menos de perder el afecto del pueblo, y tiene que sufrir á un mismo tiempo la incomodidad que le causa la libertad de imprenta y los inconvenientes de la censura.

En la actualidad tenemos las canciones satíricas que se estilaban en tiempo de la antigua monarquía, y los folletos políticos de la moderna. No pasará un mes sin que el público empiece á tener noticia de esos folletos que serán buscados y leidos con tanta mas avidez, cuanto menos independiente sea la prensa periódica.

Cuando un escrito tiene bajo el régimen de la ley la facultad de salir á luz, sin que su autor pueda ser arrestado, sentenciado y pasado por las armas antes de veinte y cuatro horas, ningun verdadero hombre de Estado cometerá la sandez de manifestar su enojo cometiendo una pequeña é impotente violencia gubernativa contra la publicidad. La censura, afilado machete de la arbitrariedad, se embota en manos del gobierno legítimo y no corta; magulla: la verdadera arma de la legitimidad es la libertad de imprenta.

La legitimidad volvió del destierro trémula y despojada; reclamó el poder ofreciendo la libertad, y el cambio fue aceptado con gozo.

Por una no interrumpida serie de varon en varon se fue llegando desde Roberto el Fuerte á Luis XVIII: los hijos de los que fundaron la monarquía y fueron depositarios durante un espacio de mil años de cuanto ocurrió en la nacion, pedian el derecho de serlo tambien en lo sucesivo. Este milagro de antigüedad era una grandeza que no podia menos de ser visible para todo el mundo, y los franceses se sometieron gustosos á la autoridad de su rey, asi como á la autoridad de su historia.

El soberano heredó, pues, el patrimonio de su poder, y el pueblo el de su libertad. Ambas partes mutuamente contentas guardaban sincera y lealmente sus pactos; mas entre ellas se han introducido ciertos hombres raquíticos que tienen empeño en malquistarlas. Nadie debe admirarse si han conseguido hasta cierto punto sus taimadas intenciones.

La medianía individual carece de fuerza, no siendo que represente un numeroso conjunto de medianías. Cuanto mas pequeño es el individuo, tanto mas á propósito es para todas las pequeñeces: la multitud de enanos se prometen bajo su amparo la victoria; los cortesanos le prefieren porque siempre les queda el recurso de poder despreciar su primitiva condicion, y los reyes le mantienen en alto puesto como para hacer alarde del poder de la corona. Tiene ademas un hombre semejante el mérito de excluir del poder á la

(1) MR. ROYER-COLLARD, sesion del 22 de enero de 1825.

capacidad. De manera que ese representante de las medianías halaga las pasiones del corazon humano, la ambicion del vulgo y la envidia de todos.

Pero por fortuna la época de su esplendor es muy efímera: el espíritu de las instituciones volverá á franquear el paso á las capacidades, aunque el gobierno ensaye nuevos golpes de Estado que irremisiblemente se estrellarán contra la negativa del pueblo á satisfacer las contribuciones.

Los que necesitamos combatir, aspiremos á la victoria obrando de consuno y sin perder de vista á los enemigos de nuestras libertades. En las próximas elecciones es en donde debemos colocar principalmente nuestra esperanza. Las elecciones parciales que últimamente se han verificado, no han dejado pasar mas que un solo candidato del gobierno. Mr. Delalot ha sido elegido en Angulema con grata satisfaccion de los realistas constitucionales y mortal despecho de sus adversarios. Esto prueba que desde tiempo atrás se sabia que la censura es mal medio para obtener votos ministeriales en las elecciones. Pero tengamos cuidado de una cosa.

La última ley sobre el Jurado es excelente: á pesar de estar organizado de manera que en lo sucesivo podrá impedir los fraudes electorales, podria causar graves daños en la actualidad si la nacion se viera sorprendida por una disolucion súbita de la cámara de los Diputados despues del 1.° de octubre próximo.

Ya se ha principiado á poner en ejecucion esa ley. Las listas de candidatos han de estar terminadas para 1.° de octubre del presente. Es natural que en ellas tengan lugar todos los prosélitos del ministerio.

Desgraciadamente la institucion del Jurado no ha penetrado aun bien en nuestras costumbres: es probable que en los departamentos habrá frialdad en colocar su nombre en la lista de los jurados: se creerá que siempre habrá tiempo de hacerlo, y no tendrán presente que no haciéndose inscribir en dicha lista se pierden los derechos de elector. No perdamos de vista que LAS LISTAS DEL JURADO SON LISTAS ELECTORALES. Llegará el 1.° de octubre sin que nadie os haya avisado á domicilio; sin que las autoridades hayan dicho nada, y sin que los periódicos bajo la férula de la censura hayan podido hacer la menor advertencia. Si la cámara de los Diputados llegara á ser disuelta, ¿qué podria hacerse en tal caso? En vano correrán precipitadamente los ciudadanos á los colegios electorales; quien no esté inscristo en la lista del Jurado habrá perdido sus derechos de elector. ¿Se reclamarán? Las reclamaciones servirán para el *año venidero* (1828). En todo se habrá procedido con la mayor legalidad: no habrá lugar á la mas insignificante queja; mas como ya lo dicen tibialmente los iniciados frotándose las manos: *el golpe se habrá dado en vano*. Se eligirá una cámara de Diputados *para siete años*, y los ministros riéndose de los engañados y de la verdadera opinion del país recogerán abundantemente el fruto de la censura.

Recomiendo, pues, á todos los ciudadanos la mas seria atencion sobre el particular; apresúrense á inscribirse en la lista del jurado antes del 1.° de octubre, pues de eso dependen sus derechos electorales y la prosperidad y libertad de la nacion. Volveré á repetir mil veces esta advertencia, y todos los escritores amantes de su país lo considerarán tambien como un deber por su parte.

Deplorable cosa es tener que estar siempre en guardia contra temores de sorpresas y desconfianzas, y considerando el poder gubernativo cual si fuera un enemigo, sin esperar que cumpla con la obligacion de ser el primero en instruir á los ciudadanos, y en invitarlos al ejercicio de sus deberes. Desgraciadamente esas desconfianzas no están sino demasiado justificadas por las antiguas trampas electorales y por todos los esfuerzos que el gobierno ha hecho para sobornar por de pronto la opinion y luego para sofocarla. Estrechemos nuestras filas, ciudadanos: olvidemos nuestras mezquinas desavenencias: no nos desanimemos porque el tiempo nos parezca largo. Hay quien sin cesar tiene en los labios esta frase vulgar: ¡*Aun falta mucho tiempo*! ¡Mucho tiempo! ¿Tanto os parece que dura la vida?

Carlos X oirá nuestro clamor; de su mano debemos esperar la salvacion. Si su piedad es grande, no por eso es menos ilustrada: no se arrodilla humildemente al pié de los altares para hollar luego con soberbia planta la frente de sus vasallos, ni es de esos reyes que creen que la mano con que se han dado golpes de pecho está autorizada para descargar impunemente golpes sobre sus vasallos. Desciende nuestro monarca de aquel Luis IX que acostumbraba decir: Preferiria que *el pueblo de mi reino fuese bien y lealmente gobernado por un escocés venido de Escocia ó de cualquier otro lejano pais, á verlo bajo el cetro de un rey de Francia que no fuese amado de su pueblo y cuyos actos diesen fundado motivo de murmurar*.

Esos son los verdaderos sentimientos de un rey, de un santo, y de un varon eminente.

POST-SCRIPTUM.

Los periódicos extranjeros dan por terminado el tratado entre Francia, Inglaterra y Rusia, que asegura la pacificacion de la Grecia, cuyas negociaciones principiaron hallándome yo en el ministerio, y que, siendo ciertas, han tenido segun mi opinion, un triste desenlace. Difícil es comprender cómo los otomanos, vencedores casi en todas partes, abandonarán las fortalezas de que les han dejado hacerse dueños, entregarán las fortalezas turcas á *rayas* rebeldes, ni cómo los griegos por su parte reconocerán al Suitan por *legítimo soberano*, pagándole *un tributo anual*, ni consentirán en dejar á la Puerta *un voto decisivo en lo tocante al nombramiento de las autoridades elegidas por ellos*.

En mi nota sobre la Grecia dije (ahora hace dos años), que era ya demasiado tarde para pedir en obsequio de esta una especie de existencia semejante á la de Valaquia y Moldavia, hallándose los griegos á punto de expulsar á los turcos ó ser exterminados por estos.

Sin embargo manifesté ser posible librar á los Helenos sin turbar el mundo, sin dividirse y hasta sin comprometer la existencia de la Turquía, por medio de un despacho colectivo firmado por las grandes potencias de Europa, y añadí que esa clase de documentos era la que uno tendria placer de firmar con su propia sangre.

Esta es la resolucion que por último se ha tomado; ¿pero cuándo? Cuando se han derramado torrentes de sangre; cuando los turcos han vuelto á pisar las ruinas de Atenas, y cuando la tea de Mahometo, plantada sobre los restos de las ruinas de Fidias, alumbra al parecer los funerales de la Grecia.

La Francia que habria debido tomar la iniciativa en esta cuestion; la Francia que deberia tener en este momento veinte y cinco mil voluntarios en la Morea, tiene que ir por debilidad de los ministros en pos de las demás potencias. Los pueblos han arrastrado á remolque los gobiernos en un asunto en que la religion, la humanidad y los intereses materiales bien entendidos reclamaoan la intervencion de los gobiernos.

Se ha declamad contra los comités *filelenos*; pero hay que tener cuenta que al pedir pan para ellos, se ha facilitad alimento á viudas, á huerfanos,

de la censura, y que estaba acostumbrado á leer en los periódicos independientes artículos políticos y literarios dignos de ocupar la atencion del espíritu humano se quedó lleno de estupor al ver que en lugar de artículo de fondo no encontraba en uno de los principales periódicos más que una descripcion de la GIRAFA, en otro los detalles de un nuevo *candelero*, en otro un anuncio de *una danza de monos*; y en otro la relacion de la pesca de un *enorme barbo*.

¿Es posible que un pueblo se resigne á sufrir por mucho tiempo tan violenta degradacion? ¿Habrá quién se imagine poder hacer pasar impunemente á un pueblo desde los trabajos varoniles dignos del hombre á las pueriles ocupaciones de la infancia, desde los goces de la libertad á los entretenimientos del esclavo, desde las sublimidades de la gloria á las bufonadas de un sainete?

Eso es materialmente intentar lo imposible: con mas facilidad nos avendriamos á los modales de la Regencia que á tenernos que limitar á la medida de los censores.

Asi es que por efecto de la censura se va acumulando en todos los corazones disgusto, desprecio y malevolencia hácia un sistema de gobierno que explota en provecho de algunos hombres cuarenta años de revoluciones, de victorias y de calamidades. Todo el mundo se pregunta si solo para conseguir la ovacion de estos ó aquellos ministros la república derribó el trono y levantó el cadalso de Luis XVI; la Vandee derramó su sangre, Bonaparte venció la Europa y Luis XVIII otorgó la Carta? ¿Debe la Francia expiar su extremada grandeza por el extremo de mezquindad?

Enanos ministeriales, encaramados sobre las ruinas de la libertad se atreven á vendar los ojos de la Francia, parodiando la gloria, única que por su estatura podia llegar con sus manos á la frente de la hija primogénita de Europa. ¿Pretenderán esos raquíticos seres dar muerte á la nacion cuando hayan conseguido vendarle los ojos? ¡Ah! ¡teman que en la oscuridad llegue á extender sus robustos brazos! ¡ay de aquel sobre quien la nacion deje caer su pesada mano!

Cada dia turba nuestros oidos algun siniestro rumor. Asegúrase que los ministros embriagados con el buen resultado obtenido en lo tocante al licenciamiento de la guardia nacional de París, y el establecimiento de la censura en todo el reino, se están aprestando á nuevos triunfos. Sus prosélitos solicitan un numeroso nombramiento de Pares: meditan una nueva demarcacion judicial: hablan de una ley de censura perpetua, de una ley eloctoral mas flexible y de una suspension de la Carta, etc., etc.

¿Mas de qué no hablarán los enemigos de la Constitucion y del rey? Olvídanse sin duda de contar con los tiempos, con los sucesos, con la fuerza del siglo y con el espíritu de los pueblos. No confundamos los sueños del talento con los delirios de las medianas capacidades. ¿Algunas rancias ideas, acumuladas en cabezas pequeñas y gastadas, podrian llegar á gobernar un país en que las luces han penetrado por todas partes? Una guarnicion compuesta de inválidos defendiendo un torreon medio arruinado, podrá dar la ley á los sitiadores que han tomado ya la plaza por asalto y que ocupan el país?

Al cabo de cinco años de posesion de libertad de imprenta no debia considerarse que esa libertad fuese para la nacion un simple principio abstracto, pues en realidad habia llegado á convertirse ya en un hecho práctico que á nadie le es dado destruir. Asi es que la censura lejos de calmar los ánimos, no ha hecho mas que irritarlos y acabar de confirmar la idea de que los ministros tratan de despojar á la nacion de las instituciones que Luis XVIII le otorgó.

En la antigua monarquía, el poder no tenia en sí mismo su principio moderador, ni encontraba resistencia mas que en sus propios límites: el clero, la nobleza, los estados provinciales y los fueros y derechos municipales, le presentaban, digamoslo asi, un obstáculo.

En la moderna monarquía el poder no tiene límites pero está contenido por un principio alimentado en su propio seno: *la publicidad*. Destrúyase esta, y no quedará de la monarquía mas que un despotismo borrascoso. «La monarquía legítima, ha dicho un profundo pensador, tan necesaria al país, esa monarquía tan provechosa hasta para nuestros adversarios, se verá conducida por la imprudencia de estos al único verdadero peligro que podria temer, esto es, á ser considerada como incompatible con las libertades que nos ha prometido (1). Al cúmulo de males que causa la censura atacando á la mas preciosa de las libertades hay que añadir lo absurdo de su organizacion segun la cual ni aun el objeto que se proponen le es dado conseguir.

Cuando al lado de una prensa esclava existe otra prensa libre, que puede referir todo lo que la otra tiene que callar, el poder no puede menos de perder el afecto del pueblo, y tiene que sufrir á un mismo tiempo la incomodidad que le causa la libertad de imprenta y los inconvenientes de la censura.

En la actualidad tenemos las canciones satíricas que se estilaban en tiempo de la antigua monarquía, y los folletos políticos de la moderna. No pasará un mes sin que el público empiece á tener noticia de esos folletos que serán buscados y leidos con tanta mas avidez, cuanto menos independiente sea la prensa periódica.

Cuando un escrito tiene bajo el régimen de la ley la facultad de salir á luz, sin que su autor pueda ser arrestado, sentenciado y pasado por las armas antes de veinte y cuatro horas, ningun verdadero hombre de Estado cometerá la sandez de manifestar su enojo cometiendo una pequeña é impotente violencia gubernativa contra la publicidad. La censura, afilado machete de la arbitrariedad, se embota en manos del gobierno legítimo y no corta; magulla: la verdadera arma de la legitimidad es la libertad de imprenta.

La legitimidad volvió del destierro trémula y despojada; reclamó el poder ofreciendo la libertad, y el cambio fue aceptado con gozo.

Por una no interrumpida serie de varon en varon se fue llegando desde Roberto el Fuerte á Luis XVIII: los hijos de los que fundaron la monarquía y fueron depositarios durante un espacio de mil años de cuanto ocurrió en la nacion, pedian el derecho de serlo tambien en lo sucesivo. Este milagro de antigüedad era una grandeza que no podia menos de ser visible para todo el mundo, y los franceses se sometieron gustosos á la autoridad de su rey, asi como á la autoridad de su historia.

El soberano heredó, pues, el patrimonio de su poder, y el pueblo el de su libertad. Ambas partes mutuamente contentas guardaban sincera y lealmente sus pactos; mas entre ellas se han introducido ciertos hombres raquíticos que tienen empeño en malquistarlas. Nadie debe admirarse si han conseguido hasta cierto punto sus taimadas intenciones.

La medianía individual carece de fuerza, no siendo que represente un numeroso conjunto de medianías. Cuanto mas pequeño es el individuo, tanto mas á propósito es para todas las pequeñeces: la multitud de enanos se prometen bajo su amparo la victoria; los cortesanos le prefieren porque siempre les queda el recurso de poder despreciar su primitiva condicion, y los reyes le mantienen en alto puesto como para hacer alarde del poder de la corona. Tiene ademas un hombre semejante el mérito de excluir del poder á la

(1) MR. ROYER-COLLARD, sesion del 22 de enero de 1825.

capacidad. De manera que ese representante de las medianías halaga las pasiones del corazon humano, la ambicion del vulgo y la envidia de todos.

Pero por fortuna la época de su esplendor es muy efímera: el espíritu de las instituciones volverá á franquear el paso á las capacidades, aunque el gobierno ensaye nuevos golpes de Estado que irremisiblemente se estrellarán contra la negativa del pueblo á satisfacer las contribuciones.

Los que necesitamos combatir, aspiremos á la victoria obrando de consuno y sin perder de vista á los enemigos de nuestras libertades. En las próximas elecciones es en donde debemos colocar principalmente nuestra esperanza. Las elecciones parciales que últimamente se han verificado, no han dejado pasar mas que un solo candidato del gobierno. Mr. Delalot ha sido elegido en Angulema con grata satisfaccion de los realistas constitucionales y mortal despecho de sus adversarios. Esto prueba que desde tiempo atrás se sabia que la censura es mal medio para obtener votos ministeriales en las elecciones. Pero tengamos cuidado de una cosa.

La última ley sobre el Jurado es excelente: á pesar de estar organizado de manera que en lo sucesivo podrá impedir los fraudes electorales, podria causar graves daños en la actualidad si la nacion se viera sorprendida por una disolucion súbita de la cámara de los Diputados despues del 1.° de octubre próximo.

Ya se ha principiado á poner en ejecucion esa ley. Las listas de candidatos han de estar terminadas para 1.° de octubre del presente. Es natural que en ellas tengan lugar todos los prosélitos del ministerio.

Desgraciadamente la institucion del Jurado no ha penetrado aun bien en nuestras costumbres: es probable que en los departamentos habrá frialdad en colocar su nombre en la lista de los jurados: se creerá que siempre habrá tiempo de hacerlo, y no tendrán presente que no haciéndose inscribir en dicha lista se pierden los derechos de elector. No perdamos de vista que LAS LISTAS DEL JURADO SON LISTAS ELECTORALES. Llegará el 1.° de octubre sin que nadie os haya avisado á domicilio; sin que las autoridades hayan dicho nada, y sin que los periódicos bajo la férula de la censura hayan podido hacer la menor advertencia. Si la cámara de los Diputados llegara á ser disuelta, ¿qué podria hacerse en tal caso? En vano correrán precipitadamente los ciudadanos á los colegios electorales; quien no esté inscristo en la lista del Jurado habrá perdido sus derechos de elector. ¿Se reclamarán? Las reclamaciones servirán para el *año venidero* (1828). En todo se habrá procedido con la mayor legalidad: no habrá lugar á la mas insignificante queja; mas como ya lo dicen tibialmente los iniciados frotándose las manos: *el golpe se habrá dado en vano*. Se eligirá una cámara de Diputados *para siete años*, y los ministros riéndose de los engañados y de la verdadera opinion del país recogerán abundantemente el fruto de la censura.

Recomiendo, pues, á todos los ciudadanos la mas seria atencion sobre el particular; apresúrense á inscribirse en la lista del jurado antes del 1.° de octubre, pues de eso dependen sus derechos electorales y la prosperidad y libertad de la nacion. Volveré á repetir mil veces esta advertencia, y todos los escritores amantes de su país lo considerarán tambien como un deber por su parte.

Deplorable cosa es tener que estar siempre en guardia contra temores de sorpresas y desconfianzas, y considerando el poder gubernativo cual si fuera un enemigo, sin esperar que cumpla con la obligacion de ser el primero en instruir á los ciudadanos, y en invitarlos al ejercicio de sus deberes. Desgraciadamente esas desconfianzas no están sino demasiado justificadas por las antiguas trampas electorales y por todos los esfuerzos que el gobierno ha hecho para sobornar por de pronto la opinion y luego para sofocarla. Estrechemos nuestras filas, ciudadanos: olvidemos nuestras mezquinas desavenencias: no nos desanimemos porque el tiempo nos parezca largo. Hay quien sin cesar tiene en los labios esta frase vulgar: ¡*Aun falta mucho tiempo*! ¡Mucho tiempo! ¿Tanto os parece que dura la vida?

Carlos X oirá nuestro clamor; de su mano debemos esperar la salvacion. Si su piedad es grande, no por eso es menos ilustrada: no se arrodilla humildemente al pié de los altares para hollar luego con soberbia planta la frente de sus vasallos, ni es de esos reyes que creen que la mano con que se han dado golpes de pecho está autorizada para descargar impunemente golpes sobre sus vasallos. Desciende nuestro monarca de aquel Luis IX que acostumbraba decir: Preferiria que *el pueblo de mi reino fuese bien y lealmente gobernado por un escocés venido de Escocia ó de cualquier otro lejano pais, á verlo bajo el cetro de un rey de Francia que no fuese amado de su pueblo y cuyos actos diesen fundado motivo de murmurar*.

Esos son los verdaderos sentimientos de un rey, de un santo, y de un varon eminente.

POST-SCRIPTUM.

Los periódicos extranjeros dan por terminado el tratado entre Francia, Inglaterra y Rusia, que asegura la pacificacion de la Grecia, cuyas negociaciones principiaron hallándome yo en el ministerio, y que, siendo ciertas, han tenido segun mi opinion, un triste desenlace. Difícil es comprender cómo los otomanos, vencedores casi en todas partes, abandonarán las fortalezas de que les han dejado hacerse dueños, entregarán las fortalezas turcas á *rayas* rebeldes, ni cómo los griegos por su parte reconocerán al Suitan por *legítimo soberano*, pagándole *un tributo anual*, ni consentirán en dejar á la Puerta *un voto decisivo en lo tocante al nombramiento de las autoridades elegidas por ellos*.

En mi nota sobre la Grecia dije (ahora hace dos años), que era ya demasiado tarde para pedir en obsequio de esta una especie de existencia semejante á la de Valaquia y Moldavia, hallándose los griegos á punto de expulsar á los turcos ó ser exterminados por estos.

Sin embargo manifesté ser posible librar á los Helenos sin turbar el mundo, sin dividirse y hasta sin comprometer la existencia de la Turquía, por medio de un despacho colectivo firmado por las grandes potencias de Europa, y añadí que esa clase de documentos era la que uno tendria placer de firmar con su propia sangre.

Esta es la resolucion que por último se ha tomado; ¿pero cuándo? Cuando se han derramado torrentes de sangre; cuando los turcos han vuelto á pisar las ruinas de Atenas, y cuando la tea de Mahometo, plantada sobre los restos de las ruinas de Fidias, alumbra al parecer los funerales de la Grecia.

La Francia que habria debido tomar la iniciativa en esta cuestion; la Francia que deberia tener en este momento veinte y cinco mil voluntarios en la Morea, tiene que ir por debilidad de los ministros en pos de las demás potencias. Los pueblos han arrastrado á remolque los gobiernos en un asunto en que la religion, la humanidad y los intereses materiales bien entendidos reclamaoan la intervencion de los gobiernos.

Se ha declamad contra los comités *filelenos*; pero hay que tener cuenta que al pedir pan para ellos, se ha facilitad alimento á viudas, á huerfanos,

á un puñado de héroes, y se ha dado tiempo de avergonzarse á la cristiandad.

La Rusia queria obrar: ¿quién se lo ha impedido? Si es justo socorrer en la actualidad á los griegos, ¿no lo era tambien hace cuatro años? ¿Se habian lisonjeado de poder anonadarlos? Desgraciadamente los griegos han sabido frustrar esas esperanzas. En la actualidad importuna su nombradía: ¿Qué remedio? ¿No se les podria castigar imponiéndoles la soberanía de los turcos? No ha sido posible quitarles la existencia: quitemosles la gloria; mezquino es el recurso; pero asi nos vengaremos de la libertad del modo que podamos. Si la Puerta no acepta una mediacion propuesta con tantas consideraciones y palabras llenas de modestia, ¿cuánto tiempo podrá durar aun la matanza, no estableciéndose por el tratado ningun armisticio? Mientras se cangeen las notas diplomáticas, ¿podrán los turcos seguir degollando á sus víctimas en presencia de los que intervienen en favor de estas?

Si considerais á los griegos como vasallos rebeldes, ¿á qué fin os ocupais de sus asuntos? Si los considerais como un pueblo que merece ser libre, ¿con qué derecho fijais condiciones para darles libertad, ó mas bien dicho prolongais su esclavitud? Dejadlos morir: la posteridad les tributará los últimos honores; ninguna falta les hace que vuestra ostentacion de piedad y vuestra burlesca admiracion vayan á pasear enlutadas banderas por los mares que la Grecia ilustró en otros tiempos, ni á tirar cañonazos con pólvora sola sobre su tumba.

Si los griegos establecen, segun parece que ya lo han determinado, una monarquía constitucional, y eligen un príncipe extranjero, ¿será el Gran Señor el que con su voto decisivo tendrá que sancionar el nombramiento de este rey vasallo? Si no aceptan los griegos las autoridades designadas por la Puerta ¿quién decidirá la cuestion? Las potencias mediadoras, reunidas en consejo de censura ¿andarán tomando á cada paso las armas?

Conveniente habia sido evitar detalles en un asunto en que todo se ha arreglado sin dar oido á las partes interesadas. Segun mi opinion no debian haber hecho mas que decir: «La guerra cesará inmediata»mente: asi lo exigimos por el interés de la religion y »de la humanidad, y por el de nuestros vasallos y el »comercio. Reconocemos la independencia de la Gre»cia, y ofrecemos nuestra mediacion para los arreglos »que tengan que hacerse en virtud de este reconoci»miento.»

La Inglaterra ha reconocido la independencia de las colonias españolas; la Francia la de una república de negros ¡y aun se está hablando de una *reconciliacion eventual* con los griegos! ¿No defenderán la Inglaterra y la Francia principios generosos sino cuando por defenderlos no se aventuren á ningun peligro? ¿Tan formidables son los turcos? Basta que nuestros hombres de Estado intervengan en algun asunto para que se eche á perder: su mezquina administracion nunca consigue resultados completos.

Sin duda debemos alegrarnos de que algunas familias griegas hayan podido salvarse de tantos desastres; mas no por eso nuestros hombres de Estado deben venir á reclamar en nombre de una medida incompleta y tardía una popularidad que están lejos de merecer. ¿Tendremos que creer en un artículo secreto, que ya se ha hecho público? De todos modos no es muy grande el compromiso que por ese artículo contraen las potencias; pues se reduce á decir que se establecerán relaciones mercantiles con los griegos *siempre que entre estos existan autoridades que se hallen en estado de poder mantener dichas relaciones*.

¿No podrá mediante esta cláusula decirse en todo tiempo á los griegos que las potencias desean establecer relaciones mercantiles; pero *que ellos no se hallan en estado de mantenerlas?* De manera que esta ponderada negociacion vendria á terminar por una miserable parodia. De todos modos el tono del tratado, (dado caso de ser auténtico el documento) es tímido, vago, embrollado, sin franqueza, y poco digno del lenguaje que deberian usar las tres grandes potencias. En él se descubren el amor á los turcos, la desconfianza de la Austria, el temor de la guerra, el estilo mercantil de la *cité* de Londres y del agiotaje de la bolsa de París: no es posible librarse de los *treses por ciento*.

ULTIMO AVISO A LOS ELECTORES.

París 5 de setiembre de 1827.

Solo una cosa es la que debe fijar en estos momentos la atencion del público, de la cual no nos cansaremos por ahora de hablar á nuestros lectores: esta cosa tan interesante en la actualidad es la formacion de las listas para el jurado. Estas listas, como ya lo hemos dicho, son tambien listas electorales. Cualquiera que descuide de hacerse inscribir en ellas antes del 30 de este mes perderá su derecho de elector durante un año. Si en ese plazo ocurriera una nueva eleccion, el mal ciudadano (conviene hablar sin rodeos) que hubiera permanecido aislado, seria culpable de cuanto daño una cámara de los diputados vendida al gobierno del dia hiciera al país.

No olvideis que en dos distintas épocas teneis contra vosotros dos probabilidades de disolucion. Una vez cerrada en 30 de setiembre la lista del jurado es valedera por un año: el ministerio puede hacer que la corona se determine á disolver la cámara de los Diputados antes de la próxima legislatura ó despues de ella; si la eleccion se verifica solamente algunos dias antes del 1.° de octubre de 1828 servirá la lista cerrada en 30 de octubre del año anterior. De manera, que si al ministerio le place sostener aun otra campaña con la cámara actual de los Diputados, puede hacerlo reservándose su *buena* lista (buena para sus fines) para las elecciones cuyo plazo fijaria para el mes de agosto ó setiembre del 1828 con lo cual ganaria un año de vida, añadiendo además el año que va á pasar á los siete que luego se tomaria. ¿Habrá en Francia un solo hombre, no siendo algun servidor extremadamente humilde á quien pueda convenirle semejante arreglo? ¡Ocho años todavía de existencia del actual ministerio! Es demasiado. Sin embargo esto es lo que sucederia si los electores no serviles dejaban de presentarse á su prefectura antes del 30 de setiembre. No tarden pues en presentarse pues ya hemos llegado al dia 5 de ese mes fatal.

Ya se regocijan en las oficinas por los retardos que se notan en presentarse á la formacion de las listas; lisonjéanse de que prosiguiendo esas morosidades, las cuatro quintas, ó por lo menos las tres cuartas partes de votos serán adquiridas en provecho de la autoridad. Ya llegan á indicar el número de individuos de que se compondrá la oposicion venidera: sesenta diputados de la minoría de la izquierda, y ocho de la minoría de la derecha es todo lo que el ministerio concede á las *necesidades de la oposicion*.

Afortunadamente nos es bien conocida á todos la arrogancia del ministerio, y sabemos que no pocas veces ha anunciado victorias que ha estado lejos de obtener. Decia hallarse seguro de que Mr. Delalot seria rechazado de las elecciones de Angulema y Mr. Delalot ha sido nombrado por ellas. (Otro tanto podria decirse de algunas otras elecciones parciales). Consideraba como cosa cierta la aprobacion de muchas leyes, y al llegar el caso estas leyes fueron desechadas, ó no pasaron sino con notables enmiendas. Creemos y no nos faltan razones en que apoyarnos, que en la mayor parte de los votos que el ministerio se adjudica en las listas del jurado, habrá grandes equivocaciones. No nos espanten, pues, sus fanfarronadas, pero sírvannos de aviso: no olvidemos que un solo voto puede decidir el nombramiento de un diputado, y que el voto de este puede influir decisivamente en la suerte de una ley ó de un ministerio.

Mas si el ministerio tiene intencion de proceder á nuevas elecciones ¿en qué consiste que es el primero en solicitar la inscripcion en las listas? Véanse las advertencias de los prefectos y los artículos de los periódicos ¿no es evidente que la censura no habria dejado pasar esos artículos si contrariasen los planes del gobierno? Claro está pues, que los hombres del poder no quieren renovar la cámara de los Diputados, ó que desean que la eleccion sea espontánea, y las opiniones se manifiesten con libertad.

¡Ojalá nos fuera posible dar esos elogios al ministerio! Pero el país está ya por desgracia acostumbrado á juzgarlo de otro modo, y lo mas deplorable que, tanto para la nacion como para él, hay en su posicion, es que aun diciendo la verdad, nadie le creeria.

La desconfianza que inspira llega ya al último término segun hemos podido observarlo por los electores que al no acceder á la invitacion de las autoridades se retiraban diciendo: «Si nos dan prisa, no es mas que »para hacernos caer en algun lazo que no está al al»cance de nuestra vista. El ministerio no tiene ganas »de que votemos contra él, es asi que nos llama, lue»go debemos presumir algun fin siniestro.» No era posible disuadir de este argumento á los electores.

Fácil es explicar esa aparente contradiccion entre el deseo secreto del gobierno y el lenguaje público de las autoridades y de los periódicos censurados.

Escaso es el número de hombres sobre quienes ejercen influencia las razones de un *principio*: la multitud no se afecta mas que por las razones de *hecho*, ni comprende mas que ellas. A todas horas podeis estar gritando: «¡Nada hay mas hermoso que las funciones »del jurado; nada mas admirable que el poder electo»ral! Si os exponeis á perderlo, os mostrareis indigno »del gobierno representativo y de la libertad constitu»cional: titulándoos independiente, renunciareis á »vuestra independencia, y creyéndoos realista sereis »ingrato al beneficio otorgado por vuestro legítimo »soberano al concederos la constitucion. Salid de »vuestra apatía, y aseguraos el duplicado derecho »de elector-jurado:»

Muy oportuno es semejante lenguaje ¿pero decidiria á que se inscribieran en las listas ni siquiera veinte electores de los que no se han inscrito espontáneamente? Creemos que no. Luego ningun inconveniente tiene el gobierno en dejar proclamar esas teorías, pues ya sabe que no es con metafísica política con lo que se mueve el ánimo de los electores. Además valiéndose de ese medio tiene ocasion de aparentar á poca costa candidez y dar margen á que sus partidarios pueden presentarse en la tribuna á hacer la apología de la censura diciendo: «La mayoría que el mi»nisterio se ha adquirido en esta nueva cámara »demuestra que la verdadera opinion del país es com»pletamente favorable al sistema de gobierno actual: »¿No han sido libres las elecciones? ¿No ha invitado el »gobierno á los electores de todos los partidos? ¿No les »han instruido las autoridades departamentales de to»dos sus deberes? ¿No han propuesto los periódicos »por candidatos los hombres de sus respectivas opi»niones?»

¿Quereis saber hasta dónde llega la sinceridad de esas palabras? Vengamos al hecho; dejémonos de teorías; dígase á los electores que se hagan inscribir para poner un término al sistema ministerial, para impedir que vuelvan á presentarse esos proyectos de ley que causan la ruina de la nacion; para oponerse á la perpetuidad de la censura, y al menoscabo de la dignidad de par; para despachar á los recaudadores generales á sus departamentos, y disolver un pernicioso sindicato; para volver á dar á la caja de amortizacion su verdadero destino; para librarnos de la humillacion de vernos insultados por unos piratas, cuyos puertos estamos bloqueando inútilmente; para dar nueva vida al comercio, y remediar enormes injusticias... Dejad que se digan estas razones en los periódicos y vereis cuanta prisa se dan los electores á inscribirse en las listas. Pero la censura tendrá buen cuidado de que nada de esto pueda decirse y por lo tanto la invitacion del gobierno á los electores queda meramente reducida á una nueva decepcion.

En un país en que el gobierno marchara con el pueblo, en vez de aprovecharse aquel de las dificultades que puedan suscitarse en la aplicacion de una ley, y de atenerse estrictamente al espíritu de ella, facilitaria con paternal bondad el uso de sus derechos á los ciudadanos, y les allanaria todos los inconvenientes que pudieran surgir.

La ley actual sobre el jurado se ha olvidado de mandar á las autoridades locales entregar recibo de los documentos que se les presenten ¿Cómo se podrá probar que fueron entregados en tiempo útil, si por casualidad llegaran á estraviarse en las oficinas, ó si algun bajá ministerial tenia interés de hacerlos desaparecer?

Viene un elector de algunas leguas de distancia á cumplir con la indicacion de la ley: llega á una hora avanzada, las oficinas están ya cerradas ¿podrá volver?

Sabido es que á los recaudadores de contribuciones rurales nunca les falta pretexto para pasar algunos dias antes de dar el certificado que se les pide.

El artículo 3 de la órden de 1820 dispone que cada diez dias, mientras permanecen fijadas las listas electorales, los prefectos publiquen una relacion de los nombres que se hayan añadido ó quitado. ¿Gozarán de semejante beneficio los electores jurados?

Añádanse á todos estos obstáculos los expedientes sobre agravics, las disputas acerca de los documentos presentados, y los errores voluntarios ó involuntarios de los recaudadores, alcaldes, prefectos, y sub-prefectos.

Dura cosa es tener que enumerar los medios que el poder ministerial podria emplear para falsear una excelente ley; mas ya le hemos visto recurrir á ellos: su personal y su espíritu en nada han cambiado desde la época en que sin avergonzarse hizo pública profesion de su despotismo. ¿Qué se puede esperar de su justicia?

Nuestros temores quizás parecerán intempestivos. No faltará quien diga que el gobierno no se halla en el caso de aventurar lo cierto por lo dudoso: puede aun prolongar la situacion por dos ó tres años, pues nada mas pide que ganar la votacion del presupuesto y restablecer cada año la censura. En concepto del ministerio la opinion pública es una bobería y los discursos de la tribuna mero prurito de hablar. Si le decís que la censura está arruinando las instituciones, os responderá que la censura es lo que las salva, y sobre eso, silencio ¡á la órden del dia! El recuento de las bolas arreglará la cuestion. No hay plazo que no se cumpla, ¡En tres años pueden suceder tantas cosas! Cuando esos tres años hayan pasado, entonces veremos. ¿Por qué han de turbar su tranquilidad los ministros con todas esas previsiones? Además en el *Moniteur* se les dice que son los mas eminentes varones del mundo; que han consumado hechos magníficos, admirables. Calcúlanse por menor todas esas lindezas y la censura las cubre con su inviolabilidad. El político que tiene privilegio para serlo sigue cobrando buen sueldo del tesoro y puede dormir tranquilo. Nadie es tan insensato que suelte lo que tiene en la mano para aventurar al capricho de la suerte la fortuna adquirida. No ocurrirá el mas pequeño cambio: todo seguirá

como hasta aquí: no os deis prisa á inscribiros, electores.

Convenimos en que no están enteramente faltos de verdad los que asi discurren, en especial por lo tocante al espíritu que domina al gobierno: el ministerio no cuida mas que de su existencia, y como que ya se ha hecho insensible á toda acusacion, seguiria indudablemente conservando su posicion aunque para ella tuviera que arrostrar todo el baldon de su miseria. No penseis conmoverle aunque le digais que dentro de dos ó tres años podrán las elecciones llegar á ser muy peligrosas por la irritacion siempre en aumento de los ánimos, ¿qué le importa al ministerio ningun interés que no sea el de su existencia? Mas en las circunstancias que atravesamos los agentes del poder no pueden entregarse libremente á las inclinaciones de su carácter: algun dia tendrán que ceder á la fuerza.

Es probable que despues de la próxima legislatura ocurran muchas dimisiones: no pocos diputados piensan que sus poderes legales espiran al cabo de 5 años. El 1828 deberá por lo tanto producir reelecciones parciales. ¿Querrán dejarlas en beneficio de los que tengan derecho á ellas? Además ¿no nos autoriza todo á presumir que esas reiteradas dimisiones traerian una disolucion completa en pos de sí? Téngase pues bien presente lo que hemos dicho en nuestro discurso anterior.

Finalmente si hay intencion de inscribirse en la lista de los electores jurados ¿por qué razon se ha de retardar el hacerlo dando lugar á funestas eventualidades? Supongamos que se disuelva la cámara de los Diputados, ¿qué importa? El elector no habrá perdido su derecho y podrá esperar tranquilamente lo que suceda.

Pierdan todo temor los que pudieran tenerlo por lo tocante á ejercer las funciones de jurado. Es cosa ya demostrada que en los departamentos no les puede tocar mas que una vez cada ocho años. ¿Habrá nadie que por tan pequeña molestia se resigne á privarse del magnífico derecho electoral? Mas ni aun asi conseguiria nadie evitar la molestia, pues *aunque perderia el derecho de elector; seguiria siendo jurado*. El prefecto puede en cualquiera ocasion inscribiros oficialmente en la lista y los mismos ciudadanos de cuyos honrosos trabajos no habreis querido participar, serian los primeros en denunciaros como idóneo para ser miembro del jurado.

No busquemos en el poder ministerial, ni en su amor al reposo, ni en su acostumbrada imprevision, ni en sus demás defectos, excusas que autorizen nuestra pereza ó negligencia. El gobierno puede cuando menos se piense salir de su índole: no hay persona que no desmienta alguna vez sus propias faltas. Cierto es que exigen silencio é inmovilidad en lo exterior, cierto es que sacrificarian la dignidad del país por producir la subida de algunos céntimos en los fondos públicos; mas si se tratara de conservar su puesto un ministro, no se repararia en dificultad de ningun género, golpes de Estado, licenciamiento de la guardia nacional, libertades públicas, de todo se echaria mano sin consideracion. Los hombres que han abierto un abismo bajo nuestras plantas son los únicos que se empeñan en no ver los síntomas de la crisis que sus desaciertos nos han preparado. La censura, lejos de remediar los males, no ha hecho mas que darles nuevo pábulo. ¿Ha calmado la censura la malevolencia del público hácia el ministerio? Acusábase á los periódicos de dar órdenes, dictar leyes y amotinar el pueblo hasta con el pretexto de acompañar el féretro de algun ilustre finado. La prensa tuvo que enmudecer. ¿Mas dejaron por eso de ser acompañados al último asilo los restos mortales de Mr. Manuel?

¿Qué es lo que se oyó en esos funerales en que la censura trató de imponer su silencio hasta en el mismo recinto de la muerte? ¿Ocurrió por ventura algo menos que en la inhumacion del general Foy, verificada bajo los auspicios de la prensa libre? En la actualidad hasta los muertos hacen oposicion al gobierno.

La religion, segun ya lo habiamos anunciado, padece extraordinariamente con esta situacion. Verdad es que en los periódicos no se habla ya de misioneros, ni de jesuitas; pero prestad atencion á lo que se dice en vuestro alrededor y oireis que ahora las acusaciones se dirigen contra todo el clero en masa. Segun dicen sus enemigos, no se ha establecido la censura mas que para favorecer su ambicion y poder ocultar sus defectos: el clero, insisten diciendo, quiere la ruina de la ley fundamental, y la Constitucion es incompatible con su existencia. Tales son las calumnias á que ha dado márgen el sistema ministerial, absurdas é indignas ciertamente, mas no por eso menos populares, y téngase entendido que las mentiras han causado en el mundo males de mas consideracion que las verdades. Los pequeños Maquiabelos de la presente época piensan que todo marcha en regla cuando el pueblo tiene pan y paga regularmente las contribuciones. Ignoran esos supuestos hombres de Estado que la sociedad tiene necesidades morales mas imperiosas aun que las físicas. Cuando esas sociedades se dan por ofendidas en sus libertades, opiniones, en sus gustos ó en su orgullo, en vano será que los campos se cubran de mieses, por todas partes aparecerán síntomas de disgusto que anunciarán un próximo trastorno social. En el órden político los males físicos causan sediciones, y los sufrimientos morales son los que producen la revolucion. No faltan ejemplos de pueblos que hallándose en pleno goce de todas las riquezas de la tierra y todos los tesoros del cielo han caido, digámoslo asi, en un acceso de delirio. ¿Por qué? Porque en el fondo de su pecho alimentaban una secreta herida que sus gobernantes no acertaron á curar. Roma sufrió con resignacion la mas cruel carestía y se conmovió toda por el honor de Virginia. París se avenia á perecer de hambre antes que abrir sus puertas á Enrique IV. La libertad, la religion, la gloria, son los poderosos móviles que arman á los hombres; los brazos solo sirven á las inteligencias.

Han querido establecer la censura por mil razones personales y tal vez para favorecer las elecciones en sentido del poder administrativo. Jamás conseguirán con ella los resultados que se prometian, y si por el contrario males sin cuento, si el gobierno no se da prisa á destruirla cuanto antes. Las nulidades se han espantado de su propia sombra y á ese temor han sacrificado la libertad.

Estupefacto quedará el país cuando en la próxima legislatura pueda fijar la vista en todas las ruindades de la censura, y en todos los males causados por los intereses personales y por las mezquinas pasiones políticas y literarias. Forzoso será que en la tribuna se explique la historia de los *blancos* y las intrigas de la censura en conceder á unos periódicos lo que negaba á otros. ¿Cómo han podido imaginarse que esta gran nacion olvidaria todo lo que habia aprendido, y que se sujetaria sin indignacion á no hablar de sus mas caros intereses sino con superior licencia? ¿Un pueblo que cuenta ya cuarenta años de instruccion en lo tocante al gobierno representativo, despues de haber pagado con su sangre y sudores ese rudo aprendizaje; una nacion que por espacio de cinco años ha gozado de entera libertad del pensamiento; una nacion cuyo derecho escrito está cimentado en una Constitucion y en los juramentos de dos reyes, ¿podria sufrir por mucho tiempo la férula de una censura hambrienta que con nada mas quiere satisfacerse que con las libertades de la nacion?

¿Queréis hacer cesar todas las divisiones, calmar todas las inquietudes, dar prosperidad á la nacion en lo interior y hacerla invulnerable en lo exterior? Pues bien: observad puntualmente la Carta, no porque esta se llame Constitucion, código, principio, ley fundamental, sino porque es la sincera expresion de todas las necesidades de la época. Bonaparte no pereció sino por haber sido infiel á su mision, porque siendo hijo de la república, dió muerte á su propia madre. Dióse demasiada prisa á gozar y abusó de su gloria como de una juventud fugitiva. Presentábase casi á un mismo tiempo en todas las regiones: inscribia precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, arrojaba en medio de su rápido curso coronas á su familia y á sus soldados; obraba aceleradamente al erigir monumentos, al confeccionar leyes, y al gozar sus victorias. Encorvándose sobre el mundo con una mano aterraba á los reyes, y con la otra al gigante revolucionario; mas al vencer la anarquía ahogó á la libertad, y concluyó por perder la suya en su último campo de batalla.

¡Y nosotros desde el centro de nuestra flaqueza, desde el fondo de nuestras amadas tinieblas; nosotros antiguos inválidos de otro siglo, que apenas llamamos la atencion en el actual, nosotros tendremos la presuncion de luchar victoriosamente contra unos principios que ni el mismo Bonaparte, lleno de vida, lleno de gloria, hijo vigoroso del siglo, no pudo atacar impunemente, principios que dejaron sin fuerzas al gigante en el acto de separarse de ellos!

Solo por medio de unas elecciones independientes, podremos librarnos de un sistema que perjudica á la corona, mata las libertades, oprime los opiniones, introduce la discordia en los ánimos, paga con ingratitud los servicios, destruye la industria, paraliza el comercio, y por último, no simpatiza con ninguna de las opiniones de Francia. En nuestra mano está conseguir el triunfo; cumplamos con las formalidades de la ley del 2 de mayo. Si nos descuidamos de poner en práctica nuestros derechos electorales, Dios sabe hasta cuándo se perpetuará la política mezquina y opresiva que nos abruma. Esta política producirá tarde ó temprano una catástrofe: de manera que el inscribirnos en las listas del jurado es lo mismo que defender el trono, el altar, nuestras libertades, nuestros bienes y nuestras familias.

Tal es el parecer de los *amigos de la libertad de imprenta* y en particular de aquel cuya divisa será siempre *rey, Constitucion y honradez*.

DE LA RESTAURACION

Y DE LA MONARQUÍA ELECTIVA Ó SEA RESPUESTA Á LA INTERPELACION DE ALGUNOS PERIÓDICOS SOBRE HABERME NEGADO Á SERVIR AL NUEVO GOBIERNO.

Diversos periódicos han tenido reiteradas veces la complacencia de preguntarme por qué razon me negaba á servir á una revolucion que consagra los principios que yo he defendido y propagado.

No me habia yo olvidado de esta pregunta; pero deseaba salir en paz del mundo político, asi como me retiro del mundo literario en el prefacio del escrito (1) con que termino mis *Obras completas*, y que saldrá á luz de aquí á pocos dias «¿Para qué (decia yo en mi interior) he de armar contra mí las pasiones? ¿No ha sido bastante borrascosa mi existencia? ¿No he de gozar breves momentos de reposo ni aun en el borde de la huesa? Una proposicion presentada á la cámara de los Diputados me ha hecho variar de propósito. Los hombres de corazon me comprenderán. Libre apenas de un largo y penoso trabajo, tengo que turbar el postrer momento que acaso podré pasar en mi patria; pero se trate de un asunto de honor y no quiero evitarlo.

(1) *Discursos ó estudios históricos.*

Desde las jornadas de julio no he incomodado al poder con mis lamentaciones. Hablé de la monarquía electiva á los pares de Francia antes de que se estableciera, y en la actualidad hablo de ella á los franceses, cuando ya cuenta ocho meses de existencia. Un grave motivo, la caida de tres soberanos, me habia obligado á explicarme, y otra circunstancia no menos grave, la proscripcion de esos reyes no me deja permanecer en silencio. En este opúsculo (refutacion indirecta de la proposicion presentada á las Cámaras legislativas, y explanacion de mis ideas, sobre lo que existe) los partidos se encontrarán mas ó menos lastimados. No halago á nadie, y á todo el mundo digo duras verdades. No quedándome ya mas esperanza que la de un incierto porvenir mas allá de la tumba, me importa que mi memoria no quede agravada con mi silencio. No debo callar por lo tocante á una restauracion en que tanta parte he tomado cuando oigo ultrajarla diariamente, y cuando por último la proscriben en mi presencia. Sin amigos, sin apoyo, nadie responderá por mí, sino yo mismo. Hombre solitario, compelido por la casualidad á tomar parte en los intereses sociales, no guiándome de nadie, aislado en la restauracion, aislado despues de la restauracion, permanezco como siempre, independiente de todo, adoptando lo que me parece bueno, desechando lo que me parece malo, sin cuidarme de agradar ni desagradar á los que lo profesan. En la edad media, durante las públicas calamidades, acostumbraban meter un religioso en una pequeña torre, y allí le hacian ayunar á pan y agua por la salud del pueblo. No dejo yo de presentar algunos puntos de semejanza con ese religioso del siglo XII: desde la tronera de mi torrecilla expiatoria, voy á predicar mi último sermon, que acaso ninguno de los que pasan se parará á escuchar.

De dos clases son las razones que me han impedido tributar homenaje al gobierno actual: las unas son generales, y las otras particulares ó personales: hablaremos ante todo de las primeras.

Si se hubiese verificado la restauracion en 1796 ó en 1797 no hubiéramos tenido Constitucion ó por lo menos habria sido sofocada en medio de la conmocion de las pasiones. Bonaparte oprimió la libertad que existia en su tiempo; pero le preparó el camino para el porvenir, porque puso freno á la revolucion, y acabó de destruir los restos de la antigua monarquía. Fue, digámoslo asi, el que labró el campo de la muerte y de las ruinas: su poderoso arado, conducido por la gloria abrió los surcos en que debian sembrarse las libertades constitucionales.

La restauracion ocurrida despues del imperio habria podido sostenerse á beneficio de la Carta, á pesar de la desconfianza que inspiraba, y á pesar de los triunfos extranjeros, de los cuales aunque por de pronto parecia ser objeto, no era en realidad mas que un mero incidente.

La legitimidad era la encarnacion del poder: sosteniéndola con libertades, habria gozado una lozana existencia y al mismo tiempo nos habria enseñado á templarla. Lejos de comprender esta verdad, se empeñaron ciertos hombres en acumular poderes sobre poderes y la restauracion pereció por un exceso de su principio vital.

No me puedo abstener de echarla de menos, porque era mas á propósito que ninguna otra forma de gobierno para completar nuestra educacion. Si hubiésemos podido pasar tranquilamente veinte años de libertad de imprenta, las generaciones antiguas habrian acabado de desaparecer: se hubieran modificado las costumbres nacionales de tal manera, y la razon pública habria hecho tales progresos, que en lo sucesivo se habria podido soportar sin peligro cualquiera revolucion.

El camino que se ha seguido es mas corto: pero ¿es mejor? ¿es mas seguro?

como hasta aquí: no os deis prisa á inscribiros, electores.

Convenimos en que no están enteramente faltos de verdad los que asi discurren, en especial por lo tocante al espíritu que domina al gobierno: el ministerio no cuida mas que de su existencia, y como que ya se ha hecho insensible á toda acusacion, seguiria indudablemente conservando su posicion aunque para ella tuviera que arrostrar todo el baldon de su miseria. No penseis conmoverle aunque le digais que dentro de dos ó tres años podrán las elecciones llegar á ser muy peligrosas por la irritacion siempre en aumento de los ánimos, ¿qué le importa al ministerio ningun interés que no sea el de su existencia? Mas en las circunstancias que atravesamos los agentes del poder no pueden entregarse libremente á las inclinaciones de su carácter: algun dia tendrán que ceder á la fuerza.

Es probable que despues de la próxima legislatura ocurran muchas dimisiones: no pocos diputados piensan que sus poderes legales espiran al cabo de 5 años. El 1828 deberá por lo tanto producir reelecciones parciales. ¿Querrán dejarlas en beneficio de los que tengan derecho á ellas? Además ¿no nos autoriza todo á presumir que esas reiteradas dimisiones traerian una disolucion completa en pos de sí? Téngase pues bien presente lo que hemos dicho en nuestro discurso anterior.

Finalmente si hay intencion de inscribirse en la lista de los electores jurados ¿por qué razon se ha de retardar el hacerlo dando lugar á funestas eventualidades? Supongamos que se disuelva la cámara de los Diputados, ¿qué importa? El elector no habrá perdido su derecho y podrá esperar tranquilamente lo que suceda.

Pierdan todo temor los que pudieran tenerlo por lo tocante á ejercer las funciones de jurado. Es cosa ya demostrada que en los departamentos no les puede tocar mas que una vez cada ocho años. ¿Habrá nadie que por tan pequeña molestia se resigne á privarse del magnífico derecho electoral? Mas ni aun asi conseguiria nadie evitar la molestia, pues *aunque perderia el derecho de elector; seguiria siendo jurado*. El prefecto puede en cualquiera ocasion inscribiros oficialmente en la lista y los mismos ciudadanos de cuyos honrosos trabajos no habreis querido participar, serian los primeros en denunciaros como idóneo para ser miembro del jurado.

No busquemos en el poder ministerial, ni en su amor al reposo, ni en su acostumbrada imprevision, ni en sus demás defectos, excusas que autorizen nuestra pereza ó negligencia. El gobierno puede cuando menos se piense salir de su índole: no hay persona que no desmienta alguna vez sus propias faltas. Cierto es que exigen silencio é inmovilidad en lo exterior, cierto es que sacrificarian la dignidad del país por producir la subida de algunos céntimos en los fondos públicos; mas si se tratara de conservar su puesto un ministro, no se repararia en dificultad de ningun género, golpes de Estado, licenciamiento de la guardia nacional, libertades públicas, de todo se echaria mano sin consideracion. Los hombres que han abierto un abismo bajo nuestras plantas son los únicos que se empeñan en no ver los síntomas de la crisis que sus desaciertos nos han preparado. La censura, lejos de remediar los males, no ha hecho mas que darles nuevo pábulo. ¿Ha calmado la censura la malevolencia del público hácia el ministerio? Acusábase á los periódicos de dar órdenes, dictar leyes y amotinar el pueblo hasta con el pretexto de acompañar el féretro de algun ilustre finado. La prensa tuvo que enmudecer. ¿Mas dejaron por eso de ser acompañados al último asilo los restos mortales de Mr. Manuel?

¿Qué es lo que se oyó en esos funerales en que la censura trató de imponer su silencio hasta en el mismo recinto de la muerte? ¿Ocurrió por ventura algo menos que en la inhumacion del general Foy, verificada bajo los auspicios de la prensa libre? En la actualidad hasta los muertos hacen oposicion al gobierno.

La religion, segun ya lo habiamos anunciado, padece extraordinariamente con esta situacion. Verdad es que en los periódicos no se habla ya de misioneros, ni de jesuitas; pero prestad atencion á lo que se dice en vuestro alrededor y oireis que ahora las acusaciones se dirigen contra todo el clero en masa. Segun dicen sus enemigos, no se ha establecido la censura mas que para favorecer su ambicion y poder ocultar sus defectos: el clero, insisten diciendo, quiere la ruina de la ley fundamental, y la Constitucion es incompatible con su existencia. Tales son las calumnias á que ha dado márgen el sistema ministerial, absurdas é indignas ciertamente, mas no por eso menos populares, y téngase entendido que las mentiras han causado en el mundo males de mas consideracion que las verdades. Los pequeños Maquiabelos de la presente época piensan que todo marcha en regla cuando el pueblo tiene pan y paga regularmente las contribuciones. Ignoran esos supuestos hombres de Estado que la sociedad tiene necesidades morales mas imperiosas aun que las físicas. Cuando esas sociedades se dan por ofendidas en sus libertades, opiniones, en sus gustos ó en su orgullo, en vano será que los campos se cubran de mieses, por todas partes aparecerán síntomas de disgusto que anunciarán un próximo trastorno social. En el órden político los males físicos causan sediciones, y los sufrimientos morales son los que producen la revolucion. No faltan ejemplos de pueblos que hallándose en pleno goce de todas las riquezas de la tierra y todos los tesoros del cielo han caido, digámoslo asi, en un acceso de delirio. ¿Por qué? Porque en el fondo de su pecho alimentaban una secreta herida que sus gobernantes no acertaron á curar. Roma sufrió con resignacion la mas cruel carestía y se conmovió toda por el honor de Virginia. París se avenia á perecer de hambre antes que abrir sus puertas á Enrique IV. La libertad, la religion, la gloria, son los poderosos móviles que arman á los hombres; los brazos solo sirven á las inteligencias.

Han querido establecer la censura por mil razones personales y tal vez para favorecer las elecciones en sentido del poder administrativo. Jamás conseguirán con ella los resultados que se prometian, y si por el contrario males sin cuento, si el gobierno no se da prisa á destruirla cuanto antes. Las nulidades se han espantado de su propia sombra y á ese temor han sacrificado la libertad.

Estupefacto quedará el país cuando en la próxima legislatura pueda fijar la vista en todas las ruindades de la censura, y en todos los males causados por los intereses personales y por las mezquinas pasiones políticas y literarias. Forzoso será que en la tribuna se explique la historia de los *blancos* y las intrigas de la censura en conceder á unos periódicos lo que negaba á otros. ¿Cómo han podido imaginarse que esta gran nacion olvidaria todo lo que habia aprendido, y que se sujetaria sin indignacion á no hablar de sus mas caros intereses sino con superior licencia? ¿Un pueblo que cuenta ya cuarenta años de instruccion en lo tocante al gobierno representativo, despues de haber pagado con su sangre y sudores ese rudo aprendizaje; una nacion que por espacio de cinco años ha gozado de entera libertad del pensamiento; una nacion cuyo derecho escrito está cimentado en una Constitucion y en los juramentos de dos reyes, ¿podria sufrir por mucho tiempo la férula de una censura hambrienta que con nada mas quiere satisfacerse que con las libertades de la nacion?

¿Queréis hacer cesar todas las divisiones, calmar todas las inquietudes, dar prosperidad á la nacion en lo interior y hacerla invulnerable en lo exterior? Pues bien: observad puntualmente la Carta, no porque esta se llame Constitucion, código, principio, ley fundamental, sino porque es la sincera expresion de todas las necesidades de la época. Bonaparte no pereció sino por haber sido infiel á su mision, porque siendo hijo de la república, dió muerte á su propia madre. Dióse demasiada prisa á gozar y abusó de su gloria como de una juventud fugitiva. Presentábase casi á un mismo tiempo en todas las regiones: inscribia precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, arrojaba en medio de su rápido curso coronas á su familia y á sus soldados; obraba aceleradamente al erigir monumentos, al confeccionar leyes, y al gozar sus victorias. Encorvándose sobre el mundo con una mano aterraba á los reyes, y con la otra al gigante revolucionario; mas al vencer la anarquía ahogó á la libertad, y concluyó por perder la suya en su último campo de batalla.

¡Y nosotros desde el centro de nuestra flaqueza, desde el fondo de nuestras amadas tinieblas; nosotros antiguos inválidos de otro siglo, que apenas llamamos la atencion en el actual, nosotros tendremos la presuncion de luchar victoriosamente contra unos principios que ni el mismo Bonaparte, lleno de vida, lleno de gloria, hijo vigoroso del siglo, no pudo atacar impunemente, principios que dejaron sin fuerzas al gigante en el acto de separarse de ellos!

Solo por medio de unas elecciones independientes, podremos librarnos de un sistema que perjudica á la corona, mata las libertades, oprime los opiniones, introduce la discordia en los ánimos, paga con ingratitud los servicios, destruye la industria, paraliza el comercio, y por último, no simpatiza con ninguna de las opiniones de Francia. En nuestra mano está conseguir el triunfo; cumplamos con las formalidades de la ley del 2 de mayo. Si nos descuidamos de poner en práctica nuestros derechos electorales, Dios sabe hasta cuándo se perpetuará la política mezquina y opresiva que nos abruma. Esta política producirá tarde ó temprano una catástrofe: de manera que el inscribirnos en las listas del jurado es lo mismo que defender el trono, el altar, nuestras libertades, nuestros bienes y nuestras familias.

Tal es el parecer de los *amigos de la libertad de imprenta* y en particular de aquel cuya divisa será siempre *rey, Constitucion y honradez*.

DE LA RESTAURACION

Y DE LA MONARQUÍA ELECTIVA Ó SEA RESPUESTA Á LA INTERPELACION DE ALGUNOS PERIÓDICOS SOBRE HABERME NEGADO Á SERVIR AL NUEVO GOBIERNO.

Diversos periódicos han tenido reiteradas veces la complacencia de preguntarme por qué razon me negaba á servir á una revolucion que consagra los principios que yo he defendido y propagado.

No me habia yo olvidado de esta pregunta; pero deseaba salir en paz del mundo político, asi como me retiro del mundo literario en el prefacio del escrito (1) con que termino mis *Obras completas*, y que saldrá á luz de aquí á pocos dias «¿Para qué (decia yo en mi interior) he de armar contra mí las pasiones? ¿No ha sido bastante borrascosa mi existencia? ¿No he de gozar breves momentos de reposo ni aun en el borde de la huesa? Una proposicion presentada á la cámara de los Diputados me ha hecho variar de propósito. Los hombres de corazon me comprenderán. Libre apenas de un largo y penoso trabajo, tengo que turbar el postrer momento que acaso podré pasar en mi patria; pero se trate de un asunto de honor y no quiero evitarlo.

(1) *Discursos ó estudios históricos.*

Desde las jornadas de julio no he incomodado al poder con mis lamentaciones. Hablé de la monarquía electiva á los pares de Francia antes de que se estableciera, y en la actualidad hablo de ella á los franceses, cuando ya cuenta ocho meses de existencia. Un grave motivo, la caida de tres soberanos, me habia obligado á explicarme, y otra circunstancia no menos grave, la proscripcion de esos reyes no me deja permanecer en silencio. En este opúsculo (refutacion indirecta de la proposicion presentada á las Cámaras legislativas, y explanacion de mis ideas, sobre lo que existe) los partidos se encontrarán mas ó menos lastimados. No halago á nadie, y á todo el mundo digo duras verdades. No quedándome ya mas esperanza que la de un incierto porvenir mas allá de la tumba, me importa que mi memoria no quede agravada con mi silencio. No debo callar por lo tocante á una restauracion en que tanta parte he tomado cuando oigo ultrajarla diariamente, y cuando por último la proscriben en mi presencia. Sin amigos, sin apoyo, nadie responderá por mí, sino yo mismo. Hombre solitario, compelido por la casualidad á tomar parte en los intereses sociales, no guiándome de nadie, aislado en la restauracion, aislado despues de la restauracion, permanezco como siempre, independiente de todo, adoptando lo que me parece bueno, desechando lo que me parece malo, sin cuidarme de agradar ni desagradar á los que lo profesan. En la edad media, durante las públicas calamidades, acostumbraban meter un religioso en una pequeña torre, y allí le hacian ayunar á pan y agua por la salud del pueblo. No dejo yo de presentar algunos puntos de semejanza con ese religioso del siglo XII: desde la tronera de mi torrecilla expiatoria, voy á predicar mi último sermon, que acaso ninguno de los que pasan se parará á escuchar.

De dos clases son las razones que me han impedido tributar homenaje al gobierno actual: las unas son generales, y las otras particulares ó personales: hablaremos ante todo de las primeras.

Si se hubiese verificado la restauracion en 1796 ó en 1797 no hubiéramos tenido Constitucion ó por lo menos habria sido sofocada en medio de la conmocion de las pasiones. Bonaparte oprimió la libertad que existia en su tiempo; pero le preparó el camino para el porvenir, porque puso freno á la revolucion, y acabó de destruir los restos de la antigua monarquía. Fue, digámoslo asi, el que labró el campo de la muerte y de las ruinas: su poderoso arado, conducido por la gloria abrió los surcos en que debian sembrarse las libertades constitucionales.

La restauracion ocurrida despues del imperio habria podido sostenerse á beneficio de la Carta, á pesar de la desconfianza que inspiraba, y á pesar de los triunfos extranjeros, de los cuales aunque por de pronto parecia ser objeto, no era en realidad mas que un mero incidente.

La legitimidad era la encarnacion del poder: sosteniéndola con libertades, habria gozado una lozana existencia y al mismo tiempo nos habria enseñado á templarla. Lejos de comprender esta verdad, se empeñaron ciertos hombres en acumular poderes sobre poderes y la restauracion pereció por un exceso de su principio vital.

No me puedo abstener de echarla de menos, porque era mas á propósito que ninguna otra forma de gobierno para completar nuestra educacion. Si hubiésemos podido pasar tranquilamente veinte años de libertad de imprenta, las generaciones antiguas habrian acabado de desaparecer: se hubieran modificado las costumbres nacionales de tal manera, y la razon pública habria hecho tales progresos, que en lo sucesivo se habria podido soportar sin peligro cualquiera revolucion.

El camino que se ha seguido es mas corto: pero ¿es mejor? ¿es mas seguro?

Existen dos clases de revolucionarios: los unos desean la revolucion con la libertad, y son los menos; los otros, que componen la inmensa mayoría, la desean con el poder. No nos hagamos ilusiones; creemos de buena fe que la libertad es nuestro ídolo; pero nos engañamos. La igualdad y la gloria son las dos pasiones vitales de la patria. El genio de la Francia, es el genio militar; esta nacion viene á ser un soldado. Se ha amado la libertad en tanto que esta ha hecho oposicion á un poder aborrecido, y que al parecer tenia empeño de contrariar las ideas nacionales; mas asi que ese poder ha venido al suelo ¿quién sino yo, y un centenar de bienaventurados como yo se acuerda de las libertades obtenidas? Al mas pequeño motin que se haya hecho en sentido de su opinion, al sentir la mas insignificante picadura por parte de algun periódico el mas acérrimo defensor de la libertad de imprenta invoca en alta voz, ó en tono muy bajo el establecimiento de la censura. ¿Creéis que esos doctores que en otro tiempo nos demostraban la excelencia de las leyes de exepcion, que luego cuando cayeron de sus puestos se manifestaron apasionados de la libertad de imprenta, y que ahora se jactan de haber combatido siempre en favor de esa libertad; creéis, vuelvo á decir, que no se sienten en la actualidad inclinados á sus primeras tendencias hácia una *prudente libertad*, lo cual en boca de tales hombres quiere decir, libertad con librea ministerial, cadena y placa al cuello, transformada digámoslo asi en portero de la cámara? ¿No les oimos todavía decir como en otro tiempo, *que es imposible gobernar de ese modo?*

Lo he predicho en mi primer discurso en la cámara de los Pares: la monarquía del 29 de julio se halla en una condicion absoluta de gloria, ó de leyes de excepcion: vive por la prensa y la prensa la mata; sin gloria, tendrá que ser devorada por la libertad, y si ataca á esa libertad, perecerá. Donoso seria vernos levantar barricadas contra la libertad de imprenta, despues de haber arrojado por medio de barricadas tres reyes en obsequio de esa libertad. Y sin embargo, ¿qué hemos de hacer? ¿Bastará la redoblada accion de los tribunales para contener á los escritores? Un gobierno nuevo es muy parecido á un niño que necesita andadores. Volveremos á poner en mantillas á la nacion? Ese terrible niño que ha mamado tanta sangre en los bibaques cuando estaba sostenido por los brazos de la victoria ¿no desgarrará todas sus envolturas? Solo un antiguo vástago con hondas raices en los tiempos pasados era el que podia sufrir impunemente el embate de los vientos de la libertad de imprenta. Se gozó libertad en Francia durante los tres primeros años de la revolucion, porque habia legitimidad. ¿Qué se hizo esta libertad desde la muerte de Luis XVI hasta la restauracion? Arrolló cuanto se le puso por delante en tiempo de la república y cayó exánime en tiempo del imperio. Veremos qué suerte le cabrá bajo la monarquía electiva.

A cada paso se descubren nuevas dificultades por parte de esta: por de pronto no está de acuerdo con las monarquías absolutas que la rodean: su mision es avanzar, y los que la dirigen no se atreven á hacerlo: no puede ser estacionaria, ni retrógrada, y sus guías por miedo de precipitarse son estacionarias y retrógradas: sus simpatías están en favor de los pueblos; si le hacen renegar de esas simpatías, no podrá contar con un aliado. Finalmente esa monarquía marcha continuamente amenazada por tres fantasmas: el espectro de las revolucion, el de un niño que está jugando en el extremo de una larga fila de sepulcros, y el de un jóven á quien su madre dió lo pasado y su padre el porvenir.

En la actualidad todo el mundo conviene en que la restauracion fue una época de tiranía, y el imperio una época de independencia: lo cual sin embargo no deja de ser una manifiesta falsedad. No poco se admiraria de su corona cívica, si llegara á resucitar el *liberal* de las conscripciones, el que ametrallaba al pueblo en las gradas de San Roque el 13 *vendimiaire*, y obligaba á los representantes del pueblo á saltar, por las ventanas en *Saint-Cloud*. No poco se admiraria de que la libertad de imprenta, la libertad de la tribuna y la soberanía del pueblo fuesen los extraños elementos que constituian su imperio. Llegan algunos al extremo de sacrificar la reputacion nacional en obsequio de la de Bonaparte: diríase que la nacion nada suponia sin él. Cuidado que halagándonos el oido con nuestra independencia no caigamos extasiados ante el despotismo: cuidemos de elevar el honor nacional sobre la gloria de un hombre por grande que sea.

Por lo demás los quince años de la restauracion con sus inconvenientes, sus faltas, su estupidez, sus tentativas de despotismo por las leyes y por las actas, y la malevolencia del espíriiu que las dominaba, son, si bien se mira, los años de mas libertad que han gozado los franceses desde la época en que principian sus anales.

Hace seis meses que estamos presenciando un milagro: los resortes del poder se han roto completamente: obedece el que quiere, y sin embargo la nacion se gobierna á sí misma y vive sostenida únicamente por el espíritu de progreso de su razon. ¿Cuando se ha podido verificar ese progreso? ¿Será en tiempo de la Convencion, del Directorio, ó del Imperio? No, sino durante el reinado de la libertad de imprenta y de libertad de la tribuna. Esto que yo digo irritará tal vez las pasiones del momento; mas cuando la efervescencia de estas haya pasado, todo el mundo lo repetirá como una verdad.

Ni aun de esplendor han carecido esos quince años de la restauracion: asi lo acreditan magníficos edificios, estátuas, canales, barrios nuevos en la capital, mercados, puertos, acueductos, y una numerosa multitud de obras de ornato público; asi lo manifestarán la reogarnizacion de la armada, la libertad de la Grecia, el establecimiento de una valerosa colonia en la guarida de los antiguos piratas que toda la Europa durante tres siglos no pudo destruir, un inmenso crédito público y propiedad industrial, cuyo estado floreciente con nada puede atestiguarse mejor que con las bancarrotas generales que han ocurrido desde el establecimiento de la monarquía electiva.

Oigo hablar del abatimiento en que habia caido la Francia respecto de Europa durante la época de la restauracion. Los que asi se expresan habrán sin duda desafiado el fuego de la guardia real al frente de la juventud en las tres memorables jornadas, y marchando en la actualidad en sentido de la revolucion consumada se habrán reido de los cosacos y los panduros, socorrido á los pueblos que responden al grito de libertad, y empujado nuestras belicosas generaciones hasta las márgenes del Rhin. Esos arrogantes insultos á la restauracion, me han hecho imaginar que Napoleon agitando sus cenizas sepultadas en el mar de la isla que le sirve de tumba volvia por las pirámides, Austerlitz y Marengo. He fijado la atencion y ¿qué es lo que he visto? No he visto mas que unos nobles campeones, sensibles en alto grado á nuestro deshonor nacional; pero por lo demás hombres los mejores del mundo. Han conseguido la paz de Europa, dejando maltratar á los pueblos que habian tenido la tontería de creer en la formalidad de las declaraciones de no intervencion. Aquella pobre legitimidad se acordaba alguna vez de que tenia sangre en las venas. A pesar de la Inglaterra se atrevió á ir desde el Bidasoa á Cadiz, luchó y venció en favor de la Grecia; se apoderó de Argel, bajo el cañon de Malta y declaró que no cederia esta conquista, sino cuando y cómo se le antojara. El gobierno actual sigue otro derrotero: rehusa la Bélgica á pesar de la nacion: deja degollar los polacos á pesar de la nacion, y deja ó va á dejar

que el Austria ocupa á Parma, Plasencia, Módena y acaso Bolonia y lo demás, á pesar de la nacion. Siga conduciéndose de ese modo y los gabinetes de Europa: le darán la preferencia sobre la monarquía pasada y ganará su legitimidad cerca de los gobiernos legítimos, come un caballero ganaba en otro tiempo sus espuelas, no con la lanza en ristre, sino con sombrero en mano.

Comprendo á las personas, que habiendo visto lastimados sus intereses por la restauracion, me hablan de ella con cólera: si otros hombres enemigos de la raza de los Capetos quieren desterrarla y opinan que una revolucion no puede darse por consumada hasta que se cambia de dinastía, aunque no acierto á explicarme su cólera, comprendo su sistema; si los verdaderos triunfadores de julio se expresan con amargura por lo tocante á las causas que segun su opinion comprimia su enerjía, me asocio á su genereso ardor, y á sus vivas esperanzas. Mas cuando oigo á ciertos sujetos que iban detrás de la restauracion, solicitando honores, ardiendo en deseos de ser ministros, y conservando aun en la actualidad sus empleos, cuando les oigo contar á la faz del mundo el desprecio que profesan á la restauracion, pierdo la paciencia: guarden ese desprecio para sí mismos y tengan entendido que los verdaderos amigos de la restauracion nunca aceptaron de ella mas que el honor y la libertad. Conservo en mi poder cartas que mi ilustre amigo M. Canning me escribió y que probarán á la posteridad que la Francia en tiempo de la restauracion, ni se vió tan humillada, ni tuvo que sufrir lo que algunos aparentan creer. El emperador Alejandro me suministraria tambien irrecusables testimonios de esta verdad. Tengo pruebas de la confianza que me dispensaba mandando que me dijeran por escrito que con los ojos cerrados firmaria cuantos tratados le presentara en nombre de la Francia: tampoco ignora la diplomacia que nunca he cesado de pedir reparticiones mas equitativas para mi patria que las que se concedieron por el tratado de Viena. Segun el plan general que hice adoptar, y en el cual figuraban las colonias españolas emancipadas, habriamos obtenido límites que no habrian dejado la capital de Francia, ocupada dos veces por ejércitos extranjeros, á seis jornadas de la caballería enemiga. Mas ¿han dejado en este país las mezquinas rivalidades, lugar á ningun hombre colocado en alto puesto para llevar á cabo algun proyecto útil? Si el niño por quien dí mi voto en agosto hubiera subido al trono, si yo hubiese tomado asiento en su consejo; si hubieran estallado las desavenencias del Norte, yo habria convocado la juventud francesa en torno de Enrique V y le habria pedido que con el jóven monarca tratasen de borrar la afrenta de Luis XV. Atrévanse los ministros de la monarquía electiva á tomar ese partido. Cuando el gobierno actual haya hecho tantos beneficios al país como los que hemos demostrado haberle sido hechos por la restauracion, entonces podrá tolerarse que la insulte; pero hasta ese momento, procure ser modesto, y tenga entendido que lo que debe llevarse muy erguido no es la cabeza, sino el corazon. ¿Hablais del abatimiento de la Francia, cutando vosotros mismos estais arrodillados? Ridículamente haceis alarde de arrogancia. Los vencidos que ciertamente no lo fueron por vuestras manos, pueden aun á pesar de sus heridas recoger el guante y daros en rostro con vuestros desdenes.

Para decir una palabra acerca de ese sistema de *no intervencion*, de que tanto se habla en la actualidad, manifestaré que en mi concepto ningun hombre de Estado debe sentar, hablando en la tribuna, principios de rigurosa exactitud, para no verse tal vez de allí á pocas horas obligado á desdecirse de ellos. Por esta falta hemos tenido ocasion de observar la embarazosa situacion de los ministros, que al paso que sin cesar afirmaban que no intervenian, estaban interviniendo continuamente en las transaciones de la Bélgica. El departamento de relaciones exteriores habia espontáneamente declarado que la Francia no consentiria que los austriacos entrasen en los paises sublevados de Italia; sin embargo los austriacos han entrado en ellos; la Francia ha dejado hacer, y no pocos honrados ciudadanos que no habrán procedido sino con arreglo á la manifestacion del ministerio francés, estarán acaso en la actualidad maldiciéndonos en el fondo de algun calabozo. Debe, pues, todo gobierno evitar esas miserables contradicciones, no poniéndose trabas por vanas palabras, y obrando segun y cómo sea mas conveniente á sus principios de equidad é interés nacional.

Cierto es que la Francia no está obligada á constituirse en paladin de todos los pueblos que se agitan sobre la tierra, mas tampoco debe alentarles con promesas, ni con palabras imprudentes á lanzarse á empresas que excedan las fuerzas de aquellos; pues en tal caso su sangre caeria sobre la Francia. Podia esta nacion permanecer tranquila; mas habiéndose ofrecido por padrino de la libertad en un desafío de esta contra el poder, debia arreglar el lance hasta con el filo de su espada, sino habia otro medio.

¿Es decir que yo habria aconsejado la guerra? Por lo menos hace cinco meses que sin vacilar habria dicho:

«Sacad partido de la nueva situacion del país, de »su enerjía, de la benevolencia de las naciones y del »estupor de los gabinetes: aprovechad todo eso para »hacerle obtener por medio de tratados ó por medio »de las armas los límites que le faltan para asegurar »su independencia.» Esto era una condicion de vida para un gobierno que hubiese comprendido el movimiento de julio. ¿En la actualidad no habrá ya pasado la hora oportuna? La Europa ha presenciado las tergiversaciones que se han cometido; los reyes han dispertado de su estupor; los pueblos han perdido sus esperanzas: hasta los mismos que han sido engañados se han convertido en indiferentes ó en enemigos. La revolucion dirigida por hombres vulgares ha perdido toda la característica pureza de su orígen. ¡Ah! tan desacertada es de algunos meses á esta parte la marcha del gobierno, que no faltan personas ilustradas que opinan que un rompimiento con los extranjeros llegaria tal vez á turbar nuestra paz interior. ¿Hemos llegado, pues, verdaderamente al extremo de tenernos que contentar con que los gabinetes extranjeros se dignen concedernos el favor de no declararnos la guerra? ¿Tenemos que confesar hoy, contradiciendo lo que dijimos ayer, que dejaremos obrar á cada cual como mejor le parezca, y que nos concretaremos á defender nuestro territorio despues de habernos declarado tan caballerosamente paladines de la libertad de todos los pueblos por medio de la no intervencion? ¿Queda el honor francés reducido á la única resistencia que se podria oponer á una invasion? Mucho hay que compadecer al presente gobierno si en realidad se ve por faltas de los anteriores reducido á no poder adoptar otro sistema que el que aquellos siguieron por su indolencia. No se creia llamada la Francia por las jornadas de julio á dar únicamente pruebas de tan dolorosa resignacion.

Si se atiende á ciertos declamadores parece que los desterrados de Edimburgo son los seres mas insignificantes del mundo, y que en ninguna parte se les echa de menos. No falta á lo presente mas que lo pasado. Poca cosa. Como si los siglos no se sirvieran de base los unos á los otros, ó hubiese algun período de ellos que pudiera, digámoslo asi, mantenerse en el aire. ¿Por qué razon, pues, por solo haber hecho dejar á un hombre el puesto que ocupaba en *Saint-Cloud* ha sido preciso prestar treinta millones al comercio, vender por 200 millones de maderas del Estado, aumentar las recaudaciones de 55 céntimos sobre el ca-

pital de contribucion territorial y 30 céntimos sobre otro ramo de la contribucion? Ninguna régia consagracion ha costado mas cara al país que su inauguracion republicana. En vano hace la vanidad alarde de recuerdos, en vano se borran las flores de lis, y se proscriben nombres y personas, esa familia, heredera de mil años, ha dejado un vacío inmenso que por todas partes se echa de ver. Esos individuos tan insignificantes han conmovido la Europa con su caida. A poco que los sucesos produzcan sus efectos naturales, y se desarrollen sus rigurosas consecuencias, Carlos X al abdicar habrá hecho abdicar á todos esos monorcas góticos, grandes vasallos de lo pasado bajo la soberanía de los Capetos.

Los hombres de teorías sostienen que el principio electivo ha ganado con la caida de la ligitimidad.

La eleccion es un derecho natural, primitivo, incontestable; pero la eleccion es propia de la infancia de la sociedad, de un pueblo que al verse oprimido y sin garantías legales no tiene otro medio de librarse que la eleccion espontánea de otro gefe. Bajo el imperio de una civilizacion avanzada, cuando hay leyes escritas, y cuando el príncipe no puede transgredir esas leyes sin armarlas contra su propia persona, y sin exponerse á ver pasar la corona á su heredero, la eleccion pierde sus primitivas ventajas, ni le quedan nada mas que los peligros de su movilidad y de su capricho. En un Estado político incompleto, el principio electivo es una constitucion entera; mas en un Estado político perfeccionado la constitucion es la eleccion despojada de todo lo que tiene de apasionado, de ambicioso, de anárquico, y de revolucionario. Si por medio de la eleccion se llega á un cambio de raza lo cual puede ser útil alguna vez, hay que tener en cuenta que tambien se llega á la multiplicacion de dinastías reales, á las guerras civiles como en Polonia, y á la sucesion electoral de tiranías militares, como en el imperio romano.

No siendo el principio del órden por medio de la eleccion perpetuo en una familia perpétuamente reinante, viene á ser transitorio en la persona real transitoria: carece de solidez, y segun el carácter del individuo llamado al trono, se extiende hasta la anarquía, ó se dilata hasta el despotismo. Si por huir de esos peligros se añade el derecho de herencia al de eleccion se forma un mónstruo político amfibio con cabeza de rey y cola de pueblo, que presentará el duplicado inconveniente de la eleccion y la legitimidad sin tener las ventajas de la una, ni la otra.

Marchamos hácia una revolucion general. Si la trasformacion que se está consumando sigue la pendiente sin encontrar ningun obstáculo; si la razon popular prosigue desarrollándose sucesivamente; si la educacion de la clase media no sufre ninguna interrupcion, las naciones vendrán á nivelarse en una comun libertad; y si esta trasformacion no llega á verificarse, las naciones vendrán á nivelarse en un despotismo comun. Este despotismo durará poco en razon de la avanzada edad de las luces; pero será duro y en pos de él vendrá una larga disolucion social. De las jornadas de julio no pueden en último término resultar mas que repúblicas permanentes ó gobiernos militares pasajeros que serán reemplazados por el caos. Aun les seria dado á los reyes salvar el órden y la monarquía concediendo oportunas libertades. ¿La harán? Pienso que no.

Hallándome preocupado de estas ideas, claro está que como individuo he tenido que permanecer fiel á lo que en mi concepto ofrecia mas garantías á las libertades públicas, en el camino menos peligroso para llegar al complemento de esas libertades.

No se entienda que tengo pretensiones de ser un lloron misionero de política sentimental. Al recorrer con la vista el espacio que media desde la torre del Temple al palacio de Edimburgo encontraria sin duda tanto cúmulo de calamidades como siglos hay acumulados sobre una noble raza. Una mujer hija del dolor ha cargado, como mas fuerte, con el peso mas enorme... no hay corazon que no se parta al recordarlo: á tal sublimidad han llegado sus padecimientos que se han convertido en una de las maravillas de la revolucion. Mas en fin nadie tiene obligacion de sufrir el peso de la corona: la Providencia envia sus aflicciones particulares á quien ella quiere: estas aflicciones son siempre pasajeras, como la vida, y no entran en la cuenta del destino general de los pueblos.

No trato de excitar compasion por una catástrofe provocada: se cometió un perjurio, y luego un asesinato para sostener el perjurio: soy el primero que lo proclamé asi al negarme á prestar juramento al vencedor. ¿Se nos *otorgaba* la Carta? ¿Qué significa eso sino que todas las concesiones quedaban á un lado, y ninguna en el otro? Para que esa Carta quedara *otorgada*, la nacion habia dado mas de un millar de millones anualmente: habia concedido igual suma para los emigrados, y una cantidad igual para los extranjeros: de este modo el contrato habia sido igualmente obligatorio. ¿No querian cumplirlo? En tal caso debian haber devuelto unos veinte millares de millones, suponer que nada habia sucedido y volver á tomar sus posiciones fuera del país: entonces se habria vuelto á negociar y se abria visto si la nacion consentia en la legitimidad sin la Constitucion.

Mas porque encontraban oposicion constitucional en una cámara que posteriomente ha dado bastantes pruebas de no ser ni facciosa, ni republicana, y valiéndose del pretexto de conspiraciones que ni existian ni han existido hasta el 1823, privar á toda una nacion de sus derechos! ¡declarar á toda la Francia en estado de sitio! era una abominable estupidez que no pudo quedar sin su merecido castigo. Si tamaño atentado de la imbecilidad y la locura hubiera subsistido por algun tiempo, no habria podido menos de derramarse sangre. Implacable es la debilidad cuando consigue alcanzar una victoria. Todas las palabras de los cortesanos y de los espias estaban rebosando de venganza. Yo hubiera sido acaso su primera víctima, pues por nada me habria detenido de escribir. Yo me habria creido siempre con derecho de rechazar la violencia con la violencia, y habria dado muerte al primero que me hubiera venido á prender con una órden en la mano. Mas hechas todas esas salvedades no puedo menos de decir que la venganza sin prevision y sin límites á que hemos acudido no deja de ser uno de los mas funestos incidentes que á las libertades y á la paz del mundo podian ocurrir.

¿Qué buscamos? un nivel mas perfecto que nos iguale á todos? Tengamos presente que la desigualdad es inherente á la naturaleza misma de los hombres y las cosas. ¡Cuantos revolucionarios desesperando al ver que ninguno de los resultados que se habian prometido, conseguian durante el curso de la revolucion volvieron contra sí mismos las manos que habian levantado contra la sociedad! El gorro frigio no llegó á parecer á su orgullo mas que una especie de corona, y el *descamisamiento* una especie de nobleza de que Marat y Robespierre eran los grandes maestres. Frenéticos al encontrar desigualdad hasta en el mundo de los dolores y de las lágrimas, condenados á no poder ser nunca mas que unos plebeyos hasta en el feudalismo de los niveladores y de los verdugos, se envenenaron ó terminaron de cualquer otro modo rabiosamente la vida para evadirse de las superioridades del crímen.

¿Nos volveremos á poner entre las manos de esos inválidos *corta-cabezas* del 1793, para quienes nada hay magnífico sino las batallas dadas por el verdugo, como contra las jóvenes de Verdun, ó contra el anciano Malesherbes? ¿Creen que las víctimas se dejarian hoy cortar la cabeza tan benignamente como en aquel

tiempo? ¿que seria posible restablecer al asesinato legal, y el atroz reinado del Terror solo para volver á arrojar otra vez la nacion toda desmelenada y sangrienta bajo la cimitarra de Bonaparte con su respectivo acompañamiento de mordazas, esposas, grillos y parodias imperiales?

Por otra parte ¿qué desearia ese antiguo partido realista, lleno de honor y provindad, pero cuyo entendimiento puede compararse con un calabozo cerrado sin ventanas, ni sin ninguna clase de respiradero por donde pueda penetrar un rayo de luz? Ese antiguo y respetable partido volveria á caer mañana en las mismas faltas que cometió ayer; pues no podria librarse de la influencia de los hipócritas, intrigantes, estafadores y espías que le harian pasar la vida en mezquina ocupacion soñando siempre en grandes revoluciones.

Difícil es hacer una eleccion acertada entre los hombres que venderian todas nuestras libertades por una plaza de ayuda de cámara de un rey legítimo, los que comprarian á costa de su sangre una usurpacion que fuera de su gusto y los que no pertenecen ni al uno ni al otro de esos extremos.

Jamás me he asustado por ningun sistema político, pero en fuerza de haberlo recorrido mentalmente todos, he llegado á no creer ni en los pueblos, ni en los reyes, y si solo en los resultados de la inteligencia y en los hechos que componen la sociedad. Nadie está mas persuadido que yo de la perfectibilidad de la naturaleza humana; pero quiero, que cuando me hablan del porvenir, no intenten venderme por cosa nueva los harapos que desde hace dos mil años están de manifiesto en las escuelas de los filósofos griegos y en los sermones de los herejes cristianos. Debo advertir á la juventud que cuando le hablan de comunidad de bienes, de mujeres, de niños, de una confusion de almas y de cuerpos, del panteismo, del culto de la pura razon, etc. debo advertir á la juventud que cuando le hablan de todo eso, como de una cosa nueva, no hacen mas que reirse de ella; porque todas esas novedades son tan antiguas como las mas deplorables quimeras. Guárdese esa admirable porcion de la patria de abusar de su fuerza, guárdese de conmover las columnas del templo; pues de lo contrario podria hacer caer sobre ella el porvenir, y no seria la primera vez que han quedado pueblos sepultados bajo ruinas hechas por sus propias manos.

No obedezco pues á preocupacion de ninguna especie cuando en obsequio de mi país me lamento de que el trastorno haya sido demasiado violento. Yo habria deseado que se hubiera contenido al encontrarse con la desgracia y la inocencia. Esa barrera era magnífica; sobre ella habria flotado la bandera de la libertad mas al abrigo de las tempestades, y en su rededor se habrian concentrado mas naturalmente todos los intereses. Obrando de este modo, la juventud tomaba tranquilamente posesion de una era que le pertenecia, y la patria daba dos pasos gigantescos; por un lado se libraba de veinticinco ó treinta años de caducidad y por el otro se quedaba con un hijo á quien habria sido fácil educar con arreglo á las ideas del siglo, acomodándolo á las opiniones y á las necesidades de la nacion. Habrianse hecho en la Carta y en las leyes cuantas innovaciones hubieran sido convenientes, y ayudados del prestigio de la gloria, gozando de la mas ámplia libertad habriamos podido convertir este reinado en una de las mas brillantes épocas de los fastos nacionales.

Al decir que la juventud habria sido llamada á tomar naturalmente posesion de su herencia, nada he afirmado que no esté absolutamente fuera de toda duda. En prueba de que la restauracion no ha desdeñado servirse de todos los talentos pueden citarse los hombres que ocupan hoy el poder. El señor mariscal Soult y el señor baron Luis fueron ministros de Luis XVIII. El señor de Villele, en el acto de su caida quiso que se diera la cartera de hacienda á M. Laffitte. Cuando M. de Villele cayó, me propusieron que entrara en el ministerio y acepté con tal que los señores Casimiro Perrier, Sebastiani y Royer-Collard tomaran parte en él, lo cual no pudo arreglarse en aquellos momentos. Parece que Carlos X se acordó en *Saiut-Cloud* de mi proposicion, pues nombró á M. Casimiro Perrier ministro de hacienda de Enrique V. En 1829 ofrecieron á M. de Rigny la cartera de marina. Los señores de Argout y de Montalibet han recibido de la legitimidad la dignidad de par, heredándola este último no solamente por parte de su padre, sino hasta colateralmente por parte de su hermano, favor bien merecido sin duda, pero enteramente particular. A mí solamente es, segun creo, á quien la restauracion ha rechazado cordialmente.

¿Pero podiamos habernos detenido en Enrique V? Si ciertamente, con tal que por una parte hubiese habido menos cobardía y por la otra mas serenidad. Suponen que un monarca menor de edad no habria podido sostenerse despues de la abdicacion de la monarquía: dicen que las intrigas de la antigua córte, lo habrian minado todo, que combatiendo en el Estado los poderes uno de hecho y otro de derecho habrian destruido el trono y que por último no habrian subsistido mas que las pretensiones del poder primitivo constituyente de derecho divino.

No opino de ese modo: creo que convocando en torno de Enrique de Bearne los hombres fuertes que no han hallado colocacion ni aun en la monarquía electiva, á todos los caudillos enérgicos de la época liberal y militar, y todos los talentos y á toda la juventud, se hubiera contrarestado fácilmente la influencia de todos los aficionados á cacerías, de todas las viudas pensionadas, de todos los inquisidores y de todos los publicistas de San German y de Fontainebleau. Por otra parte la experiencia nos ha hecho conocer que es muy poca la influencia que á un rey destronado le es dable ejercer. Dado el caso de que Carlos X y su hijo hubiesen permanecido en Francia, lejos de verse rodeados y solicitados, habrian antes de mucho tiempo caido en la mas profunda soledad.

¿Suponeis lo contrario? Pues entonces os hallabais en el caso de hacer lo que habeis hecho el 6 de agosto, y entonces habriais tenido ademas la ventaja de convencer prácticamente al país de que ya no le era posible ampararse bajo la rama primogénita de los Borbones y que por lo tanto debia elegir un nuevo monarca. Mas por último supongamos que hubiese sido útil despojar á ese huérfano privado á un mismo tiempo sobre el suelo francés, de su padre, de su corona, y de su tumba, supongamos que ese reinado tal cual yo acabo de describirlo no hubiese sido dichoso ¿es por ventura mejor el actual; ofrece mas seguridades para el porvenir?

De todos modos un congreso nacional reunido para examinar lo que se habia de hacer habria en mi concepto, sido preferible á un gobierno improvisado de ciudad en ciudad por treinta millones de hombres al pasar una diligencia con una bandera tricolor. ¿Puede presumirse que los mismos que dieron impulso al movimiento, quisieran que se llevara á cabo tan completamente? Cada nacion tiene sus defectos: el de la Francia consiste en ir demasiado aprisa, trastornar todo, y traspasar los límites del bien en vez de fijarse en ellos, cuando tiene la dicha de encontrarlos. Asi en lo moral como en lo físico tiene el pueblo francés la manía de pasar mas allá de la meta que se ha propuesto, hollando ideas y cadáveres de enemigos; sus conquistas habrian debido limitarse al Rhin, y en vez de hacerlo asi el ejército corrió á Moscou y queria correr hasta las Indias.

El actual gobierno me protege como á un extranjero pacífico: por mi parte debo á sus leyes gratitud y

sumision, mientras que sigo habitando sobre el suelo en que me permite respirar. Deséole al mismo tiempo mil prosperidades, porque eso es lo que sobre todas las cosas deseo para mi patria. Los ministros que componen ese gobierno son hombres de honor, y alguno de ellos de talento. El gefe del Estado es acreedor á todo respeto, pues á nadie ha hecho mal, ni ha derramado una gota de sangre. Es superior á todo ataque: respeta la fe jurada sobre altares que no eran los suyos; es digno y régio, mas eso no cambia la naturaleza de los hechos. No puedo servir al gobierno que existe porque en mi concepto no puede llegar al órden sino oprimiendo la libertad, y si se empeña en sostenerla será fácil que caiga en la anarquía.



CABREROS ROMANOS JUGANDO A PARES O NONES.

A pesar de eso yo me contemplaré muy feliz en que mis previsiones sean desmentidas por el tiempo. En Francia no puede menos de echarse de ver algo de cansancio que puede contribuir al reposo. La incertidumbre del porvenir es tan grande; tan poco conocido el horizonte donde brillará la luz; hay tal costumbre desde hace cuarenta años de cambiar gobiernos, y de amoldarse tan fácilmente á todo y á nada; es tan enorme el temor de retroceder á los crímenes y calamidades de la revolucion, que acaso el nuevo gobierno podrá marchar mejor que lo que pienso y con toda la felicidad que yo deseo. Tal vez llegará á reunirse una cámara que en nombre de una monarquía de poco poder establecerá una república de circunstancias que tendrá tino para amalgamar la libertad con el órden: tal vez aparecerá algun genio capaz de dominar la situacion y tal vez todo quedará perfectamente arreglado por algun secreto recurso de la Providencia, ó por algun imprevisto incidente. Lo que importa es que la Francia sea libre, gloriosa y feliz, no reparemos en cómo ni por quién le será dada la felicidad.

De lo dicho se deducen las razones que me han impedido reconocer la monarquía electiva, y aun son mas fáciles de comprender los motivos personales que me han determinado á obrar de ese modo. No he querido ponerme en contradiccion conmigo mismo, armar mi larga existencia pasada contra el breve plazo que aun me resta de vida, avergonzarme á cada palabra que salga de mi boca, ni humillar mi cabeza al volver á leer mis escritos anteriores. Las jornadas de julio me han despojado de todo, de todo menos del aprecio del público que es lo que yo he tratado de conservar con mas afan.

Si la proposicion que destierra para siempre del territorio francés á la familia destronada es un corolario del destronamiento de esa familia, esta necesidad hace nacer para mi otra en sentido inverso y es la de separarme mas que nunca de la nueva situacion, y hacer constar públicamente esta separacion. En vano por otra parte trataria yo de buscar mi puesto entre los hombres que se han adherido al actual órden de cosas.

Hay ciertos hombres que por el convencimiento propio de sus virtudes y talento han debido seguir sirviendo á su patria cuando no les ha parecido ya posible sostener la forma de gobierno que preferian entre todas las demás: yo admiro á esos hombres; pero sus elevadas razones nada tienen que ver ni con mi debilidad ni con mi insuficiencia.

Hay hombres que han votado el destronamiento de Carlos y sus descendientes por deber y en la firme conviccion de que nada mejor podia hacerse en obsequio de la patria: han hecho bien, si asi se lo aconsejaba su conciencia: yo no pienso de ese modo y por consiguiente no he debido imitar su ejemplo.



TE UNES CON TU REBAÑO.

Hay hombres que no pueden ni interrumpir su carrera, ni comprometer sus intereses de familia ni privar al país de sus luces porque haya habido un gobierno que cometiera locuras: esos hombres han obrado bien al adherirse al nuevo poder. Si todas las veces que cae algun soberano tuvieran que acompañarle en su caida todos los grandes y pequeños funcionarios, es cosa segura que en tal caso no habria sociedad posible. El soberano debe cumplir su palabra, y cuando falta á ella todos los ciudadanos están dispensados de cumplir las que le dieron. Los antecedentes de mi vida no me permitian sin embargo seguir esta regla general y tuve que acomodarme á seguir la excepcion.

Hay hombres que detestan la dinastía de los Borbones y han jurado su destierro; yo creo que ya es tiempo de no volverse á hablar de proscripciones ni destierros. He hecho como ministro y como embajador cuantos servicios he podido á la familia de Bonaparte; puede desmentirme si no es cierto lo que digo; no depende de mí ciertamente el que no se le haya dado permiso de volver á Francia y hasta de que la estátua de Napoleon no haya sido colocada en lo alto de su columna. Asi es como yo comprendia la monarquía legítima en toda su latitud, y me parecia que la estátua de la libertad debia estar colocada enfrente de la de la gloria.

Hay hombres que creyendo en la soberanía del pueblo han querido hacer triunfar ese rancio principio de la antigua escuela política: yo no creo en la soberanía de derecho divino; pero tampoco creo en la del pueblo. Yo puedo vivir, y muy espontáneamente sin este ó aquel rey; pero tampoco me reconozco con derecho de obligar á nadie á reconocer el rey que yo habr

elegido. Monarca por monarca Enrique de Bearne me parecia preferible para el órden y libertad de la nacion. He dado, pues, mi voto á Enrique V, asi como el vecino de mi derecha ha podido votar por Luis Felipe I, el de mi izquierda por Napoleon II, y el de enfrente por la república.

Hay hombres que despues de haber prestado juramento á la república una é indivisible, al directorio en sus cinco personas, al consulado en sus tres miembros, al imperio, á la primera restauracion, al acta adicional, á las constituciones del imperio y á la segunda restauracion, aun tienen algo que prestar á Luis Felipe: yo no soy tan rico.

Hay hombres que han arrojado su palabra sobre la plaza de *Greve* en julio, como los cabreros romanos que juegan *á pares ó nones* entre las ruinas. Esos hombres no han visto en la última revolucion mas que un lance de fortuna; con tal que dure lo suficiente para que puedan utilizarlo en su provecho. Lo demás nada les importa. Esos tales acostumbran tratar de imbécil y de tonto á quien no acomoda la política á sus intereses particulares; pues bien yo soy un imbécil y un tonto.

Hay personas tímidas que bien quisieran escusarse de haber jurado; pero que temiendo ser degollados ellos, sus padres, sus abuelos, sus nietos y toda su parentela, han tartamudeado como han podido su juramento: afortunadamente yo no he conocido aun esa enfermedad; si noto alguno de sus síntomas, avisaré.

Hay grandes señores del imperio, unidos á los sueldos que gozan con lazos sagrados é indisolubles, y que nunca han creido fijar la atencion en la mano que se los ha concedido; porque un sueldo es para semejantes hombres una especie de sacramento que imprime carácter como el sacerdocio y el matrimonio: una persona que disfruta una pension no puede dejar de disfrutarla. Yo hace mucho tiempo que estoy divorciado con la fortuna, y como ya soy viejo trato de repudiarla públicamente, antes que ella me deje del todo.

Hay eminentes barones del trono y del altar que no han cometido la menor traicion contra las reales órdenes: ¡no! pero la insuficiencia de medios empleados para poner en ejecucion esas reales órdenes han irritado su bilis: indignados de ver que el despotismo ha cometido errores han ido á buscar otras antesalas. No me es posible participar de su indignacion ni de su nueva morada.

Hay hombres de conciencia que no son perjuros mas que por ser perjuros; que cediendo á la fuerza, no por eso dejan de ser menos partidarios del derecho: esos hombres se lamentan de la suerte de aquel pobre Carlos X, á quien por de pronto arrastraron á la ruina por medio de sus consejos, y luego á la perdicion por sus juramentos; pero si en algun tiempo volviera ese monarca ó su raza á resucitar esos hombres serian unos verdaderos rayos de la legitimidad. Yo he tenido siempre simpatías con la desgracia; yo seguiré el convoy fúnebre de la antigua monarquía como el perro sigue al féretro del pobre.

Por último hay leales caballeros que llevan constantemente en su bolsillo dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo carezco de semejantes autorizaciones.

Yo era el hombre de la restauracion *posible*, de la restauracion con toda especie de libertades. Esa restauracion me tomó por enemigo: se arruinó, mas yo debo sufrir su destino. ¿Iré yo á dejar pendientes de una nueva fortuna los pocos años que me quedan como esas largas colas de ciertos vestidos femeninos tan expuestos á ser pisados por todo el mundo? Si me colocaba al frente de las nuevas generaciones, seria sospechoso; detrás de estas no hay puesto decoroso para mi. Bien conozco que ninguna de mis facultades ha envejecido: comprendo mejor que nunca el espíritu de mi siglo, y penetro mas atrevidamente que nadie en el porvenir; pero la necesidad ha pronunciado ya su fallo el hombre público debe necesariamente tratar de concluir su vida de un modo decoroso.

Antes de dar fin á este escrito debo prevenir un error que podria nacer en ciertos ánimos por lo relativo á cuanto acabo de decir.

Dícese que los supuestos realistas no aspiran á mas que á ver la Francia atacada por la Europa. Pues entiendase que el dia que la Francia se viese invadida ese seria el momento en que me creeria obligado á dar un nuevo rumbo á mis deberes. Soy incapaz de engañar á nadie! Tan leal seré á mi patria, como á los juramentos que he prestado. Realistas, si es que hay alguno de vosotros que se cree autorizado con mi voto para apelar á las bayonetas extranjeras, acabaos de desengañar acerca de mis opiniones: volved á inflamar vuestro odio y vuestras calumnias contra mí; consideradme como un renegado: un abismo sin límites nos separa. Hoy sacrificaria gustosamente mi vida en obsequio del hijo del infortunio; mañana, si mis palabras tenian alguna eficacia, la emplearia toda en agrupar los franceses contra el extranjero que nos trajese á Enrique V en sus brazos.

Si tuviera el honor de seguir formando parte de la cámara de los Pares, habria dicho en la tribuna lo mismo que acabo de manifestar en este folleto, salvo lo que tiene relacion con el juramento, pues bajo este punto de vista mi posicion no habria sido la misma.

Acaso mi voz será ya importuna; pero tolérenla siquiera por ser la última vez que resuena en asuntos políticos, siguiendo las cosas en la misma situacion que hoy ocupan. Dispuesto ya á ir á esperar la muerte sobre tierra extranjera, quisiera ser el único francés á quien le hubiera cabido la triste suerte del destierro; quisiera que la proposicion de destierro no hubiese sido aprobada, y doy publicidad á mi opinion por salvar ciertas cabezas amenazadas de esa calamidad. En agosto pedia una corona para el duque de Burdeos: hoy no pido en obsequio suyo mas que la esperanza de una tumba en su patria: ¿será demasiado?

NOTAS.

Séame lícito hablar de mí mismo, supuesto que me ponen en el caso de tener que hacerlo. ¿Quién ha defendido mas acérrimamente que yo la Constitucion? ¿Quién se ha manifestado mas enérgicamente opuesto que yo (1) á la dominacion extranjera?

En mi *Informe sobre la situacion de Francia*, presentado al rey en su consejo de Gante el 12 de mayo de 1815, dije:

«Demasiado comprendo, señor, cuán aflictivo habrá sido para vuestro corazon todo lo que acabo de »decir. Nosotros participamos en estos momentos de »vuestra real tristeza. No hay uno entre vuestros mi»nistros y consejeros que no diera su vida para impe»dir que se realizara la invasion de la Francia. Se»ñor, sois francés, y nosotros tambien nos preciamos »de serlo. Sensibles al honor de nuestra patria, celo»sos de la gloria de nuestras armas, admiradores del »valor de nuestros soldados, quisiéramos derramar en »medio de sus batallones hasta la última gota de »nuestra sangre para atraerlos á su deber, ó para »partir con ellos triunfos que fuesen legítimos. No po»demos ver sin el mas profundo dolor los males que se »preparan nuevamente á caer sobre nuestra patria; »ni podemos disimularnos que la Francia se halla en »el mas inminente peligro. Dios ha vuelto á empuñar »el azote que vuestras paternales manos habian deja»do caer al suelo: es de temer que el rigor de su jus»ticia no exceda la grandeza de vuestra misericordia. »¡Ah! ¡Señor! á la voz de V. M. los extranjeros res»petando al descendiente de los reyes, al heredero »de la buena fe de San Luis y de Luis XII, desocupa»ron la Francia! Pero si los facciosos que oprimen »hoy á vuestros vasallos prolongasen su tiranía, ó si »vuestros vasallos demasiado oprimidos no hicieran »por su parte ningun esfuerzo para redimirse, vos »mismo no sereis siempre dueño de suspender las ca»lamidades que trae en pos de sí la presencia de los »ejércitos. Afortunadamente vuestra régia solicitud »se ha asegurado ya por medio de tratados de que se »respetará la integridad del territorio francés, y que »no se hará la guerra mas que á un solo hombre.»

En 2 de junio del mismo año con motivo de la declaracion del congreso dije hallándome en Gante:

«Es imposible conquistar la Francia. Los españo»les, los portugueses, los rusos, los prusianos y los »alemanes lo han demostrado, y los franceses lo demos»trarán á su vez que no es posible subyugar á un »pueblo que combate por su nombre y por su inde»pendencia.»

Si se echa de ver que estos pasajes habian sido escritos y publicados en medio del ejército confederado habrá motivo de dar mas valor á las opiniones que manifiestan.

En agosto de 1816 al tratar de la política exterior en *la monarquía con arreglo á la Constitucion* dije:

«¿Quién se habria nunca imaginado que hubiera »franceses que para conservar sus miserables empleos, »para hacer triunfar los principios de la revolucion »y para causar la ruina de la legitimidad, llegarian al »extremo de apoyarse en autoridades extranjeras, y »hasta amenazar á los que no piensan como ellos con »fuerzas que gracias al cielo, no están en su mano?

»Pero vosotros que con los ojos radiantes de alegría »nos asegurais que los extranjeros quieren nuestros »sistemas políticos (lo cual estoy muy distante de »creer, vosotros que al parecer poneis vuestras no»bles opiniones bajo la proteccion de las bayonetas ex»tranjeras ¿no sois los que echábais en cara á los rea»listas el haber vuelto en los bagajes de los aliados?... »¿Qué es de aquellos heróicos sentimientos? France»ses tan altivos, tan sensibles al honor ¿sois vosotros »los que tratais de persuadirme que os *permiten* te»ner estas ó aquellas opiniones, y que os *mandan* »seguir este ó aquel sistema? ¿Cómo no os mató la »vergüenza al proclamar en una sesion, que cierto »embajador queria absolutamente que se aprobara el »proyecto del ministerio, y la proposicion de las Cá»maras fuera desechada? ¿Quereis que os crea cuando »me decís (lo cual no pasa de ser una insigne ca»lumnia) que un ministro francés ha estado conferen»ciando tres horas con un embajador extranjero para »discurrir un medio de disolver la cámara de los Di»putados? Asegurais confiadamente que se ha comu»nicado cierta órden á un agente diplomático y que »ha sido muy de la aprobacion de este. ¿Quién de »nosotros merece mejor el nombre de francés? Vos»otros que me hablais de extranjeros cuando os ha»blo de leyes de mi patria, ó yo, que he dicho á la »cámara de los Pares las siguientes palabras: *Debo »sin duda á la sangre francesa que corre por mis ve»nas esta inquietud que sufro, cuando para deter»minar mi voto se me habla de opiniones que no son »las de mi patria: téngase entendido que si la Euro»pa civilizada quisiera imponerme la Constitucion, »me iria á vivir á Constantinopla*».....

«¡Cómo los malos franceses que tratan de sostener »su opinion por tan villanos medios no echan de ver »que obran directamente contra su propio objeto! ¡Qué »poco conocimiento tienen del espíritu de la nacion! »Si fuese cierto que habia peligro en profesar las ideas »realistas, veriais que toda la Francia corria presu»rosa á abrazarlas por ese mismo motivo. Un francés »se coloca siempre al lado del peligro, porque está »convencido de que allí únicamente es donde se en»cuentra la gloria. . . . . .

»No se adquiere respeto poniéndose sumisamente á »los piés de un dueño: ni en un noble proceder pue»de haber nunca peligro. Cumplid religiosamente »vuestros tratados; pagad lo que debeis: dad si es »preciso vuestra última moneda, vended vuestra »última porcion de tierra, el último despojo de vues»tros hijos para pagar las deudas del Estado, y por lo »demás obrad como os dé la gana; os quedareis des»nudos; pero sereis libres. Disipad vanos temores: los »soberanos de Europa son demasiado magnánimos »para intervenir en los asuntos particulares de Fran»cia. . . . . .

»Los mismos aliados han librado á sus propios pai»ses del yugo de los franceses: saben muy bien que »las naciones deben gozar de esa independencia, que »puede arrancárseles por un momento; pero que por »último necesariamente tienen que volver á conquis»tar: *Spoliatis arma supersunt.*»

En la tribuna de la cámara de los Pares he pronunciado (2 de marzo del presente) estas palabras sacadas de mi *Opinion sobre el proyecto de ley relativo al modo de reemplazar el ejército.*

«Sin duda cualquiera que tenga una gota de sangre »francesa en sus venas debe desear con todo el afan »de su alma, debe estar pronto á comprar por medio »de cuantos sacrificios le sean posibles la redencion »de su país: nuestros corazones palpitarán de alegría »cuando veamos ondear la bandera blanca sobre las »almenas de todas las ciudades de Francia. Mas aun »al vernos en posesion de los bienes mas preciosos »para un pueblo, de *un bien sin el cual no hay feli»cidad posible* para la dignidad de nuestra indepen»dencia, aun entonces tendremos que aplicar nuestra »atencion á curar las heridas que un sofístico sistema »nos ha causado.»

---

(1) Véanse las *Reflexiones políticas* y la *Monarquía con arreglo á la constitucion.* Hasta en el *Genio del cristianismo* he hablado con admiracion del gobierno representativo.

No es posible hacer de modo que el lector esté al corriente de todas las prevaricaciones y necedades de la censura. Cierto periódico al anunciar las obras de Mr. Desaugieres habia dicho que *era el mas festivo y espiritual de los cancioneros*: la censura borró esta frase, ¿por qué? Porque uno de los censores se precia de cultivar ese mismo género de literatura.

Otro periódico citó una mala estrofa del mismo censor, y al momento se suprimió la estrofa y el periódico tuvo que salir á luz sin ella y sin poder dejar *blanco.*

Un antiguo artículo de cierto censor que en otros tiempos habia hecho oposicion al ministerio se habia quedado olvidado entre los papeles de la redaccion de un periódico independiente: no faltó quien maliciosamente se lo presentara á la censura actual: el padre conoció al momento á su hijo y lo degolló con sus tijeras. La censura puede jactarse de tener un Guzman el Bueno, y un Junio Bruto.

Mr. Carlos Dupin habia dirigido á un excelente periódico literario un artículo que posteriormente se ha impreso por separado con el epígrafe de *Homenaje á los habitantes de la Francia meridional.* Este artículo fue enteramente suprimido sin que pueda achacarse la razon de haber obrado asi la censura á otro motivo que al haber Mr. Dupin invitado á los habitantes del Mediodía de la Francia á aprender á leer, y al haber citado sin oportunidad dos pares de Francia.

Esa es una muestra de las necedades de la censura

y pueden aun verse obras muchas en cierto escrito lleno de animacion cuyo título es *Cartas de la Girafa al Bajá de Egipto*. Hé aquí ahora lo que nuestros vecinos piensan acerca de esta censura: cosa que los periódicos están muy lejos de podernos decir.

Ocioso me parece el volver á repetir el artículo del *Correo inglés*, citado anteriormente en mi folleto *Sobre el restablecimiento de la censura*, ni el artículo del *Times*, de que hace mencion el autor de la *Carta de la Girafa al Bajá de Egipto*.

En este instante acabo de recibir de uno de mis nobles colegas los siguientes documentos que me apresuro á poner en conocimiento del público.

Al Señor redactor de...

Muy señor mio:

«Dispensad que me valga de vuestro periódico para »expresar mi profunda gratitud por los numerosos »testimonios de amistad y de aprecio recibidos por »parte de mis honorables hermanos de armas de la »antigua Guardia Nacional de París. No siéndome po»sible responder á las multiplicadas cartas y pruebas »de benevolencia con que diariamente se dignan hon»rarme por el discurso que pronuncié en la tribuna de »la cámara de los Pares en 19 de junio, permitid que »por conducto de vuestro periódico pueda darles las »gracias, manifestándoles cuan sinceramente aprue»bo sus opiniones, y suplicándoles se dignen creer »que mi adhesion y gratitud siempre irán al par de »la respetuosa admiracion que profeso hácia aquel »ilustre cuerpo cuyo recuerdo conserva la patria con »tanto dolor como gloria.

»Dignáos, señor mio, aceptar la sincera expresion »de mi voluntad y el distinguido respeto que os profeso.

El duque de CHOISEUL.»

Paris, julio de 1827.

M. Armand Bertin, por medio de una carta cuya fecha es del 8 de julio, hizo saber al señor duque de Choiseul que el anterior remitido habia sido borrado por la censura en el *Diario de los Debates*.

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL Á M. EL VIZCONDE DE BONALD.

«SEÑOR VIZCONDE:

«*Siendo par de Francia*, habeis aceptado el ejer»cicio de funciones en el comité superior de la cen»sura; permitidme pues, que como colega vuestro en »*la Cámara de los Pares*, tenga el honor de consul»taros sobre un hecho que me concierne personal»mente.

»Por de pronto, debo informaros, que desde el li»cenciamiento de la Guardia Nacional de París, he »recibido despues de mi discurso del 19 de junio en »la cámara Alta, una multitud de cartas y de testi»monios de gratitud por parte de las personas á quie»nes por mucho tiempo tuve el honor de mandar.

»No siendo posible contestar á cada una de estas »en particular, dirigí antes de ayer la carta cuya co»pia acompaño á los señores redactores de los *Deba»tes*, del *Correo* y del *Constitucional*. Hace poco, he »tenido el disgusto de saber, que mi carta ha sido »*borrada*, y *la censura no ha permitido* su insercion »en dichos periódicos.

»Sin entrar aquí en discusion de los derechos de »un par, y de los de la censura superior, cuestion »que me reservo deslindar en otro lugar mas oportu»no, he creido deberme dirigir desde luego á vos, »señor vizconde, suplicándoos hagais cesar ese escán»dalo, bien persuadido de que el sentimiento de »vuestra propia dignidad y decoro, os obligarán á dar »las órdenes necesarias que yo reclamo como par de »Francia y como ciudadano francés.

»Dignaos aceptar, señor vizconde, la seguridad de »mi alta consideracion,

»El duque DE CHOISEUL.»

París 9 de julio de 1827.

CONTESTACION DEL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD AL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL.

SEÑOR DUQUE:

Daré cuenta al consejo de la carta que me habeis hecho el honor de dirigir y de la reclamacion que en ella se contiene, sobre lo cual tendré el honor de comunicaros su resultado.

Tened á bien señor duque, aceptar la seguridad de mi alta consideracion.

El vizconde DE BONALD.

París 9 de julio de 1827.

Al dia siguiente ó al otro de la anterior contestacion de M. de Bonald, á M. de Choisseul, borró la censura el siguiente artículo que habia sido insertado en el *Constitucional*.

El señor duque de Choiseul ha escrito como par de Francia á su colega M. de Bonald, presidente de la comision de Censura, quejándose de que esta no le habia permitido insertar una carta que habia dirigido al *Constitucional* relativa á la Guardia Nacional de París. M. de Choiseul insiste particularmente en la extrañeza que le causa el que la censura no le permita á un par de Francia usar de la prensa periódica para manifestar sentimientos tan conformes con el honor y el patriotismo.

Por último, en 15 de julio recibió la contestacion siguiente:

París 14 de julio de 1827.

«SEÑOR DUQUE:

»El consejo de vigilancia de la censura, en vista de »la carta que habeis hecho á su presidente el honor »de dirigir, y en la cual V. S. reclama contra la su»presion hecha por la censura con referencia á su »carta á los señores de la llamada en su tiempo Guar»dia Nacional de París, dirigida á los periódicos de los »*Debates*, *Correo* y *Constitucional*,

»Ha decretado por unanimidad, que se cumpla y »sostenga la providencia tomada por la censura, y »encarga á su presidente lo ponga en conocimiento »de V. S.

»Dignaos, señor duque, aceptar etc.

»*El presidente del consejo de vigilancia de la cen»sura*,

»El vizconde DE BONALD, *par de Francia*,

Al señor duque de Choiseul, par de Francia.»

CONTESTACION DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL AL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD.

París 15 de julio de 1827.

SEÑOR VIZCONDE:

«Acabo de recibir la carta que como presidente del »consejo de vigilancia de la censura, me habeis hecho »el honor de escribir.

»En ella me dais conocimiento de haber el consejo »*decretado por unanimidad que se cumple y sosten»ga la providencia tomada por la censura*, y no »me indicais ninguno de los motivos que pueda haber »para obrar de ese modo.

»La inconveniencia de esa forma es el indispensa»ble resultado del primer procedimiento.

»No pudiendo como *par de Francia*, reconocer por »tribunal á un comité de censura; no pudiendo tam»poco someterme *á otras providencias* que á las dic»tadas por la cámara de los Pares en casos extraordi»narios y á las de los tribunales en los casos comunes, »me creo obligado á no dejar envilecer nuestra alta »dignidad, protestando contra tan culpable violacion »de nuestros derechos.

»Dignaos, señor vizconde, etc.

»El DUQUE DE CHOISEUL, *par de Francia*.»

Es de esperar, que tanto escándalo dará al traste con la censura, y el gobierno no se obstinará en sostener un estado de cosas tan alarmante.

FIN DE LAS MISCELÁNEAS POLÍTICAS.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE

LAS MISCELANEAS POLITICAS

DE M. DE CHATEAUBRIAND.

La principal cualidad de un historiador, y lo que con mas derecho puede el público exigir, es la imparcialidad. Sin esta garantía indispensable el lector que para instruirse busca la verdad en una obra, temiendo constantemente marchar por el camino de la mentira ó de la exageracion, y dejándose llevar de un justo espíritu de desconfianza, rehusará dar crédito á las verdades mas incontestables. La imparcialidad, es pues, uno de los mas decorosos sentimientos que deben animar á un escritor, y en obsequio del cual debe sacrificar sus mas caras afecciones. Si se desentiende de este deber sagrado, atrae sobre sí la mas terrible responsabilidad, pues en vez de ilustrar, nos rodea de tinieblas, haciéndonos participar por medio de las falsas descripciones que nos hace de los hombres y las cosas, de su injusta admiracion al vicio que se ha propuesto adular, y de su criminal desprecio á la virtud que ha intentado abatir. Lícito es, sin duda, al escribir la historia de un monarca, echarle en cara su ambicion si realmente la ha tenido; sus crueldades, si ha lavado sus crímenes en sangre para hacerlos pasar por razones de Estado; sus dilapidaciones ó rapiñas si ha arruinado voluntariamente el tesoro; su exagerado amor á la guerra, particularmente si este amor no ha tenido mas base que la injusticia ó siendo inspirado por un falso punto de honor, ha comprometido la libertad y el bienestar de las naciones. Lícito es ciertamente, aborrecer los laureles que adornan sus sienes, cuando no han redundado mas que en provecho suyo, y han provocado guerras, y cuando aquel monarca ha desdeña o las condiciones de una paz honrosa que le proponian tal vez los mismos que se veian injustamente acometidos. Lícito, mas que lícito, altamente provechoso, es consagrar á la abominacion de las generaciones futuras la memoria de un tirano, trazando el espantoso cuadro de sus crímenes; mas para ser creido y apreciado de sus conciudadanos, para tener con justo título el lisonjero derecho de haberles sido útil, es preciso ante todo que el historiador aspire á no decir mas que la verdad, y tenga el prudente valor de alabar en el tirano lo que realmente sea digno de alabanza. Es preciso que entre las acciones turbulentas y egoistas, sepa discernir las que descuellen notablemente por un distinguido mérito: debe en una palabra el escritor trazar el retrato del tirano con tal puntualidad, que ni se rebajen sus vicios, ni se disimulen sus perfecciones, si es que las ha tenido. Mas si por oposicion de pandillaje se entrega el historiador al prurito de afear los sucesos; si por resucitar la gloria de un partido arruinado, se empeña en negar la evidencia de algunos hechos anotados ya en las páginas de la historia; si deja en profunda oscuridad las bellezas de un retrato conocido ya de todo el mundo, y solo pone en evidencia las deformidades, lejos de conseguir el objeto que se habia propuesto, no hará mas que acabar de poner en relieve la debilidad de los que se declararon por enemigos de aquel tirano, y la impotencia de todos sus vanos esfuerzos.

M. de Chateaubriand, que con tan justos títulos ha inmortalizado su nombre tomando puesto entre las mas brillantes notabilidades literarias de la Francia, no ha tenido en estas *Misceláneas políticas* toda la generosa é independiente imparcialidad que el mundo podia esperar de hombres de su talento. Es ciertamente sensible, que el mas ilustre y leal defensor de

y pueden aun verse obras muchas en cierto escrito lleno de animacion cuyo título es *Cartas de la Girafa al Bajá de Egipto*. Hé aquí ahora lo que nuestros vecinos piensan acerca de esta censura: cosa que los periódicos están muy lejos de podernos decir.

Ocioso me parece el volver á repetir el artículo del *Correo inglés*, citado anteriormente en mi folleto *Sobre el restablecimiento de la censura*, ni el artículo del *Times*, de que hace mencion el autor de la *Carta de la Girafa al Bajá de Egipto*.

En este instante acabo de recibir de uno de mis nobles colegas los siguientes documentos que me apresuro á poner en conocimiento del público.

Al Señor redactor de...

Muy señor mio:

«Dispensad que me valga de vuestro periódico para »expresar mi profunda gratitud por los numerosos »testimonios de amistad y de aprecio recibidos por »parte de mis honorables hermanos de armas de la »antigua Guardia Nacional de París. No siéndome po»sible responder á las multiplicadas cartas y pruebas »de benevolencia con que diariamente se dignan hon»rarme por el discurso que pronuncié en la tribuna de »la cámara de los Pares en 19 de junio, permitid que »por conducto de vuestro periódico pueda darles las »gracias, manifestándoles cuan sinceramente aprue»bo sus opiniones, y suplicándoles se dignen creer »que mi adhesion y gratitud siempre irán al par de »la respetuosa admiracion que profeso hácia aquel »ilustre cuerpo cuyo recuerdo conserva la patria con »tanto dolor como gloria.

»Dignáos, señor mio, aceptar la sincera expresion »de mi voluntad y el distinguido respeto que os profeso.

El duque de CHOISEUL.»

Paris, julio de 1827.

M. Armand Bertin, por medio de una carta cuya fecha es del 8 de julio, hizo saber al señor duque de Choiseul que el anterior remitido habia sido borrado por la censura en el *Diario de los Debates*.

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL Á M. EL VIZCONDE DE BONALD.

«SEÑOR VIZCONDE:

«*Siendo par de Francia*, habeis aceptado el ejer»cicio de funciones en el comité superior de la cen»sura; permitidme pues, que como colega vuestro en »*la Cámara de los Pares*, tenga el honor de consul»taros sobre un hecho que me concierne personal»mente.

»Por de pronto, debo informaros, que desde el li»cenciamiento de la Guardia Nacional de París, he »recibido despues de mi discurso del 19 de junio en »la cámara Alta, una multitud de cartas y de testi»monios de gratitud por parte de las personas á quie»nes por mucho tiempo tuve el honor de mandar.

»No siendo posible contestar á cada una de estas »en particular, dirigí antes de ayer la carta cuya co»pia acompaño á los señores redactores de los *Deba»tes*, del *Correo* y del *Constitucional*. Hace poco, he »tenido el disgusto de saber, que mi carta ha sido »*borrada*, y *la censura no ha permitido* su insercion »en dichos periódicos.

»Sin entrar aquí en discusion de los derechos de »un par, y de los de la censura superior, cuestion »que me reservo deslindar en otro lugar mas oportu»no, he creido deberme dirigir desde luego á vos, »señor vizconde, suplicándoos hagais cesar ese escán»dalo, bien persuadido de que el sentimiento de »vuestra propia dignidad y decoro, os obligarán á dar »las órdenes necesarias que yo reclamo como par de »Francia y como ciudadano francés.

»Dignaos aceptar, señor vizconde, la seguridad de »mi alta consideracion,

»El duque DE CHOISEUL.»

París 9 de julio de 1827.

CONTESTACION DEL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD AL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL.

SEÑOR DUQUE:

Daré cuenta al consejo de la carta que me habeis hecho el honor de dirigir y de la reclamacion que en ella se contiene, sobre lo cual tendré el honor de comunicaros su resultado.

Tened á bien señor duque, aceptar la seguridad de mi alta consideracion.

El vizconde DE BONALD.

París 9 de julio de 1827.

Al dia siguiente ó al otro de la anterior contestacion de M. de Bonald, á M. de Choisseul, borró la censura el siguiente artículo que habia sido insertado en el *Constitucional*.

El señor duque de Choiseul ha escrito como par de Francia á su colega M. de Bonald, presidente de la comision de Censura, quejándose de que esta no le habia permitido insertar una carta que habia dirigido al *Constitucional* relativa á la Guardia Nacional de París. M. de Choiseul insiste particularmente en la extrañeza que le causa el que la censura no le permita á un par de Francia usar de la prensa periódica para manifestar sentimientos tan conformes con el honor y el patriotismo.

Por último, en 15 de julio recibió la contestacion siguiente:

París 14 de julio de 1827.

«SEÑOR DUQUE:

»El consejo de vigilancia de la censura, en vista de »la carta que habeis hecho á su presidente el honor »de dirigir, y en la cual V. S. reclama contra la su»presion hecha por la censura con referencia á su »carta á los señores de la llamada en su tiempo Guar»dia Nacional de París, dirigida á los periódicos de los »*Debates*, *Correo* y *Constitucional*,

»Ha decretado por unanimidad, que se cumpla y »sostenga la providencia tomada por la censura, y »encarga á su presidente lo ponga en conocimiento »de V. S.

»Dignaos, señor duque, aceptar etc.

»*El presidente del consejo de vigilancia de la cen»sura*,

»El vizconde DE BONALD, *par de Francia*,

Al señor duque de Choiseul, par de Francia.»

CONTESTACION DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL AL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD.

París 15 de julio de 1827.

SEÑOR VIZCONDE:

«Acabo de recibir la carta que como presidente del »consejo de vigilancia de la censura, me habeis hecho »el honor de escribir.

»En ella me dais conocimiento de haber el consejo »*decretado por unanimidad que se cumple y sosten»ga la providencia tomada por la censura*, y no »me indicais ninguno de los motivos que pueda haber »para obrar de ese modo.

»La inconveniencia de esa forma es el indispensa»ble resultado del primer procedimiento.

»No pudiendo como *par de Francia*, reconocer por »tribunal á un comité de censura; no pudiendo tam»poco someterme *á otras providencias* que á las dic»tadas por la cámara de los Pares en casos extraordi»narios y á las de los tribunales en los casos comunes, »me creo obligado á no dejar envilecer nuestra alta »dignidad, protestando contra tan culpable violacion »de nuestros derechos.

»Dignaos, señor vizconde, etc.

»El DUQUE DE CHOISEUL, *par de Francia*.»

Es de esperar, que tanto escándalo dará al traste con la censura, y el gobierno no se obstinará en sostener un estado de cosas tan alarmante.

FIN DE LAS MISCELÁNEAS POLÍTICAS.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE

LAS MISCELANEAS POLITICAS

DE M. DE CHATEAUBRIAND.

La principal cualidad de un historiador, y lo que con mas derecho puede el público exigir, es la imparcialidad. Sin esta garantía indispensable el lector que para instruirse busca la verdad en una obra, temiendo constantemente marchar por el camino de la mentira ó de la exageracion, y dejándose llevar de un justo espíritu de desconfianza, rehusará dar crédito á las verdades mas incontestables. La imparcialidad, es pues, uno de los mas decorosos sentimientos que deben animar á un escritor, y en obsequio del cual debe sacrificar sus mas caras afecciones. Si se desentiende de este deber sagrado, atrae sobre sí la mas terrible responsabilidad, pues en vez de ilustrar, nos rodea de tinieblas, haciéndonos participar por medio de las falsas descripciones que nos hace de los hombres y las cosas, de su injusta admiracion al vicio que se ha propuesto adular, y de su criminal desprecio á la virtud que ha intentado abatir. Lícito es, sin duda, al escribir la historia de un monarca, echarle en cara su ambicion si realmente la ha tenido; sus crueldades, si ha lavado sus crímenes en sangre para hacerlos pasar por razones de Estado; sus dilapidaciones ó rapiñas si ha arruinado voluntariamente el tesoro; su exagerado amor á la guerra, particularmente si este amor no ha tenido mas base que la injusticia ó siendo inspirado por un falso punto de honor, ha comprometido la libertad y el bienestar de las naciones. Lícito es ciertamente, aborrecer los laureles que adornan sus sienes, cuando no han redundado mas que en provecho suyo, y han provocado guerras, y cuando aquel monarca ha desdeña o las condiciones de una paz honrosa que le proponian tal vez los mismos que se veian injustamente acometidos. Lícito, mas que lícito, altamente provechoso, es consagrar á la abominacion de las generaciones futuras la memoria de un tirano, trazando el espantoso cuadro de sus crímenes; mas para ser creido y apreciado de sus conciudadanos, para tener con justo título el lisonjero derecho de haberles sido útil, es preciso ante todo que el historiador aspire á no decir mas que la verdad, y tenga el prudente valor de alabar en el tirano lo que realmente sea digno de alabanza. Es preciso que entre las acciones turbulentas y egoistas, sepa discernir las que descuellen notablemente por un distinguido mérito: debe en una palabra el escritor trazar el retrato del tirano con tal puntualidad, que ni se rebajen sus vicios, ni se disimulen sus perfecciones, si es que las ha tenido. Mas si por oposicion de pandillaje se entrega el historiador al prurito de afear los sucesos; si por resucitar la gloria de un partido arruinado, se empeña en negar la evidencia de algunos hechos anotados ya en las páginas de la historia; si deja en profunda oscuridad las bellezas de un retrato conocido ya de todo el mundo, y solo pone en evidencia las deformidades, lejos de conseguir el objeto que se habia propuesto, no hará mas que acabar de poner en relieve la debilidad de los que se declararon por enemigos de aquel tirano, y la impotencia de todos sus vanos esfuerzos.

M. de Chateaubriand, que con tan justos títulos ha inmortalizado su nombre tomando puesto entre las mas brillantes notabilidades literarias de la Francia, no ha tenido en estas *Misceláneas políticas* toda la generosa é independiente imparcialidad que el mundo podia esperar de hombres de su talento. Es ciertamente sensible, que el mas ilustre y leal defensor de

la rama primogénita de los Borbones, no se haya valido de otros medios para hacer triunfar los derechos y lamentar los infortunios de esa raza. ¿Qué significa en efecto esa acerba y emponzoñada sátira que derrama á manos llenas sobre Bonaparte, desdeñándose darle la menor alabanza como deberia haberlo hecho siquiera para estar autorizado á disfamarle luego con mas seguridad? ¿Qué significa esa destemplada enemistad y ese encarnizamiento é incesante afan con que persigue á su enemigo hasta en el terreno donde menos podria esperar ser atacado?

Lejos de nosotros la idea de ser ni detractores, ni apologistas del prisionero de Santa Elena; no intentamos bosquejar ni el elogio, ni la crítica de aquel hijo de la fortuna, porque eso seria traspasar el límite que nos hemos propuesto, y abusar de las circunstancias provocando opiniones que aun no han llegado al apetecido punto de la reconciliacion; mas lo que no tenemos reparo ninguno de afirmar, porque la verdad pertenece á todas las épocas, y porque siempre es honroso el confesarla, es que Bonaparte (fuese lo que fuese), no tiene exactamente todas las facciones que M. de Chateaubriand le atribuye.

«Dice el autor, que Bonaparte tenia algunos talentos militares, excedidos por los de la mayor parte de sus generales. ¿Qué interés puede haber en rebajar de ese modo un talento tan positivo, un talento tan prodigioso al que la nacion francesa debe indudablemente parte de su gloria? ¿Un talento que los mismos enemigos de Bonaparte no podian menos de confesar en el campo de batalla al verse arrollados por la superioridad estratégica de tan insigne capitan?

«Dice que tenia aduladores asalariados. ¿Por ventura hay algun rey que no haya tenido los suyos aun entre aquellas mismas personas que al parecer se han consagrado á criticar sus acciones? ¿No son acaso esos aduladores mas culpables que los mismos reyes que utilizan su bajeza?

«Si dura algo mas su imperio (de Napoleon), sigue diciendo el autor, la Francia se habria convertido en una caverna de bandidos.» ¿Es decir pues, que se habia desterrado de esta nacion todo cuanto honor y virtud habia en ella? Apreciamos lo bastante á ese país, y no le creemos capaz de olvidarse de su tradicional probidad tan facilmente sacrificándola á la bajeza de un solo hombre por *infernal* que fuese el talento de que este se viera dotado. Puede una nacion someterse á la fuerza de un opresor de quien no le es dado desembarazarse, sin ser por eso cómplice de las iniquidades del tirano que la domina con su cetro de hierro, y es cierto que el imperio habria hecho alarde de sus mas enormes debilidades, de sus mas insaciables deseos, de sus mas devoradoras ambiciones; es cierto, que el egoismo habria seguido apagando el generoso impulso del corazon del reino, sin que esa nacion honrada, sin que esa Francia magnánima y virtuosa se hubiera convertido nunca en una caverna de bandidos. Es tan imprudente el haber sentado esa proposicion, como doloroso para todo buen francés el tener que defenderse de ella.

«En diez años ha derramado mas corrupcion que todos los emperadores de Roma juntos.» Este pensamiento es tambien injusto y aun mas exagerado que el anterior; porque supone que todos los franceses estaban ya corrompidos, ó muy cerca de estarlo; menos los que habian tomado la generosa determinacion de ir á llorar en el destierro los males y la infamia de la patria, y que diariamente le estaban enviando desde lejos un noble testimonio de su fidelidad, uniéndose con los extranjeros para conspirar contra su gloria y contra su independencia.

«Es un *gana-batallas*; fuera de esa circunstancia, el último de sus generales tiene mas habilidad que él.» No nos parecen dignas de refutacion semejantes palabras, pues en sí mismas llevan la justificacion de aquel contra quien fueron escritas. Por lo tanto, solo diremos que si aquel hombre que valia menos que el último general, hubiese por casualidad servido á los Borbones, y mandado algun cuerpo de ejército en defensa suya, no habria tenido un admirador, ni un panegirista mas fervoroso de sus talentos militares que ese mismo Mr. de Chateaubriand que ya que no puede negarle triunfos trata de rebajar su gloria con la palabra de *gana-batallas*.

«No entiende nada de lo que se llama estratégicamente batir la campaña, no sabe mas que marchar de frente; dar saltos. ¿Puede expresarse con mas acerba violencia el encono de un partido, ni el dolor de confesarse vencido? Algo mas considerable es el daño que Napoleon causó á sus enemigos por medio de sus combinaciones estratégicas que el que su detractor le irroga en estos momentos con su pluma. No sabemos si en realidad poseia ó no el arte de *batir la campaña*; pero en recompensa podemos asegurar que poseia en alto grado la ciencia de batir á sus enemigos, bajo cualquier forma que se le presentaran. Por lo tocante á dar *saltos*, sea que por esta frase se entienda las rápidas é inesperadas evoluciones con que desbarataba los planes de sus enemigos en el campo de batalla, ó sea los fogosos rasgos de imaginacion, y las impensadas salidas de tono con que solia expresarse en sus discursos, no podemos menos de decir que no faltarian hombres de mérito que se darian por muy satisfechos de poderlos tambien dar en la actualidad.

«Ha hecho retroceder hácia su infancia, mas bien que progresar la ciencia de la guerra.» Triste elogio de los que fueron vencidos por Bonaparte ¿qué mérito seria el de esos guerreros que tuvieron que huir mas de una vez de sus propias capitales cediendo el campo á un soldado tan ignorante como visoño?

«La mediocridad de su alma apareció claramente en el infortunio.» No nos entretendremos en hacer mas citas, pues en esta última campea soberanamente el mas alto grado de parcialidad. No podia ciertamente el coloso aterrado tener al ser conducido hácia Santa Elena el altivo ademan en que apareció despues de la batalla de las Pirámides; mas allí, sobre aquella roca, es donde precisamente ha dado mas que admirar que en los dias de sus mas brillantes triunfos por su calma y su resignacion. Por otra parte, ¿cuál es el corazon de bronce que se atreva á criticarle por haberse asomado tal vez una lágrima á sus ojos al ver que le rompian su espada? ¿Por ventura el rostro de Luis XVIII al marchar hácia Gante radiaba de gozo, como al volver á pisar el suelo de la Francia? No lo creemos, y sin embargo al verle huir, nos guardamos bien de agrabar su dolor con una frase irónica ó amarga: cierto es que tuvimos grande satisfaccion al ver que nos desembarazábamos de su presencia; mas esta alegría fue templada por el respeto que una nacion generosa debe al infortunio del rey á quien proscribe. Buen cuidado tuvimos de no añadir ni una sola espina á la dolorosa corona que en aquel momento ceñia sus sienes. Dejemos al criterio de otras personas mas autorizadas que nosotros el decidir si Bonaparte fue mediocre ó pequeño en su elevacion, y nos someteremos gustosos á su fallo; pero en tanto no creemos que la víctima de la invasion, cuando el mundo entero al caer sobre ella apenas tuvo peso suficiente para abrumarla del todo, sea indigna de nuestro respeto.

Respetemos al hombre cuyas faltas nunca igualarán al castigo con que las ha expiado. El odio debe apagarse, ó por lo menos enmudecer ante la desgracia, y en tales momentos todo el mundo debe ser suficientemente generoso para renunciar al triste empeño de aumentarla.

El autor de estas *Misceláneas políticas* asegura en la primera página de este libro *ser muy cristiano*—que en obsequio de su fe iria con paso seguro al cadalso; —que explica el Evangelio en favor de la desgracia; —y que ama á su religion, porque es una religion de caridad. —¿Cómo, pues, sintiéndose animado de este espíritu, persigue con tanto encarnizamiento al hombre que ha caido y que al verlo en la desgracia deberia considerarlo como hermano, mayormente cuando aquella religion llena de caridad le manda perdonar á sus enemigos?

Aunque dispuesto á criticar tales exageraciones donde quiera que las encontremos, lo hariamos sin embargo con mucha mayor reserva al refutar la opinion de un hombre político desinteresado y que no describiese una época sino en provecho de la humanidad y para hacer triunfar la virtud. Entonces no nos costaria esfuerzo confesar que la ambicion de un solo hombre puede tal vez arrastrar toda una nacion á la desgracia, haciéndole olvidar el sentimiento de su propia dignidad por la especie de embrutecimiento moral en que la haria caer; entonces seriamos los primeros en asegurar que la guerra debe ser el último recurso de que un gobierno ilustrado eche mano ni aun para asegurar la libertad y la dicha de los pueblos; convendriamos con aquel hombre en reprobar todas las tendencias ambiciosas y perturbadoras, todos los indignos abusos de poder, y todas las providencias despóticas, así como los sacrificios humanos parecidos á los de los tiempos bárbaros, hechos solo para ayudar al logro de una malhadada batalla, y para dar pábulo á las querellas de algunos usurpadores rivales. Uniéndonos á la opinion de aquel hombre confesariamos paladinamente que la patria aun despues de un largo reposo, está vertiendo sangre de las heridas causadas por sus propias victorias, y que el verdadero honor de una nacion no consiste en las luchas sangrientas y siempre inútiles de poder á poder, sino en la paz y en la tranquilidad, en las sabias instituciones, en las buenas leyes, en la proteccion dispensada á todos, en el trabajo y en los premios que pueden hacerle prosperar, y por último, en la abolicion de injustos y escandalosos privilegios concedidos casi siempre á las personas que mas pueden abusar de ellos empobreciendo ó tiranizando á los demás. Esa es una profesion de fe á que siempre nos seria muy glorioso suscribir; y que en todas ocasiones confesaremos ser la nuestra. Pero no nos es posible ponernos nunca de acuerdo con los que delante de nosotros mismos abusan de la autoridad de su palabra y de su reputacion para hacer que su partido triunfe á expensas de la verdad y la justicia y que á trueque de ver que la victoria se inclina á su lado, no se cuidan de que la gloria y la prosperidad de su país puedan sufrir en lo sucesivo algun percance. Criticaremos con valor y sin consideracion de personas á los legitimistas que vengan á decirnos que si los Borbones no hubiesen vuelto á entrar en Francia, se habria esta nacion convertido por último en una caverna de bandidos, y que se atreven á llamar divinos salvadores de la patria á unos reyes, cuyos nombres y cuya conducta son reprobados por la historia imparcial.

Suponen que Bonaparte fue ambicioso y cruel: en ese caso no debe ser considerado mas que como un azote enviado por la Providencia para impedir que aquellos reyes siguieran dominando un país que bajo su cetro se iba embruteciendo, y sobre un pueblo, cuya prolongada y estúpida clemencia lejos de corregirlos no servia sino para inspirarles mas audacia, y hacerles aumentar la lista de sus crímenes. Bonaparte dicen que fue un *gana-batallas*. Sea; pero por lo menos llegó muy á tiempo para rejuvenecer la gloria de la patria que ya estaba espirante y para dar á entender á la Europa que toda la Francia no estaba limitada á unos pocos hombres dispuestos á venderla y á mancillarla. Y aunque Napoleon hubiese sido todo lo que realmente aquellos hombres suponen que fue, ¿seria por eso mas cierto que sus reyes han tenido las virtudes que ellos se complacen en darles? ¿Qué hizo Luis XVIII en su último advenimiento al trono? ¿Se han borrado ya de la memoria las venganzas infamemente ejercidas sobre ciertos hombres cuyo único delito era haber servido con lealtad y valor á la patria? ¿Se ha perdido ya el recuerdo de los millones que tuvo que sudar el pueblo para dar gracias á la coalicion de sus buenos y generosos servicios? Y Carlos X ¿por medio de qué actos brillantes justificará el desprecio con que aparentaba mirar la época del imperio y la confianza que tenia en la restauracion que lo habia reemplazado? ¿Observó la nueva ley fundamental de la Francia con mas lealtad que su predecesor? ¿Llevó á cabo sus compromisos con mas sinceridad? ¿Se mostró mas celoso del honor de la nacion y de su independencia? ¿Fue el pueblo mas feliz bajo su reinado que bajo el de Bonaparte que con tanto afan han tratado de desacreditar? A esto nos contestarán que Carlos X fue muy buen cazador. Convenimos en que cada cosa tiene su mérito particular; mas cuando semejante circunstancia llega á figurar entre las brillantes cualidades de un príncipe no puede en nuestro concepto ser sino á falta de otras que poderse mencionar. Fue ademas muy aficionado á procesiones y no se desdeñaba de asistir á ellas personalmente. Cada cual es libre de entregarse á sus inclinaciones y puede darles toda la publicidad que le acomode; mas ¿quién sabe si solo por ese fervoroso amor al culto exterior sintió aquellas fatales inspiraciones que le hicieron concebir el proyecto de sofocar nuestras libertades? De todas maneras, los hombres que le hicieron entrar en esta senda peligrosa cubriéndola con algunas flores para que no pudiera ver el abismo en que iba á precipitarse, demostraron con nueva evidencia que los mayores enemigos de la monarquía son los que están siempre en torno de ella prometiéndole el apoyo de su amor y de su experiencia. Engañados por el silencio del pueblo, en quien como en un libro deberian estar siempre estudiando los reyes y los ministros, creyeron que el triunfo era seguro; porque nadie se atrevia á levantar la voz en su derredor; creyeron en el envilecimiento y en la inercia de las almas, porque los franceses profundamente heridos por los males de la patria, cerraban espontáneamente los ojos para no verse obligados á vengar injurias, cuya triste evidencia se les hubiera presentado por do quiera. Entonces aquellos sinceros amigos del trono, aquellos custodios de las libertades patrias hicieron firmar al desgraciado monarca las reales órdenes que precipitaron su caida y le pusieron en el camino de la emigracion. Dícese que es el pueblo quien consumó la ruina de Carlos X. Eso es una odiosa mentira inventada por los verdaderos causadores de su desgracia. Aquel triste y crédulo anciano no fue víctima sino de los hombres que mantenia junto á su persona, quienes considerándolo como un fantasma de monarquía, quisieron reinar en su lugar, y ostentaron nuevamente á la faz del mundo su arrogante y ridícula impotencia. El pueblo nada mas hizo que defenderse: intentaron tiranizar su pensamiento, poner una mordaza á sus labios, tratarlo como un vil esclavo, y añadir á las cadenas azas pesadas con que estaban amarrados nuevos eslavones mas pesados aun: el pueblo murmuró: su murmullo le causó nuevas miserias. El pueblo amenazó: ¡Ah! se rieron estrepitosamente de sus amenazas. El pueblo sacó brios de su propia indignacion: el furor le dió armas, y cayendo sobre sus temerarios opresores les dió á entender que era muy digno de ser libre, porque sabia comprar la libertad á costa de su sangre.

¿A quién se le debe pedir cuenta de la sangre que inundó por espacio de tres dias á la capital? ¿A una nacion magnánima que se sacrifica por sus derechos inmortales, ó á unos miserables pigmeos vengativos é incorregibles, que considerando la nacion como patrimonio suyo, al pueblo como una bestia de carga, y la libertad de escribir, de hablar y de obrar como una

propiedad exclusivamente suya, provocaron espontáneamente la guerra civil y firmaron el decreto de muerte en medio de una orgía, sin fijar siquiera la atencion en lo dudoso de la lucha? ¡Tan insolente y estúpida era su profunda ceguedad!

Heróicos defensores de los Borbones, los que encomiais sus virtudes sin olvidaros de las vuestras, los que ponderais los padecimieutos que en tierras extranjeras habeis tenido que sufrir, ¿llegará por fin un dia en que renuncies á vuestras injustas pretensiones, y para merecer vuestro perdon os digneis oir la voz de la prudencia y del arrepentimiento? Creednos, y no os dejeis alhagar ya mas de quiméricas ilusiones! Desde febrero, desde la época en que el pueblo entró como vencedor en las Tullerías, los reyes se han convertido en una cosa imposible para la Francia. No trateis, pues, de imponernoslos por medio de amenazas ni de vanas promesas. Dejen sus vástagos malhadados, á quienes sin embargo, no acusamos de las faltas cometidas por sus padres, dejen de contar con la herencia de un trono, cuyos últimos restos el pueblo ha arrastrado por el cieno de las calles.

El autor de las *Misceláneas políticas*, á pesar del ascendiente que su talento debia ejercer en las masas, halló muy pocas voluntades dispuestas á seguirle. Pudo reanimar el tibio fervor de algunos legitimistas que sin él se habrian llegado insensiblemente á olvidar hasta del primitivo objeto de su culto, mas no consiguió la gloria de recibir en su campamento muchos desertores, y se distinguió mas por la lealtad con que defendió sus principios, que por los servicios que pudo hacer al jóven príncipe, objeto de su adoracion. Un hombre vulgar que hubiera manifestado tanto arrebato en sus propias opiniones habria sido perseguido, ó por lo menos se habria convertido en objeto de burla, pues hace ya mucho tiempo que la causa de los reyes no puede sostenerse con la formalidad necesaria para que pueda esperarse alguna probabilidad de triunfo. Pero Mr. de Chateaubriand, merced al glorioso prestigio de su nombre, adquirió con esta conducta nueva celebridad á su política excepcional, y el interés de su reputacion, y la voz de su conciencia le inspiraron confianza hasta el último instante.

Mas si todo el mundo está de acuerdo en admirar la constante fe del legitimista creyente tanto como el talento admirable del prosista, otro escritor no menos caro á la patria no ha participado de sus opiniones ni abrigado las mismas esperanzas bajo su bandera. Mr. de Beranger, el cantor idolatrado del pueblo, conservó siempre la mas sincera admiracion y el mas entusiasta afecto hácia ese grande hombre; mas al ver que este corria á su ruina por su adhesion á la causa de los Borbones, le dedicó unas estancias en las que se pintan con admirable perfeccion las diversas opiniones de esos dos eminentes escritores. El lector nos permitirá que le presentemos algunas de ellas, aunque despojadas del mágico halago de una sonora versificacion.

«Chateaubriand, ¿por qué huyes de tu patria? ¿Por qué huyes de su amor, de nuestra admiracion y de nuestra ternura? No la oyes exclamar con dolorido acento: ¿en mi brillante cielo se echa de menos una estrella?

»Al volver la familia de los antiguos reyes, Chateaubriand, que siempre ha sido el mas religioso apoyo de su cetro creyó que los Borbones adoptarian por hija la libertad, cuya nobleza no necesita de antiguas alcurnias.

»Era la época en que fecundando la historia, la terrible espada, terror de las naciones, brillaba en el astro de la gloria y hacia llegar hasta nosotros sus rayos.

»Chateubriand empleó su elocuencia en obsequio de aquellos reyes, y á manera de un genio benéfico derramaba con su encanto flores y perlas sobre el antiguo trono cuanto mas manchado se veia de orin.

»Pero al mismo tiempo conservaba la memoria de nuestros derechos, y los insensatos dijeron: el cielo en que habita ese hombre es hermoso; arrojémosle y apaguemos su gloria como se apaga una antorcha en medio del dia.

»¡Y quisieras tú acompañarles ahora en su caida! Acaba ¡ah! de comprender su orgullo insensato. En el número de males que su ingrato corazon imputa al mismo cielo, cuentan tu lealtad.

»Sirve, sirve á ese pueblo que lucha contra su orgullo, ese pueblo, admirador de los grandes talentos que al triunfar en las barricadas te llevaba como un trofeo en sus brazos llenos de cicatrices.

»No te consagres mas que á su causa: en su nombre te conjura mi voz á que vuelvas cuanto antes despues de tan triste despedida. La causa es santa, y todo hombre grande consagrado al pueblo, es un enviado de Dios.»

Nadie mejor que Mr. de Beranger habria podido tener la gloria de arrancar á Mr. de Chateubriand de su idolatría, si esto hubiese sido posible; pues nadie podia pintarle de un modo mas dedicado su amor á los Borbones y reprenderlo con mas elegante finura, mas estaba decretado que muriera como habia vivido, es decir, siendo leal á los principios de su familia, sin hacer caso de todas las razones que en el curso de su agitada vida se le habian presentado para desertar del ara de sus falsos dioses y justificar su apostasía ante el tribunal mas severo. La indiferencia con que los Borbones pagaron el afecto de un hombre tan ilustre demuestra cuán indignos son de tener á su servicio un defensor tan generoso y constante. Pero sigamos adelante con nuestras reflexiones.

Mr. de Chateubriand se deja llevar á igual extremo de fanatismo al hacer el elogio de los Borbones que al difamar á Bonaparte: de manera que no podemos menos de preguntar con admiracion cómo se engañó tanto en sus juicios un hombre tan insigne, suponiendo, como debemos suponer, que no quiso hablar de los hombres y de las cosas mas que con arreglo al espíritu de justicia y de sinceridad. Despues de haber perseguido á su víctima hasta en el fondo del destierro, despues de haberle lanzado la última maldicion sobre su dolorosa roca, viene precipitadamente á incensar á su rey al pié del trono. No acertamos á comprender por qué razon Chateabriand, despues de haber descargado toda su indignacion sobre los aduladores de Bonaparte, puede convertirse espontáneamente y con la mayor exageracion en adulador de su monarca. Nada de particular tiene que le ame, ni que le suponga capaz de hacer la felicidad de su patria; pues esa es la conducta que debe observa todo vasallo sincero y leal; pero donde campea particularmeute su espíritu de partido es cuando poniéndolo en paralelo con Bonaparte, dice que aquel desciendo de una raza divina, que es inaccesible á todo espíritu de venganza, asi como á toda preocupacion, y que está dotado de vastos talentos, adornados de profunda elocuencia. Finalmente Luis XVIII en concepto de Chateaubriand es el amigo de las letras: tiene las ideas, la moderacion y el buen sentido necesarios á un monarca; al llegar á París le saludó todo el pueblo postrándose de rodillas, besó sus vestidos y derramó torrentes de lágrimas de regocijo, de ternura y de agradecimiento. El señor conde de Artois es un modelo de sincera lealtad distinguiéndose particularmente por su piadosa ternura y bondad, asi como por su caracter eminentemente francés. El señor duque de Angulema es el heredero de las virtudes del Bearnés: no han visto los ejércitos franceses caballero mas bizarro que el duque de Berry, y por último el señor duque de Orleans ostenta uno de los mas ilustres nombres de Francia. Despues de ese retrato de la familia real, trazado por un autor enemigo de los aduladores, sigue esta frase acerca de cuyo sentido no podemos menos de llamar la atencion del lector. «Si nuestros legítimos soberanos llegaran á faltarnos, el último de los franceses deberia ser preferido á Bonaparte para sentarse en el trono: con él por lo menos nos librariamos del baldon de tener que obedecer á un extranjero.»

Mas de una vez debió Mr. Chateaubriand arrepentirse durante su vida de haber pronunciado tan extrañas palabras. Muy pernicioso seria tomarlas en su sentido literal, si es que hay un alma tan apocada que sea capaz de hacerlo.

No se limita el autor á celebrar el regreso de su rey, sino que felicita tambien á los aliados por sus triunfos que en su concepto no son mas que una leccion que el cielo da á la Francia sin reducirla por eso á la humillacion, y siendo justamente merecida, debe darse por satisfecha de su vencimiento.

«Los aliados, dice el autor, son unos libertadores pacíficos y no unos conquistadores: vienen á inmortalizarse dando al mundo un notable ejemplo de moderacion en la victoria. ¡Que de injurias tenian que vengar! Mas han sabido no confundir á los franceses con el tirano que los oprimia, mereciendo por eso recibir el premio debido á su magnanimidad, y siendo recibidos de los habitantes de París como si hubiesen sido nuestros verdaderos soberanos, como unos príncipes franceses, como Borbones. Somos demasiado sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de una manera tan noble y ostensible nos recuerda las virtudes de nuestro Turena.»

¡Como pudo Mr. de Chateaubriand sofocar hasta este punto todo sentimiento de nacionalidad! ¡Los aliados pacíficos libertadores! ¡Que han sido recibidos en Francia como sus legítimos soberanos, como los Borbones! ¡Ah! ¡Teja guirnaldas el que no sea amigo de la Francia para adornar la frente de esos inmortales! ¡Levante un templo á la memoria de Wellington!... Nosotros los que hacemos justo alarde de amar á nuestra patria nunca podremos contemplar sin dolor sus padecimientos; y nos guardaremos bien de llamar héroes y bienhechores á los que ayudados por la traicion han interrunpido el curso de las victorias de la Francia volviéndola á poner bajo el yugo de lor pérfidos monarcas de cuyo cetro habia logrado redimirse.

A pesar del respeto que el autor de las *Misceláneas políticas* nos inspira, no podemos menos de experimentar un profundo sentimiento de admiracion y tristeza al ver cual se regocija de las calamidades que caen sobre su país y cual colma de bendiciones á los que la cubren de luto y de afrenta. No nos es difícil comprender que su ilusion fanática no encuentre un personaje mas bello ni magestuoso que su rey; aguantamos sin soltar la risa que nos diga con toda formalidad que la cabeza de aquel monarca es magnífica; que su mirada es á la vez propia de un rey y de un hombre de talento, y que al verle, sentado en su silla de brazos, teniendo el baston entre las rodillas casi cubiertas con los anchos botines de terciopelo encarnado, podria decirse que se está viendo á Luis XIV á los 50 años de edad. Nada hay de reprensible en todo esto; pues en efecto cada cual puede ver los hombres y las cosas á su manera, y por lo tanto Mr. de Chateaubriand es muy dueño de encontrar expresiones de nobleza, de magestad y de arrogancia en la actitud de un monarca gotoso y obeso, solo porque tiene su baston entre las rodillas y lleva botines segun la moda antigua. Puede hasta cierto punto consentirse que cada cual se obceque por lo tocante al mérito de sus parciales, ó de las personas amadas: eso es una flaqueza propia de nuestra índole, y nadie se libra de tener sus ídolos mas ó menos dignos de admiracion y alabanzas; pero lo que aflije á todo corazon generoso y sensible, y mas bien dicho, á todo corazon honrado, que ama ante todo á la patria, y desea su gloria y felicidad, es ver que un hombre de talento se adorna con orgullo de la librea que le manda poner el extranjero, besa servilmente la mano que remacha los grillos de la nacion, canta himnos á la odiosa conquista, cuando debiera entonar cánticos de dolor sobre las ruinas de su patria y ofrecer una fúnebre corona á las libertades hundidas en la huesa. «Todo hombre grande es un enviado de Dios cerca del pueblo que padece,» le decia en otro tiempo Mr. de Beranger. Palabras tan interesantes como sublimes que le fueron inspiradas por un sentimiento enteramente contrario. En vez de aprovechar Mr. de Chateaubriand en beneficio del pueblo afligido y humillado la vasta capacidad que recibió de la Providencia, usó de ella como de una arma contra ese pueblo, añadiéndola á las bayonetas de los cosacos, como si la Francia no hubiese tenido bastante que lamentar al ver sus campiñas arrasadas por los ejércitos aliados.

¡Oh patria! Es tan dulce y decoroso el amarte y servirte! Es tan natural al armarse en defensa tuya! ¿Es posible que haya franceses que traten de aumentar su celebridad personal halagando á los que te deprimen, y manifestando deseos de que vayan siempre sus pasos acompañados de la victoria? Afortunadamente esos hombres no son tan peligrosos como parece: todo el mundo se rie de su vanidad ó compadece su demencia, nadie sigue sus pérfidos consejos, y todos corren á unirse en torno de las banderas, cuyo lema, *Patria y honor*, ha sido siempre un objeto sagrado para todo buen francés.

M. de Chateaubriand nos hace luego una pintura del reinado de Luis XVIII como lo mas grande, glorioso y afortunado que las edades han visto. La Francia se hallaba desolada; aquel monarca le prodiga consuelos; estaba llena de humillacion, Luis XVIII la enalteció con su poderosa mano; las artes gemian en el olvido y en la esclavitud, él las hizo florecer como por encanto, y bajo la proteccion de su cetro produjeron nuevas maravillas. La nacion se veia abrumada de deudas y de miseria; todo se ha pagado, para todo hubo remedio bajo la protectora influencia de aquel, cuya voz dictaba leyes volviendo á poner en circulacion todos sus recursos, dando nuevo pábulo á su fecundidad. No dice una palabra el autor acerca de aquellas borrascosas turbulencias parlamentarias que turbaron la tranquilidad de aquel pacífico reinado, ni habla tampoco de aquella enorme indemnizacion que hubo que firmar en favor de los aliados para pagarles á precio subido la pólvora que quemaron contra la triste patria y el malhadado servicio que hicieron entrando en la capital. ¡Ah! Si Luis XVIII en vez de consultar á sus ministros, hubiese tratado de saber la opinion de la Francia, de esa Francia que jamás se ha negado á pagar sus deudas, ella le habria dicho lo que creia deber al extranjero, y este no hubiera tenido mas remedio que contentarse: la nacion le habria dicho por boca de sus hijos al débil monarca. «Señor, os sostenemos, porque la paz es el mayor bien que apetecemos, y porque no confiamos en que otro que se coloque en vuestro puesto nos dé tampoco elementos de mayor felicidad; porque los reyes son todos exactamente parecidos en lo de ser fatales enemigos de sus vasallos, os sostenemos, porque hallándonos ya cansados de todo, hasta de gloria de que en realidad tenemos sobrada abundancia, no queremos vivir ya en lo sucesivo mas que de amor y de inteligencia; pero, por favor, no nos hagais pagar á nuestros enemigos las lágrimas que nos cuestan, los perjuicios que nos han causado, y las infames traiciones á que hemos tenido que sucumbir.» Asi hubiera hablado la Francia; pero ¿merecia que se consultara su opinion? No sin duda, y por otra parte, ¿cómo habian de llamarla para testigo de las maquinaciones que contra ella estaban tramando?

Ah! Si: alaben ese reinado glorioso y los brillantes

propiedad exclusivamente suya, provocaron espontáneamente la guerra civil y firmaron el decreto de muerte en medio de una orgía, sin fijar siquiera la atencion en lo dudoso de la lucha? ¡Tan insolente y estúpida era su profunda ceguedad!

Heróicos defensores de los Borbones, los que encomiais sus virtudes sin olvidaros de las vuestras, los que ponderais los padecimieutos que en tierras extranjeras habeis tenido que sufrir, ¿llegará por fin un dia en que renuncies á vuestras injustas pretensiones, y para merecer vuestro perdon os digneis oir la voz de la prudencia y del arrepentimiento? Creednos, y no os dejeis alhagar ya mas de quiméricas ilusiones! Desde febrero, desde la época en que el pueblo entró como vencedor en las Tullerías, los reyes se han convertido en una cosa imposible para la Francia. No trateis, pues, de imponernoslos por medio de amenazas ni de vanas promesas. Dejen sus vástagos malhadados, á quienes sin embargo, no acusamos de las faltas cometidas por sus padres, dejen de contar con la herencia de un trono, cuyos últimos restos el pueblo ha arrastrado por el cieno de las calles.

El autor de las *Misceláneas políticas*, á pesar del ascendiente que su talento debia ejercer en las masas, halló muy pocas voluntades dispuestas á seguirle. Pudo reanimar el tibio fervor de algunos legitimistas que sin él se habrian llegado insensiblemente á olvidar hasta del primitivo objeto de su culto, mas no consiguió la gloria de recibir en su campamento muchos desertores, y se distinguió mas por la lealtad con que defendió sus principios, que por los servicios que pudo hacer al jóven príncipe, objeto de su adoracion. Un hombre vulgar que hubiera manifestado tanto arrebato en sus propias opiniones habria sido perseguido, ó por lo menos se habria convertido en objeto de burla, pues hace ya mucho tiempo que la causa de los reyes no puede sostenerse con la formalidad necesaria para que pueda esperarse alguna probabilidad de triunfo. Pero Mr. de Chateaubriand, merced al glorioso prestigio de su nombre, adquirió con esta conducta nueva celebridad á su política excepcional, y el interés de su reputacion, y la voz de su conciencia le inspiraron confianza hasta el último instante.

Mas si todo el mundo está de acuerdo en admirar la constante fe del legitimista creyente tanto como el talento admirable del prosista, otro escritor no menos caro á la patria no ha participado de sus opiniones ni abrigado las mismas esperanzas bajo su bandera. Mr. de Beranger, el cantor idolatrado del pueblo, conservó siempre la mas sincera admiracion y el mas entusiasta afecto hácia ese grande hombre; mas al ver que este corria á su ruina por su adhesion á la causa de los Borbones, le dedicó unas estancias en las que se pintan con admirable perfeccion las diversas opiniones de esos dos eminentes escritores. El lector nos permitirá que le presentemos algunas de ellas, aunque despojadas del mágico halago de una sonora versificacion.

«Chateaubriand, ¿por qué huyes de tu patria? ¿Por qué huyes de su amor, de nuestra admiracion y de nuestra ternura? No la oyes exclamar con dolorido acento: ¿en mi brillante cielo se echa de menos una estrella?

»Al volver la familia de los antiguos reyes, Chateaubriand, que siempre ha sido el mas religioso apoyo de su cetro creyó que los Borbones adoptarian por hija la libertad, cuya nobleza no necesita de antiguas alcurnias.

»Era la época en que fecundando la historia, la terrible espada, terror de las naciones, brillaba en el astro de la gloria y hacia llegar hasta nosotros sus rayos.

»Chateubriand empleó su elocuencia en obsequio de aquellos reyes, y á manera de un genio benéfico derramaba con su encanto flores y perlas sobre el antiguo trono cuanto mas manchado se veia de orin.

»Pero al mismo tiempo conservaba la memoria de nuestros derechos, y los insensatos dijeron: el cielo en que habita ese hombre es hermoso; arrojémosle y apaguemos su gloria como se apaga una antorcha en medio del dia.

»¡Y quisieras tú acompañarles ahora en su caida! Acaba ¡ah! de comprender su orgullo insensato. En el número de males que su ingrato corazon imputa al mismo cielo, cuentan tu lealtad.

»Sirve, sirve á ese pueblo que lucha contra su orgullo, ese pueblo, admirador de los grandes talentos que al triunfar en las barricadas te llevaba como un trofeo en sus brazos llenos de cicatrices.

»No te consagres mas que á su causa: en su nombre te conjura mi voz á que vuelvas cuanto antes despues de tan triste despedida. La causa es santa, y todo hombre grande consagrado al pueblo, es un enviado de Dios.»

Nadie mejor que Mr. de Beranger habria podido tener la gloria de arrancar á Mr. de Chateubriand de su idolatría, si esto hubiese sido posible; pues nadie podia pintarle de un modo mas dedicado su amor á los Borbones y reprenderlo con mas elegante finura, mas estaba decretado que muriera como habia vivido, es decir, siendo leal á los principios de su familia, sin hacer caso de todas las razones que en el curso de su agitada vida se le habian presentado para desertar del ara de sus falsos dioses y justificar su apostasía ante el tribunal mas severo. La indiferencia con que los Borbones pagaron el afecto de un hombre tan ilustre demuestra cuán indignos son de tener á su servicio un defensor tan generoso y constante. Pero sigamos adelante con nuestras reflexiones.

Mr. de Chateubriand se deja llevar á igual extremo de fanatismo al hacer el elogio de los Borbones que al difamar á Bonaparte: de manera que no podemos menos de preguntar con admiracion cómo se engañó tanto en sus juicios un hombre tan insigne, suponiendo, como debemos suponer, que no quiso hablar de los hombres y de las cosas mas que con arreglo al espíritu de justicia y de sinceridad. Despues de haber perseguido á su víctima hasta en el fondo del destierro, despues de haberle lanzado la última maldicion sobre su dolorosa roca, viene precipitadamente á incensar á su rey al pié del trono. No acertamos á comprender por qué razon Chateabriand, despues de haber descargado toda su indignacion sobre los aduladores de Bonaparte, puede convertirse espontáneamente y con la mayor exageracion en adulador de su monarca. Nada de particular tiene que le ame, ni que le suponga capaz de hacer la felicidad de su patria; pues esa es la conducta que debe observa todo vasallo sincero y leal; pero donde campea particularmeute su espíritu de partido es cuando poniéndolo en paralelo con Bonaparte, dice que aquel desciendo de una raza divina, que es inaccesible á todo espíritu de venganza, asi como á toda preocupacion, y que está dotado de vastos talentos, adornados de profunda elocuencia. Finalmente Luis XVIII en concepto de Chateaubriand es el amigo de las letras: tiene las ideas, la moderacion y el buen sentido necesarios á un monarca; al llegar á París le saludó todo el pueblo postrándose de rodillas, besó sus vestidos y derramó torrentes de lágrimas de regocijo, de ternura y de agradecimiento. El señor conde de Artois es un modelo de sincera lealtad distinguiéndose particularmente por su piadosa ternura y bondad, asi como por su caracter eminentemente francés. El señor duque de Angulema es el heredero de las virtudes del Bearnés: no han visto los ejércitos franceses caballero mas bizarro que el duque de Berry, y por último el señor duque de Orleans ostenta uno de los mas ilustres nombres de Francia. Despues de ese retrato de la familia real, trazado por un autor enemigo de los aduladores, sigue esta frase acerca de cuyo sentido no podemos menos de llamar la atencion del lector. «Si nuestros legítimos soberanos llegaran á faltarnos, el último de los franceses deberia ser preferido á Bonaparte para sentarse en el trono: con él por lo menos nos librariamos del baldon de tener que obedecer á un extranjero.»

Mas de una vez debió Mr. Chateaubriand arrepentirse durante su vida de haber pronunciado tan extrañas palabras. Muy pernicioso seria tomarlas en su sentido literal, si es que hay un alma tan apocada que sea capaz de hacerlo.

No se limita el autor á celebrar el regreso de su rey, sino que felicita tambien á los aliados por sus triunfos que en su concepto no son mas que una leccion que el cielo da á la Francia sin reducirla por eso á la humillacion, y siendo justamente merecida, debe darse por satisfecha de su vencimiento.

«Los aliados, dice el autor, son unos libertadores pacíficos y no unos conquistadores: vienen á inmortalizarse dando al mundo un notable ejemplo de moderacion en la victoria. ¡Que de injurias tenian que vengar! Mas han sabido no confundir á los franceses con el tirano que los oprimia, mereciendo por eso recibir el premio debido á su magnanimidad, y siendo recibidos de los habitantes de París como si hubiesen sido nuestros verdaderos soberanos, como unos príncipes franceses, como Borbones. Somos demasiado sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de una manera tan noble y ostensible nos recuerda las virtudes de nuestro Turena.»

¡Como pudo Mr. de Chateaubriand sofocar hasta este punto todo sentimiento de nacionalidad! ¡Los aliados pacíficos libertadores! ¡Que han sido recibidos en Francia como sus legítimos soberanos, como los Borbones! ¡Ah! ¡Teja guirnaldas el que no sea amigo de la Francia para adornar la frente de esos inmortales! ¡Levante un templo á la memoria de Wellington!... Nosotros los que hacemos justo alarde de amar á nuestra patria nunca podremos contemplar sin dolor sus padecimientos; y nos guardaremos bien de llamar héroes y bienhechores á los que ayudados por la traicion han interrunpido el curso de las victorias de la Francia volviéndola á poner bajo el yugo de lor pérfidos monarcas de cuyo cetro habia logrado redimirse.

A pesar del respeto que el autor de las *Misceláneas políticas* nos inspira, no podemos menos de experimentar un profundo sentimiento de admiracion y tristeza al ver cual se regocija de las calamidades que caen sobre su país y cual colma de bendiciones á los que la cubren de luto y de afrenta. No nos es difícil comprender que su ilusion fanática no encuentre un personaje mas bello ni magestuoso que su rey; aguantamos sin soltar la risa que nos diga con toda formalidad que la cabeza de aquel monarca es magnífica; que su mirada es á la vez propia de un rey y de un hombre de talento, y que al verle, sentado en su silla de brazos, teniendo el baston entre las rodillas casi cubiertas con los anchos botines de terciopelo encarnado, podria decirse que se está viendo á Luis XIV á los 50 años de edad. Nada hay de reprensible en todo esto; pues en efecto cada cual puede ver los hombres y las cosas á su manera, y por lo tanto Mr. de Chateaubriand es muy dueño de encontrar expresiones de nobleza, de magestad y de arrogancia en la actitud de un monarca gotoso y obeso, solo porque tiene su baston entre las rodillas y lleva botines segun la moda antigua. Puede hasta cierto punto consentirse que cada cual se obceque por lo tocante al mérito de sus parciales, ó de las personas amadas: eso es una flaqueza propia de nuestra índole, y nadie se libra de tener sus ídolos mas ó menos dignos de admiracion y alabanzas; pero lo que aflije á todo corazon generoso y sensible, y mas bien dicho, á todo corazon honrado, que ama ante todo á la patria, y desea su gloria y felicidad, es ver que un hombre de talento se adorna con orgullo de la librea que le manda poner el extranjero, besa servilmente la mano que remacha los grillos de la nacion, canta himnos á la odiosa conquista, cuando debiera entonar cánticos de dolor sobre las ruinas de su patria y ofrecer una fúnebre corona á las libertades hundidas en la huesa. «Todo hombre grande es un enviado de Dios cerca del pueblo que padece,» le decia en otro tiempo Mr. de Beranger. Palabras tan interesantes como sublimes que le fueron inspiradas por un sentimiento enteramente contrario. En vez de aprovechar Mr. de Chateaubriand en beneficio del pueblo afligido y humillado la vasta capacidad que recibió de la Providencia, usó de ella como de una arma contra ese pueblo, añadiéndola á las bayonetas de los cosacos, como si la Francia no hubiese tenido bastante que lamentar al ver sus campiñas arrasadas por los ejércitos aliados.

¡Oh patria! Es tan dulce y decoroso el amarte y servirte! Es tan natural al armarse en defensa tuya! ¿Es posible que haya franceses que traten de aumentar su celebridad personal halagando á los que te deprimen, y manifestando deseos de que vayan siempre sus pasos acompañados de la victoria? Afortunadamente esos hombres no son tan peligrosos como parece: todo el mundo se rie de su vanidad ó compadece su demencia, nadie sigue sus pérfidos consejos, y todos corren á unirse en torno de las banderas, cuyo lema, *Patria y honor*, ha sido siempre un objeto sagrado para todo buen francés.

M. de Chateaubriand nos hace luego una pintura del reinado de Luis XVIII como lo mas grande, glorioso y afortunado que las edades han visto. La Francia se hallaba desolada; aquel monarca le prodiga consuelos; estaba llena de humillacion, Luis XVIII la enalteció con su poderosa mano; las artes gemian en el olvido y en la esclavitud, él las hizo florecer como por encanto, y bajo la proteccion de su cetro produjeron nuevas maravillas. La nacion se veia abrumada de deudas y de miseria; todo se ha pagado, para todo hubo remedio bajo la protectora influencia de aquel, cuya voz dictaba leyes volviendo á poner en circulacion todos sus recursos, dando nuevo pábulo á su fecundidad. No dice una palabra el autor acerca de aquellas borrascosas turbulencias parlamentarias que turbaron la tranquilidad de aquel pacífico reinado, ni habla tampoco de aquella enorme indemnizacion que hubo que firmar en favor de los aliados para pagarles á precio subido la pólvora que quemaron contra la triste patria y el malhadado servicio que hicieron entrando en la capital. ¡Ah! Si Luis XVIII en vez de consultar á sus ministros, hubiese tratado de saber la opinion de la Francia, de esa Francia que jamás se ha negado á pagar sus deudas, ella le habria dicho lo que creia deber al extranjero, y este no hubiera tenido mas remedio que contentarse: la nacion le habria dicho por boca de sus hijos al débil monarca. «Señor, os sostenemos, porque la paz es el mayor bien que apetecemos, y porque no confiamos en que otro que se coloque en vuestro puesto nos dé tampoco elementos de mayor felicidad; porque los reyes son todos exactamente parecidos en lo de ser fatales enemigos de sus vasallos, os sostenemos, porque hallándonos ya cansados de todo, hasta de gloria de que en realidad tenemos sobrada abundancia, no queremos vivir ya en lo sucesivo mas que de amor y de inteligencia; pero, por favor, no nos hagais pagar á nuestros enemigos las lágrimas que nos cuestan, los perjuicios que nos han causado, y las infames traiciones á que hemos tenido que sucumbir.» Asi hubiera hablado la Francia; pero ¿merecia que se consultara su opinion? No sin duda, y por otra parte, ¿cómo habian de llamarla para testigo de las maquinaciones que contra ella estaban tramando?

Ah! Si: alaben ese reinado glorioso y los brillantes

hechos que le distinguieron: añadan á la historia de Francia una magnífica página mas, una página enteramente llena de grandeza, de independencia y de nacionalidad; demuestren nuevamente al pueblo francés lo mucho que por la gloria y bienestar de este pueblo se interesan los Borbones!...

El autor se extiende luego en lo tocante á la muerte de Luis XVI y pide á los que fueron autores de la sentencia de este monarca el derecho de derramar lágrimas por aquel trágico suceso, cuya memoria no puede menos de mirar con igual respeto que con admiracion contempla sus virtudes. Lejos de nosotros la idea de criticar esa sensibilidad, por el contrario, confesamos que merece nuestra admiracion, y que la contemplamos como el noble arrebato de un corazon generoso: ademas de eso á nadie puede negársele el derecho de renovar con llanto la memoria de los que fueron objeto de su amor, ni de adornar con flores su tumba. No por ser poco adictos á la causa de los Borbones, pretendemos despojarnos del derecho de lamentar sus infortunios, aunque los hubieran merecido, pues la desgracia siempre será para nosotros un objeto de compasion; pero hay que advertir que este es un asunto tan sumamente delicado, y que por su condicion exige ser tratado con tanto miramiento, que hemos creido obedecer á las sugestiones de la prudencia concretándonos únicamente á lamentar los tristes efectos de las revoluciones, y á desear con toda la sincera efusion de nuestra alma que jamás vuelvan á reproducirse en nuestra patria aquellas lúgubres y sangrientas jornadas, cuya sola idea hace que la sangre se hiele aun en nuestras venas. La nacion francesa da cada dia un nuevo paso hácia el progreso, y segun nuestro modo de ver tiene ya en la actualidad la dicha de haber salido del todo fuera del límite de la senda de los errores. Si fuese ahora la época en que Luis XVI permaneciera sentado en el trono, y la nacion le acusara justamente de mucho mayor número de crímenes que los que se le imputaron cuando mantenia la corona sobre su desgraciada cabeza, es seguro que la nacion retiraria de sus criminales manos el cetro que no eran dignas de empuñar, es seguro que la voluntad nacional le haria salir para siempre de un país, que no merecia gobernar; pero no levantaria un cadalso para castigarlo, porque al pueblo en su ilustracion tendria presente, que un rey nunca es el único culpable de los crímenes que comete. La muerte de Luis XVI debe por lo tanto considerarse como el resultado triste si, pero inevitable de la época en que aquel soberano vivia. ¿No apareció tambien Carlos X como culpable ante la nacion? ¿Qué hizo esta? Pagar por castigo el pan de su destierro. ¿No tuvo tambien Luis Felipe I desavenencias profundamente graves con la nacion? ¿No salió en plena luz de su palacio en presencia de un pueblo irritado, que al verlo volvió generosamente la vista hácia otro lado para darle tiempo de ponerse en seguridad?

De la muerte de Luis XVI pasa M. de Chateaubrand á los emigrados y trata de justificarlos de las inculpaciones que contra ellos resultan en concepto de algunos. ¿Qué habian de hacer, dice el autor, sino huir al verse insultados, al ver sus palacios quemados, y sus personas perseguidas de mano armada, ó arrastradas tal vez arbitrariamente á un cadalso? ¿Habrá quien se atreva á negar la persecucion? ¿No se conservan aun aquellas listas de proscripcion con sus correspondientes firmas al pié?

Nada de eso ignoramos, responderemos nosotros á M. de Chateaubriand; pero sin tratar de prejuzgar por nuestra parte la cuestion de si hubo ó no motivo para trataros de ese modo, nos concretaremos únicamente á preguntaros ¿qué es lo que vosotros hicisteis para evitar aquellas tropelías, que habriais debido prever como inevitable consecuencia de una época en que los partidos estrellándose con todo su furioso encono no escuchaban mas voz que la de su conveniencia, ni cedian á mas inspiracion que al ciego impulso de sus resentimientos y su venganza? Os tomásteis la molestia de descender á concesiones que habian sido mas útiles que humillatorias? No habrian sido vuestras fuerzas menores que las de vuestros contrarios por haber concedido lo que posteriormente habriais vuelto á recobrar: de esa manera habriais tal vez podido contentarlos; los habriais indudablemente apaciguado, y todo lo demás habria sido obra del tiempo. Mas vuestra vanidad os hizo obstinados; vuestra insensibilidad sordos, y vuestros antiguos triunfos os inspiraron incredulidad. No aceptando nada de las nuevas condiciones, quisísteis conservar en su integridad los abusivos privilegios del tiempo pasado porque solo eran provechosos á vuestros intereses, y con semejante conducta exasperásteis los ánimos cuando aun no estaban mas que algo irritados, y no les dejásteis usar para con vosotros aquellos miramientos que vuestro orgullo de raza se ruborizaba de emplear para con ellos. Si hubieseis pensado generosamente en vuestro rey que sin disputa fue el mas digno de compasion de todos vosotros conociendo que no teniais bastante temple de corazon para servirle de escudo durante la tempestad, y que al rugir esta sobre vuestras cabezas le abandonariais miserablemente, habriais sido menos inflexibles y no le habriais voluntariamente dejado en tan cruel abandono. Mas á estas observaciones creemos que estareis dispuestos á contestar; que os hubiera sido demasiado costoso ceder el terreno á unos enemigos que detestabiais, y cuyos derechos estabais muy lejos de reconocer: nos contestareis que el ceder hubiera sido faltar á lo que debiais á vuestra ilustre cuna, y á todos los privilegios que de ella se derivan, y por último nos direis que obrando de aquel modo, habriais consumado una vergonzosa fusion entre dos castas que la naturaleza previsora y sagaz ha tratado de tener continuamente separadas para dicha y dignidad del humano linaje. Sea en horabuena: no tenemos reparo en conceder que sois algo mas que el resto de los demás hombres; mas para eso, hombres soberbios, es decir, para entrar en el goce de vuestros privilegios, era preciso que hubieseis manifestado los hermosos títulos en que las razas privilegiadas fundaron sus prerogativas ó aspiraron á mantenerse en posesion de ellas: habria sido preciso que el pueblo hubiese visto brillar en vosotros las verdaderamente nobles prendas de fidelidad y de valor con que vuestros antepasados se captaron el respeto. Por consiguiente el partido mas ventajoso que en la actualidad debierais haber abrazado habria debido ser el de la guerra. Direis que vuestros enemigos habrian podido abrumaros por el número; pero ¿desde cuando esa nobleza tan altiva y magnánima cuenta el número de sus enemigos? ¿Decid mas bien, ya que tan alto raya vuestra vanidad, decid que os hallabais faltos de la prenda que con mas arrogante jactancia soleis ostentar en todas ocasiones: decid sin rodeos que en resumidas cuentas no amabais á vuestro rey? ¿Cómo es posible que teniendo amor al monarca le hubieseis abandonado el dia antes de una gran batalla y sobre un campo en que las fuerzas que se aprestaban á combatirle eran mucho mas temibles que todas las que podian emplearse en un combate ordinario? Confesadlo: sin el menor impulso de misericordia abandonasteis á un rey á quien deciais profesar tanto amor y cuyos derechos os parecian tan sagrados: luego para ocultar á vuestros propios ojos la ignominia de esa cobarde fuga, dijisteis que ibais á buscar un refuerzo, refuerzo ¡ah! que nunca habia de llegar. Nosotros, empero, nos sentimos propensos á disculparos: llegasteis á tener miedo de vuestros enemigos, y ese miedo os hizo huir, sin volver atrás la vista para libraros

de ver á vuestro rey que tendia hácia vosotros sus manos suplicantes. El terror, el terror os apagó la noble sensibilidad del corazon. Esto supuesto no hagais tanto alarde de amar á los Borbones; pues aventurandoos á morir en obsequio suyo es como únicamente podriais haberles demostrado ese acendrado afecto que ahora quereis suponer. No hay cosa mas fácil que aparentar fidelidad, cuando no hay que acometer ningun peligro para sostenerla. No espereis que esa especie de lealtad en que haceis consistir toda vuestra gloria pase nunca como una virtud segun nuestro modo de ver.

El autor despues de haber justificado á su manera la fuga de sus amigos, los emigrados, vuelve á tratar de los aliados prodigándoles los enfáticos elogios, y prometiéndoles con arreglo á su autoridad particular, una gratitud eterna por parte de la nacion francesa. Muy en nuestro derecho estariamos diciéndole que habria obrado con cordura al no ofrecer mas gratitud que la suya, ó por lo menos al no hacer gasto de la agena sin contar antes con la voluntad de sus dueños; mas nosotros no tenemos intencion de refutar ahora nuevamente la prodigalidad de sus acciones de gracias en favor de unos verdaderos enemigos que nunca se tomaron la molestia de hacer la menor cosa para complacernos, y que solamente atendieron á su propia seguridad y conveniencia, cuando mas aparentaron emplear sus afanes en obseqnio de nuestros intereses. Preferimos dar sinceras gracias al autor por la buena opinion que en el pasaje de su libro á que nos referimos manifiesta tener respecto de los soldados franceses. Sea en buen hora, confesaremos que aunque de paso encontramos alguna vez espíritu de nacionalidad; pero por lo tocante á esta vez creemos que no hace mas que cumplir con su deber. Efectivamente, ¿cómo habria podido encontrar un medio para desentenderse de decir una palabra acerca de la gloria militar de la nacion? ¿Cómo habia de haber dejado enteramente sepultada en olvido al bizarro ejército que en su gloriosa carrera paseó sus águilas triunfantes por casi todas las capitales de Europa? ¡El ejército francés es, por decirlo asi, el brillante núcleo de todo el honor nacional. Ese ejército es quien (no tratamos ahora de enumerar sus repetidos triunfos) halló despues de la batalla de Moscou fuerzas bastantes para ganar la batalla de Lutzen; ese ejército es el que encorvado; pero no abrumado bajo el peso de la Europa entera se retiró rugiendo al corazon de la Francia, defendió palmo á palmo el patrio suelo, y estaba apresrándose para lanzarse á nuevos combates, cuando tuvo que poner coto á su denodado ardimiento, y reconcentrar en su corazon un patriotismo que en lo sucesivo no podia ya serle útil.

No deberian por cierto los aliados alabarse de sus últimos triunfos; pues nadie ignora que mas que á su valor fueron debidos á ocultas maquinaciones, y es una cosa fuera de duda, que si la traicion no les hubiera prestado el apoyo de su malhadada influencia, jamás se habrian atrevido á sentar su planta en el territorio francés. No hay temor que nadie pueda decir otro tanto de las victorias conseguidas por los ejércitos de esta nacion. Esas victorias han traido en pos de sí resultados reales que para nadie han sido dudosos, y sobre cuyo orígen tampoco le ha sido dado á nadie establecer calumnias, porque con toda evidencia vió el mundo que eran fruto de la heróica intrepidez de los soldados y del esclarecido talento de sus generales. Jamás se vieron las filas de este ejército manchadas por la presencia de traidores que con sus viles artes ayudaran á conseguir la victoria. Siempre tuvo el ejército francés fuerzas suficientes en sus virtudes marciales, y en ningun caso debió sus laureles mas que al sublime impulso de su valor. Los que no saben batirse, los que no aspiran al honor de la victoria sino al botin de los vencidos, eson son los que no tienen reparo en que la traicion pueda erguir su frente á la sombra de sus banderas.

En el último pasage importante de las *Misceláneas políticas*, sobre el cual vamos á hacer algunas reflexiones, el autor asegura que la Constitucion otorgada por Luis XVIII conviene perfectamente á las dos opiniones que dividen la Francia, añadiendo que en ella se encuentran establecidas todas las bases de una libertad razonable; que los principios republicanos fueron tan sagazmente combinados en dicha Constitucion, que á pesar suyo tienen que servir en provecho de la monarquía y que la organizacion de esta monarquía presenta una forma de gobierno en el que la política de nuestros padres puede conservar lo que tiene de venerable, sin tener por eso que ponerse en contradiccion con el movimiento progresivo de los siglos. Nada de eso se nos oculta, y por otra parte nos preciamos de ser bastante amigos de la justicia para confesar que la Carta conviene efectivamente á todos los franceses. En ella encuentran cómodo lugar las nuevas ideas para seguir dando á las antiguas aquella dignidad que nace de la razon, al paso que estas reciben á su vez la magestad que el transcurso de los siglos comunica. Cada gobierno suele generalmente valerse de esta precaucion al instituirse, y seria cosa en verdad muy rara verle dar principio á sus actos, desarrollando instituciones que no ofrecieran al pueblo todas las garantías que tiene derecho á exigir, ó que pueden lisonjear sus esperanzas. ¿Mas se podrá por eso decir que todos los gobiernos que se van sucediendo, y de los cuales no habrá ninguno que no haya á su vez prometido marchar por mejor senda que los anteriores, hayan cumplido fielmente los compromisos que contrajeron al establecerse? ¿Por ventura siguen literalmente el espíritu de la Constitucion que les sirvió de programa, y en la que, segun ellos decian, iban sólidamente aseguradas la independencia y felicidad de todos los ciudadanos? ¿Por ventura no es lo primero que hacen el dejar en olvido al pueblo? y, si este no es mas esclavo y desgraciado que antes, ¿no tiene que contentarse con la eterna esperanza de las mejoras que le prometieron, esperanza que por no llegar nunca á cumplimiento es equivalente á una negativa, y en último resultado no hace mas que aumentar su desesperacion? ¡Ah! El triste pueblo es siempre la última cosa de que se acuerdan los gobiernos, y solo por casualidad fijan espontáneamente en él su atencion: esta es la verdadera razon de que el pueblo se vea de cuando en cuando obligado, digámoslo asi, á dar señales de su existencia. No nos es dado recordar la circunstancia de que la Constitucion dada por Luis XVIII haya conservado en tiempo de este monarca aquel equilibrio de igualdad que debe ser la salvaguardia de todos los intereses. Las turbulencias parlamentarias, de que ya hemos hablado, dan testimonio de la debilidad del monarca en no saberlas reprimir con la Constitucion en la mano y del descontento y la ambicion de los que le rodeaban. Y esas dimisiones ministeriales tan frecuentemente repetidas ¿podrá decirse que sean anuncio de un gobierno sólido, y que nada mas desea que seguir marchando por la senda de su deber? ¿Probarán acaso que la eleccion de ministros haya sido hecha con la prevision y mesura convenientes? ¿No se echa cuando menos de ver, al fijar imparcialmente la atencion en esas dimisiones, que habrá algun ministro que desciende de su eminente puesto, tan á propósito para halagar las ambiciones humanas, solo por no ceder al empeño superior que le queria obligar á cometer alguna prevaricacion, y que para no llegar á verse en ese caso preferia el ministro la oscuridad y una buena conciencia á tener que violar sus juramentos? El gobierno de Luis XVIII no escitó ni mas ni menos que otro gobierno cualquiera quejas por parte del pueblo: no puede negársele que en medio de sus imperfecciones, ó tal vez ha-

blando con mas propiedad, vicios, presentó algunas circunstancias buenas; y es seguro que no nos acordaríamos de él para criticarlo, si no fuera con objeto de contestar á esos hombres *satisfechos*, que á fin de justificar ó recomendar su desmesurado afecto hácia un príncipe, ó hácia unas instituciones les atribuyen méritos tan altamente exagerados, que uno se ve reducido tanto por el pudor como por el deber á rebajarlos para darles su verdadero valor.

Despues de haber hecho un pomposo elogio del buen gobierno que se preparaba, el autor trata de inspirar seguridad á los que podrian llegar á temer que el rey concediera, por debilidad ó por cualquiera otra circunstancia, demasiada confianza á unos ministros poco dispuestos por espíritu de inveterada animosidad á labrar la felicidad de la nacion. Para eso el autor supone que la Francia tiene una idea ridícula y exagerada de la influencia de los ministros, y á fin de probarlo invoca la responsabilidad ministerial. Añade en seguida que las instituciones presentan una eficaz garantía contra la incapacidad de aquellos, y que el pueblo debe tener casi una completa seguridad de que solo los hombres mas distinguidos por sus talentos serán los llamados á dirigir el timon del Estado; porque un sugeto completamente nulo no podria ocupar bajo un gobierno representativo el elevado puesto del ministerio sin ser atacado por la opinion pública, y necesariamente tendria que bajar de la eminencia á donde no habria subido sino en alas del favor. De aquí deduce Mr. de Chateaubriand que la nacion está ya libre para siempre de esos ministros que ningun otro mérito pueden alegar mas que la intriga, y cuya ignorancia ha causado mayores vejámenes en los Estados que las faltas cometidas por los soberanos: sobre todo el autor no quiere que se pueda sospechar de la buena fe de los ministros, á quienes en lo sucesivo no será dable emplear ruines artificios en una nacion tan ilustrada y perspicaz como la francesa.

A nosotros nos parece deber contestar á Mr. de Chateaubriand diciéndole, que por el contrario el pueblo tiene una idea muy exacta y muy fundada acerca de la influencia que puedan ejercer los ministros; que teniendo estos todas las riendas del poder en su mano pueden, por mas que se diga, dirigir el movimiento segun mejor le acomode á su capricho, ó segun el falso punto de vista en que se hallen colocados. Su responsabilidad en la época que subió Luis XVIII al trono, era tan insignificante, pues no debemos olvidarnos que no habia aun ley alguna que la determinara, que no les habrian faltado ingeniosos subterfugios con que poder dar un colorido de inocencia á sus actos mas culpables, y burlar de todo punto el rigor de la justicia. Por otra parte ¿de qué manera la naturaleza de las instituciones que entonces regian hubiera podido servir de garantía contra su incapacidad? El rey que era el que nombraba á los que habian de encargarse como ministros del despacho de los asuntos ¿no podia padecer una equivocacion por lo tocante á la estension de los conocimientos de aquellos, ó por lo tocante á la sinceridad de sus opiniones políticas? ¿Qué luces le daban al monarca las instituciones vigentes para proceder con el criterio oportuno en la eleccion de lo que elevaba á tan alto puesto? ¿Creerá nadie que un monarca sea infalible en las elecciones que hace, ni en el juicio que forma acerca de las personas, ó acerca de su idoneidad? ¿No habrá alguna vez que siguiendo el impulso de ocultos designios se rodeará á propósito el monarca de personas poco perspicaces, ó que no sean susceptibles de hacerle útiles observaciones, ó de contrarestar sus proyectos? Por otra parte, si los ministros tienen la capacidad conveniente, ¿no podria el monarca sobornarlos?

Dice el autor en seguida que seria absurdo tener sospechas de la buena fe de los ministros en una nacion tan ilustrada y discreta como la Francia. ¡Ah! ¡Qué de ejemplos podríamos á costa de muy poca molestia citar, para desvanecer y refutar victoriosamente semejante aserto! No intentamos hacerlo porque tememos que la riqueza del asunto nos distrajera de la brevedad que nos hemos propuesto. Unicamente preguntaremos si por ventura no es á los ministros de Cárlos X, á quienes por su mala voluntad y obstinacion somos deudores de las sangrientas jornadas de Julio. La nacion no habia perdido por cierto esas buenas cualidades que Mr. de Chateaubriand, tan justamente le atribuye: el pueblo era discreto, era ilustrado y sin embargo ¿pudieron esas circunstancias servirle de garantía para poner un dique á la audacia de aquellos temerarios prevaricadores ministeriales? La buena intencion es lo que establece la buena fe por parte de los ministros. Si no carecen de la conciencia de sus deberes, ó comprenden el honor que pueden adquirir no separándose nunca de ellos, entonces podrán ser útiles á la nacion á despecho de los obstáculos que acaso se les presentarán durante el formal ejercicio de sus funciones; mas si por el contrario, dejándose dominar de las pasiones políticas, ó cediendo á la torpeza de una rastrera codicia tratan de saficar á su torpe egoismo el interés público, ese depósito sagrado que juraron conservar lealmente, es de presumir que poniendo en juego su influencia, y los poderosos resortes de su alta posicion, podrán llevar á cabo sus pérfidos designios casi sin aventurarse á correr ningun peligro, á despecho de toda la ilustracion y de toda la sensatez que adorne al pueblo sobre quien ellos estienden sus ávidas manos. ¿Quién ignora por otra parte que los malos ministros pueden encontrar cómplices hasta en el mismo trono, y que en tal caso afianzan completamente su impunidad?

Ya es tiempo de que pongamos término á las reflexiones que nos hemos propuesto hacer sobre las *Miscelánea políticas* de Mr. de Chateaubriand. Nadie debe estrañarse de la libertad y franqueza con que nos hemos expresado al hablar acerca de ellas; pues estamos convencidos que su mismo autor nos lo aprobaria, en la actualidad. Asi estamos dispuestos á creerlo al ver que en su prefácio confiesa que en la época de agitaciones y turbulencias políticas en que escribió esta obra no habia oportunidad para pesar rigurosamente las palabras, y que mucho mas debia tratarse de obrar que de escribir, pues estaba ya al caer la hora de una batalla en que era preciso ganar en concepto de la opinion pública, ó resignarse al anatema que esta lanzaria sobre el partido que tuviera que humillar la frente. Por lo demás aunque este ilustre escritor bajó al sepulcro conservando ilesa la noble y generosa lealtad con que por tanto tiempo y con tanta gloria defendió los principios políticos que segun su modo de pensar eran los únicos que pudieran asegurar un brillante porvenir á su patria, es de presumir que si hubiésemos tenido la dicha de conservarlo hasta el presente, habria por último el espíritu de progreso conmovido su dilatada perseverancia. Al llegar á los límites de su mortal carrera era fácil adivinar, fijando atentamente la consideracion en los discursos que pronunciaba, que mas bien por deber que por efecto de una conviccion profunda defendia los principios que con tanta consecuencia venia sosteniendo desde su juventud. Si conservara aun la vida es probable que seguiria siendo siempre el amigo y el defensor de los Borbones; mas al propio tiempo no podria menos de ver como el cielo olvida y descuida la prosperidad de los vástagos de aquel antiguo tronco, dando á un Napoleon el cetro que ellos habian llegado á considerar como patrimonio de su raza.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS